



2013

Boletín Oficial del Obispado de Salamanca



Diócesis de Salamanca

2013

Boletín Oficial del Obispado de Salamanca

BOLETÍN OFICIAL
DEL OBISPADO
DE SALAMANCA



2013

Depósito Legal: S. 21-1958

Imprenta KADMOS

Salamanca 2013

Sumario

Págs.

Obispo

HOMILÍAS

1. Epifanía	7
2. Dom III Ord.	13
3. Conversión de San Pablo	18
4. Funeral Lorenzo Sánchez	23
5. San Juan de Mata	26
6. Eucaristía ayuno voluntario.....	30
7. Domingo I Cuaresma.....	36
8. Domingo II Cuaresma	40
9. Vida consagrada	46
10. Acción de gracias por Benedicto XVI	52
11. Miércoles de Ceniza	59
12. Peregrinación Peña Francia.....	64
13. Eucaristía Papa Francisco.....	67
14. Cuaresma III Misa libre.....	73
15. Domingo IV Cuaresma	77
16. Domingo V Cuaresma	82
17. Arcip Vitig-Ledesma año fe	85
18. Domingo de Ramos	90
19. Misa Crismal	95
20. Jueves Santo.....	101
21. Viernes Santo.....	106

22. Vigilia Pascual	111
23. Pascua.....	115
24. Domingo II de Pascua	118
25. Homilía en el Congreso sobre la Catedral..	122
26. Domingo IV de Pascua	126
28. Domingo V de Pascua.....	130
29. Domingo VI Pascua.....	132
30. Homilía Retiro de sacerdotes	135
31. San Juan de Avila.....	140
32. Ascensión del Señor	145
33. Diacono Ignacio Moneo	149
34. Vigilia de Pentecostés.....	154
35. Pentecostés.....	157
36. Corpus	164
37. Colegio S. Teresa de Jesús	170
38. Jesucristo Sacerdote	175
39. San Juan de Sahagún	182
40. Pegrinación Alba, Año de la Fe	186
41. Santa María Madre de Dios	191
42. Oración por la Paz	197
43. Encuentro de Cofradías	200
44. Clausura VII Semana Pastoral.....	205
45. Domingo XXVI.....	209
46. Retiro de Sacerdotes	212
47. Virgen de la Vega	218
48. Domingo XXVII T.O.....	222
49. Peregrinación del Ar. De la Armuña	225
50. Fiesta del Pilar	231
51. Santa Teresa de Jesús	235
52. Domingo XXVIII	240
53. Colegio de los Escoceses	244
54. Domingo XXX	246
55. Domingo XXXIII.....	251
56. Año de la Fe	253
57. Domingo I de Adviento	257

	58. Jesucristo Rey	262
	59. Domingo IV de Adviento.....	265
	60. Clausura Año de Fe	269
	61. Inmaculada	273
	62. Visita pastoral.....	277
	63. Clausura V centenario de la Catedral Nueva.....	280
	64. Domingo III de Adviento	283
	65. Misa del Gallo	287
	66. Día de Navidad.....	292
DECRETOS		
	1. Concesión de Indulgencias durante el Año de la fe	297
	2. Celebraciones Dominicales en ausencia de Presbítero	302
	3. Instauración del Catecumenado de Adultos	303
	4. Reglamento de la Delegación para el Clero	307
Curia Diocesana		
CANCELLERÍA- SECRETARÍA		
	1. Ejercicio Económico	317
	2. Nombramientos.....	319
	3. Ordenaciones	325
	4. Sacerdotes fallecidos.....	326
VICARÍA DE PASTORAL		
	1. Reglamento de la Delegación de Enseñanza	327
	2. D. Carlos López hace Memoria del Año de la Fe en la Diócesis de Salamanca	352
	3. Eucaristía en Fresno Alhándiga	357
	4. V Centenario (Catedral Nueva).....	362

Conferencia Episcopal Española

ASAMBLEA
PLENARIA

1. Sobre las Vocaciones Sacerdotales 365
2. Felicitación al Papa Francisco..... 420

Santa Sede

1. Declaración de Renuncia de Benedicto XVI
como Obispo de Roma..... 421
2. Palabras de Benedicto XVI en la Audiencia
General. (13.II.2013)..... 424
3. Elenco de Cardenales que entraron
en el Cónclave 425
4. La homilía del Papa Francisco 429
5. Encuentro entre el Papa Francisco
y Benedicto XVI 430
6. Decreto con el que se añade el nombre
de san José 431

Noticias

1. La X en la declaración de la renta 433
2. El Tribunal E.D.H. Presencia de crucifijos
en las aulas..... 436

Obispo

HOMILÍAS

1. Epifanía

Jesús ha venido al mundo en Belén por medio de María, la virgen de Nazaret, esposa de José; allí los pastores, que acudieron al recibir el anuncio del ángel, contemplaron “un niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre” (Le 2, 12.16). Jesús, el Salvador, el Cristo Señor, es ya una presencia en medio de su pueblo: es un descendiente de David, es el Mesías, al que le espera el título de rey de los judíos. Pero Jesús es también aquel que realiza la promesa hecha a Abraham de un descendiente en el que serían bendecidas todas las naciones de la tierra, toda la humanidad (cf. Gn 12, 1-3): desde su nacimiento Jesús es buscado y reconocido por los gentiles, entre cuya descendencia nos contamos también nosotros.

Esto es lo que celebramos hoy, en la Epifanía del Señor: La manifestación del niño nacido en Belén como luz y salvación para las gentes de todo el mundo.

El significado teológico y espiritual de esta fiesta lo explica de forma sintética san Pablo en el texto de la carta a los Efesios. Se refiere el apóstol al progreso habido en la manifestación del “misterio” de Jesucristo,

que no había sido manifestado a los hombres en otros tiempos y ahora se ha revelado a él y los demás apóstoles y profetas. El misterio consiste en esto: “*que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo, por el Evangelio.*” (Ef 3,6).

Pablo ha comprendido que el plan misterioso de Dios era precisamente ofrecer su revelación a todas las naciones, para introducir a todos los hombres en la comunión íntima con Él. Se trata de una sorprendente novedad: “*ya no hay distinción entre judío o no judío*” (Gal 3, 28).

El pasaje del Evangelio de Mateo que narra la adoración de los Magos de Oriente es bien conocido y está presente desde siempre en la tradición cristiana.

La narración del evangelista Mateo¹ comienza situando el lugar y el tiempo del nacimiento de Jesús en estos términos: “*Jesús nació en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes*” (Mt 2,1). El rey Herodes es un personaje bien conocido de la época, que reinaba gracias al emperador de Roma, pero con la pretensión casi mesiánica de ser el redentor del reino judío. Belén es el pueblo natal del rey David y el lugar en el que debía nacer el Mesías, según las profecías. La referencia expresa a Judea, evoca la bendición profética del patriarca Jacob a su hijo Judá: “*No se apartará de Judá el cetro, ni el bastón de mando de entre sus rodillas, hasta que venga aquél a quien está reservado, y le rindan homenaje los pueblos*” (Gn 49,10).

Mateo no cita la profecía de Balaán, profeta pagano, que anunció una promesa futura de salvación para Israel diciendo: “*Lo veo, pero no es ahora, lo contemplo, pero no será pronto: Avanza una estrella de Jacob y surge un cetro de Israel*” (Num 24,17). La estrella de la que habla Balaán no es un astro, sino el mismo rey que ha de venir. Pero esta profecía, podría haber sugerido a los Magos la conexión entre la estrella y el niño rey de los judíos.

Los Magos de Oriente no eran únicamente astrónomos. Eran sabios religiosos que buscaban la verdad y el Dios verdadero; representan

¹ Seguimos la interpretación de Benedicto XVI, *La Infancia de Jesús*, 95-113.

el anhelo interior del espíritu humano, el camino de las religiones y de la razón humana hacia Cristo; son precursores de los buscadores de la verdad de todos los tiempos.

La tradición de la Iglesia ha leído la historia de los Magos a la luz del salmo 72,10 y de Isaías 60,1-6, cuyos textos ha incluido la liturgia de hoy en la primera lectura y en el salmo responsorial.

El salmo 72 es un canto de homenaje al rey de Israel, para el que se invoca la gracia de la sabiduría de Dios que le haga capaz de regir al pueblo con justicia y rectitud; así florecerá la paz en sus días. Para este rey justo y pacífico se invoca el título de rey universal, ante el que se postren todos los reyes y al que todos los pueblos le sirvan. Más en concreto se menciona el tributo que han de pagarle los reyes de Tarsis y de las islas y los reyes de Saba y de Arabia, es decir, los reyes de occidente y de oriente.

El texto de Isaías 60, 1-6 canta la gloria del Señor que amanece sobre Jerusalén y la llena de su luz, en medio de las tinieblas del mundo. Todos los pueblos caminarán a la luz de Jerusalén y traerán hacia ella sus riquezas. Pero, a diferencia del salmo 72, se refiere solamente a los dones de incienso y oro que vendrán a ofrecerle desde Madián y Efá, y de Saba, en camellos y dromedarios. Así pues, Isaías se sólo refiere de forma explícita a los venidos de oriente. Y esta tradición es la que recoge Mateo en su relato de los Magos de Oriente, que se presentaron en Jerusalén preguntando por el recién nacido rey de los judíos.

A estos Magos de Oriente les ha atraído el nacimiento de un niño-rey en la campiña de Belén. La venida de los Magos a Belén es la respuesta de la humanidad al Dios que ha querido nacer entre nosotros para ser el Emmanuel, el “Dios con nosotros” (cf. Mt 1, 22-23; Is 7, 14). Para encontrarlo, aquellos sabios deben subir a Jerusalén (cf. Is 60, 1-6) y escuchar las Escrituras, que contienen las promesas de Dios. Por ello, llegan preguntando:

“¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo”

La estrella es el hecho extraordinario que ha llevado a los Magos a la convicción firme de que ha nacido un nuevo rey de los judíos, cuyo reinado representa una bendición de Dios también para ellos; esta convicción los ha movido a ponerse en camino.

La pregunta sobre la realidad y el significado de la estrella no debe dejarse hoy de lado como un mero símbolo en una visión teológica de la historia. La estrella de los magos pudo ser el resultado del hecho constatado de la conjunción de Júpiter y Saturno, en los años 7-6 a. C., tiempo real del nacimiento de Jesús. La estrella fue para los Magos una señal e impulso para el inicio del camino; pero fue revelación porque estaban movidos interiormente por la esperanza de hallar respuesta a su búsqueda.

La estrella y su propia razón conducen a los Magos a la ciudad donde reside el rey de Israel, porque era de suponer que el nuevo rey habría nacido allí. Después, para encontrar el camino hacia el heredero de David, necesitarán la luz de las Escrituras de Israel, que los orientan hacia Belén.

La pregunta de los Magos en el palacio real de Jerusalén por el recién nacido rey de los judíos provocó el sobresalto del rey Herodes y de la ciudad de Jerusalén. Era comprensible el sobresalto de Herodes ante la noticia del nacimiento de un misterioso pretendiente al trono. Pero resulta más difícil entender por qué motivo debía alarmarse en aquel momento todo Jerusalén. A este propósito es oportuno recordar que Mateo dice también que “toda la ciudad se sobresaltó” al narrar la entrada de Jesús en Jerusalén aclamado como rey de Israel. En ambos casos, la ciudad se sobresalta ante el anuncio de la realeza de Jesús. Los ciudadanos de Jerusalén conocían bien la forma cruel de actuar de Herodes con todos los que pudieran hacer frente a su poder. Por ello, el anuncio del nacimiento de un rey mesiánico llevaría preocupación y temor a la ciudad dominada por Herodes.

Herodes “convocó a los sumos sacerdotes y a los escribas del país y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías” (Mt 2,4)

Los convocados respondieron con una sentencia compuesta con palabras del profeta Miqueas y del Segundo Libro de Samuel “*Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos la última de las ciudades de Judá; pues de ti saldrá un jefe [cf. Mi 5,1] que será el pastor de mi pueblo Israel*” [cf. 2 Sam 5,2]. (Mt 2,6).

Con esta redacción da a entender Mateo “la paradoja del obrar de Dios que recorre todo el Antiguo Testamento: lo que es grande nace de lo que según los criterios del mundo parece pequeño e insignificante... A la pequeña ciudad, considerada en si misma insignificante, ahora se la reconoce en su verdadera grandeza. De ella saldrá el verdadero Pastor de Israel... Con el nacimiento de Jesús en la gruta a las afueras de la ciudad, la paradoja se confirma una vez más.” (Benedicto XVI, La Infancia de Jesús, 109-110)

Mateo ha añadido a la palabra del profeta Miqueas la afirmación ya mencionada del Segundo Libro de Samuel (cf. 5,2), que allí se refiere al nuevo rey David, y que ahora alcanza su pleno cumplimiento en Jesús como Pastor de Israel. Se alude así al cuidado amoroso del rey que representa la realeza de Dios.

La respuesta de los jefes de los sacerdotes y de los escribas es concreta y resulta útil a los Magos. Pero no es únicamente una indicación geográfica, sino también una interpretación teológica del lugar y del significado del nacimiento anunciado. Herodes sacó sus conclusiones de esta respuesta y las puso en práctica con la matanza de los niños de la región.

Sorprende, sin embargo, que los versados en la Sagrada Escritura no se sintieran impulsados a tomar las decisiones que comportaba su interpretación de las profecías. De hecho, los sumos sacerdotes y escribas respondieron de acuerdo con la Palabra de Dios –“el Mesías, el Rey de Israel nacerá en Belén” (cf. Mi 5, 1)–, pero no la obedecieron ni aceptaron el cumplimiento de la profecía. Los Magos, en cambio, obedientes primero a su búsqueda de Dios y ahora también a la revelación contenida en las Escrituras, reemprendieron el camino y llegaron a la casa donde se hallaba el niño rey.

La estrella, que se había ocultado en Jerusalén, vuelve a brillar después del encuentro de los Magos con la palabra de la Escritura. La creación, interpretada por la Escritura, vuelve a hablar de nuevo al hombre. Mateo recurre a superlativos para describir la reacción de los Magos: *“Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría”* (Mt 2,10). Es la alegría del hombre al que la luz de Dios le ha llegado al corazón, y que puede ver cómo su esperanza se cumple.

“Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron” (Mt 2,11).

Los Magos se postran ante el niño y lo adoran. Es el homenaje que se rinde a un Dios-Rey y que explica los dones que le ofrecen los Magos. No son dones útiles en aquel momento para la Sagrada Familia, sino un reconocimiento de la dignidad regia del niño a quien se ofrecen. El oro y el incienso se mencionan también en Isaías 60,6 como dones que ofrecerán los pueblos como homenaje al Dios de Israel.

La tradición de la Iglesia ha visto representados en los dones tres aspectos del misterio de Cristo: el oro haría referencia a la realeza de Jesús, el incienso al Hijo de Dios y la mirra al misterio de su Pasión. En efecto, en el Evangelio de Juan aparece la mirra después de la muerte de Jesús: el evangelista nos dice que Nicodemo, para ungir el cuerpo de Jesús, llevó mirra, entre otras cosas (cf. 19,39). Con el signo de la mirra se enlaza la realeza de Jesús con el misterio de la cruz y se anuncia la pasión de manera simbólica ya en la adoración de los Magos.

La fiesta de la Epifanía es para nosotros ocasión para la acción de gracias y también exhortación a dar testimonio de la salvación ofrecida por Dios en Jesucristo a todos los pueblos. A diferencia de los sumos sacerdotes y escribas de Israel, la meditación asidua de las Escrituras debe llevarnos a la obediencia fiel a la voluntad de Dios revelada en su Palabra. Por ello, hoy pedimos que el Señor nos dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo y fortaleza para seguir anunciándolo como el único salvador.

2. Domingo Tercero Ordinario C Bendición del Centro Parroquial de Carbajosa de la Sagrada 26 de enero de 2013

Los libros de Esdras y Nehemías narran el regreso de los israelitas del exilio de Babilonia en torno al año 538 antes de Cristo, tras la proclamación del edicto de Ciro, rey de Persia, que ordenó la reconstrucción del templo de Jerusalén y ordenó que se devolvieran los bienes del templo que habían sido llevados a Babilonia por el rey Nabucodonosor. Los israelitas quedaban en libertad para volver a su patria (2 Cron 36, 23; Esd 1, 2-3). El regreso de Babilonia llevaba consigo la restauración de Jerusalén y de sus murallas, la reforma del orden social y económico, la reconstrucción del templo y la reordenación del culto y de la vida religiosa del pueblo, en fidelidad a la alianza de Dios con su pueblo. En la primera etapa fueron el sacerdote Josué y Zorobabel, apoyados por los profetas Ageo y Zacarías, los encargados de organizar las tareas de reconstrucción del templo de Jerusalén, que concluyeron con su consagración en el año 515.

Una segunda etapa en los trabajos en el templo tuvo como protagonistas al sacerdote Esdras y al gobernador Nehemías, con la protección del rey Artajerjes (464-424 a. C.), a cuyo servicio personal había estado Nehemías. Este es el marco histórico en el que sitúa la escena narrada en la primera lectura de esta celebración. Se trata de una asamblea en el inicio de la fiesta de las Tiendas, que había de celebrarse durante siete días al acabar la recolección de la cosecha (Dt 16, 13-15). La asamblea festiva tiene como contenido central la lectura de la Palabra de Dios y la explicación de su sentido, de manera que todo el pueblo comprendiera la lectura. En un momento decisivo de la historia del pueblo elegido, cuando es necesario un nuevo comienzo de restauración de la vida social y religiosa, el pueblo vuelto del destierro vuelve su corazón a Dios y siente necesidad de escuchar su Palabra, para volver a encontrar en ella la razón de su existencia y de su vida como pueblo. Por ello, escuchan con atención desde el amanecer hasta

el mediodía y expresan con su llanto el dolor ante la propia infidelidad y la emoción ante la misericordia eterna de Dios, que la lectura de su Ley les descubre. Al final, la bendición de Dios, que reciben del sacerdote Esdras y acogen con su: “Amén, amén”, da paso a la alegría y a la comida en común, propias de un día de fiesta consagrado al Señor. El texto termina con una exhortación de gran profundidad religiosa y de valor permanente: “*No estéis tristes, pues el gozo en el Señor es vuestra fortaleza*” (Neh 8,10). La vigencia actual de esta exhortación la vemos expresada en la conocida recomendación de san Pablo a los fieles de Filipos: “*Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra medida la conozca todo el mundo... Nada os preocupe; sino que en toda ocasión... vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios... custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús*” (Filp 4, 4-7).

Esta Parroquia de Carbajosa de la Sagrada ha experimentado en los últimos decenios un proceso de enorme cambio social y ha pasado de ser una pequeña parroquia rural a una gran parroquia urbana, con las necesidades de instalaciones pastorales que la nueva situación lleva consigo. Para la proclamación de la Palabra a la asamblea reunida en la plaza, Esdras preparó un púlpito de madera. Para la atención pastoral más adecuada a esta comunidad numerosa y joven, con tantos niños y jóvenes, la Diócesis de Salamanca ha podido, no sin sacrificio, pero sí con gozosa esperanza, financiar la construcción de un nuevo Centro Parroquial, que estará al servicio del anuncio, el estudio, la meditación y la puesta en práctica de la Palabra del Señor en la vida de esta comunidad y de cada uno de sus miembros.

La catequesis de niños, jóvenes y adultos; los grupos de estudio de la Biblia y de “lectio divina”; de liturgia y de oración; de pastoral de la salud y de caritas; los movimientos apostólicos, asociaciones y cofradías; el consejo pastoral y de asuntos económicos, y cualesquiera otros grupos que puedan existir, podrán tener en este Centro un lugar más adecuado para iniciar, madurar, renovar y llevar a mayor perfección su vida de fe y su capacidad de testimonio del Evangelio, siempre a la luz de la Palabra de Dios y acompañados por sus pastores y por la variedad de funciones, ministerios y servicios, que el Señor ha puesto

en la Iglesia, su Cuerpo, para la edificación permanente de todos sus miembros en Cristo, en conformidad con la enseñanza de san Pablo en la segunda lectura.

El nuevo Centro Parroquial que hoy bendecimos es un medio material adecuado para contribuir a hacer realidad esa misteriosa realidad de la Iglesia, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo, que tiene su fuente de realización diaria en la Palabra de Dios y en la Eucaristía. En efecto, el Cuerpo de Cristo está llamado a que sus múltiples miembros sean uno en Cristo; todos necesarios para los demás y para todo el cuerpo; no encerrados en los propios intereses, sino servidores cada uno de los demás por amor; preocupados unos de otros, de manera que *“cuando un miembro sufre, todos sufren con él; cuando uno es honrado, todos se felicitan”*. Y este ideal sólo es posible con la luz y la fuerza transformadora de la Palabra de Dios, que ha de guiarnos, especialmente en este Año de la Fe, a poner en práctica las enseñanzas del Concilio Vaticano II y a hacer frente a los nuevos desafíos que la cultura actual plantea a los creyentes en Cristo. Necesitamos dar mayor valor y presencia a la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, para nuestra constante renovación en el encuentro personal y comunitario con Cristo. **El nuevo Centro, formando una unidad indivisible con la Iglesia parroquial y como extensión necesaria de ella, debe buscar siempre que la Palabra de Dios sea cada vez más el corazón de toda la actividad parroquial, de manera que la comunidad parroquial sea capaz de abrir a todas las personas que viven en Carbajosa el acceso a Dios; al Dios que habla y nos comunica su amor, para que tengamos vida abundante. No hay prioridad pastoral más importante que ésta.**

La enseñanza de san Pablo sobre la necesidad que el Cuerpo de Cristo tiene de todos sus miembros es también una exhortación concreta a todos los fieles de la comunidad parroquial de Carbajosa de la Sagrada a poner a disposición de los hermanos todos los dones y gracias que de él han recibido. Cada uno debéis preguntaros a qué colaboración concreta os llama el Señor en esta etapa nueva que ahora comienza en vuestra Parroquia, con un nuevo equipo sacerdotal y un nuevo Centro parroquial. Y ya sabéis que la colaboración puede tener varias formas en los diversos servicios y grupos antes mencionados.

Y, en todo, caso, con la oración, con el sencillo testimonio de la fe y del amor cristiano en la vida diaria, y con la colaboración económica necesaria para garantizar el mejor funcionamiento de los servicios parroquiales.

El Evangelio de hoy tiene dos partes, que es necesario distinguir. La primera es un prólogo, que Lucas escribe según el uso de los escritores de historia de aquel tiempo (vv. 1-4). La segunda está tomada del capítulo cuarto y narra los inicios de la actividad pública de Jesús en su aldea de Nazaret (4,14-21).

El prólogo comienza con la dedicación del escrito a un cierto excelentísimo Teófilo, del que sólo conocemos el nombre, pero que es un personaje real; a una persona que estuvo vinculada al autor y que quizá le ayudó en la tarea evangelizadora.

Lucas pretende componer un relato de los hechos que se han verificado en torno a Jesús de Nazaret. Su escrito constituye una narración, una cristología narrativa. El relato de Lucas sigue las tradiciones transmitidas por los que primero fueron testigos oculares y luego predicadores de la Palabra. Esta breve referencia es de gran interés, pues revela cómo ha sido el origen de los Evangelios, en cuanto Palabra de Dios puesta por escrito. La predicación oral de Jesús fue continuada en la predicación también oral de los discípulos. Estas predicaciones de los testigos oculares dieron lugar a tradiciones orales que fueron siendo relatadas también por escrito por muchos autores. Y estos relatos escritos son los que comprueba Lucas antes de escribir su Evangelio, en particular la tradición oral o escrita procedente de la propia Virgen María, en todo lo relativo a la infancia de Jesús.

Así puede asegurar Lucas que cuánto ha escrito no son fantasías propias, sino que está avalado por la verdad de lo sucedido. Se basa en el testimonio fehaciente de los que conocieron a Jesús, convivieron con él y luego le dieron a conocer de viva voz, creando las primitivas comunidades. El evangelista ha procedido con rigor histórico informándose y comprobando todo lo que narra exactamente desde el principio. Con ello pretende que los lectores puedan conocer y entender mejor a Jesús y estén seguros de la solidez de las enseñanzas recibidas, para que se decidan a seguirle.

Lucas indica que Jesús volvió a Galilea, guiado por el Espíritu, y enseñó en la sinagoga de Nazaret (4,14-15). La sinagoga era el lugar natural donde Jesús se podía dirigir al pueblo judío en una comunidad. La sinagoga era el centro de la comunidad y el lugar de encuentro. En ella no se ofrecían sacrificios; esto sólo se hacía en el Templo de Jerusalén. Pero toda ciudad y toda aldea judías tenían al menos una sinagoga. Allí donde había diez hombres, había una sinagoga y el Dios de Israel estaba en medio de ellos. Es decir, la sinagoga no era tanto el edificio para la reunión cuanto la reunión misma de los judíos creyentes en un lugar.

Al regresar a su patria, Jesús tuvo una acogida favorable. Había enseñado en otras partes y su fama crecía cada vez más. Entró en la sinagoga de Nazaret al atardecer del viernes, según la costumbre judía, y sin duda también estaban presentes su familia y sus parientes. Como signo de honor, le pidieron que hiciera la lectura. Era un texto de Isaías en el que se narra la vocación de un profeta, diciendo que **el Espíritu de Dios descendió sobre él, lo consagró y estableció en él su morada; con la fuerza que le fue dada por el Espíritu, este profeta y siervo del Señor ha sido enviado a llevar la buena noticia del reino de Dios a los pobres, a proclamar la liberación de todos los oprimidos, a proclamar el año de la gracia y la misericordia del Señor** (cf. Is 61, 1-2).

Después de leer, se sentó como un rabino para hacer un breve comentario, que sintetizó en estas pocas palabras: “*Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír*”. Es decir, **el profeta presentado por Isaías es el propio Jesús**. La palabra de Dios, de la que da testimonio el antiguo profeta y que es oída por cuantos se encuentran en la sinagoga, se realiza precisamente en él. Esto significa que **aquel texto bíblico es asumido por Jesús como programa de su misión**: eso es lo que él hará y dirá; en eso consiste la buena noticia del Evangelio, que se realiza por medio de él... Y así, la palabra de Dios revelada por Isaías y escrita en un libro de la Escritura, leída en la liturgia celebrada en Nazaret, resuena como palabra de Dios cumplida en Jesús. De igual manera, este acontecimiento narrado en el Evangelio de Lucas y leído hoy en nuestra asamblea cristiana, resuena como palabra de Dios que busca ser realizada por cada uno de los cristianos y por la Iglesia.

La buena noticia de la liberación y del don de la gracia de Dios y de la vida nueva que hoy de nuevo nos ofrece Jesús sobrepasa toda esperanza humana, pero no es una simple expresión de ideales imaginarios o de bienes espirituales que vendrán sólo de la muerte o de la segunda venida del Señor. Los discursos y milagros de Jesús harán visible que su salvación está ya desde ahora presente entre nosotros y ofrecida a todos. Por ello, el mensaje de Jesús, que hoy se cumple, es la incesante y renovada presencia del año de gracia del Señor, que es el verdadero tiempo jubilar y la realización definitiva de la voluntad salvadora de Dios, que nosotros, como los habitantes de Nazaret, podemos acoger con gratitud o rechazar. Abramos el corazón a *“la gracia y la verdad”* (Jn 1,17), para tener en Jesucristo vida eterna y alegría plena, *“pues el gozo en el Señor es nuestra fortaleza”*.

3. Conversión de San Pablo

La llamada de Saulo es un hecho de la mayor importancia para la propagación universal del Evangelio. Su predicación de la salvación por la fe en Cristo ha superado los límites religiosos del judaísmo y ha hecho realidad el envío misionero universal del Evangelio de Marcos, que acabamos de escuchar.

La historia de la llamada de Saulo, que Lucas describe en los Hechos de los Apóstoles en tres ocasiones (en los capítulos 9, 1-19; 22, 1-16 y 26, 9-18), no es una narración de un proceso de cambio como experiencia psicológica personal. Es más bien la narración de la transformación de la vida de Saulo por la gracia de Cristo resucitado, que lo convierte de un encarnizado perseguidor de la Iglesia en su más ardiente defensor y en su más destacado testigo. El texto narra cómo Cristo mismo instruye a Ananías sobre el significado de la llamada de Saulo: *“Ese hombre es un instrumento elegido por mí para dar a conocer mi nombre a pueblos y reyes, y a los israelitas. Yo le enseñaré lo que tiene que sufrir por mi nombre”* (9,15-16).

Pablo fue llamado a reconocer a Jesús como el Mesías esperado por Israel; fue conducido por Ananías a la Iglesia, a la cual es incorporado por el bautismo. Y Pablo es mostrado enseguida anunciando en la sinagoga que Jesús es el Hijo de Dios (Hch 9, 20.22). La experiencia del encuentro con Jesús resucitado y con su Iglesia se convierte en contenido de su anuncio posterior sobre la necesidad de la fe en Cristo para la salvación de todos los hombres. Y Pablo no podrá olvidar que Jesús se ha identificado con los cristianos a los que él persigue, es decir, con su Iglesia. De hecho, Pablo nos ha transmitido la enseñanza más luminosa en relación con la unidad de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, fundada en el Bautismo, el Espíritu Santo y la Eucaristía.

La actividad evangelizadora de Pablo, en comunión con Pedro y los demás apóstoles, y su enseñanza sobre la unidad de la Iglesia hacen de él un modelo actual para nosotros en esta jornada de clausura de la oración por la unidad.

Llamado al apostolado a destiempo, no pudo disfrutar de la pedagogía de Jesús, el Maestro, durante su vida terrena. Y tampoco tuvo ocasión de aprender la convivencia fraterna con los demás discípulos. Pero en la tradición viva de la Iglesia ha aprendido la historia de Jesús y ha recibido su enseñanza. Y la total entrega a la voluntad del Señor, le llevó a Jerusalén para conocer a Pedro y estar junto a él quince días, como expresamente declara en su carta a los Gálatas (Gal 1,18). De nuevo, pasados catorce años, escribe Pablo, “subí otra vez a Jerusalén... y, en conversación privada con los principales dirigentes, les di cuenta del evangelio que anuncio a los paganos, no fuera que ahora y entonces me estuviera afanando inútilmente.” (Gal 2, 1-2).

Pablo busca la garantía de la rectitud de su predicación en la comunión con los otros apóstoles, pero, a la vez, frente al acoso de los judíos cristianos que consideraban obligatorio seguir observando la ley, defenderá con gran lucidez y fuerza, ante Pedro, Santiago y los demás apóstoles, la verdad del Evangelio de la salvación por la fe en Jesucristo. Con esta práctica y enseñanza mostrará a la Iglesia el camino a seguir en la evangelización de todos los pueblos, sabiendo distinguir la misión que al pueblo de Israel le había correspondido en el tiempo de preparación de la venida del Mesías, de la misión universal que la

Iglesia había recibido para salvación de todos los pueblos por la fe en Cristo. El Espíritu Santo había orientado a Pedro a la hora de admitir al pagano Cornelio al bautismo (Hch 10 y 11,1-18). Pero Pablo le ayuda a Pedro a interpretar el sentido de esta orientación para el anuncio del Evangelio al mundo entero. Se trataba de la recta interpretación del sentido de la revelación de Dios, expresada en su plenitud en Cristo. De algo semejante se trata siempre en la búsqueda de la unidad de la Iglesia.

Clausuramos con esta celebración una Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos situada en el marco espiritual del Año de la Fe, convocado con ocasión de los cincuenta años del inicio del Concilio Vaticano II. En este Año, el Papa nos ha exhortado a volver a la enseñanza del Vaticano II, que no ha perdido su valor y sigue siendo luz y brújula segura para orientar nuestro camino de Iglesia en el comienzo del tercer milenio y para dar impulso a la renovación siempre necesaria de la Iglesia, que la haga capaz de iniciar un tiempo nuevo de evangelización.

En esta celebración es especialmente oportuno recordar que la búsqueda de la unidad de los cristianos fue una de las metas principales que se propuso el Concilio Vaticano II y es un imperativo permanente del Señor a sus discípulos, expresado en forma oración al Padre: *“Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado”* (Jn 17, 21).

La unidad que se trata de alcanzar no es un acuerdo humano, sino la unidad en el Padre y en el Hijo, la comunión en la Trinidad. Esta “comunión es la vida misma de Dios que se comunica en el Espíritu Santo por medio de Jesucristo”². La unidad es un don de Dios en continua realización, que Jesús imploró al Padre y nosotros debemos seguir pidiendo cada día.

² Benedicto XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in Medio Oriente*, 3.

La búsqueda de la unidad es gracia y tarea para toda la Iglesia de Cristo, en su universalidad. Por ello, la oración por la unidad nos urge y nos reúne a todas las confesiones cristianas, presentes en todo el mundo y en las más diversas circunstancias, a veces en medio de inestabilidad y violencia. Tal es la situación de las antiguas y venerables iglesias y de las más recientes comunidades eclesiales presentes en Oriente Medio. A la vía ecuménica entre ellas se ha referido Benedicto XVI en la Exhortación Apostólica Postsinodal “*Ecclesia in Medio Oriente*”, firmada el día 14 de septiembre de 2012 en Beirut, con ocasión de de viaje apostólico a Líbano. Las indicaciones a aquellas iglesias, tan cercanas a los lugares y las tradiciones del origen de nuestra fe, pueden tener también para nosotros valor ejemplar, aun en nuestra diversa situación.

El Papa ha comenzado recordando a todos que es necesario “un esfuerzo importante y continuo por favorecer la unidad, dentro de las respectivas riquezas, con el fin de reforzar la credibilidad del anuncio del Evangelio y del testimonio cristiano. La unidad es un don de Dios, que nace del Espíritu, y es preciso hacer crecer con perseverante paciencia (cf. 1 P 3,8-9). Sabemos que, cuando las divisiones nos contraponen, existe la tentación de recurrir sólo a criterios humanos, olvidando los sabios consejos de san Pablo (cf. 1 Co 6,7-8). Él nos exhorta: ‘Esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz’ (Ef 4,3). La fe es el centro y el fruto del verdadero ecumenismo... La unidad surge de la oración perseverante y la conversión, que hace vivir a cada uno según la verdad y en la caridad (cf. Ef 4,15-16). El Concilio Vaticano II ha alentado este ‘ecumenismo espiritual’, que es el alma del auténtico ecumenismo.”³

En efecto, el Concilio Vaticano II ha enseñado que, para ser eficaz, el camino ecuménico ha de recorrerse “principalmente con la oración, con el ejemplo de vida, con la escrupulosa fidelidad a las antiguas tradiciones orientales, con un mejor conocimiento mutuo, con la colaboración y estima fraterna de las cosas y de los espíritus”⁴. Sobre todo,

³ Ibid., n. 11.

⁴ Decreto *Orientalium Ecclesiarum*, sobre las Iglesias orientales católicas, n. 24

será conveniente que todos se dirijan aún más hacia Cristo mismo. Jesús une a quienes creen en él y le aman, entregándoles el Espíritu de su Padre, así como el de María, su madre (cf. Jn 14,6; 16,7; 19,27).

Los fieles católicos podemos promover el ecumenismo espiritual en las parroquias, monasterios y conventos, en las instituciones escolares y universitarias, y en los seminarios. Corresponde a los pastores acostumbrar a los fieles a ser testigos de la comunión con Cristo y entre las iglesias y comunidades eclesiales en todos los ámbitos de su vida y de su colaboración en la misión. A este fin, es importante comprender que la comunión de las iglesias no es una confusión, ni tampoco la uniformidad de las tradiciones y celebraciones. El testimonio auténtico comporta el reconocimiento y el respeto por el otro, la disposición para el diálogo en la verdad, la paciencia como una dimensión del amor, la sencillez y la humildad de quien se reconoce pecador ante Dios y el prójimo, la capacidad de perdón, de reconciliación y purificación de la memoria, tanto en el plano personal como comunitario.

Este es el ambiente espiritual adecuado para que dé fruto el trabajo perseverante de los teólogos en la búsqueda de la unidad, así como la actividad de las comunidades locales que rezan y se esfuerzan promoviendo la amistad y la fraternidad. Es importante a este propósito constatar que desde el año 2008 tenemos una traducción interconfesional de la Biblia en español, que nos permite a católicos y protestantes escuchar la Palabra de Dios y rezar el Padrenuestro con las mismas palabras. De esta manera se sientan las bases para hablar con una sola voz sobre las grandes cuestiones morales a propósito de la verdad humana, la familia, la sexualidad, la bioética, la libertad, la justicia y la paz. De hecho, existe ya entre los cristianos de las distintas confesiones un “**ecumenismo diaconal**” en el campo de la caridad y la educación⁵.

En relación con la Oración por la Unidad, ¿Qué nos dice la conversión de san Pablo? De igual manera que el encuentro con Cristo llevó a Pablo a la adhesión inquebrantable a la verdad de su enseñanza, hasta entonces rechazada, la conversión de los corazones a Cristo, buscada

⁵ La expresión es de Benedicto XVI en “*Ecclesia in Medio Oriente*”, n. 14.

en la escucha orante de su Palabra, realizará en los cristianos separados la superación de las incomprensiones ancestrales, de los malentendidos y prejuicios, de la indiferencia y el desconocimiento recíprocos, y hará posible la purificación de la memoria histórica, el encuentro en el amor mutuo y la mirada sosegada y limpio a la verdad, que llevará a superar mediante el estudio y el diálogo teológico la divergencias doctrinales que todavía perduran.

La conversión nos hace capaces de reconocer la acción del Espíritu en la Iglesia católica y en otras Iglesias y comunidades eclesiales cristianas, de descubrir la presencia en todas ellas de ejemplos de santidad, y de tener experiencia personal de la riqueza de la comunión de los santos. Y la oración común de los cristianos es el medio más eficaz para alcanzar la gracia de la unidad, congregados en torno a Cristo, que nos ha asegurado: *“Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mt 18,20).

4. Funeral de Lorenzo Sánchez Alonso

Queridos hermanos sacerdotes, familiares, amigos y antiguos feligreses de D. Lorenzo, especialmente en las parroquias de Villarmayor, Mata de Ledesma, Zafrón y Doñinos de Ledesma.

Estamos celebrando el paso de nuestro hermano Lorenzo, sacerdote, a la casa del Padre, como su definitiva participación en el misterio salvador de la muerte y resurrección de Jesucristo. Y lo hacemos con serena paz y con gozosa esperanza pascual, ofreciendo esta Eucaristía como sacrificio de acción de gracias al Padre, por la vida divina que nos ha dado en su Hijo y por el amor que el Espíritu ha derramado en nuestros corazones. Nos alienta a ello la Palabra de Dios escuchada.

El Hijo, que ha sido fiel a la voluntad del Padre hasta la muerte por amor, nos asegura que va a cumplir la voluntad del Padre respecto de aquellos que el Padre le ha dado para ser sus amigos íntimos en el

conocimiento de los secretos del Padre; a los que ha elegido, llamado y consagrado como sacerdotes para siempre, haciéndolos partícipes de su mismo sacerdocio y misión.

“Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día”. Podemos glosar estas palabras del Evangelio de hoy y referirlas a nuestro hermano sacerdote difunto, con las siguientes frases de Jesús en su oración por los sacerdotes, en el capítulo 17 del Evangelio de Juan: “Padre... Yo te he dado a conocer a aquellos que tú me diste de entre el mundo. Eran tuyos y tú me los diste, y ellos han aceptado tu palabra... Yo les he enseñado lo que aprendí de ti, y ellos han aceptado mi enseñanza... Yo te ruego por ellos... por los que tú me has dado, porque te pertenecen... Haz que sean completamente tuyos. Por ellos yo me ofrezco enteramente a ti, para que también ellos se ofrezcan enteramente a ti... Lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros... yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste a mí, de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros. Yo en ellos y tu en mí, para que lleguen a la unión perfecta... Padre, yo deseo que todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo, para que contemplen la gloria que me has dado, porque tú me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo,... todos estos ha llegado a reconocer que tú me has enviado. Les has dado a conocer quién eres... para que el amor con que me amaste pueda estar también con ellos, y yo mismo esté en ellos” (Jn 17, 1-26).

La oración de Jesús fundamenta nuestra esperanza de que nuestro hermano Lorenzo, sacerdote, va a ser admitido a la fiesta del banquete eterno, del pan de la vida eterna, que él sirvió sacramentalmente a los fieles en su nombre. Por ello, hoy, en su tránsito a la morada del Padre, en la que el Hijo nos ha preparado un lugar, celebramos y gozamos con su salvación prometida y ardientemente esperada.

La primera creación, con los males introducidos en ella por la desobediencia del hombre, ha pasado. La muerte, el luto, el llanto y el dolor del primer mundo ya no existen. Cristo resucitado lo ha hecho todo nuevo. Para el hombre nuevo, renacido del agua y del Espíritu, ha creado un cielo nuevo, una tierra nueva y una ciudad santa, en la

que Dios ha establecido su morada definitiva con los hombres. En ella acampará Dios entre los hijos de adopción, que el Hijo amado le ha convertido en su nuevo pueblo. Con ellos estará Dios y será su Dios. Enjugará las lágrimas de sus ojos y calmará su sed, dándoles a beber de balde de su fuente de agua viva. El Espíritu Santo es la fuente de los ríos de agua viva que, según la promesa de Jesús, ha manado de las entrañas de todos los que, como Lorenzo, tenían sed y han venido a beber con fe en él (Cf. Jn 7, 37).

Nuestro hermano Lorenzo fue siempre un sediento del agua viva de Jesús, un buscador incansable de su verdad, a través del estudio de la teología y de la pedagogía de la fe. Para hacer realidad su búsqueda, hizo la opción de compartir el amor de Jesús a sus discípulos más sencillos, permaneciendo casi toda su vida oculto en la cercana relación de caridad pastoral con los fieles de los pueblos encomendados a su cuidado.

Queridos hermanos: Nuestra común esperanza de alcanzar la herencia de la ciudad celestial es cierta y firme, porque se basa en el amor que Dios ha derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado. Si Cristo ha muerto por nosotros cuando éramos pecadores, con cuánta más razón, una vez justificados y reconciliados por su sangre, seremos libres del castigo y salvos para siempre por su vida. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a Hijo único. Todo el que cree en él tiene vida eterna, en la comunión de amor con Dios, que ahora nos invita a degustar en la Eucaristía.

Señor Jesucristo, lleva sobre tus hombros de Buen Pastor a nuestro hermano Lorenzo hasta la casa de Dios; hazle entrar contigo a ver el rostro del Padre y sacia su sed con el don de tu Espíritu. Que reine dichoso eternamente contigo, junto con todos tus redimidos a los que como sacerdote ha conducido a tu reino celestial.

5. Solemnidad de San Juan de Mata

La misión del profeta, descrita en el capítulo 61 de Isaías, tiene su contexto en el primer tiempo de la vuelta del destierro en Babilonia. El retorno físico de la tierra del exilio no se ha visto acompañado, por parte de todos, de un retorno espiritual. Por ello, el profeta se ha sentido llamado a volver a denunciar las falsas actitudes religiosas del pueblo, que ha venido condenando desde el principio de su misión: *“El buey conoce a su amo y el asno el pesebre de su dueño; Israel no me conoce, mi pueblo no comprende”* (Is 1, 3). Por ello, acusa el profeta, *“este pueblo me alaba con la boca y me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí y el culto que me rinden es puro precepto humano, simple rutina”* (Is 29, 13).

A la vuelta del destierro sigue estando sin realizar el nuevo orden social que Isaías había presentado desde el inicio de su actividad profética como voluntad de Dios para su pueblo. Ese nuevo orden social debe manifestar la presencia de Dios en medio de su pueblo; y el profeta lo espera menos de la conversión del pueblo por propia iniciativa que de la manifestación que Dios quiere hacer de su misericordia en el tiempo oportuno. De hecho, el libro de Isaías ha venido manifestando la compasión y la benevolencia del Señor de varias formas, por ejemplo, con el anuncio del nacimiento del Emmanuel (Is 7, 10-14) y de la permanencia de un resto de Israel (Is 10, 20,23), así como con la promesa de un renuevo que brotará del tronco de Jesé, sobre el cual se posará el espíritu del Señor (Is 11, 1-2), y con numerosas palabras de consuelo y de confianza, dirigidas al monte Sión (Is 25, 6-10) y a la ciudad de Jerusalén (Is 26, 1-4).

“Consolad, consolad a mi pueblo” (Is 40, 1) ha proclamado el profeta al comienzo de la segunda parte del libro. *“El Señor Dios llega con poder”* y *“se revelará la gloria del Señor”*. *“Como un pastor que apacienta el rebaño, reúne con su brazo los corderos y los lleva sobre el pecho; cuida él mismo a las ovejas que crían”* (Is 40, 1.5.10. 11). *“Y tú, Israel... Tú eres mi siervo, te he elegido y no te he rechazado, no temas, porque yo estoy contigo”* (Is 41, 8-10). La exhortación a la confianza en su Dios

y en su poder salvador es la exhortación que el profeta dirige de forma constante a un pueblo al que se ve obligado a reprochar sin cesar que es ciego y sordo (cf. Is 42, 18-25; 43, 8).

“Despierta, despierta,... Jerusalén” (Is 51,17) grita el profeta. *“Despierta, despierta, vístete de tu fuerza... Jerusalén, ciudad santa”* (Is. 42, 1). *“Por un instante te abandoné, pero con gran cariño te reuniré... con amor eterno te quiero”* (Is 54, 7-8). El profeta anuncia que el Señor mismo reconstruye la ciudad, asienta sus piedras sobre azabaches, sus cimientos sobre zafiros y hará sus almenas de rubí, sus puertas de esmeralda y de piedras preciosas sus bastiones (cf. Is 54, 11-12). Porque el poder del amor de Dios es más fuerte que el peso de las culpas, como el profeta proclama: *“Son vuestras culpas las que os han separado de vuestro Dios”*, pero *“la mano del Señor no es tan débil que no pueda salvar, ni su oído tan duro que no pueda oír”* (Is 59, 1-2). Por ello, lo que el pueblo debe hacer es buscar al Señor e invocarlo (cf. Is 55,6) y confiar en la fuerza de su palabra, que es siempre eficaz. En efecto, *“como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar..., así será la palabra, que sale de mi boca: no volverá a mi vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo”* (Is 55, 10-11).

Y en esta serie de anuncios de consuelo, de restauración, y de revelación de la luz, la gloria y la salvación de Dios (cf. Is 60 y 62), se presenta **la misión del profeta, ungido por el Espíritu de Dios y enviado para dar a los pobres la buena noticia de un año de gracia del Señor**, es decir, de un año de jubileo, que trae amnistía a los cautivos, libertad a los prisioneros, curación a los corazones desgarrados y consuelo a los afligidos. Toda esta sobreabundancia de beneficios de Dios tiene como origen el amor eterno de Dios a su pueblo, que el profeta expresa de nuevo en esta hermosa forma: *“Por amor de Sión no callaré, por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que rompa la aurora de su justicia, y su salvación llamee como antorcha”* (Is 62,1).

Aquella misión del profeta ha adquirido un sentido nuevo de anuncio del futuro profeta definitivo de Dios, o sea, de Jesús, el Hijo de Dios, Mesías-Ungido y enviado del Padre. Según narra el Evangelio de Lucas fue Jesús mismo quien, en la sinagoga de Nazaret, declaró: *“Hoy*

se cumple esta Escritura que acabáis de oír". Es decir, **el profeta anunciado por Isaías es Jesús mismo y el texto bíblico de Isaías es asumido por Jesús como programa de su propia misión**, así reformulado por Lucas: *"El Espíritu del Señor está sobre mi, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor"* (Lc 4, 18-19).

La lectura de la primera carta de Juan y el Evangelio de Mateo nos han situado en el centro de la buena noticia de liberación proclamada por Jesús. El evangelista Juan presenta a Jesús, ya desde el prólogo de su Evangelio, como la vida y la luz de los hombres; como el Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad, que se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros para darnos a conocer Dios, a quien nadie había visto. Así pues, *"la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo"* (Jn 1, 17). Jesucristo en persona hace presente *"el nuevo año de gracia del Señor"*.

La vida de Dios, que es luz de los hombres y se les comunica como gracia, **es descrita** por el mismo evangelista Juan **como amor**; esta es la verdad de su ser invisible, dado a conocer por Jesús. Por ello, en el fragmento hoy leído, la presentación que hace Juan del mandamiento de Dios tiene como primer contenido: *"que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo"* (1 Jn 3, 23) y en el amor que en él Dios nos ha dado a conocer, pues *"hemos conocido el amor en que él dio su vida por nosotros"* (1 Jn 3, 16). Quien ha conocido a Jesús y cree en él puede ya cumplir la segunda parte del mandamiento: *"que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó"* (1 Jn 3, 23). Como *"él dio su vida por nosotros, también nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos"* (1 Jn 3, 16).

En otros textos de la misma carta, el evangelista Juan ha explicado con más claridad el origen y el fundamento de nuestro conocimiento del amor de Dios: *"En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor... en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados... Si Dios nos amó de*

esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros” (1 Jn 4, 9-11).

Los que *“hemos conocido el amor que Dios nos tiene”* (1Jn 4,16), hemos reconocido este amor como el amor de un padre y creemos que somos hijos de Dios. Sabemos que lo somos, aunque el mundo no lo reconoce, porque no ha conocido a Dios (1 Jn 3, 1-2). Hemos nacido de Dios, que es amor, y el amor constituye nuestra forma propia de ser y actuar (cf. 1 Jn 4, 7-8). *“Dios es amor, y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él* (1 Jn 4, 16).

Este conocimiento del ser de Dios nos hace comprender en toda su profundidad el fundamento del precepto antiguo del amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, así como la motivación del mandamiento nuevo de Jesús: *“Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor...Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande, que el que da la vida por sus amigos”* (Jn 15, 9. 12-13).

En relación con el doble precepto del amor, la enseñanza de Juan se nos ha manifestado ya con claridad: Lo primero es el amor a Dios; y este amor es la fuente del amor al prójimo. Juan lo sigue expresando en esta forma: *“Nosotros amemos a Dios, porque él nos amó primero”* (1 Jn 4, 19). Y *“en esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos”* (1 Jn 5, 2). Pero añade con fuerza: *“Si alguno dice: ‘Amo a Dios’, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve”* (1 Jn 4, 20).

En este marco amplio de la enseñanza del evangelista Juan comprendemos mejor las alusiones generales y las referencias concretas del texto de la segunda lectura de hoy. El amor a los hermanos en medio del odio del mundo es el testimonio de que hemos nacido de Dios y hemos pasado de la muerte a la vida. El que no ama permanece en la muerte (cf. 1 Jn 3, 13-14). Y el amor a los hermanos debe ser efectivo, no *“de palabra y de boca, sino de verdad y con obras”* (1 J n 3, 18). Pues, *“si uno tiene bienes del mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él al amor de Dios?”* (1 Jn 3, 17).

La escena del juicio final que ha narrado Mateo es la denuncia definitiva que Dios hace de la mentira de una vida consolidada en la búsqueda egoísta de los propios intereses y en la indiferencia ante la necesidad y el sufrimiento del prójimo; aún cuando esa persona haya dicho que ama a Dios, lo ha dicho sin verdad. Y Mateo explicita un nuevo motivo que añade Jesús al amor al prójimo: “*Lo que hicisteis con uno de éstos –sedientos, hambrientos, desnudos, sin hogar, enfermos y prisioneros– conmigo lo hicisteis*”. No hay una forma más concreta y expresiva de dar testimonio de la unión inseparable del amor a Dios y el amor al prójimo: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios. De esta forma tan concreta y expresiva ha cumplido su misión de mostrarnos el camino de la herencia de la vida eterna en el reino de los cielos.

Este es el camino del amor más grande (Jn 15,13), que San Juan de Mata descubrió en el seguimiento fiel de Jesús, con total entrega de la propia vida al servicio de la misión redentora de Jesucristo. La imitación de Jesús hizo también posible a San Juan de Mata realizar en su vida la misión del profeta que, ungido por el Espíritu, hace partícipes a los cautivos de la libertad y la gracia de Cristo.

En su fiesta, nos encomendamos hoy a San Juan de Mata y le pedimos que nos ayude a imitar su ejemplo y a encontrar, en el seguimiento de Jesús, la forma propia de tomar parte en la misión que Jesucristo ha encomendado a su Iglesia en este tiempo. San Juan de Mata, ruega por nosotros.

6. Eucaristía en el día del ayuno voluntario

¿Cómo podremos practicar el ayuno que Dios quiere? ¿De donde vendrá nuestra fuerza para partir nuestro pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al vemos desnudo y preocuparnos del bien del hermano?

El mensaje del capítulo 58 de Isaías sobre el ayuno que Dios quiere, tiene su contexto en el primer tiempo de la vuelta del destierro en Babilonia. El retorno físico de la tierra del exilio no se ha visto acompañado, por parte de todos, de un retorno espiritual. Por ello, el profeta vuelve a denunciar falsas actitudes religiosas del pueblo ya condenadas desde el capítulo primero del libro: “*¿Qué me importa la abundancia de vuestros sacrificios?... Estoy harto de holocaustos... no soporto iniquidad y solemne asamblea... aunque multipliquéis las plegarias, no os escucharé... Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Buscad la justicia, socorred al oprimido, proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda*” (Is 1, 11-17).

A la vuelta del destierro sigue estando sin realizar el nuevo orden social que Isaías había presentado desde el inicio de su actividad profética como voluntad de Dios para su pueblo. Ese nuevo orden social debe manifestar la presencia de Dios en medio de su pueblo; y el profeta lo espera menos de la conversión del pueblo por propia iniciativa que de la manifestación que Dios quiere hacer de su misericordia en el tiempo oportuno. La compasión del Señor la manifiesta Isaías con la promesa del rey mesiánico y del resto fiel de Israel, así como con el símbolo de Sión, monte del templo y testigo de la presencia del Señor, que permanece aún después de la destrucción de Jerusalén.

“*Consolad, consolad a mi pueblo*” había proclamado el profeta en el capítulo 40, al comienzo de la segunda parte del libro. “*El Señor Dios llega con poder*” y “*se revelará la gloria del Señor*”. “*Como un pastor que apacienta el rebaño, reúne con su brazo los corderos y los lleva sobre el pecho; cuida él mismo a las ovejas que crían*” (Is 40, 1.5.10. 11). “*Y tú, Israel... Tú eres mi siervo, te he elegido y no te he rechazado, no temas, porque yo estoy contigo*” (Is 41, 8-10). La exhortación a la confianza en su Dios y en su poder salvador es la exhortación que el profeta dirige de forma constante a un pueblo al que se ve obligado a reprochar sin cesar que es ciego y sordo (cf. Is 42, 18-25; 43, 8).

“*Despierta, despierta, ... Jerusalén*” (Is 51,17) grita el profeta. Prepárale un camino al Señor (cf. Is 40, 3). “*Despierta, despierta, vístete de tu fuerza... Jerusalén, ciudad santa*” (Is. 42, 1). “*Por un instante te aban-*

doné, pero con gran cariño te reuniré... con amor eterno te quiero" (Is 54, 7-8). El Señor mismo reconstruye la ciudad, asienta sus piedras sobre azabaches, sus cimientos sobre zafiros y hará sus almenas de rubí, sus puertas de esmeralda y de piedras preciosas sus bastiones (cf. Is 54, 11-12). Y ofrece bebida y alimento gratis a sus habitantes: "*Sedientos todos, acudid por agua; venid también los que no tenéis dinero: comprad trigo y comed, venid y comprad, sin dinero y de balde, vino y leche*" (Is 55, 1).

El profeta proclama que el poder del amor de Dios es más fuerte que el peso de las culpas y de la corrupción por él mismo denunciada: "*Son vuestras culpas las que os han separado de vuestro Dios*", pero "*la mano del Señor no es tan débil que no pueda salvar, ni su oído tan duro que no pueda oír*" (Is 59, 1-2). Por ello, lo que el pueblo debe hacer es buscar al Señor e invocarlo (cf. Is 55,6) y confiar en la fuerza de su palabra, que es siempre eficaz. En efecto, "*como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar..., así será la palabra, que sale de mi boca: no volverá a mi vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo*" (Is 55, 10-11).

Esta pedagogía que Dios practica, mediante la denuncia profética de los pecados y el anuncio consolador de su compasión y restauración de su pueblo, ha sido constante en la historia de la salvación y es actual en todo tiempo.

Esta experiencia de la actuación de Dios nos ofrece las claves para dar ahora respuesta a la pregunta inicial: ¿Quién podrá practicar el ayuno que Dios quiere? El que vive no sólo de pan, sino sobre todo de la palabra que sale de la boca de Dios (cf. Mt 4, 4; Dt 8,3). En efecto, para practicar el ayuno que es obra de amor necesitamos no sólo una palabra externa que nos denuncia y nos orienta y señala el camino; es preciso sobre todo una palabra interior eficaz, la Palabra de Dios, capaz de realizar lo que anuncia, porque se hace vida en quienes la acogen y hace vivir de ella a quienes buscan en ella su alimento. Como Jesús, estamos llamados a buscar nuestro alimento en hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4, 34).

En esta dirección nos orienta Jesús en el fragmento del Evangelio de Lucas. En primer lugar Jesús declara dichosos a sus discípulos, porque han visto los signos de la llegada del Reino de Dios en su victoria sobre las enfermedades y sobre los mismos demonios. Pero los hace sentirse dichosos sobre todo porque el Padre les ha revelado el significado de la misión que está realizando su Hijo Jesús, y porque Jesús les está llevando a conocer al Padre y a alegrarse porque sus nombres están ya inscritos entre los ciudadanos del reino de los cielos.

El contenido más concreto de estos motivos de dicha lo aclara Jesús a través del diálogo con un doctor de la Ley. La reafirmación del antiguo precepto del amor a Dios y al prójimo como camino de vida eterna para el hombre es una revelación del ser de Dios, a quien sólo Jesús conoce y da a conocer, y del ser del hombre, cuya verdad de hijo de Dios es puesta en nueva luz por Jesús. Es decir, el misterio del hombre se desvela en el conocimiento del Dios que es amor y nos llama a alcanzar nuestra plenitud y perfección humana en la comunión de amor con él. Esta es la razón de ser del doble precepto y el motivo por el cual podrá decir Pablo con tanta insistencia: Si no tengo amor, no soy nada (cf. 1 Cor 13, 2).

En esta celebración, la meditación de la Palabra de Dios nos ha ido haciendo progresar en el conocimiento del ayuno que Dios quiere y de la fuente de donde brota la posibilidad de practicarlo. Primero nos ha indicado que sólo es capaz de ayunar como Dios quiere quien vive no sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Y el vivir de esta Palabra de Dios nos está llevando a la experiencia de la comunión de amor con Dios, como fuente de nuestro amor al prójimo.

Y seguimos profundizando en las preguntas. Ahora es la enseñanza de Benedicto XVI⁶ la que nos ayuda a responder a estos interrogantes: ¿Cómo podemos vivir el amor a Dios? ¿Es realmente posible amar a Dios aunque no se le vea? Y, por otro lado: ¿Se puede mandar el amor?

⁶ Deus Caritas est, 16-18.

En estas preguntas ve el Papa manifestadas dos objeciones contra el doble mandamiento del amor. Nadie ha visto a Dios jamás, ¿cómo podremos amarlo? Y además, el amor no se puede mandar; a fin de cuentas es un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la voluntad.

La primera carta de Juan parece respaldar la primera objeción cuando afirma: *“Si alguno dice: ‘amo a Dios’, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve”* (1 Jn 4, 20). Pero este texto no excluye el amor a Dios, como si fuera algo imposible; por el contrario, en todo el contexto de esta carta es exigido explícitamente el amor a Dios. Lo que se subraya es la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo. La afirmación de Juan se ha de interpretar más bien en el sentido de que el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios.

Por otra parte, si es verdad que nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo, también es verdad que Dios no es del todo invisible para nosotros. Dios se ha hecho visible de muchas maneras en la historia de amor que narra la Biblia, según hoy mismo hemos meditado. Pero el amor que Dios nos tiene se ha hecho visible de forma plena cuando *“Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él”* (1 Jn 4, 9). Dios se ha hecho visible de manera que en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). Y en Jesús, en su persona, vida y enseñanza, se nos hace visible Dios y trata de atraernos a su encuentro de forma continua y en las más diversas maneras; entre ellas ahora, en esta celebración de la Eucaristía. Con el don sacramental de sí mismo nos hace experimentar que el precepto del amor no es la imposición de un sentimiento ajeno a nosotros y que no podamos suscitar con su gracia en nosotros mismos.

El camino del encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios es un proceso que dura toda la vida y se va alimentando también con el sentimiento de alegría que produce en nosotros la experiencia de ser amados. La historia del amor entre Dios y cada uno de nosotros se va perfeccionando en el progreso de la identificación de

nuestro querer con el suyo, de nuestra voluntad con la suya. El amor no es entonces un precepto que se impone desde fuera, sino que es la expresión de la propia voluntad y del propio ser, identificados con la voluntad y el ser de Jesús. El amor a Dios y al prójimo es entonces la fuente de nuestra mayor alegría. Y así ya no nos cabe duda alguna de que es posible el amor al prójimo, en la versión primera del Decálogo, “*como a ti mismo*”, y en la nueva versión de Jesús “*como yo os he amado*” (Jn 13, 34).

Amar como Jesús nos ha amado incluye amar con el mismo amor con el que Jesús nos ha amado. Con este amor es posible el amor al prójimo sin fronteras de lugares, de razas, de ideas; incluso es posible amar a quienes nos odian y persiguen, Es posible amar a la persona que no nos agrada o ni siquiera conocemos. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, que lleva a la comunión de voluntad y de sentimientos. Entonces aprendemos a mirar a cada persona no ya sólo con nuestros ojos y sentimientos, sino con los ojos y sentimientos de Jesús. Así podemos dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: podemos ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la primera carta de Juan.

Si en la vida falta del todo o hay solamente un débil contacto con Dios, se podrá ver en el prójimo solamente al otro, pero no se conseguirá reconocer en él la imagen divina y el rostro de Jesús, que ha identificado con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados. (cf. Mt 25, 40). Por otra parte, si en la vida se omite la atención al otro, se marchita también la relación con Dios, que dejaría de ser una relación de amor. Sólo la actitud de amar y ayudar al prójimo, hace sensibles también al amor a Dios. Sólo el servicio al prójimo abre los ojos a lo que Dios hace por nosotros y a lo mucho que nos ama. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero.

En esta Eucaristía nos ha dicho de nuevo cuanto nos ama y nos ofrece el sacramento de su vida entregada por el amor más grande, hasta el extremo (cf. Jn 13,1; 15,13).

7. Domingo I de Cuaresma

La Cuaresma es un tiempo de gracia para la conversión y el retorno a Dios. Nos exhorta a apartar nuestra mirada de los ídolos que nos seducen, para dirigirla al único Señor. Es, por tanto, un tiempo de lucha espiritual, de unificación personal, de búsqueda de verdad en uno mismo y para con Dios; y todo ello mediante la más asidua escucha orante de la Palabra de Dios, la mayor sobriedad de vida y el más generoso ejercicio de la caridad.

El pasaje evangélico presenta a Jesús luchando contra las tentaciones en el desierto. Esta escena muestra al cristiano su propio itinerario cuaresmal y le recuerda la necesidad de promover en su vida tiempos intensos de lucha contra las seducciones del mundo. Si Jesús mismo, el Hijo de Dios, por su perfecta humanidad ha tenido que experimentar el esfuerzo y la dureza de este combate espiritual, cuánto más nosotros.

La narración de las tentaciones de Jesús en el desierto se inicia en el Evangelio de Lucas con esta frase: “*Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y el Espíritu lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto*”. Inmediatamente antes, Lucas ha narrado la genealogía de Jesús, presentándole como descendiente de Adán y de Dios, es decir, como hijo de Dios, a diferencia de la genealogía de Mateo, que presenta a Jesús como hijo de David, hijo de Abrahán (Mt 1,1). Y anteriormente ha descrito el bautismo de Jesús en el Jordán, con la manifestación del descenso del Espíritu sobre Jesús en forma de paloma, acompañada del testimonio de la voz del Padre: “*Tú eres mi Hijo, el amado, en ti me complazco*”. Se trata de una investidura o acreditación de Jesús para su misión.

La experiencia vivida por Jesús en el bautismo no le va a proporcionar un recorrido libre de pruebas ni un camino ancho. Es significativo que la primera moción del Espíritu sobre Jesús fue llevarlo al desierto. El tiempo de oración y ayuno en el desierto pudo representar una lucha interior en relación con la forma de comprender y llevar a cabo su misión. Forma parte de la misión de Jesús de entrar en el drama de la historia humana y asumirla hasta el fondo, para poner de

relieve qué es lo que verdaderamente cuenta en la vida de los hombres. En palabras de la Carta a los Hebreos: “*Tenía que hacerse en todo semejante a sus hermanos... Porque él mismo fue sometido al sufrimiento y a la prueba, puede socorrer ahora a los que están bajo la prueba (2,17).*”

Así entendida la misión de Jesús, se ve cómo las tentaciones son un despliegue de su bautismo, en el que se hace solidario de los pecadores para poner orden en nuestro mundo en la unión con Dios. Del bautismo surge el Hijo del hombre lleno del Espíritu Santo y enviado a superar la permanente y profunda tentación humana de poner orden en nuestro mundo nosotros solos, sin necesidad de Dios, es decir, de construir con autonomía un reino del hombre en este mundo, dejando a Dios de lado como algo ilusorio. La relación con Dios es el aspecto fundamental de la existencia humana, que está siempre sometido a prueba, desde el tiempo primero de la historia de Adán.

La lucha contra las tentaciones es dura pero imprescindible; sin ella, el cristiano se rinde a la mentalidad mundana y cede al mal; comienza dejándose llevar a hacer compatibles actitudes religiosas con servidumbres idolátricas, en una especie de división interior espiritual, para terminar con un vaciamiento total de la fe. Porque cuando se comienza a no vivir como se piensa, se termina pensando como se vive. La lucha espiritual contra el mal, en cambio, se orienta a conseguir la libertad de los hijos a la que nos llama el evangelio (cf. Jn 8, 34-36). Y el cristiano afronta tal combate convencido de que es Jesús mismo el que lucha con él y en él, de manera que también la victoria es don y gracia. Señal de la victoria de Cristo sobre Satanás es la armonía restablecida entre el cielo y la tierra; entre la humanidad, las bestias salvajes y los ángeles, que servían a Jesús, según termina el relato de las tentaciones en el Evangelio de Marcos (Mc 1,13).

La victoria de Cristo sobre el demonio tentador es promesa para el cristiano. Al poner nuestra fe en Cristo, resulta posible vencer al espíritu del mundo, que siempre nos tienta (cf. 1 Jn 5, 4); podemos reencontrar la paz y la unidad interior, sometiendo las tendencias de la carne a las mociones del Espíritu de Jesús.

Las respuestas de Jesús a las tentaciones, en los relatos de Mateo y Lucas, reafirman la soberanía de Dios y la verdadera jerarquía de los bienes, en conformidad con el contenido esencial de la ley: “*Escucha, Israel: el Señor es uno solo. Amarás, pues, al señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*” (Dt 6, 4-5). En consecuencia, el principal alimento del hombre es la palabra que sale de la boca de Dios; y la forma de llegar a conocer a Dios y de relacionarse rectamente con él es la humildad y la confianza, que brotan del amor.

La primera de las tentaciones presupone un momento de necesidad física por parte de Jesús, que siente hambre después de cuarenta días de ayuno. El diablo lo prueba, para que convierta las piedras en pan. Le pide que realice un milagro en beneficio propio para demostrar con claridad que es Hijo de Dios. En realidad representa la tentación propia del hombre religioso que, en los momentos de necesidad, quiere tener a Dios a su servicio, a su disposición para conseguir sus propios fines. No está dispuesto a aceptar la voluntad de Dios, sino que pretende que Dios haga la suya. Pero Jesús jamás se comportó así. Siempre tuvo un gran respeto por la soberanía de su Padre y manifestó que su alimento es hacer la voluntad del Padre. Los milagros por él obrados representan signos del reino y abren por completo a la fe en el Dios Salvador. La multiplicación de los panes se realiza para satisfacer la necesidad de quienes han buscado a Jesús para escuchar su palabra. Y es una profecía de la multiplicación del pan de la Eucaristía. Los milagros de Jesús no se orientan de forma egoísta a su propio provecho. Jesús sabe muy bien que ha de ganarse el pan con su propio trabajo, no con acciones maravillosas. Renuncia, por ello, a un milagro no querido por Dios y muestra que el Hijo del Padre vive “*no sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*” (cf. Dt 8,3). Porque vive no sólo de pan, es libre para respetar la dignidad divina, resistiendo y venciendo la tentación de sacar provecho material de su relación única con Dios.

Ante la segunda tentación, “*te daré el poder y la gloria...si te arrodillas delante de mí*”, Jesús se manifiesta viviendo una relación plenamente auténtica con Dios, radicalmente alejada de signo de idolatría. Si algo abominó Jesús en su vida fue la idolatría, No se dejó atrapar ni por el brillo de las riquezas, ni por la fascinación del poder y el presti-

gio, Por eso responde al tentador con decisión: *“Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto”*. Son palabras inspiradas en el conocido precepto fundamental del libro del Deuteronomio: *“Escucha Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”* (Dt 6, 4-5). Todo el comportamiento religioso de Jesús estuvo determinado por su servicio al Padre a impulsos del Espíritu y por el rechazo frontal de los ídolos con todas sus fuerzas.

La tercera tentación es semejante a la primera y consiste en la sutil propensión del hombre religioso a manejar a Dios a su antojo, desviando el verdadero sentido de su vocación y misión. Con orgullo refinado puede buscar poner a Dios a su servicio, para luego brillar ante los demás y así aumentar su pretendido prestigio. Invirtiendo los términos, se fabrica a un Dios a su imagen y semejanza, en lugar de imitar el comportamiento divino y conformar las actitudes propias conforme a sus designios. No le interesa tanto el reino y la salvación de los demás como el propio provecho y, sobre todo, su vanagloria personal. Pero Jesús venció también esa refinada tentación, respondiendo con otra cita de Dt 6,16: *“No tentarás al Señor tu Dios”*.

A la luz de todo esto se comprende también el sentido de las palabras con las que Jesús inicia su predicación, según el Evangelio de Marcos: *“Está llegando el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio”* (Mc 1,15). La llamada que se nos hace a la conversión consiste en volver al Señor y adherirnos a la buena noticia por excelencia: Dios reina en Jesús; él es la buena noticia de Dios para la humanidad. Todo aquel que acepta escuchar sus palabras y seguirlo, sin duda experimentará en su vida los frutos de su victoria sobre el mundo. En el Evangelio de Lucas el primer anuncio de Jesús tiene lugar en su pueblo natal, en Nazaret, y consiste en proclamar que *“Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír”* (Lc 4, 21). Así anuncia que él es el profeta definitivo, ungido y enviado por el Espíritu para evangelizar a los pobres, proclamar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista, anunciar la presencia del verdadero tiempo de gracia del Señor (cf. Lc 4, 18-19).

¿Qué ha traído a los hombres el Reino de Dios, predicado por Jesús? Ha traído a Dios: ahora conocemos su rostro, ahora podemos in-

vocarlo. Ahora conocemos el camino que debemos seguir como hombres en este mundo. Jesús ha traído a Dios y, con Él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor. Sólo la dureza de corazón nos lleva a pensar que esto es poco valioso.

También las tentaciones del cristiano son un despliegue de la lucha contra la carne, que el Espíritu instaura en la vida de cada bautizado. Jesús nos acompaña en nuestra peregrinación por el desierto cuaresmal, nos ilumina con su Palabra y con su Espíritu, para discernir las purificaciones que cada uno necesitamos en nuestra existencia bautismal, y fortalece y alimenta con su Cuerpo la vida nueva que nos ha adquirido con su sangre derramada en la cruz.

8. Domingo II C de Cuaresma

En el primer domingo de Cuaresma pudimos contemplar a Jesús tentado por Satanás en la soledad del desierto. Allí fue puesta a prueba la fe de Jesús en su condición de Hijo de Dios: “*Si eres Hijo de Dios...*”, le cuestionó por dos veces el tentador (Lc 4, 3. 9) En este segundo domingo, el Padre acredita con su propia voz a Jesús como su Hijo y nos le manifiesta transfigurado, reflejando de forma visible la gloria del Dios invisible (cf. Col 1,15. Por ello, en el camino hacia la Pascua, la transfiguración de Jesús es anuncio y anticipación de su resurrección.

El relato de la transfiguración va precedido de forma inmediata en el Evangelio de Lucas, igual que en Mateo y Marcos, del anuncio de la muerte y resurrección de Jesús (Lc 9,22) y de la enseñanza sobre las condiciones para seguirle: *Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga*” (Lc 9,23). Y esta exhortación a tomar la cruz había sido puesta por Jesús en referencia a la meta de la participación con él en la gloria del Padre. En este contexto había terminado Jesús anunciando además “*que hay algunos de los aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios*” (Lc 9, 27).

La relación entre estos anuncios y su cumplimiento en la transfiguración viene indicada por la forma en que Lucas enlaza ambos relatos diciendo: *Unos ocho días después de estas palabras, tomó a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña para orar*” (Lc 9, 28).

Al igual que Moisés subió al Sinaí con tres compañeros “y vieron al Dios de Israel” en su gloria (Ex 24, 1-2. 9-11), así también Jesús sube al monte. Pero aquí es Jesús mismo el que recibe la gloria de Dios, el que va a ser contemplado por los discípulos como aquel al que el Padre proclama su Hijo, el Elegido, el amado.

Al monte de la **transfiguración** Jesús lleva sólo a tres de los Doce, a sus más íntimos, que estarán con él también en la hora de su “**desfiguración**” en la oración en el Huerto de los olivos, en la víspera de la pasión (cf. Mt 26, 36-46). Han sido elegidos para que puedan llegar a ser sus testigos; más aún, los testigos por excelencia: Pedro se describe como “*testigo de los padecimientos de Cristo y participe de su gloria*” (cf. 1 Pe 5, 1); y dio su testimonio asegurando que “*no nos fundábamos en fábulas fantasiosas cuando os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino en que habíamos sido testigos oculares de su grandeza. Porque él recibió de Dios Padre honor y gloria cuando desde la sublime Gloria se le transmitió aquella voz: Éste es mi Hijo amado, en quien me he complacido*’. Y esta misma voz, transmitida desde el cielo, es la que nosotros oímos estando con él en la montaña sagrada” (2 Pe 1, 16-18). Santiago y Juan, por su parte, beberán el cáliz de Jesús (cf. Mt 20, 22-23) y serán bautizados con su bautismo de muerte (cf. Mc 10, 38-39), es decir, serán testigos hasta el martirio.

Y Jesús los lleva consigo **a orar**. Lucas es el evangelista que más insiste en la oración de Jesús en los momentos decisivos: en el bautismo en el Jordán, cuando el Padre y el Espíritu le acreditan para la misión (cf. Lc 3, 21); antes de elegir a los Doce (cf. Lc 6, 12-13); y en el momento ya referido de la aceptación de la pasión, en obediencia a la voluntad del Padre, en el huerto de los olivos (cf. Lc 22, 39-46). Y también la transfiguración es presentada por Lucas en un tiempo de oración de Jesús; es un acontecimiento de oración, que se realiza en el misterio de su coloquio personalísimo con el Padre: “*Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor*”. La oración

es para Jesús espacio de acogida en sí de la Presencia de Dios. Presencia que se manifiesta en los signos de la luz, la nube y la palabra, y que es santidad y vida divina, capaz de transfigurar a aquel que acepta acogerla radicalmente en su propia vida.

En la cima del monte, identificado por la tradición cristiana con el Tabor, Jesús *“se transfiguró”* (Mt 17, 2), sufrió un cambio de forma en las vestiduras y en el cuerpo. En el Sinaí, Moisés le había pedido a Dios ver la gloria de su rostro, pero sólo había podido divisar *“su espalda”* (cf. Ex 33, 19-23). Elías había subido al mismo monte para ver al Señor, pero lo había percibido sólo en *“el susurro de una brisa suave”* (cf. 1 Re 19, 12). Efectivamente, nadie puede ver el rostro de Dios y quedar con vida (cf. Ex 33, 20): *“A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer”* (Jn 1, 18). Y ahora Moisés y Elías contemplan finalmente aquel rostro de Dios que tanto habían deseado. Y cuando Jesús resplandece con la gloria de Dios, su comunión con Dios se difunde luminosamente a su alrededor: Moisés y Elías, representantes de los santos de la primera alianza, se unen a Pedro, Santiago y Juan, primicias de los santos de la nueva alianza. Todos ellos, en torno a Jesús, testimonian la única esperanza de comunión.

Los evangelistas intentan balbucear algo acerca de las señales de la transfiguración de Jesús: Mateo dice que *“su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz”* (17, 2); Marcos los describe como *“vestidos... de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo”* (cf. Mc 9, 3); Lucas no puede explicar en qué consistió el cambio de aspecto del rostro de Jesús y se limita a decir que *“sus vestidos brillaban de resplandor”* (cf. Lc 9, 29). El hecho es que los discípulos contemplaron un rostro de Jesús de aspecto distinto al cotidiano, luminoso, transfigurado por una acción que sólo podía venir de Dios. Algo de la gloria de Dios resplandeció en Jesús, en la medida en que los discípulos podían apreciarlo. El “cambio” del rostro de Jesús le hace reflejar de forma indecible el rostro invisible de Dios (cf. Jn 1, 18); y este rostro transfigurado expresa también la forma en que cada uno de los *“justos brillarán como el sol en el reino de su Padre”* (Mt 13, 43). Por ello, en nuestro camino cuaresmal hacia

la Pascua, la transfiguración de Jesús es también anuncio de nuestra futura resurrección.

La oración en el Tabor es también comunicación de Dios a Jesús por medio de su conversación con Moisés y Elías, que personifican la Ley y los Profetas, es decir, las Escrituras del Antiguo Testamento. En efecto, la oración de Jesús es esencialmente escucha de la Palabra de Dios contenida en las Escrituras, escucha que se convierte en coloquio con los principales testigos, que ya viven en Dios. En esta oración encuentra Jesús la confirmación de su propio camino hacia la pasión, muerte y resurrección, y lo asume en continuidad con la historia de la salvación operada por Dios a favor de su pueblo. Esta es la razón por la que Moisés y Elías hablan con Jesús de su nuevo éxodo de este mundo al Padre, es decir, *“de su muerte, que iba a consumir en Jerusalén”* (Lc 9, 31). Y no es casualidad que poco después se insista en este nuevo anuncio de Jesús a sus discípulos: *“Meteos bien en los oídos estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres”* (Lc 9, 44); y tampoco es casual que el evangelista escriba: *“Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de caminar a Jerusalén”* (Lc 9, 51), para vivir lo que en la oración confirmó que era su misión.

“Pedro y sus compañeros se caían de sueño, pero se espabilaron y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él” (Lc 9, 32). Mas esta experiencia extraordinaria, que sucede como fruto de la gracia de permanecer vigilantes, dura un momento. La transfiguración de Jesús es anticipación de la comunión de vida con Dios que espera a todos los hombres en el Reino; es primicia del mundo colocado plenamente bajo el signo de la belleza de Dios; pero es sólo eso, una primicia.

Mientras Pedro, sin saber en realidad lo que dice, pide a Jesús que se prolongue tal experiencia construyendo tres tiendas, la Nube de la Presencia de Dios (cf. Ex 13, 21-11; 16, 10, etc.) los envuelve y de ella viene una voz que proclama: *“Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo”*. En estas palabras resuena el eco del gran mandamiento entregado a Israel: *“Escucha, Israel”* (Dt 6, 4); y aquel mandamiento se expresa ahora en esta nueva forma: **Escuchad al Hijo**, la Palabra hecha carne

en Jesús (cf. Jn 1, 14), el hombre en el que las Escrituras encuentran su cumplimiento (cf. Mt 5, 17). En efecto, los discípulos comprenden que en Jesús se resume y realiza toda la Palabra de Dios contenida en las Escrituras (Lc 24, 25-17. 44-45). Ahora la escucha de Dios mismo es escucha de Jesús, el Hijo, la Palabra viva de Dios. Por eso **“después de oírse la voz, se encontró Jesús solo”** (Lc 9, 36). La Ley y los Profetas ceden el lugar a Jesús después de haber dado testimonio sobre él; ahora hablan por medio de él. Es él, Jesús, el que ha manifestado en verdad quién es Dios y lo ha convertido en buena noticia para todos los hombres.

La Iglesia nos invita hoy a entrar en el camino de Jesús hacia la Pascua obedeciendo la voz del Padre que nos manda escuchar la Palabra de su Hijo y vivir de ella. Primero necesitamos encontrar a Jesús solo y guardar en silencio su Palabra en nuestro corazón. Después llegará el momento de dar testimonio de lo experimentado en la relación con él en el monte, como lo hizo Pedro (cf. 2 Pe 1, 16-18; Mc 9,9).

Y la misma Palabra de Jesús nos ayuda a seguir su camino sin errar: evitando que nuestra búsqueda de Dios sea la proyección de nuestros deseos, que nos llevaría a una imagen falsa de él; y garantizando el seguimiento de Jesús según las Escrituras, interpretadas con la luz de su Espíritu; es decir, el Espíritu nos guía para reconocer y confesar a Jesús al escuchar, meditar y orar la Palabra contenida en las Escrituras y ponerla por obra con la fatiga cotidiana de la obediencia, en la forma que corresponde a nuestra vocación personal al seguimiento de Cristo.

El Santo Padre ha sido recibido con un gran aplauso y, antes de empezar su breve meditación, ha correspondido diciendo: “Gracias, muchas gracias”. Después, ha comentado el evangelio de este segundo domingo de Cuaresma: el relato de la Transfiguración del Señor.

“El evangelista Lucas –ha dicho– pone especial atención al hecho de que Jesús se transfiguró mientras oraba: la suya es una experiencia profunda de relación con el Padre en una suerte de retiro espiritual que vive en un monte alto en compañía de Pedro, Santiago y Juan, los tres discípulos siempre presentes en los momentos de la manifestación divina del Maestro. El Señor, que poco antes había predicho su muerte

y resurrección, ofrece a sus discípulos una anticipación de su gloria. Y también en la Transfiguración, como en el bautismo, se oye la voz del Padre celestial: “Este es mi Hijo, el elegido, escuchadle”. La presencia de Moisés y Elías, que representan la Ley y los Profetas de la Antigua Alianza, es muy significativa: toda la historia de la Alianza se orienta hacia Él, el Cristo, que lleva a cabo un nuevo “éxodo”: no hacia la tierra prometida como en los tiempos de Moisés, sino hacia el Cielo. La intervención de Pedro: “Maestro, que bien estamos aquí” representa el intento imposible de detener esta experiencia mística. San Agustín dice: “Pedro... en la montaña tenía a Cristo como alimento del alma. ¿Por qué iba a bajar para volver a los trabajos y a los dolores, mientras allí estaba lleno de sentimientos de amor santo hacia Dios y que, por lo tanto, le inspiraban una conducta santa?”.

“Si meditamos en este pasaje del Evangelio - ha proseguido- notamos una enseñanza muy importante. En primer lugar, la primacía de la oración, sin la cual todo el compromiso del apostolado y de la caridad se reduce a activismo. En Cuaresma, aprendemos a dar su debido tiempo a la oración, tanto personal como comunitaria, que da aliento a nuestra vida espiritual. Además, la oración no es aislarse del mundo y de sus contradicciones, como en el Tabor hubiera querido hacer Pedro; al contrario, la oración reconduce al camino, a la acción. “La existencia cristiana -como he escrito en el Mensaje para esta Cuaresma- consiste en un continuo subir al monte del encuentro con Dios para después volver a bajar, trayendo el amor y la fuerza que derivan de éste, a fin de servir a nuestros hermanos y hermanas con el mismo amor de Dios”.

“Esta Palabra de Dios la siento especialmente dirigida a mí, en este momento de mi vida. El Señor me ha llamado a “subir al monte”, para dedicarme aún más a la oración y a la meditación. Pero esto no significa abandonar la Iglesia; en efecto, si Dios me pide esto es sólo para que yo pueda seguir sirviéndola con la misma dedicación y el mismo amor con que he intentado hacerlo hasta ahora, pero de una manera más adecuada para mi edad y para mis fuerzas. Invoquemos

la intercesión de la Virgen María: ¡Que nos ayude a seguir siempre al Señor Jesús en la oración y en la caridad laboriosa!”.

Después de rezar el Ángelus, en los saludos en las diversas lenguas, el Papa ha dado nuevamente las gracias a todos por haberle manifestado en estos días su cercanía y tenerlo presente en sus oraciones y ha añadido: “Demos también gracias a Dios por este sol que tenemos hoy”, ya que en Roma, contrariamente a lo previsto, no llovía.

Después, dirigiéndose a los peregrinos polacos ha reafirmado que en el monte Tabor, Cristo “reveló a sus discípulos el esplendor de su divinidad, dándoles la certeza de que , a través del sufrimiento y la cruz se puede alcanzar la resurrección. Tenemos que percibir siempre su presencia, su gloria y su divinidad en la vida de la Iglesia, en la contemplación y en los acontecimientos de todos los días”.

Al final, hablando a los numerosos italianos procedentes de diversas diócesis de la península, se ha despedido diciendo: “Gracias, de nuevo. Siempre estaremos cerca en la oración”.

9. Homilía en la Jornada de la Vida Consagrada

La Jornada de la vida consagrada responde a la exigencia de alabar y dar gracias al Señor por el don de este estado de vida, que pertenece a la santidad de la Iglesia. Además, ofrece la ocasión para valorar el testimonio de quienes han elegido seguir a Cristo mediante la práctica de los consejos evangélicos, y para promover el conocimiento y la estima de la vida consagrada en el seno del pueblo de Dios. Y es una invitación a los hermanos y hermanas que habéis abrazado esta condición de vida en la Iglesia a renovar vuestros propósitos y reavivar los sentimientos que han inspirado e inspiran la entrega de vuestra existencia al Señor

La fiesta de la Presentación del Señor en el Templo nos recuerda que María y José llevan al niño Jesús al templo de Jerusalén, cuarenta

días después de su nacimiento, para presentarlo y consagrarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: “*Todo primogénito varón será consagrado al Señor*”, como señal de que él sacó a Israel de Egipto. Y ofrecen el sacrificio de los pobres: un par de palomas en lugar de un cordero (cf. Lv 5, 7; 12, 8), demasiado caro para ellos.

María y José cumplen también las normas de purificación de la madre después del parto establecidas por la Ley (cf. Lv 12, 1-8). En efecto, el Evangelio de Lucas inicia el relato de la escena diciendo: “*Cuando se cumplió el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén*”. Pero el texto de Lucas deja simplemente aludido y no resalta el aspecto de la purificación, sino la observancia de la Ley en todos sus aspectos, y concluye diciendo: “*cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret*”. La presencia de Jesús en el templo es cumplimiento de lo anunciado por el profeta Malaquías: “*... vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, el mensajero de la alianza a quien tanto deseáis; he aquí que ya viene...*” (Mal 3, 1); no tiene necesidad de ser rescatado mediante el pago de una suma de dinero, pues él mismo es el rescate, “la redención de Jerusalén”: “*Refinará a los hijos de Leví y los acrisolará como el oro y la plata, para que presenten al Señor ofrendas legítimas. Entonces agradarán al Señor las ofrendas de Judá y de Jerusalén, como en los tiempos pasados, como en los años remotos.*” (Mal 3, 3-4) **Jesús no es santificado, como exigía la Ley para todos los primogénitos (cf. Ex 13, 2.12), sino que es reconocido Santo, como había sido ya proclamado por el ángel en el anuncio a María (cf. Lc 1, 35).** Esta primera presencia de Jesús en el templo es como una presentación anticipada del hijo en la casa de su Padre (cf. Lc 2, 49), y una todavía oculta purificación del templo. El Hijo, que es resplandor de la gloria de Dios e imagen perfecta de su ser, viene a realizar la purificación de los pecados (cf. Heb 1, 3), “*está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten*”.

Simeón, “hombre justo y temeroso de Dios”, al ver a Jesús, comprende bajo la guía del Espíritu Santo que su espera se ha cumplido. Ahora puede reunirse ya con sus padres y morir en paz, porque sus ojos han contemplado en aquel niño la salvación de Dios, aquel que es

“luz para alumbrar a las naciones” y gloria del pueblo de Israel. Además, Simeón revela a María que aquel niño será durante toda su vida una señal de contradicción y revelará los pensamientos más íntimos de muchos corazones. E indica anticipadamente la participación de María en el misterio pascual de Jesús: *“Y a ti, una espada te atravesará el alma”*.

La presentación de Jesús en el templo alude ya a su futuro sacrificio para la salvación del mundo, según el proyecto del Padre. E insinúa ya la relación entre Jesús como ofrenda y Jesús como luz. Jesús es reconocido como luz del mundo porque es consagrado a Dios como ofrenda de sí mismo para expiar los pecados del pueblo. Jesús es luz porque ha mostrado a los suyos el camino del amor hasta el extremo. La ofrenda de su vida es un misterio de amor y, por ello, es un misterio luminoso. Su misterio pascual es luz que debe ser puesta siempre en el candelero para iluminar a todo el mundo. Frente a Jesús es necesario tomar posición, o mejor, decidir si se acepta o se rechaza que sea él quien debe juzgar con su luz nuestra vida, quien ha de iluminar nuestras tinieblas.

La presentación de Jesús en el templo es también fiesta del encuentro con el resto de Israel que anhela la llegada del Mesías. Simeón era un santo anciano en quien moraba el Espíritu Santo, *“que aguardaba el consuelo de Israel”* y había recibido la promesa de *“que no vería la muerte antes de ver al Mesías de Dios”*. Simeón ve colmada su esperanza en el encuentro con el niño que puede tomar en sus brazos. Ya puede dejar este mundo en paz: Sus ojos han visto al Salvador que Dios envía a todos los pueblos como luz.

En el templo está también Ana, una anciana profetisa, viuda, que vive allí desde hace muchos años, sirviendo a Dios día y noche con ayunos y oraciones. Esta mujer creyente, que se ha preparado durante largo tiempo con todas sus fuerzas para el encuentro decisivo con la salvación de Dios, intuye, gracias a la inteligencia que proporciona la fe, que ha llegado finalmente la hora del cumplimiento esperado. Así, al final de su vida, Ana alaba al Dios fiel que mantiene sus promesas, y proclama al niño como Redentor y Salvador.

La celebración de esta fiesta nos lleva a comprender que para encontrar verdaderamente al Señor Jesús y reconocerle como Salvador de todos los hombres son necesarias la pobreza de espíritu, la esperanza confiada, la oración perseverante y la consagración de la propia vida al servicio de Dios por amor, que estos dos ancianos testimonian, como fruto del Espíritu Santo que moraba en ellos. Se requiere libertad interior para ofrecer por amor nuestros cuerpos, es decir, toda la existencia, en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (cf Rom 12, 1).

El vivo e intenso deseo de encontrar a Jesús, para alcanzar en la comunión de vida y amor con él el ideal de la perfecta vida cristiana, ha sido asumido por los miembros de los institutos de vida consagrada de modo público ante la Iglesia mediante los votos de obediencia, castidad y pobreza. Este es el camino por el que Dios ha llamado a los consagrados a participar de la plenitud de vida de su Hijo en la santidad, en el amor entregado, la libertad del espíritu, la alegría de la fe, y la paz que procura la esperanza puesta solo en el Señor.

La consagración de toda nuestra existencia al Señor, sin reserva alguna, nos hace gozar de la delicia de los consuelos de Dios, aun cuando se multipliquen nuestras preocupaciones. La consagración de nuestra existencia ha de perfeccionarse con la gracia del renovado encuentro con él en variadas formas: en la intimidad del estar a solas tratando de amor con quien sabemos que nos ama; en la meditación de su Palabra y la contemplación de su morada y acción en nosotros; en la celebración de los sacramentos de la reconciliación y la eucaristía y en la adoración de su misteriosa presencia sacramental; en la entrega de nuestra vida al servicio de los hermanos por amor; en el testimonio de la presencia de su Reino en medio de nosotros; y en la esperanza y anhelo de la comunión total y definitiva con él en la vida eterna. Estas formas de encuentro con Cristo nos convierten en ofrenda de amor para la vida del mundo y en “hijos de la luz” (Ef 5, 8-9), llamados a ser de forma eminente “la luz del mundo” (Mt 5,14) y modelos perfección cristiana.

Los miembros de los institutos de vida consagrada estáis especialmente llamados a vivir el **Año de la fe** como tiempo favorable para la renovación interior, profundizando cada vez más en vuestra relación con

Dios y en la vida según los consejos evangélicos, que fortalecen la fe, la esperanza y la caridad y conducen a una mayor unión de amor con Dios. Esta profunda cercanía al Señor, que debe ser el rasgo prioritario y más característico de vuestra existencia, os llevará a una renovada adhesión a él y tendrá un influjo positivo en vuestra particular presencia y forma de apostolado en el seno del pueblo de Dios, en fidelidad a vuestros carismas y en comunión con vuestros pastores, a fin de ser testigos de la fe y de la gracia, testigos creíbles para la Iglesia y para el mundo de hoy. Esta vivencia intensa del Año de la fe os hace más aptos para asumir con renovado ardor la decisiva tarea que os corresponde en la misión evangelizadora de la Iglesia.

El lema de esta Jornada expresa que “La vida consagrada es signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo”

Los llamados a una vida de consagración hacen del misterio paschal la razón de su ser y de su quehacer en la Iglesia y para el mundo. Nacidos de la Pascua por el Espíritu de Cristo resucitado, pueden entregarse sin reservas al anuncio del Evangelio y al servicio de la caridad. Son en esta sociedad signo vivo de la ternura de Dios

De la mano de Benedicto XVI os propongo tres reflexiones sobre el significado de vuestra vida consagrada en la Iglesia, a la luz del misterio de la Presentación de Jesús en el Templo

Primera: el icono evangélico de la Presentación de Jesús en el templo contiene el símbolo fundamental de la luz; la luz que, partiendo de Cristo, se irradia sobre María y José, sobre Simeón y Ana y, a través de ellos, sobre todos. Los Padres de la Iglesia relacionaron esta irradiación con el camino espiritual. La vida consagrada expresa ese camino, de modo especial, como «filocalia», amor por la belleza divina, reflejo de la bondad de Dios (cf. *ib.*, 19). En el rostro de Cristo resplandece la luz de esa belleza. «La Iglesia contempla el rostro transfigurado de Cristo, para confirmarse en la fe y no correr el riesgo del extravío ante su rostro desfigurado en la cruz... Ella es la Esposa ante el Esposo, partícipe de su misterio y envuelta por su luz. Esta luz llega a todos sus hijos... Una experiencia singular de la luz que emana del Verbo encarnado es, ciertamente, la que tienen los llamados a la vida consagrada.

En efecto, la profesión de los consejos evangélicos los presenta como signo y profecía para la comunidad de los hermanos y para el mundo» (*ib.*, 15).

Segunda: el icono evangélico manifiesta la profecía, don del Espíritu Santo. Simeón y Ana, contemplan al Niño Jesús, vislumbran su destino de muerte y de resurrección para la salvación de todas las naciones y anuncian este misterio como salvación universal. La vida consagrada está llamada a ese testimonio profético, vinculado a su actitud tanto contemplativa como activa. En efecto, a las personas consagradas se les ha concedido manifestar la primacía de Dios, la pasión por el Evangelio practicado como forma de vida y anunciado a los pobres y a los últimos de la tierra. Esta primacía lleva consigo no anteponer nada al amor personal por Cristo y por los pobres en los que él vive. La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. De este modo la vida consagrada, en su vivencia diaria por los caminos de la humanidad, manifiesta el Evangelio y el Reino ya presente y operante.

Tercera: el icono evangélico de la Presentación de Jesús en el templo manifiesta la sabiduría de Simeón y Ana, la sabiduría de una vida dedicada totalmente a la búsqueda del rostro de Dios, de sus signos, de su voluntad; una vida dedicada a la escucha y al anuncio de su Palabra. «*”Faciem tuam, Domine, requiram”*: tu rostro buscaré, Señor (*Sal* 26, 8... La vida consagrada es en el mundo y en la Iglesia signo visible de esta búsqueda del rostro del Señor y de los caminos que llevan hasta él (cf. *Jn* 14, 8)... La persona consagrada testimonia, pues, el compromiso gozoso a la vez que laborioso, de la búsqueda asidua y sabia de la voluntad divina» (cf. Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, Instrucción *El servicio de la autoridad y la obediencia. Faciem tuam Domine requiram* [2008], I).

Queridos hermanos y hermanas, ¡escuchad asiduamente la Palabra, porque toda sabiduría de vida nace de la Palabra del Señor! Escrutad la Palabra, a través de la *lectio divina*, puesto que la vida consagrada «nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida. El vivir siguiendo a Cristo casto, pobre y obediente, se convierte en “exégesis” viva de la Palabra de Dios. El Espíritu Santo,

en virtud del cual se ha escrito la Biblia, es el mismo que ha iluminado con luz nueva la Palabra de Dios a los fundadores y fundadoras. De ella ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada regla, dando origen a itinerarios de vida cristiana marcados por la radicalidad evangélica» (*Verbum Domini*, 83).

Hoy vivimos, sobre todo en las naciones más desarrolladas, una condición marcada a menudo por una pluralidad radical, por una progresiva marginación de la religión de la esfera pública, por un relativismo que afecta a los valores fundamentales. Esto exige que nuestro testimonio cristiano sea luminoso y coherente y que nuestro esfuerzo educativo sea cada vez más atento y generoso. Que vuestra acción apostólica, en particular, queridos hermanos y hermanas, se convierta en compromiso de vida, que accede, con perseverante pasión, a la Sabiduría como verdad y como belleza, «esplendor de la verdad». Sabed orientar con la sabiduría de vuestra vida, y con la confianza en las posibilidades inexhaustas de la verdadera educación, la inteligencia y el corazón de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo hacia la «vida buena del Evangelio».

10. Eucaristía de acción de gracias por el ministerio apostólico de Benedicto XVI 2 de marzo de 2013

Jesús ha hecho a sus apóstoles dos preguntas que indican los dos puntos de referencia que debe tener siempre la Iglesia en el cumplimiento de su misión de anunciar el Evangelio.

La primera pregunta: *¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?*, sitúa la misión de la Iglesia en referencia necesaria a lo que la gente de cada época piensa, siente y dice sobre Jesús en relación con Dios, más todavía, cómo acoge la llamada de Jesús a vivir la misma experiencia que él tiene de Dios y a compartir su firme esperanza.

La segunda pregunta: “*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*” sitúa la misión de la Iglesia en referencia directa a Jesucristo, el Hijo de Dios, cuyo Evangelio debe escuchar y hacer vida propia antes de anunciarlo a los demás.

Al hacer estas preguntas está enunciando Jesús principios fundamentales de la evangelización, a saber: El centro y contenido del mensaje es Jesús mismo en su relación con Dios, en cuanto camino necesario hacia Dios. La Iglesia ha de renovar día a día su confesión de fe en Jesús como el Hijo de Dios vivo, dando gracias al Padre por el don de la fe. Y es necesario conocer los anhelos y esperanzas de las gentes así como los sentimientos, y convicciones que pueden hacer difícil o impedir la escucha y aceptación del Evangelio. Además, los cristianos debemos tener la certeza de que la Iglesia, edificada sobre el fundamento de la fe apostólica, tiene parte en la victoria de Jesucristo y ha recibido de él “*las llaves del reino de los cielos*”.

Estas referencias esenciales han configurado el ministerio pastoral de Benedicto XVI: las ha puesto en práctica de forma ejemplar y nos ha ayudado a comprenderlas con su enseñanza. En efecto, **su “servicio al Evangelio”, se ha centrado sobre todo en la clarificación “sapiencial”, intelectual y cordial, de la verdad cristiana**, para hacerla comprensible y amable a los hijos más fieles de la Iglesia y a quienes, en grados diversos de comunión con ella o en la clara distancia, han tenido algún interés por conocerla mejor. Se ha esforzado por hacer comprensible que la Iglesia no propone opiniones de hombres sino la palabra de Dios; ha procurado allanar a todos los caminos para el encuentro con Jesucristo y con el Dios Padre, a quien Jesús nos lleva. En consecuencia, ha ayudado al hombre de hoy a profundizar en el conocimiento y aceptación amorosa de su propia verdad. Y este servicio fundamental a la verdad lo ha realizado en diálogo lúcido con otras religiones y con la visión de la cultura actual sobre la verdad, la libertad y la justicia.

Hasta aquí la breve e indispensable referencia a la Palabra de Dios hoy proclamada. Porque considero mejor para nuestra edificación espiritual dejar ahora la palabra a Benedicto XVI y escuchar y acoger su último servicio a la verdad del Evangelio. Estas fueron sus sencillas

y profundas palabras de despedida en la audiencia general del pasado miércoles:

Os doy las gracias por haber venido, y tan numerosos, a ésta que es mi última audiencia general. Gracias de corazón. Estoy verdaderamente conmovido y veo que la Iglesia está viva. Y pienso que debemos también dar gracias al Creador por el buen tiempo que nos regala ahora, todavía en invierno.

Como el apóstol Pablo... también yo siento en mi corazón que debo dar gracias sobre todo a Dios, que guía y hace crecer a la Iglesia, que siembra su Palabra y alimenta así la fe en su Pueblo.

En este momento, mi alma se ensancha y abraza a toda la Iglesia esparcida por el mundo; y doy gracias a Dios por las “noticias” que en estos años de ministerio petrino he recibido sobre la fe en el Señor Jesucristo, y sobre la caridad que circula realmente en el Cuerpo de la Iglesia, y que lo hace vivir en el amor, y sobre la esperanza que nos abre y nos orienta hacia la vida en plenitud, hacia la patria celestial.

Siento que llevo a todos en la oración, en un presente que es el de Dios, donde recojo cada encuentro, cada viaje, cada visita pastoral. Recojo todo y a todos en la oración para encomendarlos al Señor, para que tengamos pleno conocimiento de su voluntad, con toda sabiduría e inteligencia espiritual, y para que podamos comportarnos de manera digna de Él, de su amor, fructificando en toda obra buena (cf. Col 1, 9-10).

En este momento, tengo una gran confianza, porque sé, sabemos todos, que la Palabra de verdad del Evangelio es la fuerza de la Iglesia, es su vida. El Evangelio purifica y renueva, da fruto, dondequiera que la comunidad de los creyentes lo escucha y acoge la gracia de Dios en la verdad y en la caridad. Ésta es mi confianza, ésta es mi alegría.

Cuando el *19 de abril de hace casi ocho años* acepté asumir el ministerio petrino, tuve esta firme certeza que siempre me ha acompañado: la certeza de la vida de la Iglesia por la Palabra de Dios. En aquel momento, como ya he expresado varias veces, las palabras que resonaron en mi corazón fueron: Señor, ¿por qué me pides esto y qué me

pides? Es un peso grande el que pones en mis hombros, pero si Tú me lo pides, por tu palabra echaré las redes, seguro de que Tú me guiarás, también con todas mis debilidades. Y ocho años después puedo decir que el Señor realmente me ha guiado, ha estado cerca de mí, he podido percibir cotidianamente su presencia. Ha sido un trecho del camino de la Iglesia, que ha tenido momentos de alegría y de luz, pero también momentos no fáciles; me he sentido como San Pedro con los apóstoles en la barca en el lago de Galilea: el Señor nos ha dado muchos días de sol y de brisa suave, días en los que la pesca ha sido abundante; ha habido también momentos en los que las aguas se agitaban y el viento era contrario, como en toda la historia de la Iglesia, y el Señor parecía dormir. Pero siempre supe que en esa barca estaba el Señor y siempre he sabido que la barca de la Iglesia no es mía, no es nuestra, sino que es suya. Y el Señor no deja que se hunda; es Él quien la conduce, ciertamente también a través de los hombres que ha elegido, pues así lo ha querido. Ésta ha sido y es una certeza que nada puede empañar. Y por eso hoy mi corazón está lleno de gratitud a Dios, porque jamás ha dejado que falte a toda la Iglesia y tampoco a mí su consuelo, su luz, su amor.

Estamos en el *Año de la fe*, que he proclamado para fortalecer precisamente nuestra fe en Dios en un contexto que parece rebajarlo cada vez más a un segundo plano. Desearía invitaros a todos a renovar la firme confianza en el Señor, a confiarnos como niños en los brazos de Dios, seguros de que esos brazos nos sostienen siempre y son los que nos permiten caminar cada día, también en la dificultad. Me gustaría que cada uno se sintiera amado por ese Dios que ha dado a su Hijo por nosotros y que nos ha mostrado su amor sin límites. Quisiera que cada uno de vosotros sintiera la alegría de ser cristiano. En una bella oración para recitar a diario por la mañana se dice: “Te adoro, Dios mío, y te amo con todo el corazón. Te doy gracias porque me has creado, hecho cristiano...”. Sí, alegrémonos por el don de la fe; es el bien más precioso, que nadie nos puede arrebatarnos. Por ello demos gracias al Señor cada día, con la oración y con una vida cristiana coherente. Dios nos ama, pero espera que también nosotros lo amemos.

Pero no es sólo a Dios a quien quiero dar las gracias en este momento. Un Papa no guía él solo la barca de Pedro, aunque sea ésta su principal responsabilidad. Yo nunca me he sentido solo al llevar la alegría y el peso del ministerio petrino; el Señor me ha puesto cerca a muchas personas que, con generosidad y amor a Dios y a la Iglesia, me han ayudado y han estado cerca de mí. Ante todo vosotros, queridos hermanos cardenales: vuestra sabiduría y vuestros consejos, vuestra amistad han sido valiosos para mí; mis colaboradores, empezando por mi Secretario de Estado que me ha acompañado fielmente en estos años; la Secretaría de Estado y toda la Curia Romana, así como todos aquellos que, en distintos ámbitos, prestan su servicio a la Santa Sede. Se trata de muchos rostros que no aparecen, permanecen en la sombra, pero precisamente en el silencio, en la entrega cotidiana, con espíritu de fe y humildad, han sido para mí un apoyo seguro y fiable. Un recuerdo especial a la Iglesia de Roma, mi diócesis. No puedo olvidar a los hermanos en el episcopado y en el presbiterado, a las personas consagradas y a todo el Pueblo de Dios: en las visitas pastorales, en los encuentros, en las audiencias, en los viajes, siempre he percibido gran interés y profundo afecto. Pero también yo os he querido a todos y cada uno, sin distinciones, con esa caridad pastoral que es el corazón de todo Pastor, sobre todo del Obispo de Roma, del Sucesor del Apóstol Pedro. Cada día he llevado a cada uno de vosotros en la oración, con el corazón de padre.

Desearía que mi saludo y mi agradecimiento llegara además a todos: el corazón de un Papa se extiende al mundo entero. Y querría expresar mi gratitud al Cuerpo diplomático ante la Santa Sede, que hace presente a la gran familia de las Naciones. Aquí pienso también en cuantos trabajan por una buena comunicación, y a quienes agradezco su importante servicio.

En este momento, desearía dar las gracias de todo corazón a las numerosas personas de todo el mundo que en las últimas semanas me han enviado signos conmovedores de delicadeza, amistad y oración. Sí, el Papa nunca está solo; ahora lo experimento una vez más de un modo tan grande que toca el corazón. El Papa pertenece a todos y muchísimas personas se sienten muy cerca de él. Es verdad que recibo cartas de

los grandes del mundo, de los Jefes de Estado, de los líderes religiosos, de los representantes del mundo de la cultura, etcétera. Pero recibo también muchísimas cartas de personas humildes que me escriben con sencillez desde lo más profundo de su corazón y me hacen sentir su cariño, que nace de estar juntos con Cristo Jesús, en la Iglesia. Estas personas no me escriben como se escribe, por ejemplo, a un príncipe o a un personaje a quien no se conoce. Me escriben como hermanos y hermanas o como hijos e hijas, sintiendo un vínculo familiar muy afectuoso. Aquí se puede tocar con la mano qué es la Iglesia: no es una organización, una asociación con fines religiosos o humanitarios, sino un cuerpo vivo, una comunión de hermanos y hermanas en el Cuerpo de Jesucristo, que nos une a todos. Experimentar la Iglesia de este modo, y poder casi llegar a tocar con la mano la fuerza de su verdad y de su amor, es motivo de alegría, en un tiempo en que tantos hablan de su declive. Pero vemos cómo la Iglesia hoy está viva.

En estos últimos meses, he notado que mis fuerzas han disminuido, y he pedido a Dios con insistencia, en la oración, que me iluminara con su luz para tomar la decisión más adecuada no para mi propio bien, sino para el bien de la Iglesia. He dado este paso con plena conciencia de su importancia y también de su novedad, pero con una profunda serenidad de ánimo. Amar a la Iglesia significa también tener el valor de tomar decisiones difíciles, sufridas, teniendo siempre delante el bien de la Iglesia y no el de uno mismo.

Permitidme aquí volver de nuevo al 19 de abril de 2005. La seriedad de la decisión reside precisamente también en el hecho de que a partir de aquel momento me comprometía siempre y para siempre con el Señor. Siempre, quien asume el ministerio petrino ya no tiene ninguna privacidad. Pertenece siempre y totalmente a todos, a toda la Iglesia. Su vida, por así decirlo, viene despojada de la dimensión privada. He podido experimentar, y lo experimento precisamente ahora, que uno recibe la vida justamente cuando la da. Antes he dicho que muchas personas que aman al Señor aman también al Sucesor de San Pedro y le tienen un gran cariño; que el Papa tiene verdaderamente hermanos y hermanas, hijos e hijas en todo el mundo, y que se siente seguro en

el abrazo de vuestra comunión; porque ya no se pertenece a sí mismo, pertenece a todos y todos le pertenecen.

El “siempre” es también un “para siempre”: ya no existe una vuelta a lo privado. Mi decisión de renunciar al ejercicio activo del ministerio no revoca esto. No vuelvo a la vida privada, a una vida de viajes, encuentros, recepciones, conferencias, etcétera. No abandono la cruz, sino que permanezco de manera nueva junto al Señor Crucificado. Ya no tengo la potestad del oficio para el gobierno de la Iglesia, pero en el servicio de la oración permanezco, por así decirlo, en el recinto de San Pedro. San Benito, cuyo nombre llevo como Papa, me será de gran ejemplo en esto. Él nos mostró el camino hacia una vida que, activa o pasiva, pertenece totalmente a la obra de Dios.

Doy las gracias a todos y cada uno también por el respeto y la comprensión con la que habéis acogido esta decisión tan importante. Continuaré acompañando el camino de la Iglesia con la oración y la reflexión, con la entrega al Señor y a su Esposa, que he tratado de vivir hasta ahora cada día y quisiera vivir siempre. Os pido que me recordéis ante Dios, y sobre todo que recéis por los Cardenales, llamados a una tarea tan relevante, y por el nuevo Sucesor del Apóstol Pedro: que el Señor le acompañe con la luz y la fuerza de su Espíritu.

Invoquemos la intercesión maternal de la Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia, para que nos acompañe a cada uno de nosotros y a toda la comunidad eclesial; a Ella nos encomendamos, con profunda confianza.

Queridos amigos, Dios guía a su Iglesia, la sostiene siempre, también y sobre todo en los momentos difíciles. No perdamos nunca esta visión de fe, que es la única visión verdadera del camino de la Iglesia y del mundo. Que en nuestro corazón, en el corazón de cada uno de vosotros, esté siempre la gozosa certeza de que el Señor está a nuestro lado, no nos abandona, está cerca de nosotros y nos abraza con su amor. Gracias.

En su última intervención pública, antes de esconderse a los ojos del mundo, ha dicho: **Soy simplemente un peregrino que inicia la última etapa de su peregrinación en esta tierra.** Pero querría todavía, con todas

mis fuerzas interiores, orar y trabajar para el bien de la Iglesia y de la humanidad.

Queridos hermanos: Quienes tanta ayuda hemos recibido de él, debemos acompañarle con nuestro amor y oración.

11. Miércoles de Ceniza

Con el rito de la imposición de la ceniza iniciamos el camino penitencial de la Cuaresma hacia la Pascua de Resurrección en el Año de la fe.

El signo litúrgico de la ceniza tiene un antecedente en la costumbre judía de ponerse ceniza sobre la cabeza y vestirse de andrajos en señal de penitencia. Para nosotros, la ceniza es uno de los signos materiales que adquieren en la liturgia una gran significación espiritual. No se trata de un signo sacramental como el agua, el aceite, el pan y el vino, que son materia de sacramentos a través de los cuales se nos comunica la gracia de Cristo. La ceniza es un signo no sacramental, pero va unido a la oración y a la santificación del pueblo cristiano en el inicio de la Cuaresma.

La oración de bendición de la ceniza, que vamos a rezar poco después, nos recuerda el polvo del que fuimos sacados y al que vamos a volver (cf. Gen 3,19). Con esta referencia concluye en el libro del Génesis el juicio pronunciado por Dios después del pecado original: Dios maldice a la serpiente, que hizo caer en el pecado al hombre y a la mujer; luego castiga a la mujer anunciándole los dolores del parto y una relación desequilibrada con su marido; por último, castiga al hombre, le anuncia la fatiga al trabajar y maldice el suelo: “*¡Maldito el suelo por tu culpa!*” (Gn 3, 17), a causa de tu pecado. Por consiguiente, el hombre y la mujer no son maldecidos directamente, mientras que la serpiente sí lo es; sin embargo, a causa del pecado de Adán, es maldecido el suelo, del que había sido modelado.

Recordemos el magnífico relato que nos ofrece el libro del Génesis sobre la creación del hombre a partir de la tierra: *“Entonces el Señor Dios modeló al hombre del polvo del suelo e insufló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en ser vivo. Luego el Señor Dios plantó un jardín en Edén, hacia oriente, y colocó en él al hombre que él había modelado”* (Gn 2, 7-8).

El signo de la ceniza nos remite a este relato de la creación, que presenta al ser humano como una singular unidad de materia y de aliento divino, salida del polvo del suelo modelado por Dios y animado por su aliento insuflado en la nariz de la nueva criatura. Pero en el relato del Génesis el símbolo del polvo adquiere una significación negativa a causa del pecado. Mientras que antes de la caída el suelo es una realidad buena, regada por un manantial de agua (cf. Gn 2, 6) y capaz de hacer brotar *“toda clase de árboles hermosos para la vista y buenos para comer”* (Gn 2, 9), después de la caída y la maldición divina, producirá *“cardos y espinas”* y sólo a cambio de *“dolor”* y *“sudor del rostro”* concederá al hombre sus frutos (cf. Gn 3, 17-18). El polvo de la tierra ya no remite sólo al gesto creador de Dios, totalmente abierto a la vida, sino que se transforma en signo de un inexorable destino de muerte: *“Eres polvo y al polvo volverás”* (Gn 3, 19).

En el texto bíblico es claro que la tierra participa del destino del hombre. La maldición del suelo se debe al pecado y Dios no puede dejar de pronunciarla, porque respeta la libertad del hombre y sus consecuencias. Pero la intención de Dios es siempre buena y benéfica; y la maldición del suelo tiene una función “medicinal”. Cuando Dios dice al hombre: *“Eres polvo y al polvo volverás”*, está anunciando, junto con el justo castigo, también un camino de salvación, a través del *“polvo”* de la tierra, que es materia integrante de la *“carne”* que será asumida por el Verbo.

En esta perspectiva de salvación de nuestra carne, que es polvo, la liturgia del miércoles de Ceniza toma las palabras del Génesis: *“eres polvo y al polvo volverás”*, como invitación a la penitencia, a la humildad, a tener presente la propia condición mortal, pero no para acabar en la desesperación, sino para acoger en nuestra mortalidad la cercanía

de Dios, que, más allá de la muerte, abre el paso a la resurrección, al paraíso definitivamente reencontrado.

Lo que inicialmente era carne procedente de la tierra, y es transformado por la muerte en polvo y ceniza, está llamado a resucitar de nuevo de la tierra como fruto del Misterio pascual de Cristo. San Pablo lo ha formulado de forma precisa en la segunda lectura de hoy, tomada de la segunda carta a los Corintios: *“Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él”* (2 Co 5, 21). Llegar a ser justicia de Dios en Cristo, es la reconciliación a la que el apóstol llamaba a los fieles de Corinto en nombre de Cristo, y a la que la Iglesia nos exhorta hoy a nosotros al comenzar la Cuaresma, ofreciéndonos la gracia de Dios en este tiempo favorable de salvación.

El Dios que expulsó a los primeros padres del jardín de Edén envió a su propio Hijo a nuestra tierra devastada por el pecado, para que nosotros podamos volver, arrepentidos y redimidos por su misericordia, al *“reino del Hijo de su amor”* (Col 1,13), que es nuestra verdadera patria, la *“tierra nueva”* (Ap 21, 1), en la que se hallan *“el árbol de la vida”* (Ap 22,14.19) y *“la fuente del agua de la vida”* (Ap 21, 6). En efecto, Dios nos ha creado en Cristo Jesús como obra suya (cf. Ef 2, 10); nos ha renovado en la mente y en el espíritu, y nos ha revestido de la nueva condición humana creada a imagen de Dios, en justicia y santidad verdaderas (cf. Ef 4, 23-24).

En esta nueva creación por el Espíritu, Cristo es ya nuestra justicia y nos es ya posible vivir en verdad el proceso permanente de la conversión de los corazones y la práctica de la limosna, la oración y el ayuno en la forma recomendada por Jesús, es decir, como expresión del amor, que brota de la comunión con el Dios que es amor.

Por ello, el Mensaje del Papa para esta Cuaresma del Año de la fe nos ha exhortado a meditar sobre la relación entre fe y caridad: entre creer en el Dios de Jesucristo y el amor, que es fruto de la acción del Espíritu Santo y nos guía por un camino de entrega a Dios y a los demás.

La fe es creer en el amor que Dios nos tiene (cf. 1 Jn 4,16). Puesto que Dios nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4, 10), el amor no es sólo un

mandamiento, sino la respuesta al don del amor, con el cual Dios viene a nuestro encuentro (cf. *Deus caritas est*, 1). La fe constituye la adhesión personal, con todas nuestras facultades, a la revelación del amor gratuito y apasionado que Dios tiene por nosotros y que se manifiesta plenamente en Jesucristo. El cristiano es una persona conquistada por el amor de Cristo que, movido por este amor, está abierto de modo profundo y concreto al amor al prójimo.

La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor. Y la fe en el amor de Dios suscita el amor y da origen a una luminosa historia de amistad con el Señor, que llena toda nuestra existencia y le da pleno sentido. Pero Dios no se contenta sólo con que nosotros aceptemos su amor gratuito. No se limita a amarnos, sino que quiere atraernos hacia sí y transformarnos de un modo tan profundo que podamos decir con san Pablo: “*es Cristo quien vive en mí*” (*Ga* 2,20). El amor de Dios nos hace semejantes a él, partícipes de su misma caridad. Abrirnos a su amor significa dejar que él viva en nosotros y nos lleve a amar con él, en él y como él; sólo entonces nuestra fe llega verdaderamente a actuar por la caridad (*Ga* 5,6) y él mora en nosotros (cf. *1 Jn* 4,12).

Con la fe se entra en la amistad con el Señor; con la caridad se vive y se cultiva esta amistad (cf. *Jn* 15,14s). La fe nos hace acoger el mandamiento del Señor y Maestro; la caridad nos da la dicha de ponerlo en práctica (cf. *Jn* 13,13-17). En la fe somos engendrados como hijos de Dios (cf. *Jn* 1,12s); la caridad nos hace perseverar concretamente en este vínculo divino y dar el fruto del Espíritu Santo (cf. *Ga* 5,22). La fe nos lleva a reconocer los dones que el Dios bueno y generoso nos encomienda; la caridad hace que fructifiquen (cf. *Mt* 25,14-30). En consecuencia, nunca podemos separar las virtudes teologales de la fe y la caridad. “La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda” (Porta fidei, 14b).

La existencia cristiana consiste en un continuo subir al monte del encuentro con Dios para después volver a bajar, trayendo el amor y la fuerza que nos hacen capaces de servir a nuestros hermanos con el mismo amor de Dios. La prioridad corresponde siempre a la relación

con Dios y el verdadero compartir evangélico debe estar arraigado en la fe. No se debe reducir la “caridad” a la mera solidaridad o a la simple ayuda humanitaria. Por el contrario, es importante recordar que la mayor obra de caridad es precisamente el anuncio del Evangelio, para introducir al prójimo en la relación con Dios. El anuncio del Evangelio de Cristo es el primer y principal factor de desarrollo humano.

Como dones de Dios, la fe y la caridad son fruto de la acción del único Espíritu Santo (cf. *1 Co* 13). Este Espíritu grita en nosotros “¡Abba, Padre!” (*Ga* 4,6), nos hace confesar: “¡Jesús es el Señor!” (*1 Co* 12,3) y nos mueve a orar con esperanza: “¡Ven, Señor Jesús!” (*Ap* 22,20).

En este tiempo de preparación para celebrar el Misterio de la Cruz y la Resurrección, mediante el cual el amor de Dios redimió al mundo e iluminó la historia de todos y cada uno de sus hijos, os exhorto a orar para que recibamos la gracia de alimentar la fe, a través de una escucha más atenta y prolongada de la Palabra de Dios y de la participación en los sacramentos, para crecer en la caridad, en el amor a Dios y al prójimo, también a través de las prácticas concretas del ayuno, de la penitencia y de la limosna, para compartir los bienes que de Dios recibimos con los hermanos que en la actual situación más lo necesitan.

En estas circunstancias especiales de la Iglesia os exhorto a permanecer en intensa y serena comunión de fe, amor y oración con Benedicto XVI, dando gracias a Dios por el grandísimo don de su ministerio en la Sede de Pedro, ejercido con verdad y sabiduría evangélica, con humildad y ternura, y con actitud de servicio abnegado de caridad pastoral, mostrado especialmente en su solicitud por hacer comprensible el Evangelio a los miembros de la Iglesia y a todos los hombres de nuestro tiempo. Y pongamos nuestra vida y la Iglesia entera en manos de Jesucristo, “pastor y guardián de vuestras almas” (*1 Pe* 2,25), que nos concederá el nuevo Papa que la Iglesia necesita en el próximo tiempo. El Señor y su Espíritu están con nosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos.

12. Peregrinación del Arciprestazgo de la Peña de Francia

Queridos hermanos: Os saludo y acojo con cordial afecto fraternal y agradezco el testimonio de vuestra fe viva, que os ha motivado asumir las molestias de un largo viaje. Doy gracias a Dios que nos ha convocado. Hemos venido en peregrinación a la Catedral para confesar juntos, el Obispo y los sacerdotes y fieles del arciprestazgo de la Virgen de la Peña de Francia, la fe en el Señor Jesucristo que nos salva. Vamos a pedir al Señor que nos fortalezca en la fe firme y verdadera, la que obra por el amor, que brota de la comunión con Dios, que procede de la permanencia en la unidad y en el amor con el Padre y con el Hijo, por el don del Espíritu Santo que habita en nosotros. Con esta fe viva y auténtica queremos que el Señor nos conceda la gracia de ser testigos creíbles de su Evangelio en medio del mundo.

Necesitamos cuidar nuestra fe y nuestra vida cristiana para que nuestra sal no se vuelva sosa y para que nuestra luz no permanezca oculta. Por ello, en esta celebración vamos a pedir al Señor que nos haga sentir, como a la samaritana, la necesidad de acercarnos al pozo para escuchar a Jesús, que nos invita a creer en él y sacar el agua viva que mana de su fuente. Queremos aprender día a día a alimentarnos de su Palabra y del Pan de la vida, que Jesús ofrece como sustento a todos sus discípulos.

La Palabra de Dios que centra nuestra meditación es como una catequesis postbautismal, que nos ayuda a reavivar nuestra fe en el fruto de nuestro nuevo nacimiento del agua y del Espíritu por el bautismo recibido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

En el bautismo ha realizado el Señor para cada uno de nosotros la promesa que hizo un día solemne de fiesta en Jerusalén, con estas palabras: *“El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí;... de sus entrañas manarán ríos de agua viva”* (Jn 7, 37-38). Es el agua viva que había prometido a la Samaritana, agua que quita la sed para siempre, porque *“se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”* (Jn 4, 14). Y el evangelista aclara que Jesús *“dijo esto refiriéndose al Espíritu Santo que habían de recibir los que creyeran*

en él” (Jn 7, 39). Jesús es la fuente de donde mana el agua viva; y Jesús es el agua viva, porque él es la vida, que él mismo nos regala con el don de su Espíritu.

Y este Espíritu de Jesús nos conduce a la fe. La fe inicial que lleva a los adultos al bautismo y la fe bautismal que nos hace actuar por el amor como testigos de Jesús es una gracia del Espíritu Santo, pues “*nadie puede decir: Jesús es Señor, sino por el Espíritu Santo*”; por ello, hemos de orar cada día diciendo con confiada humildad: Señor, creo, pero aumenta mi fe. Creer en Jesucristo es la primera “obra” que hemos de hacer; creer, es lo primero que el Hijo enviado del Padre espera y exige de nosotros, para hacernos participar de la vida en abundancia que él nos regala, una vida tan abundante que es vida eterna. La presencia del Espíritu Santo en nuestros corazones es la fuente de donde brota la vida nueva en Cristo, que lleva a la vida eterna.

El texto de la carta de Pedro nos ha descrito otra imagen semejante de Jesús: es “*la piedra viva*”, que fue desechada por los constructores humanos, pero que Dios ha constituido piedra angular para la construcción del nuevo templo del Espíritu, y en piedra de tropiezo y escándalo. Los que se acercan a Jesucristo con fe y reciben su Espíritu son convertidos piedras vivas y son integrados en la edificación de la Iglesia como Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. Los que no creen, tropiezan y se estrellan contra la roca, y son desechados de la construcción, no por los constructores humanos, sino por el constructor divino.

Las piedras vivas del Templo del Espíritu son miembros vivos del Cuerpo de Cristo y participan de su nuevo sacerdocio. Forman “*un sacerdocio sagrado, para ofrecer a Dios sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo*”; es decir, son los verdaderos adoradores de Dios, que ofrecen el culto en espíritu y en verdad, que Jesús anunció a la samaritana.

El apóstol refiere esta enseñanza a todos los bautizados de entonces y de ahora, y nos la hace sentir como realidad personal y comunitaria, al decirnos: “*Vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que os llamó a salir de la tiniebla y entrar en su luz maravillosa*”.

En nosotros ha alcanzado su plena y definitiva realización, por la obra redentora de Cristo, lo que Dios había comenzado con su pueblo de la antigua alianza, al cual había ya prometido en el libro del Éxodo: *“Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”* (Ex 19, 5). Por ello, el apóstol Pablo escribió a los cristianos de Roma: *“Os exhorto... a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto”* (Ro 12, 1-2).

De esta manera podremos proclamar como testigos auténticos las hazañas del nos llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa, es decir, del que nos llamó a ser con él “luz del mundo”. A este propósito, el Evangelio de Mateo nos exhorta: *“Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vena vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos”* (Mt 5, 16).

Hoy confesamos que nuestra inserción bautismal por el agua y el Espíritu Santo en el único Cuerpo de Cristo nos ha liberado de nuestros pecados y ha infundido en nuestros corazones la gracia y el amor de Dios, para que podamos amar a los hermanos como Jesús nos ha amado, es decir, con el amor que procede del Padre y nos hace capaces de entregar la vida por los hermanos y de servirlos cada día por amor. Por este amor conocerán todos que somos discípulos de Jesús.

Hoy suplicamos que el amor de Cristo sea la fuerza de la misión de cada uno de nosotros dentro de la Iglesia, en el ejercicio de los diversos ministerios, tareas, vocaciones y carismas para el bien común del único Cuerpo. Y que este mismo amor de Cristo nos impulse también a dar testimonio del Evangelio en medio del mundo, con fidelidad, fortaleza, esperanza y siempre con alegría, incluso en las persecuciones y en cualquier circunstancia en la que participamos de la cruz del Señor y compartimos sus sufrimientos. El Señor nos ha asegurado que entonces somos bienaventurados y podemos esperar con alegría y esperanza una gran recompensa en el reino de los cielos (cf. Mt 5, 10-12).

13. Eucaristía de Acción de Gracias en el inicio del pontificado del Papa Francisco Catedral Nueva, día 23 de marzo de 2013

Queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.

Queridas y dignísimas autoridades civiles, judiciales, militares y académicas.

Queridos hermanos todos en el Cuerpo de Cristo.

Os saludo a todos con cordial afecto y os agradezco vuestra participación en esta Solemne Eucaristía, con la cual la Iglesia diocesana de Salamanca se une a la acción de gracias de todo el Pueblo de Dios en el inicio del ministerio apostólico del Papa Francisco, sucesor de Pedro como Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal.

Los católicos de Salamanca hemos acogido al Papa Francisco con el corazón abierto; le reconocemos como un don del Señor para su Iglesia y como el Pastor que el mismo Jesucristo nos envía para que en su nombre nos confirme en la fe y nos muestre el camino del amor en las actuales circunstancias. Valoramos las extraordinarias cualidades que adornan su rica personalidad cultural, espiritual y pastoral. Pero nuestra acción de gracias procede de la fe en el misterio de la Iglesia y se dirige a Dios sobre todo por la sucesión del nuevo Papa en la misión de Pedro. La misión en la Iglesia prevalece sobre la persona.

Elevamos, por tanto, nuestra acción de gracias desde la gozosa confianza a la que nos exhortan las palabras de Jesús con las que acaba el Evangelio de Mateo: *“Jesús se acercó a ellos y les habló así: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28, 18-20).

En el cumplimiento de esta misión universal de la Iglesia, encomendada por el Señor a todo el Colegio apostólico, se sitúa la misión del todo peculiar confiada por Jesús a Simón Pedro.

Esta misión tiene su origen en la confesión de fe de Simón: “*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*” (Mt 16, 16), que le ha sido revelada por el “*Padre que está en los cielos*”(Mt 16, 17). Y adquiere su primera expresión en las palabras con las que Jesús responde a su profesión de fe: “*Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos*” (Mt 16, 18-19).

El Señor resucitado ha confirmado a Pedro en esta misión, formulada como un servicio de apacentar sus ovejas como prueba de amor al Buen Pastor que ha dado su vida por ellas. “*Simón, hijo de Juan, me amas más que éstos*”. “*Sí, Señor, tú sabes que te quiero*”. “*Apacienta mis ovejas*” (Jn 21, 15. 17). Por ser Pedro la roca visible de la edificación de la Iglesia, se le pide un amor mayor que a los restantes apóstoles.

De esta forma queda de manifiesto que la misión de Pedro es un servicio que brota de la fe verdadera, que obra por el amor. Pedro confesó primero la fe y, después de su negación de Jesús en la prueba de la pasión, la confirma humildemente por el amor, que le lleva a seguirle hasta dar la vida por sus ovejas.

Y la razón de ser de la misión de Pedro es la edificación de la Iglesia en la fe y en el amor a Jesucristo, “*porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por que el nosotros debemos salvarnos*” (Hch 4, 12). Jesucristo, proclamará Pedro, “*es la piedra que vosotros, los constructores, habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular*”(Hch 4, 11). Con esta referencia a Cristo como piedra angular de la Iglesia y como único salvador de los hombres, el propio Pedro nos ha dado una luminosa clave para la recta interpretación de la misión a él encomendada por Jesús con estas palabras: “*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... A ti te daré las llaves del reino de los cielos*” (Mt 16, 18-19).

Jesús cambió el nombre a Simón. Ahora es Pedro, roca y fundamento visible para la edificación permanente de la Iglesia en Cristo, que es la piedra angular.

Con el cambio del nombre, Jesús ha iniciado en Simón un proceso de cambio de su mente y de su corazón, cuyos frutos se irán manifestando progresivamente por la acción del Espíritu en él. El fruto inicial se manifestó de forma inmediata en la confesión de fe en Jesús como el Hijo de Dios. Pero el proceso solo se perfeccionará en el amor con la luz de la resurrección y el don del Espíritu.

El cambio de corazón ha necesitado también un camino largo y doloroso, que ha pasado por la humillación de la negación. Sólo con el nuevo corazón, don del Espíritu del Resucitado, Pedro ha podido confesar: “*Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero*” (Jn 21, 17).

Todo este largo recorrido existencial de Pedro ha sido conducido y acompañado por Jesús, que le había prometido: “*Yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca; y tu, cuando te recobres, confirma en la fe a tus hermanos*” (Lc 22, 31).

Cristo construye cada día a Pedro como roca visible de su Iglesia, para que Pedro, a su vez, confirme en la fe y en la vida en Cristo al rebaño que el Señor le ha confiado apacentar. El rebaño y las ovejas no son de Pedro, sino de Jesús, el buen pastor que ha dado la vida por ellas (cf. Jn 10,11). Él nos ha cargado sobre sus hombros como pastor y obispo de nuestras almas (cf. 1 Pe 2, 25).

La misión de Pedro está en referencia a la Iglesia y al Reino de los cielos. Jesús ha querido edificar sobre la roca de la fe y del amor de Pedro su Iglesia, es decir, la comunidad mesiánica de los discípulos con los que ha sellado una Nueva Alianza en su sangre y a la que ha constituido como su Cuerpo y Templo de su Espíritu. Pero las llaves entregadas a Pedro son las del Reino de los cielos. Lo que Pedro ate en la Iglesia, quedará atado en el Reino de los cielos; a quien Pedro abra las puertas de la Iglesia, se le abrirán las puertas del Reino de los cielos.

El Papa Francisco ha insinuado ya en sus primeras homilias, a los Cardenales y todo el Pueblo de Dios, en la eucaristía de inicio de su pontificado, los acentos que va a poner en su ejercicio del ministerio de sucesor de Pedro.

Con la misma valentía de Pedro y Juan, seguirá proclamando Francisco que la Iglesia no puede detenerse en el camino del seguimiento de Jesús en las actuales circunstancias, para ser edificada por el Espíritu Santo sobre la roca invisible de Jesucristo y como Esposa de Cristo, no como una mera institución espiritual de beneficencia. Para ello, necesita asumir gozosamente el camino de la Cruz de Jesús y acompañar con amor, misericordia, ternura, humildad y pobreza a todos los crucificados de nuestro tiempo. Con la atención constante a Dios, en fidelidad a su palabra y a sus designios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio, el Papa Francisco se siente llamado a cuidar de la edificación de la Iglesia, que es construida por Dios mismo con piedras vivas marcadas por su Espíritu. Quien escucha a Dios y se deja guiar por su voluntad es más sensible a las personas que le han sido confiadas, sabe leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea y sabe tomar las decisiones más sensatas.

Porque el centro de la vocación cristiana es Cristo, es necesario guardar a Cristo en nuestra vida y así cuidar de nosotros mismos, para poder guardar a los demás y salvaguardar la belleza y el respeto de la creación de Dios y de todas sus criaturas. Porque el odio, la envidia y la soberbia ensucian la vida, es necesario vigilar sobre nuestros sentimientos y sobre nuestro corazón, porque de él salen las buenas y malas intenciones, las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad y de la ternura, que no es propia de los débiles, sino que indica fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor.

El ministerio de Pedro lleva consigo un poder que es servicio de apacentar las ovejas de Jesús por amor. “El papa, para ejercer el poder, debe entrar cada vez más en ese servicio que tiene su culmen luminoso en la cruz; debe poner sus ojos en el servicio humilde, concreto, rico de fe... y... abrir los brazos para custodiar a todo el Pueblo de Dios y acoger con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, los más débiles, los más pequeños; eso que san Mateo describe en el juicio final sobre la caridad: al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado (cf. Mt 25, 31-46). Sólo el que sirve con amor sabe custodiar”.

La vocación de custodiar la creación y el diseño de Dios inscrito en la naturaleza es una vocación humana que corresponde no sólo a los cristianos sino a todos. Custodiar a todos con amor, especialmente a los niños, los ancianos y los más frágiles; custodiar las relaciones en la familia y vivir con sinceridad las amistades; protegerse mutuamente en la confianza, en el respeto y en el bien es una responsabilidad que nos afecta a todos. Por ello, el Papa Francisco ha llamado a todos a ser custodios de los dones de Dios. Y en especial ha llamado a ejercer esta tarea a quienes ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, para que los signos de destrucción y de muerte no acompañen el camino de este mundo ni desfiguren el rostro del hombre y de la mujer.

Custodiar la creación, cada hombre y cada mujer, con una mirada de ternura y de amor, es abrir un resquicio de luz en medio de tantas nubes; es llevar el calor de la esperanza. La esperanza que los creyentes llevamos en el corazón tiene el horizonte de Dios, que se nos ha abierto en Cristo, y está fundada sobre la roca que es Dios.

Este programa de servicio de amor que el Papa Francisco se ha trazado, y nos invita a todos a asumir con él, es una forma actual de sanar la enfermedad más radical de la humanidad en el nombre y con el poder de Cristo resucitado, confiado a los apóstoles y, en particular, a Pedro. “*No hay salvación en ningún otro*, dijo Pedro, lleno del Espíritu Santo, “*pues bajo el cielo no se nos ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos*” (Hch 4, 12). Sólo por el nombre de Jesús, y no por ningún otro, puede presentarse hoy ningún hombre integralmente sanado en medio de nuestra sociedad. **Jesucristo es el único salvador del hombre.** Y en este anuncio la Iglesia no va a ser callada, porque tiene viva conciencia de estar obligada a obedecer a Dios más que a quienes, por no haber comprendido el significado de lo acontecido en Jesús, pretendan reducirla al silencio, cuando habla de Dios al hombre encerrado en su autonomía y cuando su palabra sobre el hombre choca con los intereses de los poderes de este mundo.

Solo la escucha de Dios y el guardar a Cristo en nuestra vida nos hace capaces de cuidar y guardar la vida de los demás. La oscuridad de Dios, por el contrario, deja áridos los corazones y da origen a desiertos

de pobreza y hambre, de abandono y soledad, de amor destruido y de injusticia en la distribución de los bienes de a tierra, que amenaza gravemente la paz.

No tememos que la bondad y la ternura de Dios nos hagan débiles para triunfar en el mundo. Conocer el amor de Dios y creer en él nos aclara el misterio de nuestra identidad, nos abre la puerta al conocimiento de nosotros mismos y a la auténtica relación humana con el prójimo. Dejarse seducir por el amor de Dios más que por los egoístas intereses humanos es una garantía de que nuestra vida no se hace algo banal y sin sentido, no se devalúa en su identidad más propia, es irreductible en la búsqueda de la verdad, del bien y de la belleza, y no se deja convertir en instrumento al servicio de otro fin, se mantiene en el ejercicio responsable la libertad desde el amor y está al servicio de los demás. Reconocer el amor de Dios, por tanto, es la garantía para preferir ser crucificados antes que crucificadores de los demás, tener paciencia y misericordia antes que erigirnos en jueces y condenadores de los prójimos, entregar la propia vida antes que utilizar la de los otros para nuestro provecho.

Vivir en la comunión de amor con Jesucristo, en fin, es para la Iglesia garantía de fidelidad en el cumplimiento de su misión, de manera que el Evangelio no se desvirtúe y la propia Iglesia nunca caiga en la tentación de actuar al gusto y al dictado de los poderes del mundo. Porque hemos conocido el amor de Dios en Cristo, sabemos que el mundo se salva por el amor y no por el poder.

Damos gracias a Dios por esta senda antigua, permanente y actualizada que ahora nos presenta el Papa Francisco como el camino del anuncio del Evangelio al hombre de hoy: por este amor conocerán todos que somos discípulos de Cristo y creerán en Él. Acogemos con alegría su custodia en la fe y en el amor y oramos por él, para que, con la intercesión de la Virgen María, de san José, de los Apóstoles Pedro y Pablo y de san Francisco de Asís, El espíritu Santo le acompañe en su ministerio.

14. Domingo III Cuaresma

Todo creyente corre el peligro de no buscar en Dios la respuesta a los anhelos más íntimos del corazón, sino de utilizar más bien a Dios como si estuviera al servicio de nuestros deseos y proyectos. Por ello, es siempre vivo y actual el mensaje que la Palabra de Dios nos transmite hoy a través del símbolo del agua, que encontramos en la primera lectura y en el pasaje evangélico de la samaritana: Dios tiene sed de nuestra fe y quiere que encontremos en él la fuente de nuestra auténtica felicidad.

En la primera lectura vemos al pueblo hebreo que sufre en el desierto por falta de agua y, presa del desaliento como en otras circunstancias, se lamenta y reacciona de modo violento. Llega a rebelarse contra Moisés; llega casi a rebelarse contra Dios. El autor sagrado narra que *“habían tentado al Señor diciendo: “¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?””* (Ex 17, 7). En la prueba, el pueblo olvida el significado del camino hacia la libertad, que ha emprendido de la mano de Moisés; pierde la confianza en Dios y le exige que satisfaga de inmediato sus necesidades. Esto mismo sucede también a menudo en la vida de los creyentes. ¡En cuántas circunstancias, más que conformarnos dócilmente a la voluntad divina, quisiéramos que Dios realizara nuestros designios y colmara todas nuestras expectativas! ¡En cuántas ocasiones nuestra fe se muestra frágil, nuestra confianza débil y nuestra religiosidad contaminada por intereses meramente terrenos!

En este tiempo cuaresmal de conversión, pedimos la gracia de acoger con humilde docilidad la recomendación del salmo responsorial: *“Ojalá escuchéis hoy su voz: “No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto, cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras””* (Sal 94, 7-9).

El Evangelio nos invita a profundizar en el significado del encuentro entre Jesús y la samaritana y en el rico simbolismo del agua de la vida, que se revela junto al pozo de Jacob, en Sicar.

Jesús tiene que ir de Judea a Galilea, y podría hacerlo subiendo por el valle del Jordán. Pero el evangelista escribe que “*era necesario que él pasara a través de Samaría*” (Jn 4,4). Se trata de una necesidad no sólo geográfica, sino además divina: Jesús actúa obedeciendo al Padre que lo ha enviado, porque su misión de salvación no se reduce a Israel, sino que está destinada a todos los hombres (cf. Jn 12, 47). Decide, por ello, encontrarse también con los samaritanos, “herejes” y cismáticos, que hacía siglos que se habían separado de los judíos por motivos religiosos y habían llegado incluso a renegar del templo de Jerusalén y construir otro en el monte Garizim. Jesús derriba también esta barrera y, como consecuencia, será acusado e insultado por quienes no comprenden su comportamiento: “*¿No decimos bien nosotros que eres samaritano y que tienes un demonio?*” (Jn 8, 48), o sea, “te has pasado al enemigo”.

Jesús llega a Samaría a la hora más calurosa del día y se sienta junto al pozo de Sicar, el pozo de Jacob (Gn 33, 18-20): está cansado y sediento, pero no tiene con qué sacar agua. Entonces llega una mujer que, debido a su comportamiento inmoral reconocido públicamente, se ve obligada a salir a estas horas para no encontrarse con aquellos que la desprecian. Jesús se hace mendigo ante ella pidiéndole hospitalidad, dirigiéndole una petición que revela toda su altura moral y su capacidad de hacer crecer a la mujer: “*Dame de beber*”, comparte el agua conmigo... La mujer, sorprendida ante esta humillación, contesta: “*¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?*”.

Se abre entonces un diálogo en el que los dos interlocutores se van revelando paulatinamente: “*Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva*”, afirma Jesús; él sabe que hay una sed más profunda que la de simple agua, y que el pozo construido por el gran patriarca de Israel para garantizar el agua a su familia, es un símbolo del agua viva que Dios da a la humanidad, es decir, simboliza la Torá, la enseñanza de Moisés; y Jesús va a convertirlo en figura de sí mismo, fuente del agua que salta hasta la vida eterna.

Jesús sabe también que esta mujer, figura de la Samaría adúltera (cf. Os 2, 7), ha intentado saciar su sed por caminos equivocados: ha te-

nido varios maridos, ha bebido todo tipo de aguas... Y así Jesús le descubre su condición, aunque sin reproche ni condena, sino invitándola a volver al Dios vivo (cf. Os 2, 18). La mujer acepta entrar en el juego y recibe a cambio una promesa inaudita: *“El que bebe de esta agua”*, lo mismo que quienes beben de la enseñanza de Moisés, *“vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”*. En efecto, saciarse con el agua que da Jesús significa descubrir en sí mismo una fuente inagotable, porque esa agua es el Espíritu Santo derramado por Jesús en nuestros corazones (cf. Jn 7, 37.39; 19, 30.34). El agua viva se ha convertido en un símbolo del Espíritu.

En este momento la petición que Jesús había hecho a la mujer se transforma en petición que la mujer hace a Jesús: *“Señor, dame esa agua”*. Pero ella debe dar todavía un paso más, debe admitir que es incapaz de comunión de amor, que ha conocido muchos dueños pero ningún esposo. Además, descubriéndose a sí misma gracias a la narración que hace de ella el propio Jesús, descubre que éste es un profeta y le pregunta dónde se puede adorar al Dios vivo, si en Jerusalén o en el Garizim, el monte de Samaria. Entonces resuena el gran anuncio: *“Créeme, mujer, ... se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad”*, es decir, en el Espíritu Santo y en Jesucristo, que es la verdad. El lugar de culto ya no es un templo de piedras, sino nuestra misma persona, cuerpo de Cristo (cf. 2 Cor 13, 5) y templo del Espíritu (cf. 1 Cor 6, 19).

Sintiéndose acogida, la mujer confiesa entonces su propia sed profunda, la del Mesías, y escucha la respuesta de Jesús: *“Soy yo, el que habla contigo”*. El encuentro con Jesús la transforma en una criatura nueva y la capacita para ser testigo y evangelizadora: corre a la ciudad para anunciar a todos que ha encontrado al Mesías.

En el diálogo entre Jesús y la samaritana vemos delineado el itinerario espiritual que cada uno de nosotros y cada comunidad cristiana estamos llamados a recorrer en este tiempo cuaresmal, especialmente los catecúmenos próximos al bautismo, que realizan en el tercer domingo de Cuaresma el primer escrutinio, rito de purificación y de gracia.

Así, la samaritana se transforma en figura del catecúmeno iluminado y convertido por la fe, que desea el agua viva y es purificado por la palabra y la acción del Señor.

Podemos profundizar más en el simbolismo del agua viva si situamos el diálogo de Jesús y la Samaritana en relación con la manifestación de Jesús en la fiesta de las Tiendas, que nos relata el Evangelio de Juan. *“El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie gritó: “El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: “De sus entrañas manarán ríos de agua viva”...Dijo esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él”* (Jn 7, 37-39).

En el rito de los siete días de la fiesta se tomaba agua de la fuente de Siloé para llevar una ofrenda de agua al templo. El séptimo día los sacerdotes daban siete vueltas en torno al altar con la vasija de oro antes de derramar el agua sobre él. Estos ritos del agua son una evocación histórico-salvífica del agua que Dios hizo brotar de la roca para los judíos durante su travesía del desierto (cf. Nm 20, 1-13). El agua que brota de la roca, en fin, se fue transformando cada vez más en uno de los temas que formaban parte del contenido de la esperanza mesiánica: Moisés había dado a Israel, durante la travesía del desierto, pan del cielo y agua de la roca.

Con sus palabras el último día de la fiesta de las Tiendas, en el contexto del referido rito del agua, Jesús responde a esa esperanza mesiánica: Él es el nuevo Moisés. Él mismo es la roca que da la vida. Aquí se presenta Jesús como ante la Samaritana, como el agua viva a la que tiende la sed más profunda del hombre, la sed de *“vida... en abundancia”* (Jn 10, 10). Y en esta línea mesiánica ha hecho Pablo confluir en Cristo el significado de símbolos de gran relevancia en la historia de la salvación, al afirmar: *“Todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebieron de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo”* (1 Co 10, 3-5).

¿Cómo se bebe esta agua de vida? ¿Cómo se llega hasta la fuente y se toma el agua? ¿De qué entrañas manarán los ríos de agua viva? Jesús responde: *“El que cree en mí...”*. El hombre que cree en Jesús y recibe

su Espíritu se hace uno con él, participa de la fuente de agua viva y se convierte él mismo en un manantial, en un oasis del que brota, como agua fresca y cristalina, la vida del Espíritu. Esto se puede ver en la historia de la Iglesia: los santos son como oasis en torno a los cuales surge la vida y vuelve algo del paraíso perdido. A través de ellos, es Cristo mismo la fuente que da la vida en abundancia. Que el Señor nos conceda a nosotros también ser manantiales en los que puedan beber el agua y el Espíritu de Cristo todos los que han sido encomendados a nuestro cuidado pastoral.

15. Domingo IV de Cuaresma

La escena de la zarza ardiente tiene un lugar central en la revelación que Dios hace de su identidad misteriosa en el Antiguo Testamento. La revelación del nombre de Dios va precedida de la presencia del signo asombroso de la zarza que arde sin consumirse, con el cual Dios crea el espacio “sagrado”, en el que invita a Moisés a entrar con los pies descalzos, es decir, en actitud de adoración. Y la escena deja claro que es Dios quien toma la iniciativa.

Dios llama a Moisés desde la zarza para encomendarle la misión de sacar a su pueblo de la esclavitud de Egipto y conducirlo a la tierra prometida a Abrahán. La revelación más clara de la escena es **la cercanía y cuidado solícito de Dios** con los descendientes de Abrahán, Isaac y Jacob a los que llama “mi pueblo” y de los que se define como su Dios: “*Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob*”. Otras dos veces se presenta como “*el Dios de vuestros padres*”, que envía a Moisés para librarlos de los egipcios, porque ha visto la opresión de su pueblo, ha oído sus quejas, se ha fijado en sus sufrimientos y ha decidido “bajar” “*a sacarlos de esta tierra, para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel*”. De esta forma Dios comienza a revelarse como el **Dios que padece con pueblo**, porque se identifica con los sufrimientos de su pueblo y tiene com-

pasión. Y así se muestra como **el Dios fiel a la alianza** con Abrahán, que cumple las promesas hechas a “*vuestros padres*”.

Esta descripción que Dios hace de sus sentimientos hacia los hijos Israel y la manifestación de su decisión de salir de su misterio y “bajar” a comprometerse con su vida diaria y con su historia, para abrirle un futuro de libertad y de bendición con abundantes bienes, es la mejor definición del ser del Dios de Israel. Y en el marco de esta **revelación histórica** que Dios hace de su misterio a través de sus obras, está situada en la escena, a petición de Moisés, la otra revelación (metafísica) del nombre de Dios: “*Yo soy el que soy*”; revelación enigmática e inabarcable por necesidad, tanto como es imposible para el hombre la comprensión adecuada del “ser de Dios”, en su misterio personal, al que se refiere el “nombre”. Revelar “*Yo soy el que soy*” o simplemente “*Yo soy*”, es como decir a Moisés no pretendas invadir y dominar mi tierra sagrada, mi misterio que te es inaccesible. Lo que yo soy no puedes comprenderlo; mi rostro no puedes verlo, le dirá más adelante (Ex 33,20). No obstante, “*Yo soy*” significa que Dios es Dios, que es Dios siempre y está presente siempre para salvar a su pueblo y a todos los hombres ayer, hoy y mañana.

El significado de esta revelación del nombre de Dios en la zarza ardiente es interpretado en la segunda parte del libro de Isaías, en el tiempo de la esperanza en un nuevo éxodo, al final del exilio en Babilonia. El profeta ha escrito: “*Yo, el Señor, soy tu Dios... eres precioso ante mi, de gran precio, y yo te amo... No temas, porque yo estoy contigo... Vosotros sois mis testigos...y también mi siervo, al que yo escogí, para que sepáis y comprendáis que yo soy Dios. Antes de mi no había sido formado ningún dios, ni lo habrá después. Yo, yo soy el Señor, fuera de mi no hay salvador*” (Is 43, 3-5, 10-11).

Según los criterios de aquella época, en el tiempo en que Israel estaba en el exilio, el Dios de Israel era un Dios sin tierra y sin templo y no podía ser adorado, ni siquiera podía ser considerado como un Dios. Pero precisamente en ese tiempo de exilio, Israel había comprendido verdaderamente la novedad y la diferencia de su Dios: Él no era solo “su” Dios, el Dios de una tierra, de un pueblo o nación, sino el Dios del universo, al que pertenecen todos los pueblos, el cielo y la tierra; el

Dios que dispone todo; el Dios que no necesita que le adoren ofreciéndole carneros o becerros, sino al que sólo se le adora de verdad obrando rectamente. **Y así encontró su nuevo sentido el “Yo soy” de la zarza ardiente: El Dios que es, que es el único Dios, y que es inefable.**

La zarza ardiente es una figura de la cruz. A la pregunta de los judíos: “*Quién eres tú*”, Jesús responde: “*Cuando levantéis al Hijo el hombre sabréis que yo soy*” (Jn 8, 28). La cruz es la verdadera “altura” a la que es elevado el Hijo del hombre, la altura del amor “hasta el extremo” (Jn 13, 1); en la cruz, Jesús se encuentra a la “altura” de Dios, que es Amor. Allí se le puede “reconocer”, se puede comprender el significado de su “yo soy”, en continuidad con la historia de la revelación de Dios. La cruz es la nueva zarza ardiente en la que se revela la condición de Jesús como Hijo de Dios, que es imagen de Dios y uno con el Padre (cf. Jn 14, 9).

Esta interpretación de la revelación de Dios en la zarza ardiente a la luz de la revelación de Dios en la cruz de su Hijo está autorizada por el texto de la segunda lectura, que nos ha enseñado que las principales actuaciones de Dios en favor de su pueblo “*sucedieron en figura para nosotros*” y, en concreto, ha afirmado que la roca espiritual de la que bebían en el desierto era Cristo.

Pero hemos de tener en cuenta que, en el presente texto, aquellas manifestaciones del poder salvador de Dios son puestas como figuras para nosotros a modo de contraposición entre el comportamiento de los que Pablo llama “*nuestros padres*” y el nuestro propio. A pesar de haber sido testigos de tantos prodigios y de haber recibido tantos beneficios de Dios, la mayoría de ellos no supieron reconocer su significación espiritual y no agradaron a Dios, por lo cual “*sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto*”. Así pues, la figura adquiere en este caso el carácter predominante de ejemplo para escarmiento, para que no hagamos el mal que ellos hicieron, y para que no nos creamos seguros de nuestra salvación, sino que tengamos buen cuidado de no echar en saco roto la gracia de Dios y acojamos la llamada a la conversión que nos ha dirigido Jesús en el Evangelio.

El texto del Evangelio de Lucas se encuentra entre las enseñanzas de Jesús en su camino de subida a Jerusalén, para cumplir su misión a través de su pasión, muerte y resurrección. Jesús acaba de pedir a cuantos le escuchan que se ejerciten en discernir los signos de los tiempos, en distinguir por sí mismos lo que es justo (cf. Lc 12, 54-57), y algunos le llaman la atención sobre un trágico hecho de actualidad, semejante a los que suceden también en nuestros días: le cuentan *“lo de los galileos cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían”*. La mentalidad religiosa de aquel tiempo veía en sucesos como éste un juicio y castigo de Dios por el pecado de las víctimas.

Jesús, por el contrario, interpreta estos hechos desde la recta fe y los presenta como llamada a la conversión. *“Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo”*. E inmediatamente cita otro grave accidente, el derrumbe de la torre de Siloé que había causado la muerte de dieciocho personas, comentándolo también con estas palabras: *“Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera”*.

En esta vida terrena no existe un castigo de Dios que recaiga sobre los injustos y preserve a los justos, sino que la verdad es muy distinta: todos somos pecadores, tanto el que ha muerto como el que sigue en vida. *“Por lo tanto, el que se crea seguro, cuídese de no caer”*(1 Cor 10, 12). Jesús no tiene intención de atemorizar a nadie, sino que quiere enseñarnos que todo lo que ocurre debe ser comprendido con la profunda sabiduría de la fe: hay que leerlo en el propio corazón, no como la simple crónica de unos hechos, sino buscando su sentido en la historia de la salvación que Dios realiza cada día. Sólo así podrá comprender cada uno, aplicándolo a su vida, que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. Ez 18, 23; 33, 11).

Para que esto quede bien claro, Jesús narra la parábola de la higuera estéril; una parábola vivida por él en primera persona. Dios, el dueño de la viña (cf. Sal 80; Is 5, 1-7), planta en ella una higuera, y va muchos años a buscar sus frutos, sin encontrarlos. Se refiere a los frutos de conversión (cf. Lc 3, 8), que ya había exigido Juan Bautista. Entonces el dueño de la viña se dirige a Jesús, el viñador, pidiéndole que

corte esa higuera porque explota inútilmente el terreno. Se trata de una medida de justicia a la que, sin embargo, el viñador responde: “*Señor, déjala todavía este año y mientras tanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto en adelante. Si no, la puedes cortar*”.

Jesús no se limita a pedir una dilación, sino que intercede con fuerza pidiendo a Dios que desista del mal con que ha amenazado, como habían hecho los profetas de Israel, desde Moisés (cf. Ex 34, 9) a Amós (cf. Am 7, 2) y tantos otros. Al hacer esto, él se compromete a cuidar con mayor empeño la higuera para hacerla capaz de dar fruto; es decir, se compromete a dedicarnos a cada uno de nosotros todos sus cuidados, para que demos fruto de conversión.

Jesús exhortó vivamente a la conversión para entrar en el Reino de Dios y consumó su predicación al derramar su sangre para el perdón de los pecados. Así, con su palabra y su entrega, ha abierto plenamente a todos y para siempre la puerta de la conversión al Evangelio de la verdad y del amor, de la gracia y la libertad, de la santidad y la vida eterna, de la paz interior y de la alegría espiritual. Y él mismo nos llama especialmente a cada uno en este tiempo de gracia a producir frutos de conversión.

La experiencia viva del amor misericordioso de Dios y del amor más grande de Jesús, que ha dado la vida por sus amigos (cf. Jn 15, 13), y “*que me amó y se entregó por mí*” (Gal 2, 20), ha de motivarnos cada día suplicar con toda el alma: Señor, enséñame hoy de nuevo con tu Palabra el camino a seguir; dame con la comunión de tu Cuerpo la fortaleza necesaria para volver a comenzar; acompáñame con tu Espíritu en mi proceso de conversión, para que lo viva sin desfallecer, con confianza sin límites en el amor misericordioso del Padre y en el poder transformador de tu gracia.

16. Domingo V Cuaresma

Las tres lecturas de la Palabra de Dios nos transmiten hoy la experiencia común de que todo encuentro con Dios es fuente de salvación y abre horizontes nuevos de vida. Y que es Dios quien sale siempre de nuevo al encuentro de su pueblo y de cada uno de sus hijos, porque su fidelidad y su misericordia son eternas. Dios muestra siempre de nuevo su poder con el perdón y la misericordia. No se cansa nunca de perdonar, pero nosotros nos cansamos fácilmente de pedir perdón.

El profeta Isaías ha recordado al pueblo que el Señor le abrió camino en el mar rojo y le defendió de los carros de guerra de sus enemigos. Y le anuncia que ya en el presente tiempo de destierro está empezando a realizar una obra nueva y tan grande como la del pasado, que le hará mirar al futuro sin recordar lo de antaño ni pensar en lo antiguo. Porque de nuevo va abrir a su pueblo un camino en el desierto y va hacer brotar en el yermo ríos para apagar la sed de su pueblo elegido.

También el testimonio de san Pablo nos ha indicado que se olvida de lo que queda atrás, de su vida en busca de la justicia por la observancia de las obras de la Ley, para lanzarse a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para el premio al que Dios le llama, por la gracia de la salvación, que Cristo ha obtenido para él.

La aparición de Jesús resucitado a Saulo le ha cambiado la memoria de su pasado y le ha mostrado un futuro insospechado como apóstol de aquel Jesús, al que él juzgaba justamente crucificado por blasfemo y como falso profeta al que había que perseguir para salvar la verdadera fe de Israel en Yahwé. Y Pablo ha experimentado este encuentro como manifestación de la misericordia de Dios con él, porque no sabía lo que hacía al perseguir a Jesús y a sus discípulos. Pero desde que el Dios que le eligió desde el seno de su madre, se dignó mostrarle su gracia y su misión, Pablo ha considerado como basura y sin valor alguno todo lo que no sea el conocimiento de Cristo y la comunión en sus padecimientos. Porque ha experimentado que Jesús le amó y se entregó a la muerte por él, ya no vive sino para Cristo; más aún está cierto de que es Cristo mismo quien vive en él. Salvado por el amor

de Cristo, se siente urgido por este amor a ser apóstol del Evangelio de Jesucristo hasta los confines del mundo. La misericordia de Dios y el amor de Jesús han hecho de Saulo un hombre nuevo, cuya meta es ganar a Cristo y existir en él, con la justicia que viene de la fe en Cristo, muriendo su misma muerte para llegar un día a la resurrección de entre los muertos.

La escena evangélica de hoy es una apremiante invitación a meditar en la misericordia de Dios anunciada por Jesucristo a todos los hombres: la misericordia que recrea al hombre y abre un futuro a quien ya no tiene esperanza alguna. Esta misericordia de Dios nos atrae y nos mueve a la conversión de nuestros pensamientos y nuestras acciones.

Al amanecer Jesús va al templo de Jerusalén y el pueblo acude a él para escuchar su enseñanza. Entonces se le acercan algunos escribas y fariseos: ellos no soportan que Jesús haya venido a *“llamar a los pecadores y no a los justos”* (cf. Lc 5, 32), ni consiguen comprender que *“acoja a los pecadores y coma con ellos”* (cf. Lc 15, 2); mucho menos pueden aceptar que les dirija palabras como éstas: *“Os aseguro que los publicanos y las prostitutas entrarán antes que vosotros en el reino de Dios”* (Mt 21, 31). Por esto *“se presentaron con una mujer que había sido sorprendida en adulterio. La pusieron en medio de todos y preguntaron a Jesús: ‘Maestro, esta mujer ha sido sorprendida cometiendo adulterio. En la ley de Moisés se manda que las mujeres como ésta deben morir apedreadas. ¿Tú qué dices?’”*. Su recurso a la Ley es formalmente correcto y expresan bien el contenido de lo mandado en los libros del Levítico (cf. Lv 20, 10) y del Deuteronomio (Dt 22, 22-24), pero su corazón está habitado por el odio y por malas intenciones: *“tientan”* a Jesús y lo ponen a prueba para hallar una contradicción entre su enseñanza y la ley de Dios, de modo que puedan condenarlo.

Ellos esperan una respuesta, pero Jesús se limita a escribir en silencio con el dedo en la tierra hasta que, apremiado con insistencia, dice: *“Aquel de vosotros que no tenga pecado puede tirarle la primera piedra”*. Pero ¿quién de nosotros está sin pecado? A lo sumo podremos tener habilidad para ocultarlos, a la vez que ponemos gran cuidado en acusar con dureza a quienes son descubiertos públicamente como pecadores. Jesús descubre en este falso celo de los acusadores una clara

manifestación de su pecado. Pero ellos no son capaces de percibir que el pecador público es el signo visible de la condición pecadora de cada uno de nosotros, todos pecadores, todos necesitados de la misericordia de Dios como de nuestro pan de cada día... Únicamente Jesús, porque no tiene pecado (cf 2 Cor 5, 21; Heb 4, 15; 1 Jn 3, 5), podía arrojar una piedra, pero no lo hace. Entonces los acusadores se van marchando silenciosamente *“uno tras otro, comenzando por los más viejos”*, comenzando por los que más pecados tienen en su conciencia, y dejan a Jesús con la mujer: Quedaron solos los dos, la miseria y la misericordia.

Y esta es la entrañable conclusión de la escena: *“Jesús se incorporó y le preguntó: ‘Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno de ellos se ha atrevido a condenarte?’. Ella le contestó: ‘Ninguno, Señor’. Entonces Jesús añadió: ‘Tampoco yo te condeno. Puedes irte, y no vuelvas a pecar’”*.

Obligado a optar entre la Ley y la misericordia, Jesús elige la misericordia sin ponerse en contra de la Ley, porque sabe distinguir entre el pecado y el pecador. La Ley es necesaria para indicar y denunciar el pecado; pero, una vez infringida la Ley, frente al pecador concreto debe prevalecer la misericordia. Jesús muestra la peculiaridad de su enseñanza frente al Antiguo Testamento no condenando nunca, sino perdonando siempre con misericordia. Jesús denunció con energía el pecado y exhortó a la conversión; pero siempre que encontró a un pecador lo absolvió de sus pecados y nunca lo acusó ante la justicia humana. Con claridad y valentía pronunció sus *“¡Ay de aquellos...!”*, poniendo en guardia ante el juicio de Dios, pero nunca castigó a nadie: Jesús sabía distinguir perfectamente entre la condena del pecado y la misericordia frente al pecador.

Este es el mensaje de la misericordia de Dios, que elimina todo pecado; el anuncio de su perdón anterior incluso a nuestra conversión. Aquí está la singularidad escandalosa de Jesús, rechazada por quien se considera justo, acogida por los pecadores: quien se reconoce pecador, en efecto, puede experimentar que la misericordia de Dios en Jesucristo posibilita un nuevo comenzar cada día. Y así se hace capaz de ejercer una misericordia semejante en relación con todos los pecadores, todos cubiertos con la inagotable misericordia de Dios.

17. Eucaristía con el arciprestazgo de Ledesma-Vitigudino

Queridos hermanos: hemos venido en peregrinación a la Catedral para confesar juntos, el Obispo y los fieles del arciprestazgo de Vitigudino, las Arribes y Ledesma, la fe en el Señor Jesucristo que nos salva. Vamos a pedir al Señor que nos fortalezca en la fe firme y verdadera, la que obra por el amor, que brota de la comunión con Dios, que procede de la permanencia en la unidad y en el amor con el Padre y con el Hijo, por el don del Espíritu Santo que habita en nosotros. Con esta fe viva y auténtica queremos que el Señor nos conceda la gracia de ser testigos creíbles de su Evangelio en medio del mundo.

Necesitamos cuidar nuestra fe y nuestra vida cristiana para que nuestra sal no se vuelva sosa y para que nuestra luz no permanezca oculta. Por ello, en esta celebración vamos a pedir al Señor que nos haga sentir, como a la samaritana, la necesidad de acercarnos al pozo para escuchar a Jesús, que nos invita a creer en él y sacar el agua viva que mana de su fuente. Queremos aprender día a día a alimentarnos de su Palabra y del Pan de la vida, que Jesús ofrece como sustento a todos sus discípulos.

La Palabra de Dios, acogida en la fe, nos ayuda a comprender el sentido de nuestra vida en referencia a Cristo como culmen y meta de la revelación de Dios en la historia, que hace de la historia humana historia de salvación.

El texto de Isaías 60, 1-6 canta la gloria del Señor que amanece sobre Jerusalén y la llena de su luz, en medio de las tinieblas del mundo. Todos los pueblos caminarán a la luz de Jerusalén y traerán hacia ella sus riquezas. Más en concreto se refiere a los dones de incienso y oro que vendrán a ofrecerle en camellos y dromedarios los venidos de oriente, desde Madián y Efá, y de Saba. Nosotros escuchamos hoy esta profecía como realizada ya en Jesucristo y en su Iglesia, que es la nueva Jerusalén. Lo que el profeta anuncia sobre Jerusalén la confesamos y anunciamos nosotros hoy de la Iglesia, sobre todo en la liturgia de la fiesta de la Epifanía del Señor, en que se lee esta lectura para proclamar a Jesucristo luz de las naciones. Y también hoy nosotros nos sabemos

miembros de esta Iglesia que en Cristo-Luz está llamada a ser luz del mundo por su fe y sus buenas obras, para que todos den gloria al Padre que está en los cielos. Por ello, os digo hoy a cada uno con el profeta Isaías: ¡Levántate y resplandece, acoge la gloria del Señor que amanece sobre ti!

El texto del Evangelio tiene como contenido la llamada oración sacerdotal de Jesús. Esta oración tiene su contexto en la liturgia de la fiesta judía de la Expiación. Lo que en aquella fiesta se representaba en acciones rituales, se cumple en Jesús de manera real. Así como el sumo sacerdote hacía la expiación por sí mismo, por la clase sacerdotal y por toda la comunidad de Israel, también Jesús ruega por sí mismo, por los Apóstoles y por todos los que después creerán en Él: por la Iglesia de todos los tiempos (cf Jn 17,20).

La oración sacerdotal de Jesús es un testimonio de la reconciliación que Dios ofrece a los hombres, para dar respuesta al problema esencial de toda la historia humana, que es la ruptura de la relación con Dios. La oración de Jesús al Padre anticipa el culto espiritual y agradable a Dios, que Jesús va a ofrecer, según declara la carta a los Hebreos: “Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo... He aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad” (Hb 10, 6-7).

En el fragmento evangélico leído, Jesús ora al Padre por la unidad, la santificación y la misión de sus discípulos. En este texto del Evangelio de Juan el concepto de **santificación** es sinónimo de **consagración** y está en estrecha relación con el sumo sacerdocio y la reconciliación. En la plegaria por los discípulos, Jesús dice: “*Santificalos en la verdad; tu palabra es verdad... Y por ellos yo me santifico a mi mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad*” (Jn 17,17.19). En otro pasaje Jesús se identifica como “*quien el Padre consagró y envió al mundo*” (10,36). Aparece en estos textos un triple uso del término “**santificación**” o “**consagración**”:

Primero se nos dice que el Padre ha enviado al Hijo al mundo y lo ha consagrado (cf. 10,36). Se puede ver un cierto paralelismo con esta frase en las palabras sobre la vocación del profeta Jeremías: “*Antes de*

formarte en el vientre te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré. Te constituí profeta de las naciones” (Jr 1,5). Consagración significa que Dios reivindica para sí al hombre en su totalidad, que sea “segregado” para Él, que viva en el mundo, pero que no sea del mundo. Pero ello comporta al mismo tiempo una misión para los pueblos. También en las palabras de Jesús está unidas la consagración y la misión, es decir, la plena unidad con el Padre y su ser enteramente para el mundo. Jesús pertenece por entero a Dios y, precisamente por eso, está totalmente a disposición “de todos”.

El segundo sentido está expresado en las palabras de Jesús “**por ellos yo me santifico a mí mismo**” (17,19), y tiene el significado de “consagrar para el sacrificio”. “*Me santifico*” equivale a decir “me entrego a mí mismo como sacrificio”.

La tercera significación de la “santificación” está expresada así: “**Santificalos en la verdad**” (17,17). “**Me santifico yo para que también ellos sean santificados en la verdad**” (17,19). Los discípulos están llamados a participar en la santificación de Jesús; también en ellos se debe cumplir el paso a la vida de Dios. Y así puede hacerse realidad su envío al mundo. “Me santifico yo para que también ellos sean santificados en la verdad”: indica que los discípulos han de pasar a ser propiedad de Dios como Jesús, han de participar en su consagración, no sólo de forma ritual, sino “**en verdad**”, es decir, en la realidad de todo su ser. Y los discípulos de Jesús son santificados “**en la verdad**”. La verdad es el baño bautismal que los purifica; la verdad es la vestidura y la unción que necesitan. Esta “verdad” santificadora es Cristo mismo. Han de ser sumergidos en Él, han de ser “revestidos” de Él y, de este modo, hacerse partícipes de su consagración, de su función sacerdotal, de su sacrificio.

El consagrado, el santo, en su pleno sentido es sólo Dios mismo. Santidad es el término usado para expresar el modo de ser de Dios. Así, las palabras “consagrar”, “santificar” significan traspasar una persona o una cosa a la propiedad de Dios, y especialmente su destinación para el culto. En referencia a las personas, consagrar es destinar a un hombre a Dios y al culto divino mediante el sacerdocio. El consagrado es elevado a una nueva esfera que ya no está a disposición del hombre.

Pero esta segregación incluye esencialmente al mismo tiempo una finalidad y una misión: “para” entregarse totalmente a Dios. El consagrado existe ahora para los hombres; los representa y los debe sanar. Por ello, consagración y misión forman una única realidad completa.

La oración sacerdotal de Jesús se ha referido también al tema de la unidad de los futuros discípulos: **“Para que todos sean uno...”**. Más allá de la comunidad de los discípulos de aquel momento primero, Jesús se dirige a todos aquellos que “crean en mí por su palabra” (Jn 17,20): la Iglesia futura está incluida en la plegaria de Jesús.

El Señor repite por cuatro veces esta petición; en dos de ellas, la razón que se indica para dicha unidad es que el mundo crea, más aún, que “reconozca” que Jesús ha sido enviado por el Padre: **“Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros”** (v. 11). *“Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado”* (v. 21). *“Que sean uno, como nosotros somos uno;... de modo que el mundo sepa que tú me has enviado”* (vv. 22-23).

Esta unidad de la futura Iglesia, que Jesús pide, no viene del mundo; en la medida en que el mundo actúa en la Iglesia se producen divisiones. La unidad sólo puede venir del Padre a través del Hijo. Está relacionada con la “gloria” que da el Hijo: con su presencia que se nos da por el Espíritu Santo; una presencia que es fruto de la cruz, de la transformación del Hijo en la muerte y la resurrección.

Pero la fuerza de Dios actúa entrando en medio del mundo, en el cual viven los discípulos. Y lo ha de hacer de tal manera que permita al mundo “reconocerla”, y llegar así a la fe. La oración de Jesús por la unidad se orienta a que, a través de la unidad de los discípulos, se haga visible a los hombres la verdad de su misión. La unidad ha de ser reconocible como algo único, que no existe en ninguna otra parte en el mundo y que, por tanto, manifiesta la acción del Espíritu de Dios. La permanencia de sus discípulos unidos en Jesús a lo largo de los siglos, manifiesta su poder de reconciliación y de comunión. En Jesús, el Hijo, Dios se revela como creador de una unidad que vence la tendencia del mundo a la división. El Señor ha pedido por una unidad que sólo es posible a partir de Dios y a través de Cristo, pero que debe hacer visible

en medio del mundo la acción del Espíritu de Dios. Por eso, los esfuerzos por una unidad visible de los discípulos de Cristo siguen siendo una tarea urgente para los cristianos de todo tiempo y lugar.

De esta unidad de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en la fe y en el amor por la acción del Espíritu Santo nos ha hablado el texto de la primera carta de san Pablo a los Corintios. La fe es una gracia del Espíritu Santo, que hay que pedir cada día con perseverante humildad. *“Nadie puede decir: Jesús es Señor, sino por el Espíritu Santo”*; por ello, hemos de orar diciendo: Señor, creo, pero aumenta mi fe. Creer es la primera “obra” que hemos de hacer; creer, es lo primer que el Hijo enviado del Padre espera y exige de nosotros, para hacer participar de la vida en abundancia que él nos regala, una vida tan abundante que es vida eterna.

Y el Espíritu nos edifica en la unidad del único Cuerpo de Cristo, que tiene muchos miembros, todos ellos unidos por el mismo amor que procede del Padre y del Hijo y que es signo de la misma vida de Dios, que hemos recibido al renacer del agua y del Espíritu en el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Somos un solo Cuerpo porque todos hemos recibido el mismo Espíritu y todos los miembros vivimos ya no cada uno para sí mismo, sino para los demás. Hemos sido liberados por el Espíritu de la libertad para que amemos a los hermanos como Jesús nos amado, con el amor que procede del Padre y nos hace capaces de entregar la vida por los hermanos y de servirlos cada día por amor. Por este amor conocerán todos que somos discípulos de Jesús. El amor que infunde el Espíritu Santo a los miembros del Cuerpo de Cristo es la fuente de donde brota la fuerza de la misión de cada miembro dentro de la Iglesia, en el ejercicio de los diversos ministerios, tareas, vocaciones y carismas para el bien común del único Cuerpo. Y este mismo amor de Cristo, que infunde el Espíritu Santo, es el que nos urge a dar testimonio de Cristo, con fidelidad, fortaleza, esperanza y siempre con alegría, incluso en las persecuciones y en cualquier circunstancia en la que participamos de la cruz del Señor y compartimos sus sufrimientos, para que colaborar a la plena realización su obra de redención y salvación de los hombres, que ahora se hace actual en esta Eucaristía.

18. Domingo de Ramos

PASIÓN SEGÚN SAN LUCAS

El Evangelio del rito de bendición de los ramos comienza diciendo que *“Jesús caminaba delante de ellos, subiendo hacia Jerusalén”* (Lc 19, 28). Y los discípulos lo seguían físicamente por el camino. Pero, ¿lo seguían también espiritualmente? La respuesta a esta pregunta la encontramos un poco antes en el mismo Evangelio de Lucas, al narrar el tercer anuncio de la muerte de Jesús con estas palabras: *“Tomo consigo a los Doce, les dijo: Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y se cumplirá en el Hijo del hombre todo lo escrito por los profetas, pues será entregado a los gentiles y será escarnecido, insultado y escupido, y después de azotarlo lo matarán, y al tercer día resucitará. Pero ellos no entendieron nada de esto, este lenguaje era misterioso para ellos y no comprendieron lo que les decía”* (Lc 18, 31-34).

Con esta aclaración nos indica el evangelista Lucas que Jesús va acompañado externamente, pero hace completamente sólo su camino de seguimiento de la voluntad del Padre: se encamina hacia la muerte con la sola compañía del Padre. Y así Lucas nos da la clave para comprender la actitud espiritual con la que vivieron los discípulos de Jesús la entrada triunfal en Jerusalén y los posteriores sucesos en torno a la muerte de Jesús.

Jesús sube hacia Jerusalén para celebrar con Israel la Pascua: el memorial de la liberación de Israel. Y es consciente de que él mismo es el Cordero que va a ser inmolado en la nueva y definitiva Pascua. Y Jesús sabe también que su camino no acabará en la cruz, sino que rasgará el velo que separa a este mundo y Dios; sabe que su cuerpo resucitado será el nuevo Templo de la Jerusalén del cielo, donde se ofrecerá a Dios el culto en espíritu y en verdad.

Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea, quiso entrar en Jerusalén sobre un burro que nadie había montado todavía y cuya utilización justifica diciendo: *“El Señor lo necesita”*. Son gestos que expresan el derecho del rey a requerir los medios necesarios para su transporte.

Con esta forma de actuar anuncia Jesús que él era el rey humilde y pacífico que Dios había prometido a su pueblo. Así excluye Jesús la interpretación revolucionaria, que algunos judíos hacían de la realeza del Mesías: Jesús no se apoya en la violencia, no emprende una rebelión militar contra Roma. Su reino es el de la paz de Dios.

El final del texto evangélico de los ramos se hace eco de la aclamación con la que los peregrinos saludan a Jesús a las puertas de Jerusalén: *“Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor. Paz en el cielo y gloria en lo alto”*. Jesús consiente ser aclamado como el Mesías que viene como rey en nombre del Señor, porque ha llegado el momento decisivo en el cumplimiento de la misión recibida del Padre. Esta aclamación es ahora tan necesaria que Jesús replicará a los que exigen el silencio de los discípulos: *“Os digo que, si éstos callan, gritarán las piedras”* (Lc 19,40).

En el Domingo de Ramos somos llamados a subir con Jesús a Jerusalén para seguirle hasta la altura de la cruz y de la gloria. Ser cristiano es caminar siguiendo a Jesús hasta la verdadera altura del ser hombre, hacia una humanidad plenamente reconciliada y auténtica. Pero el hombre puede escoger un camino cómodo y evitar toda fatiga. También puede bajar hasta lo vulgar y hundirse en el pantano de la mentira y de la deshonestidad.

Jesús camina delante de nosotros y va hacia lo alto. Él nos guía hacia lo que es grande, puro; nos guía hacia el aire saludable de las alturas: hacia la vida según la verdad; hacia la valentía que no se deja intimidar por la charlatanería de las opiniones dominantes; hacia la paciencia que soporta y sostiene al otro. Nos guía hacia la disponibilidad para con los que sufren, con los abandonados; hacia la fidelidad que está de la parte del otro incluso cuando la situación se pone difícil. Guía hacia la disponibilidad a prestar ayuda; hacia la bondad que no se deja desarmar ni siquiera por la ingratitud. Nos lleva hacia el amor, nos lleva hacia Dios, perdiendo nuestra vida egoísta en la cruz.

Para hallar este camino recto del seguimiento necesitamos meditar una y otra vez la pasión de Jesús. Es decisivo hoy para nosotros que nuestros anhelos y búsquedas no encuentren en la cruz de Jesús un

escándalo imposible de asumir, sino el ejemplo de su vida gozosamente sumisa a la voluntad del Padre. Por ello, permitidme que os invite a meditar brevemente algunas escenas de la pasión de Jesús, según el relato del Evangelio de Lucas.

La narración de la institución de la Eucaristía habla de dos de las cuatro copas, en torno a las cuales se desarrollaba el rito de la cena pascual judía. Queda así bien definido el marco ritual en el que Jesús celebró la Pascua con sus discípulos. Pero dio a su cena de pascua un sentido nuevo. El pan y el cáliz de bendición van a ser desde entonces su cuerpo y su sangre de la nueva alianza derramada *“por vosotros”* (Lc 14, 19.20). Además, la narración incluye tres afirmaciones de Jesús que expresan la referencia de su última comida pascual a la pascua eterna en el reino de Dios. Jesús comienza manifestando cuánto ha deseado comer con los discípulos esa cena pascual antes de padecer; y añade: *“porque...ya no la volveré a comer, hasta que se cumpla en el reino de Dios”* (Lc 22, 16. Al repartir la primera copa (la segunda del rito judío), dice Jesús que no beberá *“desde ahora del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios”* (Lc 22, 18). Por último, anuncia a los discípulos: *“Yo os transmito el reino como me lo transmitió mi Padre a mí: comeréis y beberéis a mi mesa en mi reino y os sentaréis en tronos para regir a las doce tribus de Israel”*. Está claro que Jesús contempló su cena pascual, dentro del plan de salvación de Dios, como una anticipación y promesa de la pascua eterna en la mesa del reino de los cielos.

Con esta significación dada a aquella cena de pascua, Jesús evitó que los discípulos interpretaran su muerte como un suceso fortuito o provocado por la fuerza de las circunstancias históricas en que se encontraba Palestina. Jesús fue entregado según el plan de Dios (cf. Hch 2, 23) y él mismo aceptó libremente su muerte por amor obediente al Padre: *“Nadie me quita la vida; yo la doy libremente”* (Jn 10,18), leemos en el Evangelio de Juan.

La actitud de los discípulos no correspondió al deseo ardiente de Jesús de darles su cuerpo y su sangre como memoria de su entrega a la muerte en la cruz. ¡Cómo tuvo que sufrir Jesús en aquél momento la traición de la mano que está con la suya en la mesa! Con cuánto dolor pronunciaría sus palabras: *“¡ay de ese que lo entrega!”* (Lc 22,22).

Ninguno de los doce celebró la cena pascual en sintonía espiritual con Jesús. Cuando Jesús está hablando de su entrega a la muerte “*por vosotros*”, ellos “*se pusieron a disputar sobre quién de ellos debía ser tenido como el primero*” (Lc 22, 24). Pero Jesús sabe que su paso por la cruz no puede ser entendido ahora por los discípulos; y los exhorta con paciencia: “*el primero entre vosotros pórtese como el menor, y el que gobierne, como el que sirve*” (Lc 22, 26).

Y Jesús muestra especial solicitud por Simón, a quien él ha elegido como primero. Le avisa de la prueba a la que Satanás le va a someter, le anuncia que va a negar conocerle; pero le promete su auxilio: “*Yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos*” (Lc 22, 32). Por último, exhorta a todos a tener confianza en él durante el “*tiempo de persecución y de espadas*” que se avecina, en el que va a ser “*contado con los malhechores*” (Lc 22, 37). Los discípulos tampoco entendieron el sentido de la referencia a la espada; y Jesús tuvo que cortar la conversación con un: “*Basta*” (Lc 22, 38).

En la escena del monte de los Olivos Jesús exhorta a los discípulos a orar “*para no caer en la tentación*” (Lc 22, 40) y él mismo se retira a orar al Padre, exponiéndole su angustia interior y pidiéndole la fortaleza necesaria para realizar su voluntad y no la propia: “*Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya*” (Lc 22, 42). Tampoco en este momento dramático puede contar con la cercanía espiritual de los discípulos, que se quedaron dormidos; sólo le conforta el ángel enviado por el Padre desde el cielo.

Y llega por fin la hora de los enemigos, guiados por el discípulo que le entrega con un beso de falsedad. Es la hora “*del poder de las tinieblas*” (Lc 22, 53), en la que el diablo, antes vencido en el desierto, ve el momento oportuno para acercarse a destruir a Jesús y su obra (cf. Lc 4,13). Así, el que enseñaba en el templo a diario el amor de Dios, es cazado ahora como un bandido con espadas y palos. Y los discípulos siguen sin comprender nada y responden con la espada. Jesús tiene que repetir su “*dejadlo, basta*” (Lc 22, 51) y curar la oreja del criado herido. El gesto de Jesús deja el uso de la espada fuera del plan de Dios y cura los efectos de su uso indebido.

La identificación de Jesús con la voluntad del Padre en la oración le ha fortalecido y dado la serenidad que manifiesta en las siguientes escenas de la pasión. No buscará su defensa y guardará silencio ante las falsas acusaciones, pero confesará su verdadera condición ante el senado de los sumos sacerdotes y escribas, que le formulan la pregunta decisiva para su condena a muerte: “*Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios? Él les contestó: Vosotros lo decís, yo lo soy*” (Lc 22, 70). De forma semejante confesó ante Pilato su condición de rey de los judíos, que le llevaría a la cruz (Lc 23, 3).

Jesús entró orando en su pasión, al ofrecer al Padre en el monte de los Olivos el sacrificio de su vida en obediencia al Padre por amor. Ahora, en la escena de la cruz hace de su entrega real a la muerte una oración. Las primeras palabras que el evangelista Lucas pone en boca de Jesús en la cruz son una súplica de perdón: “*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*” (Lc 23, 34). Jesús guarda silencio ante las burlas de las autoridades, de los soldados y de uno de los malhechores crucificados, que le desafían diciendo: “*A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido*” (Lc 23, 35). “*Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo*” (Lc 23, 37). “*¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros*” (Lc 23, 39). Pero a todos estos los ha incluido ya Jesús en su oración de perdón al Padre; no saben lo que hacen y no saben lo que dicen, porque Jesús se está salvando a sí mismo en la cruz y los está salvando a ellos con una salvación que ignoran todavía y no pueden desear.

Nosotros, en cambio, estamos llamados a proclamar con gratitud que Jesús, el Hijo de Dios, “*se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de Cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el nombre sobre todo nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble... y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre*” (Filp 2, 6-11).

En la escena de la cruz, según el evangelista de la misericordia de Dios, al menos tiene Jesús la cercanía espiritual y afectiva del buen ladrón, que teme a Dios y confiesa su fe en Jesús al pedirle: “*Acuérdate de mi cuando llegues a tu reino*” (Lc 23, 42). Con cuánto amor y gozo interior le diría Jesús aquellas palabras de consuelo y esperanza: “*Hoy*

estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23, 43). Porque aquel malhechor arrepentido era el primer fruto visible de su sangre derramada y llenaba de alegría el cielo de su Padre. La obra de Jesús había tocado a su fin (cf. Lc 22, 38) y ya sólo le faltaba consumir la entrega de su vida con esta oración de confianza: “*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc 23, 46).

Esta breve meditación de la pasión debe llevarnos a confesar la fe en Jesús con la palabra y la vida. Y podemos hacerlo con estas palabras de la primera carta de Pedro, que interpretan la obra de Jesús con los rasgos del Siervo de Yahvé: *Habéis sido llamados a compartir el sufrimiento de Cristo, “porque también Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas. Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca. Él no devolvía el insulto cuando lo insultaban; sufriendo no profería amenazas; sino que se entregaba al que juzga rectamente. Él llevó nuestros pecados en su cuerpo hasta el leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Con sus heridas fuisteis curados. Pues andabais errantes como ovejas, pero ahora os habéis convertido al pastor y guardián de vuestras almas”* (1 Pe 2, 21-25).

19. Misa Crismal

Queridos hermanos en el sacerdocio.

Queridos hermanos y hermanas:

El escritor ruso León Tolstoi, en un breve relato, narra que había un rey severo que pidió a sus sacerdotes y sabios que le mostraran a Dios para poder verlo. Los sabios no fueron capaces de cumplir ese deseo. Entonces un pastor, que volvía del campo, se ofreció para realizar la tarea de los sacerdotes y los sabios. El pastor dijo al rey que sus ojos no eran capaces de ver a Dios. Entonces el rey quiso saber al menos qué es lo que hacía Dios. “Para responder a esta pregunta —dijo el pastor al rey— debemos intercambiarnos nuestros vestidos”. Con cierto recelo, pero impulsado por la curiosidad de conocer la respuesta deseada,

el rey accedió y entregó sus vestiduras reales al pastor y él se vistió con la ropa sencilla de ese pobre hombre. En ese momento recibió como respuesta del pastor: “Esto es lo que hace Dios”.

En efecto, el Hijo de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero: “*Se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte*” (Flp 2, 6 ss). Como dicen los santos Padres, Dios realizó un sagrado intercambio: asumió lo que era nuestro, para que nosotros pudiéramos recibir lo que era suyo, ser semejantes a Dios.

San Pablo ha escrito en la carta a los fieles de Galacia: “*Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo*” (Ga 3, 27). Eso es precisamente lo que sucede en el bautismo: nos revestimos de Cristo; él nos da sus vestidos, que no son algo externo. Significa que entramos en una comunión existencial con él, que su ser y el nuestro confluyen, se compenetrán mutuamente. En consecuencia, confiesa san Pablo: “*Ya no soy yo quien vivo, sino que es Cristo quien vive en mí*” (Ga 2, 20).

Cristo se ha puesto nuestros vestidos: el dolor y la alegría de ser hombre, el hambre, la sed, el cansancio, las esperanzas y las desilusiones, el miedo a la muerte, todas nuestras angustias hasta la muerte. Y nos ha dado sus “vestidos”. Y, con ello, la llamada a una nueva forma de obrar, así expresada por san Pablo en la carta a los cristianos de Éfeso: “*Despojaos del hombre viejo y de su anterior modo de vida... renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas*” (Ef 4, 22-24).

Al ser revestidos de Cristo por el bautismo hemos sido incorporados como piedras vivas en la construcción del nuevo templo espiritual, cuya piedra angular es Cristo mismo. Somos un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios, para ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por medio de Jesucristo (cf 1 Pe 2, 5.9). Este es el primer misterio eclesial que evoca esta celebración eucarística de bendición de los óleos y consagración del santo crisma, con el que son ungidos los bautizados y los que reciben el sacramento del orden sacerdotal.

El ser revestidos de Cristo en el bautismo tiene una nueva realización en la ordenación sacerdotal. De la misma manera que en el bautismo se produce un “intercambio de vestidos”, una confluencia de destinos, una nueva comunión existencial con Cristo, así también en el sacerdocio se da un nuevo intercambio: en la administración de los sacramentos el sacerdote actúa y habla ya en nombre de Cristo.

El Jueves santo encomendó el Señor a los Doce la tarea sacerdotal de celebrar, con el pan y el vino, el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre hasta su vuelta al fin de los tiempos. En lugar del cordero pascual y de todos los sacrificios de la Antigua Alianza está el don de su Cuerpo y de su Sangre, el don de sí mismo. Así, el nuevo culto en espíritu y en verdad se funda en que Dios nos hace un don a nosotros; y nosotros, transformados por este don, llegamos a ser suyos: la creación, recreada como nueva creación en Cristo, vuelve al Creador. Del mismo modo también el sacerdocio se ha transformado en algo nuevo: ya no es una función heredada por descendencia de familia, sino que es inserción personal en el misterio de Jesucristo, para configurarse con él.

Jesucristo es siempre el que hace el don y nos incorpora a su sacerdocio. Sólo él puede decir: “Esto es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre”. El misterio del sacerdocio de la Iglesia consiste en que nosotros, seres humanos miserables, en virtud del Sacramento podemos hablar y actuar en nombre de él, “*in persona Christi*”. Jesucristo quiere ejercer *su* sacerdocio por medio de nosotros. Este conmovedor misterio, que en cada celebración del Sacramento nos vuelve a impresionar, lo recordamos de modo particular en el Jueves santo. Para que la rutina diaria no estropee algo tan grande y misterioso, necesitamos ese recuerdo específico, necesitamos volver al momento en que él nos impuso sus manos y nos hizo partícipes de este misterio.

Por eso, reflexionemos nuevamente sobre los signos con los que se nos donó el Sacramento. En el centro está el gesto de la **imposición de las manos**, con el que Jesucristo tomó posesión de cada uno de nosotros, diciéndonos: “Tú me perteneces”. Pero con ese gesto también nos dijo: “Tú estás bajo la protección de mis manos. Tú estás bajo la protección de mi corazón. Tú quedas custodiado en el hueco de mis manos

y precisamente así te encuentras dentro de la inmensidad de mi amor. Permanece en el hueco de mis manos y dame las tuyas”.

Recordemos, asimismo, que **nuestras manos han sido ungidas con el óleo**, que es el signo del Espíritu Santo y de su fuerza. ¿Por qué precisamente las manos? La mano del hombre es el instrumento de su acción, es el símbolo de su capacidad de hacer frente al mundo y “dominarlo”. El Señor nos unge las manos porque quiere que, en medio del mundo, se transformen en las suyas. Quiere que ya no sean instrumentos para tomar el mundo, las cosas y los hombres para nosotros, como posesión propia; quiere que nuestras manos transmitan su toque divino, poniéndose al servicio de su amor. Quiere que las manos ungidas sean instrumentos de sus cuidados, de sus dones y de su bendición a los hombres; y para eso, sin duda, necesitamos el Espíritu Santo.

En el Antiguo Testamento la unción es signo de asumir un servicio: el rey, el profeta, el sacerdote hace y dona más de lo que deriva de él mismo. En cierto modo, está expropiado de sí mismo en función de un servicio, en el que se pone a disposición de alguien que es mayor que él.

El evangelio de hoy presenta a Jesús como el Ungido de Dios, el Cristo, que actúa por misión del Padre y en la unidad del Espíritu Santo; y, de esta manera, el Ungido dona al mundo una nueva realeza, un nuevo sacerdocio, un nuevo modo de ser profeta, que no se busca a sí mismo, sino que vive para hacer la voluntad de Dios. Pongamos hoy de nuevo nuestras manos a disposición del Señor y pidámosle que nos vuelva a tomar siempre de la mano y nos guíe.

A través del Obispo, el Señor mismo nos ha impuesto sus manos y ha ungido las nuestras. Y con estos gestos sacramentales se ha hecho presente en nuestro itinerario existencial. En algún momento decisivo de nuestra vida, todos nosotros nos hemos encontrado con el Señor y hemos escuchado su llamada: “Sígueme”. Tal vez al inicio lo seguimos con vacilaciones, mirando hacia atrás y preguntándonos si ese era realmente nuestro camino. Y tal vez en algún punto del recorrido vivimos la misma experiencia de Pedro después de la pesca milagrosa, es decir, nos hemos sentido sobrecogidos ante su grandeza, ante la inmensidad de la tarea y ante la insuficiencia de nuestra pobre persona, hasta el

punto de querer dar marcha atrás, diciendo: “Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador” (Lc 5, 8).

Pero luego él, con gran bondad, nos tomó de la mano, nos atrajo hacia sí y nos dijo: “No temas. Yo estoy contigo. No te abandono. Y tú no me abandones a mí”. Tal vez en más de una ocasión a cada uno de nosotros nos ha acontecido lo mismo que a Pedro cuando, caminando sobre las aguas al encuentro del Señor, repentinamente sintió que el agua no lo sostenía y que estaba a punto de hundirse. Y, como Pedro, gritamos: “Señor, ¡sálvame!” (Mt 14, 30). Y entonces él nos agarró de la mano y nos sostuvo a flote. Y su mano nos sostiene y nos lleva cada día que volvemos a fijar los ojos en él y extendemos las manos hacia él. Llevados de su mano no nos hundiremos.

La fe en Jesús, hecha diálogo permanente de amor en la oración, es el medio por el cual volvemos a agarrar siempre con fuerza la mano de Jesús y mediante el cual él nos toma de su mano y nos guía. Una versión del grito de Pedro: “Señor, ¡sálvame!”, la pone la liturgia en nuestros labios cuando rezamos en silencio la oración de antes de la Comunión y decimos: “Jamás permitas que me separe de ti”. Pedimos que él no suelte nunca nuestra mano, para que nunca nos pongamos fuera de la comunión con él mismo y con su Cuerpo eucarístico.

Con la imposición de sus manos nos ha destinado Jesús a gozar de su amistad: “*Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer*” (Jn 15, 15). El Señor nos hace sus amigos y nos encomienda todo lo suyo; nos encomienda a sí mismo, de forma que podamos hablar en su nombre. Todos los demás signos centrales de la ordenación sacerdotal son manifestaciones de la amistad y confianza con las que el Señor nos confía su misma misión y se pone en nuestras manos: el compromiso de cuidar el ministerio de la predicación, las vestiduras sacerdotales, la entrega del cáliz y la patena, con los que nos transmite su misterio más profundo y personal. De todo ello forma parte también el poder de absolver: nos hace participar también en su conciencia de la miseria del pecado y de toda la oscuridad del mundo, y pone en nuestras manos la llave para abrir la puerta de la casa del Padre.

Ya no os llamo siervos, sino amigos. Por ello, ser sacerdote es llegar a ser amigo de Jesucristo. Y amistad significa comunión de pensamiento, de corazón y de voluntad, que ha de manifestarse en la forma de obrar. Para ello, necesitamos conocer a Jesús de un modo cada vez más personal, escuchándolo, viviendo con él, estando con él. Debemos escucharlo y conocerlo en la lectura espiritual de la Sagrada Escritura, que es el centro de nuestra oración. Los evangelistas nos dicen que el Señor en muchas ocasiones, durante noches enteras, se retiraba “al monte” para orar a solas. También nosotros necesitamos retirarnos a ese “monte” interior de la oración. Sólo así se desarrolla la amistad. Sólo así podemos desempeñar nuestro servicio sacerdotal. La actividad exterior puede llegar a ser heroica, pero da un fruto escaso si no brota de una profunda e íntima comunión con Cristo.

La amistad con Jesús siempre es amistad con los suyos. Sólo podemos ser amigos de Jesús en la comunión con el Cristo entero, con la cabeza y los miembros del cuerpo. Igual que Pedro, los presbíteros estamos llamados a mostrar el amor al Señor apacentando las ovejas de su rebaño. Y tenemos que ejercer nuestra misión de pastores siguiendo el ejemplo del Buen Pastor, que da la vida por las ovejas. Como el apóstol Pablo, hemos de tener como ideal el cuidado de los fieles con un amor tan grande que no sólo nos mueva a entregarles el Evangelio de Dios, sino también nuestras propias personas (cf. 1 Tes 2, 8).

La amistad del sacerdote con Jesús se fortalece y se expresa en la sabiduría de la cruz como forma de ejercicio del ministerio “in persona Christi”, es decir, de acuerdo con el ideal de trabajo apostólico descrito en la carta a los Colosenses: “*Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo a favor de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado servidor*” (Col 1, 24-25).

Queridos hermanos laicos: valorad y agradeced el ministerio de los sacerdotes y rogad por ellos ahora especialmente, cuando vamos a renovar las promesas de nuestra ordenación sacerdotal. Y perseverad en la plegaria al Señor para que envíe nuevos sacerdotes a su Iglesia en Salamanca.

20. Jueves Santo

San Juan comienza su relato del lavatorio de los pies de una forma solemne: *“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”* (Jn 13, 1).

El evangelista indica que **ha llegado la “hora” de Jesús**, hacia la que se orientaba desde el inicio toda su misión. El contenido de esta **“hora”** viene expresado con dos palabras: PASO y AMOR, que se refieren la una a la otra. Las dos describen juntamente la Pascua de Jesús, su cruz y resurrección. La cruz es vista por Juan como una elevación, para atraer a todos hacia sí. Es un “paso” a la gloria de Dios, un “pasar” de este mundo al Padre. Pero este paso lleva consigo una transformación; no es como si Jesús, después de una breve visita al mundo, al modo de un turista, simplemente partiera y volviera al Padre. Jesús no ha venido a este mundo a ver en qué nos entretenemos sus habitantes; ha venido a compartir nuestra vida como un conciudadano. Para ello, se ha despojado de su condición divina y ha asumido la condición de vida de un hombre cualquiera, incluso del sometido a la muerte más ignominiosa. Por ello, al pasar al Padre, Jesús lleva consigo su carne, su ser hombre, las primicias de la humanidad entera. En la cruz, al entregarse a sí mismo, queda como fundido y transformado en un nuevo modo de ser, en el que ahora está siempre con el Padre y al mismo tiempo con los hombres.

“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1). Dios ama a al hombre; lo ama también en su caída y no lo abandona a sí mismo. Él ama hasta el fin.

Dios no es un “Ser” omnipotente y lejano, demasiado distante y demasiado grande como para ocuparse de nuestras bagatelas. Dado que es grande, puede interesarse también por las cosas pequeñas. Dado que es grande, el alma del hombre, el hombre mismo, creado por su amor eterno, no es algo pequeño, sino que es grande y digno de su amor. La santidad de Dios no es sólo un poder incandescente, ante el cual debemos alejarnos aterrorizados; es poder de amor y, por esto, es

poder purificador y sanador. Dios es Padre y es amor. Y nos muestra su amor con el envío de Jesús al mundo, para darnos su vida.

La muerte de Jesús en la cruz, en un acto de amor hasta el extremo, transforma al hombre en partícipe de la gloria de Dios. Desde la cruz, el amor de Cristo nos atrae y nos incluye en su paso a la gloria del Padre. Así recibimos la redención, el ser partícipes del amor eterno, al que tiende toda nuestra existencia.

Este paso de Jesús a la gloria del Padre a través de la cruz está representado de forma simbólica en el lavatorio de los pies. En este gesto concreto expresa Jesús el significado de su misión tal como la describe el himno cristológico de la *carta a los Filipenses*: El Hijo de Dios se despoja de las vestiduras de su gloria, se ciñe el “vestido” de la humanidad y se hace esclavo. Lava los pies sucios de los discípulos y así los capacita para acceder al banquete divino al que los invita.

En el gesto del lavatorio de los pies podemos ver expresado un doble contenido. Es una acción por la que Jesús limpia a los discípulos y los hace capaces de estar abiertos a Dios y a la comunión con él. Y el lavatorio es también un ejemplo que lleva consigo un mandato de obrar. Y la unión de estos dos aspectos expresa la naturaleza de la vida cristiana. El cristianismo no es un simple sistema ético. Lo primero no es nuestro obrar, ni nuestra capacidad moral. El cristianismo es ante todo don: Dios se da a sí mismo a nosotros. Y el don central del Señor a su Iglesia es la Eucaristía, que acogemos con gratitud y celebramos con la alegría de la vida nueva de Cristo que nos transmite.

En el relato del lavatorio de los pies, la **conversación de Jesús con Pedro** presenta otro aspecto de la práctica de la vida cristiana, que merece nuestra atención. En un primer momento, Pedro no quería dejarse lavar los pies por el Señor. Que el maestro lavara los pies; que el amo realizara la tarea del esclavo, chocaba totalmente con la reverencia de Pedro hacia Jesús y con su concepto de la relación entre maestro y discípulo. “*No me lavarás los pies jamás*” (Jn 13, 8), dice a Jesús con su acostumbrada vehemencia. Su concepto de Mesías implicaba una imagen de majestad, de grandeza divina. Debía aprender continuamente que la grandeza de Dios es diversa de nuestra idea de grandeza; que

consiste precisamente en abajarse, en la humildad del servicio, en la radicalidad del amor hasta el despojamiento total de sí mismo. Y también nosotros debemos aprenderlo sin cesar, porque continuamente deseamos un Dios de éxito y no de pasión; porque no somos capaces de caer en la cuenta de que el Pastor viene como Cordero que se entrega y nos lleva así a los pastos verdaderos.

Cuando el Señor dice a Pedro que si no le lava los pies no tendrá parte con él, Pedro inmediatamente pide con ímpetu que no sólo le lave los pies, sino también la cabeza y las manos. Jesús entonces pronuncia unas palabras misteriosas: *“Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo el está limpio”* (Jn 13, 10). Jesús alude a un baño que los discípulos ya se habían dado; para participar en el banquete sólo les hacía falta lavarse los pies.

Pero esas palabras encierran un sentido más profundo, que no conocemos con certeza. En la distinción entre baño y lavatorio de los pies se puede descubrir también una alusión al baño del bautismo, que no puede repetirse, porque nos purifica definitivamente, nos sumerge en la muerte y resurrección de Cristo y nos da una nueva identidad en Cristo. Pero también en la nueva vida cristiana nacida del bautismo necesitamos el “lavatorio de los pies”. ¿De qué se trata? En la primera carta de san Juan se nos da la clave para comprenderlo. En ella se lee: *“Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia”* (1 Jn 1, 8-9).

Necesitamos el “lavatorio de los pies”, necesitamos ser lavados de los pecados de cada día; por eso, necesitamos la confesión de los pecados, de la que habla san Juan en esta carta. Debemos reconocer que incluso en nuestra nueva identidad de bautizados pecamos. Necesitamos la confesión tal como ha tomado forma en el sacramento de la Reconciliación. En él el Señor nos lava sin cesar los pies sucios para poder así sentarnos a la mesa con él. Además, el mandado de lavarnos los pies unos a otros contiene el mandato de perdonarnos unos a otros, para poder participar juntos en el banquete de la Eucaristía.

“Vosotros estáis limpios, pero no todos”, dice el Señor (Jn 13, 10). En esta frase se revela el gran don de la purificación que él nos hace, porque desea estar a la mesa juntamente con nosotros, de convertirse en nuestro alimento. **“Pero no todos”**: existe el misterio oscuro del rechazo, que con la historia de Judas se hace presente y debe hacernos reflexionar precisamente en el Jueves santo, el día en que Jesús nos hace el don de sí mismo. El amor del Señor no tiene límites, pero el hombre puede ponerle un límite.

“Vosotros estáis limpios, pero no todos”: ¿Qué es lo que hace impuro al hombre? Es el rechazo del amor, el no querer ser amado, el no amar. Es la soberbia que cree que no necesita purificación, que se cierra a la bondad salvadora de Dios. Es la soberbia que no quiere confesar y reconocer que necesitamos purificación.

En Judas vemos con mayor claridad aún la naturaleza de este rechazo. Juzga a Jesús según las categorías del poder y del éxito: para él sólo cuentan el poder y el éxito; el amor no cuenta. Y es avaro: para él, el dinero es más importante que la comunión con Jesús, más importante que Dios y su amor. Así se transforma también en un mentiroso, que hace doble juego y rompe con la verdad; uno que vive en la mentira y así pierde el sentido de la verdad suprema, de Dios. De este modo se endurece, se hace incapaz de conversión, del confiado retorno del hijo pródigo, y arruina su vida.

“Vosotros estáis limpios, pero no todos”. El Señor hoy nos pone en guardia frente a la autosuficiencia, que pone un límite a su amor ilimitado. Nos invita a imitar su humildad, a tratar de vivirla, a dejarnos “contagiar” por ella. Por más perdidos que podamos sentirnos, nos invita a volver a casa y a permitir a su bondad purificadora que nos levante y nos haga entrar en la comunión de la mesa con él, con Dios mismo.

Reflexionemos sobre otra frase de este inagotable pasaje evangélico: **“Os he dado ejemplo...”** (Jn 13, 15); **“También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros”** (Jn 13, 14). ¿En qué consiste el “lavarnos los pies unos a otros”? ¿Qué significa en concreto? Cada obra buena hecha en favor del prójimo, especialmente en favor de los que sufren y los que

son poco apreciados, es un servicio como lavar los pies. El Señor nos invita a bajar, a aprender la humildad y la valentía de la bondad; y también a estar dispuestos a aceptar el rechazo, actuando a pesar de ello con bondad y perseverando en ella.

Pero hay una dimensión aún más profunda. El Señor limpia nuestra impureza con la fuerza purificadora de su bondad. Lavarnos los pies unos a otros significa sobre todo perdonarnos continuamente unos a otros, volver a comenzar juntos siempre de nuevo, aunque pueda parecer inútil. Significa purificarnos unos a otros soportándonos mutuamente y aceptando ser soportados por los demás; purificarnos unos a otros dándonos recíprocamente la fuerza santificante de la palabra de Dios e introduciéndonos en el Sacramento del amor divino.

Dios nos ofrece sus dones no como a destinatarios pasivos de su bondad, sino como a interlocutores personales y vivos, llamados a “amar juntos” con él. Así lo expresan las palabras que dice Jesús a sus discípulos, y a todos nosotros, al final del relato de la cena: ***“Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros”*** (Jn 13, 34). El “mandamiento nuevo” no consiste en una norma nueva y difícil, que hasta entonces no existía. Lo nuevo es el don del amor, del Espíritu, que nos hace tener la mente, los sentimientos y las actitudes de Cristo.

Si tenemos eso en cuenta, percibimos cuán lejos estamos a menudo con nuestra vida de esta novedad del Nuevo Testamento, y cuán poco damos a la humanidad el ejemplo de amar con el amor de Cristo. Por eso, queremos pedirle con más insistencia al Señor que mediante el don de sí mismo en la Eucaristía nos haga capaces de cumplir su mandamiento nuevo.

Cristo nos purifica mediante su palabra y su amor, mediante el don de sí mismo. *“Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado”*, dirá más adelante a los discípulos en el discurso sobre la vid y los sarmientos (Jn 15, 3). Sí, las palabras de Jesús nos lavan y purifican de prejuicios, falsa sabiduría y medias verdades, si las acogemos con una actitud de fe y de oración. Pero, después de la herida por la lanza del soldado, del costado de Jesús no sólo salió agua, sino también

sangre (cf. Jn 19, 34; 1 Jn 5, 6. 8). Jesús no sólo habló; no sólo nos dejó palabras. Se entrega a sí mismo. Nos lava con la fuerza sagrada de su sangre, es decir, con su entrega “hasta el extremo”, hasta la cruz. Su palabra es algo más que un simple hablar; es carne y sangre “*para la vida del mundo*” (Jn 6, 51).

El Señor nos purifica; por esto nos atrevemos a acercarnos a su mesa. Pidámosle que nos conceda a todos la gracia de poder ser un día, para siempre, huéspedes del banquete nupcial eterno. Amén.

21. Viernes Santo

El relato de la pasión está inmediatamente precedido en el Evangelio de Juan por algunas afirmaciones de Jesús que muestran el significado que él atribuía a su próxima muerte. *Se trata de palabras de Jesús situadas por el Evangelista en el espacio de tiempo que media entre la entrada triunfal en Jerusalén y la escena del prendimiento en el huerto de los olivos.*

La narración de la entrada en Jerusalén, con la aclamación de Jesús como “el rey de Israel” (Jn 12, 13), ha terminado mostrando la decepción de los fariseos, que comentaban entre sí: “*Esta bien claro que no conseguimos nada: todo el mundo lo sigue*” (Jn 12,19). Y como confirmación de esta situación, el evangelista narra cómo algunos judíos griegos que han venido a la fiesta de Pascua, se dirigen a Felipe y le dicen: “*Quisiéramos ver a Jesús*” (Jn 12,21).

En contraste con esta situación de aceptación general de Jesús como rey de Israel; y en contra de la creencia de la gente, que piensa que el Mesías no morirá nunca (Jn 12, 34), Jesús habla de su muerte, pero la presenta como camino de gloria. Estas son sus palabras: “*Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado. Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que cai-*

ga dentro de la tierra y muera: sólo entonces producirá fruto abundante” (Jn 12, 23-24).

Se trata de una muerte real, como la descomposición del grano de trigo en la tierra, que a Jesús le angustia. Así lo reflejan sus palabras: *“Me encuentro profundamente abatido; pero, ¿qué es lo que puedo decir? ¿Padre, sálvame de lo que se me viene encima en esta hora?. De ningún modo; porque he venido precisamente para aceptar esta hora.”* (Jn 12, 27). Su abatimiento ante la muerte, no le hace olvidar que ha venido al mundo no para hacer su voluntad, sino la del Padre que le ha enviado; su abatimiento le hace más bien recordar que su alimento es hacer la voluntad del Padre y llevar a cabo su obra: En consecuencia, su oración ante la muerte es: *“Padre, glorifica tu nombre”* (Jn 12,28).

El evangelista explica que esta oración fue escuchada y se oyó una voz del cielo que dijo: *“Yo lo he glorificado y volveré a glorificarlo”* (Jn 12, 28). Y añade el comentario de Jesús: *“Esta voz se ha dejado oír no por mí, sino por vosotros”* (Jn 12, 30). Jesús no tiene duda del amor del Padre, y así lo manifiesta: *“El Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad: yo tengo poder para darla y para recuperarla de nuevo. Esta es la misión que debo cumplir por encargo de mi Padre”* (Jn 10, 17-18).

La muerte de Jesús es el momento de su glorificación porque acontece según el plan que Dios ha diseñado para mostrar su amor al mundo y porque, según este plan de Dios, el Hijo tiene el poder de entregar libremente la vida y de volver a recuperarla. Es decir, la muerte de Jesús se convierte en gloria por el amor y la libertad con que entrega la vida.

Por tanto, Juan no considera la muerte de Jesús como resultado del azar o de casuales circunstancias sociales, religiosas o políticas. Los cálculos políticos de Caifás y de Pilato fueron determinantes de la condena de Jesús, pero ambos fueron meros instrumentos externos para la realización del plan de Dios y para hacer posible la libre entrega de Jesús a la muerte. Así lo interpreta Pedro en sus primeras predicaciones públicas en Jerusalén después de Pentecostés: *“Dios lo entregó conforme al plan que tenía previsto y determinado, pero vosotros, valiéndoos de*

los impíos, lo crucificasteis y matasteis. Dios, sin embargo, lo resucitó” (Hech 2, 23-24). “*Ya sé, hermanos, que lo hicisteis por ignorancia igual que vuestros jefes. Pero Dios cumplió así lo que había anunciado por los profetas: que su Mesías tenía que padecer*” (Hech 3, 17-18). Y de la misma forma lo predica Pablo en Antioquia: “*Ciertamente, los habitantes de Jerusalén y sus jefes no reconocieron a Jesús, y al condenarlo cumplieron las palabras de los profetas*” (Hech 13, 27).

El evangelio de Juan refiere también las palabras de Jesús que manifiestan de qué forma se va a manifestar su propia muerte como glorificación: “*Jesús explicó...Es ahora cuando el mundo va a ser juzgado; es ahora cuando el que tiraniza a este mundo va a ser arrojado fuera. Y yo una vez que haya sido elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí*” (Jn 12, 31-32). El evangelista explica que con estas palabras da a entender Jesús la forma en que iba a morir (Jn 12, 33). Jesús elevado en la cruz atrae a todos hacia sí como cordero de Dios que quita el pecado del mundo; y elevado a la gloria del padre es reconocido por toda lengua como el único Señor y juez de vivos y muertos.

Por segunda vez, en esta ocasión en el transcurso de la cena de pascua y después de salir Judas de la sala, refiere el evangelista estas palabras de Jesús: “*Ahora va a manifestarse la gloria del Hijo del hombre... Dios lo glorificará... Y lo va a hacer muy pronto*” (Jn 13, 31-32).

Esta comprensión del significado de la muerte de Jesús es una clave necesaria para leer el relato de la pasión en el evangelio de Juan. El evangelista hace un relato de los hechos de la pasión iluminados por la fe en la resurrección, que los muestra como fiel cumplimiento del designio de Dios anunciado mucho tiempo antes en las profecías de la Sagrada Escritura.

El Evangelio de Juan comienza el relato de la Pasión con la escena del prendimiento en el huerto de los olivos, pero no hace referencia a la angustiada oración de Jesús. Por el contrario, Jesús aparece como Señor ante sus perseguidores. Les sale al encuentro sin temor preguntando dos veces: ¿A quién buscáis? Y confiesa: “Yo soy” Jesús el Nazareno, a quien buscáis. El evangelista aclara que al decir Jesús: “Yo soy”, retrocedieron y cayeron a tierra. Con este gesto les muestra

reconociendo a Jesús como el Hijo de Dios. En efecto, la expresión “yo soy”, en boca de Jesús, aparece repetidas veces en el Evangelio de Juan como un reflejo de la misteriosa revelación del nombre de Dios a Moisés en la zarza ardiente: “*“Yo soy el que soy”*; *esto dirás a los hijos de Israel: “Yo soy” me envía a vosotros*” (Ex 3, 14). A la samaritana, que habla de la venida del Mesías, Jesús le dice: “Soy yo” (Jn 4, 26). Y el evangelista concluye la narración de uno de los diálogos de Jesús con los judíos incrédulos de esta manera: “*Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: “Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que “Yo soy”, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado*”” (Jn 8, 27-28). Los adversarios de Jesús interpretan desde el principio que al llamar a Dios Padre suyo, se hace igual a Dios (cf. Jn 5, 18).

También la segunda parte de la escena del prendimiento muestra la serena libertad de Jesús y su actuación en conformidad con el designio del Padre. “*Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos*”, dice Jesús, porque no quiere perder a ninguno de los que el Padre le ha encomendado salvar. Sólo a Jesús le ha pedido el Padre dar la vida por sus ovejas. Y él debe beber el cáliz que le ha dado su Padre; es decir, debe mostrar en “su hora” decisiva que su alimento es hacer la voluntad del Padre. Por eso ordena a Pedro: “*Mete la espada en la vaina*”.

Ante la pregunta de Pilato, Jesús confiesa su condición de rey: “*Tú lo dices: soy rey*”. Pero aclara que su reino “*no es de este mundo*” (Jn 18, 36) y tiene como contenido la verdad: “*Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad: Todo el que es de la verdad escucha mi voz*” (Jn 18, 37).

Con estas palabras, Jesús concentra el Reino de Dios en sí mismo, en su misma persona, que es la verdad. Por ello, todo el que es de la verdad escucha la voz de Jesús. De esta manera, el Reino de Dios se hace universal; ya no está limitado a ningún territorio, nación o lengua. Y así se hace también universal el Reino de Cristo, plantado en medio del mundo como fuente de libertad. Cuanto menos es de este mundo, cuanto más desprovisto está de los bienes y poderes de este mundo, se hace más luminoso y atractivo como Reino de la verdad sobre Dios y sobre el hombre.

En el diálogo con Pilato, las autoridades religiosas judías exigieron la muerte de Jesús según su Ley, “*porque se ha declarado Hijo de Dios*”. “*Cuando Pilato oyó estas palabras, se asusto más*”, se interesó por el origen de Jesús y trataba de soltarlo. Pero el temor religioso de Pilato quedó sofocado por su escepticismo sobre la verdad. Sus intentos de soltar a Jesús no brotaban de una firme convicción moral; y su débil sentido de justicia cedió ante los intereses del político pragmático, que no está dispuesto a asumir riesgos personales en su carrera. El sentimiento que no procede de la verdad carece de firmeza y no tiene fuerza para llevar más allá de la búsqueda del propio interés. El escepticismo práctico de Pilato es lo contrario del amor fiel de Jesús hasta la muerte.

El amor del Hijo de Dios hasta el extremo se manifestó también entregándonos en la cruz, poco antes de morir, todo lo que tenía más entrañado en el misterio de su propia vida: su madre virginal y su espíritu. El Evangelio no pone en boca de Jesús las palabras: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”. Narra simplemente que Jesús dijo: “Está cumplido. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu”. Esta formulación es más abierta y ha permitido a los Padres de la Iglesia interpretar que Jesús entregó el espíritu no sólo a su Padre, sino también a todos aquellos por los que el Padre le había enviado a morir en la cruz, es decir, a toda la Iglesia, nacida como nueva Eva del costado del nuevo Adán dormido en la cruz; a toda la Iglesia, representada en el agua y la sangre, que brotaron de su costado traspasado por la lanza del soldado, como signos del bautismo y la eucaristía.

Sí, todo está cumplido. Jesús no se ha reservado nada, nos han entregado todo lo que constituía el misterio de su vida para introducirnos plenamente en la vida del Padre. Así, Jesús, elevado en la cruz, nos atrae hacia él y nos lleva con él en su paso de este mundo al Padre.

Y nosotros nos quedamos en adoración, incluyéndonos agradecidos entre aquellos que a lo largo de los siglos “*mirarán al que atravesaron*”.

22. Vigilia Pascual

Queridos hermanos y hermanas

Una antigua leyenda judía tomada del libro apócrifo “*La vida de Adán y Eva*” cuenta que Adán, en la enfermedad que le llevaría a la muerte, mandó a su hijo Set, junto con Eva, a la región del Paraíso para traer el aceite de la misericordia, de modo que le ungiesen con él y sanara. Después de muchas oraciones y llanto de los dos en busca del árbol de la vida, se les apareció el arcángel Miguel para decirles que no conseguirían el óleo del árbol de la misericordia, y que Adán tendría que morir.

Algunos lectores cristianos han añadido posteriormente a esta comunicación del arcángel una palabra de consuelo. El arcángel habría dicho que, después de 5.500 años, vendría el Rey bondadoso, Cristo, el Hijo de Dios, y ungiría con el óleo de su misericordia a todos los que creyeran en él y renaciesen por el agua y el Espíritu Santo. “*Entonces, el Hijo de Dios, rico en amor, Cristo, descenderá a las profundidades de la tierra y llevará a tu padre al Paraíso, junto al árbol de la misericordia*”.

En esta leyenda puede verse toda la aflicción del hombre ante el destino de enfermedad, dolor y muerte que se le ha impuesto. Se pone en evidencia la resistencia que el hombre opone a la muerte. Los hombres han pensado repetidamente que en alguna parte deberá haber una hierba medicinal contra la muerte. Antes o después, se deberá poder encontrar una medicina, no sólo contra esta o aquella enfermedad, sino contra la verdadera fatalidad, contra la muerte. En suma, debería existir la medicina de la inmortalidad. También hoy los hombres están buscando una sustancia curativa de este tipo. Y la ciencia médica actual está tratando, si no de evitar propiamente la muerte, sí de eliminar el mayor número posible de sus causas, de posponerla cada vez más, de ofrecer una vida cada vez mejor y más longeva.

Pero, reflexionemos un momento: ¿qué ocurriría realmente si se lograra, tal vez no evitar la muerte, pero sí retrasarla indefinidamente y alcanzar una edad de varios cientos de años? ¿Sería bueno esto? La hu-

manidad envejecería de manera extraordinaria, y ya no habría espacio para la juventud. Se apagaría la capacidad de innovación; y una vida interminable, en vez de un paraíso, sería más bien una condena.

La verdadera hierba medicinal contra la muerte debería ser diversa. No debería llevar sólo a prolongar indefinidamente esta vida actual. Debería más bien transformar nuestra vida desde dentro. Crear en nosotros una vida nueva, verdaderamente capaz de eternidad, transformarnos de tal manera que no se acabara con la muerte, sino que comenzara en plenitud sólo con ella.

Lo nuevo y emocionante que nos aporta el Evangelio de Jesucristo es precisamente esto: Sí, existe la hierba medicinal contra la muerte; se ha encontrado el fármaco de la inmortalidad existe. Y es accesible. Esta medicina se nos da en el Bautismo. Una vida nueva comienza en nosotros, una vida nueva que madura en la fe y que no es truncada con la muerte de la antigua vida, sino que sólo entonces sale plenamente a la luz.

Ante esto, algunos, tal vez muchos, responderán: oigo el mensaje, pero me falta la fe. Y también quien desea creer preguntará tal vez: ¿Es realmente así? ¿Cómo nos lo podemos imaginar? ¿Cómo se desarrolla esta transformación de la vieja vida, de modo que se forme en ella la vida nueva que no conoce la muerte?

Una vez más, un antiguo escrito judío puede ayudarnos a hacernos una idea de ese proceso misterioso que comienza en nosotros con el Bautismo. En él se cuenta cómo el antepasado Henoc fue arrebatado por Dios hasta su trono. Pero él se asustó ante las gloriosas potestades angélicas y, en su debilidad humana, no pudo contemplar el rostro de Dios. “*Entonces –prosigue el libro de Henoc– Dios dijo a Miguel: “Toma a Henoc y quítale sus ropas terrenas. Úngelo con óleo suave y revístelo con vestiduras de gloria”. Y Miguel quitó mis vestidos, me ungió con óleo suave, y este óleo era más que una luz radiante... Su esplendor se parecía a los rayos del sol. Cuando me miré, me di cuenta de que era como uno de los seres gloriosos”*”. Con la unción y estas nuevas vestiduras, Henoc pudo ver ya el rostro de Dios. (Citado por Benedicto XVI en su Homilía de la Vigilia Pascual del año 2010).

Precisamente esto es lo que sucede en el Bautismo: el ser ungido por el Espíritu y ser revestido con las nuevas vestiduras de Dios. Naturalmente, este cambio de vestidura es un proceso que dura toda la vida. Lo que ocurre en el Bautismo es el comienzo de un camino que abarca toda nuestra existencia, que nos hace capaces de eternidad, de manera que con el vestido de luz de Cristo podamos comparecer en presencia de Dios y vivir por siempre con él.

En el rito del Bautismo hay dos elementos en los que se expresa este acontecimiento, y en los que se pone también de manifiesto su necesidad de desarrollo durante todo el transcurso de nuestra vida. Ante todo, tenemos el rito de las renunciaciones y promesas. En la Iglesia antigua, el bautizando se volvía hacia el occidente, símbolo de las tinieblas, del ocaso del sol, de la muerte y, por tanto, del dominio del pecado. Miraba en esa dirección y pronunciaba un triple “no”: al demonio, a sus pompas y al pecado. La extraña palabra, “pompas”, expresa la suntuosidad del diablo. Y con ese “no” se rechazaba un tipo de cultura que encadenaba al hombre a la adoración del poder, al mundo de la codicia, a la mentira, a la crueldad. Era un acto de liberación respecto a la imposición de una forma de vida, que se presentaba como placer y que, sin embargo, impulsaba a la destrucción de lo mejor que tiene el hombre. Esta renuncia, sin tantos gestos externos, sigue siendo también hoy una parte esencial del Bautismo. En él, quitamos las “viejas vestiduras” con las que no se puede estar ante Dios. Dicho mejor aún, empezamos a despojarnos de ellas. En efecto, esta renuncia es una promesa en la cual damos la mano a Cristo, para que Él nos guíe y nos revista. Lo que son estas “vestiduras” que dejamos y la promesa que hacemos, lo vemos claramente cuando leemos, en el quinto capítulo de la *Carta a los Gálatas*, lo que Pablo llama “*obras de la carne*”, término que significa precisamente las viejas vestiduras que se han de abandonar. Pablo las enumera así: “*fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, contiendas, celos, rencores, rivalidades, partidismo, sectarismo, envidias, borracheras, orgías y cosas por el estilo*” (Ga 5,19ss.). Estas son las vestiduras que dejamos; son vestiduras de la muerte.

En la Iglesia antigua, el bautizando se volvía después hacia el oriente, símbolo de la luz, símbolo del nuevo sol de la historia, del nue-

vo sol que surge, símbolo de Cristo. El bautizando determina la nueva orientación de su vida: la fe en el Dios trinitario al que él se entrega. Así, Dios mismo nos viste con indumentaria de luz, con el vestido de la vida. Pablo llama a estas nuevas “vestiduras” “*fruto del Espíritu*” y las describe con las siguientes palabras: “*Amor, alegría, paz, comprensión, servicialidad, bondad, lealtad, amabilidad, dominio de sí*” (Ga 5, 22).

En la Iglesia antigua, el bautizando era a continuación desvestido realmente de sus ropas. Descendía a la fuente bautismal y se le sumergía tres veces; era un símbolo de la muerte que expresa toda la radicalidad de dicho despojo y del cambio de vestiduras. Esta vida, que en todo caso está destinada a la muerte, el bautizando la entrega a la muerte, junto con Cristo, y se deja llevar y levantar por Él a la vida nueva que lo transforma para la eternidad. Luego, al salir de las aguas bautismales, los neófitos eran revestidos de blanco, el vestido de luz de Dios, y recibían una vela encendida como signo de la vida nueva en la luz, que Dios mismo había encendido en ellos. Lo sabían, habían obtenido el fármaco de la inmortalidad, que ahora, en el momento de recibir la santa comunión, tomaba plenamente forma. En ella recibimos el Cuerpo del Señor resucitado y nosotros mismos somos incorporados a este Cuerpo, de manera que estamos ya a salvo en Aquel que ha vencido a la muerte y nos guía a través de la muerte.

En el curso de los siglos, los símbolos se han ido haciendo más escasos, pero lo que acontece esencialmente en el Bautismo ha permanecido igual. No es solamente un lavatorio, y menos aún una acogida en una asociación. Es morir y resucitar con Cristo, para volver a nacer a la vida nueva del Espíritu de Dios.

Sí, la hierba medicinal contra la muerte existe. Cristo es el nuevo y definitivo árbol de la vida, accesible a todos los que deseen acercarse a él. Si nos alimentamos de sus frutos, tenemos vida, estamos en la vida de Dios. Por este don recibido, cantamos en esta noche de la resurrección, de todo corazón, el aleluya, el canto de la alegría que no precisa palabras. Y lo hacemos siguiendo la exhortación de san Pablo a los Filipenses: “*Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito: estad alegres*” (Flp 4,4).

No se puede imponer la alegría. Sólo se la puede dar. El Señor resucitado nos da la alegría: la verdadera vida. Estamos ya cobijados para siempre en el amor de Aquel a quien ha sido dado todo poder en el cielo y sobre la tierra (cf. Mt 28,18). Por eso pedimos, seguros de ser escuchados, con la oración sobre las ofrendas que la Iglesia eleva en esta noche: “Escucha, Señor, la oración de tu pueblo y acepta sus ofrendas, para que la vida nueva que nace de estos sacramentos pascuales sea, por tu gracia, prenda de vida eterna”.

23. Pascua

“*Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe... somos los más miserables de todos los hombres*” (1 Cor 15, 14.19). Con estas palabras indica san Pablo que la resurrección de Jesucristo de entre los muertos es el fundamento de la fe cristiana. Cristo, “*el primer resucitado de entre los muertos*” (Col 1, 18), es para todos los hombres la esperanza de la gloria; la esperanza de una vida sin fin.

El texto del Evangelio de Juan nos ofrece hoy su perspectiva de la mejor de las buenas noticias. Antes, en el momento de morir Jesús, Juan nos había recordado que junto a la cruz permanecieron tan sólo dos mujeres, una de ellas, María de Magdala, junto a la madre de Jesús y al discípulo amado (cf. Jn 19, 25-27). Este reducido grupo de personas se resistía a admitir la posibilidad de un final tan ignominioso para el maestro y profeta de Nazaret, al que tanto amaban. La puesta de sol de aquel día terrible de la crucifixión de Jesús había dado paso al silencio y la angustia de aquel sábado, de reposo obligado, en el que la muerte parecía haber colocado la palabra “*fin*” sobre Jesús, el profeta empeñado en manifestar plenamente el verdadero rostro de Dios. Sin embargo, al amanecer del día primero de la semana, muy temprano, cuando aún estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro.

Las espaldas de María Magdalena soportaban un pasado desolador. Tras ser liberada por Jesús de “siete demonios” (Mc 16,9; Lc 8, 2),

experimenta el inicio de una nueva vida y comienza a seguir al Maestro como discípula, en contra de las costumbres judías. Los evangelios no dicen nada más sobre su insólito seguimiento, pero la tradición identificará a Magdalena con la mujer pecadora que lavó los pies de Jesús con sus lágrimas y los secó después con su cabellera (cf. Lc 7, 37-38): la mujer de la que dijo Jesús: “*sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho*” (Lc 7, 47).

María Magdalena acude al sepulcro cuando aún la oscuridad y el dolor envuelven su corazón. Marcos dice que fue al sepulcro a embalsamar el cuerpo de Jesús. El Evangelio de Juan guarda silencio sobre sus intenciones, pero las deja traslucir: no se resigna a la idea de la desaparición de aquel a quien tanto ha amado. Y en el sepulcro aguarda a María una novedad extraordinaria: “*Vio la losa quitada*” y el sepulcro abierto. De inmediato, regresa corriendo a la ciudad para contárselo a Pedro y a Juan. Al verlos, les dice alarmada: “*Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto*”. Estas palabras les parecieron a los apóstoles un delirio y no las creyeron, según atestigua el relato de Lucas (cf Lc 24, 11). No obstante, “*Pedro se levantó y fue corriendo al sepulcro*” (Lc 24, 12), acompañado por Juan.

Tras examinar el sepulcro vacío, los dos discípulos vuelven a casa sin proferir palabra (cf. Jn 20, 10). Pedro ha visto el sudario y las vendas; y ello contradice la explicación dada por María Magdalena a la tumba vacía: no es razonable pensar que una persona que se lleva el cadáver de la tumba le quite antes los lienzos que lo cubren y, además, pliegue el sudario que le cubría la cabeza. La tumba vacía y las vendas sin el cuerpo que habían envuelto no son una prueba, pero sí un signo de que Jesús ha dejado la tumba, ha vencido a la muerte. Pero Pedro no ha comprendido todavía el signo; en cambio, el discípulo amado, “*que había llegado primero al sepulcro, vio y creyó*”. En esta fe de Juan encontramos el cumplimiento de una promesa de Jesús: “*El que me ama será amado por mi Padre y yo también lo amaré y me manifestaré a él*” (Jn 14, 21). Si es verdad que la fe nace de la escucha (cf. Rom 10, 17), aquí comprobamos que la fe brota del amor: únicamente el amor a Jesús permite entender a fondo la Escritura y descubrir, a partir de un sepulcro vacío, que Cristo ha resucitado.

Aquí termina el evangelio de hoy, pero podemos acompañar un poco más a María Magdalena, que regresa “junto al sepulcro” (Jn 20, 11) llorando y buscando el cadáver de Jesús. Un amor persistente y una búsqueda que “obliga” al Resucitado a que se le muestre, llamándola por su nombre: “María”. La palabra que había hecho renacer su vida es la misma palabra del que ahora ha resucitado de la muerte y está vivo para siempre. Magdalena, entonces, se arroja a sus pies y exclama: “*Maestro mío*” (Jn 20, 16). Seguidamente, corre a anunciar a los discípulos la resurrección. Ella es “la apóstol de los apóstoles”, como afirma la tradición de la Iglesia.

Aquella fue la primera fiesta de la Pascua, pero el anuncio gozoso de María y la mirada de fe del discípulo amado han atravesado los siglos. Todavía hoy resuena aquella palabra que es anuncio gozoso para toda la humanidad: “*Dios ha resucitado a Jesús*” (Hch 2, 24).

Así lo proclama también Pedro en la primera lectura. Tras entrar en la casa del centurión Cornelio, toma la palabra y hace este anuncio: Jesús, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él, murió injusta y cruelmente, pero Dios le resucitó al tercer día, y se apareció a muchos.

Estas apariciones confirman lo que el sepulcro vacío hacía ya intuir. Pedro afirma: “*Dios lo resucitó al tercer día e hizo que se apareciese, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados de antemano por Dios: a nosotros, que comimos y bebimos con él después de resucitar de la muerte. Nos encargó predicar al pueblo y atestiguar que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos*”.

Jesús resucitado está lleno de poder. Sin embargo, su primer poder no consiste en juzgar, sino en conceder la remisión de los pecados, alcanzada con su sangre derramada en la cruz. Por tanto, el primer poder de Cristo resucitado es un poder de salvación. Al final tendrá también el poder de juzgar. Sólo en su nombre se concederá el perdón de los pecados. Ningún otro puede salvar.

Pablo nos revela en la segunda lectura las consecuencias que tiene la resurrección de Jesús para nuestra vida; afirma que nosotros hemos resucitado con Él. Por eso estamos obligados a corresponder a esta

gracia extraordinaria que hemos recibido. Pablo afirma: “*Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra*”.

Aspirar a los bienes de arriba significa vivir en la fe, en unión con Cristo resucitado; vivir en la esperanza de la gracia de Dios para cada momento de nuestra vida, y en la esperanza de la gloria de Dios al final de la misma; y significa vivir en el amor de Cristo: Amándonos unos a otros como él nos ha amado; perdonándonos, como él nos ha perdonado; sirviéndonos, como el nos ha servido; no encerrándonos en nuestros intereses, sino saliendo cada uno de nosotros mismos, para buscar el bien de los demás, como Jesús, que pasó por la vida haciendo el bien. Esta manera de vivir acredita que hemos muerto con Cristo y que nuestra vida “*está con Cristo escondida en Dios*”. Así somos testigos auténticos del gozoso mensaje de la resurrección. Y así, “*cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria*”.

Desde aquel lejano amanecer luminoso del día primero de la semana, existe, sin embargo, el nuevo y gran pecado de permanecer insensible a la resurrección. Frente a ello, quienes creemos y celebramos hoy con gozo la resurrección de Jesucristo debemos entonar el canto de los redimidos: “*¿Dónde está, muerte, tu victoria?... Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo*” (1 Cor 15, 55.57).

24. Domingo II de Pascua

Las lecturas de la Palabra de Dios muestran hoy de diversas maneras cómo el encuentro con el Resucitado cambia la vida de las personas y, por extensión y a largo plazo, la historia de la humanidad. Ya nada es como antes. Jesús no está muerto, es *el Viviente*. No es simplemente que haya vuelto a vivir, sino que es la vida misma, porque es el Hijo de

Dios, que es el que vive (cf. *Nm* 14,21-28; *Dt* 5,26, *Jos* 3,10). Jesús ya no es del pasado, sino que vive en el presente y es el “hoy” eterno de Dios.

El encuentro personal con el Resucitado nos hace también a nosotros sentir ahora la realidad de la victoria de Dios sobre el pecado, sobre el mal, sobre la muerte y sobre todo lo que oprime la vida y le da un rostro menos humano.

Un primer reflejo de esta victoria del Resucitado lo encontramos en el relato de los Hechos de los Apóstoles. La vida de los nuevos discípulos causaba admiración entre la gente; y más todavía los signos y prodigios que obraban los apóstoles en nombre y con el poder de Jesús resucitado. Ellos acercan a todos el triunfo del Viviente.

También Juan, desterrado por haber dado testimonio de Jesús, recibe el consuelo y la fortaleza de la visión del Resucitado, para anunciarlo por escrito a las iglesias de Asia en un libro. Como los primeros anuncios de la resurrección, también esta visión del Resucitado comienza con la llamada a superar el temor. Y a continuación se enumeran los motivos. “*No temas: Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive. Estaba muerto y, ya ves, vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo*”.

El mensaje de la victoria del que vive por los siglos de los siglos va dirigido a cada uno de nosotros. Cuántas veces tenemos necesidad de que el Señor nos diga: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? Los problemas, las preocupaciones de la vida cotidiana tienden a que nos encerremos en nosotros mismos, en la tristeza, en la amargura; y es ahí donde está la muerte. No busquemos ahí a Aquel que vive. Aceptemos entonces que Jesús Resucitado entre en nuestra vida, acojámoslo con confianza: ¡Él es la vida!

A cuantos hasta ahora han estado lejos de él, los llama a dar un pequeño paso y les asegura que los acogerá con los brazos abiertos. Al que es indiferente, lo invita a arriesgar, porque no quedará decepcionado. A quien le parece difícil seguirlo, le dice: no tengas miedo, confía en mí, ten la seguridad de que yo estoy cerca de ti, estoy contigo, y te daré la paz que buscas y la fuerza para vivir como el Padre quiere.

En el Evangelio de este domingo segundo de Pascua tiene un lugar relevante el Apóstol Tomás, ausente durante la primera aparición del Resucitado, e incrédulo ante el testimonio de los hermanos. Pero cuando el resucitado se muestra por segunda vez está presente, y llega a creer plenamente adhiriéndose con todo su ser al Señor de la vida.

En su experiencia, **Tomás expresa perfectamente el difícil itinerario recorrido por los primeros discípulos hasta llegar a la fe pascual**: ésta no es el fruto de una exaltación religiosa o una alucinación psicológica, sino de la victoria de Jesús resucitado sobre las dudas y los temores que paralizan a sus discípulos. En este sentido, **el Evangelio de hoy nos indica un camino para llegar a creer en el Resucitado**, aquel que siempre viene y permanece en medio de nosotros, ofreciéndonos la paz y dándonos el Espíritu Santo; y esto ocurre en particular cuando nos reunimos en la asamblea eucarística dominical, tiempo y espacio en el que se encuentra la máxima manifestación del misterio de la comunidad cristiana.

En los días siguientes a la muerte de Jesús los discípulos se encuentran en casa, replegados sobre sí mismos no sólo *“por miedo a los judíos”*, sino también porque han permanecido esclavos del miedo a la muerte (cf. Hb 2, 15); con todo, están abiertos a la esperanza por el anuncio de María de Magdala, que asegura: *“He visto al Señor”* (Jn 20, 18).

Jesús toma la iniciativa y se manifiesta presentándose *“en medio de ellos”* como el Señor que viene; infunde en sus corazones la paz, precisamente mostrándoles los signos de su pasión. Jesús está vivo, pero el haber sufrido hasta la muerte no puede dejar de tener consecuencias, y por esto las huellas de la pasión quedan indelebles en su cuerpo espiritual (1 Cor 15, 44.46), transfigurado por la resurrección.

Soplando después sobre los discípulos, con un gesto que recuerda la creación primera del hombre y los recrea en su espíritu de nuevo (cf. Gn 2, 7), haciéndolos pasar de la muerte a la vida (cf. Ez 37, 9), el Resucitado **les comunica el Espíritu. Así los habilita para la única misión esencial: perdonar los pecados**, perdonar en nombre de Dios a todos los hombres. La Iglesia, en efecto, da testimonio de la resurrección de

Jesús anunciando y realizando entre los hombres la remisión de los pecados. Para ello, había entregado su vida en la cruz, como el mismo Señor expresó claramente al instituir la eucaristía: *“Bebed todos; porque esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados”* (Mt 26, 27-28).

“Ocho días después”, por lo tanto el siguiente domingo, el día del Señor, Jesús se manifiesta de nuevo a los discípulos. Esta vez está presente también Tomás, de nuevo unido a la comunidad regenerada por el Espíritu del resucitado y capaz de anunciar la resurrección. Era precisamente este anuncio el que Tomás se había negado a creer, contraponiendo su necesidad de pruebas ciertas: *“Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo”*. Tomás no se fía de sus hermanos, quiere tener un acceso directo al Señor; y el Señor mismo, con infinita paciencia, se le acerca y le invita a contemplar las señales de la muerte: *“Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”*. Entonces el discípulo llega por fin a comprender y exclama: *“¡Señor mío y Dios mío!”*, confesión de fe que no tiene igual en todo el nuevo Testamento.

Al igual que a Tomás, a nosotros también nos cuesta llegar a la fe en la resurrección. Él no necesitó *“meter el dedo”*, y sin embargo tuvo que ver con sus propios ojos; pero, gracias a él, Jesús pronuncia su última bendición: *“Dichosos los que crean sin haber visto”*. Los destinatarios de estas palabras somos nosotros, los lectores del Evangelio.

En efecto, la declaración final del Evangelio de Juan nos asegura que algunos de los muchos signos hechos por Jesús *“se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”*. Es la invitación a *hacer memoria* del encuentro con Jesús, de sus palabras, sus gestos, su vida; y esta invitación es parte del mensaje pascual de los ángeles a las mujeres: *“Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea, cuando dijo que el Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar”* (Lc 24, 6-7). Este recordar con amor la experiencia con el Maestro, hizo a las mujeres superar todo temor y llevar la proclamación de la Resurrección a los Apóstoles y a todos los otros

discípulos (cf. *Lc 24,9*). De la misma manera, cada uno debemos hacer memoria de lo que Dios ha hecho por mí, por nosotros; hacer memoria del camino recorrido. Y esto abre el corazón de par en par a la esperanza para el futuro. Aprendamos a hacer memoria de lo que Dios ha hecho en nuestras vidas, para que experimentemos la dicha de creer, sin haber visto, que Jesús es el Hijo de Dios; y creyendo tengamos vida en plenitud, que se hace vida eterna.

Por tanto, **somos llamados a experimentar la dicha de quien ve a Jesús con los ojos de la comunidad cristiana, reunida el día del Señor y escuchando la Palabra de Dios.** La comunidad y la Escritura actúan junto con el Espíritu Santo para crear una comunión de vida que es el corazón de la eucaristía: el Espíritu vivifica a la Iglesia, convirtiéndola en cuerpo de Cristo, y da vida a las páginas de toda la Escritura, convirtiéndolas en palabra viva de Dios y testimonio del Señor Resucitado.

El Espíritu, la Palabra de Dios y la comunión del Cuerpo de Cristo nos hacen sentir hoy la dicha de haber encontrado al Señor y de confesar con el apóstol Tomás: “*Señor mío y Dios mío*”.

25. Homilía en la Eucaristía de Clausura del Congreso sobre la Catedral de Salamanca

A la pregunta de la samaritana por el lugar donde se ha de dar culto a Dios responde Jesús que ha llegado la hora de dar a Dios Padre el verdadero culto en espíritu y en verdad, que no está vinculado a un lugar o templo material, porque Dios es espíritu.

Poco antes de esta escena ha narrado el Evangelio de Juan la purificación del templo de Jerusalén por Jesús, que echa fuera a todos los que han convertido la casa de su Padre en un mercado de animales y ofrendas para el culto. Con esta acción nos indica lo que no es verdadero culto en espíritu y en verdad. Y nos da también una primera indicación sobre la nueva realidad del templo espiritual, en el que el

Padre desea recibir el verdadero culto: este nuevo templo es el propio cuerpo de Jesús, destruido por la muerte y levantado en tres días por su resurrección. Es el nuevo templo construido sobre “*la piedra que desecharon los constructores*”, que “*se ha convertido en piedra angular*”.

Los que creen en la palabra de Jesús, y renacen del agua y del Espíritu, están en comunión con Jesús, el Señor y Mediador de la nueva Alianza. Con la aspersion purificadora de su sangre (cf. Heb 12, 22-24) han sido constituidos como “*una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que los llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa*” (1 Pe 2, 9).

Cada uno de los miembros de este nuevo pueblo sacerdotal de Dios, acercándose “*al Señor, la piedra viva... escogida y preciosa ante Dios... como piedras vivas*”, entran “*en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado, para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo*” (1 Pe 2, 4-5).

Este nuevo templo del Espíritu es el Cuerpo de Cristo, integrado por todos los miembros que han sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo; a él pertenecen todos los que han bebido de un solo Espíritu (cf. 1 Cor 12, 12-13), siguiendo la invitación de Jesús: “*El que tenga sed, que venga a mí y beba... de sus entrañas manarán ríos de agua viva*” (Jn 7,38).

En este nuevo templo espiritual podemos reconocer el lugar anunciado por Jesús a la samaritana, en el que el Padre recibe el culto espiritual que le agrada, ofrecido por aquellos que han bebido el agua viva de Jesús, que se ha convertido dentro de ellos “*en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna*” (Jn 4,14).

El Apóstol Pablo ha completado esta enseñanza diciendo a los corintios: “*Sois edificio de Dios*”, construido sobre el cimiento de Cristo. “*Sois templo de Dios*”... “*y el Espíritu de Dios habita en vosotros*”. (1 Cor 3, 9.11.16). Y ha recordado a los cristianos de Éfeso: “*Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él tam-*

bién vosotros os vais integrando en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu” (Ef 2, 20-22).

El culto en espíritu y en verdad es el que Jesús ha ofrecido al Padre, según declara la carta a los Hebreos: *“Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo... He aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad”* (Heb 10, 6-7). En efecto, Jesús ha permanecido en comunión con el Padre, en obediencia fiel por amor hasta la muerte de cruz. *“Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su obediencia filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que le obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec”* (Heb 5, 7-10). Jesús se ofreció a sí mismo de una vez para siempre (cf. Heb 7, 27). *“Como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa. De ahí que puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive para siempre para interceder a favor de ellos”* (Heb 7, 24-25).

La intercesión eterna de Jesús, presentando a Dios el sacrificio de su vida, es el culto perfecto en espíritu y en verdad, que a Dios agrada, porque Jesús está en el Padre y el Padre está en él; porque las obras de Jesús son las obras del Padre (cf. Jn 14, 10-11) Y Jesús asegura sus discípulos: *“el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago... porque...lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré”* (Jn 14, 12-13). En comunión con Jesús también los discípulos pueden ofrecer al Padre el culto de su amor obediente y fiel en espíritu y en verdad.

El culto en espíritu y en verdad se hace actual en la eucaristía, que Jesús instituyó y nos mandó celebrar en memoria de la entrega de su cuerpo por nosotros y de la nueva alianza sellada con su sangre para el perdón de los pecados (cf. 1 Cor 11, 23-25; Mt 26, 28). *“Por eso - escribe san Pablo - cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva. De modo que quien coma del pan y beba del cáliz del Señor indignamente, es reo del cuerpo y de la sangre del Señor.”* (1 Cor 11, 26-27).

En efecto, el pan que partimos es comunión con el cuerpo de Cristo y el cáliz que bendecimos es comunión con la sangre de Cristo; así formamos un solo cuerpo todos los que comemos del mismo pan (cf. 1 Cor 10, 16-17). Todos nosotros somos el cuerpo de Cristo y cada uno somos un miembro; y Dios organizó el cuerpo para que no haya división, sino para que todos los miembros se preocupen por igual unos de otros. Y si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él (cf. 1 Cor 12, 24-27). En consecuencia, *“si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte a con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda”* (Mt 5, 23-24).

Además, la eucaristía es el culto en espíritu y en verdad de forma más significativa cuando el cuerpo de Cristo recibe y cuida el desarrollo de los dones, carismas, ministerios y actuaciones diversas que Dios mismo suscita con su Espíritu entre los miembros del cuerpo para el bien común (cf. 1 Cor 12,4-11; 27-30).

La eucaristía ofrece a los fieles el acceso a las fuentes de la vida cristiana en la escucha de la Palabra de la verdad y en la comunión del pan de la vida; y les hace posible llevar a plenitud su vocación sacerdotal y su culto en espíritu y en verdad, según la exhortación del apóstol Pablo en la carta a los romanos: *“Os exhorto, pues, hermanos, ...a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro sacrificio espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto”* (Rom 12, 1-2).

El misterio del cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo, encuentra su representación simbólica en el edificio visible de la catedral, templo primero de la Iglesia diocesana, en el que la comunidad de los fieles, con sus presbíteros, es reunida por su Obispo en el Espíritu Santo, por medio del Evangelio y la Eucaristía, para constituir una Iglesia particular, en la que está presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica (cf. ChD 11). Por ello, la catedral es el lugar visible primero del culto de la Iglesia particular en espíritu y en verdad,

a través del cual es santificada y edificada en el Espíritu como cuerpo de Cristo; por ello, la catedral es la casa madre de la Iglesia diocesana y símbolo de comunión con la Iglesia universal.

Como piedras vivas del templo del Espíritu, damos gracias a Dios por el don de esta Catedral y le presentamos en esta Eucaristía toda nuestra existencia para que la santifique y la acepte como sacrificio espiritual, en honor y alabanza de su gloria.

26. Domingo IV de Pascua

El pueblo de Israel expresó con la imagen del Pastor su experiencia de un Dios que guía y protege a su pueblo elegido, que le cuida con amor de padre y le muestra su poder con el perdón y la misericordia. Esta experiencia la expresó en el conocido salmo 22: *“El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan”*.

Dios, el Pastor de Israel, gobernaba a su pueblo por medio de pastores inmediatos, como los profetas, sacerdotes y reyes, que estaban obligados a ejercer su oficio con justicia. Ante la permanente injusticia de estos pastores, el pueblo de Israel concentró su esperanza en el futuro Mesías Rey, que gobernaría a su pueblo con Justicia, en fidelidad a Dios.

Jesús se atribuyó el título de Pastor de Israel: *“Yo soy el Buen Pastor. El buen Pastor da la vida por sus ovejas”* (Jn 10, 11). Da la vida cargando sobre él todas las culpas de sus ovejas, como Cordero llevado al matadero (cf. Is 53, 6-7). El Buen Pastor da la vida entregándose a sí mismo al sacrificio como el nuevo y definitivo Cordero pascual, por cuya sangre de la nueva alianza se perdonan los pecados.

Ahora, nosotros estamos viviendo el tiempo pascual con una especial contemplación de Jesús resucitado de la muerte: él es el Cordero que sobre la cruz ha sido degollado (cf. Ap 5, 6.9.12; 13, 8), pero que con la Resurrección se ha convertido en el “*pastor y guardián de nuestras almas*” (1 Pe 2, 25), al cual nos hemos convertido. Él es el “*Pastor supremo*” (1 Pe 5, 4), el pastor de los pastores, que continúa guiando a su comunidad y alimentando a sus ovejas por medio de nuevos pastores queridos por él.

En el breve texto hoy leído del Evangelio de Juan, Jesús se presenta como el Buen pastor que ha recibido sus ovejas de Dios Padre y las apacienta según el encargo recibido de él. Nadie las arrebatará de sus manos porque el Padre y Jesús son uno.

Jesús mismo dice con claridad cuál es la relación que existe entre él y los que creen en él: las ovejas escuchan su palabra reconociendo su voz; en consecuencia, se confían a él y le siguen con seguridad adondequiera que los conduzca. Escucha y seguimiento constituyen lo esencial para llegar a ser creyentes en Jesús, para tener parte en su misma vida, para formar parte de su comunidad: sólo mediante una escucha obediente y un seguimiento perseverante se puede tener con Jesús una comunión de vida profunda y duradera.

Pero esta unión de las ovejas con el Pastor se hace todavía mayor por el profundo conocimiento que Jesús tiene de las ovejas: él las conoce una a una, las llama por su nombre (cf. Jn 10, 3) y, yendo delante, les abre el camino hacia pastos abundantes (cf. Jn 10, 9), que hallan su plenitud en la vida eterna. Esta es la vida en plenitud que el Buen Pastor sigue dando a la muchedumbre incontable de los que le siguen con fidelidad en medio de las tribulaciones del mundo y lavan sus túnicas en la sangre del Cordero. Ahora participan de su gloria, le ofrecen su vida como un canto de alabanza y son saciados con el agua viva de su amor eterno.

Los pastores actuales en la Iglesia debemos tener con las ovejas la misma relación que tuvo con ellas Jesús el “*gran Pastor de las ovejas*” (Hb 13, 20). Nuestra misión consiste en ayudar a los fieles a sentirse seguros y felices en la escucha y el seguimiento de Jesucristo. Pero esta

misión la realiza el mismo Buen Pastor mediante el don de su Espíritu Santo.

Queridos confirmandos: Hoy recibís el don del Espíritu Santo, que lleva a plenitud vuestra experiencia de hijos adoptivos de Dios, para que podáis dirigiros siempre a él con confianza llamándole Padre, seguros de que sois herederos de la vida nueva de Cristo y de la gloria que él ha prometido a cuantos le siguen sufriendo con él. El Buen Pastor os da su Espíritu, para que os dejéis llevar por él.

Con el Espíritu Santo, el Buen Pastor os da su vida, que es el Amor que comparte con Dios. Os llena el corazón de su amor para que podáis escuchar, comprender y guardar su Palabra como una palabra interior de verdad, de vida y de libertad, que brota de la sintonía de vuestro corazón con los sentimientos del corazón de Cristo. De esta manera, el Espíritu Santo os va enseñando todo lo que se refiere al misterio de vuestra vida en Cristo, recordándoos y ayudándoos a comprender todo lo que Jesús os ha enseñado con su Palabra y con el ejemplo de su vida. Por vuestra parte, debéis coger este don con alegría y buscar siempre en la Palabra de Jesús la luz y la orientación de vuestra vida. E igualmente debéis acoger el don del pan y el vino, convertidos por el Espíritu Santo en el cuerpo y la sangre de Cristo, para alimento diario de vuestra vida de hijos de Dios. El mismo Espíritu os sana las heridas diarias del camino en el sacramento de la reconciliación.

Hoy celebramos la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, instituida para pedir al Señor que continúe enviando obreros a su Iglesia (Mt 9,38). Disponer de un número suficiente de sacerdotes es de importancia decisiva para el futuro de la Iglesia, pues no hay Iglesia sin sacerdotes. Además, la falta del necesario número de sacerdotes es grave problema de la Iglesia porque demuestra la debilidad de la vida de fe y de amor de las familias y de las parroquias y diócesis. Por el contrario, donde se vive de acuerdo con el Evangelio, hay suficientes vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.

Las vocaciones sacerdotales y religiosas nacen de la experiencia del encuentro personal con Cristo, del dialogo sincero y confiado con él en la oración, para aprender a buscar y cumplir su voluntad. Esta relación con Jesús, que nos hace capaces de escuchar y acoger su lla-

mada, tiene lugar en las familias y comunidades cristianas que viven un intenso clima de fe, dan testimonio de generosa adhesión al Evangelio y alimentan su vida en la Palabra de Dios, en la Eucaristía, en los sacramentos, en la oración personal y en el ejercicio de la caridad. La respuesta de una persona joven a la llamada al ministerio sacerdotal o a la vida religiosa consagrada es uno de los frutos más maduros de una comunidad cristiana y es motivo de esperanza para la misión futura de la Iglesia. El crecimiento de las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada ha de ser un fruto del Año de la fe.

Como sucedió en el curso de la existencia terrena de Jesús, el mismo Señor Resucitado pasa también hoy a través de los caminos de nuestra vida, y nos ve inmersos en nuestras actividades, con nuestros deseos y nuestras necesidades. Precisamente en medio de nuestros afanes diarios, Jesús sigue dirigiéndonos su palabra; nos llama a realizar nuestra vida con él, el único capaz de apagar nuestra sed de esperanza. Él, que vive en la comunidad de discípulos que es la Iglesia, también hoy llama a seguirlo. Y esta llamada puede llegar en cualquier momento. También ahora Jesús repite: “Ven y sígueme” (Mc 10,21). Para responder a esta invitación es necesario dejar nuestros propios proyectos y acomodar nuestra propia voluntad a los planes de Jesús sobre nosotros, dándoles preferencia sobre todo: la familia, el trabajo, los intereses personales, nosotros mismos. Seguir la llamada de Jesús, en cualquiera de las formas en que se realiza la vocación cristiana, es entregarle a él la propia vida, vivir con él en profunda intimidad, entrar a través de él en comunión con el Padre y con el Espíritu Santo y, en consecuencia, con los hermanos y hermanas. Esta comunión de vida con Jesús es el lugar privilegiado donde se experimenta su AMOR, que es el contenido de nuestra fe y de nuestra esperanza, pues “*nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él*” (1 Jn 4,16).

Queridos jóvenes: No tengáis miedo de buscar, escuchar y seguir a Jesucristo, reconociéndole como vuestro camino, verdad y vida (Jn 14,6). Y acoged gozosos su llamada a servir a Dios y a los hermanos por amor, sea en la vocación laical y matrimonial, en el ministerio sacerdotal o en la vida consagrada. Si recorréis con Jesús los estrechos senderos de la caridad y del testimonio del Evangelio, encontraréis la plena alegría que el mundo no puede daros.

28. Domingo V de Pascua

El evangelio que hemos escuchado, propio del V domingo del tiempo pascual, nos habla de la glorificación de Jesús a través de su pasión, muerte y resurrección. De hecho, para el cuarto evangelio también la pasión y la muerte son glorificación de Jesús, no un fracaso o un fin trágico, porque en ellas, más que en ninguna otra parte, Jesús muestra su amor y recibe gloria precisamente por haber llevado su amor hasta el final, hasta el extremo (cf. Jn 13, 1): **la gloria de Jesús es la gloria de amar**. No se debe olvidar: si Jesús ha resucitado de la muerte es porque el Padre lo ha resucitado (cf. Hch 2, 24.32, etc.) a causa de su condición de Hijo único de Dios, el amado en quien Dios se complace, que ha cumplido con total fidelidad su misión por amor a Dios y a los hermanos, llevado por él hasta el extremo. Sí, en la resurrección de Jesús podemos ver su amor total, perfecto, que vence a la muerte para siempre.

La escena nos recuerda que en el cenáculo, al terminar su última cena, Jesús había revelado al discípulo amado recostado sobre su pecho la identidad del que iba a traicionarlo: Judas, uno de los Doce. Y sin embargo, Jesús no hizo nada para detenerle; más aún, ofreciéndole un trozo de pan mojado en el plato, le había invitado a hacerlo todo cuanto antes (cf. Jn 13, 25-27). Y cuando Judas sale para organizar el arresto; cuando el evangelista dice simbólicamente que era de noche (cf. Jn 13, 30), es decir, cuando se tiene la impresión de que las tinieblas vencen a la luz y el odio prevalece sobre el amor, entonces Jesús afirma con convicción: *“Ahora va a manifestarse la gloria del Hijo del hombre y Dios será glorificado en él”*.

Pues bien, precisamente en el momento en que todo lo que sucede está contra Jesús, sin que él se oponga, se defienda o pague mal por mal, precisamente ahora se realiza la manifestación de su amor: Jesús recibe gloria de Dios y así también Dios recibe gloria gracias al amor total de su Hijo. La hora de la gloria no la decide Judas, que se va para consumar la traición, sino el amor de Jesús. Por eso él exulta y proclama su glorificación: porque tiene conciencia de haber amado siempre,

hasta el extremo de haber mostrado amor incluso a quien lo traicionaba, de haber amado totalmente a Dios y a los hombres, hasta aceptar la cruz y la muerte. En su amor, el odio, la traición y la violencia han sido vencidos para siempre.

Con la plenitud de autoridad que se le otorga por haber vivido el amor hasta el extremo, Jesús anuncia en este momento el mandamiento nuevo: ***“Amaos los unos a los otros, como yo os he amado”***. Esta es la verdad del mandamiento nuevo, el último, el definitivo: para cada uno de nosotros, el amor a los otros; para la comunidad cristiana, el amor recíproco de vivir según la forma y el estilo con que Jesús ha amado a los suyos hasta el extremo. No se piense que este mandamiento es totalmente nuevo, porque el amor al prójimo estaba ya presente en el Antiguo Testamento (cf. Lv 19, 18; Lc 10, 27); Jesús lo convierte en nuevo porque lo presenta como un amor sin condiciones, que tiene su origen y su modelo en el amor entre el Padre y el Hijo, y en el amor del Hijo a nosotros: Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; amaos como yo os he amado. Este amor incluye en sí el cumplimiento de todos los demás preceptos. Quien ama a su prójimo no le hace daño; por eso, amar es cumplir la ley entera. Y el amor verdadero al prójimo es amor a Dios, es la forma de manifestar el amor a Dios, a quien no vemos.

Si los cristianos somos capaces de vivir este amor como Jesús lo vivió, también nosotros venceremos a la muerte con él y en él: *“Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos”* (1 Jn 3, 14). Aquí está toda la vida cristiana. El mandamiento nuevo del amor y el precepto de celebrar la memoria de su sacrificio de amor en la Eucaristía es la herencia y el don dejado por Jesús a los suyos, para ser verdaderamente su comunidad, para estar en el mundo como auténticos evangelizadores. Pues Jesús lo ha dicho claramente: *“Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos”*.

29. Domingo VI de Pascua

Seguimos escuchando los “discursos de despedida” contenidos en el cuarto evangelio, pronunciados por Jesús al final de su última cena con los discípulos, antes de ser arrestado en el Huerto de los Olivos.

Jesús encomienda a sus discípulos el mandamiento nuevo (cf. Jn 13, 34) y les anuncia su salida de este mundo: “*Me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero... donde yo voy no podéis venir vosotros*” (Jn 13, 33). Este anuncio suscita preguntas entre los discípulos, para que les explique mejor sus palabras. Primero Pedro pregunta: “*Señor, ¿adonde vas?*” (Jn 13,36). Luego “*Tomás le dice: `Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?`. Jesús le responde: `Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí`... Felipe le dice: `Señor, muéstranos al Padre y nos basta`. Jesús le replica: ...*Quien me ha visto a mí ha visto al Padre...¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?*” Jn 14, 5-10). Por último, “*Judas, no el Iscariote*”, le hace una pregunta que sigue ocupando también nuestros corazones de creyentes: “*Señor, ¿qué ha sucedido para que te reveles a nosotros y no al mundo?*”*

Aun teniendo fe en Jesús, seguimos teniendo dificultad para asumir las consecuencias de nuestra adhesión a él; y acaso nos preguntamos: ¿Por qué no ha realizado prodigios y acciones extraordinarias que convenciesen a todos los hombres? ¿Por qué ha escogido la humildad, la pequeñez, y un estilo de vida escondida en lugar de buscar la conquista del éxito con todos los medios a su alcance? Esta forma de ver las cosas es la misma de los parientes de Jesús, los cuales le habían invitado a manifestarse al mundo de tal manera que obligase a los hombres a creer en él mediante la evidencia de lo extraordinario (cf. Jn 7, 4).

Pero Jesús desilusiona a quienes razonen de esta manera, y sostiene que lo que cuenta no es la amplitud de la aceptación, no es la cantidad de los conquistados; no, lo importante es que exista una relación personal de amor con Jesús, no la admiración que se pueda tener por un realizador de milagros. En efecto, Jesús nos dice: “*El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos*

morada en él". Todo acontece de modo invisible a los ojos del mundo pero real, concreto y con posibilidad de ser experimentado por nosotros. **Lo decisivo es la relación de conocimiento y amor entre el creyente convertido en discípulo y Jesús, "el Señor y el Maestro" (Jn 13, 14): de esta manera el creyente se convierte incluso en morada de Jesús y del Padre.** En efecto, la vida cristiana es "*vida escondida con Cristo en Dios*" (Col 3, 3): todo esto es decisivo para la vida y la salvación; es absolutamente verdadero a la luz de la fe, pero no es materialmente visible y mensurable.

Jesús se va y ciertamente un día volverá en gloria, al final de la historia; entonces su venida se impondrá a todos los hombres y a toda la creación. Pero en el tiempo intermedio, el que va desde su muerte y resurrección hasta su venida final, Jesús viene cotidianamente al corazón del creyente que ama, que cumple el mandamiento nuevo. Y para que esto acontezca, durante su ausencia física, por encontrarse morando junto al Padre, existe un gran don de parte del mismo Padre: **el Espíritu Santo**, que tiene la función de consolar, de ser enviado a estar junto al creyente para ser su Defensor. El Espíritu nos recuerda todo aquello que Jesús dijo y realizó, haciéndolo presente en la comunidad y en el interior de cada uno de los creyentes. Así desempeña en cada uno los discípulos de Jesús la función de "Maestro interior", como lo llama san Agustín, capaz de iluminar y guiar la vida de todo cristiano al conocimiento de la verdad completa sobre Jesús (cf. Jn 15,26; 16,13). A lo largo de la vida terrena de Jesús los discípulos tenían su enseñanza directa, pero con frecuencia no le entendían, porque su corazón no estaba preparado para acoger sus palabras. Mas cuando el Espíritu esté presente en el corazón de los discípulos, desaparecerá el "*la dureza de corazón*" (cf. Mc 16, 14), pues el Maestro interior dará "*un corazón que sepa escuchar*" (1 Re 3, 9) y hará al cristiano capaz de conocer, amar y llevar a la práctica la enseñanza de Jesús.

En consecuencia, el cristiano no está nunca solo, sino que gracias al Espíritu Santo es morada, casa, templo de la Presencia de Dios (cf. 1 Cor 3, 16; 6, 19). Más aún, el Espíritu Santo, al hacer realidad la morada del Padre y del Hijo en el corazón de los creyentes, nos hace también capaces de comprender y amar el don de la paz, que nos ha

dejado Jesús. Esta paz no es el mero resultado de una amnistía exterior, sino que es el fruto en nosotros de la redención y reconciliación por el perdón de los pecados; es el efecto de la santificación de nuestra vida, vivida en comunión con la vida plena y verdadera de Jesús, el Hijo de Dios y Salvador. Y así, aquella que era la paz de Jesús se ha convertido ahora en nuestra paz.

En cumplimiento de la promesa de Jesús, el Espíritu Santo ha acompañado desde el primer Pentecostés la vida de la comunidad de los discípulos, renacidos a la vida nueva del Reino de Dios por el agua y el Espíritu. De esta compañía y asistencia permanente del Espíritu da testimonio en especial el libro de los Hechos de los Apóstoles, que bien podría ser llamado Libro de los Hechos de los Apóstoles y del Espíritu Santo. La primera lectura nos ofrecido el testimonio de la asistencia del Espíritu a la primera comunidad apostólica cuando tiene que realizar el difícil discernimiento sobre la vinculación de la ley de la antigua alianza para el pueblo de la nueva alianza, sellada con la sangre de Cristo. Dicho de otra manera, se trataba de discernir la fuente y origen de nuestra salvación: el cumplimiento de los preceptos de la ley antigua o, por el contrario, la fe y la gracia de Jesucristo. Muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación. Y la primera comunidad apostólica expresó su convicción de ser guiada por el Espíritu Santo en su discernimiento al escribir a la Iglesia de Antioquia: *“Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables”*

Un eco actual de esa asistencia permanente del Espíritu Santo a su Iglesia nos lo ofrece la Constitución sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II en estos términos: “El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. 1 Cor 3,16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. Gal 4, 6; Rom 8, 15-16.26). Guía a la Iglesia a toda la verdad (cf. Jn 16,13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Ef 4,11-12, 1 Cor 12,4; Gal 5, 22) (LG 4)... La totalidad de los fieles, que tienen la unción del Santo (cf. 1 Jn 2, 20.27) no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido

sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando desde los Obispos hasta los últimos laicos presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres” (LG 12a).

30. Homilía en el Retiro de sacerdotes

En su oración de acción de gracias, Jesús testimonia que ha llegado la hora en que se invierten los valores y la gente sencilla, “los pequeños” según la versión de Lucas (10, 21-22), pasan a ocupar la primera fila de los beneficiarios de Dios. Inspirándose en la tradición profética, Jesús abandona el concepto de “sabios”, que se atribuían a sí mismos los maestros apocalípticos; rompió con la autosuficiencia de los “entendidos”, lo mismo que criticó la de los escribas. Este cambio de los “sabios” por “la gente sencilla” del pueblo, como destinatarios de la revelación de Dios, es una novedad que refleja la identidad profética de Jesús y expresa la intrepidez de los cristianos. Estamos así en el corazón del Evangelio y en el inicio del cumplimiento de las antiguas promesas, conforme al proyecto de Dios.

Otros pasajes ponen de relieve los rasgos que identifican a las personas “simples” que llegan a creer, tales como el ciego de nacimiento (18, 35-43), Zaqueo (19,1-10), y la misma gente que aclama a Jesús a su entrada en Jerusalén (19, 29-44). Los sencillos creyentes se caracterizan por su humilde dependencia, su capacidad de escuchar y la amorosa calidad de su acogida.

Los cristianos primeros no se sentían parte de la élite intelectual de Israel. No desean ni se atreven a llamarse sabios; al contrario, se califican a sí mismos como “pequeños”, “simples”. San Pablo dirá explícitamente a los discípulos de Corinto: *“Fijaos en vuestra asamblea, hermanos: no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; sino que, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo,*

lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor” (1 Cor 1, 26-29).

Al descubrir la atención de Dios a la gente sencilla, acogen tanto a los económicamente débiles como a los paganos, despreciados en Israel. Así nació una nueva categoría de creyentes; socialmente peor situados, culturalmente menos sabios, pero capacitados para comprender la revelación y dispuestos para afrontar el rechazo de Israel y la persecución de un mundo extraño. El hecho de que la comunidad cristiana se reconozca en la figura de “la gente sencilla” y “los pequeños” atestigua que ha reconocido la inversión realizada por la revelación del Padre a través de Jesús. El mismo Hijo, que dice haberlo recibido todo del Padre (v. 22), es también uno de esos “sencillos” y se califica a sí mismo como “*manso y humilde de corazón*” (Mt 11, .

Dios Padre ha transmitido al Hijo, Jesús, un poder y un saber; y de esta manera el Hijo del hombre ha recibido también una misión de representante. En esta acción de gracias de Jesús se revela que entre el Padre y el Hijo existe una relación interpersonal totalmente inédita. El Padre y el Hijo se conocen mutuamente con un conocimiento que está marcado por el afecto tanto como por la inteligencia. Cuanto más se conocen, más intentan introducir a los otros en el circuito de su conocimiento y afecto mutuos. Y el tercer polo de la relación no es aquí el Espíritu Santo, sino el grupo privilegiado de los “sencillos”, a quienes el Hijo ha revelado el conocimiento del Padre. Durante mucho tiempo la resistencia humana, es decir, el mal individual y el mal colectivo, hicieron imposible este conocimiento de Dios. En Jesús se ha hecho ahora posible.

Y esta posibilidad del conocimiento de Dios y de su Hijo es el motivo de la confianza de los discípulos para acercarse y seguir a Jesús, que les dice: “*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera*” (Mt 11, 28-30). Los cansados y agobiados, a los que Jesús promete alivio y a los que invita a aprender a seguirle con un corazón manso y humilde, nos recuerdan a los “pobres en el espíritu”, “los mansos” y “los que lloran”, a los que Jesús declara

bienaventurados. Podríamos ver una equivalencia entre la expresión “pobres en el espíritu” y los cansados y agobiados que han recibido la revelación del misterio de Jesús y de su Padre. Estos pueden encontrar descanso para sus almas porque tomen sobre sí el yugo de Jesús con un corazón manso y humilde. El conocimiento del misterio de Jesús y el seguimiento en la misión les han hecho capaces de comprender que el yugo de Jesús es suave y su carga ligera.

La versión de Lucas presenta en su parte final un texto literalmente muy distinto: “*Dichosos los ojos que ven lo que veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron*”(Lc 10, 23-24). Pero el contenido de esta declaración es muy semejante al de las expresiones de Mateo sobre el alivio y descanso del alma, que Jesús promete a sus discípulos.

El texto de la primera carta de Juan anuncia a los discípulos “a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero”. Para que Jesús, el Hijo, interceda por nosotros ante el Padre y su sangre nos limpie los pecados, es necesario que seamos sinceros y confesemos nuestros pecados. De lo contrario, dejamos por mentiroso a Dios y su palabra no está en nosotros.

El reconocimiento de los propios pecados y de su perdón por Jesucristo es parte esencial de las cosas reveladas a la gente sencilla como mensaje de alivio, descanso y consuelo para los corazones humildes que reconocen en sus pecados la causa principal de su agobio y cansancio.

Catalina de Siena destaca en la historia de la Iglesia como mujer fuerte y celosa, confiada apasionadamente en el inmenso amor de Dios a la humanidad, manifestado en Cristo Jesús. Nace en Siena el 25 de marzo de 1347. Siendo muy joven se consagra a Dios con el voto de virginidad. Más tarde se une a un grupo de laicas dominicas que consagran en Siena su vida a la oración y a la actividad caritativa. Sus primeros tres años como dominica lleva una vida solitaria de oración. Tras este período de retiro, se entrega al apostolado en favor del prójimo. Muchas crónicas se refieren a su atenta dedicación a los pobres

y los presos y a su solicitud por los enfermos. Con frecuencia actúa como conciliadora entre Estados en guerra. Anima al papa Gregorio XI (+1378) a abandonar Aviñón y volver a Roma, apoyándolo firmemente. Lo mismo ocurre con su sucesor Urbano VI (+ 1389). Cuando en 1378 es elegido un antipapa –Clemente VII (+ 1394)– dedica todas sus energías a la oración y a la actividad para que se resuelva el cisma interno de la Iglesia. Con este fin se traslada a Roma, donde muere el 29 de abril de 1380. Antes de expirar ofrece su vida por la Iglesia con estas palabras: “Oh Dios eterno, recibe el sacrificio de mi vida en este cuerpo místico de la santa Iglesia. No tengo otra cosa que dar sino lo que tú me has dado. Arráncame, pues, el corazón y exprímelo sobre el rostro de tu Esposa” (Carta 371). Fue canonizada en 1461 y Pablo VI la declaró doctora de la Iglesia en 1970. Juan Pablo II la declaró copatrona de Europa.

El *Diálogo* es la obra principal de Catalina de Siena. Se trata de un compendio de su enseñanza teológica y mística. Su carisma místico es la fuente de lúcido y profundo conocimiento teológico. Catalina de Siena pertenece a la gente sencilla a la que Dios ha querido revelar los misterios del reino de los cielos. Sus obras teológicas tratan del itinerario cristiano hacia Dios, desde sus primeros pasos hasta la última etapa de la unión transformadora. Durante toda su vida Catalina es destinataria de manifestaciones extraordinarias del amor de Dios: revelaciones, éxtasis, visiones, estigmas, unión mística. No obstante, al tiempo que recibe bendiciones y gracias especiales, insiste en que la comunión profunda con Dios se basa ante todo y esencialmente en la vida de fe, esperanza y caridad. Su experiencia de la unión transformante, que es don gratuito de Dios, es a la vez resultado de una entrega cada vez mayor de su voluntad. En “El diálogo” Jesús le dice: “Son otro yo, porque han perdido y anulado su propia voluntad, y se han revestido y unido y conformado con la mía. (D. 1).

Catalina de Siena es capaz de un profundo amor. Ella, que describe a Dios como “loco de amor” y como “embriagado de amor”, está a su vez “loca” y “embriagada” por su amor. En sus escritos explica que los seres humanos son capaces de amar precisamente por estar

hechos a imagen de Dios. En EL diálogo Dios le dice: “Sin amor no podéis vivir, porque habéis sido hechos por mí por amor”.

Tratando de sondear el amor redentor de Dios, exclama: “¿Tienes necesidad de tus criaturas? Sí, me parece; que tienes modos de quien no pudiera vivir sin ellas”. En correspondencia, el amor de Catalina a Dios es el amor de una hija a un padre afectuoso o un amor entre amigos, y presenta la amistad con Dios como una relación de ternura amorosa, “porque el amor nos transforma en la cosa amada”. “Las cosas secretas se manifiestan al amigo, que se hace una misma cosa con su amigo”

Catalina se presenta como una mujer “urgida por grandísimo deseo” (D. 1). Deseo de Dios y de la salvación del mundo. Su anhelo de Dios es un ansia profunda de unión con el único que puede saciar completamente el corazón humano. Su ansia se debe al anhelo de aquel a quien aún no posee todavía completamente. Sólo en la vida eterna, en la visión de Dios, este anhelo superará por fin la inquietud y la posesión será sosegada (D. 41). Su deseo de Dios se expresa elocuentemente en las siguientes palabras: “Trinidad eterna, eres un mar profundo, en el que cuanto más busco más encuentro, y cuanto más encuentro más busco” (D. 167).

En su vida mística, Catalina centra su mirada fijamente y por encima de todo en Jesucristo crucificado, por el que siente un amor apasionado. Este es su núcleo central, así como la inspiración de toda su oración y su acción. Al proclamarla doctora de la Iglesia, Pablo VI la llama “mística del Verbo hecho carne, sobre todo de Jesús crucificado”. Cuando mira a Jesucristo, ve sobre todo el amor y la misericordia de Dios. Por este amor y esta misericordia, Jesús “corrió como enamorado” hacia su muerte. Por eso Catalina pudo decir que no fueron los clavos, sino “el amor el que lo sujetó en la cruz” (Carta 38).

En una ocasión, suplicándole a Dios que le diera un corazón nuevo, tiene una experiencia mística en la que Jesús le extrae el corazón del cuerpo y lo sustituye por el suyo. A partir de ese momento se siente en condiciones de amar a Dios y al prójimo con el mismo corazón de Cristo (Legenda Major II, VI, 179-180). En otra ocasión, rezando delante

de un crucifijo tiene la experiencia de recibir los estigmas en su cuerpo. Este acontecimiento remite sobre todo a su intenso deseo de asociarse a Jesús en su padecer y en su sed de salvación del mundo entero.

Catalina experimenta la eucaristía y los sacramentos como zonas de solaz y descanso que Jesucristo ofrece a los viandantes para que no desfallezcan por el camino. El paso por estas zonas es tan agradable “que toda amargura se vuelve dulce y todo peso se vuelve ligero”. (D. 28)

31. San Juan de Ávila

Queridos hermanos sacerdotes y familiares:

En nombre de todos los presentes saludo con cordial afecto y expreso nuestra felicitación y enhorabuena a los queridos hermanos Juan Manuel Alonso Amador, Juan Jesús García Horcajo, Argimiro García Sánchez, José Manuel Hernández Sánchez, Fructuoso Mangas Ramos, Pedro Ramos Hernández, José Manuel Ramos Martín, Crescencio Sanchez López, Virgilio Sánchez Marcos, José María Yagüe Cuadrado, Ambrosio López Domínguez y Tomás Sáez Fernández, que celebran hoy las Bodas de Oro de su ministerio sacerdotal, así como a Juan José Calles Garzón, Ricardo de Luis Carballada y Eduardo Ayuso Santos, que celebran sus Bodas de Plata. Nos unimos a todos ellos en la acción de gracias a Dios por el gran don del ministerio sacerdotal y por el fruto de evangelización de los hermanos y de santificación personal, concedido al fiel ejercicio de su ministerio.

La Palabra de Dios hoy proclamada nos ilumina en la comprensión de nuestro ministerio sacerdotal. El ministerio sacerdotal nos ha sido presentado como un tesoro puesto por Dios en nuestras vasijas humanas de barro, para que se manifieste cuál es la fuente de donde procede una gracia y fuerza tan extraordinaria. El ministerio sacerdotal se manifiesta así como una realización sacramental del misterio

pascual de Jesucristo, cuya entrega a la muerte vivimos a diario, para que también la vida de Jesús se manifieste en nosotros y en vosotros. Es decir, nuestra entrega a la muerte, como el grano de trigo cae en tierra, da fruto de vida nueva en vosotros, por vuestra vida en Cristo. Así, todo nuestro ministerio, fruto de la fe común en el Señor resucitado, es para vuestro bien y para gloria de Dios. Y vuestro bien es nuestra gloria y corona en Cristo, aunque de momento debamos compartir como fieles discípulos los padecimientos del Maestro. Creemos que el llanto y tristeza que acompaña el sufrimiento del servicio al Evangelio, se convertirá en alegría. Alegría primero por ver en vuestra vida nueva en Cristo el fruto de nuestros dolores de parto; y alegría por la esperanza en la promesa en el encuentro con el Señor el día de su venida gloriosa.

En esta fiesta de San Juan de Avila, nuestro patrono, me ha parecido más adecuado dejar la palabra al nuevo Doctor de la Iglesia, para que la enseñanza transmitida en su **Tratado sobre el Sacerdocio** nos explique más el rico contenido de la Palabra de Dios hoy proclamada.

Inicia el Maestro Ávila su obra resaltando que ser sacerdote es el mayor don de Dios. “Entre todas las obras que la divina Majestad obra en la Iglesia por ministerio de los hombres, la que tiene el primado de excelencia y obligación de mayor agradecimiento y estima” es el oficio sacerdotal, “por ministerio del cual el pan y el vino se convierten en cuerpo y sangre de Jesucristo nuestro Señor, y su divina persona está, por presencia real, debajo de los accidentes del pan que antes de la consecración había”.

Ante el misterio del sacerdocio exhorta San Juan de Ávila a la continua acción de gracias diciendo: “¡Alabado sea Dios, bendito sea Dios, muchas gracias se den a Dios, porque dio tan grande poder a los hombres!” (3).

La alta dignidad del sacerdocio ha de llevar a considerar las obligaciones que tiene anejas y la cuenta estrecha que ha de darse de su cumplimiento. La honra del sacerdocio se torna en peligro y causa de grave condenación para quien se obliga a un servicio para el cual no tenía mérito ni fuerzas. En efecto, “monstruosa cosa es dignidad en indigno, y grado alto y vida baja” (5). En cambio, la exigencia de la san-

tividad sacerdotal es la consecuencia de vivir lo que somos. Nos causa confusión ver “que nos es pedida santidad, y por ventura aún no tenemos mediana bondad. ¡Oh qué presto pasamos por este negocio y cuán poco sentimos la obligación que nos pide! ¡Cuán poco temor tenemos en tal dignidad! ¡Cuán poco cuidado de administrarla bien después de tenida! ¡Y plega a Dios que siquiera tengamos comprensión, y suplamos con lágrimas lo que faltamos en la santidad que nos piden!” (5)

¿Pedís, madre Iglesia, que seamos santos vuestros sacerdotes? ¿Por qué carga tan grande, que de sólo oírla hace temblar? **Porque el oficio sacerdotal de la nueva Ley consiste en consagrar y ofrecer el pan que del cielo vino, que es el cuerpo de Jesucristo nuestro Señor. A este oficio une la Iglesia la oración, porque ambas han de ir juntas para hacerse bien.**

San Juan de Ávila considera que es un oficio y obligación del sacerdote orar por la humanidad entera. Y recuerda la enseñanza de San Pablo sobre el Espíritu que viene en ayuda de nuestra debilidad y nos enseña lo que hemos de pedir (Ro 8,26). “Y así, cuando el Señor quiere hacer algún bien por medio de la oración del sacerdote, inspírale que lo pida” (8). “Esta comunicación del Señor con el sacerdote declarándole por el Espíritu Santo su voluntad... es trato de amigos. Pues, como dice el Señor, a vosotros he llamado amigos, porque os he declarado las cosas que yo oí de mi Padre (Jn 15,15). Y así como al sacerdote se le ha de preguntar la Ley del Señor, porque es mensajero suyo..., así también se le ha de preguntar qué es la voluntad de Dios que se haga en esto o en aquello, como a persona que tiene con el Señor particular amistad y particular trato, y que se cree que no dejará el Señor de decirle cosa que desee saber para el bien de sus prójimos.” (9)

La oración que el sacerdote ofrece al Señor no ha de ser ciega en lo que pide, regida por espíritu humano, sino con lumbre del Espíritu Santo; ni ha de ser flaca ni floja, sino eficaz, atenta y muy poderosa. Y esto denota San Pablo, diciendo que “*el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables*” (Rom 8,26), no porque el Espíritu Santo en sí mismo gima ni pida, pues es Dios impassible y no tiene superior a quien pida; mas porque hace Él que nosotros, por inspiración suya, pidamos lo que quiere que pidamos y Él quiere dar; y esto no tibiamente, sino con gemidos tan entrañables, causados del Espíritu Santo”.(9)

“El sacerdote en el altar representa en la misa a Jesucristo nuestro Señor, principal sacerdote y fuente de nuestro sacerdocio; y es mucha razón que quien le imita en el oficio, lo imite en los gemidos, oración y lágrimas que en la misa que celebró el viernes santo en la cruz, en el monte Calvario, derramó por los pecados del mundo... En este espejo sacerdotal se ha de mirar el sacerdote para conformarse en los deseos y oración con Él; y, ofreciéndolo delante del acatamiento del Padre por los pecados y remedio del mundo, ofrecerse también a sí mismo, hacienda y honra, y la misma vida, por sí y por todo el mundo; y de esta manera será oído, según su medida y semejanza con Él, en la oración y gemidos... De lo cual parece cuán necesario nos es el don del Espíritu Santo que enseña a orar, pues que aquel sólo puede orar a semejanza de Cristo que tuviere parte del espíritu de Jesucristo.”(10)

El sacerdote “tiene por propio oficio pedir limosna por los pobres, salud para los enfermos, rescate para los encarcelados, perdón para culpados, vida para muertos, conservación de ella para los vivos, conversión para los infieles, y, en fin, que, mediante su oración y sacrificio, se aplique a los hombres el mucho bien que el Señor en la cruz les ganó... Y porque hay falta de esta oración en la Iglesia, y señaladamente en el sacerdocio..., su ausencia ha sido causa de muchos trabajos, y plega a Dios no vengan mayores.” (11)

“De lo ya dicho parece con cuánta razón pide Dios y su santa Iglesia santidad a los sacerdotes, pues les está encomendado oficio tan alto de ser intercesores entre Dios y ella..., para lo cual ha de tener amistad el rogador con el rogado.” (11)

La santidad del sacerdote viene exigida también por su oficio de ofrecer el cuerpo purísimo de Cristo nuestro Señor y de ofrecerse a sí mismo con Cristo sacerdote y víctima. A este oficio “ha de corresponder, de parte de Cristo con el sacerdote y del sacerdote con Cristo, una amistad interior tan estrecha, y una semejanza de costumbres, y un amor y aborrecer de una misma manera, y, en fin, un amor tan entrañable, que de dos haga uno, para que así se cumpla lo que el Señor dijo: “*Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él*” ((Jn 6,56)”... Divino ha de ser quien trata con la divinidad, y a aquel Señor

se ha de convertir especialmente al cual tantas veces consagra y recibe sacramentalmente”. (12)

“El sacerdote no sólo ha de ser sacrificio, mas holocausto todo entero, ofrecido a Dios y quemado con el fuego del amor divino en honor de Dios;”(13). Por ello, pide San Juan de Ávila “que aquel Señor, que es fuente de lumbre y que tantas veces viene a su casa, le hinche de tanta santidad, que los rayos de ella le salgan al sacerdote por los ojos, por la boca, por el andar, por la honestidad, y todo ello declare que es arca del testamento de Dios, relicario de Dios; y tan lleno de su gusto, que... el que lo oyere, hablare o mirare, sienta en sí mismo aquella fuerza divina que en aquel sacerdote está. Y esto es ser sal de la tierra”. (13)

La intención del Señor fue que el sacerdote sea signo de Cristo; “y la misa representación es de su sagrada pasión, de esta manera: que el sacerdote, que en el consagrar y en los vestidos sacerdotales representa al Señor en su pasión y en su muerte, que le represente también en la mansedumbre con que padeció, en la obediencia, aun hasta la muerte de cruz; en la limpieza de la castidad, en la profundidad de la humildad, en el fuego de la caridad, que haga al sacerdote rogar por todos con entrañables gemidos y ofrecerse a sí mismo a pasión y muerte por el remedio de ellos, si el Señor le quisiere aceptar. Y, en fin, ha de ser la representación tan verdadera, que el sacerdote se transforme en Cristo.” (26)

El buen sacerdote es un paraíso terrenal en medio del cual está plantado el árbol de vida que es Jesucristo nuestro Señor, metido en sus entrañas, dándole vida, y vida que nunca se acaba. Es el huerto regado por el agua del Espíritu, cuyo fruto presente es la paz para sí y para toda la Iglesia y después la vida eterna. (cf. 14)

32. Ascensión del Señor

V CENTENARIO DE LA CATEDRAL NUEVA

Queridos hermanos: en esta celebración actualizamos el misterio de la vida del Señor que la fe de la Iglesia ha confesado desde el principio en el credo de los apóstoles con estas palabras: *“subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre Todopoderoso”*.

El Evangelio de hoy dice: *“Y mientras los bendecía se separó de ellos, subiendo al cielo”*. Es muy significativo que esta referencia a la ascensión de Jesús al cielo esté puesta en el Evangelio de Lucas en relación con dos hechos fundamentales: el primero es que la ascensión es la consumación de cuanto estaba anunciado en las escrituras sobre la muerte y resurrección de Jesús; el segundo es la relación causal establecida entre la ascensión de Jesús al cielo y el envío del Espíritu Santo para que los apóstoles puedan realizar su misión de ser testigos del Evangelio y predicar la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén.

Es oportuno recordar también las referencias del Evangelio de Juan a la vuelta de Jesús al Padre y a la promesa de enviar desde el Padre el Espíritu Santo, para que conduzca a sus discípulos al conocimiento de la verdad plena y los mantenga en el recuerdo y la guarda de su palabra por amor. Así el Padre y el Hijo harán morada en ellos y les harán capaces de mostrar a todos que son discípulos de Jesús por el testimonio de su amor.

El relato más amplio y explícito de los Hechos de los Apóstoles contiene también las dos referencias esenciales que hemos descubierto en el Evangelio.

La primera parte del texto hace referencia a las apariciones de Jesús resucitado durante cuarenta días y a la enseñanza a sus apóstoles sobre el reino de Dios, para que se convencieran de que estaba vivo y comprendieran el significado de su victoria sobre la muerte. En consecuencia, entenderían el sentido de la misión que ellos mismos habrían de continuar por encargo el Señor.

La segunda parte del texto explicita más lo relativo a la espera del Espíritu Santo, con el que debían ser bautizados todos los discípulos de Jesús. El relato se prolonga con la referencia a la misión de la Iglesia para restaurar el reino de Israel en una forma nueva, cuya consumación no toca a los discípulos conocer, pero cuyo comienzo sí que es obra de ellos, con la fuerza del Espíritu Santo: *“Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo”*.

“Dicho esto, lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista”.

Una vez referido tan sobriamente el hecho de la ascensión, el relato de los Hechos de los Apóstoles se refiere a la misión futura de los apóstoles: Dos mensajeros del cielo les sacan de su asombro inoperante con esta pregunta: *“¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo”*. La misión de los apóstoles es una responsabilidad ante el Señor, que vendrá un día, que sólo el Padre conoce, a consumir su obra y someter a juicio definitivo a la historia humana, a la Iglesia y al mundo, pidiendo cuenta de la respuesta al amor con que Dios nos ha amado y del uso de la libertad que del amor de Dios procede.

La lectura de la carta a los efesios explicita otro aspecto esencial del significado de la ascensión. Jesús, ha ascendido al cielo y ha recibido el poder que el Padre le ha concedido. Pero este poder consiste en hacer partícipes de su triunfo a todos aquellos por los cuales ha entregado su vida. El Espíritu Santo nos da la capacidad de reconocer en Jesús sentado a la derecha del Padre la esperanza de la gloria a la que Dios nos llama. Cristo está en el cielo como cabeza del cuerpo destinado a participar de la misma plenitud de su salvador. El Hijo de Dios no había dejado al Padre al vivir como hombre entre nosotros, ni ha abandonado a sus discípulos al volver a la gloria del Padre. Por ello, el apóstol Pablo proclamó con gran convicción que, en esperanza, Dios nos ha sentado con Cristo a la derecha de Dios. Somos, pues, ciudadanos del cielo y nuestra aspiración suprema es la búsqueda del Reino de Dios y su justicia, es decir, reproducir la imagen de Jesús; la necesidad de los bienes de la tierra no nos agobia, sino que la confiamos a la pro-

videncia amorosa de Dios, que alimenta también a los pájaros del cielo y viste de esplendor a las flores del campo.

Con esta esperanza cierta, y con la seguridad de que el Señor, con el don de su Espíritu, estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo, no nos quedamos ensimismados mirando al cielo, sino que nos ponemos en marcha por los caminos del mundo para anunciar el Evangelio con todos los medios, antiguos y nuevos, y con las nuevas posibilidades que la ciencia y la tecnología de la comunicación ponen a nuestra disposición. Así nos lo recuerda hoy la Iglesia con la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. A este propósito es motivo de esperanza la iniciativa de una jornada de oración a través de las redes sociales lanzada por un grupo de jóvenes católicos españoles con un seguimiento multitudinario.

La Ascensión de Jesús al cielo prelude la forma nueva de instauración del reino de Dios. Por la acción del Espíritu Santo y la misión de la Iglesia ha llegado la hora de dar a Dios Padre el verdadero culto en espíritu y en verdad, que no está vinculado a un lugar o templo material, porque Dios es espíritu. El nuevo templo espiritual es el propio cuerpo de Jesús, destruido por la muerte, levantado en tres días por su resurrección y ascendido a la derecha de Dios para participar de su gloria. Y a este Cristo el Padre de la gloria *“lo dio a la Iglesia como cabeza... Ella es su cuerpo”* (Ef 1,22-23). Así, el Cuerpo de Cristo es santuario y templo espiritual en una doble forma de existencia celestial y terrena.

Por su resurrección y ascensión, Cristo ha entrado en el cielo como en un nuevo y auténtico santuario *“para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros”* (Heb 9, 24). Es la ciudad santa, la nueva Jerusalén del cielo, en la que habita la gloria de Dios, cuyos cimientos son los doce apóstoles del Cordero (cf. Ap 21, 10-14). En esta ciudad no hay santuario, *“pues el Señor, Dios Todopoderoso, es su santuario, también el Cordero”* (Ap 21, 22).

En virtud de la sangre de Jesús, que se ha hecho para nosotros camino nuevo y vivo hacia el Padre, la carta a los Hebreos nos indica que tenemos libertad para entrar a su santuario y nos exhorta: *“acer-*

quémonos con corazón sincero y llenos de fe... y con el cuerpo lavado en agua pura" (Heb 10,22).

La Iglesia que tiene a Cristo como Cabeza es su Cuerpo y nuevo templo del Espíritu, construido sobre *"la piedra que desecharon los constructores"*, que *"se ha convertido en piedra angular"*. Acercándose *"al Señor, la piedra viva... escogida y preciosa ante Dios"*... los renacidos del agua y del Espíritu, *"como piedras vivas"*, entran *"en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado, para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo"* (1 Pe 2, 4-5).

El Apóstol Pablo ha completado esta enseñanza diciendo a los corintios: *"Sois edificio de Dios"*, construido sobre el cimiento de Cristo. *"Sois templo de Dios"*... *"y el Espíritu de Dios habita en vosotros"*. (1 Cor 3, 9.11.16). Y ha recordado a los cristianos de Éfeso: *"Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él también vosotros os vais integrando en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu"* (Ef 2, 20-22).

El culto en espíritu y en verdad es el que Jesús ha ofrecido al Padre, según declara la carta a los Hebreos: *"Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo... He aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad"* (Heb 10, 6-7). Y este culto se hace actual en la eucaristía, que Jesús instituyó y nos mandó celebrar en memoria de la entrega de su cuerpo por nosotros y de la nueva alianza sellada con su sangre para el perdón de los pecados (cf. 1 Cor 11, 23-25; Mt 26, 28). *"Por eso - escribe san Pablo - cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva."* (1 Cor 11, 26).

La eucaristía ofrece a los fieles el acceso a las fuentes de la vida cristiana en la escucha de la Palabra de la verdad y en la comunión del pan de la vida; y les hace posible llevar a plenitud su vocación sacerdotal y su culto en espíritu y en verdad, según la exhortación del apóstol Pablo en la carta a los romanos: *"Os exhorto, pues, hermanos,...a que*

presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro sacrificio espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Rom 12, 1-2).

El misterio del cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo, encuentra su representación simbólica en el edificio visible de la catedral, templo primero de la Iglesia diocesana, en el que la comunidad de los fieles, con sus presbíteros, es reunida por su Obispo en el Espíritu Santo, por medio del Evangelio y la Eucaristía, para constituir una Iglesia particular, en la que está presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica (cf. ChD 11). Por ello, la catedral es el lugar visible primero del culto de la Iglesia particular en espíritu y en verdad, a través del cual es santificada y edificada en el Espíritu como cuerpo de Cristo; por ello, la catedral es la casa madre de la Iglesia diocesana y símbolo de comunión con la Iglesia universal.

Como piedras vivas del templo del Espíritu, damos gracias a Dios por el don de esta Catedral y le presentamos en esta Eucaristía toda nuestra existencia para que la santifique y la acepte como sacrificio espiritual, en honor y alabanza de su gloria.

33. Homilía en la ordenación diaconal de Ignacio Moneo

Queridos sacerdotes concelebrantes. Querido Ignacio. Queridos padres y familiares. Queridos hermanos todos:

Cuántos participamos en esta celebración nos unimos en acción de gracias a Dios que nos ha elegido para ser santos e intachables por el amor y nos ha destinado a ser sus hijos, librándonos de nuestros pecados por la sangre de Cristo y marcándonos con el sello del Espíritu Santo (cf Ef 1, 3-14). Así nos ha hecho miembros del Cuerpo de Cristo, Templos de su Espíritu y Pueblo de su propiedad. Hoy confesamos con

gozo que somos un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para anunciar las proezas del que nos ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa (cf 1 Pe 2, 9)

Esta confesión de fe en nuestra condición de pueblo sacerdotal de Dios nos prepara a vivir con mayor intensidad en esta celebración el significado del ministerio del diaconado, que va a recibir nuestro hermano Ignacio mediante el sacramento del Orden. A la vez, nos dispone a unirnos a su acción de gracias, dejando resonar en nuestro corazón el eco de la palabra del Señor a sus discípulos: *“No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis deis fruto, y vuestro fruto permanezca.”* (Jn 15, 16).

El diaconado es el grado primero del sacramento del orden. Se confiere por el Obispo mediante la imposición de las manos y la plegaria de consagración, cuya parte esencial es la siguiente: **“ENVÍA SOBRE ÉL, SEÑOR, EL ESPÍRITU SANTO, PARA QUE FORTALECIDO CON TU GRACIA DE LOS SIETE DONES DESEMPEÑE CON FIDELIDAD EL MINISTERIO.”** Por tanto, el sacramento del diaconado es causado por la infusión del Espíritu Santo.

Fortalecido con el don del Espíritu Santo, el diácono queda consagrado y capacitado para ayudar al Obispo y a su presbiterio en el anuncio de la palabra de Dios, en el servicio del altar y en el ministerio de la caridad.

Como ministro del altar, en la celebración de la Eucaristía proclamará el Evangelio, preparará el sacrificio y repartirá a los fieles el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Además, por encargo del Obispo, exhortará a los fieles, enseñándoles la doctrina santa, y anunciará el Evangelio a los no creyentes; presidirá las oraciones, administrará el bautismo, asistirá y bendecirá el matrimonio, llevará el viático a los enfermos y presidirá los ritos exequiales.

Es propio del diácono ejercer el ministerio de la caridad en nombre del Obispo o del párroco. Con el auxilio de Dios debe trabajar de tal modo que se reconozca en él a un verdadero discípulo de aquél que no vino para que le sirvieran sino para servir.

En cuanto a ti, querido Ignacio, que vas a ser ordenado diácono, el Señor te dio ejemplo para que hagas lo que él hizo. En tu condición de servidor de Jesucristo, sigue con libertad la voluntad de Dios y sirve con amor y alegría tanto a Dios como a los hombres. Y como nadie puede servir a dos señores, ten presente que toda impureza o afán de dinero es servidumbre a los ídolos.

Al acceder libremente al Orden del diaconado, al igual que aquellos varones elegidos por los Apóstoles para el ministerio de la caridad, también tú debes dar testimonio del amor de Dios, lleno del Espíritu Santo y de sabiduría. Tendrás por raíz y cimiento la fe. Camina sin mancha e irreprochable ante Dios y ante los hombres, según conviene a un ministro de Cristo y dispensador de los santos misterios. No te dejes arrancar la esperanza del Evangelio, al que debes no sólo escuchar, sino además servir. Muestra en tus obras la palabra de Cristo que proclamas, para que el pueblo cristiano, siguiendo tu ejemplo y vivificado por el Espíritu Santo, sea oblación agradable a Dios. De esta manera, podrás tú salir en el último día al encuentro del Señor, y oír de él estas palabras: “*Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; pasa al banquete de tu Señor*”.

En los comienzos de la Iglesia, los apóstoles confiaron la administración de los bienes comunes y el cuidado de los pobres a siete varones de buena fama y llenos de espíritu y de sabiduría. El mismo libro de los Hechos de los Apóstoles, que nos relata la institución de los diáconos para este servicio de caridad, nos presenta enseguida al diácono Felipe llamado por el Señor a anunciar el Evangelio y bautizar al ministro de la reina de Etiopía, según hemos escuchado en la segunda lectura. En estos dos relatos queda configurado en su conjunto el oficio del diácono. El servicio de amor acredita para el anuncio del Evangelio; pues, por el amor conocerán todos que somos discípulos del Señor. El oficio de la caridad lleva a la misión de anunciar del Evangelio; el amor se hace palabra de vida.

Hoy, querido Ignacio, la Iglesia te ha juzgado apto para el orden del diaconado, en camino a la meta del orden sacerdotal. Y a través de la mediación materna y sacramental de la Iglesia es Dios mismo el que te elige, te llama y te consagra con el Espíritu Santo para que la luz de

Cristo brille en tu corazón y en tu ministerio diaconal y des a conocer a todos la gloria de Dios, reflejada en Cristo. Para eso tienes que ser tu mismo, como Cristo, reflejo de la gloria de Dios y de su amor paternal a todos sus hijos. De este amor de Dios, y de la manifestación de este amor en Cristo, has sido llamado a dar testimonio con tu vida y con tu predicación del Evangelio. Este es un gran tesoro que Dios te confía y que tú acoges con la humildad de saber que eres una frágil vasija de barro y que la fuerza para el testimonio del amor es de Dios y no proviene de ti mismo.

La misión de anunciar la Palabra de Dios ya viene expresada en el rito de ordenación del diácono mediante la entrega del libro de los Evangelios con estas palabras: “Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; conviértete en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado”. A ti, querido Ignacio, te corresponderá la función de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Transmite a todos la palabra de Dios que has recibido con alegría. Que tu enseñanza sea alimento para el pueblo de Dios; que tu vida sea un estímulo para los discípulos de Cristo, a fin de que con tu palabra y tu ejemplo se vaya edificando la Iglesia de Dios.

El texto leído del Evangelio de Juan nos ha narrado la presentación que Jesús hizo de sí mismo como el buen pastor, que da la vida por las ovejas. Da la vida a todas y de forma personalizada a cada una de ellas, porque a todas y a cada una las conoce y las ama; y a todas y a cada una se ha dado a conocer, para que ellas también le amen. Así, Jesús es el Buen Pastor que guía hacia la comunión de amor con el Padre a todos aquellos que el mismo Padre le ha encomendado guardar.

Jesús ha aclarado que Él es amado por el Padre, porque entrega su vida por las ovejas, en cumplimiento del mandato recibido del Padre. En efecto, Jesús entrega su vida libremente, por amor fiel y obediente al Padre, y por amor hasta el extremo a todos los hijos del Padre dispersos. Y Dios Padre, por su parte, ama a este Buen Pastor y lo ha resucitado; lo ha hecho vivir con Él para siempre. Así, el Buen Pastor está intercediendo ante el Padre como sacerdote eterno y le presenta sin cesar su sacrificio sacerdotal para el perdón de los pecados y para dar la vida eterna a cuantos crean en Él y permanezcan en su amor.

El sacerdocio de Jesucristo se puede comprender así de una forma sencilla y cercana con la imagen del Buen Pastor que da la vida por las ovejas. Y el ministerio de los diáconos es como un oficio de zagal, que colabora con el pastor en el cuidado del rebaño, y que debe ejercerse según la imagen y modelo del Buen Pastor. También el servicio cotidiano, que todo fiel cristiano está llamado a prestar a los hermanos por amor, es una forma de ejercer su sacerdocio común de los fieles, como participación en el sacerdocio del Buen Pastor.

La bondad del Buen Pastor se expresa en su forma de relación con las ovejas: él gasta del todo y entrega su vida por las ovejas, porque cotidianamente vive con ellas, se compromete personalmente con cada una e incluso se expone a perder la propia vida para protegerlas. Jesús no es un funcionario que desempeña su trabajo a cambio de recibir un salario determinado, sin llevar verdaderamente a las ovejas en su corazón; no, él es un pastor auténtico. Así pues, su vida se basa en buscar el bien de las ovejas hasta compartir la vida entera con la propia grey. En definitiva, el pastor bueno ha venido para servir. Su autoridad reside en hacer crecer a cuantos le son encomendados; su tarea estriba en ayudarlos a vivir en plenitud; la modalidad de su servicio consiste en gastar la propia vida hasta el fin por aquellos que el Padre le ha dado.

Como los primeros apóstoles, la Iglesia de hoy continúa la misión de anunciar el Evangelio, para que todos puedan reconocer que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos y lo ha constituido en piedra angular de la edificación de su reino: *“ningún otro puede salvar y bajo el cielo no se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos”*. El Papa Francisco ha exhortado a los pastores actuales a ser en medio de su rebaño “pastores con olor a oveja”, que salen a darse y a dar el Evangelio a los demás en las “periferias”, “donde hay sufrimiento, hay sangre derramada, ceguera que desea ver, donde hay cautivos de tantos malos patrones”.

Queridos hermanos: Jesús es el pastor de nuestras vidas y cada uno de nosotros está llamado a interrogarse sobre su relación con Él como Buen Pastor, que le ha dado su vida. Esta relación surge de la escucha y el conocimiento; ha de ser una relación viva y eficaz, que lleva a participar en la relación entre el Padre y el Hijo, que Jesús ha

descrito con estas frases: “*El Padre me conoce y yo conozco al Padre*”; “*yo conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen*”. Conocer al Padre nos hace posible conocer a sus hijos y cuidar de ellos como hermanos. Actuando así seremos reconocidos y amados como buenos pastores y como buenos testigos del Evangelio.

El Buen Pastor nos da cada día su vida en la Eucaristía. El mismo Jesús que nos dice: “*Yo soy el Buen Pastor*”, nos invita a su cena pasqual diciendo: “*Yo soy el pan de la vida*”. “*El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él*”; “*tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día*” (Jn 6, 48. 54.56). Por ello, la Eucaristía es la fuente de donde mana el servicio de amor del diácono y la meta a la que lleva a sus hermanos con toda su actividad.

34. Vigilia de Pentecostés

La escena de la profecía de Daniel es un reflejo de la historia de Israel en el destierro en Babilonia. El texto es parte de la oración de Azarías en medio del fuego, en el horno al que había sido arrojado, junto con sus compañeros Misael y Ananías, por desobedecer la orden de adorar la estatua de oro erigida por el rey Nabucodonosor (Dan 3,1). Esta estatua conmemoraba la ruina de Jerusalén.

La oración de Azarías expresaba la realidad del pueblo de Dios en el exilio: el más pequeño de todos los pueblos, humillado a causa de sus pecados; sin príncipes ni profetas; sin templo donde ofrecer sacrificios ni ofrendas para alcanzar misericordia. Sólo pueden ofrecer a Dios como sacrificio su corazón arrepentido y su espíritu humilde; y lo ofrecen con la confianza de no quedar defraudados, pues respetan la ley su Dios de todo corazón y buscan su rostro con tal decisión, que no han dudado en perder su vida en el fuego por mantener la fidelidad a su Dios.

La respuesta de Dios a este acto de confianza la narra el mismo libro de Daniel en estos términos: *“La llama se elevaba más de veinte metros por encima del horno; se expandió y abrasó a los caldeos que halló alrededor del horno. Pero el ángel del Señor descendió al horno con Azarías y sus compañeros y sacó la llama de fuego fuera del horno; formó en el centro del horno una especie de viento como rocío que soplabá, y el fuego no les tocó en absoluto, ni les hizo daño ni les causó molestias”* (Dan 3,47-50).

Dios se introduce en el horno por medio de su ángel y con la ayuda del viento transformó el fuego abrasador en un fuego semejante al de la zarza ardiente, que arde sin consumirse (cf. Ex 3, 2) y es signo de la permanente presencia misteriosa de Dios en medio de su pueblo elegido por amor.

En las mismas circunstancias del destierro, Dios hizo llegar a su pueblo una promesa de salvación por medio del profeta Isaías, ungido por el Espíritu de Dios: *“El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad; para proclamar un año de gracia de nuestro Dios”* (Is 61, 1-2).

Con este pregón anuncia el profeta un año jubilar de liberación y de gracia, que restablecerá la justicia de Dios en el pueblo de la alianza, haciendo de nuevo de él un pueblo santo, que le honre con los labios y con el corazón, purificado por el agua y el espíritu, en el cual tiene aposento y comprensión la ley del Señor, según la formulación de los profetas Ezequiel y Jeremías (Ez 36, 24-28; cf. Jer 31, 33-34). De esta forma indican los profetas que la liberación que necesita el pueblo desterrado no es sólo una vuelta a la tierra por obra de un decreto real; no es solo una restauración social y política, sino una restauración espiritual desde lo más profundo de los corazones por una nueva alianza en el espíritu.

Y la llegada del tiempo de esta nueva alianza de gracia del Señor, que trae la salvación a todos los hombres, es lo que anuncia Jesús en la sinagoga de Nazaret, declarando cumplida en él y en su misión la

profecía de Isaías que acaba de proclamar. Y ello, por obra del Espíritu del Señor, que “*está sobre mí, porque él me ha ungido*”. Desde el día de Pentecostés la misión de Jesús la llevan a cabo los discípulos a los que infunde su mismo Espíritu.

En Pentecostés el Espíritu Santo se manifiesta como fuego en forma de lenguas. Su llama descendió sobre los discípulos reunidos, se encendió en ellos y les dio el nuevo ardor de Dios, que se convierte en lenguaje ardiente de anuncio del Evangelio de la salvación en Jesucristo. Se realiza así lo que había predicho el Señor Jesús: “*He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!*” (Lc 12, 49). Los Apóstoles, junto a los fieles de las distintas comunidades, han llevado esta llama divina hasta los últimos confines de la tierra; han abierto así un camino para la humanidad, un camino luminoso, y han colaborado con Dios, que con su fuego quiere renovar la faz de la tierra. ¡Qué distinto este fuego del de las guerras y las bombas! ¡Qué distinto el incendio de Cristo, que la Iglesia propaga, respecto a los que encienden los dictadores de toda época, desde Nabucodonosor hasta hoy, que dejan detrás de sí tierra y vidas quemadas! El fuego de Dios, el fuego del Espíritu Santo, es el de la zarza que arde sin quemarse (cf. Ex 3, 2). Es una llama que arde, pero no destruye; más aún, ardiendo hace emerger la mejor parte del hombre, su fondo más verdadero, su vocación a la verdad y al amor.

La llama del Espíritu Santo realiza una transformación y, por tanto, debe consumir en el hombre las escorias que lo corrompen y obstaculizan sus relaciones con Dios y con el prójimo. Por eso, este efecto del fuego divino nos asusta; tenemos miedo de que nos “quememos” y preferiríamos permanecer tal como somos. Este temor es consecuencia del hecho de que muchas veces nuestra vida está proyectada según la lógica del tener, del poseer, y no del darse. Muchas personas creen en Dios y admiran la figura de Jesucristo, pero cuando se les pide que pierdan algo de sí mismas, se echan atrás, tienen miedo de las exigencias de la fe. Existe el temor de tener que renunciar a algo bello, a lo que uno está apegado; el temor de que seguir a Cristo nos prive de la libertad, de ciertas experiencias gratificantes, de una parte de nosotros mismos.

Por un lado, queremos estar con Jesús, seguirlo de cerca; y, por otro, tenemos miedo de las consecuencias que eso conlleva.

Por eso, queridos hermanos, cuánto necesitamos que el Señor Jesús nos siga diciendo lo que repetía a menudo a sus amigos: **“No tengáis miedo”**. Como Simón Pedro y los demás discípulos, debemos dejar que su presencia y su gracia transformen nuestro corazón, siempre sujeto a las debilidades humanas. Debemos saber reconocer que perder algo, más aún, perderse a sí mismos por el Dios verdadero, el Dios del amor y de la vida, en realidad es ganar, volverse a encontrar más plenamente. Quien se encomienda a Jesús experimenta ya en esta vida la paz y la alegría del corazón, que el mundo no puede dar, ni tampoco puede quitar una vez que Dios nos las ha dado. Por lo tanto, vale la pena dejarse tocar por el fuego del Espíritu Santo. El dolor que nos produce es necesario para nuestra transformación. En el lenguaje de Jesús el “fuego” es una representación del misterio de la cruz, sin el cual no existe cristianismo. Por eso, iluminados y confortados por estas palabras de vida, elevamos nuestra invocación: ¡Ven, Espíritu Santo! ¡Enciende en nosotros el fuego de tu amor! Sabemos que esta es una oración audaz, con la cual pedimos ser tocados por la llama de Dios; pero sabemos sobre todo que esta llama, y sólo ella, tiene el poder de salvarnos. Necesitamos el fuego del Espíritu Santo, porque sólo el Amor redime. Sólo encendidos con el fuego del Espíritu seremos capaces de defender nuestra vida en este mundo sin perder la eterna que Dios nos quiere dar.

35. Pentecostés

En la celebración de Pentecostés profesamos nuestra fe en la presencia y en la acción del Espíritu Santo en nosotros, en la Iglesia y en el mundo entero. Y, a la vez, pedimos la continua y renovada efusión del don del Espíritu, que se dio en el primer Pentecostés.

Hoy hacemos nuestra con especial intensidad la invocación de la Iglesia: ¡*Ven, Espíritu Santo!* Esta invocación está en sintonía con la voluntad de Jesús, que pidió y pide continuamente al Padre el don del Espíritu para sus amigos. De esta oración de Cristo nos habla el Evangelio de Juan en el contexto de la última Cena, cuando el Señor Jesús dijo a sus discípulos: “*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad.*” (Jn 14, 15-16).

Esta oración de Jesús se inicia en la cena, se completa en la cruz y se continúa también en el cielo, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre. Jesús, de hecho, siempre vive su sacerdocio de intercesión en favor del pueblo de Dios y de la humanidad y, por tanto, reza por todos nosotros pidiendo al Padre el don del Espíritu Santo. Y esta oración se ha mostrado eficaz desde el principio: El Espíritu Santo es el primer y principal don que Jesús nos ha obtenido con su Resurrección y Ascensión al cielo.

El relato de Pentecostés en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* presenta “la nueva etapa” que la obra de Dios inició con la resurrección de Cristo para la salvación del hombre, de su historia y del cosmos. Del Hijo de Dios muerto, resucitado y vuelto al Padre brota ahora sobre la humanidad, con energía nunca antes dada, el soplo divino, el Espíritu Santo.

Y ¿qué fruto da esta nueva y potente comunicación de Dios? Pentecostés es la fiesta de la unión, de la comprensión y de la comunión humana. Todos podemos constatar cómo en nuestro mundo, aunque estemos cada vez más cercanos físicamente los unos a los otros, gracias al desarrollo de los medios de transporte y de comunicación, la comprensión y la comunión entre las personas a menudo es superficial y difícil. Persisten y aumentan desequilibrios que con frecuencia llevan a conflictos; el diálogo entre las generaciones es complicado y a veces prevalece la contraposición; asistimos a sucesos diarios en los que nos parece que los hombres se están volviendo más agresivos y huraños; comprenderse parece demasiado arduo y se prefiere buscar el propio yo, los propios intereses. En esta situación, ¿podemos en verdad encontrar y vivir la unidad que tanto necesitamos?

La narración de Pentecostés en los Hechos de los Apóstoles tiene como fondo uno de los grandes cuadros que encontramos al inicio del Antiguo Testamento: la historia de la construcción de la torre de Babel (cf. Gn 11, 1-9). Pero, ¿qué es Babel? Es un reino en el que los hombres alcanzaron tanto poder que pensaron que podían construir por sí mismos un camino que llevara al cielo, para abrir sus puertas y ocupar el lugar de Dios. Pero mientras los hombres estaban trabajando juntos para construir la torre, se dieron cuenta de que estaban construyendo unos contra otros. Mientras intentaban ser como Dios, vieron que corrían el peligro de ya no ser ni siquiera hombres, porque habían perdido la capacidad de entenderse, ponerse de acuerdo y actuar juntos.

Este relato bíblico contiene una verdad perenne; lo podemos ver a lo largo de la historia, y también en nuestro mundo. Con el progreso de la ciencia y de la técnica hemos alcanzado el poder de dominar las fuerzas de la naturaleza, de manipular los elementos, de fabricar seres vivos, llegando casi al ser humano mismo. En esta situación, orar a Dios parece algo superado, inútil, porque nosotros mismos podemos construir y realizar todo lo que queremos. Pero no caemos en la cuenta de que estamos reviviendo la misma experiencia de Babel. Es verdad que hemos multiplicado las posibilidades de comunicar, de tener informaciones, de transmitir noticias, pero ¿podemos decir que ha crecido la capacidad de entendernos o quizá, paradójicamente, cada vez nos entendemos menos? ¿No parece insinuarse entre los hombres un sentido de desconfianza, de sospecha, de temor recíproco, hasta llegar a ser peligrosos los unos para los otros? Volvemos, por tanto, a la pregunta inicial: ¿puede haber verdaderamente unidad, concordia? Y ¿cómo?

Encontramos la respuesta en la Sagrada Escritura: sólo puede existir la unidad con el don del Espíritu de Dios, el cual nos dará un corazón nuevo y una lengua nueva, una capacidad nueva de comunicar. Esto es lo que sucedió en Pentecostés. Esa mañana, un viento impetuoso sopló sobre Jerusalén y la llama del Espíritu Santo bajó sobre los discípulos reunidos, se posó sobre cada uno y encendió en ellos el fuego divino, un fuego de amor, capaz de transformar. El miedo desapareció, el corazón sintió una fuerza nueva, las lenguas se soltaron y comenza-

ron a hablar con franqueza, de modo que todos pudieran entender el anuncio de Jesucristo muerto y resucitado.

El día de Pentecostés, donde había heridas y divisiones, **el Espíritu crea unidad y comprensión**. Se pone en marcha un proceso de reunificación entre las partes de la familia humana, divididas y dispersas; las personas que compiten o entran en conflicto entre sí, al ser transformadas por el Espíritu de Cristo, se abren a la **experiencia de la comunión en la Iglesia**. Este es el efecto de la obra de Dios: **la unidad**; por eso, la unidad es el signo de reconocimiento, la “tarjeta de visita” de la Iglesia a lo largo de su historia universal.

Pero la unidad creada por el Espíritu Santo no es una especie de uniformidad obligatoria. Desde el principio, la Iglesia habla todas las lenguas. En Pentecostés, los Apóstoles hablan lenguas distintas de modo que cada uno comprenda el mensaje en su propio idioma. La unidad del Espíritu se manifiesta en la pluralidad de la comprensión del mismo mensaje.

De estos principios se deriva un criterio de discernimiento para la vida cristiana: cuando una persona, o una comunidad, se encierra en sí misma, en su modo de pensar y de actuar, es señal de que se ha alejado del Espíritu Santo. El camino de los cristianos, de las comunidades y de las Iglesias particulares siempre debe confrontarse con el de la Iglesia una y universal, y tiene que buscar armonizarse con él. La Iglesia es por naturaleza una y múltiple, destinada como está a vivir en todas las naciones, en todos los pueblos, y en los contextos sociales más diversos. Sólo responde a su vocación de ser signo e instrumento de unidad de todo el género humano (cf. LG 1) si permanece autónoma respecto de cualquier Estado y de cualquier cultura particular. Siempre y en todo lugar la Iglesia debe ser verdaderamente católica y universal, la casa de todos en la que cada uno puede encontrar su lugar.

En el relato de los *Hechos de los Apóstoles*, la universalidad de la Iglesia se expresa con la lista de los pueblos, según la antigua tradición: “Partos, medos, elamitas... romanos, cretenses y árabes”. Se puede observar aquí que san Lucas va más allá del número 12, que siempre expresa ya una universalidad. Mira más allá de los horizontes de Asia y

del noroeste de África, y añade otros tres elementos: los “romanos”, es decir, el mundo occidental; los “judíos y prosélitos”, comprendiendo de modo nuevo la unidad entre Israel y el mundo; y, por último, “cretenses y árabes”, que representan a Occidente y Oriente, islas y tierra firme. Esta apertura de horizontes confirma la nueva unidad que realiza Cristo entre todos los hombres y naciones; el Espíritu Santo abarca hombres y pueblos y, a través de ellos, supera muros y barreras.

En Pentecostés el Espíritu Santo se manifiesta como fuego en forma de lenguas. Su llama descendió sobre los discípulos reunidos, se encendió en ellos y les dio el nuevo ardor de Dios, que se convierte en lenguaje ardiente de anuncio del Evangelio de la salvación en Jesucristo. Se realiza así lo que había predicho el Señor Jesús: “*He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!*” (Lc 12, 49). Los Apóstoles, junto a los fieles de las distintas comunidades, han llevado esta llama divina hasta los últimos confines de la tierra; han abierto así un camino para la humanidad, un camino luminoso, y han colaborado con Dios, que con su fuego quiere renovar la faz de la tierra. ¡Qué distinto este fuego del de las guerras y las bombas! ¡Qué distinto el incendio de Cristo, que la Iglesia propaga, respecto a los que encienden los dictadores de toda época, que dejan detrás de sí tierra quemada! El fuego de Dios, el fuego del Espíritu Santo, es el de la zarza que arde sin quemarse (cf. Ex 3, 2). Es una llama que arde, pero no destruye; más aún, ardiendo hace emerger la mejor parte del hombre, su fondo más verdadero, su vocación a la verdad y al amor.

La llama del Espíritu Santo realiza una transformación y, por tanto, debe consumir en el hombre las escorias que lo corrompen y obstaculizan sus relaciones con Dios y con el prójimo. Por eso, este efecto del fuego divino nos asusta; tenemos miedo de que nos “queme” y preferiríamos permanecer tal como somos. Este temor es consecuencia del hecho de que muchas veces nuestra vida está proyectada según la lógica del tener, del poseer, y no del darse. Muchas personas creen en Dios y admiran la figura de Jesucristo, pero cuando se les pide que pierdan algo de sí mismas, se echan atrás, tienen miedo de las exigencias de la fe. Existe el temor de tener que renunciar a algo bello, a lo que uno está apegado; el temor de que seguir a Cristo nos prive de la libertad,

de ciertas experiencias gratificantes, de una parte de nosotros mismos. Por un lado, queremos estar con Jesús, seguirlo de cerca; y, por otro, tenemos miedo de las consecuencias que eso conlleva.

Por eso, queridos hermanos, cuánto necesitamos que el Señor Jesús nos siga diciendo lo que repetía a menudo a sus amigos: ***“No tengáis miedo”***. Como Simón Pedro y los demás, debemos dejar que su presencia y su gracia transformen nuestro corazón, siempre sujeto a las debilidades humanas. Debemos saber reconocer que perder algo, más aún, perderse a sí mismos por el Dios verdadero, el Dios del amor y de la vida, en realidad es ganar, volverse a encontrar más plenamente. Quien se encomienda a Jesús experimenta ya en esta vida la paz y la alegría del corazón, que el mundo no puede dar, ni tampoco puede quitar una vez que Dios nos las ha dado. Por lo tanto, vale la pena dejarse tocar por el fuego del Espíritu Santo. El dolor que nos produce es necesario para nuestra transformación. En el lenguaje de Jesús el “fuego” es una representación del misterio de la cruz, sin el cual no existe cristianismo. Por eso, iluminados y confortados por estas palabras de vida, elevamos nuestra invocación: ¡Ven, Espíritu Santo! ¡Enciende en nosotros el fuego de tu amor! Sabemos que esta es una oración audaz, con la cual pedimos ser tocados por la llama de Dios; pero sabemos sobre todo que esta llama, y sólo ella, tiene el poder de salvarnos. Necesitamos el fuego del Espíritu Santo, porque sólo el Amor redime. Sólo encendidos con el fuego del Espíritu seremos capaces de defender nuestra vida en este mundo sin perder la eterna que Dios nos quiere dar.

La segunda lectura, de la primera carta de san Pablo a los Corintios, nos muestra que el Espíritu Santo es Aquel que nos hace reconocer en Cristo al Señor, y nos hace pronunciar la profesión de fe de la Iglesia: ***“¡Jesús es Señor!”*** (1 Co 12, 3b). Señor es el título atribuido a Dios en el Antiguo Testamento, porque su nombre propio, “Yahwé”, es tan santo y misterioso que por sumo respeto no se podía pronunciar.

La expresión “Jesús es Señor” significa: Jesús es Dios y, al mismo tiempo, Dios es Jesús. Es decir, Jesús tiene dignidad divina, y Dios tiene el rostro humano de Jesús. Dios se muestra en Jesús, y con ello nos da la verdad sobre nosotros mismos. Llevarnos al reconocimiento de

esta verdad sobre Jesús y sobre nosotros mismos es la obra del Espíritu Santo.

El pasaje evangélico nos presenta al Espíritu Santo como el sopro de Jesucristo resucitado (cf. Jn 20, 22). El evangelista retoma aquí una imagen del relato de la creación, donde se dice que Dios sopló en la nariz del hombre un aliento de vida (cf. Gn 2, 7). El sopro de Dios es vida. Ahora, el Señor sopla en nuestra alma un nuevo aliento de vida, el Espíritu Santo, su más íntimo ser; y de este modo nos indica que el Espíritu de Jesucristo es el mismo Espíritu Creador, que ahora da su aliento de vida a la Iglesia, la crea como familia de Dios y nos acoge en ella como hijos. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, animado por el Espíritu Santo.

El Evangelio de hoy nos deja el testimonio profundamente humano de que *“los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor”* (Jn 20, 20). El Amigo perdido está presente de nuevo, y quien antes estaba turbado se alegra ahora. Pero esas palabras dicen mucho más. Porque el Amigo perdido no viene de un lugar cualquiera, sino de la noche de la muerte; ¡y él la ha atravesado! Él no es uno cualquiera, sino que es el Amigo y al mismo tiempo Aquel que es la Verdad que da vida a los hombres; y lo que da no es una alegría cualquiera, sino la alegría misma, don del Espíritu Santo, que es la causa del perdón de los pecados y la fuente de la paz, que Jesús resucitado entrega a los discípulos (cf. Jn 20, 19).

Se alegraron los discípulos al ver al Señor. Y nosotros hoy, debemos sentir la misma alegría, porque en la fe podemos ver también al Señor; en la fe viene a nosotros y nos enseña las manos y el costado como señal de amistad. Y nosotros nos alegramos también porque nos ha dado a conocer todo lo que el Padre le ha enseñado y nos envía con la fuerza de su Espíritu a continuar la misma misión de reconciliación que él recibió del Padre.

La venida del Espíritu Santo marca el comienzo de la actividad apostólica de la Iglesia y en este día ha sido establecida la Jornada eclesial del apostolado seglar. Con palabras de la Constitución del Vaticano II sobre la Iglesia, recordamos que *“A los laicos pertenece, por*

propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia vocación guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y Redentor” (LG 31).

La dificultad de llevara cabo esta misión es grande en nuestro momento cultural. Por ello, oramos hoy especialmente para que el Espíritu Santo ilumine con su luz y fortalezca a nuestros fieles laicos en su misión en medio del mundo, especialmente a los que han asumido un mayor compromiso público de apostolado por su pertenencia a movimientos de apostolado seglar reconocidos por la Iglesia.

En esta Eucaristía nos unimos a toda la Iglesia en la invocación: ¡Ven Espíritu Santo, ilumina nuestras mentes y transforma nuestros corazones con el fuego de tu amor! ¡Ven, Espíritu Santo, y renueva la faz de la tierra!

36. Corpus

La fiesta del Corpus Christi prolonga la celebración de la institución de la Eucaristía en el Jueves Santo. En la Última Cena, Jesús anticipó el sacrificio de la cruz y se entregó como alimento de nuestra vida en los signos del pan y el vino convertidos en su Cuerpo entregado y su Sangre derramada para el perdón de los pecados. En la celebración

del *Corpus Christi*, este mismo misterio se presenta para la adoración y la meditación del pueblo de Dios; y el Santísimo Sacramento es llevado en procesión por las calles de la ciudad y de los pueblos, para manifestar que Cristo resucitado camina en medio de nosotros y nos alimenta y fortalece en nuestro caminar hacia el reino de los cielos. Lo que Jesús nos dio en la intimidad del Cenáculo, hoy lo manifestamos abiertamente, porque el Sacramento del amor de Cristo está destinado a todos los que creen.

La Palabra de Dios nos ha sugerido una pista para meditar sobre el sacerdocio de Cristo y la Eucaristía a través de la figura de Melquisedec, “sacerdote del Dios altísimo”, que “ofreció pan y vino” y “bendijo a Abram”, cuando volvía de vencer en una batalla. Abraham, por su parte, le dio el diezmo de todo el botín. El salmo responsorial, a su vez, contiene en la última estrofa un juramento de Dios mismo, que declara al Rey Mesías: “Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec” (*Sal* 110, 4). Esta referencia al rito de Melquisedec, que ofreció pan y vino, nos ayuda a comprender que el sentido del sacerdocio de Jesús se revela en la institución de la Eucaristía en la Última Cena. En el gesto de entrega del pan y el vino y en las palabras que lo acompañan se expresa todo el sentido del misterio de Cristo, como lo explica la Carta a los Hebreos en este texto decisivo: “Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que le obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec” (*Heb* 5, 9-10). Así pues, Cristo es sacerdote verdadero y eficaz porque, “en la noche en que fue entregado”, estaba lleno de la fuerza del Espíritu Santo y colmado de toda la plenitud del amor de Dios. Esta fuerza divina es la que transforma la violencia y la injusticia extremas de su pasión y muerte en un acto supremo de amor y de justicia y en la victoria de la resurrección. Esta es la obra del sacerdocio de Cristo, que la Iglesia ha heredado y prolonga en la historia, en la doble forma del sacerdocio común de los bautizados y el ordenado de los ministros, para transformar el mundo con el amor de Dios. A semejanza de Jesús, todos nosotros, sacerdotes y fieles, ofrecemos a Dios el sacrificio de nuestra existencia santificada por el Espíritu de Cristo; todos nos alimentamos de la mis-

ma Eucaristía y nos postramos para adorarla, porque en el Santísimo Sacramento están presentes el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de Jesús, Víctima y Sacerdote, para la salvación del mundo.

La segunda lectura y el Evangelio, en cambio, centran la atención en el misterio eucarístico. De la *Primera Carta a los Corintios* (cf. 11, 23-26) está tomado el pasaje fundamental, en el que san Pablo recuerda a la comunidad el significado y el valor de la “Cena del Señor”, que el Apóstol había transmitido y enseñado, pero que corrían el riesgo de ser mal interpretados.

En la Eucaristía tiene lugar la conversión de los dones de esta tierra, el pan y el vino, con el fin de transformar nuestra vida e inaugurar de esta forma la transformación del mundo. En la Última Cena, Jesús, con el poder de su amor, transformó el sentido de la muerte hacia la cual se dirigía y convirtió la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo y su Sangre. De su oración eucarística brota la fuerza que transforma la realidad en sus dimensiones: la naturaleza, el hombre y la historia. Esta transformación es posible gracias a una comunión más fuerte que la división: la comunión con Dios mismo. Cuando en la Eucaristía recibimos la comunión entramos en comunión con la vida misma de Jesús, que se entrega por nosotros y se nos da a nosotros. El cáliz que bendecimos es comunión de la sangre de Cristo, y el pan que partimos es comunión del cuerpo de Cristo. Y, “porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan” (*I Co* 10, 16-17).

El alimento corporal ordinario es asimilado por nuestro organismo y contribuye a su sustento; en la Eucaristía ocurre algo muy diferente: no somos nosotros quienes asimilamos a Cristo, sino que él nos asimila a sí, para llegar a ser una sola cosa con él y miembros de su cuerpo. En el encuentro que tiene lugar en la comunión eucarística, Cristo nos transforma en Él, abre nuestra individualidad, la libera de su egocentrismo y la inserta en su misma Persona. De este modo, la Eucaristía nos abre también a los demás, nos hace miembros los unos de los otros: ya no estamos divididos, sino que somos uno en él.

La comunión eucarística nos une a cada uno a la persona que tenemos a nuestro lado, y con la cual tal vez ni siquiera tenemos una buena relación, y también a los hermanos lejanos, en todas las partes del mundo. De la Eucaristía, deriva el sentido profundo de la presencia social de la Iglesia. Quien reconoce a Jesús en la Hostia santa, lo reconoce en el hermano que sufre, que tiene hambre y sed, que es extranjero, que está desnudo, enfermo o en la cárcel; y está atento a cada persona, se compromete, de forma concreta, en favor de todos aquellos que padecen necesidad. Del don de amor de Cristo proviene, por tanto, nuestra responsabilidad especial de cristianos en la construcción de una sociedad solidaria, justa y fraterna. Especialmente en nuestro tiempo, en el que la globalización y la crisis nos hacen cada vez más dependientes unos de otros, el cristiano puede y debe hacer que estas relaciones sociales y económicas no se construyan sin Dios, es decir, sin el amor verdadero, que supera el individualismo y evita los atropellos de todos contra todos. El Evangelio y la Eucaristía nos abren los ojos para reconocernos como miembros del mismo cuerpo de Cristo y para aprender a compartir el amor, que en el Sacramento del altar recibimos. Por ello, este día del Corpus Christi es también el Día Nacional de Caridad, que nos invita a colaborar con Cáritas en su atención a los más necesitados.

En el Evangelio de la multiplicación de los panes y los peces dice Jesús a sus discípulos: “Dadles vosotros de comer”. El relato nos indica a quienes los apóstoles han de dar de comer: a la gente a la que Jesús acoge, habla, cura y le muestra la misericordia de Dios; a la gente que escucha a Jesús y lo sigue con alegría porque habla y actúa con verdad y con la autoridad de quien es auténtico y coherente, y revela el rostro de un Dios que es amor.

Esta tarde somos nosotros quienes seguimos a Jesús para escucharlo y entrar en comunión con Él en la Eucaristía. Y es oportuno que nos preguntemos: ¿Cómo sigo yo a Jesús? Él habla en el silencio de la Eucaristía y nos recuerda que seguirlo quiere decir salir de nosotros mismos y hacer de nuestra vida un don para Él y para los demás.

Jesús ordena a los discípulos dar de comer a la multitud porque están en descampado y se hace tarde; y, además, porque ha visto que

la preocupación de los discípulos es despedir a la gente para que vayan a los pueblos cercanos a buscar comida y alojamiento. Es muy significativa la distinta actitud de los discípulos y de Jesús ante la necesidad de la gente: la respuesta de los discípulos es despedirlos y que cada uno piense en sí mismo y se busque su solución como pueda. Y los cristianos hacemos muchas veces lo mismo: no nos hacemos cargo de la necesidad de los otros. En cambio, la actuación de Jesús va en una dirección que sorprende a los discípulos: Dadles vosotros de comer. Pero los discípulos no pueden dar de comer a una multitud con solo cinco panes y dos peces. Ellos sólo distribuyen el alimento que Jesús multiplica para saciar a la multitud.

Esta tarde estamos nosotros en torno a la mesa del Señor, en la cual Él nos da una vez más su Cuerpo y hace presente el sacrificio de la Cruz. Y al escuchar su Palabra y alimentarnos con su Cuerpo y Sangre nos hace pasar de ser una multitud informe a ser una comunidad, nos lleva del anonimato a la comunión fraterna. La Eucaristía es el sacramento de la comunión que nos hace salir del individualismo para vivir juntos el seguimiento de Jesús. Por ello, nos preguntamos de nuevo cada uno: ¿Cómo vivo yo la Eucaristía? ¿La vivo de modo anónimo o como verdadera comunión con el Señor y con todos los hermanos que comparten la misma mesa?

La multiplicación de los panes y los peces nace del poder de Jesús y del compartir los discípulos lo poco que tienen. Estos escasos alimentos en las manos de Jesús sacian el hambre de una multitud. Es por ello necesario poner a disposición de Jesús lo que somos y tenemos, confiados en su Palabra. Y no debemos tener miedo a la solidaridad, porque sólo en el compartir y en el don, nuestra vida será fecunda y dará fruto. Lo poco que somos y tenemos se convierte en riqueza cuando lo compartimos, porque el poder del amor de Dios transforma nuestra pobreza.

Esta tarde nos distribuye el Señor una vez más el pan que es su Cuerpo, para hacernos uno con Él. Con gratitud y humildad nos preguntamos: ¿Me dejo transformar por Él? ¿Dejo que el Señor me guíe a salir cada vez más de mi pequeño recinto y a no tener miedo de dar, de compartir, de amarle a Él y a los otros?

Estamos viviendo una particular experiencia de adoración del Santísimo Sacramento, que vamos a completar en la procesión por las calles de nuestra ciudad. La celebración de la Eucaristía sólo puede expresar su pleno significado y valor si va precedida, acompañada y seguida de esta actitud interior de fe y de adoración. El encuentro con Jesús en la Eucaristía se realiza verdadera y plenamente cuando la comunidad es capaz de reconocer que Él, en el Sacramento, habita su casa, nos espera, nos invita a su mesa, y luego, tras disolverse la asamblea, permanece con nosotros, con su presencia discreta y silenciosa, y nos acompaña con su intercesión, recogiendo nuestros sacrificios espirituales y ofreciéndolos al Padre.

En el momento de la adoración todos estamos al mismo nivel, de rodillas ante el Sacramento del amor. El sacerdocio común y el ministerial se encuentran unidos en el culto eucarístico. Es una experiencia muy bella y significativa, que hemos vivido también en las inolvidables vigiliias con los jóvenes en las Jornadas de la Juventud en Colonia y Madrid. Estos momentos de adoración preparan los corazones al encuentro con Cristo en la celebración de la Eucaristía. La comunión y la adoración no se pueden separar; para comulgar verdaderamente con otra persona debo conocerla, saber estar en silencio cerca de ella, escucharla, mirarla con amor. El verdadero amor y la verdadera amistad viven siempre de esta reciprocidad de miradas, de silencios intensos, elocuentes, llenos de respeto y veneración, de manera que el encuentro se viva profundamente, de modo personal e íntimo.

La adoración del Santísimo Sacramento lleva consigo el reconocimiento de su carácter sagrado. El culto cristiano en espíritu y en verdad tiene su centro en Cristo mismo, en su persona, en su vida, en su misterio pascual. Lo sagrado ha encontrado su plenitud en Jesucristo. Él no ha abolido lo sagrado, sino que lo ha llevado a cumplimiento, inaugurando un nuevo culto, que es plenamente espiritual pero que, mientras estamos en camino en el tiempo, se sirve todavía de signos y ritos, que sólo desaparecerán al final, en la Jerusalén celestial, donde ya no habrá ningún templo (cf. *Ap* 21, 22). Gracias a Cristo, la sacralidad es más verdadera, más intensa, y también más exigente, pues requiere la purificación del corazón y la implicación de la vida. La presencia de

lo sagrado da sentido, hondura, fundamento y valor a la realidad; y la defiende del peligro de ser considerada de forma banal y superficial como algo sometido a la libre manipulación del hombre.

Dios, nuestro Padre, envió a su Hijo al mundo no para abolir, sino para dar cumplimiento también a lo sagrado. Al fin de esta misión, en la última Cena, Jesús instituyó el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, el Memorial de su Sacrificio pascual. Actuando de este modo se puso a sí mismo en el lugar de los sacrificios antiguos, pero lo hizo dentro de un rito, que mandó a los Apóstoles perpetuar, como signo supremo de lo Sagrado verdadero, que es él mismo. Con esta fe, queridos hermanos y hermanas, celebramos hoy y cada día el Misterio eucarístico y lo adoramos como centro de nuestra vida y corazón del mundo.

37. Clausura del 75 Aniversario del Colegio Santa Teresa de Jesús

Señor Párroco de Lourdes, Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, Comunidad educativa del Colegio Santa Teresa de Jesús: Profesores, Alumnos, Padres y personal no docente; queridos hermanos y hermanas.

Cuántos participamos en esta celebración nos unimos en la acción de gracias a Dios al clausurar el 75 aniversario del Colegio Santa Teresa de Jesús, que es uno de los “clásicos” Colegios de la Iglesia en Salamanca, socialmente reconocidos por su antigüedad y por su calidad educativa en el espíritu del Evangelio.

En esta acción de gracias a Dios debemos comenzar por la memoria agradecida del fundador de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, San Enrique de Ossó y Cervelló (1840-1896), cuyo carisma ha impregnado el quehacer académico y evangelizador de este Colegio durante

sus ya largos años de historia y en las más diversas circunstancias culturales y religiosas de la sociedad salmantina.

La fidelidad creativa al propósito fundacional de **restaurar todas las cosas en Cristo** ha hecho posible a este Colegio de Santa Teresa de Jesús llevar a cabo su actividad educativa con espíritu evangélico alimentado en el encuentro con el Señor. En efecto, la enseñanza y el testimonio de vida de Santa Teresa de Jesús modelaron la espiritualidad de San Enrique de Ossó y de las Hermanas de su Compañía en referencia a Cristo como Centro de su vida y de su misión educativa de los niños y los jóvenes, en orden a una eficaz transformación de la sociedad, expresada en el lema: “por los niños a la conquista de los hombres”. “Educar un niño es formar un hombre, educar una mujer es formar una familia”. San Enrique de Ossó, gran pedagogo de la fe, maestro de oración, hombre de contemplación y de acción, dejó marcado a su Compañía el objetivo que él buscó sobre todas las cosas: **“conocer y amar a Jesús y hacerle conocer y amar a todos”**.

En el conocimiento y amor a Jesús habéis encontrado en todos los años de una larga historia la luz orientadora para el discernimiento de la forma de educar más adecuada a cada momento cultural y la fuerza para asumir con gozo y esperanza la abnegada tarea de la educación.

Habéis querido expresar el sentido de este Aniversario con la imagen de la siembra de la semilla del reino de Dios, en continuidad con la misión de anunciar el Evangelio, que el primer y perfecto “Sembrador” encomendó a sus discípulos hasta el fin de los tiempos. Y siempre habéis tenido presente que Jesús siembra la semilla, que es su Palabra, con la entrega de su Vida. En efecto, Jesús se describe a sí mismo y explica su misterio pascual con la imagen del “grano de trigo”: *“si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto”* (Jn 1, 24). Y él mismo aclara a continuación el sentido de esta imagen en esta perspectiva existencial: *“El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna”* (Jn 12, 25). Con esta explicación sugiere Jesús que la siembra de la propia vida es un servicio u oficio de amor.

Nosotros somos el fruto que ha dado en abundancia el grano de trigo, Jesús, caído y muerto en el surco. Y este reconocimiento es la mejor disposición espiritual para dar gracias a Dios en esta Eucaristía, no sólo con palabras sino con la entrega de la propia vida. Nos ayuda a asumir esta disposición a la acción de gracias el testimonio del profeta Isaías, en la primera lectura.

El texto leído es la parte final del capítulo 61, que comienza anunciando la misión del profeta, en orden a la restauración de Israel, en estos conocidos términos, que Jesús se aplicará a sí mismo en la sinagoga de Nazaret: *“El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mi, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad; para proclamar el año de gracia del Señor”* (Is 61, 1). A los agraciados del Señor *“los llamarán...plantación del Señor, para mostrar su gloria”* (Is 61,3), y el Señor hará *“con ellos un pacto perpetuo”* (Is 61, 8). Por ello, comienza ya el texto leído, *“los que los vean reconocerán que son la estirpe que bendijo el Señor”*. Esta bendición de Dios es el fundamento y razón del gozo en el Señor y de la alegría con su Dios; y el contenido de la bendición se describe con diversas imágenes, entre ellas la de *“un jardín que hace brotar sus semillas”* (Is. 61, 11). Con palabras de San Juan de Ávila podemos decir que cada cristiano, bendecido y agraciado con el don del Espíritu de Cristo, es un paraíso terrenal en medio del cual está plantado el árbol de vida que es Jesucristo nuestro Señor, metido en sus entrañas, dándole vida, y vida que nunca se acaba. Es el huerto regado por el agua del Espíritu, cuyo fruto presente es la paz para sí y para toda la Iglesia y después la vida eterna. (Cf. Tratado sobre el sacerdocio, n. 14).

Confesamos que somos la tierra regada por el agua de la acequia de Dios (Sal 65, 10); la tierra empapada, fecundada y llena de frutos por la lluvia de la palabra de Dios (Is 55,10-11); el árbol plantado al borde de la acequia, que da fruto en su sazón y cuyas hojas no se marchitan (Sal 1, 3).

La parábola del grano de mostaza se encuentra en el capítulo 13 de Mateo, que recoge tres parábolas con las que Jesús enseña los misterios del reino de los cielos y nos presenta su predicación del reino con

la imagen del sembrador y de la semilla que es sembrada en el campo. La primera parábola trata de la semilla que cae en diferentes tipos de terreno; con ella describe la acogida o rechazo de sus oyentes a su predicación. Esta parábola es la más importante y de ella dependen las otras dos, la parábola de la cizaña y la del grano de mostaza.

Con la parábola del grano de mostaza expresa Jesús la falta de correspondencia entre la pequeñez y debilidad de los medios empleados y la grandiosidad de los resultados y frutos del anuncio del Evangelio del reino. La semilla de mostaza no alcanza mucho más de 1 mm. de diámetro; la planta, en cambio, puede medir los dos o tres metros de altura. Mateo señala expresamente la diferencia de tamaño entre la semilla y la planta desarrollada. La elección de la imagen del grano de mostaza es muy apropiada para su comparación con el reino de Dios.

¿Qué sugería la parábola a los oyentes primeros y a la comunidad que leía el relato de Mateo? Los oyentes originarios de Jesús pudieron quedar, tal vez, sorprendidos por la elección de la imagen. El pequeñísimo grano de mostaza pudo parecerles inadecuado para significar la grandeza del reino de Dios, que traería consigo el triunfo de Dios sobre sus enemigos y la libertad de su pueblo, Israel. Les habría parecido mejor, tal vez, la comparación del reino de Dios con un árbol grande, por ejemplo con un alto cedro, que es una imagen empleada por el profeta Ezequiel (17,22-24) para designar el reino de Dios y la futura restauración de la realeza de Israel. Pero la lógica de Jesús es distinta; él no toma sus imágenes de los montes del Líbano sino del huerto de legumbres, no habla del árbol más grande sino de la semilla más pequeña. El grano de mostaza es la imagen más apropiada para una comparación por contraste, que chocaba con las ideas corrientes en Israel sobre el reino de Dios, comprendido en perspectiva política triunfalista.

La parábola viene a decir: ¡Lo que vosotros no creéis, se convertirá en el árbol bíblico de Dios! Con la imagen del grano de mostaza está expresando Jesús su propia actividad. El reino de Dios no está en acción con ejércitos celestiales, sino con discípulos terrenos; no en la victoria sobre los romanos, sino en exorcismos y curaciones ocultas. Este comienzo humilde y nada vistoso tendrá precisamente un final glorioso, pero en una perspectiva completamente religiosa distinta.

Para los lectores del evangelio de Mateo, el símil del grano de mostaza no es ninguna sorpresa. Conocen de tiempo atrás las imágenes de la tradición. Ellos saben mucho del comienzo humilde del Hijo del hombre, de su muerte en Jerusalén y de la vida hostigada y angustiada de sus discípulos. De ahí que el significado de la parábola del grano de mostaza sea para ellos la promesa de grandeza y plenitud del futuro reino de Dios en comunión de vida con el Señor resucitado y glorioso.

Queridos hermanos: En la parábola del grano de mostaza se resalta el enorme desarrollo de la semilla y la distancia entre su pequeñez inicial y su grandeza final. Lo mismo sucede con el Reino: en nuestro hoy aparece como una realidad pequeña, pero al final de los tiempos se manifestará su grandeza. El discípulo de Jesucristo debe observar el contraste entre el hoy y el futuro, pero también debe entender que el futuro depende precisamente de la pequeñez de hoy. Pues su Maestro le ha revelado que los criterios de la grandeza y de la apariencia no se deben aplicar al reino de los cielos. La fuerza del Reino no se debe confundir con la fascinación de la grandeza, que se traduce a veces en el número, otras en el prestigio, el poder, etc. Algo tan pequeño es capaz de causar una gran transformación. Y así es: la vida de Jesús era poca cosa, prácticamente desconocida para los historiadores de su tiempo; pero en él, el hombre en el que Dios ha reinado plenamente, se ocultaba la potencia del Reino, ofrecido a toda la humanidad.

Queridas hermanas de la Compañía de la Compañía de Santa Teresa de Jesús: Estáis llamadas por el Señor a seguirle en la paciencia humilde, la sencilla pequeñez de la pobreza evangélica y el retiro de la vida oculta y escondida con Cristo en Dios. Acoged cada día el Reino de Dios siguiendo con amor y libre obediencia a Jesús, el grano de trigo caído en tierra y muerto para dar mucho fruto (cf. Jn 12, 24). Y sed cómo Jesús grano de trigo que se entierra cada día en el servicio educativo a los niños y los jóvenes, para que en ellos recojáis con gozo el fruto de verlos **conocer y amar a Jesús**.

38. Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote

Hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote. Hermanos presbíteros. Queridos hermanos todos.

La fiesta de Jesucristo Sumo Eterno Sacerdote, en este Año de la fe, nos invita a referirnos a la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre el ministerio y vida de los presbíteros, en la cual tiene un lugar importante la reflexión sobre la caridad pastoral como vínculo de unidad entre las diversas actividades del ministerio y, a la vez, como camino para alcanzar la perfección y la alegría del sacerdote en el ejercicio de su *“amoris officium”*, de su oficio de amor. Y en este año de la declaración de san Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia, buscamos una orientación segura en la enseñanza que nos legó en su **Tratado del amor de Dios**⁷.

Este Tratado es una especie de cristología espiritual, donde San Juan de Ávila nos introduce en el misterio de Cristo sacerdote en la perspectiva de su mirada de amor al Padre y a los hombres.

Inicia san Juan de Ávila su escrito afirmando un principio que coincide con la sensibilidad espiritual de hoy, en sintonía con enseñanza del evangelista Juan: **“La causa que más mueve el corazón al amor de Dios es considerar profundamente el amor que nos tuvo Él, y, con Él, su Hijo benditísimo, nuestro Señor”**. “Porque el que hace a otro beneficio, dale algo de lo que tiene; mas el que ama, da a sí mismo con todo lo que tiene, sin que le quede nada por dar.” (n. 1)

De acuerdo con este punto de partida, se propone el Maestro Ávila **hacer ver cómo Dios nos ama**⁸ y recuerda en primer lugar algunos

⁷ El Tratado del amor de Dios fue publicado en 1596, veintisiete años después de la muerte del Maestro.

⁸ “Pues veamos agora, Señor, si Vos nos amáis; y si es así que nos amáis, qué tanto es el amor que nos tenéis. Mucho aman los padres a los hijos; pero ¿por ventura amaisnos vos como padre?” Y para responder a esta pregunta nos remite el testimonio de Jesús: “No hemos nosotros entrado en el seno de vuestro corazón, Dios mío, para ver esto; mas el Unigénito vuestro, que descendió de ese seno, trajo señas de ello (cf. Jn

testimonios de los profetas sobre el amor de Dios a su pueblo, que es más fuerte que el amor de la madre a su hijo y que el amor del esposo a su esposa⁹. Después invita al lector a “**mirar todos los beneficios que Dios te tiene hechos**, porque todos ellos prendas y testimonios de amor... en todo este mundo, que para ti se hizo todo por sólo amor, y todo él y todas cuantas cosas hay en él significan amor, y predicán amor, y te mandan amor” (n.2).¹⁰ Y por último remite a “**las voces que Dios te da en el Evangelio**, diciendo: *En tanta manera amó Dios al mundo, que dio su único Hijo, para que todo el que creyere en Él no perezca, mas alcance vida eterna* (Jn 3,16). Todas éstas son señales de amor, y ésta más que ninguna de todas ellas, como escribe aquel muy amado y amador de Dios, su evangelista San Juan, diciendo: *En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, que nos dio su Hijo para que vivamos por Él* (1 Jn 4,9)”.¹¹

1,1-18), y nos mandó que os llamásemos Padre (cf. Mt 6,9) por la grandeza del amor que nos tenía; y, sobre todo esto, nos dijo que no llamásemos a otro padre sobre la tierra, porque tú solo eres nuestro Padre (Mt 23,9)”. (n. 1)

⁹ “¿Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito, y no tendrá piedad del hijo que salió de sus entrañas? Posible será que se olvide, mas yo nunca me olvidaré de ti porque en mis manos te tengo escrito y tus muros están delante de mí” (Is 49,15-16). “Si el marido echa a su mujer de casa, y, si echada, se junta con otro, ¿Por ventura volverá otra vez a él.? Mas tú has fornicado con cuantos amadores has querido; mas, con todo, vuélvete a mí, dice el Señor, que yo te recibiré” (Jer 3,1-2). (n. 1)

¹⁰ “Echa la cuenta de todos ellos cuántos son, y hallarás que todo cuanto hay en el cielo y en la tierra, y todos cuantos huesos y sentidos hay en tu cuerpo, y todas cuantas horas y momentos vives de la vida, todos son beneficios del Señor. Mira también cuántas buenas inspiraciones has recibido y cuántos bienes en esta vida has tenido; de cuántos peligros en esta vida te ha librado, en cuántas enfermedades y desastres pudieras haber caído si Él no te hubiera librado, que todas éstas son señales y muestras de amor. Hasta los mismos azotes y tribulaciones que envía son argumento de amor, porque son muestras de padre, que castiga todo hijo que recibe (Heb 12,6) para enmendarlo, despertarlo, y purgarlo, y para conservarlo en todo bien.” (n. 2)

¹¹ En el mismo número 3 sigue exponiendo el Maestro: “Y este beneficio con los demás son señales del grande amor que Dios nos tiene y como centellas que salen afuera de aquel abrasado fuego de amor. ¿Qué tanto debe ser mayor aquel fuego escondido, pues las centellas que saltan de él son tan grandes? ¡Oh amor grande, oh amor gracioso, digno de ser gratificado con amor! Danos, Señor, a sentir con todos los santos la alteza y profundidad, la grandeza y largueza de este amor (cf. Ef 3,18), porque por todas partes sea nuestro corazón herido y conquistado de este amor.” (n.3)

Después de evocar el amor de Dios, invita el Maestro Ávila a **mirar el amor que nos tuvo Jesucristo**¹² y explica que siendo “el hombre una criatura tan baja y tan imperfecta...¿qué amor se podrá tener a criatura tan miserable?” (n. 4). Y responde que “no es ésta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor, **porque el amor de Cristo no nace de la perfección que hay en nosotros, sino de lo que Él tiene, que es mirar en el Eterno Padre.**” (n. 4).

Por ello, hace ver el origen y el motivo del amor de Cristo, explicando con detalle **las gracias que por la Santísima Trinidad fueron concedidas a la santísima humanidad de Cristo en el instante de su concepción**¹³; y luego nos invita a mirar “**de tan grandes riquezas como éstas,**

¹² “Veamos agora qué tan grande fuese el amor que nos tuvo ese Hijo que nos diste. No hay lengua alguna que lo baste a decir; porque, como San Pablo dice, la caridad de Cristo excede todo conocimiento y sentido (Ef 3,19).” (n. 4)

¹³ a) Primero se dio “a aquella santísima humanidad el ser divino, juntándola y uniéndola con la divina persona; de manera que a aquella humanidad se le dio el ser de Dios de tal suerte, que podamos decir con verdad que aquel hombre es Dios, Hijo de Dios, y ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Hijo de Dios”. (n. 4)

b) “También se le dio a aquel tan nuevo hombre que fuese Padre universal y Cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud (cf. Col 1,18; 2,9). De manera que Él, en cuanto Dios, es igual al Eterno Padre, y, en cuanto hombre, es Cabeza de todos los hombres; y, conforme a este principado, le dio gracia infinita, para que de Él, como de una fuente de gracia y un mar de santidad, la reciban todos los hombres (cf. Jn 1,16); y Él se llama Santo de todos los santos, no sólo por ser el mayor de todos los santos, pero por ser santificador de todos”. (n. 4)

c) Además se le dio “otra gracia particular para la santificación y perfección de su vida” y “todas las gracias...de hacer milagros”. “Y, sobre todo, le fue dado... que viese luego la esencia divina y conociese claramente la majestad y gloria del Verbo con que fue ajuntada; y así viendo, fuese bienaventurada y llena de toda gloria esencial cuanto agora tiene a la diestra de Dios Padre (cf. Hch 5,31)”. (n. 4)

Todo esto se dio de pura gracia, ante todo merecimiento, porque “Dios determinó de criar una nueva criatura y usar con ella de toda su magnificencia y largueza, para que por esta obra conociesen los cielos y la tierra la grandeza de ella”... “El Rey del cielo hizo otro convite a esta santa humanidad con quien Él se desposaba para que todas las criaturas celestiales y terrenas conociesen por ella la grandeza de sus riquezas, bondad y largueza divina”. (n. 4). “Mira tú... y no tengas envidia, sino alegría, pues la gracia que Él recibió, no sólo la recibió para sí, sino también para ti”. (n. 4). “Como verdadera Cabeza nuestra, recibió lo que recibió no solamente para sí, sino para sus miembros.” (n. 4).

qué es la parte que nos cabe ... ¿con qué amor amaría esta tal ánima al que así lo había glorificado? ¿Con qué deseos desearía que se le ofreciese algo en que pudiese agradecer y servir a tal Dador?” (n. 5). Y añade la siguiente respuesta: “Pues... que a ese deseo tan grande le fuese dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano (cf. 1 Tim 2,4), que estaba perdido por la culpa de un hombre (cf. Rom 5,18); y que deste negocio se encargase el Hijo bendito por la honra y obediencia suya, y que tomase a pechos esta impresa tan gloriosa, y que no descansase hasta salir al cabo con ella. Y... pues Él había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, que les amase con tanto amor y deseo, que, por amor de verlos remediados y restituidos en su propia gloria, se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario.” (n. 6). “Después que aquella ánima, tan deseosa de agradar al Eterno Padre, esto conociese,... ¿con qué linaje de amor revolvería hacia los hombres a amarlos y abrazarlos por aquella obediencia del Padre?” (n. 6)...“¿con cuánta fuerza y alegría revolvería sobre ellos para amarlos y remediarlos? No hay lengua ni virtud criada que esto pueda significar.” (n. 6) ...“¡Oh amor divino, que saliste de Dios, y volviste para el hombre, y tornaste para Dios! (cf. Jn 16,28). Porque no amas al hombre por el hombre, sino por Dios”. (n. 6).¹⁴

“No alcanza ningún entendimiento... qué tanto arda este fuego ni hasta dónde llegue su virtud... porque si, como le mandaron padecer una muerte, le mandarían millares de muertes, para todo tenía amor (cf. Jn 3,17)... De manera que mucho más amó que padeció; muy mayor amor le quedaba encerrado en las entrañas de lo que nos mostró acá de fuera en sus llagas.” (n. 7)¹⁵. “Pues si tanto te debo por lo que hiciste

¹⁴ “Ésta es la fuente y origen del amor de Cristo para con todos los hombres... Porque no es causa de este amor la bondad, ni la virtud, ni la hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y gracia, y su inefable caridad para con Dios.” (n. 6).

¹⁵ “¡Oh Amor divino, cuánto mayor eres de lo que pareces por acá defuera! Porque tantas llagas y tantos azotes y heridas, sin duda nos predicán amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es por de dentro de lo que por defuera parece. Centella es ésta que sale de fuego, rama es ésa que procede de ese árbol, arroyo

por mí, ¿qué tanto más te deberé por lo que deseaste hacer? Si tanto es lo público que ven los ojos de los hombres, ¿qué tanto más es eso que ven los ojos de Dios solamente? ¡Oh piélago de amor! ¡Oh abismo sin suelo, todo lleno de amor! ¿Quién dudará ya del amor de Cristo? ¿Quién no se tendrá por el más rico del mundo, pues de tal Señor es amado? Suplícote, ¡oh, Señor y salvador mío!, por las entrañas de misericordia (Col 3,12) que a darme tal dádiva te movieron, me des ojos y corazón para que yo lo sienta y conozca, para que me gloríe siempre en tus misericordias y cante todos los días tus alabanzas.” (n. 7).¹⁶

“Pues ¿cómo te pagaré, Amado mío, este amor? Ésta es digna recompensa, que la sangre se recompense con sangre (cf. Heb 9,18-20)... ¡Dulcísimo Señor!, yo conozco esta obligación; no permitas que me salga fuera de ella, y véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado. ¡Oh cruz!, hazme lugar, y véame yo recibido mi cuerpo por ti y deja el de mi Señor. ¡Ensánchate, corona, para que pueda yo poner ahí mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas manos inocentes y atravesad mi corazón y llagadlo de compasión y de amor!... ¡Oh dulce fuego! ¡Oh dulce amor! ¡Oh dulce llama! ¡Oh dulce llaga, que así enciendes los corazones helados más que nieve y los conviertes en amor! Con el fuego principal de tu venida henchiste el mundo de tu amor”. (n. 10).

que nace de ese piélago de inmenso amor. Ésta es la mayor señal que puede haber de amor, poner la vida por sus amigos (cf. Jn 15,13); mas es señal y no igualdad.” (n.7).

¹⁶ “Si quieres, ánima mía, barruntar algo de **la grandeza del amor de Cristo**, del deseo que tuvo de padecer por ti, párate a pensar la grandeza del deseo que tuvieron los santos de padecer por amor de Dios, y por aquí entenderás el deseo que tuvo este Santo de los santos, pues les excede tanto en cantidad y gracia cuanto la lumbre del sol a las tinieblas, y mucho más.” (n. 8). “Este amor te hace morir tan de buena gana; éste te embriaga de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado de una cruz, hecho escarnio del mundo.” (n. 8). “¡Oh maravilloso amor, que a tal extremo descendiste! Y ¡maravillosa ceguedad de los hombres, que tomaron ocasión para descreerte de donde la habían de tomar para amarte!” (n. 8). “**¿qué harán tus verdaderos hijos y amigos, que tan creído tienen y conocido a cuánto más se extiende tu amor?...** De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas, de aquí el desear los martirios, de aquí el holgarse con las tribulaciones (cf. Col 1,24), de aquí el sentir refrigerio en las parrillas y el pasearse sobre las brasas como sobre rosas, de aquí el desear los tormentos como convites, y alegrarse de lo que todo el mundo teme, y abrazar lo que el mundo aborrece”. (9)

Compara el Maestro la cruz con una ballesta que dispara la saeta al corazón y exclama: “**¡Tirado ha la ballesta y herido me ha el corazón!** Agora sepa todo el mundo que tengo yo el corazón herido. ¡Oh corazón mío! ¡Cómo te guarecerás? No hay médico que le cure si no es morir. Cuando yo, mi buen Jesús, veo que de tu costado sale ese hierro de esa lanza, esa lanza es una saeta de amor que me traspasa; y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no penetre. ¿Qué has hecho, Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Viene aquí por curarme, ¡y hasme herido! Viene a que me enseñases a vivir, ¡y hácesme loco! ¡Oh dulcísima herida, oh sapientísima locura!, nunca me vea yo jamás sin ti.” (n. 11).

La mirada a Cristo en la cruz nos llama a amar. “Mirándote, Señor, todo me convida a amor: el madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo; y, sobre todo, el amor interior me da voces que te ame y que nunca te olvide de mi corazón. Pues ¿cómo me olvidaré de ti?”. (n. 11). **“Cata, pues, aquí, ánima mía, declarada la causa del amor que Cristo nos tiene. Porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sino de mirar a Dios y del deseo que tiene de cumplir su voluntad.”** (n. 11). **“Has, pues, de saber que así como la causa por que amó Cristo al hombre no es el hombre, sino Dios, así también el medio por que Dios tiene prometidos tantos beneficios al hombre no es el hombre, sino Cristo. La causa por que el Hijo nos ama es porque se lo mandó el Padre, y la causa por que el Padre nos favorece es porque se lo pide y merece su Hijo (cf. Jn 17,20)...¡De mirar tú su corazón y voluntad, resulta me ames a mí, porque así lo pide tu obediencia; y de mirar Él tus pasiones y heridas, procede mi remedio y salud, porque así lo piden tus méritos. ¡Miraos siempre, Padre e Hijo; miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud!”** (n.12).

En esta eterna mirada entre el Padre y el Hijo se funda la confianza en la salvación frente a las dudas que provoca nuestra falta de méritos. En efecto, pregunta san Juan de Ávila, “¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no mirará tal Padre? Pues si el Hijo obedece, ¿quién no será amado? Y si el Padre mira, ¿quién no será perdonado?” (n. 12).¹⁷

¹⁷ “Pues, ¡oh ánima flaca y desconfiada, que en tantas angustias no sabes confiar en Dios!, ¿por qué te desmayan tus culpas y la falta de tus merecimientos? Mira que

El Tratado se concluye con esta consoladora referencia al amor inacabable de Cristo. “Mira que no solamente viviendo padeció por ti, mas aun después de muerto recibió la mayor de sus heridas, que fue la lanzada cruel (cf. Jn 19,34); porque sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero y para que entiendas por aquí que, cuando dijo al tiempo del expirar: *Acabado es* (Jn 19,30), aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor. Dice San Pablo: *Jesucristo ayer fue, y hoy es también, y será en todos los siglos* (Heb 13,8); porque cual fue en este siglo, mientras vivió, para los que le querían, tal es ahora, y será siempre, para todos los que le buscaren.” (n. 14).

Queridos hermanos: San Juan de Ávila nos llama hoy a todos a alimentar nuestro amor mirando a Cristo y dejándonos mirar por Él. A los presbíteros nos alienta a asumir el lugar de Cristo en su mediación sacerdotal entre Dios y los hombres, siendo testigos de su amor e instrumentos de su misericordia salvadora para todos los hombres.

Para que respondamos con total fidelidad a esta llamada, el Papa Francisco ha exhortado a los presbíteros a **salir a experimentar la eficacia redentora de nuestra unción sacerdotal en las “periferias”** “donde hay sufrimiento, hay sangre derramada, ceguera que desea ver, donde hay cautivos de tantos malos patronos. El poder de la gracia se activa y crece en la medida en que salimos con fe a darnos y a dar el Evangelio a los demás; a dar la poca unción que tengamos a los que no tienen nada de nada... A los presbíteros nos pide el Papa que seamos en medio de nuestro propio rebaño “**pastores con olor a oveja**”, en el nombre de Aquél Buen Pastor de quien nos hemos fiado: Jesús.

este negocio no estriba en ti solo, sino en Cristo. No son tus merecimientos solos los que te han de salvar, sino los del Salvador... El primer hombre terreno fue principio de tu caída; el segundo y celestial, principio y fin de tu remedio (cf. 1 Cor 15,47). Trabaja de estar unido, con éste por fe y amor (cf. Jn 15,9)... No mires a tus fuerzas solas, que te harán desmayar... levanta los ojos en lo alto y mira los merecimientos del Crucificado... Asegúrate con su providencia en medio de tus tribulaciones; y, si crees de veras que el Padre te dio a su Hijo, confía también que te dará lo demás, pues todo es menos.” (n. 13)

39. Juan de Sahagún

Nos cuenta el Padre Cámara en la biografía del Santo, cómo Juan de Sahagún y el P. Monroy fueron asaltados, maltratados y despojados por un grupo de desdichados en el camino de Madrigal a Salamanca, en el monte entre Madrigal y Cantalapiedra.

Pocos días después del asalto vino a confesarse con Juan de Sahagún el jefe de los asaltadores. Juan de Sahagún le ocultó ser él el atracado y le preguntó con prudencia por el motivo de su acción. El penitente manifestó haberlo hecho movido por la necesidad y la miseria. El confesor le exhortó al arrepentimiento y le prometió su ayuda para salir de la necesidad. Y en los días siguientes salió a pedir limosna por la ciudad para ayudar a su asaltante. Al fin, el penitente vino a reconocer en el confesor al fraile por él asaltado y no cesó de pregonar por la ciudad la caridad de Juan de Sahagún, que se había convertido para él en modelo y guía en su vida futura.

Testimonios como éste, de amor a quien de forma injusta y violenta nos causa daño, nos acercan al ideal cristiano del amor al enemigo y nos hacen ver como posible y fascinante la perfección a la que Dios llama a sus hijos venciendo al mal con el bien.

La Palabra de Dios hoy proclamada sitúa en el amor fiel e irrevocable de Dios a los hombres la realización de la justicia y la paz. Después de cualquier tragedia de la historia de Israel, Dios ha anunciado a su pueblo por los profetas la esperanza en un nuevo comienzo, que sólo está en su poder hacer realidad. Hemos escuchado la palabra del profeta Isaías: *“Cuando se derrame sobre nosotros un aliento de lo alto... en el desierto morará la justicia y en el vergel habitará el derecho: la obra de la justicia será la paz.”* Este aliento prometido de lo alto es el mismo aliento de Dios que en el origen fue infundido al hombre para crearle como imagen suya. Derramar este aliento es recrear de nuevo al hombre, darle un corazón nuevo y un espíritu nuevo, poner la ley de Dios en su cabeza y en su corazón, hacerle nueva criatura habitada por el Espíritu de Dios.

En esta sintonía espiritual debemos situar la exhortación de la carta de Pablo a los romanos, proclamada en la segunda lectura. No devolver mal por mal y vencer al mal con el bien es una posibilidad nueva de vida que nos hace posible Espíritu de Cristo. El camino que conduce a la paz con todos es no tomarse la justicia por la propia mano, sino por el contrario: *“si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber”* (cf Rom 12, 16-21). Hace así san Pablo una aplicación concreta de la enseñanza de Jesús: *“Amad a vuestros enemigos, hacer el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos... Por tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”* (Mt 5, 44-48).

Esta enseñanza evangélica, proclamada por un auténtico testigo del amor de Cristo, como lo fue San Juan de Sahagún, y acompañada por su oración y sacrificio, fue el medio del que Dios se sirvió para convertir los corazones de los salmantinos de la segunda mitad del siglo XV, enfrentados por el odio, y para infundir en ellos el Espíritu del amor de Cristo.

San Juan de Sahagún fue un auténtico testigo de la fe que obra por la caridad a través de sus prodigiosos milagros, con su predicación de la reconciliación y en la relación diaria con toda clase de personas aquejadas de turbación espiritual, de enfermedad, soledad y cualquiera forma de necesidad material. El venerable agustino era el padre de los huérfanos, consuelo de las viudas, alivio de los enfermos, consejero de los atribulados y remedio de todos los pobres. Largas obras de caridad podía ejercitar por su calidad de Prior del convento; mas terminado su trienio de priorato no desamparó á sus desvalidos. En verdad, declara uno de sus biógrafos, el oficio de Juan de Sahagún no era otro sino visitar á las personas viudas y menesterosas; a los enfermos y los que padecían menguas y aflicciones, a los cuales consolaba con palabras muy dulces y sabrosas; y andaba por la ciudad importunando a los que podían que les hicieran limosnas, y así los remediaba en sus necesidades y menguas y aflicciones (cf. P. Cámara, 154)

¿Cuál es la fuente de donde brota caudaloso el río del amor en la vida de Juan de Sahagún? Es su alta oración y adoración del Santísimo

Sacramento; y, más en particular, su intensa y serena celebración diaria de la Misa. La tardanza en la celebración molestaba a los amigos de la misa rápida y a los que le ayudaban, que evitaban hacerlo. El capítulo conventual impuso a Juan de Sahagún la obligación de celebrar la misa en el tiempo acostumbrado por los demás frailes. Después de unos días de obediencia, Juan de Sahagún fue a rogar con lágrimas al Prior que le liberara de una obligación tan insufrible. Al final no tuvo más remedio fray Juan que confesar al Prior por obediencia la causa de su imposibilidad de celebrar en tiempo normal la Misa: El mismo Dios se le mostraba en el Santo Sacramento. El lo veía con sus ojos; el mismo Jesucristo hablaba con él y le dejaba ver las llagas de sus manos, pies y costado; Jesucristo le mostraba su cuerpo glorificado. En estas revelaciones aprendía lo que después vivía y predicaba.

Queridos hermanos: A lo largo de este **Año de la fe**, la enseñanza, el ejemplo y la intercesión de san Juan de Sahagún nos alientan a **recordar la historia de nuestra fe**, con su misterio de santidad y pecado, para **suscitar en cada uno un sincero y firme acto de conversión y una experiencia gozosa de la misericordia del Padre**. Él nos llama a tener **la mirada fija en Jesucristo**, “*que inició y completa nuestra fe*” (**Hb 12, 2**): **en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano**: la alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte. Hombres y mujeres como San Juan de Sahagún han confesado a lo largo de los siglos la **belleza de seguir al Señor Jesús** en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban. También nosotros vivimos por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia.

El Año de la fe nos urge a intensificar el testimonio de la caridad, pues la fe sin la caridad no da fruto. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resucitado. Las palabras de Jesús: “*Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis*” (**Mt 25, 40**), son una llamada a devolver el amor con el que él cuida de nosotros. La fe es compañera de vida que nos permite percibir los signos de los tiempos en la historia

actual y nos compromete a cada uno a **convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo**. Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin.

La llamada del Año de la fe a intensificar el testimonio de la caridad está insertada en el contexto social concreto de la crisis actual. La crisis está siendo larga, dura, y profunda; es como un tejido en el que tirando de un hilo han salido otros. No es sólo crisis económica y financiera, sino también laboral y social, personal y familiar. Es, en lo más profundo, una crisis espiritual y moral, que afecta a las razones para vivir y esperar. Ha hecho crujir los mismos cimientos de la visión del hombre y de la sociedad. Consiguientemente, deben ser tenidos en cuenta todos los aspectos que la configuran. ¿No puede ser gestación de un nuevo estilo de vida en sociedad?

La crisis pasará, Dios mediante, antes o después, de una forma u otra, al menos en algunos aspectos. Pero es probable que nos hallemos en el umbral de una época nueva; la crisis ha puesto al descubierto cuestiones humanas de fondo, que deben ser consideradas en orden a su adecuada solución. Está en juego la armonización de trabajo y familia, de trabajo y descanso, y la distribución del trabajo disponible, ya que la mecanización, la informatización y la globalización crean situaciones nuevas. ¡Que no queden al margen personas, grupos sociales, poblaciones, naciones, continentes! La mirada profunda y el ancho horizonte ofrecen las perspectivas para medir por contraste nuestros problemas con los de otras personas y situaciones. La crisis es al mismo tiempo desconcierto y búsqueda, sufrimiento y esperanza, terminación de una etapa y vislumbre de otra, examen sobre los fallos cometidos y germinación de orientaciones futuras.

¿Qué lecciones podemos sacar de lo que hemos pasado y estamos aún pasando para aprender a proyectar con ellas el futuro? Es oportuno recordar que el hombre, sobre el cual brilla la luz de Dios, es la referencia y el camino de la Iglesia. Sin saber lo que es el hombre, ¿cómo vamos a acertar con las vías de su auténtico desarrollo? El hombre

necesita reencontrar su orientación a Dios para entender quién es y saber a donde debe ir. Y, más en concreto, la referencia a Dios promueve la disponibilidad para el servicio a los hermanos y una vida entendida como una tarea solidaria y gozosa¹⁸. La avaricia incontenible, el consumo convulsivo, el capricho de gastar sin sentido, la competitividad orgullosa, la falta de honradez en los negocios, el olvido de los deberes cívicos y la irresponsabilidad e injusticia en la gestión de las instituciones sociales y las administraciones públicas deben ser curadas con unas relaciones personales y sociales distintas. El dinero no es todo ni debe ser señor del hombre. “*No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*” (Mt 4, 4). Amar a Dios con todo el corazón rescata al hombre de la esclavitud del dinero y lo libera para el amor del hermano y la solidaridad.

El mejor honor que podemos rendir a nuestro patrono y la gracia que hemos de pedirle es permanecer en la escucha más atenta de la Palabra de Dios, que nos llama a la conversión del corazón y al compromiso con la justicia y la caridad. Y, en consecuencia, a poner un porcentaje de nuestros ingresos a disposición de los hermanos más necesitados a través de Cáritas y otras instituciones de beneficencia. San Juan de Sahagún nos alcanzará la bendición de Dios si así lo hacemos.

40. Con el arciprestazgo de Alba de Tormes en la peregrinación a la catedral en el año de la fe

Queridos hermanos: hemos venido en peregrinación a la Catedral para confesar juntos, el Obispo, los presbíteros y los fieles del arciprestazgo de Alba de Tormes, la fe en el Señor Jesucristo que nos salva. Vamos a pedir al Señor que nos fortalezca en la fe verdadera, que obra por el amor y brota de la comunión con Dios. Con esta fe viva y au-

¹⁸ Cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 78.

tentica queremos que el Señor nos conceda la gracia de ser testigos creíbles de su Evangelio en medio del mundo.

La vida de Jesús, su modo de conocer al Padre, de vivir en relación íntima con él, ha abierto un espacio nuevo a nuestra experiencia de Dios como Padre. Por ello **Jesús, el Hijo de Dios, es aquel con quien nos unimos para poder creer en Dios**. Jesucristo no es solo aquel a quien creemos lo que nos enseña, y la persona en quien ponemos nuestra confianza; es también aquel en quien tenemos que permanecer injertados para poder creer en Dios Padre. Él está en el Padre y el Padre está en él (cf. Jn 14,16), y nadie va al Padre sino por él (cf. Jn 14,6). Sin él no podemos hacer nada (cf. Jn 15,5). Por ello, creer no es solo mirar a Jesús, sino también mirarlo todo desde el punto de vista de Jesús, con los mismos ojos de Jesús. Es decir, nuestra vida de fe es una participación en el modo de ser, en el modo de ver y en el modo de actuar de Jesús.

En esta dirección nos orienta el texto del Evangelio que contiene la llamada oración sacerdotal de Jesús. Esta oración tiene su contexto en la liturgia de la fiesta judía de la Expiación, en la cual el sumo sacerdote realizaba el rito de la expiación por sí mismo, por la clase sacerdotal y por toda la comunidad de Israel. De forma semejante, Jesús ruega en esta oración por sí mismo, por los Apóstoles y por todos los que después creerán en Él: por la Iglesia de todos los tiempos (cf Jn 17,20).

La oración sacerdotal de Jesús es un testimonio de la reconciliación que Dios ofrece a los hombres, para dar respuesta al problema esencial de toda la historia humana, que es la ruptura de la relación con Dios. La oración de Jesús al Padre anticipa el culto espiritual y agradable a Dios, que Jesús va a ofrecer, haciendo la voluntad de Dios, según declara la carta a los Hebreos: “Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo... He aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad” (Hb 10, 6-7).

En el fragmento evangélico leído, Jesús ora al Padre la santificación, la unidad y la misión de sus discípulos. En la plegaria por los discípulos, Jesús dice primero: “**Santificalos en la verdad;** ... *Y por ellos yo me santifico a mi mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad*” (Jn 17,17.19). En otro lugar, el Evangelio de Juan identifica

a Jesús como aquel “*a quien el Padre consagró y envió al mundo*” (Jn 10,36). Y da a las palabras consagración y santificación el mismo significado.

Por ello, al decir “*yo me santifico a mi mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad*”, Jesús indica que los discípulos han de participar en su consagración al Padre, es decir, en el ofrecimiento de su vida al Padre en sacrificio, para pasar a ser propiedad de Dios como él y poder así llevar a cabo la misión recibida. El sacrificio de los discípulos se ha de realizar “**en verdad**”, es decir, en la realidad de todo su ser. De esta manera, los discípulos de Jesús son santificados “**en la verdad**”. Esta verdad es la palabra de Jesús, es Jesús mismo en persona, que dijo: *Yo soy la verdad*. Y es el baño bautismal que los purifica; la verdad es la vestidura y la unción que necesitan. Esta “verdad” santificadora es Cristo mismo. Los discípulos han de ser sumergidos en Él, han de ser “*revestidos*” de Él y, de este modo, hacerse partícipes de su consagración, de su función sacerdotal, de su sacrificio.

El consagrado, el santo, en su pleno sentido es sólo Dios mismo. Santidad es el término usado para expresar el modo de ser de Dios. Así, las palabras “consagrar”, “santificar” significan traspasar una persona o una cosa a la propiedad de Dios, y especialmente su destinación para el culto. En referencia a las personas, consagrar es destinar a un hombre a Dios y al culto divino mediante el sacerdocio. El consagrado es elevado a una nueva esfera que ya no está a disposición del hombre. Pero esta segregación incluye esencialmente al mismo tiempo una finalidad y una misión: **entregarse totalmente a Dios**. El consagrado existe ahora para representar a los hombres ante Dios y para sanarlos. Por ello, consagración y misión forman una única realidad completa.

La oración sacerdotal de Jesús se ha referido también al tema de la unidad de los futuros discípulos: “**Para que todos sean uno...**”. Más allá de la comunidad de los discípulos de aquel momento primero, Jesús se dirige a todos aquellos que “*crean en mí por su palabra*” (Jn 17,20): la Iglesia futura está incluida en la plegaria de Jesús.

El Señor repite por cuatro veces esta petición; en dos de ellas, la razón que se indica para dicha unidad es que el mundo crea, más aún,

que “reconozca” que Jesús ha sido enviado por el Padre: **“Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros”** (v. 11). *“Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado”* (v. 21). *“Que sean uno, como nosotros somos uno;... de modo que el mundo sepa que tú me has enviado”* (vv. 22-23).

Esta unidad de la futura Iglesia, que Jesús pide, no viene del mundo; en la medida en que el mundo actúa en la Iglesia se producen divisiones. La unidad sólo puede venir del Padre a través del Hijo. Está relacionada con la “gloria” y la vida que da el Hijo: con su presencia que se nos da por el Espíritu Santo; una presencia que es fruto de la cruz, de la transformación del Hijo en la muerte y la resurrección.

Pero la fuerza de Dios actúa entrando en medio del mundo, en el cual viven los discípulos. Y lo ha de hacer de tal manera que permita al mundo “reconocerla”, y llegar así a la fe. La oración de Jesús por la unidad se orienta a que, a través de la unidad de los discípulos, se haga visible a los hombres la verdad de su misión. La unidad ha de ser reconocible como algo único, que no existe en ninguna otra parte en el mundo y que, por tanto, manifiesta la acción del Espíritu de Dios. La permanencia de sus discípulos unidos en Jesús a lo largo de los siglos, manifiesta su poder de reconciliación y de comunión. En Jesús, el Hijo, Dios se revela como creador de una unidad que vence la tendencia del mundo a la división. El Señor ha pedido por una unidad que sólo es posible a partir de Dios y a través de Cristo, pero que debe hacer visible en medio del mundo la acción del Espíritu de Dios. Por eso, los esfuerzos por una unidad visible de los discípulos de Cristo siguen siendo una tarea urgente para los cristianos de todo tiempo y lugar.

De esta unidad de la Iglesia en la fe y en el amor nos ha hablado el texto de los Hechos de los Apóstoles. Lucas ha presentado un resumen ideal de la vida de la comunidad primera de Jerusalén, centrada en la escucha de la enseñanza de los apóstoles, la forma de vida en común, la celebración de la eucaristía en las casas y las oraciones. Este ideal no excluye la existencia de tensiones, que quedan también reflejadas en la narración de la mentira de dos esposos, que vendieron una propiedad y engañaron a los apóstoles, quedándose con una parte del precio (Hch

5, 1-11; o también en la queja de los discípulos de lengua griega por la falta de atención a las necesidades de sus viudas (Hch 6, 1).

La enseñanza de los apóstoles era no sólo el anuncio de la resurrección de Jesucristo sino también la instrucción o catequesis dada a los acogían la fe. Lo forma de vida en común se llamaba “comunión” (“*koinonía*”) y fue el primer nombre que Lucas dio a la iglesia cristiana de Jerusalén. La “fracción del pan” no se refería a una mera comida de hermandad, sino que era la forma usual con la que Lucas se refería a la celebración de la eucaristía entre los primeros cristianos. Las “oraciones” incluían la participación diaria de los primeros cristianos en las oraciones del templo y las oraciones propias de los cristianos en comunidad.

Además de los cuatro elementos citados, Lucas distingue también la vida de los primeros cristianos por el temor reverencial ante los milagros que hacían los apóstoles y por la puesta en común de los bienes, para atender a las necesidades de cada uno. Este era un aspecto concreto de la vida en común. Este estilo de vida lo asumían con libertad y alegría, en actitud de alabanza y acción de gracias a Dios por la fe y la salvación recibidas. Y al vivir de esta manera merecían el reconocimiento y el respeto, y eran admirados de todos. Con su vida evangelizaban a la gente y crecía el número de los que el Señor iba agregando a los que recibían la salvación. En ellos se cumplía el anuncio del Señor: por el amor conocerán todos que sois discípulos míos.

Con las necesarias adaptaciones a nuestro tiempo, la vida de la primera comunidad de Jerusalén permanece como ideal de una comunidad cristiana que se deja evangelizar cada día, que acoge, celebra, vive y anuncia la fe.

Las comunidades cristianas actuales tenemos que pedir con insistencia al Señor que nos conceda la gracia de hacer realidad aquel ideal que vivieron los primeros discípulos.

41. Solemnidad de Santa María, madre de Dios

La Palabra que existía desde el principio, que estaba junto a Dios y era Dios, se nos manifestó en el Evangelio del día de la Natividad del Señor como la fuente de la vida y como luz verdadera que alumbra a todo hombre. En la Palabra “*estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres*” (Jn 1,4). Y esta Palabra “*se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria; gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*” (Jn 1, 14). Así pues, en la Palabra de Dios hecha carne, es decir, en Jesucristo, se revela la gloria del Hijo único del Padre como vida y luz de los hombres. Por ello, dirá Jesús con razón: “*Yo soy la vida*” (Jn 14,6), “*Yo soy la luz del mundo*” (Jn 8,12).

Jesús, el Cristo Salvador, que es “*la imagen del Dios invisible*” (Col 1,15), es el hombre perfecto, que ha desvelado el misterio del hombre y ha restaurado en la descendencia de Adán la imagen de Dios deformada desde el primer pecado; y así manifiesta al hombre la verdad plena de su naturaleza y de su vocación.

Al nacer Jesús en la familia de José y de María, el Hijo de Dios se ha unido en cierto sentido con todas las familias y les propone de forma cercana como ideal la familia de Nazaret. Y al nacer el Hijo de Dios de una mujer, propone la maternidad de la Virgen María como referencia para la significación religiosa y espiritual de toda maternidad humana. **Así la Navidad proyecta su luz hacia todos los aspectos de la vida de los hombres.**

La lectura hoy proclamada de la carta de san Pablo a los Gálatas (4, 4-7) nos ofrece claves fundamentales para comprender la maternidad de María.

La maternidad virginal de María fue una obra del Espíritu de Dios, para quien nada es imposible. Este hecho aconteció “*cuando se cumplió el tiempo*”, “*cuando llegó la plenitud del tiempo*” (Gal 4, 4) , es decir, en el momento de la historia humana libremente **elegido** por Dios para dar a conocer a todos el misterio de Cristo, en quien fueron creadas todas las cosas y por medio de quien todas han sido con Dios

reconciliadas (cf. Col 1, 16-20). *“Llevado de su amor –leemos en la carta a los Efesios– (Dios) nos destinó de antemano, conforme al beneplácito de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, para que la gracia que derramó sobre nosotros, por medio de su Hijo querido, se convierta en un himno de alabanza a su gloria”* (Ef 1, 4-6). Y la misma carta continúa diciendo: *“(Dios) nos ha dado a conocer sus planes más secretos, los que había decidido realizar en Cristo, llevando la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra”* (Ef 1, 9-10).

En este último texto se ha señalado que la historia humana alcanza su plenitud en el tiempo de la vida y glorificación de Cristo. Como expresa la carta a los Hebreos, esta es la etapa final, en la cual Dios *“nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo”* (1, 2). Este lugar central de Cristo se ha expresado en la historia de los países de raíz o influencia cultural cristiana mediante el cómputo de los años desde el nacimiento de Cristo.

Hoy iniciamos el año 2013 de la era cristiana, invocando la bendición prometida por Dios en la primera lectura de hoy. En efecto, el breve texto del libro de los Números nos ha recordado la fórmula entregada por Dios a los sacerdotes para bendecir en su nombre a los israelitas, con el compromiso garantizado de su eficacia. Esta es la oración de bendición: *“El Señor te bendiga y te proteja; el Señor ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz”* (Num 6, 24-26).

Dios ha cumplido ya su compromiso; y ha llevado a plenitud su bendición sobre los miembros de su pueblo santo al mostrarles visiblemente su rostro en Jesús, que es la imagen perfecta del rostro invisible de Dios. Así nos lo recuerda la carta a los Hebreos, cuando afirma que Dios *“nos ha hablado por el Hijo”*, el cual *“es reflejo de su gloria”* (Heb 1,3). Por ello, hoy presentamos nuestra súplica de bendición con estas palabras: Que el Señor Jesucristo nos bendiga y nos proteja en el nuevo año; que nos conceda la gracia de conocer su rostro y de reflejarlo día a día en nuestra propia vida; que abra nuestros ojos para reconocer su

imagen en todos los hermanos; que se fije con amor en nosotros y nos conceda su luz, su salvación y su paz.

Volvemos al texto de la carta a los Gálatas: *“Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción”*.

La fiesta de hoy invita a centrar nuestra atención en esta otra afirmación del texto: *“nacido de una mujer... para que recibiéramos el ser hijos por adopción”*. En esta frase se comienza a acentuar que María es la madre del Hijo de Dios en función de la misión del Hijo único en favor de todos los hombres: para que cuantos reconocen la gloria del Hijo único del Padre reciban el poder para ser hijos de Dios (cf Jn 1, 12). Es decir, ser la Madre del *“Hijo único de Dios, que es Dios y está en el seno del Padre”* (Jn 1, 18), es ser la Madre de Dios y de todos los que recibimos por la fe en el Hijo único el poder de ser hijos de Dios por adopción.

La adopción como hijos de Dios no se realiza por un trámite legal, consignado en un documento, sino por el don del Espíritu. Así lo afirma explícitamente el texto de la carta a los Gálatas: *“Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba! Padre. Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios”* (4, 6-7). El envío del Espíritu a nuestros corazones da origen a nuestra condición de hijos y es la prueba de que somos hijos de Dios, a la vez que es la garantía de nuestro derecho a participar en la herencia del Hijo único.

Una parte de esta herencia que el Hijo nos ha dejado es María, su Madre virginal, confiada a nosotros como Madre espiritual. Esta herencia se ha transmitido también como obra del Espíritu Santo. María concibió al Hijo único de Dios por obra del Espíritu Santo y es madre de los que vivimos en Cristo por el don de su Espíritu. Por ello, la maternidad de María respecto de Jesús es el modelo para comprender su maternidad respecto de nosotros.

De María tomó el Hijo de Dios su carne y su sangre. Pero lo decisivo no es nacer de carne y de sangre, ni de amor mundano, sino de Dios (cf Jn 1, 13). Y Jesús declaró dichosa a su madre no por haberle

tenido en su seno y haberle alimentado con su pecho, sino por haber escuchado la Palabra de Dios y haberla puesto en práctica (Lc 11, 27-28). Pues la maternidad de María tiene como fin el nacimiento de la verdadera familia de Jesús, que está constituida por los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica; éstos son la madre y los hermanos de Jesús (Lc 8, 19-21).

El Evangelio hoy proclamado nos ha descrito la forma en que María y José cumplieron la misión de cuidar y educar religiosamente al niño Jesús.

Sólo María y José conocen el misterio que envuelve a su hijo Jesús, como criatura del Espíritu Santo. Ambos han recibido de Dios en diversos momentos la revelación de la condición de su hijo como Hijo de Dios, que viene a salvar al pueblo de sus pecados; por ello, ha de ser llamado con el nombre de Jesús. Ambos pudieran haber reconocido el cumplimiento de las Escrituras en el nacimiento de su hijo en Belén. Además escuchan con admiración lo que los pastores les dicen haber oído de aquel niño. Y es bien probable que al asombro le acompañase el desconcierto, por la forma en que Dios realiza sus planes, haciendo nacer a su hijo en la mayor pobreza. Por ello, “*María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*” (Lc 2, 19). A semejanza de María, nosotros debemos pasar de la mera admiración exterior a guardar en el corazón y meditar en sereno silencio el misterio del nacimiento del Hijo de Dios.

María y José cumplen fielmente las prescripciones de la ley respecto de su hijo y le circuncidan en el tiempo oportuno. Y obedecen el mandato de Dios y ponen a su hijo el nombre que le había dado el ángel, reconociendo así la misión salvadora que Dios le ha confiado. De manera semejante, los padres cristianos están llamados a consagrar sus hijos a Dios en el bautismo, a recoger y discernir las señales que Dios les vaya dando de la vocación a la que los llama, y a acompañarlos con el testimonio de vida y la palabra en el seguimiento de Jesús.

Hemos expresado ya nuestra súplica al Señor en el comienzo de este nuevo año. Y en ella hemos incluido la petición del don de la paz. A este aspecto nos referimos ahora en esta Jornada Mundial de la Paz.

El Mensaje de Benedicto XVI para la Jornada Mundial de la Paz, en este año 2013, está inspirado en las palabras de Jesucristo: “**Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios**” (Mt 5,9).

Esta bienaventuranza presupone una visión del hombre abierta a la trascendencia y a la comunión con Dios. **La paz es don de Dios y obra del hombre** en orden a una convivencia basada en la verdad, la libertad, el amor y la justicia. Por ello, la construcción de la paz tiene como requisito previo reconocer la verdadera naturaleza del ser humano y su capacidad innata de conocer la verdad, el bien y a Dios mismo. Sin la verdad sobre el hombre, inscrita en su corazón por el Creador, se menoscaba la libertad y el amor, y la justicia pierde el fundamento de su ejercicio. En consecuencia, el cultivo de la verdadera paz requiere la superación **de la dictadura del relativismo moral y de una moral totalmente autónoma**, que cierra las puertas al reconocimiento de la ley moral natural inscrita por Dios en la conciencia de cada hombre.

La paz es un orden de relaciones vivificado por el amor y la comunión de los valores espirituales. Para su eficaz construcción es necesario y urgente el nuevo anuncio de Jesucristo, que es nuestra paz, nuestra justicia y nuestra reconciliación (cf. Ef 2,14; 2Co 5,18).

Los que trabajan por la paz son quienes aman, defienden y promueven la vida humana en su integridad, desde su concepción hasta su fin natural, así como la estructura natural del matrimonio como unión de un hombre y una mujer. Estos principios están inscritos en la misma naturaleza humana, se pueden conocer por la razón, y por tanto son comunes a toda la humanidad. El trabajo por la paz requiere también el respeto de los derechos humanos fundamentales, entre los que se encuentra **el derecho de libertad religiosa de las personas y las comunidades**, limitado de forma creciente por la intolerancia religiosa, incluso en países de antigua tradición cristiana.

El trabajo por la paz se enfrenta hoy con el creciente auge que tiene en la opinión pública la **ideología del liberalismo radical y de la tecnocracia**, que insinúan que el crecimiento económico se ha de conseguir incluso a costa de erosionar la función social del Estado y de las

redes de solidaridad de la sociedad civil, así como de los derechos y deberes sociales. La afirmación de la absoluta libertad de los mercados está amenazando actualmente de forma especial al **derecho al trabajo**. A este propósito, el Papa reitera con energía que la dignidad del hombre, así como las razones económicas, sociales y políticas, exigen que **se siga buscando como prioridad el objetivo del acceso al trabajo, con nuevas y valientes políticas de trabajo para todos**.

Además, es actualmente necesario construir la paz con un **nuevo modelo de desarrollo y una nueva visión de la economía**, que integre el principio de gratuidad, como expresión de fraternidad y de dar a los demás las propias capacidades y de la propia iniciativa. Es necesaria una correcta escala de valores y bienes, que tenga a Dios como referencia última y haga posible la **estructuración ética de los mercados monetarios, financieros y comerciales**, de modo que no se cause daño a los más pobres. Y hay que atender con mayor resolución a la **crisis alimentaria**, mucho más grave que la financiera. También el mundo político actual necesita un pensamiento nuevo y una nueva síntesis cultural, para armonizar las múltiples tendencias políticas con vistas al bien común.

Por último, el Mensaje papal se refiere a la **educación para una cultura de la paz** en la familia y en las instituciones, así como a la necesidad de promover una **pedagogía del trabajo por la paz**.

Esta pedagogía pide una rica vida interior, principios morales claros y válidos, actitudes y estilos de vida apropiados. Es necesario enseñar a los hombres a amarse y educarse a la paz, y a vivir con benevolencia, más que con simple tolerancia. Es fundamental que se cree el convencimiento de que hay que decir no a la venganza, hay que reconocer las propias culpas, aceptar las disculpas sin exigir las y, en fin, perdonar, de modo que los errores y las ofensas puedan ser en verdad reconocidos para avanzar juntos hacia la reconciliación. Esto supone la difusión de una pedagogía del perdón. El mal se vence con el bien, y la justicia se busca imitando a Dios Padre que ama a todos sus hijos (cf. *Mt* 5,21-48) y siguiendo el ejemplo de entrega total de Jesús.

42. Homilía en la Vigilia de Oración por la Paz

Nuestra oración por la paz en todo el mundo y, en particular, en Siria, ha de ser una expresión de la voluntad de Dios y requiere de nosotros una profunda comprensión de su Palabra para conocer esa voluntad de paz y, a su luz, poder hacer un adecuado discernimiento de los medios más adecuados para hacerla efectiva en las complejas actuales circunstancias de los países del entorno.

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos ha mostrado en la primera lectura la voluntad divina de atraer a todos los hijos dispersos a su casa, para instruirlos con su Ley y su Palabra sobre la forma de caminar por las sendas de la justicia y la paz. Caminar a la luz del Señor, orientados por sus reglas de convivencia y sometidos a su juicio, significa convertir todos las armas de guerra en herramientas para el trabajo del campo y lleva consigo una tarea de educación para la paz que sustituya el adiestramiento para la guerra.

El juicio y el castigo de Dios, que el profeta Isaías anuncia a Israel, tienen su causa en la infidelidad del Pueblo de Dios a la Ley de la Alianza. Isaías transmite estas conmovedoras palabras de Dios: *“Hijos he criado y educado, y ellos se han rebelado contra mí. El buey conoce a su amo y el asno el pesebre de su dueño; Israel no me conoce, mi pueblo no comprende”* (Is 1, 2-3).

Por el contrario, la restauración de la salvación de Israel y su progreso en la justicia y en la paz, vendrán de la mano de Dios a través del renuevo prometido del tronco de Jesé, porque *“sobre él se posará el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor... juzgará a los pobres con justicia... Nadie causará daño ni estrago... porque está lleno el país del conocimiento del Señor”* (Is 11, 2.4.9).

Esta es la primera gran enseñanza de la Palabra de Dios sobre los caminos del trabajo por la paz: El conocimiento de Dios, la acogida de su luz y dejarse guiar por su espíritu es el cimiento de la justicia y la paz.

El texto de la carta a los Efesios nos ofrece una luz nueva en relación con la paz, pero ya en un contexto y perspectiva muy distintos. El marco de referencia es el Reino de Dios instaurado por Jesús, que no es de este mundo, y tiene su centro en Jesús mismo y en el cuerpo eclesial edificado sobre él como piedra angular. Con el sacrificio de su sangre, derramada en la cruz, Cristo ha derribado el muro del pecado y el odio que separaba a los pueblos, ha acercado en el amor a los que antes estaban lejos, se ha convertido él mismo en nuestra paz y ha recreado en él un solo hombre nuevo. Así se pone de manifiesto que vino a traer la noticia de la paz universal, a los de cerca y a los de lejos, y de esta forma acerca a todos al mismo Padre como miembros de su única familia y ciudadanos del mismo pueblo de Dios. Esta obra de Jesús se va haciendo actual día a día por obra de su Espíritu, que edifica a su Iglesia como un templo consagrado al Señor, en el que Dios tiene su morada.

Es obvio que san Pablo no pretende convertir esta enseñanza sobre Cristo y su Iglesia en ley civil para la convivencia pacífica entre los pueblos. Pero con esta enseñanza pone de relieve el origen y fundamento espiritual de la paz. Es la fe en Dios Padre la que nos hace sentir como miembros de una misma familia de hermanos y ciudadanos de un mismo pueblo universal. No es el odio, sino el amor el fundamento de la paz. Y es el Espíritu de Dios el único que puede crear un hombre nuevo, que se alegra en su trabajo por la paz. Por último, esta enseñanza de san Pablo contiene elementos que pueden servir de referencia para el trabajo de las diversas religiones a favor de la paz. El gran desafío que esta enseñanza representa para los cristianos en primer lugar es la necesidad de su realización auténtica en el mismo seno de la Iglesia y de las naciones de mayor tradición cristiana, superando etapas de la historia menos ejemplares.

El programa de las bienaventuranzas del Reino es el ideal que Jesús vivió y nos enseñó como modelo para la convivencia característica de sus discípulos. La perspectiva es la sabiduría de la cruz, la entrega de la propia vida por amor, devolver el bien por el mal recibido y vencer el mal con el bien, perdonar y amar incluso al enemigo, y hacerse los últimos y servidores de todos, según la enseñanza de Jesús: *“Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será*

así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20, 25-28).

Asumir el riesgo de la persecución por defender la justicia y el compromiso firme de trabajar por la paz con mansedumbre, es decir, sin el recurso a la fuerza de las armas, constituyen formas ejemplares de servicio, que hacen grande a quien lo realiza y digno de ser llamado hijo de Dios.

En la realización de este servicio de paz orienta y estimula el elevado ideal moral de las bienaventuranzas que, sin poder imponerse como ley de convivencia social, es un contraste iluminador del juicio de la propia conciencia a la hora de discernir la forma más adecuada de construir la paz en circunstancias de gran dificultad.

En este camino de aplicación de los principios morales del Evangelio a la acción social y política nos ayuda la Doctrina Social de la Iglesia. En concreto, en relación con la paz es eminente la enseñanza de la Encíclica *Pacem in terris*, publicada en el año 1963 por Juan XXIII, en el contexto de la dramática situación creada para la paz mundial por el emplazamiento de rampas de lanzamiento de cohetes en Cuba por parte de la Unión Soviética, que estuvo a punto de provocar una tercera guerra mundial. La Encíclica tuvo una acogida general, que mostró que el Papa se había constituido en intérprete de los sentimientos y aspiraciones de paz de toda la humanidad. Salvadas las diferencias, también en este momento es el Papa Francisco la voz más firme y moralmente autorizada que se ha levantado para disuadir a los gobernantes de la proyectada reacción armada a la utilización de armas químicas por el Gobierno de Siria.

En la *Pacem in terris* comienza recordando Juan XXIII que la paz exige la observancia del orden divino y que la convivencia deber ser regida por las leyes que impone la naturaleza del hombre. Más en concreto, además del respeto a los derechos y deberes fundamentales de la persona, enseña el Papa que la paz será una palabra vacía mientras no se funde en “*un orden basado en la verdad, establecido de acuerdo con las*

normas de la justicia, sustentado y henchido por la caridad y, finalmente, realizado bajo los auspicios de la libertad” (n. 167). Las diferencias entre las naciones no pueden resolverse por la fuerza de las armas, sino por medio de convenios. **La guerra no es ya un medio apto para resarcir el derecho violado.**

La paz es una realidad principalmente espiritual, en la que deben encontrar orientación todos los valores sociales de la humanidad. La paz no puede darse en la sociedad humana si primero no se da en el interior de cada hombre, es decir, si primero no guarda cada uno en sí mismo el orden que Dios ha establecido. Por ello es necesario en la sociedad que los cristianos sean centellas de luz y viveros de amor. Y este efecto será tanto mayor cuanto más estrecha sea la unión de cada uno con Dios. En consecuencia es necesaria la oración por la paz, que Jesús nos ha prometido darnos: una paz distinta de la paz que el mundo nos da (cf. Jn 14,23).

En comunión de oración con María, la Reina de la paz, oramos a su Hijo, Jesucristo, por la paz en el mundo y, en particular, en Siria. ¡Que el Señor nos haga partícipes de su paz y constructores de su paz!

43. Encuentro de Cofradías de Minerva

Sacerdotes concelebrantes, autoridades, miembros de las Cofradías de Minerva, fieles de la Parroquia de Villoria, queridos hermanos todos:

Con cordial afecto fraternal os saludo a todos y os doy la bienvenida a esta gozosa celebración de la Eucaristía en este IV Encuentro Nacional de Cofradías de Minerva.

El Señor nos ha congregado desde diversos lugares en torno a su mesa eucarística para hacernos **experimentar el misterio de la unidad de la Iglesia**, edificada como Cuerpo único de Cristo por la confesión de la misma fe, en la escucha de su Palabra de vida, y por la comunión en

el mismo Cuerpo de Cristo. En efecto, Hay “*un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos*” (Ef 4, 4-6). Y esta unidad se edifica y fortalece en la Eucaristía: “*Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan*” (1 Cor 10,17).

Hoy sentimos **la alegría, la dulzura y la delicia de “convivir los hermanos unidos”** (Salmo 133), **viendo y gustando lo bueno que es el Señor y la dicha de quien se acoge a él** (Salmo 33). De esta gozosa experiencia surge nuestra bendición y alabanza a Dios, y la proclamación de su grandeza y su gloria, porque a los humildes y afligidos los libra de todas sus ansias.

La experiencia del profeta Elías sirve de fundamento a la confesión del salmista: “*Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo salva de sus angustias*”. Era tan intensa la aflicción y angustia de Elías que había perdido el gusto y la fuerza para vivir, y se deseaba la muerte.

Pero en ese momento el Señor le dijo por medio de su ángel: “*Levántate y come*”. Y por segunda vez la ordena: “*Levántate y come, que el camino es superior a tus fuerzas*”. Elías obedeció y “*con la fuerza de aquel alimento, caminó...hasta... el monte de Dios*”.

El pan que Dios le ofrece como alimento, le da fuerza para llegar al monte de la revelación y de la alianza de Dios con su pueblo. Allí experimentará Elías la presencia misteriosa de Dios y quedará fortalecido para seguir cumpliendo su misión de profeta.

El pan de Dios, que hace capaz al profeta de andar un camino superior a sus fuerzas, es un signo anticipado del pan de la Eucaristía como alimento de nuestra vida cristiana diaria, sin el cual no podemos hacer nada.

Y la segunda lectura y el Evangelio centran ya de modo explícito la atención en el misterio eucarístico. De la *Primera Carta a los Corintios* (cf. 11, 23-26) está tomado el pasaje fundamental, en el que san Pablo recuerda a la comunidad el significado y el valor de la “Cena del

Señor”, que el Apóstol había transmitido y enseñado, pero que corrían el riesgo de ser mal interpretados.

En la Eucaristía tiene lugar la conversión de los dones de esta tierra, el pan y el vino, con el fin de transformar nuestra vida e inaugurar de esta forma la transformación del mundo. En la Última Cena, Jesús, con el poder de su amor, transformó el sentido de la muerte hacia la cual se dirigía y convirtió la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo y su Sangre. De su oración eucarística brota la fuerza que transforma la realidad en sus dimensiones: la naturaleza, el hombre y la historia. Esta transformación es posible gracias a una comunión más fuerte que la división: la comunión con Dios mismo. Cuando en la Eucaristía recibimos la comunión entramos en comunión con la vida misma de Jesús, que se entrega por nosotros y se nos da a nosotros. El cáliz que bendecimos es comunión de la sangre de Cristo, y el pan que partimos es comunión del cuerpo de Cristo. Y, *“porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan”* (1 Co 10, 16-17).

El alimento corporal ordinario es asimilado por nuestro organismo y contribuye a su sustento; en la Eucaristía ocurre algo muy diferente: no somos nosotros quienes asimilamos a Cristo, sino que él nos asimila a sí, para llegar a ser una sola cosa con él y miembros de su cuerpo. En el encuentro que tiene lugar en la comunión eucarística, **Cristo nos transforma en Él**, abre nuestra individualidad, la libera de su egocentrismo y la inserta en su misma Persona. De este modo, la Eucaristía nos abre también a los demás, nos hace miembros los unos de los otros: ya no estamos divididos, sino que somos uno en él.

La comunión eucarística nos une a cada uno a la persona que tenemos a nuestro lado, y con la cual tal vez ni siquiera tenemos una buena relación, y también a los hermanos lejanos, en todas las partes del mundo. De la Eucaristía, deriva el sentido profundo de la presencia social de la Iglesia. Quien reconoce a Jesús en la Hostia santa, lo reconoce en el hermano que sufre, que tiene hambre y sed, que es extranjero, que está desnudo, enfermo o en la cárcel; y está atento a cada persona, se compromete, de forma concreta, en favor de todos aquellos que padecen necesidad. Del don de amor de Cristo proviene, por tan-

to, nuestra responsabilidad especial de cristianos en la construcción de una sociedad solidaria, justa y fraterna. Especialmente en nuestro tiempo, en el que la globalización y la crisis nos hacen cada vez más dependientes unos de otros, el cristiano puede y debe hacer que estas relaciones sociales y económicas no se construyan sin Dios, es decir, sin el amor verdadero, que supera el individualismo y evita los atropellos de todos contra todos. El Evangelio y la Eucaristía nos abren los ojos para reconocernos como miembros del mismo cuerpo de Cristo y para aprender a compartir el amor, que en el Sacramento del altar recibimos.

En el Evangelio de la multiplicación de los panes y los peces dice Jesús a sus discípulos: “Dadles vosotros de comer”. El relato nos indica a quienes los apóstoles han de dar de comer: a la gente a la que Jesús acoge, habla, cura y le muestra la misericordia de Dios; a la gente que escucha a Jesús y lo sigue con alegría porque habla y actúa con verdad y con la autoridad de quien es auténtico y coherente, y revela el rostro de un Dios que es amor.

Hoy somos nosotros quienes seguimos a Jesús para escucharlo y entrar en comunión con Él en la Eucaristía. Y es oportuno que nos preguntemos: ¿Cómo sigo yo a Jesús? Él habla en el silencio de la Eucaristía y nos recuerda que seguirlo quiere decir salir de nosotros mismos y hacer de nuestra vida un don para Él y para los demás.

Jesús ordena a los discípulos dar de comer a la multitud porque están en descampado y se hace tarde; y, además, porque ha visto que la preocupación de los discípulos es despedir a la gente para que vayan a los pueblos cercanos a buscar comida y alojamiento. Es muy significativa la distinta actitud de los discípulos y de Jesús ante la necesidad de la gente: la respuesta de los discípulos es despedirlos y que cada uno piense en sí mismo y se busque su solución como pueda. Y los cristianos hacemos muchas veces lo mismo: no nos hacemos cargo de la necesidad de los otros. En cambio, la actuación de Jesús va en una dirección que sorprende a los discípulos: Dadles vosotros de comer. Pero los discípulos no pueden dar de comer a una multitud con solo cinco panes y dos peces. Ellos sólo distribuyen el alimento que Jesús multiplica para saciar a la multitud.

Esta mañana estamos nosotros en torno a la mesa del Señor, en la cual Él nos da una vez más su Cuerpo y hace presente el sacrificio de la Cruz. Y al escuchar su Palabra y alimentarnos con su Cuerpo y Sangre nos hace pasar de ser una multitud informe a ser una comunidad, nos lleva del anonimato a la comunión fraterna. La Eucaristía es el sacramento de la comunión que nos hace salir del individualismo para vivir juntos el seguimiento de Jesús. Por ello, nos preguntamos de nuevo cada uno: ¿Cómo vivo yo la Eucaristía? ¿La vivo de modo anónimo o como verdadera comunión con el Señor y con todos los hermanos que comparten la misma mesa?

La multiplicación de los panes y los peces nace del poder de Jesús y del compartir los discípulos lo poco que tienen. Estos escasos alimentos en las manos de Jesús sacian el hambre de una multitud. Es por ello necesario poner a disposición de Jesús lo que somos y tenemos, confiados en su Palabra. Y no debemos tener miedo a la solidaridad, porque sólo en el compartir y en el don, nuestra vida será fecunda y dará fruto. Lo poco que somos y tenemos se convierte en riqueza cuando lo compartimos, porque el poder del amor de Dios transforma nuestra pobreza.

En esta Eucaristía nos distribuye el Señor una vez más el pan que es su Cuerpo, para hacernos uno con Él, para que Él viva en nosotros y nosotros vivamos en Él. Con gratitud y humildad nos preguntamos: ¿Me dejo transformar por Él? ¿Dejo que el Señor me guíe a salir cada vez más de mi pequeño recinto y a no tener miedo de dar, de compartir, de amarle a Él y a los otros?

Estamos viviendo una particular experiencia de adoración del Santísimo Sacramento, que vamos a completar en la procesión de Minerva. La celebración de la Eucaristía sólo puede expresar su pleno significado y valor si va precedida, acompañada y seguida de esta actitud interior de fe y de adoración. El encuentro con Jesús en la Eucaristía se realiza verdadera y plenamente cuando la comunidad es capaz de reconocer que Él, en el Sacramento, habita su casa, nos espera, nos invita a su mesa, y luego, tras disolverse la asamblea, permanece con nosotros, con su presencia discreta y silenciosa, y nos acompaña con su

intercesión, recogiendo nuestros sacrificios espirituales y ofreciéndolos al Padre.

En el momento de la adoración todos estamos al mismo nivel, de rodillas ante el Sacramento del amor. El sacerdocio común y el ministerial se encuentran unidos en el culto eucarístico. La adoración prepara los corazones al encuentro con Cristo en la celebración de la Eucaristía. La comunión y la adoración no se pueden separar; para comulgar verdaderamente con otra persona debo conocerla, saber estar en silencio cerca de ella, escucharla, mirarla con amor. El verdadero amor y la verdadera amistad viven siempre de esta reciprocidad de miradas, de silencios intensos, elocuentes, llenos de respeto y veneración, de manera que el encuentro se viva profundamente, de modo personal e íntimo.

Al fin de su misión, en la última Cena, Jesús instituyó el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, el Memorial de su Sacrificio pascual, que mandó a sus apóstoles perpetuar, como signo supremo de la Vida verdadera, que es él mismo, y de su amor a nosotros hasta el extremo. Con esta fe, queridos hermanos y hermanas, celebramos hoy con especial devoción y amor el Misterio eucarístico y lo adoramos como centro de nuestra vida y corazón del mundo.

44. Homilía en la clausura de la VII Semana de Pastoral

Queridos hermanos:

El texto de la carta a los efesios nos llama a vivir en fidelidad a la vocación a la que hemos sido convocados por Cristo.

Es la vocación al amor y a la unidad del Espíritu en el único cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Ella es una porque tiene un Señor, una fe y una esperanza, y un bautismo; y porque confiesa a un solo Dios y Padre.

En esta Iglesia a constituido Cristo apóstoles, profetas, evangelizadores, pastores y maestros, con los correspondientes dones y gracias, en orden a la perfección de los fieles en la santidad y a la edificación del Cuerpo de Cristo. La meta de todos y cada uno es la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios y alcanzar la perfección del hombre, a la medida de la plenitud de Cristo.

Estas afirmaciones de Pablo están en consonancia con su visión global de la Iglesia y la vida de los fieles centradas en Cristo. Así aparece por ejemplo en el himno de la carta a los efesios: Dios *“nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo... en él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados”*... Dios ha querido *“recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra”* (Ef 1, 4.7.10). Y también en el himno de la carta a los colosenses: *“En él fueron creadas todas las cosas... Él es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia... en él quiso Dios que residiera toda la plenitud”* (Col 1, 16.18.19). E igualmente su vida personal es un vivir en Cristo: *“Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida e ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”* (Gal 2, 20)

El texto evangélico nos ha descrito el inicio del cambio de vida de Mateo, llamado por Jesús a seguirle. La vocación de Mateo es narrada también en los Evangelios de Marcos (2,13-17) y Lucas (5, 27-32), si bien ellos designan a Mateo con el nombre de Leví.

El nombre de “Mateo” pudo ser el nuevo nombre con el que Jesús llamó a Leví (cf. Lc 5,27) cuando lo eligió como apóstol, lo mismo que a Simón lo había llamado Pedro.

Mateo desempeñaba el cargo de empleado de aduanas recaudando impuestos sobre los bienes que se introducían o se sacaban del territorio de Herodes Antipas. Puede que también fuera responsable de la recaudación de tributos romanos. Por ambos conceptos, Mateo debía de ser considerado colaborador con las fuerzas opresoras, y podría haberse encontrado bajo la sospecha de utilizar su cargo para enriquecerse. De hecho, es sabido que los maestros fariseos incluían a los publicanos en la misma categoría que a los asesinos, los ladrones y los impuros, y aprobaban el mentirles para escapar al pago de los

impuestos injustos. Así pues, los publicanos eran considerados por los fariseos como personas no pertenecientes al reino de Dios y aparecen a veces socialmente equiparados a los gentiles. El mismo Evangelio de Mateo refiere expresiones de Jesús que se hacen eco de ello: “*Si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen los mismo también los publicanos?*” (cf. Mt 5,46-47; 9,11; 18,17). *Y si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles?*” (Mt 5, 46-47).

Pero en esta persona social y religiosamente excluida puso Jesús sus ojos llenos de misericordia. Al entrar y salir de Cafarnaún, la ciudad de nacimiento y trabajo de Mateo, Jesús pudo haber visto con frecuencia a Mateo sentado en su puesto de trabajo, su rostro y hasta su persona y familia podían haberle sido conocidos. Pero aquella vez ocurrió algo distinto. El texto dice simplemente: “*Al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos*”. Lo que sucedió aquella vez cambió para siempre la vida de Mateo: Jesús no sólo lo vio sino que lo miró con amor y le dijo: “*Sígueme*”.

Expresiones semejantes encontramos en los relatos de llamadas de otros discípulos: “*Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés*” y “*les dijo venid en pos de mi*”... *Un poco más adelante vio a Santiago... y a Juan, su hermano...y los llamó*” (Mc 1, 16-20). “*Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: Ahí tenéis un israelita de verdad...Natanael le contesta: ¿De qué me conoces? Jesús le responde: Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te ví*” (Jn 1, 47-48). Este “ver” de Jesús es de cerca y de lejos, con una visión milagrosa que provoca la fe de Natanael. Pero se trata sobre todo de un ver con amor, de una mirada de elección que brota del corazón, para elegir a los que él quiso.

La llamada a Mateo al seguimiento es especialmente significativa porque implicaba la llamada a introducir a un excluido en el reino de Dios que Jesús anuncia y hace presente. Es muy probable que Mateo estuviera al tanto de los milagros y enseñanza de Jesús en Cafarnaún; es probable que en su corazón se hubiera estado encendiendo poco a poco el fuego de la atracción por Jesús, que le preparaba para la respuesta en el momento decisivo en que Jesús le mostró su amor y su

confianza. Así pudo responder al momento: “*Se levantó y lo siguió*”. Lo siguió con inmenso gozo y agradecimiento, que le llevó a organizar un banquete en su casa para honrar a Jesús en compañía de sus amigos y compañeros de trabajo. Y con Jesús entró aquel día la salvación en casa de Mateo, para él y su familia y, como anticipo, para todas “las ovejas descarriadas de Israel” (Mt 10, 6) y para los enfermos que necesitan curación.

Más adelante narra el Evangelio de Mateo (10, 1-5) la elección de Mateo entre la lista de los doce apóstoles, que recibieron autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia.

La escena de Jesús sentado a la mesa en casa de Mateo y rodeado de publicanos y otros excluidos, considerados por los fariseos como pecadores públicos, era en sí misma como un signo primero de acogida que anticipaba la llamada explícita de Jesús a convertirse y acoger el anuncio del reino por él predicado. Y esta explicitación la realiza Jesús en el posterior diálogo crítico con los fariseos, ante quienes Jesús reafirma con fuerza: Los que necesitan al médico son los enfermos: Jesús ha venido a curar a Israel, cargando, como el nuevo Siervo de Yahvé (cf. Is 53, 6) con los crímenes de ellos. Y, con una cita del profeta Oseas, hace frente a falsos justos, diciéndoles: “*Andad, aprended lo que significa `Misericordia quiero y no sacrificios` ; que no he venido a llamar a justos sino a pecadores*”; a todos los andan “*como ovejas que no tienen pastor*”(Mt 9, 36), pero todavía esperan y buscan el reino.

Esta escena del banquete de Mateo tiene en su conjunto resonancias del banquete celebrativo del reino, descrito en Is 55,1-2: “*Oíd, sedientos todos, acudid por agua; venid también los que no tenéis dinero: comprad trigo y comed, venid y comprad, sin dinero y de balde, vino y leche*”. Los fariseos no lo comprendieron y quedaron endurecidos en su consternación.

45. Domingo XXVI

Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino, y todos los días celebraba espléndidos banquetes. Así comienza la parábola narrada por Jesús en el evangelio de hoy. Este hombre rico no tiene nombre, es definido únicamente por lo que tiene; acumula ávidamente bienes para su propio disfrute. Y así, cegado por su egoísmo idólatrico, permanece indiferente ante la presencia de un pobre a su puerta, de nombre Lázaro, cubierto de llagas, que anhela saciar su hambre con lo que tiraban de la mesa del rico.

El comportamiento de este rico tiene un nombre preciso: injusticia; la que había sido denunciada por los profetas del Antiguo Testamento, como lo hizo Amós, según el texto de la primera lectura de hoy.

Amós, un pastor rústico, directamente llamado por Dios como Profeta (1, 1; 7, 14), viene del desierto a Samaria en la segunda mitad del reinado de Jeroboam II (784-744), durante el cual se ha logrado un largo periodo de paz y esplendor. Los ojos de Amós, iluminados por la llamada de Dios, chocan con una vida social atiborrada de comodidades y placeres. Fiel a su misión, el profeta rasga la cortina del lujo y descubre la podredumbre que oculta, haciendo un retrato perfecto de la vida del adinerado encerrado en sí mismo: estilo materialista de vida según el lema “comamos y bebamos, que mañana moriremos”, y negación de la fe, que lleva a entender la vida como un “paso”.

A un ojo penetrante como el del profeta no se le escapa que esa cómoda y egoísta indiferencia del rico es, a la vez, semillero de toda clase de vicios: olvido y opresión del Pobre (8, 4-7), vanalidad de la justicia (5, 7-12), hipocresía religiosa (5, 21-27); etc. Para una situación tal el profeta no ve remedio: su único final es la ruina y el destierro, aunque ese desastre se cumplirá algún tiempo después, en el año 721.

En contraste con la denuncia profética del lujo, el salmo desarrolla la bienaventuranza de los que tienen hambre y sed; bienaventuranza enteramente apoyada en Dios, que hace justicia a los oprimidos y se muestra atraído por todos los débiles y necesitados. La enseñanza con-

junta de la Profecía y del salmo encuentra su resonancia en las bienaventuranzas del Evangelio y en el doble camino del rico y del pobre, que Jesús descubre como caminos de dicha y de desdicha: “Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados... Ay de vosotros, ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo” (Lc 6, 21.24).

Esta enseñanza de Jesús parece un resumen anticipado del mensaje de la parábola de hoy contra la injusticia que se manifiesta en la acumulación de una cantidad desmesurada de riquezas, terminando incluso por privar a los otros del mínimo necesario para su subsistencia. Este mensaje nos resulta menos agradable a la sociedad del bienestar, acostumbrados como estamos a la presencia de los pobres creados cerca o lejos por nuestra riqueza, que ya no concebimos como injusta.

Sin embargo, para Dios no es así. **Dios no deja de ayudar a los pobres y a las víctimas de la historia.** Y así lo ha querido expresar Jesús al dar al pobre de la parábola el nombre de Lázaro, que significa “Dios ayuda”. Sí, Jesús nos dice que habrá un juicio de Dios al fin de los tiempos en el que Dios nos llamará a rendir cuentas de nuestro comportamiento y “dará a cada uno según sus acciones” (cf. Sal 62, 13; Rom 2, 6; Ap 2, 23). Es así, aun cuando nosotros, como el rico de la parábola, nos inclinemos a olvidar esta perspectiva.

Y Jesús continúa: “Un día el pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. También murió el rico y fue sepultado”. A este vuelco de la suerte terrena sigue un diálogo entre el rico y Abrahán. En medio de los tormentos el primero se dirige al patriarca pidiéndole, lo primero de todo, “que envíe a Lázaro para que moje en agua la yema de su dedo y refresque mi lengua”, para aliviar sus sufrimientos. Pero oye como respuesta: “Recuerda, hijo, que ya recibiste tus bienes durante la vida y Lázaro, en cambio, males”. Con estas palabras Jesús no quiere atemorizarnos o describir las penas del infierno, como solemos pensar, sino simplemente recordarnos que en la vida hay un “tiempo oportuno” y un “demasiado tarde”: es necesario vivir el presente como el hoy de Dios, sabiendo que el juicio final se juega para cada uno aquí y ahora, porque el último día no hará sino desvelar la cualidad de nuestra vida cotidiana.

Pero el rico insiste, suplicando a Abrahán que envíe a Lázaro para que exhorte a sus hermanos a que cambien de vida, advirtiéndoles sobre lo que les espera después de la muerte. Está convencido de que si “se les presenta un muerto se convertirán”. Mas la respuesta que recibe es que “ya tienen a Moisés y a los profetas, que los escuchen... Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco harán caso aunque resucite un muerto”

La fe no se fundamenta en sucesos extraordinarios, sino en la escucha de la palabra de Dios (cfr. Rom 10, 17). No deben olvidarse las palabras de Jesús resucitado a aquellos discípulos desanimados e incrédulos: “Es necesario que se cumplan todas las cosas escritas sobre mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos” (Lc 24, 44). En efecto, nuestra fe es engendrada por la escucha de la palabra de Dios contenida en las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, releídas a la luz de la vida de Jesús y de su victoria pascual sobre el pecado y la muerte.

Y la fe, si es auténtica, es “fe que actúa por medio del amor” (Gal 5, 6), es decir, se traduce en acciones concretas inspiradas en el amor fraterno. De hecho, el amor es la única realidad por la que seremos juzgados al término de nuestra vida: el amor capaz de dar sentido a nuestros días sobre la tierra, el amor que consiste aquí y ahora en compartir los bienes de modo que sean distribuidos “a cada uno según su necesidad” (Hch 4, 35). Pero recordémoslo: “Si alguien que tiene bienes en este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?” (1 Jn 3, 17). “Lo que no hicisteis con uno de estos..., tampoco lo hicisteis conmigo” (Mt 25, 45).

Y esta verdad de la fe que obra por el amor es la que ha de explicar fielmente Timoteo, “el hombre de Dios” para cumplir el encargo de guardar el mandamiento sin mancha ni reproche hasta la venida del Señor. El combate de la fe, para heredar la vida eterna, lleva consigo la práctica de la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la delicadeza. En cambio, el estilo materialista de vida, entendida como un puro disfrute, fue y es siempre insulto a Dios: insulto a la Alianza, al Evangelio, a la fe y a la misma convivencia humana.

En efecto, Pablo, tras una larga experiencia de Cristo, advierte a Timoteo, que huya del dinero (v 10) y le indica el camino a seguir para alcanzar el equilibrio cristiano. Es un caminar de continua lucha, con unos objetivos claros: una fe viva que opera (Rm 3, 21-4, 25), una caridad auténtica (Rm 12, 9-10; 13, 8-10) una justicia humana, un espíritu de oración (Rm 12, 12; Col 4, 2), un sentido cristiano del sufrimiento (cfr Mt 10, 38; 2 Tim 2, 3), un trato delicado con los que nos rodean, que son hermanos nuestros (1 Cor 13, 4-7).

Con la ayuda de la gracia de Dios, nuestra vida cristiana es una disciplina diaria, en busca de estos valores que, al ser de Cristo, “primogénito de toda la creación”, pertenecen al hombre, pero que se viven con entusiasmo al ser proyectados hacia lo eterno, hacia quien posee la inmortalidad, hacia nuestra plena realización. La misión del cristiano consiste en guardar íntegro el mensaje de Cristo, sin adulterarlo, y en dar testimonio de este mensaje con una fe operativa y una caridad vivida hasta sus últimas consecuencias, a imitación del amor de Jesús. Para ello necesitamos el examen permanente de nuestra vida a la luz de la Palabra de Dios y el alimento de la Eucaristía.

46. Eucaristía en el retiro de los sacerdotes

Queridos hermanos presbíteros:

La Palabra de Dios nos ha situado ante dos llamadas de Dios a Moisés, y a Pedro y sus compañeros de pesca.

¿En qué condiciones acontecen estos encuentros? ¿Qué experiencias personales hacen posible acoger y seguir la llamada? ¿Qué fuerza sustenta la realización de la misión encomendada? ¿Qué fidelidad y esperanza las hace dar fruto?

La escena de la zarza ardiente tiene un lugar central en la revelación que Dios hace de su identidad misteriosa en el Antiguo Testamento. La revelación del nombre de Dios va precedida de la presencia del

signo asombroso de la zarza que arde sin consumirse, con el cual Dios crea el espacio “sagrado”, en el que invita a Moisés a entrar con los pies descalzos, es decir, en actitud de adoración. Y la escena deja claro que es Dios quien toma la iniciativa.

Dios llama a Moisés desde la zarza para encomendarle la misión de sacar a su pueblo de la esclavitud de Egipto y conducirlo a la tierra prometida a Abrahán. La revelación más clara de la escena es **la cercanía y cuidado solícito de Dios** con los descendientes de Abrahán, Isaac y Jacob a los que llama “mi pueblo” y de los que se define como su Dios: “*Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob*”. Este “*Dios de vuestros padres*” envía a Moisés porque ha visto la opresión de su pueblo, ha oído sus quejas, se ha fijado en sus sufrimientos y ha decidido “bajar” “*a sacarlos de esta tierra, para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, ... que mana leche y miel*”. De esta forma Dios comienza a revelarse como el **Dios que padece con su pueblo**. Y así se muestra como el **Dios fiel a la alianza** con Abrahán, que cumple las promesas hechas a “*vuestros padres*”.

Esta descripción que Dios hace de sus sentimientos hacia los hijos Israel y la manifestación de su decisión de salir de su misterio y “bajar” a comprometerse con su vida diaria y con su historia, para abrirle un futuro de libertad y de bendición con abundantes bienes, es la mejor definición del ser del Dios de Israel. Y en el marco de esta **revelación histórica** que Dios hace de su misterio a través de sus obras, está situada en la escena, a petición de Moisés, la otra revelación del nombre de Dios: “*Yo soy el que soy*”; revelación enigmática e inabarcable por necesidad, tanto como es imposible para el hombre la comprensión adecuada del “ser de Dios”, en su misterio personal, al que se refiere el “nombre”. Revelar “*Yo soy el que soy*” o simplemente “*Yo soy*”, es como decir a Moisés no pretendas invadir y dominar mi tierra sagrada, mi misterio que te es inaccesible. Lo que yo soy no puedes comprenderlo; mi rostro no puedes verlo, le dirá más adelante (Ex 33,20). No obstante, “*Yo soy*” significa que Dios es Dios, que es Dios siempre y está presente siempre para salvar a su pueblo y a todos los hombres ayer, hoy y mañana.

La escena de la pesca milagrosa es una clave de lectura de la misión permanente de la Iglesia, porque Jesús envió a aquellos pescadores a ser pescadores de hombres.

En el origen de la pesca milagrosa está la búsqueda de la gente que se agolpaba alrededor de Jesús para escuchar su palabra a orillas del lago; y está también el trabajo afanoso de unos sencillos pescadores. Es decir, está el hambre espiritual de las ovejas sin pastor que siguen a Jesús porque encuentran en él una palabra distinta sobre Dios: una palabra viva, cálida y cercana, que suena a testimonio auténtico de quien sabe de qué habla y conoce al Padre y revela su buena noticia de amor, porque vive en la intimidad personal con él. Y está la necesidad que tienen los pescadores de ganar cada día el sustento con su trabajo. Hay, pues, Palabra de Dios y escasos recursos humanos.

Los pescadores tienen una barca frágil y rudimentaria; y tienen redes viejas que necesitan ser remendadas. Y aparece el esfuerzo y el cansancio de la pesca, con un resultado escaso y, en esta ocasión, de total fracaso: A pesar del sacrificio, las redes están vacías.

Después, cuando Jesús quiere, él mismo, por sorpresa y cuando nadie lo esperaba, aparece en su misterio y revela su poder, su providencia y sus planes, que incluyen llamada y misión. Dios llega siempre después de poner a prueba la paciencia y el anhelo de los que le esperan. Y Dios aparece siempre en Jesús con aspecto de pequeñez en la realización de sus grandes obras. Su sola palabra, dicha en forma de diálogo entre amigos, realiza el milagro.

Los pescadores quedan asombrados por el misterio que envuelve la persona y las acciones de Jesús; experimentan la presencia de la santidad de Dios en él y la propia pequeñez. Pedro, una vez más en nombre de todos, se arroja a los pies de Jesús y confiesa con humildad: *“Apártate de mí, Señor, que soy un pecador”*. Se continúa así el proceso lento de iniciación de los discípulos en su conocimiento del misterio de Jesús y en la participación en su misión como enviados y apóstoles suyos. Y el fundamento y contenido de este envío quedan ya más explícitos con las nuevas palabras de Jesús: *“No temas; desde ahora serás pescador de hombres”*.

Por últimos, los pescadores, como la gente sencilla a la que el Padre da a conocer las cosas de su Reino (cf. Lc 10, 21), acogen en su corazón el misterio de la persona de Jesús, seguramente no con explicaciones racionales, sino abriendo a Dios todos los rincones de su casa y dejándolos libres de cualquiera otra cosa, como refleja la narración: *“Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron”*.

Los pescadores van dejando entrar en su corazón el misterio de su nueva vida en seguimiento de Jesús. Jesús los ha sacado del lago como si fueran ellos mismos peces; Jesús los ha introducido en sus redes, los ha pescado para ir enseñándoles a ser ellos mismos pescadores de hombres. Para ello, irá irradiando en sus corazones el calor que necesitan. Y los aprendices de pescadores, con su humilde apertura, van haciendo posible que las intenciones de Jesús se realicen en ellos: con una gracia que abre y prepara a otra. Acompañados por Jesús, el Padre va desplegando en los discípulos gradualmente su misteriosa y humilde fuerza.

Para ser ahora pescadores de hombres necesitamos ser acompañados por Jesús en la edificación de una iglesia que da espacio y alberga en sí misma el misterio de Dios, de manera que pueda maravillar a la gente y atraerla, pues la belleza de Dios atrae. En palabras del Papa Francisco, “el camino de Dios es el de la atracción. A Dios, uno se lo lleva a casa. Él despierta en el hombre el deseo de tenerlo en su propia vida, en su propio hogar, en el propio corazón. Él despierta en nosotros el deseo de llamar a los vecinos para dar a conocer su belleza. La misión nace precisamente de este hechizo divino, de este estupor del encuentro.” (Discurso a los Obispos de Brasil en Río de Janeiro, el día 27 de julio de 2013).

Cuando hablamos de la misión de la Iglesia, hemos de tener presente la lección de la escena de la pesca milagrosa. “Las redes de la Iglesia –sigue exponiendo el Papa Francisco– son frágiles, quizás remendadas; la barca de la Iglesia no tiene la potencia de los grandes transatlánticos que surcan los océanos. Y, sin embargo, Dios quiere manifestarse precisamente a través de nuestros medios, medios pobres, porque siempre es él quien actúa... El resultado del trabajo pastoral no se basa en la riqueza de los recursos, sino en la creatividad del amor. Ciertamente es necesaria la tenacidad, el esfuerzo, el trabajo, la plani-

ficación, la organización, pero hay que saber ante todo que la fuerza de la Iglesia no reside en sí misma sino que está escondida en las aguas profundas de Dios, en las que ella está llamada a echar las redes” (Ibid).

Hoy nos encontramos en un nuevo momento de cambio de época, en el cual el Papa nos urge a preguntarnos: ¿Qué nos pide Dios? Y nos exhorta ante todo a no ceder al miedo, al desencanto, al desánimo y a las lamentaciones por el aparente fracaso de nuestro trabajo.

Nos encontramos en particular ante el misterio difícil de quienes en diversa medida se alejan de la Iglesia; de aquellos que, tras haberse dejado seducir por otras propuestas, creen que la Iglesia ya no puede ofrecer algo significativo e importante. Y, entonces, van solos por el camino con su propia desilusión. Tal vez la Iglesia se ha mostrado demasiado débil, lejana de sus necesidades, pobre para responder a sus inquietudes, fría para con ellos, prisionera de su propio lenguaje rígido; el mundo parece haber convertido a la Iglesia en una reliquia del pasado, sin respuesta para las nuevas cuestiones que plantea el hombre en su edad adulta. El hecho es que actualmente hay muchos que buscan respuestas en los nuevos y difusos grupos religiosos y otros que parecen vivir ya sin Dios, tanto en la teoría como en la práctica.

Ante esta situación, el Papa Francisco insiste en que hace falta una Iglesia que no tenga miedo a entrar en la noche de ellos y sea capaz de encontrarlos en su camino y de entrar en su conversación. Necesitamos una Iglesia que sepa dialogar con aquellos que vagan sin una meta, solos, con su propio desencanto, con la decepción de un cristianismo considerado ya estéril, infecundo, impotente para generar sentido. Y como no hay quien los acompañe y muestre con su vida el verdadero camino, muchos han buscado atajos, porque la “medida” de la gran Iglesia parece demasiado alta. Hay aún los que reconocen el ideal del hombre y de la vida propuesto por la Iglesia, pero no se atreven a abrazarlo. Piensan que el ideal es demasiado grande para ellos, está fuera de sus posibilidades, la meta a perseguir es inalcanzable. Sin embargo, no pueden vivir sin tener al menos algo, aunque sea una caricatura, de eso que les parece demasiado alto y lejano. Con la desilusión en el corazón, van en busca de algo que les ilusione de nuevo o se resignan a una adhesión parcial, que en definitiva no alcanza a dar plenitud a sus vidas. La sensación de abandono y soledad, de no pertenecerse ni siquiera a sí

mismos, que surge a menudo en esta situación, es demasiado dolorosa para acallarla. Es necesaria una Iglesia que acompañe a la gente en el camino del dolor y aprenda a descubrir en las razones por las que hay gente que se aleja los caminos para su posible retorno. Quienes desean olvidar donde están sus fuentes, pueden terminar por sentirse sedientos

El Papa Francisco nos lanza con sus preguntas hacia nuevas metas: ¿Somos aún una Iglesia capaz de inflamar el corazón? ¿De acompañar a casa? En la Iglesia residen nuestras fuentes: Escritura, catequesis, sacramentos, comunidad, la amistad del Señor, María y los Apóstoles... ¿Somos capaces todavía de presentar estas fuentes, de modo que se despierte la fascinación por su belleza? ¿Somos aún capaces de mostrar la altura del amor revelada en el abajamiento de la cruz a quienes piensan que la verdadera altura de la vida está en otra parte? ¿Alguien conoce algo más fuerte que el poder escondido en la fragilidad del amor, de la bondad, de la verdad, de la belleza? Frente a la búsqueda actual de la rapidez en las comunicaciones, la Iglesia, ¿sabe todavía ser lenta: en el tiempo, para escuchar, en la paciencia, para reparar y reconstruir? ¿O acaso también la Iglesia se ve arrastrada por el frenesí de la eficiencia? Es preciso recuperar la calma de saber ajustar el paso a las posibilidades de los peregrinos, al ritmo de su caminar, la capacidad de estar siempre cerca para que puedan abrir un resquicio en el desencanto que hay en su corazón, y así poder entrar en él.

Hace falta una Iglesia capaz de acompañar también hoy el retorno a ella. Una Iglesia que pueda hacer redescubrir que ella es Madre, nuestra Madre, y que no están huérfanos. En ella hemos nacido. Se necesita una Iglesia que vuelva a traer calor, a encender el corazón; porque la misión pastoral no es otra cosa que el ejercicio de la maternidad de la Iglesia, con entrañas de misericordia, para insertarse en un mundo de heridos, que necesitan comprensión, perdón y amor.

Esta renovación interior de la Iglesia es también necesaria para el nuevo despertar de vocaciones, por las que hoy especialmente oramos. Los presbíteros necesitamos una continua conversión pastoral de vida evangélica y de acción ministerial que nos haga más capaces de vivir nuestro sacerdocio con la alegría que procede de la más perfecta entrega a los hermanos por amor al Señor y con el aliento diario que nos aporta la comunión con los fieles y la fraternidad presbiteral.

47. Fiesta de la Virgen de la Vega

Veneramos hoy a la Virgen de la Vega, Patrona de nuestra ciudad, en comunión con la Iglesia universal, que celebra con gozo en este día la fiesta de la Natividad de la Virgen María.

El nacimiento de María es el comienzo de la realización del plan trazado por Dios para dar a Israel el nuevo pastor prometido. Él vendrá a guiar a sus hermanos con la fuerza del Señor, mostrándoles la gloria de Dios y haciéndoles participar de su vida y de su paz, que llegará a todos los confines de la tierra. Este pastor, termina afirmando la lectura de la profecía de Miqueas, “*será nuestra paz*”.

El texto de la carta a los Romanos ha explicitado el significado de esta paz como una participación en la vida de Cristo de todos aquellos que hemos sido elegidos, llamados y santificados por Él. De este modo, Cristo es el primogénito de muchos hermanos y nosotros somos su imagen viva en medio del mundo. En efecto, “*Cristo es imagen de Dios invisible*” (Col 1, 15) y nos hace posible recuperar en él la imagen de Dios que habíamos perdido. Así nos ha llevado a la paz de los hijos de Dios. Por él quiso Dios “*reconciliar todas las cosas... haciendo la paz por la sangre de su cruz*” (Col 1, 20).

El nacimiento de María y la historia concreta de su vida conducen a la salvación en su hijo “*Jesús*”. El hijo de María es por genealogía humana “*hijo de David, hijo de Abrahán*” (Mt 1,1); pero es también “*Hijo del Altísimo*” (Lc 1, 32), “*Hijo de Dios*” (Lc 1, 35). Jesús es a la vez criatura del Espíritu Santo y hombre dado a luz por María como su propio hijo. El nombre de Jesús expresa su verdadera identidad personal como el que “*salvará a su pueblo de sus pecados*”. En Jesús se ha hecho realidad la presencia de “*Dios con nosotros*” (Mt 1,23); Él es el único Mediador que nos lleva a la comunión de vida con Dios. Y el hombre está llamado a encontrar su plenitud en Jesús, que se ha revelado como “*el camino y la verdad y la vida*” (Jn 14, 6).

San Pablo experimentó en su propia vida este mensaje de Jesús como una manifestación de amor, y lo expresó con esta confesión:

“vivo en la fe del Hijo de Dios, **que me amó y se entregó a la muerte por mí**” (Gal 2, 20). Desde esta experiencia nos ha dejado hoy Pablo el siguiente testimonio: “Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien” (Rom 8, 28); es decir, el que cree en Dios y le ama, ama también al prójimo con un amor paciente y benigno, que no es envidioso ni egoísta, no se irrita y ni lleva cuentas del mal; que todo lo excusa y todo lo soporta (cf. 1 Cor 13, 4-7); que encuentra su alegría en vencer el mal con el bien (cf. Rom 12,21; 1 Pe 3,9), en buscar el interés de los demás (cf. Filp 2,4) y en compartir los sufrimientos de Cristo (1 Pe 4,13). El que cree en Dios y le ama tiene la esperanza firme que nunca se verá defraudada (cf. Rom 5,5), porque brota de la experiencia del amor fiel e irrevocable de Dios, del que nada le puede separar (cf. Rom 8,39). Esta es la fe que ha vencido al mundo (cf. 1 Jn 5,4).

En el marco espiritual del Año de la Fe, la fiesta de la Virgen de la Vega, ha de fortalecer en nosotros la esperanza, que brota de la fe en el Hijo de Dios, que nos ha amado y se ha entregado a la muerte por cada uno de nosotros. Y el Papa Francisco, con su reciente Encíclica **Lumen fidei**, nos ha ofrecido una gran ayuda para hacer más firme nuestra adhesión a la fe y más gozoso nuestro compromiso de anunciarla.

La fe es descrita como Luz porque está referida a Jesucristo, que en el Evangelio de Juan se presenta con estas palabras: “Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas” (Jn 12, 46). El Papa ha manifestado expresamente su propósito con estas palabras: “Deseo hablar precisamente de esta luz de la fe para que crezca e ilumine el presente, y llegue a convertirse en estrella que muestre el horizonte de nuestro camino en un tiempo en el que el hombre tiene especialmente necesidad de luz” (n. 4).

La fe no es una luz ilusoria que impida al hombre la audacia de la búsqueda del saber y el avance en libertad hacia el futuro. La fe no es un salto que damos en el vacío, movidos por un sentimiento ciego; ni es una luz meramente subjetiva, capaz de enardecer el corazón o de dar consuelo privado, pero que no se podría proponer a los demás como luz para alumbrar el camino común. Por el contrario, “es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama

se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo” (n. 4). Poco a poco se ha visto que la luz de la razón autónoma no logra iluminar de forma suficiente el futuro y deja al hombre en la oscuridad y con miedo a lo desconocido. Cuando el hombre renuncia a la búsqueda de una luz y de una verdad grandes, y se contenta con pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero que son incapaces de abrir el camino, todo se vuelve confuso, es imposible distinguir el bien del mal y diferenciar la senda que lleva a la meta de aquella otra que nos hace dar vueltas y vueltas, sin una dirección fija (cf. n. 3). En cambio, “la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar *toda* la existencia del hombre” (cf. n. 4). Una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; la fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor gratuito y fiel. Transformados por este amor, dirigimos con ojos nuevos la mirada al futuro (cf. n. 4) y conducimos nuestra vida cristiana hacia la plena comunión con Dios (cf. n. 7).

Con estas referencias os exhorto a una lectura completa y reposada de esta Encíclica sobre la **Luz de la fe**, que da respuesta a las cuestiones más actuales relacionadas con el contenido salvador de la fe, con la búsqueda del conocimiento de la verdad y de Dios, con la transmisión de la fe y con la luz que la fe aporta a todos los aspectos de la vida en sociedad. Será una forma de asimilar y disfrutar personalmente los beneficios del Año de la fe.

La realización de las acciones encaminadas a alcanzar los objetivos del Año de la fe en los ámbitos de la diócesis, el arciprestazgo y la parroquia está siendo diversa y con logros difícilmente evaluables. No obstante, podemos apreciar que gran número de fieles han tenido conocimiento suficiente de la finalidad del *Año de la Fe* y han participado con interés en las **peregrinaciones de los arciprestazgos a la Catedral** para profesar la fe junto con sus presbíteros y con el Obispo. Y tiene especial relevancia la organización de amplios horarios en varios días de la semana para la **celebración personal del Sacramento de la Penitencia en la Parroquia de El Carmen**.

La actividad del **Consejo Presbiteral en el Año de la fe** ha tenido como frutos importantes la aprobación de unas “**Orientaciones pastorales para el Catecumenado de Adultos**”, con las cuales se da un nuevo

impulso a la práctica de la iniciación cristiana de adultos en nuestra diócesis, así como la aprobación de un “**Directorio para las Celebraciones dominicales en Ausencia de Presbíteros**”, en el que se determinan los criterios por los que han de regirse estas celebraciones.

El asiduo trabajo del **Consejo Diocesano de Pastoral** ha encontrado su reflejo en la redacción de un Borrador de futuro **Plan Diocesano de Pastoral**, que seguirá siendo estudiado durante el próximo curso pastoral, y cuyos objetivos centrarán el estudio de la **próxima Semana de Pastoral, que se celebrará desde el 16 al 21 de septiembre**, en la cual os invito a todos a participar. Como podréis ver en los programas distribuidos en vuestras parroquias y comunidades, las ponencias principales versarán sobre: 1. Cristo, mirada central de toda pastoral; 2. Un nuevo modo de ser Iglesia: la conversión de nuestras comunidades; 3. La misión de la Iglesia hacia fuera: diálogo fe-cultura, fe-justicia. Nuevos escenarios; 4. La iniciación cristiana: hacia un paradigma catecumenal.

Además, la Semana de Pastoral incluye en su programa, como novedad suscitada por el Año de la Fe, una Celebración Penitencial para toda la comunidad diocesana. Y en la Asamblea final se presentará el borrador del nuevo Plan Diocesano de Pastoral y un nuevo programa de pastoral vocacional, que contempla la instauración del Seminario en Familia y de un Pre-Seminario Mayor.

Acogiendo la petición del Papa Francisco hemos celebrado ayer una Vigilia de oración por la paz en el mundo, en particular en Siria y Oriente Medio. El Papa está llamando a los gobernantes del mundo a un compromiso activo por la paz en Siria basado en la urgencia de la negociación entre las partes afectadas y orientado al bien de la población y a la atención de las víctimas de la actual guerra. Desde la más firme condena del uso de armas químicas, el Papa recuerda que el camino de la paz no es el uso de la fuerza armada, que causa nuevas víctimas y engendra más violencia, de alcance en este caso imprevisible.

Esta postura del Papa Francisco viene siendo mantenida de forma constante por la Doctrina Social de la Iglesia desde hace largo tiempo y se encuentra ya formulada con toda nitidez en la Encíclica *Pacem in*

terris, publicada por Juan XXIII en 1963, en el contexto de la gran crisis surgida por la instalación de rampas de lanzamiento de misiles en Cuba por la Unión Soviética. El principio moral es que las diferencias entre las naciones no pueden resolverse por la fuerza de las armas, sino por medio de convenios. **La guerra no es ya un medio apto para resarcir el derecho violado.**

Queridos hermanos: La tarea evangelizadora que nos espera es tan amplia y ardua como apasionante y gozosa. Para realizarla echaremos de nuevo las redes en nombre del Señor y confiaremos en el aliento del Espíritu, que estará siempre con nosotros, en un Pentecostés permanente. Hoy unidos con María, invocamos ya, como la Iglesia primera, la infusión de este Espíritu de Verdad, de Vida y de Amor. Por el camino de la verdad, de la justicia y del amor, este Espíritu nos conduce a la paz en la libertad.

48. Domingo XXVII T.O.

El profeta Habacuc dirigió la Palabra de Dios al pueblo de Israel en momento decisivo de su historia: en el tiempo en que comenzaba a imponerse el poderío de Caldea sobre toda la región y poco antes de que Nabucodonosor invadiera Palestina, en el año 597.

El profeta ha percibido tanto la injusticia que campa por sus fueros en el seno del pueblo elegido, como la injusticia del invasor que avanza. Y denuncia ambas cosas como un escándalo: el triunfo del mal; pues, aunque el invasor sea el azote elegido por Dios para castigar la injusticia, el remedio será una injusticia mayor. El profeta solo encuentra solución a este problema desde la fe. Y responde así en nombre de Dios: el impío sucumbe, el justo vive por su fe. Pero esta fe no es socialmente comprobable y se verá sometida a prueba. De hecho, todo el pueblo, incluidos los justos, irá al destierro. Sólo la fe cree en la victoria final de la justicia de Dios y mantiene la esperanza contra toda apariencia contraria.

La letra de la exhortación de san Pablo pudiera hacer pensar en un momento de dificultad de Timoteo en el cumplimiento de su misión. Pablo le alienta a reavivar el don de Dios, que recibió con la imposición de las manos, y el espíritu de energía, amor y buen juicio. Y le recuerda que su misión es vivir con fe y amor en Cristo Jesús, tomar en los duros trabajos del Evangelio con la fuerza de Dios, y no avergonzarse de dar testimonio de nuestro Señor y de Pablo, su prisionero. Este es el precioso tesoro que debe guardar con la ayuda del Espíritu Santo, que habita en él.

El pasaje evangélico de hoy comienza con una petición dirigida a Jesús por los apóstoles: “*Señor, aumenta la fe*”. Saben que la fe es un don de Dios para aquel que se abre a él sin condiciones, respondiendo a su llamada y fiándose de sus promesas: no se es dueño de la fe ni se la puede imponer a los demás; sólo se la puede acoger con gratitud, siendo conscientes, como recuerda Pablo, de que “*no todos aceptan la fe*” (2 Tes 3, 2).

Pero ¿qué significa tener fe, creer? En la Biblia, la fe nunca designa una actividad de conocimiento intelectual respecto de Dios, ni es admitir una verdad abstracta, sino que más bien consiste en la forma de existencia que liga al hombre a Dios en una relación de alianza, de mutuo conocimiento y amor, que lleva al hombre a la libre obediencia. La fe es una actitud de vida que envuelve a toda la persona, captada en su unidad, es adherirse con todo el ser a Dios, que nos ha amado primero. Un niño aposentado en el regazo de su madre tiene plena confianza (cf Is 66, 12-13), en sus brazos se siente seguro (cf. Sal 131, 2); esto es la fe: una adhesión al Dios fiel (cf Is 65, 16), poner la confianza sólo en él permaneciendo firme. Y para un cristiano esta adhesión se refiere necesariamente también a la persona de Jesús: él es el Cristo, el es la verdad, el camino último y definitivo para ir al Padre (cf Jn 14, 6).

Varias veces en el evangelio, Jesús vincula la fe a la acción poderosa de Dios que por medio de él se cumple en la historia, dirigiendo a algunas personas estas palabras: “*Tu fe te ha salvado*” (cf. Lc 7, 50; 8, 48; 17, 19; 18, 42). Por otro lado, él comprueba, precisamente en quienes le están más próximos, la falta de fe, la incredulidad, y les reprocha: “*¿Dónde está vuestra fe?*” (Lc 8, 25), o bien los califica de “*hombres de poca fe*”

(Lc 12, 28). También nosotros, como los discípulos de Jesús, venimos de una condición de falta de fe y estamos siempre expuestos a recaer en ella; nuestro ser está inmerso en el enigma, abismos de dudas e incredulidad habitan en nuestro interior, existen aguas en las que nos hundimos si no invocamos a quien nos puede rescatar: “Señor, sálvame”. Sí, en nosotros existe todo esto, y sin embargo siempre podemos invocar al Señor, podemos gritar: “*Creo, pero ayuda mi incredulidad*”, fiándonos de la palabra de Jesús: “*Todo es posible para el que cree*” (Mc 9, 23-24).

Se comprende entonces por qué en nuestro pasaje Jesús responde a los apóstoles de manera paradójica: “*Si tuvierais fe como un grano de mostaza (‘la más pequeña de todas las semillas que existen en la tierra: Mc 4, 31), podríais decir a esta morera: ‘Arráncate y trasplántate al mar’, y os obedecería*”. La fe, aun siendo exigua, aun cuando esté reducida a las dimensiones de un grano de mostaza, siempre encierra en sí un poder inaudito. En realidad no se necesitan grandes cosas, ni siquiera los propósitos extraordinarios que no estamos en condiciones de mantener; se trata simplemente de colocar con perseverancia nuestra pobre fe en la de Jesucristo, él que es el “*origen y cumplimiento de la fe*” (Heb 12, 2), que ruega para que nuestra fe no decaiga (cf. Lc 22, 32): él llevará a la perfección aquello que nosotros únicamente podemos comenzar.

En muchos ámbitos de la vida confiamos en otras personas que conocen las cosas mejor que nosotros. Tenemos confianza en el arquitecto que nos construye la casa, en el farmacéutico que nos da la medicina para curarnos, en el abogado que nos defiende en el tribunal. Tenemos necesidad también de alguien que sea fiable y experto en las cosas de Dios. Jesús, su Hijo, se presenta como aquel que nos explica a Dios (cf. Jn 1,18). La vida de Cristo, su modo de conocer al Padre, de vivir totalmente en relación con él, abre un espacio nuevo a nuestra experiencia de Dios. Por ello, **Cristo es aquel con quien nos unimos para poder creer en Dios**. Cristo no es solo el objeto de nuestra fe, sino aquel en quien tenemos que permanecer injertados para poder creer en Dios Padre. Sin él no podemos hacer nada (cf. Jn 15, 5). “*Nadie va al Padre sino por mí*” (Jn 14,6); “*Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*” (Jn 14,11) **La fe no sólo mira a Jesús, sino que ha de mirar desde el punto de vista**

de Jesús, con sus ojos. Nuestra fe es una participación en su modo de ser y en su modo de ver.

El cristiano puede tener los ojos de Jesús, sus mismos sentimientos y su experiencia filial, porque es partícipe de su Amor, que es el Espíritu. Sin esta conformación en el Amor, sin la presencia del Espíritu que lo infunde en nuestros corazones (cf. Rm 5,5), es imposible confesar a Jesús como Señor (cf. 1 Co 12,3). Adherirse a Jesús significa vivir como él vivió, procurar vivir el amor hasta el extremo, como él lo hizo, porque no hay fe auténtica que no dé como fruto obras de amor concreto (cf. Sant 2, 14-26).

Por eso Jesús, en la segunda parte del texto evangélico de hoy, compara a sus discípulos con siervos llamados a hacer todo cuanto les es posible por servir a su señor, y concluye: *“Cuando hayáis hecho lo que se os mande, decid: Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer”*. Es precisamente así: cuanto más vivamos como Jesús vivió, cuanto más nuestros hagamos sus modos de hacer, más nos daremos cuenta de que es él, y solo él, nuestra razón de vivir: él, el Señor que se ha hecho siervo nuestro (cf. Lc 22, 26-27). No se trata de que nuestra vida sea inútil, sino de que encuentra en él su razón profunda: sin él nada podemos; de la comunión con él depende nuestro amor. Por medio de él somos renovados cada día en la fe. A él le pedimos hoy con los primeros discípulos: *“Señor, auméntanos la fe”*.

49. Peregrinación del Arciprestazgo de La Armuña a la Catedral en el Año de la Fe

La Palabra de Dios nos ha descrito la fe como experiencia del hombre sobre la acción de Dios en medio de su historia concreta para librarle y hacerle posible una forma nueva de vida en comunión con Dios y en armonía con los hermanos. La iniciativa viene de Dios que

sale al encuentro del hombre, inicia con él un camino de amistad y se muestra fiel y le salva en las situaciones de mayor necesidad.

Según el texto del Deuteronomio, la profesión de fe del israelita, al ofrecer a Dios en el templo las primicias de sus frutos, se expresa como una narración de la historia que Dios ha hecho con sus antepasados: con Abraham, Isaac y Jacob, denominado como arameo errante, que se estableció en Egipto con su familia como emigrante; y posteriormente, con su numerosa descendencia, que sufría dura esclavitud. El israelita creyente se identifica con la historia de su pueblo elegido, amado salvado por Dios, y confiesa en primera persona: *“Entonces clamamos al Señor, Dios de nuestros padres, y el Señor escuchó nuestros gritos, miró nuestra indefensión, nuestra angustia y nuestra opresión. El Señor nos sacó de Egipto...con signos y prodigios, ... y nos dio esta tierra. Por eso, ahora traigo aquí las primicias de los frutos del suelo que tú, Señor, me has dado”*.

Entonces, el israelita, y ahora nosotros, si queremos entender lo que es la fe, tenemos que narrar su forma de realizarse en la historia de los hombres creyentes, pues la fe nos abre camino y acompaña nuestros pasos a lo largo de la historia.

Abrahán, nuestro padre en la fe, ocupa un lugar destacado en la historia bíblica de la fe. En su vida sucede algo desconcertante: Dios le dirige la Palabra, se revela como un Dios que lo llama por su nombre. Y la fe tiene su origen en la escucha. Abrahán no ve a Dios, pero oye su voz. De este modo la fe adquiere un carácter personal. Dios no se le manifiesta como el Dios de un lugar, ni tampoco aparece vinculado a un tiempo sagrado determinado, sino como el Dios de una persona, el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, capaz de entrar en contacto con el hombre y establecer una alianza con él. La fe es la respuesta a una Palabra que llama a cada persona, la respuesta a Dios que nos llama por nuestro nombre.

Lo que se pide al creyente de cada tiempo es que se fíe de esta Palabra de Dios. La fe entiende que la palabra pronunciada por el Dios fiel es lo más seguro que pueda haber y acoge la Palabra de Dios como roca firme para construir sobre ella su vida. Y el creyente experimenta

que la llamada que le dirige la Palabra de Dios no es ajena a su propia experiencia de vida y a su historia concreta, y la reconoce además como llamada desde lo profundo de si mismo, que está inscrita desde siempre en su corazón. Por ello, la fe en Dios ilumina al creyente en las raíces más profundas de su ser, le permite reconocer la fuente de bondad que hay en el origen de todas las cosas, y confirmar que su vida no procede de la nada o la casualidad, sino de una llamada y un amor personal. El Dios misterioso que lo ha llamado no es un Dios extraño, sino aquel que es origen de todo y que todo lo sostiene.

La gran prueba de la fe de Abrahán fue el sacrificio de su hijo Isaac. La respuesta de Dios a la fidelidad de Abrahán nos permite ver que Dios es capaz de garantizar siempre la vida. La Palabra que había sido capaz de dar a Abrahán un hijo en la ancianidad y en el seno estéril de Sara (cf. Rm 4,19), será también capaz de garantizar la promesa de un futuro más allá de toda amenaza o peligro (cf. Hb 11,19; Rm 4,21).

En el libro del Éxodo, la historia de la fe del pueblo de Israel nace de una nueva acción de Dios, que quiere librarlo de su miseria. El Señor llamó a Moisés desde la zarza ardiente y le dijo: *“He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra, para llevarlo a una tierra fértil y espaciosa”* (Ex 3, 7-8). La fe de Moisés y del pueblo es la respuesta a esta llamada a emprender un largo camino para adorar al Señor en el Sinaí y alcanzar la tierra prometida. Y la confesión de fe de Israel se formula como narración de los beneficios de Dios de generación en generación, como memoria viva y actual de su intervención para liberar y guiar al pueblo, cumpliendo sus promesas (cf. Dt 26,5-11).

Por otro lado, la historia de Israel también nos permite ver cómo el pueblo ha caído tantas veces en la tentación de la incredulidad. Aquí, lo contrario de la fe se manifiesta como idolatría. Mientras Moisés habla con Dios en el Sinaí, el pueblo no soporta el misterio del rostro oculto de Dios. La tentación de la idolatría consiste en dirigir la mirada a un rostro hecho por nosotros a nuestra medida, ante el que

no corremos el riesgo de una llamada que nos haga salir de nuestras seguridades, porque los ídolos “tienen boca y no hablan” (*Sal* 115,5).

El ídolo es un pretexto para ponerse a sí mismo en el centro de la realidad, adorando la obra de las propias manos. Cuando el hombre pierde la orientación a Dios, su vida se disgrega en la multiplicidad de sus deseos; negándose a esperar el tiempo de la promesa, se desintegra en los múltiples instantes de su historia. Por eso, la idolatría es siempre politeísta; es ir sin meta alguna de un señor a otro. La idolatría no presenta un camino, sino una multitud de senderos, que no llevan a ninguna parte, y forman más bien un laberinto. Quien no quiere fiarse de Dios se ve obligado a escuchar las voces de tantos ídolos que le gritan: “Fíate de mí”. La fe es lo opuesto a la idolatría; es separación de los ídolos para volver al Dios vivo, mediante un encuentro personal. Creer significa confiarse a un amor misericordioso, que siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta la existencia, que se manifiesta poderoso en su capacidad de enderezar lo torcido de nuestra historia. La fe consiste en la disponibilidad para dejarse transformar una y otra vez por la llamada de Dios. En la fe en Dios encuentra el hombre un camino seguro, que lo libera de la dispersión a que le someten los ídolos.

En una de sus polémicas con los judíos, Jesús anunció que “*Abrahán... saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría*” (*Jn* 8,56). Según estas palabras de Jesús, la fe de Abrahán estaba orientada ya a él. La fe cristiana está centrada en Cristo, es confesar que Jesús es el Señor, y Dios lo ha resucitado de entre los muertos (cf. *Rm* 10,9).

Cristo es el “sí” definitivo a todas las promesas, el fundamento de nuestro “amén” último a Dios (cf. *2 Co* 1,20). La historia de Jesús es la manifestación plena de la fidelidad de Dios, que nos permite fiarnos siempre de él. Si Israel recordaba las grandes muestras de amor de Dios y de su eterna misericordia, ahora la vida de Jesús se presenta como la intervención definitiva de Dios, la manifestación suprema de su amor por nosotros. La Palabra que Dios nos dirige en Jesús no es una más entre otras, sino su Palabra eterna (cf. *Hb* 1,1-2). No hay garantía más grande que Dios nos pueda dar para asegurarnos su amor, como recuerda san Pablo (cf. *Rm* 8,31-39). La fe cristiana es fe en el Amor de

Dios manifestado en Cristo, que es capaz de iluminar y transformar el mundo. Así lo formula el apóstol Juan: “*Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él*” (1 Jn 4,16).

La mayor prueba de la confianza en el amor de Cristo se encuentra en su muerte por los hombres. Si dar la vida por los amigos es la demostración más grande de amor (cf. Jn 15,13), Jesús ha ofrecido la suya por todos, también por los que eran sus enemigos, para transformar los corazones. Y Dios ha garantizado nuestra confianza en Cristo resucitándolo de entre los muertos. Cristo resucitado es el testigo fiable del amor de Dios, el testigo digno de fe (cf. Ap 1,5; Hb 2,17) y el apoyo sólido para nuestra fe. “*Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido*”, dice san Pablo (1 Co 15,17). Si el amor del Padre no hubiese resucitado a Jesús de entre los muertos, si no hubiese podido devolver la vida a su cuerpo, no sería un amor plenamente fiable, capaz de iluminar también las tinieblas de la muerte. Cuando san Pablo habla de su nueva vida en Cristo, se refiere a la “*fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí*” (Ga 2,20). Esta fe del apóstol de los gentiles en Jesús se funda en su amor hasta la muerte, pero también en ser Hijo de Dios. Precisamente porque Jesús es el Hijo, porque está identificado de modo absoluto con el Padre, ha podido vencer a la muerte y hacer resplandecer plenamente la vida.

Nuestra cultura ha perdido la percepción de esta presencia concreta de Dios y de su acción en el mundo. Se piensa que Dios sólo se encuentra más allá, separado de nuestras relaciones concretas. Pero si Dios fuese incapaz de intervenir en el mundo, su amor no sería verdaderamente poderoso, verdaderamente real, y no sería entonces ni siquiera verdadero amor, capaz de dar la felicidad que promete. En ese caso, creer o no creer en él sería totalmente indiferente. Los cristianos, en cambio, debemos confesarnos el amor concreto y eficaz de Dios, amor que se deja encontrar, que se ha revelado en plenitud en la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

En muchos ámbitos de la vida confiamos en otras personas que conocen las cosas mejor que nosotros. Tenemos confianza en el arquitecto que nos construye la casa, en el farmacéutico que nos da la medicina para curarnos, en el abogado que nos defiende en el tribunal.

Tenemos necesidad también de alguien que sea fiable y experto en las cosas de Dios. Jesús, su Hijo, se presenta como aquel que nos explica a Dios (cf. Jn 1,18). La vida de Cristo, su modo de conocer al Padre, de vivir totalmente en relación con él, abre un espacio nuevo a nuestra experiencia de Dios. Por ello, **Cristo es aquel con quien nos unimos para poder creer en Dios**. Cristo no es solo el objeto de nuestra fe, sino aquel en quien tenemos que permanecer injertados para poder creer en Dios Padre. Sin él no podemos hacer nada (cf. Jn 15, 5). “*Nadie va al Padre sino por mí*” (Jn 14,6); “*Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*” (Jn 14,11) **La fe no sólo mira a Jesús, sino que ha de mirar desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos. Nuestra fe es una participación en su modo de ser y en su modo de ver.**

El cristiano puede tener los ojos de Jesús, sus mismos sentimientos y su experiencia filial, porque es partícipe de su Amor, que es el Espíritu. Sin esta conformación en el Amor, sin la presencia del Espíritu que lo infunde en nuestros corazones (cf. Rm 5,5), es imposible confesar a Jesús como Señor (cf. 1 Co 12,3). En cambio, el don del Amor infundido por el Espíritu atrae al creyente hacia Cristo, hace operante su fe y le constituye como miembro del único Cuerpo de Cristo y llamado a la misión de anunciar el Evangelio hasta el fin de los tiempos.

En el texto del Evangelio de Mateo, Jesús ha hecho a sus apóstoles dos preguntas que indican los dos puntos de referencia que debe tener siempre la Iglesia en el cumplimiento de su misión de anunciar el Evangelio.

La primera pregunta: *¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?*, sitúa la misión de la Iglesia en referencia necesaria a lo que la gente de cada época piensa, siente y dice sobre Jesús en relación con Dios, más todavía, cómo acoge la llamada de Jesús a vivir la misma experiencia que él tiene de Dios y a compartir su firme esperanza.

La segunda pregunta: “*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*” sitúa la misión de la Iglesia en referencia directa a Jesucristo, el Hijo de Dios, cuyo Evangelio debe escuchar y hacer vida propia antes de anunciarlo a los demás.

Al hacer estas preguntas está enunciando Jesús principios fundamentales de la fe y del anuncio del Evangelio, a saber: El centro y contenido del mensaje es Jesús, Hijo de Dios y camino necesario hacia Dios. La Iglesia ha de renovar día a día su confesión de fe en Jesús como el Hijo de Dios vivo, dando gracias al Padre por el don de la fe. Y es necesario conocer los anhelos y esperanzas de las gentes así como los sentimientos, y convicciones que pueden hacer difícil o impedir la escucha y aceptación del Evangelio. Además, los cristianos debemos tener la certeza de que la Iglesia, edificada sobre el fundamento de la fe apostólica, tiene parte en la victoria de Jesucristo y ha recibido de él *“las llaves del reino de los cielos”*.

Queridos hermanos: Pido al Señor que esta meditación sobre la fe y nuestra confesión de Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios vivo, nos hagan sentir como dirigidas a nosotros las palabras de Jesús a Simón Pedro: *“Dichoso tú... porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos”* (Mt 16, 17). Y que, unidos en un mismo sentimiento con Jesús, digamos llenos de alegría en el Espíritu Santo: *“Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Sí Padre, porque así te ha parecido bien”* (Lc 10,21).

Os despido con las palabras de Jesús: *“¡Bienaventurados los ojos que ven lo que veís”* (Lc 10, 23).

50. Fiesta del Pilar

Miembros de la Guardia Civil, autoridades civiles, militares, judiciales y académicas. Queridos hermanos todos:

Agradezco la invitación de las autoridades de la Guardia para celebrar un año más con todos los miembros de este benemérito Cuerpo, y con vuestras familias, la entrañable fiesta de vuestra Patrona, la Santísima Virgen del Pilar en este Año de la Fe. Y me alegro de poder

confesar y celebrar hoy con vosotros nuestra fe católica, que ha configurado durante tantos siglos la vida social y la historia de nuestra nación española, así como la ya larga historia de la Guardia Civil.

En la historia más reciente de nuestra nación, tiene la Guardia Civil un lugar relevante, por su servicio a la seguridad de los ciudadanos y al mantenimiento del orden público, para el bien común y la armónica convivencia social en la justicia y en la paz.

Un elemento esencial del bien común y de la justicia y paz social es la garantía del ejercicio del derecho de libertad religiosa, que nos permite hoy a todos ciudadanos celebrar la fiesta nacional de España, unidos en lo que tenemos en común y respetando las legítimas diferencias derivadas de la libertad personal de conciencia. En este marco de libertad, los miembros católicos de la Guardia Civil estáis aquí celebrando con vuestro pastor diocesano esta fiesta de la Virgen del Pilar.

Al hilo de la enseñanza de la primera lectura, del libro de los Hechos de los Apóstoles, podemos sentirnos hoy acompañados por la Virgen María en nuestra oración y en nuestra escucha de la Palabra de Dios, como lo estuvieron los apóstoles y otros discípulos, a la espera de la venida del Espíritu Santo, prometido por Jesús para iluminar y fortalecer a la Iglesia en su misión de anunciar a todo el mundo su Evangelio.

Como la comunidad apostólica primera, la Iglesia de todos los tiempos tiene que seguir recordando la enseñanza de Jesús, a través de la cual el Espíritu Santo nos va llevando al conocimiento de la verdad sobre Dios y sobre el hombre. Así vamos experimentando que la dicha mejor es la que deriva de la escucha y puesta en práctica de la palabra de Dios.

Arrebatada por la emoción de la escucha de la palabra de Jesús, una mujer de la muchedumbre le alaba diciendo cuán orgullosa tenía que estar su madre por haberlo llevado en su seno. Es una alabanza dirigida al hijo tanto, si no más, como a su madre. Pero la exclamación "*dichoso el vientre que te llevó*" se refiere a una felicidad que no es la de las bienaventuranzas del reino de Dios, sino a un privilegio natural. En este mismo orden natural, pero en las dolorosas circunstancias de

la visión del hijo cargado con la cruz y despreciado, Jesús podría haber referido a su madre lo dicho a las mujeres de Jerusalén, que lloraban por él: “*Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado*” (Lc 23, 29). Para evitar equivocaciones, Jesús traslada el centro de atención del parentesco natural a la nueva relación familiar en el reino de Dios, basada en la escucha y práctica de la palabra de Dios, y enseña: “*Mejor, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen.*” Y vuelve a aclarar en otra ocasión: “*Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen*” (Lc 8,21).

Jesús recuerda así la prioridad de la escucha de la palabra de Dios sobre los beneficios del orden de la creación. La felicidad se debe a la fe que presta atención a la palabra de Dios. En este sentido, el Resucitado le dirá a Tomás: “*Dichosos los que no han visto y han creído*” (Jn 20, 29). Sólo interpretadas en este sentido, las referidas alabanzas de la mujer podrían ser consideradas un verdadero cumplimiento de la profecía sobre María en el Evangelio de Lucas: “*desde ahora me felicitarán todas las generaciones*” (Lc 1, 48).

La Virgen María, según el evangelio de Lucas, no fue solamente la madre natural de Jesús, sino una creyente que acogió al Hijo de Dios en su alma antes de engendrarlo en la carne, y así lo expresó: “*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*” (Lc 1, 38). Por ello, escuchó esta alabanza de Isabel, inspirada por el Espíritu Santo: “*Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá*” (Lc 1, 45). En consecuencia, María es la primera en quien se cumple la declaración de Jesús: “*Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen*”. María conservaba en su corazón todas las palabras, a veces no comprendidas, que le iba oyendo decir a Jesús (cf Lc 3, 51).

Jesús mismo nos ha explicado el sentido de su enseñanza sobre la dicha de la escucha y cumplimiento de su palabra: “*El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha mis palabras y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena.*”

Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa, y se derrumbó. Y su ruina fue grande” (Mt 7, 24-27).

Hay palabras que solo sirven para entretener, y pasan como el viento; otras instruyen la mente en algunos aspectos; las palabras de Jesús, en cambio, nos llaman a acercarnos a él y pretenden arraigar y fraguar en él toda nuestra vida. Podemos acoger sus palabras con confianza, porque el Maestro Jesús no enseña lo que ha aprendido de otros, sino lo que Él mismo es: el Hijo de Dios; el único que conoce de verdad el camino del hombre hacia Dios, porque es Él quien lo ha abierto para nosotros... para que podamos alcanzar la vida auténtica, la que siempre vale la pena vivir en toda circunstancia, y que ni siquiera la muerte puede destruir.

Al edificar sobre la roca firme de la palabra de Jesús, no solamente vuestra vida será sólida y estable, sino que contribuirá a proyectar la luz de Cristo sobre vuestros conciudadanos, cuya vigilancia y protección os han sido confiados tan especialmente a los miembros de la Guardia Civil. Algunos de ellos se han venido abajo en la vida, porque los fundamentos de su existencia eran inconsistentes. Otros se afanan en buscar a cualquier precio el propio interés inmediato, olvidando la justicia y lesionando los derechos de los demás.

Queridos hermanos: Escuchad de verdad las palabras del Señor para que sean en vosotros *espíritu y vida* (Jn 6, 63), raíces que alimentan vuestro ser, pautas de conducta que os asemejen a la persona de Cristo, siendo pobres de espíritu, hambrientos de justicia, misericordiosos, limpios de corazón, amantes de la paz y servidores del bien común. Entonces seréis bienaventurados, dichosos, y vuestra alegría se contagiara a los demás.

Sed prudentes y sabios, edificad vuestras vidas sobre el cimiento firme que es Cristo. Él murió por nosotros y resucitó para que tuviéramos vida; y ahora, desde el trono del Padre, sigue vivo y cercano a todos los hombres, velando continuamente con amor por cada uno de nosotros. Como testimonio de este amor, nos ha anunciado la luz de su palabra y nos ofrece también el pan de la vida, para que sintamos la dicha de creer en él y ser sus testigos en medio del mundo.

51. Santa Teresa de Jesús

Hermanos sacerdotes concelebrantes, hermanas Carmelitas, alcaldesa y corporación municipal de Alba de Tormes, autoridades, queridos hermanos todos:

Celebramos esta fiesta de Santa Teresa de Jesús en el tramo final del Año de la Fe, que está siendo una ardiente exhortación a experimentar la alegría de creer y reavivar el entusiasmo de comunicar la fe. El camino para ello es la búsqueda de un renovado encuentro personal con Jesucristo, que suscite en cada uno de nosotros una permanente actitud de conversión a él y de acogida de su amor. Sólo de este encuentro surge la vida cristiana, no de una decisión ética ni de la adhesión a una gran idea.

El Papa Francisco, en su reciente Encíclica sobre **La luz de la fe**, nos ha indicado que “es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo” (n. 4); todo se vuelve confuso, es imposible distinguir el bien del mal y diferenciar la senda que lleva a la meta de aquella otra que nos hace dar vueltas y vueltas, sin una dirección fija (cf. n. 3). En cambio, “la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar *toda* la existencia del hombre” (cf. n. 4) con la revelación de su amor gratuito y fiel. Transformados por este amor, conducimos nuestra vida cristiana hacia la plena comunión con Dios (cf. n. 7).

En este marco espiritual del Año de la Fe, la fiesta de Santa Teresa de Jesús nos invita a buscar en su experiencia de encuentro con el Señor la forma de recorrer en las circunstancias actuales nuestro propio camino de perfección en la vida de fe y en el testimonio del Evangelio.

Santa Teresa nos ha mostrado que **la oración es el camino para el encuentro con el misterio del Dios dentro de nosotros**, es decir, para experimentar que la vida cristiana es vida de Dios en nosotros, participación en el misterio de Cristo y comunión con la Trinidad. La Santa ha hecho la experiencia de que su propia vida es la historia de la presencia escondida y de la acción de Dios en ella; su vida es la tela donde Dios

ha ido bordando primores de vida divina. Su historia personal tiene a Dios como actor principal, que realiza en ella su historia de salvación. Dios entra en la vida de Teresa como Dios misericordioso y redentor, que perdona, justifica y se comunica hasta el límite de la expresión de su amor: hasta la consumación del misterio de la alianza y de la comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

El encuentro con Dios tiene dos rasgos propios en la experiencia espiritual de Teresa: es un encuentro con “alguien”, **con una persona**; y **se realiza dentro del hombre en un proceso de la vida de gracia** que lleva consigo búsqueda, sorpresa, riesgo, aventura y esperanza. El itinerario espiritual del encuentro del hombre con Dios está desarrollado en **Las Moradas** en sucesivas etapas, en las que se acompasan la iniciativa de Dios y la respuesta del hombre.

La revelación de Dios al hombre en su camino espiritual se despliega en una sucesión de presencias. Primero, la presencia de Dios en la creación y en el alma. Después, la presencia de Cristo, resucitado y glorioso, y la comunión en sus misterios. Finalmente, la introducción del hombre en el misterio trinitario, anticipada ya en la tierra a través de la inhabitación de la Trinidad en el alma y de la relación con las personas divinas. Así pues, Dios revela a Teresa su presencia en ella y se convierte en compañero y protagonista de su vida. Está presente en la profundidad de su alma; basta, pues, buscarlo en la oración.

Todo este misterio se vive **desde la situación concreta de cada persona**. Teresa acoge la revelación de Dios con su sensibilidad femenina, como personificación en ella de la humanidad y de la Iglesia, con la cual Dios pacta su alianza. Además, abre la propia vida a la vida de Dios, partiendo de la experiencia de la negación de Dios por el pecado, propio y ajeno. Así se pone más de manifiesto la acción salvadora de Dios, que la lleva por amor gratuito hasta el umbral de la gloria en el matrimonio espiritual.

Dios se revela a Teresa de forma progresiva. **Primero se le muestra presente en las cosas y en su alma, y le hace conocer su misma capacidad de ser morada de Dios**. Teresa nos narra estos primeros atisbos del misterio de Dios: “Estando una vez en oración, se me representó... cómo

se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en sí” (V 40, 9). En otra ocasión nos dice: “Entendí cómo estaba el Señor en todas las cosas y cómo en el alma, y púsoseme comparación de una esponja que embebe el agua en sí” (CC 49.a). Esta percepción de la presencia de Dios en el alma, y de la comunicación de las tres personas divinas con el hombre, transfigura la visión de Teresa sobre todo lo creado.

I

Y la Santa llega a conocer también por experiencia que **Dios se hace presente de una manera especial en el alma del justo**. Ella nos describe así los primeros balbuceos de esta experiencia sobrenatural: “Acacéame... venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en él” (V 10, 1). Este sentimiento se irá enriqueciendo con la revelación de Cristo y con el gozo de percibir la morada de Dios en ella y su relación con cada una de las Personas de la Trinidad. “Parecióme se me representó como cuando en una esponja se incorpora y embebe el agua. Así me parecía mi alma que se henchía de aquella divinidad y por cierta manera gozaba en sí y tenía las tres Personas. También entendí: **No trabajes tú de tenerme a mí encerrado en ti, sino de encerrarte tú en mí**” (CC 15.a, 2-3).

La presencia misteriosa de Dios desvela a la vez **la grandeza del alma en gracia, convertida en morada y palacio de Dios**. Teresa va de sorpresa en sorpresa, en una serie de descubrimientos:

“Estando una vez en las horas con todas, de presto se recogió mi alma y parecióme ser como un espejo claro toda... y en el centro de ella se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecióme en todas las partes de mi alma le veía claro como un espejo, y también este espejo (yo no sé decir cómo) se esculpía todo en el mismo Señor por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa” (V 40, 5).

Es la visión que inspira la descripción del alma como Castillo interior:

“Estando hoy suplicando a nuestro Señor... se me ofreció... considerar nuestra alma como un castillo todo de diamante o muy claro cristal adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas; que, si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice él tiene sus deleites” (1M 1, 1).

La presencia de Dios en el interior del hombre es la manifestación de su deseo de comunicación y la revelación de su amor a los hombres. Es significativa la preferencia de Teresa por el Dios Amor, que revela especialmente san Juan (1 Jn 4, 8.16). Teresa lo expresa con la imagen del **Dios Amigo de los hombres, que vive y trata con ellos**: Un Dios muy “amigo de amigos” (CV 35, 2), que es fiel, comprensivo y tratable, especialmente en la humanidad de Cristo, que es la revelación del amor de Dios (cf. Jn 3, 16-17), y en la eucaristía, pues “debajo de aquel pan está tratable” (CV 34, 9).

De esta experiencia del Dios Amigo surge la idea teresiana de la oración e invocación de Dios Amor en todas las formas posibles de relación humana; y dice a las monjas: “Tratad con él como con padre y como con hermano y como con señor y como con esposo” (CV 28, 3). La oración de Teresa incluye todas las experiencias de la vida en una admirable síntesis bajo la clave del amor. Pues “*no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama*” (V 8, 5). Este tratar de amistad es un diálogo entre Dios y el hombre; Dios que no cesa en su empeño de manifestar al hombre su amor; y el hombre abierto a un encuentro necesario con el Dios Amor.

En el proceso de interiorización de la fe de Teresa se da **una búsqueda y un encuentro con Cristo**. Al principio, es Teresa la que busca a Cristo en la oración como Dios y Hombre. A esto corresponde, por parte de Cristo, una progresiva revelación de su presencia. **Cristo entra en la vida de Teresa como Salvador, en una doble experiencia fundamental de perdón de los pecados y de transformación de la persona**. Cristo se hace “libro vivo”, maestro interior y modelo de todas las virtudes. Y en el encuentro con Cristo es introducida Teresa en una etapa espiritual de purificaciones, iluminación y transformación personal.

La experiencia del misterio de Cristo se intensifica en Teresa a partir del año 1572, en el que recibe la gracia del matrimonio espiritual: una vida “en Cristo” en sentido pleno, en total identificación con él. Teresa vive en Cristo, convive con él, goza de su presencia, de sus palabras, de la visión de su rostro.

Recordamos lo narrado por la Santa: “Díjome su Majestad: No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí... Entonces representóseme por visión imaginaria..., y diome su mano derecha y díjome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy; hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es tuya y la tuya mía” (CC 22.a).

Cuatro años más tarde, recibe la confirmación de esta gracia y oye de labios de Cristo esta declaración: “Ya sabes el desposorio que hay entre ti y mí, y habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo, y así te doy todos los trabajos y dolores que pasé y con esto puedes pedir a mi Padre como cosa propia”; la Santa comenta: “La amistad con que se me hizo esta merced, no se puede decir aquí... y desde entonces miro muy de otra suerte lo que padeció el Señor, como cosa propia, y dame gran alivio” (CC 50.a). Otro testimonio de la Santa concreta más los frutos de esta experiencia espiritual en la vida diaria: “Me acuerdo infinitas veces de lo que dice san Pablo... que ni me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza, y ando como casi fuera de mí” (CC 3.a, 10).

Centro de todas estas gracias místicas es la Eucaristía. Cristo se le aparece en la comunión resucitado y glorioso. Y Teresa describe el misterio de la comunión eucarística como una participación en la vida divina: “Un día, acabando de comulgar, me pareció verdaderamente que mi alma se hacía una cosa con aquel cuerpo sacratísimo del Señor, cuya presencia se me representó” (CC 39.a).

Estas gracias llevan a Teresa a una síntesis armónica de lo humano y lo divino: las gracias místicas le hacen sentir deseos de la vida eterna; el amor a Cristo la lleva a concretar la unión con él en el amor al prójimo y en el servicio de la Iglesia. Y todo se transfigura desde la

vida de amor a Cristo, también el servicio en los trabajos diarios. Así lo recuerda la conocida frase de la Santa: “Cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores, entended que, si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior” (F 5, 8).

En el lecho de la muerte, Teresa recitará la oración de la esposa del Apocalipsis: “Ven, Señor Jesús”, “ya es hora, Esposo mío, que nos veamos”. La experiencia iniciada en la tierra llegará a su plenitud en la gloria.

52. Domingo XXVIII T. Ordinario

Queridos hermanos: La Palabra de Dios nos exhorta hoy a vivir nuestra vida de fe en acción de gracias.

En la sinagoga de Nazaret dijo Jesús a sus paisanos: “*Muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado sino Naamán, el sirio.*” (Lc 4, 27). Y esta afirmación de Jesús tenía un sentido de reproche porque los convecinos de Jesús no creían en él y le exigían hacer en su pueblo los milagros que había hecho en Cafarnáun. Es decir, Jesús les recuerda “*que ningún profeta es aceptado en su pueblo*”. (Lc 4, 24).

Este episodio es significativo como marco de comprensión del Evangelio de hoy en relación con la primera lectura. Jesús ha curado a diez leprosos que le han suplicado: “*Jesús, maestro, ten compasión de nosotros*”. El texto indica que los leprosos salieron a su encuentro pero no se acercaron a él, sino que se pararon de lejos y a gritos le pedían su compasión. Así queda indicada la exclusión social en la que se encontraban los que padecían la enfermedad contagiosa de la lepra. Los leprosos vivían en grupos de convivencia, alejados de todo contacto con la población sana. Además, estaban religiosamente excluidos, al ser interpretada la lepra como un castigo de Dios por los pecados del

enfermo. Por ello, la curación de la lepra incluía un doble significado: de curación corporal, que permitía la reinserción social, una vez certificada la curación por los sacerdotes; y de curación espiritual o perdón de los pecados que habrían sido castigados con la enfermedad. Estos dos aspectos, curación corporal y perdón de los pecados, son relacionados por Jesús de forma expresa en el relato de la curación del paralítico de Cafarnaún, al decir: *“Para que veáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder para perdonar pecados, dijo al paralítico, ‘a ti te lo digo, ponte en pie, toma tu camilla, vete a tu casa’”* (Lc 5, 24). Y el doble aspecto de la curación está reflejado en el relato del Evangelio de hoy como dos efectos, unidos o separados, según la disposición interior de las personas curadas. Diez leprosos son curados de la enfermedad por la compasión de Jesús. Pero sólo el que vuelve a dar gracias a Jesús escucha la palabra del perdón de Jesús: *“Levántate, vete, tu fe te ha salvado”*.

El anuncio por Jesús de la llegada del Reino de Dios va acompañado desde el principio por la realización de milagros, que son signos de la presencia del Reino en Jesús, *“el Santo de Dios”* (Mc 1, 24), que *“incluso manda a los espíritus inmundos y le obedecen”* (Mc 1, 27). Marcos resume esta actuación curativa de Jesús diciendo: *“Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar”* (Mc 1,34). Y el Evangelio de Lucas refiere la respuesta de Jesús a la pregunta de los enviados de Juan el Bautista: *“¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro? En aquella hora curó a muchos de enfermedades, achaques y malos espíritus, y a muchos ciegos les otorgó la vista. Y respondiendo, les dijo: ‘Id y anunciad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. Y, ¡bienaventurado el que no se escandalice de mí!’”* (Lc 7, 20-23). Las curaciones milagrosas son los signos de la llegada del Mesías, que alcanzan la plenitud de su efecto en la bienaventuranza de quien cree en Jesús como el Mesías enviado por Dios.

Los relatos evangélicos sobre las curaciones de enfermos ponen de manifiesto que la fe de los que suplican es la que hace posible la curación milagrosa por Jesús. Pero esta fe aparece con diversas mani-

festaciones, referida a varios aspectos y con distintos grados. Los diez leprosos manifiestan su confianza en que Jesús los puede curar; se lo piden y alcanzan la compasión de Jesús. Sólo uno de los curados vuelve, “*alabando a Dios a grandes gritos*”, a dar gracias a Jesús, antes de presentarse a los sacerdotes para que certifiquen su curación. En la experiencia y motivación de este curado, lo primero es Jesús, la gratitud a Él por su amor compasivo, que le lleva “*a dar gloria a Dios*”; para los nueve restantes, lo primero es su interés, el reconocimiento de su curación y la restauración de su vida familiar y social. En la acción de gracias muestra uno de los curados un grado superior de fe, que le relaciona personal y afectivamente con Jesús y con Dios, cuya gloria reconoce manifestada en la acción de Jesús. Sólo a este grado de fe “*religiosa*”, explícitamente referida a Jesús como “*el Santo de Dios*”, corresponde la gracia de la salvación declarada por Jesús al decir: *tu fe te ha salvado*.

Y es significativo que también en este relato aparece la nota de reproche que había manifestado Jesús a sus convecinos de Nazaret. Ahora, dice Jesús: “*No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?*” Porque el curado que confesó la acción de Dios en Jesús era un samaritano, un extranjero, como lo era Naamán el sirio. Con palabras del mismo Jesús podemos concluir que ya ha llegado la hora “*en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad*” (Jn 4, 23), porque Dios es espíritu y su culto no está vinculado a ningún lugar determinado de la tierra.

En el relato del Evangelio de Juan sobre la curación del ciego de nacimiento se describe su relación con Jesús como un proceso. El ciego es curado por Jesús “*para que se manifiesten en él las obras de Dios*” (Jn 9, 3). Y en la larga polémica con los fariseos con motivo de su curación confiesa primero que Jesús es un profeta (Jn 9,17), asegura después que viene de Dios, es justo y hace su voluntad (cf. Jn 9, 31-33), y, por fin, en un nuevo encuentro con Jesús, responde a su pregunta: “*¿Crees tu en el Hijo del hombre?*” (Jn 9,35), diciendo: “*Creo, Señor*”; y postrándose ante él (Jn 9, 38). Por fin, el ciego ha visto; en él se ha cumplido la finalidad de la acción curativa de Jesús: la confesión de las obras de Dios en él.

Las curaciones y todos los milagros de Jesús son signos de la llegada del Reino de Dios en él, que es el Hijo amado, enviado del Padre, para que los que crean en él tengan vida eterna (cf. Jn 3, 16). Quien sólo reconoce el hecho de la curación del cuerpo y no confiesa la verdad plena de su significado espiritual en el Reino de Dios, no llega a la fe en el Hijo de Dios que trae la salvación.

Todas las personas, creyentes y no creyentes, recibimos de Dios la vida a imagen y semejanza de si mismo; somos partícipes de su ser amor y de los dones cotidianos que nos procura su providencia amorosa, pero no todos ni siempre lo reconocemos ni agradecemos. Nuestra ceguera impide que los dones y gracias de Dios y su paciente misericordia con nosotros alcancen el fruto de la salvación. Sólo la apertura de los ojos a la luz de la fe lleva a la acción de gracias del corazón, a la salvación y a la vida eterna.

Los dones de Dios son acogidos cuando sabemos dar gracias por ellos, porque hemos reconocido y confesamos su origen. La eucaristía, que significa “acción de gracias”, ocupa el corazón de la fe cristiana y nos recuerda que el culto cristiano consiste en una vida capaz de responder con gratitud al don inestimable de Dios, el don de su Hijo Jesucristo, que el Padre, en su inmenso amor, ha hecho a la humanidad (cf. Jn 3,16). En esta eucaristía damos gracias a Dios por el don de la fe, que nos hace confesar que hemos sido curados de la lepra de nuestros pecados, como lo fueron Naamán el sirio y el leproso samaritano. Y podemos expresar nuestra acción de gracias confesando como Pablo: Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mi (cf. Gal 2, 20).

Los discípulos de Jesús damos gracias a Dios haciendo de nuestra existencia una eucaristía viviente: muriendo con él para vivir con él; perseverando con gozo en la unión con él en las pruebas y sufrimientos, para reinar con él y participar de su salvación y de la gloria eterna. El apóstol Pablo nos ha exhortado a presentar nuestros cuerpos “*como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios*” (Ro 12, 1), porque este es nuestro culto espiritual, en espíritu y en verdad (cf. Jn 4, 23).

53. Homilía en el Real Colegio de los Escoceses

La Palabra de Dios nos ha situado ante dos llamadas de Dios a Pedro y sus compañeros de pesca y, en último lugar, a Pablo.

La escena de la pesca milagrosa es una clave de lectura de la misión permanente de la Iglesia, porque Jesús envió a aquellos pescadores a ser pescadores de hombres.

En el origen de la pesca milagrosa está la búsqueda de la gente que se agolpaba alrededor de Jesús para escuchar su palabra a orillas del lago; y está también el trabajo afanoso de unos sencillos pescadores. Es decir, está el hambre espiritual de las ovejas sin pastor que siguen a Jesús porque encuentran en él una palabra distinta sobre Dios: una palabra viva, cálida y cercana, que suena a testimonio auténtico de quien sabe de qué habla y conoce al Padre y revela su buena noticia de amor, porque vive en la intimidad personal con él. Y está la necesidad que tienen los pescadores de ganar cada día el sustento con su trabajo. Hay, pues, Palabra de Dios y escasos recursos humanos.

Los pescadores tienen una barca frágil y rudimentaria; y tienen redes viejas que necesitan ser remendadas. Y aparece el esfuerzo y el cansancio de la pesca, con un resultado escaso y, en esta ocasión, de total fracaso: A pesar del sacrificio, las redes están vacías.

Después, cuando Jesús quiere, él mismo, por sorpresa y cuando nadie lo esperaba, aparece en su misterio y revela su poder, su providencia y sus planes, que incluyen llamada y misión. Dios llega siempre después de poner a prueba la paciencia y el anhelo de los que le esperan. Y Dios aparece siempre en Jesús con aspecto de pequeñez en la realización de sus grandes obras. Su sola palabra, dicha en forma de diálogo entre amigos, realiza el milagro.

Los pescadores quedan asombrados por el misterio que envuelve la persona y las acciones de Jesús; experimentan la presencia de la santidad de Dios en él y la propia pequeñez. Pedro, una vez más en nombre de todos, se arroja a los pies de Jesús y confiesa con humildad: *“Apártate de mi, Señor, que soy un pecador”*. Se continúa así el proceso

lento de iniciación de los discípulos en su conocimiento del misterio de Jesús y en la participación en su misión como enviados y apóstoles suyos. Y el fundamento y contenido de este envío quedan ya más explicitados con las nuevas palabras de Jesús: “*No temas; desde ahora serás pescador de hombres*”.

Por último, los pescadores, como la gente sencilla a la que el Padre da a conocer las cosas de su Reino (cf. Lc 10, 21), acogen en su corazón el misterio de la persona de Jesús, seguramente no con explicaciones racionales, sino abriendo a Dios todos los rincones de su casa y dejándolos libres de cualquiera otra cosa, como refleja la narración: “*Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron*”.

Los pescadores van dejando entrar en su corazón el misterio de su nueva vida en seguimiento de Jesús. Jesús los ha sacado del lago como si fueran ellos mismos peces; Jesús los ha introducido en sus redes, los ha pescado para ir enseñándoles a ser ellos mismos pescadores de hombres. Para ello, irá irradiando en sus corazones el calor que necesitan. Y los aprendices de pescadores, con su humilde apertura, van haciendo posible que las intenciones de Jesús se realicen en ellos: con una gracia que abre y prepara a otra. Acompañados por Jesús, el Padre va desplegando en los discípulos gradualmente su misteriosa y humilde fuerza.

Para ser ahora pescadores de hombres necesitamos ser acompañados por Jesús en la edificación de una iglesia que da espacio y alberga en sí misma el misterio de Dios, de manera que pueda maravillar a la gente y atraerla, pues la belleza de Dios atrae. En palabras del Papa Francisco, “el camino de Dios es el de la atracción. A Dios, uno se lo lleva a casa. Él despierta en el hombre el deseo de tenerlo en su propia vida, en su propio hogar, en el propio corazón. Él despierta en nosotros el deseo de llamar a los vecinos para dar a conocer su belleza. La misión nace precisamente de este hechizo divino, de este estupor del encuentro.” (Discurso a los Obispos de Brasil en Río de Janeiro, el día 27 de julio de 2013).

Para ser pescadores de hombres necesitamos que el Señor nos haga partícipes de la experiencia de Pablo: de su llamada y de su encuentro con el Señor, que ha transformado del todo su vida, hasta po-

der decir en verdad: *“Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”* (Gal 2, 19-20). Este testimonio manifiesta el núcleo esencial de la nueva vida personal y apostólica de Pablo, de la que también describe algunos rasgos fundamentales en el texto hoy leído: el conocimiento del amor de Cristo, manifestado en la cruz y descubierto por Pablo como revelación del misterio y de la sabiduría de Dios, es el mayor bien, frente al cual todo es basura, todo es pérdida y no ganancia. Porque se trata de un conocimiento que es configuración personal con Cristo, existiendo en él, viviendo su misma vida, en la comunión con sus padecimientos: *“muriendo su misma muerte, para llegar un día a la resurrección de entre los muertos”*. Esta es la meta a la que se orienta su carrera y el premio que anhela alcanzar, con la certeza de Dios le llama desde arriba a participar en el premio de la gloria, la justicia y la santidad que Cristo Jesús ya ha obtenido para él.

Sólo desde esta experiencia de Cristo podremos seguir ofreciendo con la vida y la palabra un testimonio auténtico de seguimiento apostólico del Señor, que mueva a los jóvenes a poner a Cristo en el centro de su vida y a escuchar su llamada a dejar todas las redes y seguirle como los primeros pescadores de hombres.

54. Homilía en el Domingo XXX Ordinario

La palabra de Dios nos exhortaba el domingo pasado a meditar sobre la necesidad *“de orar siempre sin desfallecer”* (Lc 18, 1). Hoy, en la primera lectura se continúa alentando nuestra confianza en la oración, porque *“el Señor es un Dios justo”*, que *“escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja”*. Y con confianza semejante se expresa san Pablo al final de su vida: el mismo Señor, que le ha ayudado a luchar bien en el combate, a correr hasta la meta y mantener la fe; y que le ha dado fuerzas para

anunciar el Evangelio a todos los gentiles, seguirá librándole de todo mal, le salvará y le llevará a su reino del cielo, para premiarle con la corona merecida

En el evangelio, Jesús nos ofrece otra luminosa enseñanza sobre la humildad en la oración, y nos plantea la pregunta sobre el conocimiento y aceptación de la verdad de nuestra vida cristiana, como condición para una oración humilde, en espíritu y en verdad, que pueda ser escuchada por Dios.

Jesús, “*a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás*”, les dijo la parábola sobre la oración del fariseo y el publicano. Esta nota con que se abre el pasaje evangélico nos afecta a cada uno de nosotros: siempre estamos tentados de considerarnos justos, de justificar nuestro comportamiento, a la vez que condenamos a los demás. Caemos fácilmente en el engaño de considerar en paz nuestra conciencia, para evitar la angustia de admitir los propios pecados. De este modo terminamos por estar ciegos frente a nuestros errores, vemos la mota en el ojo ajeno y no vemos la viga en el nuestro; y no comprendemos la amonestación de Jesús: “*No necesitan médico los sanos, sino los enfermos; yo no he venido a llamar a los justos –es decir, a los que se creen tales–, sino a los pecadores*” (Lc 5, 31).

Según la parábola de hoy: “*Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo y el otro, publicano*”. A primera vista la contraposición no puede ser más clara: por una parte, un hombre religioso, considerado como persona piadosa y ejemplar; por la otra, un publicano, que ejerce el oficio de cobrador de impuestos, y es considerado por todos como pecador público. Ambos suben al templo para entrar en comunión con Dios, pero sus plegarias son absolutamente contrarias.

El fariseo se mantiene de pie, en la postura de quien está seguro de sí, y se alaba a sí mismo en un aparente diálogo con Dios, que es en realidad un hablar consigo mismo, diciéndose: “*¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo*”. Son palabras en las que se oculta una tergiversación de la

oración: el fariseo pone su “yo” en el lugar de Dios y da gracias no por lo que Dios, en su amor fiel, ha hecho por él, sino por aquello que él mismo ha hecho por Dios. En esta forma de orar se ha pervertido toda la relación con Dios. El que está convencido de ser justo se engaña sobre esa pretendida perfección propia y no piensa cambiar de vida; sobre todo, se siente empujado a despreciar al prójimo.

“El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: ¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador!”. Sus pecados públicos lo convierten en objeto de escarnio para todos; por eso ha ido al templo con la conciencia de ser un pecador. Este hombre no osa acercarse al Santo de los santos, el lugar de la presencia de Dios. No tiene nada de que presumir, pero sabe que lo único que puede hacer es implorar la misericordia del Dios tres veces santo. Experimenta el mismo sentimiento que Pedro frente a la santidad de Jesús: “Señor, apártate de mí, que soy un pecador” (Lc 5, 8-9). En efecto, el auténtico encuentro con Dios y con Jesucristo lleva consigo la revelación al hombre de su propio ser pecador, separado del Señor por una distancia abismal. Por eso, la oración “¡Oh, Dios, ten piedad de mí, que soy un pecador!” es la que mejor expresa nuestra condición.

Jesús, que era despreciado por los fariseos precisamente por el hecho de comer con los publicanos (cf. Lc 5, 30; 7, 34), ofrece esta significativa conclusión de la parábola: el publicano bajó a casa justificado, y el otro no. “*Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido*” (cf. Lc 14, 11). Pues el publicano ora presentándose a Dios con verdad, aceptando ser un pecador necesitado de misericordia. Tiene “*un corazón quebrantado y humillado*” (Sal 51, 19) y puede dirigirle a Dios “*la oración del humilde*” que “*atraviesa las nubes*” (Eclo 35, 17) y es escuchada.

Con humilde confianza, los fieles devotos del Santísimo Cristo de Hornillos, dirigimos a Jesucristo nuestra oración para que nos fortalezca en la fe y en el gozoso testimonio de su Evangelio en medio del mundo.

Desde el conocimiento y aceptación de nuestra debilidad nos preguntamos: ¿Qué podemos hacer para que nuestra vida tenga sabor, sea buena y luminosa y seamos felices amando a los demás y ayudándoles? ¿Quién puede poner en nuestra vida la fe, el amor y la esperanza?

Dios Padre nos ha dado la respuesta, al decirnos de Jesús: 'Éste es mi Hijo, el elegido, escuchadlo'. Jesucristo trae a Dios a nuestra vida y nos lleva a nosotros a Dios. Cristo nos regala su vida, que es la vida de Dios. Estando con Cristo toda nuestra vida se transforma y podemos ver las cosas con ojos nuevos, como Cristo las ve y las valora, con sus mismos ojos.

Por eso hoy os digo a cada uno de vosotros: Pon a Cristo en tu vida y vas a ver crecer en tu corazón la alegría y la fuerza en todas las dificultades del camino de la vida. Pon a Jesucristo en tu corazón y tu vida estará llena de su amor y será una vida que haga felices a otros.

La llamada a poner a Cristo en nuestra vida lleva consigo las preguntas: **¿En quién ponemos nuestra fe? ¿En quién confiamos? ¿En nosotros mismos, en las cosas, o en Cristo?** Todos tenemos muchas veces la tentación de ponernos en el centro, de creer que nosotros solos construimos nuestra vida, o de pensar que el tener, el dinero, el poder es lo que da la felicidad. Pero todos podemos experimentar que no es así. El tener muchas cosas, el dinero, el poder pueden hacernos soñar y tener la ilusión de que somos ser felices; pero, en realidad, todas esas cosas se hacen dueñas de nuestra vida, nos dominan y nos llevan a querer tener cada vez más, a no estar nunca satisfechos. Y terminamos empachados de cosas pero no alimentados con el Amor de Cristo, que es lo único que nos salva y hace libres y buenos; porque el amor de Cristo es lo que es verdad, lo que es bueno, lo que es bello y hermoso. Por ello, si ponemos a Cristo en el centro de nuestra vida, en nuestro corazón, no vamos a quedar nunca defraudados e insatisfechos.

La fe en Jesucristo hace un cambio muy grande en nuestra vida: nos ayuda a vencer el egoísmo y nos quita a cada uno del centro de nuestra vida y pone en el centro a Dios y a los hermanos, a los que Cristo nos manda amar como él nos ha amado; la fe nos llena del amor de Cristo, que nos hace libres como él para ser buenos, y nos da paz,

alegría, seguridad, fuerza y esperanza. Aparentemente parece que no cambia nada, pero por dentro de nosotros mismos, cambia todo. Cuando está Dios en nuestro corazón habita la paz, la dulzura, la ternura, el entusiasmo, la serenidad y la alegría, que son frutos del Espíritu Santo (cf. Gál 5,22); entonces nuestra vida se transforma, nuestro modo de pensar y de obrar se renueva, se convierte en el modo de pensar y de obrar de Jesucristo, de Dios.

Queridos hermanos: ¿Estamos dispuestos a dejar que Cristo entre en nuestro corazón y lo cambie y lo haga bueno, libre y feliz como el suyo?

Cristo nos espera: Escuchémoslo con atención y nos dará su amor y su vida. Jesucristo nos acoge siempre en el Sacramento del perdón, con su misericordia cura todas las heridas del pecado. No tengamos miedo a pedirle perdón, porque Él nunca se cansa de perdonarnos en nombre de Dios. Cristo nos espera también en la Eucaristía, Sacramento de su presencia, de su sacrificio de amor. Y Él nos espera también cada día en tantas personas buenas, que como verdaderos hermanos y amigos nos enriquecerán con su amistad, nos animarán con su testimonio de fe, nos enseñarán el amor, la bondad, el servicio. Cada uno de nosotros podemos ser un testigo gozoso del amor de Cristo, un testigo entusiasta de su Evangelio para llevar un poco de luz, de paz y alegría a este mundo.

A María, la madre de Cristo y madre nuestra, le pedimos que nos enseñe a seguir a su Hijo. Que nos enseñe a ser discípulos y misioneros. Como María, queremos decir sí a Dios, sí a Jesucristo. Pidamos a su Corazón de Madre que interceda por nosotros, para que nuestros corazones estén dispuestos a amar a Cristo y a hacerlo amar.

55. Domingo XXXIII T.O.

Al final del año litúrgico la Iglesia nos invita a escuchar la enseñanza que Jesús anunció, muy cerca ya de su pasión, acerca del final de los tiempos y la venida en gloria del Hijo del hombre (cf Lc 21, 27), que recapitulará toda la historia. El texto de hoy se refiere de forma preferente a las señales que van a preceder a la venida definitiva de Jesús, para que los discípulos aprendan a interpretarlas y a vivirlas con la esperanza asentada con firmeza en la gloria que está destinada a los compartan con los sufrimientos del Maestro. Por ello, podemos decir ya que este evangelio no trata tanto del fin del mundo, del cual no se anuncia más que el hecho mismo, cuanto de nuestro hoy, es decir, de nuestra vida cotidiana como el tiempo de la perseverancia en la salvación, que se realiza en medio de los dolores y sufrimientos de este mundo, pero es un camino de dicha (cf Sant 5,11) y de gozosa esperanza de la gloria.

Sorprende la diferencia entre la mirada de Jesús y la de algunos otros sobre el templo. Mientras estos últimos admiran sus bellas piedras y los exvotos, Jesús, con mirada lúcida y profética, ve su fin ya próximo. Como el templo y todo su sistema cultural, así también las construcciones y realizaciones más santas del hombre están destinadas a terminar: no son ellas las que deben ocupar nuestra atención, sino el Señor que viene, del cual estas realidades son sólo un signo.

Preguntado después por los discípulos acerca de los tiempos y las señales del final, Jesús les exhorta a ejercitarse en el discernimiento, en primer lugar como defensa frente al engaño: “*Mirad que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: ‘Yo soy’, - el nombre de Dios revelado a Moisés en la zarza ardiente (Ex 3,14) - o bien: ‘está llegando el tiempo’*”. Es cierto que en el escenario del gran teatro de la historia, también en el espacio religioso y eclesial, han surgido “*falsos mesías y falsos profetas*” (Mc 13, 22), siempre dispuestos a arrogarse títulos que no les corresponden. Sobre todo existe un indicio que los desenmascara: no tienen “los modos de Jesucristo” (cf. Didajé XI, 8), Mesías venido para servir y no para ser servido, sino que buscan el po-

der para dominar a los demás (cf. Lc 22, 24-27). Pues bien, el cristiano está llamado a resistirse a los halagos de estos impostores pronunciando con decisión su propio “no” y recordando que el mandamiento de Jesús: “*No vayáis tras ellos*”, es tan claro como su “*Seguidme*”.

A continuación Jesús exhorta a interpretar las guerras y catástrofes naturales sin ceder al miedo: se trata de sucesos históricos que afectan a la humanidad de todos los tiempos y que él menciona no para alarmar, sino para revelar “*los dolores de parto*” (Rom 8, 22) con que gime la creación, la cual camina hacia un final preparado por Dios, “*hacia los cielos nuevos y la tierra nueva del Reino*”. Pero antes de todo eso “*os echarán mano y os perseguirán... por causa de mi nombre*”: esta es **la gran señal anunciada por Jesús, la persecución de sus discípulos**, incluso por parte de parientes y amigos. Por otro lado, ya lo había dicho Jesús: “*Un discípulo no es más que su maestro... Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros*” (Lc 6, 40; Jn 15, 20). Es normal que los cristianos sean hostigados por el mundo, pero esta hostilidad constituye la prueba de su fidelidad al Señor: si él, el Justo, ha sido injustamente perseguido, ¿por qué habría de suceder de otra manera con los discípulos?

Más aún, la persecución se convierte para los cristianos en ocasión de testimonio, con la certeza de que el Espíritu Santo, enviado por el Señor Jesús, nos asistirá en la hora de la prueba y nos enseñará lo que hemos de decir en nuestra defensa (cf. Lc 12, 11-12). Nosotros tan sólo debemos preocuparnos de vivir la virtud cristiana de la perseverancia, a la que Jesús vincula una extraordinaria promesa al decir: “*Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas*”. La vida cristiana no es cuestión de una temporada, sino que requiere perseverancia hasta el final: el cristiano es aquel que persevera en el amor, que continúa haciendo el bien entre los hombres, aun a costa de su propia vida. Y la persecución no es sino una ocasión para vivir la comunión con los sufrimientos de Cristo y mostrar la caridad hasta el límite extremo enseñado y vivido por él: el amor a los enemigos (cf. Lc 6, 27-28; 23, 34). Así se manifiesta la victoria de la fe que vence al mundo, que vence el mal con el bien.

56. Vísperas de Clausura del Año de la Fe

El texto proclamado es la amplia explicación que Jesús ofrece a Nicodemo como respuesta a su pregunta: *¿Cómo puede suceder esto?* (v. 9).

Es oportuno recordar que Nicodemo ha venido de noche a ver a Jesús para aclarar sus dudas en relación con su predicación, sus milagros y su misma persona. Nicodemo es un fariseo que busca la verdad en relación con Jesús. Y comienza el diálogo manifestando su convicción de que Jesús es un maestro que ha venido de parte de Dios *“porque nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él”* (v. 2).

La respuesta de Jesús desconcierta a Nicodemo desde el principio. Frente a la afirmación de Nicodemo: *“Sabemos que has venido de parte de Dios como maestro”*, Jesús plantea el diálogo en otros términos al decirle que no es cosa de “saber”, sino de “ver” el reino de Dios, para lo cual es necesario “nacer de nuevo”, no del vientre de su madre, sino de agua y de Espíritu, para no ser ya “carne”, sino para ser “espíritu”, pues *“Lo que nace del Espíritu es espíritu”*(v. 6). Y aquí se sitúa la pregunta ya referida de Nicodemo: *¿Cómo puede suceder esto?* Así se expresa la perplejidad y los límites del saber de aquel sincero maestro de la Ley, según se lo recuerda el mismo Jesús al decirle: *“Tú eres maestro en Israel y no lo entiendes?”* (v. 10).

La ignorancia confesada por Nicodemo sobre el misterio del reino de Dios y el nacer del Espíritu deja únicamente a Jesús en la escena como maestro. **Sólo Jesús nos revela el misterio del Padre.** El diálogo había quedado interrumpido sin decir si Nicodemo entendió o no la explicación de Jesús. Pero es claro que aquel encuentro en la noche quedó atravesado por la palabra de Jesús; y esta Palabra, fue dando su fruto en el corazón de Nicodemo, que aparecerá en el mismo Evangelio de Juan ayudando a José de Arimatea a dar sepultura a Jesús. (Jn 19, 38-42).

A la luz de su conocimiento del misterio del Padre, **Jesús se revela a sí mismo como el Hijo del Hombre, el Hijo de Dios y la luz del mundo.**

Jesús es el que habla de lo que sabe y da testimonio de las cosas celestiales. Y se pone en boca de Jesús un hablar en plural: *“Hablamos de lo que sabemos y damos testimonio”* (Lc 10, 11), que podría incluir el saber y el testimonio de los discípulos, nacidos del agua y del Espíritu. El Evangelio de Lucas se nos da una clave de interpretación con esta declaración de Jesús. *“Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quien es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”* (Lc 10, 22). Por ello, lo que Jesús sabe y habla lo conocen y testimonian con él aquellos discípulos sencillos y humildes a los que el Padre y el mismo Hijo han tenido a bien revelarles los secretos del reino (cf. Lc 10, 21).

Jesús habla y da testimonio de lo que sabe porque es el Hijo del Hombre bajado del cielo para ser elevado como salvador de los hombres; y porque **es el Hijo Unigénito de Dios** enviado por el Padre para dar testimonio de su amor al mundo, entregándolo a la muerte en la cruz. **En la cruz se revela el amor de Dios al mundo.**

La posibilidad de renacer del Espíritu exigía como condición previa el descenso del Hijo del Hombre y su retorno al seno del Padre. Así se ratifica que el nuevo nacimiento no es cuestión de saber y conocer, sino que tiene su origen en la entrega de Jesús. Si hay vida eterna para el creyente es porque Dios amó tanto al mundo que le envió a su Hijo Unigénito y lo entregó a la muerte en la cruz. La prueba del amor salvador de Dios está en la entrega de su único Hijo.

Dios no ha proyectado un plan de juicio y condena del mundo, sino una historia de salvación, en cuyo tiempo de plenitud envió a su Hijo al mundo, *“para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado”*. La salvación se alcanza por la fe en Hijo Unigénito de Dios y por el nuevo nacimiento del agua y del Espíritu a la vida de Dios, que es eterna; por ello, la salvación consiste en tener vida eterna. Por el contrario, el que no cree en el Hijo de Dios ya está juzgado, perece y no tiene vida eterna.

El juicio de Dios sobre el mundo se realiza en relación con la aceptación o rechazo de la luz, que ha venido al mundo para alumbrar a todo hombre (cf. Jn 1, 9). Esta luz verdadera es la misma persona de

Jesús, que se definió a sí mismo diciendo: **“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”** (Jn 8, 12). **“Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas”** (Jn 12, 46). Así pues, los discípulos participan de la luz de Jesús y deben acreditarse como luz por las buenas obras: **“Vosotros sois la luz del mundo...Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos”** (Mt 5, 14.16).

Frente a esta voluntad de Jesús, el evangelista Juan constata que unos **“hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras”** (Jn 3, 19). Y reconoce también que **“el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios”**.

En relación con la luz, que revela lo que valen las obras de los hombres, se diferencian dos tipos de personas: los malos, que odian la luz, y los buenos que quieren permanecer en la luz. En ellos se ve representada la lucha entre la luz y las tinieblas, que se prolonga en el mundo. Pero la luz de Dios sigue atrayendo a las personas buenas de modo irresistible.

Los renacidos del agua y del Espíritu hemos sido sacados del dominio de las tinieblas y hechos capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz (cf. Col 1, 12-13). La primera carta de Pedro recordaba a los cristianos: **“Vosotros... sois... un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa”** (1 Pe 2, 9). Y San Pablo exhortaba a os fieles de Éfeso con estas palabras: **“Antes sí erais tinieblas, pero ahora, sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz”** (Ef 5, 8-9). Y a los de Tesalónica les recordaba: **“Vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas... porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas”** (1 Tes 5, 4-5). También la primera carta de Juan nos ofrece una exhortación semejante: **“Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y vivimos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero si caminaos en la luz, lo mismo que él está en la luz, enton-**

ces estamos en comunión unos con otros y a sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado” (1 Jn 1, 5-8). En consecuencia, el bautismo es en la carta a los Hebreos la iluminación de los creyentes; y los bautizados son descritos como los “*iluminados de una vez para siempre*” (Heb 6, 4; 10, 32).

¿Tenemos hoy nosotros la experiencia gozosa de vivir en la luz, de ser luz en el Señor para el mundo? ¿Hemos redescubierto en este Año el significado de la luz de la fe en nuestra vida?

En su encíclica **Lumen fidei**, el Papa Francisco ha manifestado expresamente su propósito con estas palabras: “Deseo hablar precisamente de esta luz de la fe para que crezca e ilumine el presente, y llegue a convertirse en estrella que muestre el horizonte de nuestro camino en un tiempo en el que el hombre tiene especialmente necesidad de luz” (n. 4).

La fe no es una luz ilusoria que impida al hombre la audacia de la búsqueda del saber y el avance en libertad hacia el futuro. La fe no es un salto que damos en el vacío, movidos por un sentimiento ciego; ni es una luz meramente subjetiva, capaz de enardecer el corazón o de dar consuelo privado, pero que no se podría proponer a los demás como luz para alumbrar el camino común. Por el contrario, “es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo” (n. 4). Poco a poco se ha visto que la luz de la razón autónoma no logra iluminar de forma suficiente el futuro y deja al hombre en la oscuridad y con miedo a lo desconocido. Cuando el hombre renuncia a la búsqueda de una luz y de una verdad grandes, y se contenta con pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero que son incapaces de abrir el camino, todo se vuelve confuso, es imposible distinguir el bien del mal y diferenciar la senda que lleva a la meta de aquella otra que nos hace dar vueltas y vueltas, sin una dirección fija (cf. n. 3). En cambio, “la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar *toda* la existencia del hombre” (cf. n. 4). Una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; la fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor gratuito y fiel. Transformados por este amor, dirigi-

mos con ojos nuevos la mirada al futuro (cf. n. 4) y conducimos nuestra vida cristiana hacia la plena comunión con Dios (cf. n. 7).

Queridas hermanas franciscanas: Esta es la meta que orienta y anhela alcanzar vuestra vida consagrada a la contemplación del misterio de Dios y de su Amor revelado en su Hijo Jesús, el Hijo del hombre, que ilumina con su luz nuestro camino hacia el Padre.

57. Domingo I de Adviento

Hoy comenzamos el año litúrgico cristiano con el tiempo de Adviento, que todos tenemos asociado a la espera y preparación de la ya cercana y gozosa celebración del nacimiento del Hijo de Dios en carne humana. El mensaje central del Adviento es que **Dios está en camino hacia nosotros para mostrarnos su amor**: “*Porque tanto amó Dios al mundo... que envió a su Hijo... para que el mundo se salve por él*” (Jn 3, 16-17).

Como fruto de aquella primera venida, nosotros hemos reconocido a Jesús como el “*Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*” (Jn 1, 14), y le confesamos como Mesías y Ungido por el Espíritu Santo, es decir, como Cristo; dicho en un solo nombre, como Jesucristo. Por la fe en Jesucristo hemos renacido en el bautismo del agua y del Espíritu para entrar en el Reino de Dios y heredar sus bienes. Porque Dios “*nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor*” (Col 1, 13), reconocemos a Jesucristo como luz del mundo (Jn 8,12), sabemos que nos alimenta en la Eucaristía con el pan de la vida (Jn 6,35), y le confesamos agradecidos como el salvador del mundo (Jn 4,42), en quien habita “*la plenitud de la divinidad*” (Col 2,9), y por el cual Dios ha querido “*reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz*” (Col 1, 20).

Al final del Evangelio de Mateo, el Señor resucitado da a sus discípulos el encargo de ir a anunciar por todo el mundo la buena noticia de la salvación (Mt 28,18-20) y les promete: “*Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*”. Jesús, que ha recibido de su Padre todo poder en el cielo y en la tierra (28,18), asegura a sus discípulos que, en su misión, nunca estarán solos; él, lleno de poder, se encuentra siempre a su lado. Cuando se reúnan en su nombre, estará él siempre presente en medio de ellos. Las formas principales de su presencia son: el Espíritu Santo entregado a la Iglesia, su Palabra en la Sagrada Escritura, el bautismo para el perdón de los pecados, su Cuerpo y su Sangre en los dones eucarísticos, sus hermanos y hermanas en la persona del prójimo necesitado (25,40). De esta manera, Jesús actúa a través de sus discípulos para conducir a los hombres al Reino de Dios e introducirlos en una comunión de amor con Dios cada vez más profunda e íntima, hasta que nos lleve a todos a la plenitud de la identificación con Dios al final de los tiempos.

Este es el segundo significado del tiempo de Adviento: la espera activa y vigilante de la venida última de Jesús como Señor al final de los tiempos. Vivimos en comunión con Jesucristo y con los hermanos en la espera de su plena manifestación como el Hijo en quien Dios ha querido reconciliar, recapitular y llevar a plenitud todas las cosas del cielo y de la tierra (cf. Ef 1, 10). Somos Iglesia, Pueblo peregrino de Dios en este mundo, Cuerpo de Cristo y Templo de su Espíritu, enviados al mundo a continuar la misión de Jesús hasta que él vuelva. El tiempo de la misión de la Iglesia es un permanente tiempo de Adviento, de espera de la plena instauración de su Reino.

Este es el aspecto que acentúa en este ciclo del Adviento el Evangelio de hoy. Jesús ha anunciado la venida del Hijo del Hombre como Señor, con el poder y la gloria del mismo Dios (24,30). Todo hombre está en profunda relación con la venida definitiva de Jesucristo en gloria y poder; porque al Hijo, que se humilló y se hizo obediente hasta la muerte en cruz, “*Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el nombre sobre todo nombre; de modo que el nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre*” (Flp 2, 9-11). Por ello, con la venida

definitiva de Jesús, cada persona quedará al descubierto en su esencia más íntima, y cada existencia humana desvelará su verdadero sentido y el valor que ha alcanzado. En consecuencia, cada discípulo debe orientar toda su existencia en espera vigilante de la llegada del Señor.

Con la misma fuerza con que anuncia su venida, Jesús afirma que el día y la hora son desconocidos (24,36.42.44). Ninguna criatura los conoce ni puede predecirlos. Y como hay que estar preparados para esta venida, se hace obligado permanecer en vela y evitar cualquier comportamiento a ciegas. No es razonable vivir al día, de modo irreflexivo (24, 38-39), viendo sólo la apariencia externa de las situaciones terrenas (24,40-41). Es necesaria la vigilancia permanente y la preparación continua ante la venida del Señor (24,42.44). Esta exhortación evangélica ha sido más concretada por el apóstol Pablo en el texto leído de la carta a los romanos: “*Daos cuenta del momento en que vivís; ya es hora de despertaros del sueño... Vestíos del Señor Jesucristo*” y caminad como hijos de la luz, con dignidad, en la libertad del Espíritu, que es propia de los hijos de Dios.

La exhortación de Jesús a la vigilancia está explicada en referencia a la vida diaria de las personas en dos situaciones bien distintas: ante la llegada del castigo divino con el diluvio y ante el juicio de Dios al final de la historia.

Los contemporáneos de Noé vivían sólo preocupados por su existencia terrena. Pensaban sólo en comer, en beber, en casarse y en todos los aspectos exteriores de la vida presente; aparte de esto, ninguna otra cosa les interesaba. Se interesaban únicamente en aprovechar y gozar de esta vida, y cerraban los ojos a cualquiera otra realidad. El diluvio estaba sólo anunciado; no había llegado todavía.

También la venida definitiva del Señor está sólo anunciada; no ha llegado todavía. Esta situación puede llevar también ahora a quedar absorbidos por el presente y a prescindir por completo del Señor y de nuestra responsabilidad frente a él. En este caso, su venida inesperada será una desagradable sorpresa.

Con un ejemplo de la vida cotidiana, Jesús muestra que los hombres trabajan en los campos y las mujeres muelen el grano en el molino

en iguales situaciones externas: padecen el mismo trabajo y fatiga, sufrimiento y gozo, vida y muerte. Pero con la venida del Señor se realizará una distinción y separación definitiva: aquellos hombres y mujeres que se encuentran preparados serán acogidos en comunión de vida con él; los otros quedarán excluidos de esta comunión. El diverso destino final depende del comportamiento en relación con el Señor. No es lo mismo la rectitud que la injusticia, la obediencia a Dios que la desobediencia. Jesús corrige la falsa idea de que el final será igual para todos y afirma con claridad: a unos se los llevarán y a otros los dejarán.

Si conociéramos el día y la hora de su venida, podríamos limitar a ellos nuestra espera y nuestra preparación. Pero el Señor viene como un ladrón en la noche: inesperado, sorprendente, imprevisible. Por eso debemos estar preparados en cada hora. En todo momento hemos de llevar una vida que corresponda a su voluntad y de la que podamos responder ante él. Nuestra total dependencia de él se expresa también en que la hora de su venida y de nuestra rendición de cuentas depende sólo del plan de Dios. No hay ningún ámbito ni ningún momento en que seamos dueños de nosotros mismos, en que podamos estar “seguros” ante él y desvinculados de él. Su venida será la hora de la verdad, porque será la hora de la clara revelación de Dios y de la manifestación de nuestro destino. A este encuentro definitivo con Dios debemos estar preparados hoy y siempre.

Queridos hermanos: La liturgia nos va llevando a lo largo del año al **encuentro con Jesucristo**, en los diversos acontecimientos o “misterios” de su vida entre nosotros. Y el Papa Francisco nos ayuda a darnos cuenta del momento en que vivimos, recordándonos que el encuentro con Jesús llena toda la vida con la alegría del Evangelio. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.

Por el contrario, el gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales. Cuando la conciencia y la vida interior se encierran en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce

alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corremos ese riesgo. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Ésa no es la opción de una vida digna y plena, ése no es el deseo de Dios para nosotros, ésa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado. Esa no es la actitud del Adviento, en espera de la llegada definitiva del Reino de Jesucristo.

El Adviento llama a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Éste es el momento para decirle a Jesucristo: Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Necesito tu amor liberador. Acógeme, Señor, una vez más entre tus brazos redentores.

Queridos hermanos: en el encuentro familiar, festivo y gozoso con Jesucristo y con los hermanos en esta Eucaristía del inicio de nuestra Visita pastoral, en el referido horizonte del Adviento, no podemos pasar por alto la escena del juicio final que nos recuerda el Evangelio de Mateo y que es una enseñanza de cristología práctica. El amor que recibimos del Señor ha de reflejarse en el amor que entregamos a los hermanos más necesitados, a las personas que más padecen las consecuencias de la actual crisis económica y moral, con las cuales se ha identificado Jesús al decirnos: *“Tuve hambre y me disteis de comer... cada vez que lo hicisteis con no de estos, mis hermanos más pequeños... Venid... heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo”* (Mt 25, 34.35.40). El encuentro con Cristo y la esperanza en su Reino eterno son la fuente donde brota y se renueva a diario “la dulce y confortadora alegría de evangelizar”.

58. Jesucristo Rey del Universo

2 Sam 5,1-3; Col 1, 12-20; Lc 23, 35-43.

La Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, al término del itinerario de la fe en el año litúrgico, nos presenta el rostro regio de Cristo, como el *Pantocrátor* en el ábside de una antigua basílica.

La fe de los discípulos madura después de la Pascua hasta creer que Jesús es en verdad el Rey, que ha sido glorificado porque asumió libremente la cruz y en ella dio la vida por los pecadores. Esta fe les hace capaces de seguir a Jesucristo hasta el don de sí mismos.

En el Evangelio de hoy se ve que todos piden a Jesús que baje de la cruz. Lo escarnecen, pero es también un modo de disculparse, como si dijeran: no es culpa nuestra si tú estás ahí en la cruz; es sólo culpa tuya porque, si tú fueras realmente el Hijo de Dios, el Rey de los judíos, no estarías ahí, sino que te salvarías bajando de ese patíbulo infame. Por tanto, si te quedas ahí, quiere decir que tú estás equivocado y nosotros tenemos razón.

El drama que tiene lugar al pie de la cruz de Jesús es un drama universal; atañe a todos los hombres frente a Dios, que se revela por lo que es, es decir, Amor. En Jesús crucificado la divinidad queda desfigurada, despojada de toda gloria visible, pero está presente y es real. Sólo la fe sabe reconocerla: primero la fe de María, que guarda en su corazón también esta última pieza del mosaico de la vida de su Hijo; ella no ve todavía el mosaico completo, pero sigue confiando en Dios, repitiendo una vez más: "*He aquí la esclava del Señor*" (Lc 1, 38). Y luego está la fe del buen ladrón: una fe apenas esbozada, pero suficiente para que Jesús le asegure la salvación: "*Hoy estarás conmigo en el paraíso*". Es decisivo el "*conmigo*". Sí, esto es lo que lo salva. Ciertamente, el buen ladrón está en la cruz *como* Jesús, pero sobre todo está en la cruz *con* Jesús. Y, a diferencia del otro malhechor, y de todos los demás, no pide a Jesús que baje de la cruz, ni que lo baje a él. Dice, en cambio: "*Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*". Lo ve en la cruz, desfigurado, irreconocible y, aun así, se encomienda a él como a

un rey, es más, como al Rey. El buen ladrón cree en lo que está escrito en la tabla encima de la cabeza de Jesús: “*el rey de los judíos*”: lo cree, y se encomienda. Por esto ya está, en seguida, en el “hoy” de Dios, en el paraíso, porque el paraíso es estar *con* Jesús, estar *con* Dios.

Aquí tenemos el primero y fundamental mensaje que la Palabra de Dios nos transmite hoy a nosotros. Nos llama a *estar con* Jesús, como María, y no a pedirle que baje de la cruz, sino a permanecer allí con él. Sabemos por los Evangelios que la cruz fue el punto crítico de la fe de Simón Pedro y de los demás Apóstoles. Está claro y no podía ser de otro modo: eran hombres y pensaban según los hombres; no podían tolerar la idea de un Mesías crucificado. La conversión de Pedro se realiza plenamente cuando renuncia a querer salvar a Jesús y acepta ser salvado por él. Renuncia a querer salvar a Jesús de la cruz y acepta ser salvado por su cruz. “*Yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos*” (Lc 22, 32), dice el Señor. Todo el ministerio de Pedro consiste en su fe, una fe que Jesús reconoce en seguida, desde el inicio, como genuina, como don del Padre celestial; pero una fe que debe pasar a través del escándalo de la cruz, para llegar a ser auténtica, verdaderamente cristiana; para llegar a ser roca sobre la que Jesús pueda construir su Iglesia. La participación en el señorío de Cristo sólo se verifica en concreto al compartir su anonadamiento, con la cruz. Toda nuestra existencia cristiana consiste en la fe; una verdadera fe pascual, que no quiere hacer que Jesús baje de la cruz, sino que se encomienda a él en la cruz. En este sentido el lugar auténtico del discípulo de Cristo es la cruz, persistir en la obediencia de la cruz.

Esta forma de vida es difícil, porque no se acomoda al modo de pensar de los hombres; pero tenemos la experiencia de que la fe transforma toda la vida. Creer que Jesús es Dios, que es el Rey precisamente porque ha llegado hasta la entrega de la vida en la cruz por amor, es la paradójica sabiduría que debemos anunciar y testimoniar como hizo él, el Rey, es decir, siguiendo su mismo camino, al modo del grano de trigo que muere para dar fruto.

Todos los discípulos estamos llamados a permanecer unidos en la confesión del señorío de Cristo, pensando y actuando según la lógica

de la cruz; y esto nunca es fácil ni se puede dar por supuesto. Es fruto del Amor de Cristo y de la gracia del Espíritu Santo. Pero de ello depende la eficacia de nuestro testimonio en la Iglesia y para el mundo.

En la cruz está la fuente de nuestra sabiduría. Sobre esto reflexionó a fondo san Pablo, el primero en formular un pensamiento cristiano centrado en la paradoja de la cruz (cf. 1 Co 1, 18-25; 2, 1-8). En la *carta a los Colosenses*, de la cual la liturgia de hoy nos ha propuesto la segunda lectura, la reflexión del apóstol Pablo, fecundada por la gracia del Espíritu, llega a expresar una auténtica concepción cristiana de Dios y del mundo, de la salvación personal y universal; y todo se centra en Cristo, Señor de los corazones, de la historia y del cosmos: “*Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz.*” (Col 1, 19-20).

Queridos hermanos: estamos llamados a anunciar siempre al mundo a Cristo “*imagen del Dios invisible*”, a Cristo “*primogénito de toda criatura*” y “*primogénito de entre los muertos*”, para que sea “*el primero en todo*” (Col 1, 15.18). La misión de la Iglesia está al servicio del único Señor; al servicio de su reino, es decir, de su señorío de amor, a fin de que venga y se extienda, renueve a los hombres y las cosas, transforme la tierra y haga brotar en ella la paz y la justicia.

Dentro de este designio, que trasciende la historia y, al mismo tiempo, se revela y se realiza en ella, encuentra su lugar la Iglesia, “*cuerpo*” del que Cristo es “*la cabeza*” (cf. Col 1, 18). En la *carta a los Efesios*, san Pablo habla explícitamente del señorío de Cristo y lo relaciona con la Iglesia. Formula una oración de “*alabanza de la gloria*” de Dios, que resucitó a Cristo y lo constituyó Señor universal, y concluye: “*Y todo lo puso bajo sus pies, y lo dio a la Iglesia como Cabeza, sobre todo. Ella es su cuerpo, plenitud del que llena todo en todos.*” (Ef 1, 22-23). La misma palabra “*plenitud*”, que corresponde a Cristo, san Pablo la atribuye aquí a la Iglesia, por participación: en efecto, el cuerpo participa de la plenitud de la Cabeza.

Queridos hermanos: todos compartimos la gracia de ser cristianos y nuestro gozo ha de ser participar, en la Iglesia, en la plenitud de

Cristo mediante la obediencia de la cruz, “*compartir la herencia de los santos en la luz*”, haber sido trasladados al reino del Hijo de Dios (cf. Col 1, 12-13). Por esto hemos de vivir en perenne acción de gracias, e incluso en medio de las pruebas no perdemos la alegría y la paz que Cristo nos ha dejado, como prenda de su reino, que ya está en medio de nosotros, que esperamos con fe y esperanza, y ya comenzamos a saborear en la Eucaristía y en la caridad.

59. Domingo IV de Adviento

En este cuarto domingo de adviento, la palabra evangélica se refiere de forma directa al ya inmediato nacimiento del Hijo de Dios, que celebraremos en la fiesta de Navidad. Y lo hace a través del anuncio dirigido a José.

El Evangelio de Mateo comienza con la genealogía de Jesús y le presenta como descendiente de David y de Abrahán; por tanto, profundamente enraizado en la historia de Israel. La genealogía indica también el enigma de su nacimiento al concluir diciendo que “*Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo*” (1,16).

El pasaje evangélico declara en que forma se realizó el nacimiento de Jesús, aludido en la genealogía. José es el esposo de María y María es la madre de Jesús, pero Jesús no es hijo de José. El ángel revela que el Espíritu Santo está en el origen de la vida de Jesús. Y al final del mismo pasaje se confirma que José no tiene nada que ver con el nacimiento de este niño, al decir: “*Y sin haberla conocido, dio a luz un hijo, al que puso por nombre Jesús*” (1,25). Así se nos ha dado a conocer el misterio central de nuestra fe: **Jesús, nacido de María, es el Hijo de Dios.**

Jesús está inserto en la historia de Israel, pero no es el resultado necesario de esa historia; no es el fruto de una serie de generaciones y nacimientos humanos. El poder creador de Dios es el que lleva a su

meta en Jesús la historia de Israel; por obra del Espíritu Santo hace surgir en Jesús el inicio de una nueva creación.

Aun teniendo su origen en Dios, Jesús está vinculado a la historia de Israel. Su madre, María, está desposada con José, aunque no vive todavía en su casa. Según el derecho judío, el desposorio constituye ya a los esposos como marido y mujer. De aquí que a José se le llame el esposo de María (1,16.19) y a María la esposa de José (1,20.24). Sólo un año o año y medio después del desposorio, la esposa era conducida a la casa del esposo y comenzaban la vida conyugal. En el tiempo que transcurre entre el desposorio y el paso a la casa del esposo, José advierte el embarazo de María y decide separarse de ella en secreto. Pero entonces se le hace saber el origen del niño. Recibe el encargo de tomar consigo a María y reconocer así ante la ley al niño como hijo propio. Por encargo de Dios, José se convierte ante la ley en el padre del niño y Jesús se convierte ante la ley en hijo y heredero con pleno derecho. En consecuencia, Jesús queda legalmente inserto en la genealogía de José y en la descendencia de David y de Abrahán. Así podrá Gabriel anunciar a María que a su hijo le dará Dios el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.

Pero la inserción de Jesús en la historia de Israel es del todo singular. Así lo expresa el nombre que Dios ha elegido para él y que José debe darle; un nombre que expresa su misión: *“porque él salvará al pueblo de sus pecados”*. Por ello, Jesús no se manifestará como rey heredero del trono de David con el poder político y militar de un rey de este mundo. Él redimirá de las culpas; hará salir al hombre de la lejanía de Dios y le conducirá a la plena comunión con él. Así es como, en cuanto Mesías Salvador, ofrecerá su vida en rescate por muchos y conducirá a su pueblo a la plenitud de la vida, instaurando una nueva forma de relación con Dios.

Con esta forma de realizarse el nacimiento de Jesús se cumple lo que Dios había anunciado por boca de los profetas. Con la referencia al *“Emmanuel”* - *“Dios con nosotros”*-, no se da otro nombre a Jesús; solamente se expresa lo que va caracterizar su vida y su obra: en él, Dios está con nosotros; Jesús es la presencia operante de Dios entre nosotros; en él se revela el Dios misericordioso, que nos ama y perdona

nuestras culpas, que nos salva y nos santifica, haciéndonos participar de su misma vida divina. Y esta presencia de “*Dios con nosotros*” en Jesús está prometida en el Evangelio de Mateo para “*todos los días, hasta el final de los tiempos*” (Mt 28, 21).

El texto evangélico termina con esta frase: “*Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer*”. Esta escueta conclusión expresa toda la grandeza de la fe y la obediencia de José. Igual que su esposa María, José ha dejado toda su vida abierta a la acción de Dios y ha aceptado realizar lo que no comprendía y podía considerara superior a sus fuerzas. Porque el anuncio del ángel le ha dado a conocer la consagración de su esposa amada como esposa del Espíritu Santo, que se ha interpuesto para siempre en la relación conyugal entre José y María. ¿Cómo podrá José llevar a cabo la misión de cuidar y respetar el misterio de la presencia y la acción de Dios en María y en su hijo Jesús, para la salvación de los pecados del pueblo? Con su obediencia silenciosa vive ya José la buena noticia que Jesús anunciará más tarde: “*Si tuvierais fe... nada os sería imposible*” (Mt 17, 20).

José y Acaz, rey de Judá, representan dos actitudes opuestas ante la llamada de Dios. Acaz, en una situación de grave peligro de guerra que amenaza al trono de David, recibe de boca del profeta Isaías el anuncio del compromiso de Dios con su pueblo elegido: Dios protegerá y salvará a su pueblo si éste confía de forma efectiva en él, renunciado a las estrategias defensivas meramente humanas. El rey Acaz pone una falsa excusa para justificar su absoluta falta de fe en la intervención divina que le promete el profeta. Y el Señor, por su cuenta, le prometió la señal del nacimiento del niño “Emmanuel” en la corte real. Este niño será la prueba de la presencia de Dios con su pueblo, para seguir velando por la casa de David y salvándola de los enemigos. Además, el niño Emmanuel es anunciado como iniciador de una etapa de prosperidad y felicidad paradisiaca. Esta promesa del Emmanuel la declara cumplida el Evangelio de Mateo en Jesús, nacido de la virgen María por obra del Espíritu Santo. Y este cumplimiento se realiza con la necesaria colaboración de José, el hombre justo, totalmente confiado en Dios y obediente a sus planes.

El apóstol Pablo nos ha aclarado que el Evangelio por él anunciado fue ya prometido por los profetas en las Escrituras Santas y se refiere a Cristo Jesús, nacido según la carne de la estirpe de David y constituido, según el Espíritu Santo, Hijo de Dios, con pleno poder por su resurrección de la muerte. Con esta breve referencia nos enseña san Pablo a leer e interpretar las profecías del Antiguo Testamento en su referencia a Jesucristo, Nuestro Señor, en quien han hallado su cumplimiento para nuestra salvación y para la gloria de su nombre.

San Pablo nos ayuda a comprender el significado salvador del “Dios con nosotros”. Escribe el apóstol: *“Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?... ¿Quién nos separará del amor de Dios?”*... Nada *“podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Nuestro Señor”* (Ro 8, 31-32. 35. 39). Y a los que acogen el amor de Dios, *“a los que aman a Dios, todo les sirve para el bien”* (Ro 8, 28).

Como el nacimiento de Jesús fue obra del Espíritu Santo, también lo es nuestra Eucaristía. En la oración sobre las ofrendas pedimos a Dios que “el mismo Espíritu que cubrió con su sombra y fecundó con su poder las entrañas de María, la Virgen Madre, santifique estos dones que hemos colocado sobre tu altar”. Y en la plegaria eucarística suplicamos igualmente que “llenos de su Espíritu Santo formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu” (III), y que “congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para su alabanza” (IV). Más allá de los aspectos más superficiales de la Navidad, el Espíritu nos quiere llenar de la gracia de Dios a todos nosotros, como a la María de Nazaret, para que el Hijo de Dios nazca en nuestra vida y así pueda ser “Dios con nosotros” y estar presente como salvador en medio de nuestro mundo.

60. Homilía en la Clausura del Año de la Fe

24 de noviembre de 2013

Queridos hermanos: Os saludo a todos con afecto fraternal en el Señor y os agradezco la participación en esta jubilosa celebración de nuestra fe, especialmente a quienes habéis venido de más lejos.

Clausuramos el Año de la Fe en la Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo. La fe de los discípulos madura después de la Pascua hasta creer que Jesús es en verdad el Rey, que ha sido glorificado porque asumió libremente la cruz y en ella dio la vida por los pecadores. Esta fe les hace capaces de seguir a Jesucristo hasta el don de sí mismos.

En el pasaje del Evangelio de Juan, que hemos escuchado, Jesús se encuentra en la situación humillante de acusado, frente al poder romano. Ha sido arrestado, insultado, escarnecido, y ahora sus enemigos esperan conseguir que sea condenado al suplicio de la cruz. Lo han presentado ante Pilato como uno que aspira al poder político, como el sedicioso rey de los judíos. El procurador romano indaga y pregunta a Jesús: “¿Eres tú el rey de los judíos?” (Jn 18,33). Jesús, respondiendo a esta pregunta, aclara la naturaleza de su reino y de su mismo mesianismo, que no es poder mundano, sino amor que sirve; afirma que su reino no se ha de confundir en absoluto con ningún reino político: “*Mi reino no es de este mundo... no es de aquí*” (v. 36).

Es inevitable que un hombre de poder como Pilato se quede sorprendido delante de un hombre indefenso, frágil y humillado, como Jesús; sorprendido porque oye hablar de un reino de servidores. Y reitera una pregunta que le parecería una paradoja: “*Entonces, ¿tú eres rey?*”. ¿Qué clase de rey puede ser un hombre que está en esas condiciones? Pero Jesús responde de manera afirmativa: “*Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz*” (18,37). Jesús habla de rey, de reino, pero no se refiere al dominio, sino a la verdad. Pilato no comprende: ¿Puede existir un poder que no se obtenga con medios humanos? ¿Un poder que no responda a la lógica del dominio y la fuerza?

Tras la multiplicación de los panes ha dejado Jesús muy claro que no tiene ninguna ambición política. La gente, que ha visto y participado del fruto del milagro, está entusiasmada y quiere hacerlo rey, para derrocar el poder romano y establecer así un nuevo reino político, que sería considerado como el reino de Dios tan esperado. Pero Jesús sabe que el reino de Dios es de otro tipo, no se basa en la riqueza ni en la fuerza de las armas. Y es precisamente la multiplicación de los panes la que se convierte en señal de su forma de comprender su función de Mesías, que será claramente manifestada en la institución de la eucaristía. Además, la multiplicación de los panes marca un cambio de acento en su actividad: desde aquel momento el camino hacia la Cruz se hace cada vez más claro; allí, en el supremo acto de amor, resplandecerá el reino prometido, el reino de Dios que Jesús anuncia presente “*en medio de vosotros*” (Lc 17,21), en su misma persona y en los signos que realiza. Pero la gente no comprende el significado de los milagros, se siente defraudada y se aleja de él; y Jesús se retira solo al monte a rezar, a hablar con el Padre (cf. Jn 6,1-15).

En la narración de la pasión vemos cómo Jesús no quiere que se le defienda con las armas (cf. Jn 18, 10-11). Y, cuando todos le piden que baje de la cruz y se salve a sí mismo de la muerte, para demostrar que es el Hijo de Dios y el Rey de los judíos, él muestra que quiere cumplir la voluntad del Padre hasta el final y establecer su reino con la aparente debilidad del amor que da la vida. En Jesús crucificado la divinidad queda desfigurada, despojada de toda gloria visible, pero está presente y es real. Sólo la fe sabe reconocerla: la fe de María, que al pie de la cruz de su Hijo sigue confiando en Dios y repitiendo una vez más: “*He aquí la esclava del Señor*” (Lc 1, 38). Y la fe del buen ladrón: una fe apenas esbozada, pero suficiente para que Jesús le asegure la salvación: “*Hoy estarás conmigo en el paraíso*”. Es decisivo el *conmigo*. Sí, esto es lo que lo salva. Ciertamente, el buen ladrón está en la cruz *como* Jesús, pero sobre todo está en la cruz *con* Jesús. Y, a diferencia del otro malhechor, y de todos los demás que los escarnecen, no dice a Jesús que baje de la cruz, ni pide que lo bajen a él. Dice, en cambio: “*Acuérdate de mí cuando entres en tu reino*”. Lo ve en la cruz, desfigurado, irreconocible y, aun así, se encomienda a él como a un rey, es más, como al Rey. El

buen ladrón cree en lo que está escrito en la tabla encima de la cabeza de Jesús: “*el rey de los judíos*”: lo cree, y se encomienda. Por esto ya está, en seguida, en el “hoy” de Dios, en el paraíso, porque el paraíso es estar *con* Jesús, estar *con* Dios. Jesús nos llama siempre desde la cruz a estar con él, a permanecer con él en la obediencia de la cruz. Ese es el lugar propio del discípulo de Jesucristo.

Esta forma de vida es difícil, porque no se acomoda al modo de pensar de los hombres; pero tenemos la experiencia de que la fe transforma toda la vida. Creer que Jesús es el Rey precisamente *porque* ha llegado hasta la entrega de la vida en la cruz por amor, es la paradójica sabiduría que debemos anunciar y testimoniar *como* hizo él, el Rey, es decir, siguiendo su mismo camino. Todos los discípulos estamos llamados a permanecer profundamente unidos en la confesión del señorío de Cristo, pensando y actuando según la lógica de la cruz; y esto nunca es fácil ni se puede dar por supuesto. Pero de ello depende la eficacia de nuestro testimonio en la Iglesia y para el mundo.

El reino de Dios es un reino de verdad y de amor, de justicia y de paz, en el cual sólo se puede entrar por la puerta de la fe y renaciendo del agua y del Espíritu (cf. Jn 3, 5). Este reino de Dios no es solo cosa de enseñanzas y de conocimientos, sino obra del Espíritu, que sopla donde quiere, sin que el hombre pueda controlarlo. Jesús no es sólo un profeta que habla de lo que sabe y ha visto, es decir, de Dios Padre, a quien sólo el Hijo conoce. **Jesús es la vida** (cf. Jn 14,6; 6, 35; 6, 40.47; 11,25); y el que cree en él tiene vida eterna. Para alcanzar esta vida es necesario nacer de nuevo de agua y de Espíritu y recibir un nuevo ser espiritual.

Jesús ha venido para revelar y traer una nueva realeza, la de Dios; ha venido para dar testimonio de la verdad de un Dios que es amor (cf. 1 Jn 4, 8-16) y que ha manifestado el amor que nos tiene enviando a su Hijo al mundo para que vivamos por medio de él. “*Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna*” (Jn 3, 16). Dios Padre “*nos ha trasladado al reino del Hijo de su Amor, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados*” y hemos sido hechos “*capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz*” (Col 1, 12-14). Quien

está abierto al amor, escucha este testimonio y lo acepta con fe, para entrar en el reino de Dios.

Queridos hermanos: La misión de la Iglesia es conducir a los hombres de cada época a la amistad con el Hijo de Dios, que nos da la vida en plenitud y nos hace ciudadanos de su reino. A este reino de Cristo se entra por **la puerta de la fe** (cf. Hch 14, 27), que está siempre abierta para todo el que acoge el anuncio de la Palabra de Dios. En el Año que hoy clausuramos, la madre Iglesia nos ha conducido a un renovado encuentro con Cristo, para **redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe**. La gozosa experiencia de este Año de gracia nos estimula a seguir poniendo la Palabra de Dios y la Eucaristía en el centro de nuestra vida, a recuperar la gracia bautismal en el sacramento de la reconciliación, a ser testigos más auténticos y creíbles del amor de Jesucristo, y a renovar la confianza en que también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse a escuchar a Jesús y de llegar a creer en él, para alcanzar la vida eterna.

Después del Año de la fe debemos mantener la mirada más fija en Jesucristo, en quien encuentra su cumplimiento y afán todo anhelo del corazón humano, de manera que seamos testigos de **la belleza de seguir al Señor Jesús, intensificando el testimonio de la caridad, para amar como él nos ha amado**. La fe viva nos hace capaces de comprender los signos de los tiempos en la historia actual, de convertirnos en un signo vivo de la presencia y del amor de Cristo resucitado en el mundo, y de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, la que no tiene fin. Para ello, Necesitamos también seguir fortaleciendo e iluminando la fe también con la lectura y reflexión sobre los documentos del Concilio Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica, que son una regla segura para la fe en Jesucristo y para el diálogo con la cultura actual.

El amor de Cristo, renovado en el Año de la Fe, ha de llenar nuestros corazones e impulsarnos a evangelizar. El Papa Francisco nos llama continuamente a “salir” al encuentro de tantas personas que, de formas y en grados diversos, sienten la necesidad de hallar **el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo**. Con ellas tenemos que andar caminos nuevos de búsqueda que sean al menos

“**preámbulos**” de la fe, que orienten hacia el misterio de Dios. A emprender este camino nos motivará sin duda la memoria renovada de nuestra historia personal de fe, de nuestra conversión permanente al Señor y de la gozosa experiencia de la misericordia del Padre.

Al clausurar el Año de la Fe suplicamos “*que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada*” (2 Tes 3, 1), para que se haga **cada vez más fuerte nuestra relación con Cristo, el Señor**, e integremos las alegrías y sufrimientos de la vida en el misterio de su cruz y en la sabiduría de la cruz, que celebramos en cada Eucaristía.

61. Inmaculada Concepción

Qué consolador resuena en nuestros oídos el anuncio de Gabriel a María; cómo nos llena de esperanza y de alegría cada vez que lo escuchamos. “*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*”. Sí, alégrate y “*No temas, María, porque ha encontrado gracia ante Dios*”.

Déjanos, María, alegrarnos contigo, porque la gracia de Dios que has encontrado es para nosotros. La gracia de Dios que has encontrado es tu hijo, Jesús, concebido en tu seno virginal por obra del Espíritu Santo; tu hijo, que es el Santo, el Hijo de Dios, que reinará sobre el trono de David y cuyo reino no tendrá fin, y que salvará a su pueblo de sus pecados (cf Mt 1,21). Sí, alégrate y haznos participar en tu alegría, porque el Señor que está contigo ha hecho nacer en ti un hijo que es el Emmanuel, el Dios con nosotros (cf Is 7,14; Mt 1,23). Alégrate, María, hija de Sión, porque el Señor ha hecho de ti el Arca de la Nueva Alianza, el lugar de su morada, la tienda viva en la que él quiere habitar de un modo nuevo en medio de los hombres.

Tu gracia, es decir, tu hijo Jesús el Cristo de Dios, es la fuente y el inicio de nuestra gracia, porque él nos ha salvado de los pecados y en él nos ha bendecido Dios Padre con toda clase de bienes espirituales y celestiales, porque ***nos eligió antes de crear el mundo para ser sus hijos***,

santos e irreprochables ante él por el amor. Los que hemos heredado en Jesucristo la condición de hijos de Dios somos fruto de un plan divino de salvación que tuvo su primera manifestación inmediatamente después del primer pecado de los hombres, por engaño de la serpiente. Y en esa profecía primera de la salvación estabas prometida tu, María, como descendiente de la mujer primera, para vencer en tus hostilidades contra la serpiente y aplastar con tu pie su cabeza. Por eso, te reconocemos como nueva Eva, “*madre de todos los que viven*” en Cristo, tu hijo.

En ti, María, la severa y temible pregunta de Dios a la primera mujer: *¿Qué es lo que has hecho?*, se ha transformado en el gozoso anuncio: “*Alégrate*”. “*No temas...porque has encontrado gracia ante Dios*”. **En ti, María, se ha complacido Dios y te ha mostrado su benevolencia y su eterna misericordia.** Y a ti te ha elegido antes del inicio del tiempo para ser la madre de su Hijo, el Santo de Dios, enviado para redimir a todos los hombres del pecado y hacerles partícipes de su santidad. Y en orden al perfecto cumplimiento de esta misión maternal, te ha llenado de forma anticipada con el fruto de la victoria de Cristo sobre el pecado, te ha preservado de toda mancha de pecado original y te ha llenado de toda suerte de bienes espirituales y celestiales, es decir, **te ha hecho santa e inmaculada desde el primer instante de tu concepción** de manera que pudieras ser la digna madre del Santo Hijo de Dios, enviado “*para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial*” (Gal 4, 5).

Dios tenía que librar de la herencia del pecado de Eva a la mujer nueva que con su fe y su obediencia al designio de Dios estaba destinada a concebir al nuevo Adán, Cristo. Para poder dar el asentimiento libre de su fe al anuncio de Gabriel sobre su vocación a ser la Madre del Salvador, era necesario que ella estuviese plenamente conducida por la gracia de Dios.

En la Inmaculada Concepción de la Virgen María tuvo su más inmediata preparación la nueva era de la manifestación de la “*gracia de Dios, que trae la salvación a todos los hombres*” (Tito 2,11). En efecto, como nos ha explicado san Pablo en la segunda lectura, Cristo salva a todos los hombres y nos ha acogido a todos para gloria de Dios. “*Cristo se hizo servidor de los judíos, para probar la fidelidad de Dios,*

cumpliendo las promesas hechas a los patriarcas; y, por otra parte, acoge a los gentiles para que alaben a Dios por su misericordia". Por ello, estamos de acuerdo para alabar a una sola voz al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

La Virgen Inmaculada realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe, porque la gracia ha hecho revivir en ella la confianza en Dios, que Adán y Eva, tentados por el diablo, habían dejado morir en su corazón. En la fe y en la confianza, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que *"nada es imposible para Dios"* (Lc 1,37) y dando su asentimiento: *"He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra"* (Lc 1,38). Por ello Isabel la saludó: *"¡Dichosa la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!"* (Lc 1,45). Por esta fe todas las generaciones la proclamamos bienaventurada (cf. Lc 1,48). (cf. Cat 148).

Durante toda su vida su fe no vaciló. "María no cesó de creer en el cumplimiento de la palabra de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe" (cf. Cat 149). Pero la fe de María "es una fe en camino, una fe que se encuentra a menudo en la oscuridad, y debe madurar atravesando la oscuridad" (Benedicto XVI, *La infancia de Jesús*, 129). Así se pone de manifiesto ya en el relato de la Anunciación. Ante el saludo del ángel se turbó *"y se preguntaba qué saludo era aquél"*. Y después de escuchar el anuncio de su maternidad, María quiso saber *"¿cómo será eso, pues no conozco varón?"* María es una mujer sensata y valerosa, que supera la turbación inicial ante lo inaudito e incompresible con la reflexión interior. No pone en duda el contenido del anuncio, pero trata de comprender y pide explicación sobre cómo puede cumplirse la concepción prometida sin conocer varón. María aparece así "como una mujer de gran interioridad, que une el corazón y la razón y trata de entender el contexto, el conjunto del mensaje de Dios." (*La infancia de Jesús*, 40).

De manera semejante, y aun con más claridad, se pone de manifiesto la dificultad del camino de María en la fe cuando el Evangelio de san Lucas relata la presencia de Jesús en el templo a los doce años. Después de tres días de dolorosa búsqueda, María y José encuentran a Jesús en el templo y expresan su sufrimiento en esta pregunta de María:

“Hijo, por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados” (Lc 2,48).

La respuesta de Jesús es impresionante: “¿Me habéis buscado? ¿No sabíais que un hijo tiene que estar en la casa de su padre, en las cosas de su padre? (Cf. Lc 2,49). Con esta respuesta afirma Jesús que su padre no es José, sino Dios mismo. Y san Lucas explica que María y José “no comprendieron lo que les dijo” y añade que “su madre conservaba todo esto en su corazón” (Lc 2, 50-51). La palabra de Jesús es de momento demasiado misteriosa para sus padres. María no comprende las palabras de Jesús, pero las conserva en su corazón y allí las hace madurar poco a poco. Con la aclaración sobre la actitud espiritual de la madre ante el misterio de su hijo, Lucas presenta de modo intencionado a María como la gran creyente, que cree de manera ejemplar. Y, a la vez, María aparece como la imagen de la Iglesia, que acoge la Palabra en su corazón, trata de comprenderla en su totalidad, la guarda en su memoria y la transmite (*La infancia de Jesús*, 129-130).

En este Adviento, recién clausurado el Año de la fe y con ocasión de la Visita Pastoral, os invito a orar en comunión con María para que sintamos con especial intensidad la llamada a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo, para reencontrarnos en él llenos de gracia y libres de temor para la misión de seguir anunciando que **en Jesucristo encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano**. “Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida” (Papa Francisco, *Evangelii gaudium* 49).

Esta es la misión permanente de la Iglesia, que a nosotros nos corresponde hacer realidad ahora en esta Diócesis de Salamanca y en esta Parroquia de Villamayor. El Papa Francisco acaba de recordarnos que las parroquias tienen que renovarse continuamente para seguir siendo la Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas, es decir, la Iglesia que realmente está en contacto con los hogares y con la vida del pueblo. La parroquia es ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la ca-

ridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero (cf. *Evangelii gaudium* 28).

María Inmaculada y llena de gracia, impúlsanos a anhelar con fe viva y amor encendido un nuevo encuentro con el hijo de tus entrañas, que nos vas a presentar en el pesebre como el Hijo de Dios, que viene a salvarnos. Enséñanos a vivir por la fe y el amor en el reconocimiento del Señor Jesús, presente en nuestras vidas. Acompáñanos en la gozosa misión de seguir anunciando a todos los hombres: Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo para que el mundo se salve por él. (cf. Jn 3, 16-17).

62. Visita Pastoral, Arciprestazgo de Santa Teresa

Lectura: Evangelio de Lucas 21, 25-28. 34-36.

Domingo I de Adviento, ciclo C.

Comenzamos con esta oración de Vísperas la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Santa Teresa, en la ciudad. Y lo hacemos en el clima espiritual propio del inicio del tiempo de Adviento, es decir, con la mirada puesta en la venida del Señor Jesucristo y en actitud de vigilancia y oración.

En nuestra profesión de fe confesamos que el Hijo de Dios se hizo hombre, fue crucificado, muerto y sepultado, y “vendrá con gloria para juzgar a vivos y a muertos”: esta venida gloriosa de Jesucristo es parte integrante del misterio cristiano. Hay un “Día”, ya anunciado por los profetas (cf. Jl 1, 15; 2, 1.11, etc.) y después mencionado varias veces por el mismo Jesús a sus discípulos (cf. Lc 10, 12; 17, 24, etc.), en que el Señor establecerá plenamente su presencia en la historia de la humanidad. Ese día tendrá lugar el juicio de los vivos y de los muertos,

de modo que sean restablecidas definitivamente la justicia y la verdad, y se realice así el designio de Dios y se dé testimonio de aquellos que en el mundo sufrieron aflicción y esperaron con confianza la epifanía del Señor. Adviento, por tanto, es un tiempo de espera y de esperanza gozosas, un tiempo en el que resuena el grito de la Iglesia, la Esposa, que movida por el Espíritu invoca: “¡Ven, Señor Jesús! ¡Marana tha!” (cf. Ap 22, 17; 1 Cor 16, 22), y escucha la respuesta segura: “¡Sí, vengo enseguida!”

En el texto leído del evangelio de Lucas anuncia Jesús su venida como Hijo del hombre en poder. Esta manifestación del Señor es presentada como un drama que comprometerá las vidas humanas y señalará el final de la historia: habrá en la naturaleza señales que indicarán un final y un nuevo comienzo; se producirán situaciones de una gran crisis entre los hombres, los cuales se encontrarán frente al juicio, frente a la revelación de sus acciones justas o injustas hacia sus hermanos.

Entonces “verán al Hijo del hombre venir en una nube con gran poder y gloria” (cf. Dn 7, 13-14); y esto será un “feliz acontecimiento” para los discípulos fieles a su Señor. Pues serán invitados a contemplar el advenimiento de aquel día, serán llamados a alzar la cabeza con orgullo y firmeza porque verán el cumplimiento de la promesa del Señor y la liberación de todo el mal que han sufrido a lo largo de la historia. Por tanto, estas palabras de Jesús no deben suscitar una reacción de espanto, sino que han de ser acogidas como un anuncio de aquello que puede dar sentido a la vida de los hombres heridos y oprimidos: la justicia tendrá la última palabra y las víctimas de la historia conocerán finalmente la felicidad. La venida del Señor no niega la historia, no condena simplemente a esta humanidad, sino que quiere transformar este mundo y redimir la historia, haciendo surgir un cielo nuevo y una tierra nueva en que habite la justicia de Dios.

Esta venida final del Hijo del hombre tendrá lugar con toda certeza (cf. Heb 10, 37; 2 Pe 3, 8-10), aunque se retrase, en un tiempo sólo conocido por Dios. Ante este acontecimiento, los cristianos son invitados a velar, a permanecer atentos, para no quedar embobados, extraviados, zarandeados por falsas preocupaciones. Deben luchar para que su corazón no se embote, es decir, para que no se torne insensible o

sea víctima del vértigo o de la necedad, que impide vivir una existencia consciente. Al presentar estos riesgos Jesús nos indica también las armas con las que podemos hacerles frente: “Velad, pues, y orad en todo tiempo”. Vigilancia y oración, en efecto, ponen ya hoy al creyente en la presencia del Señor y, por consiguiente, lo preparan para “comparecer ante el Hijo del hombre” y encontrarse con él el día del juicio.

El Adviento es un tiempo decisivo en toda la vida y misión de la Iglesia, durante el cual los cristianos se comprometen en la espera del Señor, se ejercitan en la contemplación de las realidades invisibles (cf. Heb 11, 27) y se responsabilizan de la historia, aquí y ahora, unidos a todos los hombres, sabiendo que habrá un juicio justo y misericordioso sobre todo su obrar.

Durante el tiempo de Adviento es oportuno que nos preguntémos con honradez: Nosotros, cristianos, ¿esperarnos en verdad al Señor? ¿Deseamos verdaderamente encontrarlo? De la respuesta positiva a estos interrogantes nace un obrar cotidiano capaz de dar razón de la esperanza que nos habita. En efecto, ser conscientes del momento que vivimos, vigilar y estar a la espera es una manifestación de amor a Jesucristo y de adhesión a él, el único Señor de nuestras vidas. A este propósito, es oportuna y actual la pregunta que planteaba hace años Teilhard de Chardin: “Cristianos, encargados de mantener viva la llama ardiente del deseo, ¿qué hemos hecho de la espera del Señor?”. Nosotros deberíamos ser aquellos que “aman la venida del Señor Jesucristo” (2 Tim 4, 8) porque “lo aman sin haberlo visto” (1 Pe 1,9) y, por esa misma razón, desean que venga pronto y ruegan: ¡Ven, Señor Jesús! ¡Restáuranos! ¡Que brille tu rostro y nos salve!

63. Clausura del V Centenario de la Catedral Nueva

En este tercer domingo de Adviento la Palabra de Dios orienta nuestra atención hacia Juan el Bautista y a su fe en Jesús en un momento de duda, de oscuridad y de prueba. Juan está encerrado en la cárcel donde ha sido recluso por Herodes Antipas, un poderoso de este mundo que no soporta las críticas que le dirige el profeta sobre su unión ilícita con Herodías, mujer de su hermano (cf. Mt 4, 12; 14, 3-4). El gran profeta, el hombre de la palabra autorizada e impetuosa, se encuentra ahora reducido al silencio y le espera una muerte violenta (cf. Mt 14, 5-12). En esta situación de humillación y sufrimiento oye hablar de las obras del Mesías Jesús, cuyo significado le cuesta comprender.

Juan Bautista había anunciado a Jesús como uno más fuerte, que *“os bautizará con Espíritu Santo y fuego”*, al que no es *“digno de llevarle las sandalias”* (Mt 3,11). Y al bautizar a Jesús, Juan había visto los cielos abiertos y al Espíritu Santo bajar sobre Jesús, a la vez que escuchaba la voz de Dios que decía: *“Este es mi Hijo amado en quien me complazco”* (Mt 3,17). El Evangelio de Juan refiere este testimonio directo de Juan Bautista: *“He contemplado al Espíritu Santo que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo. Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios”* (Jn 1, 32-34).

No obstante, Juan está desconcertado porque en la asidua escucha de las Escrituras había asumido la esperanza de un Mesías con los rasgos del juez fuerte y severo, el cual cortaría con el hacha los árboles sin fruto, reuniría su trigo en el granero y quemaría la paja en un fuego inextinguible (cf. Mt 3, 10-12); es decir, traería el castigo inminente a los que no dan el fruto que pide la conversión que él anuncia (cf. Mt 3, 7-8). En cambio, oye que Jesús se sienta a la mesa con los pecadores y tiene compasión de las multitudes; parece anunciar sólo la misericordia de Dios. En esta situación de fe traspasada por la duda, en esta oscuridad, Juan encarga a sus discípulos que planteen a Jesús una pregunta

dramática, con la que pone en cuestión toda su vida de mensajero precursor del Mesías: “¿Eres tú el que ha de venir –el Profeta y Mesías de los últimos tiempos– o tenemos que esperar a otro?”.

La respuesta de Jesús resume mediante una serie de citas proféticas, tomadas sobre todo de Isaías, las acciones más características de su ministerio público (cf. Mt 8-9): “*Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados*”. Estas son las acciones de Jesús, Mesías “manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29), que ofrece alivio y descanso del alma a todos los cansados y agobiados. Este Mesías es el mensajero definitivo del amor de Dios a todos los hombres y lleva a su pleno cumplimiento lo anunciado en la Escritura. Pero Jesús añade todavía una palabra: “*¡Y bienaventurado el que no se escandalice de mí!*”, o sea, el que no encuentra motivo de tropiezo en un Mesías pobre y desarmado, en un Mesías que anuncia a los pobres, ciertamente, la buena noticia, pero que no quiere servirse de la fuerza para sacar de la cárcel a los prisioneros (cf. Is 61, 1-2), ni siquiera a Juan Bautista.

En la cárcel Juan acoge esta última revelación de Jesús con una entrega personal confiada, y así se dirige en una plena obediencia hacia una muerte injusta, convirtiéndose por ello en precursor del Mesías también en este desenlace de su vida. A las palabras que le anuncian esto, Juan responde con un “Amén” silencioso pero lleno de amor por Jesús, comprendiendo la forma de realización de la misión del Mesías.

Y, precisamente mientras Juan sale de escena, revela Jesús con gran solemnidad a las multitudes la verdadera identidad del Bautista. Anuncia que no es una caña agitada por el viento de las modas, ni uno de los poderosos del mundo que, envuelto en lujosos vestidos, morase en los palacios del poder. Es un profeta, sí, “y más que profeta. *Éste es de quien está escrito: ‘Yo envío mi mensajero delante de ti; para que preparare tu camino ante ti’*”. (cf. Mal 3, 1). Efectivamente, Jesús declara que el anuncio del profeta Malaquías sobre la venida de Elías, antes de la llegada del Día del Señor (Mal 3, 23), se ha cumplido en Juan Bautista: él es el nuevo Elías (cf. Mt 11, 14; 17, 10-13), el enviado “*delante del Señor con el espíritu y el poder de Elías*” (Lc 1,17). Pero a este nuevo

Elías “no lo reconocieron, sino que han hecho con él lo que han querido” (Mt 17, 12). De esta forma, Juan Bautista, con su vida y con su martirio, ha anunciado y abierto la nueva etapa de la salvación definitiva traída por el Señor Jesús. “Los profetas y la ley han profetizado hasta que vino Juan” (Mt 11, 13), “la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo” (Jn 1, 17).

En esta nueva perspectiva de la verdad y la gracia del Mesías, podemos entender bien las palabras conclusivas de Jesús: “No ha nacido de mujer uno más grande que Juan, el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él”. Juan es más grande que todos los que han vivido antes de él, porque ha estado en la mayor cercanía al Mesías. Pero es más pequeño que quienes han entrado en el reino de Dios y están en comunión de vida con Jesucristo. Los más pequeños en el reino de los cielos son bienaventurados porque Dios les ha revelado las cosas que ha ocultado a los sabios y entendidos; porque sus ojos ven lo que muchos profetas y reyes quisieron ver y no lo vieron (cf. Lc 10, 23-24).

Esta meditación sobre la fe de Juan Bautista nos invita a preguntarnos: ¿Cuáles son nuestras expectativas en este adviento de 2013? ¿Qué dificultades y dudas surgen en nosotros en relación con Jesús?

El profeta Isaías ha descrito la transformación del desierto en tierra fértil como consecuencia de la venida de Dios. El desierto es el mundo que Dios no ha visitado todavía; pero ahora Dios viene. Y el hombre es ciego, sordo, cojo y mudo, cuando todavía no ha sido visitado por Dios. Pero ahora los sentidos son abiertos y los miembros trabados son soltados. La venida del “Dios con nosotros” despegamos los ojos del ciego para ver la gloria y la belleza de nuestro Dios; fortalece a los cobardes de corazón y les dice: “Sed fuertes, no temáis. Mirad a vuestro Dios que viene en persona y os salvará”. Los rescatados del Señor a la vida verdadera volveremos a cantar con gozo y alegría perpetua. Con paciencia activa nos mantenemos firmes en la espera de la cercana venida del Señor, sin quejarnos unos de otros, sino asumiendo con amor los sufrimientos de los hermanos. Amar a Dios y a los hermanos como los ha amado Jesús, nos hace posible “estar siempre alegres en el Señor”.

Hoy estamos también alegres y damos gracias a Dios al clausurar el V Centenario del comienzo de la edificación de nuestra Catedral Nueva. La Catedral es de forma eminente un signo memorial de la presencia permanente entre nuestras casas del Dios que en la plenitud del tiempo vino a visitar los desiertos de nuestro mundo para convertirlos en hogares de sus hijos, de su familia. Por ello, la Catedral está al servicio de la edificación permanente de la Iglesia diocesana como familia de los hijos de Dios, como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo de su Espíritu. Y la Catedral misma es la casa común de la familia diocesana, en la cual reconocemos un lugar relevante a la Madre de Cristo y de todos los miembros de su Cuerpo, a la Virgen Santísima en sus advocaciones de la Asunción y de la Vega, patrona de nuestra ciudad de Salamanca. Con la procesión de su imagen ponemos en comunicación esta tarde el misterio de Dios, que da vida y es el alma propia de nuestra Catedral, con nuestros desiertos urbanos y humanos; llevamos hacia ellos la imagen de la Madre espiritual, para que los convierta en lugares de encuentro con su Hijo, el Salvador.

Como piedras vivas del templo del Espíritu, damos gracias a Dios por el don de esta Catedral y le presentamos en esta Eucaristía nuestra vida para que la santifique y la acepte como sacrificio espiritual, en honor y alabanza de su gloria.

64. Domingo III Adviento

En este tercer domingo de Adviento la Palabra de Dios orienta nuestra atención hacia Juan el Bautista y a su fe en Jesús en un momento de duda, de oscuridad y de prueba. Juan está encerrado en la cárcel donde ha sido recluso por Herodes Antipas, un poderoso de este mundo que no soporta las críticas que le dirige el profeta sobre su unión ilícita con Herodías, mujer de su hermano (cf. Mt 4, 12; 14, 3-4). El gran profeta, el hombre de la palabra autorizada e impetuosa, se encuentra ahora reducido al silencio y le espera una muerte violenta (cf.

Mt 14, 5-12). En esta situación de humillación y sufrimiento oye hablar de las obras del Mesías Jesús, cuyo significado le cuesta comprender.

Juan Bautista había anunciado a Jesús como uno más fuerte, que “*os bautizará con Espíritu Santo y fuego*”, al que no es “*digno de llevarle las sandalias*” (Mt 3,11). Y al bautizar a Jesús, Juan había visto los cielos abiertos y al Espíritu Santo bajar sobre Jesús, a la vez que escuchaba la voz de Dios que decía: “*Este es mi Hijo amado en quien me complazco*” (Mt 3,17). El Evangelio de Juan refiere este testimonio directo de Juan Bautista: “*He contemplado al Espíritu Santo que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo. Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios*” (Jn 1, 32-34).

No obstante, Juan está desconcertado porque en la asidua escucha de las Escrituras había asumido la esperanza de un Mesías con los rasgos del juez fuerte y severo, el cual cortaría con el hacha los árboles sin fruto, reuniría su trigo en el granero y quemaría la paja en un fuego inextinguible (cf. Mt 3, 10-12); es decir, traería el castigo inminente a los que no dan el fruto que pide la conversión que él anuncia (cf. Mt 3, 7-8). En cambio, oye que Jesús se sienta a la mesa con los pecadores y tiene compasión de las multitudes; parece anunciar sólo la misericordia de Dios. En esta situación de fe traspasada por la duda, en esta oscuridad, Juan encarga a sus discípulos que planteen a Jesús una pregunta dramática, con la que pone en cuestión toda su vida de mensajero precursor del Mesías: “*¿Eres tú el que ha de venir - el Profeta y Mesías de los últimos tiempos - o tenemos que esperar a otro?*”.

La respuesta de Jesús resume mediante una serie de citas proféticas, tomadas sobre todo de Isaías, las acciones más características de su ministerio público (cf. Mt 8-9): “*Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados*”. Estas son las acciones de Jesús, Mesías “*manso y humilde de corazón*” (Mt 11, 29), que ofrece alivio y descanso del alma a todos los cansados y agobiados. Este Mesías es el mensajero definitivo del amor

de Dios a todos los hombres y lleva a su pleno cumplimiento lo anunciado en la Escritura. Pero Jesús añade todavía una palabra: “*¡Y bienaventurado el que no se escandalice de mí!*”, o sea, el que no encuentra motivo de tropiezo en un Mesías pobre y desarmado, en un Mesías que anuncia a los pobres, ciertamente, la buena noticia, pero que no quiere servirse de la fuerza para sacar de la cárcel a los prisioneros (cf. Is 61, 1-2), ni siquiera a Juan Bautista.

En la cárcel Juan acoge esta última revelación de Jesús con una entrega personal confiada, y así se dirige en una plena obediencia hacia una muerte injusta, convirtiéndose por ello en precursor del Mesías también en este desenlace de su vida. A las palabras que le anuncian esto, Juan responde con un “Amén” silencioso pero lleno de amor por Jesús, comprendiendo la forma de realización de la misión del Mesías.

Y, precisamente mientras Juan sale de escena, revela Jesús con gran solemnidad a las multitudes la verdadera identidad del Bautista. Anuncia que no es una caña agitada por el viento de las modas, ni uno de los poderosos del mundo que, envuelto en lujosos vestidos, morase en los palacios del poder. Es un profeta, sí, “*y más que profeta. Éste es de quien está escrito: ‘Yo envío mi mensajero delante de ti; para que preparare tu camino ante ti’*”. (cf. Mal 3, 1). Efectivamente, Jesús declara que el anuncio del profeta Malaquías sobre la venida de Elías, antes de la llegada del Día del Señor (Mal 3, 23), se ha cumplido en Juan Bautista: él es el nuevo Elías (cf. Mt 11, 14; 17, 10-13), el enviado “*delante del Señor con el espíritu y el poder de Elías*” (Lc 1,17). Pero a este nuevo Elías “*no lo reconocieron, sino que han hecho con él lo que han querido*” (Mt 17, 12). De esta forma, Juan Bautista, con su vida y con su martirio, ha anunciado y abierto la nueva etapa de la salvación definitiva traída por el Señor Jesús. “*Los profetas y la ley han profetizado hasta que vino Juan*” (Mt 11, 13), “*la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo*” (Jn 1, 17).

En esta nueva perspectiva de la verdad y la gracia del Mesías, podemos entender bien las palabras conclusivas de Jesús: “*No ha nacido de mujer uno más grande que Juan, el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él*”. Juan es más grande que todos los que han vivido antes de él, porque ha estado en la mayor

cercanía al Mesías. Pero es más pequeño que quienes han entrado en el reino de Dios y están en comunión de vida con Jesucristo. Los más pequeños en el reino de los cielos son bienaventurados porque Dios les ha revelado las cosas que ha ocultado a los sabios y entendidos; porque sus ojos ven lo que muchos profetas y reyes quisieron ver y no lo vieron (cf. Lc 10, 23-24).

Esta meditación sobre la fe de Juan Bautista nos invita a preguntarnos: ¿Cuáles son nuestras expectativas en este adviento de 2013? ¿Qué dificultades y dudas surgen en nosotros en relación con Jesús?

El profeta Isaías ha descrito la transformación del desierto en tierra fértil como consecuencia de la venida de Dios. El desierto es el mundo que Dios no ha visitado todavía; pero ahora Dios viene. Y el hombre es ciego, sordo, cojo y mudo, cuando todavía no ha sido visitado por Dios. Pero ahora los sentidos son abiertos y los miembros trabados son soltados. La venida del “Dios con nosotros” despega los ojos del ciego para ver la gloria y la belleza de nuestro Dios; fortalece a los cobardes de corazón y les dice: “Sed fuertes, no temáis. Mirad a vuestro Dios que viene en persona y os salvará”. Los rescatados del Señor a la vida verdadera volveremos a cantar con gozo y alegría perpetua. Con paciencia activa nos mantenemos firmes en la espera de la cercana venida del Señor, sin quejarnos unos de otros, sino asumiendo con amor los sufrimientos de los hermanos. Amar a Dios y a los hermanos como los ha amado Jesús, nos hace posible “estar siempre alegres en el Señor”.

Así se ha de manifestar en nuestra vida la victoria de la fe sobre el mundo, como se manifestó en el amor fiel de santa Lucía hasta el martirio. Lucía era una muchacha de Siracusa, en Sicilia, Italia. Estando prometida en matrimonio a un conciudadano suyo, fue a Catania con su madre enferma para pedir su curación ante el sepulcro de santa Águeda. En su oración meditan el relato de la mujer con hemorragias, que se cura al tocar con fe el manto de Jesús. Lucía exhorta a su madre a curar con fe el sepulcro de la mártir y tiene una visión de santa Águeda que le asegura la curación de su madre y su futuro martirio. De vuelta a Siracusa renuncia al matrimonio y vende sus bienes para dar su dinero a los pobres. El prometido la denuncia entonces como

cristiana ante el gobernador Pascasio, que la arresta y la conduce a juicio. A pesar de los diversos halagos y amenazas, Lucía no renuncia a su propósito, por lo que el gobernador ordena que sea llevada al lupanar antes de ser martirizada. Pero nada logra hacerla cambiar su decisión, ni siquiera la tortura con aceite y pez hirviendo. Es condenada entonces a ser decapitada allí mismo. Era el día 13 de diciembre del año 303, durante la persecución de Diocleciano. Sobre su sepulcro se construyó inmediatamente una iglesia, que se convirtió en meta de peregrinaciones y Lucía fue declarada santa y protectora de Siracusa.

La relación de santa Lucía con los ojos es explícita en la iconografía de la Edad Media, tal vez por la cercanía del nombre griego Lucía con el latino *lux*, que significa luz. Sólo desde el siglo XIV en adelante la iconografía refleja la leyenda de la ceguera de Lucía: la taza o el plato con los ojos se convirtieron en los atributos más conocidos y difundidos, pero casi siempre acompañados por la palma del martirio y la lámpara.

San Gregorio Magno, Papa desde el año 590 al 604, fue el mayor promotor del culto a santa Lucía; él incluyó el nombre de Lucía y de Águeda en el canon romano de la misa. A finales del siglo VII su culto estaba ya difundido en toda la Iglesia latina.

Esta evocación de santa Lucía, en el contexto de la Palabra de Dios hoy proclamada, nos invita a suplicar a Dios, por intercesión de la santa, que nos abra los ojos a la luz de la fe, para que nos sintamos bienaventurados y dichosos por haber visto y creído, y seamos luz de Cristo en medio del mundo.

65. Misa del Gallo

En esta celebración de la Navidad hacemos memoria del nacimiento del Hijo de Dios en la frágil carne de un niño y en la humildad y pobreza del pesebre de Belén. Y acogemos con alegría el mensaje del

ángel: *“Hoy... os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor”*. Él es la luz que ha venido a alumbrar los pasos del pueblo que caminaba en tinieblas; él es el Príncipe de la paz, que trae la paz de Dios a todos los hombres; él es el niño que nos ha nacido para dar definitivo cumplimiento a lo anunciado por el profeta Isaías: *“Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros”* (Is 7, 10-14).

Según lo anunciado por Dios a María y a José, el niño que nace en Belén ha sido concebido por obra del Espíritu Santo, es el Mesías heredero del reino de David, que no tendrá fin, y será llamado Hijo del Altísimo, Hijo de Dios (cf. Lc 1, 26- 38). El nombre de este niño será Jesús, que significa *“Dios salva”*, *“porque él salvará a su pueblo de sus pecados”* (Mt 1, 21). Esta es la finalidad que pretende el asombroso misterio del nacimiento del Hijo único de Dios como hijo de María. San Pablo lo expresó de modo semejante: *“Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial”* (Gal 4, 4-5).

El pasaje evangélico proclamado en esta noche sitúa el nacimiento de Jesús en un contexto histórico bien determinado: el tiempo del emperador Augusto y del gobernador Cirino. José y María son unos pobres súbditos del imperio obligados a cumplir el decreto del emperador sobre el “censo de toda la tierra”. La voluntad de poder del César crea un escenario en el que aparece como contraste la realización del plan de Dios. Sin saberlo, el emperador contribuye al cumplimiento de la promesa del profeta Miqueas, según la cual el Mesías, el Pastor de Israel, debía nacer en Belén (cf. Miq 5, 1-3). Así se manifiesta que es Dios el verdadero guía de toda la historia, pero no elige a los poderosos para hacer “su” historia, sino a los humildes: a María, a José y a los pastores de la insignificante aldea de Belén.

Mientras estaban en Belén, a María *“le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada”*. No hay sitio en la posada para el que viene como Salvador del mundo, en el que *“quiso Dios que residiera toda la plenitud”* (Col 1, 19). En la noche de Belén, María en-

volvió a su hijo en pañales y lo acostó en un pesebre. En el establo de Belén, Dios se despojó realmente de sí mismo, de su condición divina, y tomó la condición de un niño en la forma de la mayor pobreza, en la miseria del establo, símbolo de toda necesidad y estado de abandono de los pobres. Así inició la vida en nuestro mundo quien dirá más tarde con verdad: “*Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza*” (Mt 8, 20).

La libre elección que Dios hace de la pobreza y la humildad nos invita a reconocer el cambio de valores que manifiesta la vida y el mensaje de Jesús. Ya desde su nacimiento, Jesús no pertenece al ambiente social que el mundo considera importante. Y, de esta manera, este hombre irrelevante y sin poder se revela como quien es realmente poderoso, de quien, en fin de cuentas, todo depende. En consecuencia, el ser cristiano implica salir de lo que todos piensan y quieren, para entrar en la verdad de nuestra forma de vida evangélica.

El nacimiento del Salvador es anunciado por el ángel a los pastores (cf. Lc 2, 1-14). Según la profecía de Miqueas (5, 1-3) Jesús nace en Belén como el que viene a apacentar al pueblo de Israel. Por ello, el gran Pastor de los hombres nace entre los pastores y es reconocido y adorado por ellos.

Los pastores, obligados por su trabajo a una vida nómada, eran considerados en la cultura de la época como personas impuras y excluidas de la vida litúrgica oficial. Por ello, el hecho de que los pastores sean los primeros destinatarios del anuncio del nacimiento del Hijo de Dios, es significativo de que estos pobres, marginados y despreciados, son los predilectos de Dios y los elegidos para ser testigos de su presencia entre nosotros. Es como un anticipo de lo que va a ser el anuncio del Evangelio a los pobres (cf. Lc 4, 18; Mt 11, 5), sencillos y humildes; éstos son declarados dichosos porque Dios les revela y da a entender los secretos del reino de los cielos, que esconde a los sabios y entendidos (cf. Lc 10, 21).

Según el Evangelio de Lucas, el ángel del Señor se dirigió a los pastores proclamando: “*No temáis, os traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido*

un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2, 10-12). Y este anuncio es ratificado por el coro del ejército celestial al proclamar que **el niño acostado en el pesebre va a hacer realidad la gloria de Dios en el cielo y la paz a los hombres**; la paz no ya solo en el reino de David, sino a todos los hombres, porque todos son amados de Dios. La paz que procede del amor de Dios es la verdadera paz sin límites.

El hijo que se nos ha dado viene a dar gloria plenamente a Dios por su comunión perfecta de vida y de amor con el Padre y por su obediencia fiel a la voluntad del Padre hasta la muerte. De esta manera cumple su misión de salvar al pueblo de sus pecados y trae a los hombres la paz con Dios y con los hermanos. Los hombres reconciliados con Dios tienen su paz y son un canto a la gloria de Dios. Como explica San Ireneo de Lión, **la gloria del hombre es Dios**; el hombre, en cambio, es el receptáculo de la actuación de Dios, de toda su sabiduría y su poder. Si el hombre acoge sin vanidad ni jactancia la verdadera gloria procedente de quien lo creó, y si permanece en el amor, en la sumisión y en la acción de gracias a Dios, recibirá de él aún más gloria, así como un acrecentamiento de su propio ser, hasta hacerse semejante a aquel que nació y murió por él. **La gloria de Dios es este hombre que vive en comunión con él.**

La gloria de Dios anunciada a los pastores es una gloria bien diferente de la que imaginamos los hombres: es **la gloria de la humildad y del descenso de Dios**, que hoy comienza a hacerse visible y llegará su culminación en la gloria de la cruz del hijo del hombre. (cf Jn 12, 23).

Según la narración del Evangelio de Lucas, los pastores acogen el asombroso anuncio de los mensajeros de Dios. Apenas volvieron los ángeles al cielo, ellos *“fueron corriendo”* hacia Belén para ver lo que había sucedido y el Señor les había comunicado. *“Y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre”* (Lc 2,16). Se les manifiesta el Salvador en un niño rechazado ya desde el regazo materno, para el que *“no había sitio... en la posada”* (Lc 2, 7); en un recién nacido envuelto en pañales, figura de la impotencia y de la dependencia de los demás, que caracteriza nuestra condición humana; en un niño acostado en el lugar donde comen los animales. **Y ese niño es precisamente la manifestación**

viva de la gloria de Dios, cantada por los ángeles; un Dios rechazado por nosotros; un Dios débil según nuestro pensar; un Dios lejos de los lugares de lujo, de pompa, de poder, acostado en un pesebre.

Después de haber contemplado esta escena, a la vez ordinaria y llena de misterio, los pastores se convirtieron en anunciadores: “*contaron lo que el ángel les había dicho de ese niño*”. Después de ver, repiten el anuncio que habían recibido y creído. Por su fe están ya implicados personalmente en el anuncio y se convierten en testigos; no se quedan en simples espectadores de un hecho sucedido. A semejanza de aquellos pastores, los testigos actuales estamos llamados a ser anunciadores de lo que hemos “*oído y visto*” (Lc 2, 20).

Lucas anota al final que “*María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón*” (Lc 2, 19). Su fe es una fe pensada, un guardar activo, que confronta la palabra de Dios con la realidad, tratando de comprender la razón y el significado de cosas que pueden parecer sin relación o incluso contradictorias entre sí. Para ella, igual que para los pastores, no ha debido ser fácil armonizar la grandeza del anuncio recibido del ángel (cf. Lc 1, 30-35) con la pequeñez de los sucesos que contemplan sus ojos. Pero también María, como los pastores, es el ejemplo del discípulo que vive a la escucha y en camino: un discípulo puesto en camino por la revelación del modo sorprendente con que Dios ha elegido hacerse hombre en Jesús; un discípulo que ilumina e interpreta con la luz de la fe aquello que escucha, ve y vive. A esta meta se orienta la meditación del Misterio de la Navidad, en la que hemos de permanecer, para que se haga realidad en nosotros la vida plena de los hijos de Dios, que recibimos cuantos creemos en el nombre del Hijo de Dios (cf. Jn 1, 12).

Nuestro testimonio de la luz, la alegría, la paz, la salvación de los pecados y la filiación divina, que se nos han anunciado en esta celebración del Nacimiento del Hijo de Dios, hemos de darlo con fe viva, que se hace operante por el amor a cuantos viven en sombras de muerte y, en particular, a los más pobres y humildes, dramáticamente empobrecidos por la falta de trabajo, a causa de la actual crisis. Hay miles de familias en Salamanca cuyos miembros carecen de empleo y de prestación. Hoy debemos sentirnos todos llamados a colaborar con

generosidad a la atención de sus necesidades. Es lo que corresponde a esta fiesta de la manifestación del amor y la gracia de Dios, que trae la salvación a todos los hombres, y nos llama a llevar una vida sobria, honrada y religiosa, dedicados a las buenas obras, mientras esperamos la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador Nuestro, Jesucristo.

66. Navidad, misa del día

El nacimiento de Jesús es contemplado por la Iglesia en la gran riqueza de su significado a través de las lecturas de las tres Misas de la fiesta: de medianoche, de la aurora y del día.

Por la noche, el evangelio narra la “buena noticia” del nacimiento de Jesús en Belén y la revelación a los pastores de su significado salvador para Israel y para todos los hombres. (cf Lc 2, 1-14).

En la Misa de la aurora se narra la respuesta de los pastores al anuncio del nacimiento del Mesías: su rápida visita al establo de Belén y su contemplación del niño recién nacido. A la vez se recuerda que “*María guardaba todos estos acontecimientos y los meditaba en su corazón*” (Lc 2, 19).

Finalmente, en la Misa del día, hemos proclamado el prólogo del cuarto evangelio. Este texto nos revela que ese niño venido al mundo es verdaderamente la Palabra misma de Dios, el Hijo que vive en Dios desde la eternidad, como confesamos en el credo: “Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero”.

Este prólogo es una reflexión sobre la gloria de Dios que se hace visible cuando la Palabra se hace carne y habita entre nosotros; el texto alcanza su punto central al afirmar: “*Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad*”.

Hoy estamos invitados a acoger esta revelación con amoroso asombro y a pasarla al corazón con actitud de contemplación.

En el principio, antes de toda la creación, en la eternidad, existía la Palabra, y esta Palabra estaba en Dios y era Dios. Por medio de esta misma Palabra de Dios todo fue creado, y todo aquello que ha llegado a existir tenía vida sólo en ella (cf. Col 1, 15-17). Esta palabra era vida y luz para toda la humanidad: ella ha brillado con luz propia en la historia humana y las espesas tinieblas del mundo no han sido capaces de sofocarla.

Un hombre enviado por Dios, Juan Bautista, vino para dar testimonio de la luz, es decir, para conducir a los hombres a la fe en el Hijo de Dios. Pero su misión de precursor no tuvo éxito; la luz por él anunciada no fue acogida. La Palabra de Dios, el Hijo de Dios, ha venido en medio de su gente y no ha sido recibido. Sólo algunos han creído en él y se han convertido en nuevas criaturas e hijos de Dios.

Para llevarnos a participar de su condición divina, el mismo Hijo de Dios se ha hecho carne frágil, hombre como nosotros, ha venido a habitar entre nosotros, mostrando de esta manera su gloria a cuantos se han adherido a él y lo han seguido.

Ésta es, por tanto, la verdad profunda y al mismo tiempo “escandalosa” de la Navidad: en Belén nace de María un niño que es la Palabra misma de Dios humanizada, es el Hijo de Dios que se ha hecho hijo del hombre.

¿Qué falta por decir? Lo que el prólogo añade en su versículo conclusivo: “A Dios nadie lo vio jamás”; y esto, que era verdad en los tiempos antiguos, lo es hoy y lo será en el futuro; tan sólo lo veremos con nuestros “propios ojos” (Is 52, 8) en el encuentro con Él “cara a cara” (1 Cor 13, 12), después de la muerte. Nadie puede ver el rostro de Dios y quedar con vida (cf. Ex 33, 20).

Pero con la venida de Dios a vivir entre los hombres, y mediante la fe, podemos nosotros ver a Dios; conociendo al hombre Jesús, contemplándolo en sus palabras y en sus acciones, y siguiéndolo desde su nacimiento hasta su muerte en la cruz, hemos conocido a Dios. El

mismo Jesús, “el Hijo único” y la Palabra de Dios hecha carne, “nos lo ha dado a conocer”, nos lo ha contado y explicado.

Y en Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, nos da a conocer Dios al hombre en su plenitud, al hombre perfecto a semejanza del cual hemos sido creados como imagen de Dios. En Jesús, Dios da a conocer al hombre lo que es el hombre. Por ello pudo decir Jesús: “*yo soy la verdad*”, “*yo soy la luz del mundo*”. Por ello, la fe es apertura de los ojos a la luz de Cristo. Y quienes creemos en él estamos en la luz y somos su luz. El mismo Jesús dijo a sus discípulos: “*Vosotros sois la luz del mundo*”.

El gran don del nacimiento del Hijo de Dios es la revelación del misterio de Dios y del misterio del hombre, el conocimiento de Dios y el conocimiento del hombre. Ambos son inseparables y tienen su nexo de unión en Jesús, en quien Dios y el hombre están unidos de forma perfecta e irrevocable.

Por ello el cristianismo se encuentra todo resumido en Jesucristo: en él está la diferencia con el Israel creyente y con todos los demás caminos de fe o de sabiduría humana. Jesús dirá posteriormente en el cuarto evangelio: “*El que me vea mí ve al Padre*” (Jn 14, 9), es decir, el que me vea mí, hombre, carne frágil, puede descubrir en mi vida plenamente humana, la revelación que yo hago de Dios.

En esto muestra el cristianismo su diferencia también respecto a los otros monoteísmos, porque nuestra fe es adhesión a un Dios hecho hombre, a Jesús el Cristo, y, por medio de él, a Dios: “*Nadie va al Padre sino por mí*” (Jn 14, 6), dirá el propio Jesús.

El Evangelio es esta buena noticia: ahora, en Jesús, el hombre y Dios son ya la misma cosa; y en Jesús, nuestro hermano, hombre como nosotros, los hombres estamos llamados a ser hijos de Dios y partícipes de su condición divina y de la vida eterna. Según el Evangelio de Juan, “*esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo*” (Jn 17, 3).

Y Jesús nos ha dado a conocer el nombre de Dios para que el amor de Dios a Jesús esté también en nosotros (Jn 17, 26). Sabemos

que conocemos a Dios si guardamos sus mandamientos. “*Quien dice: yo lo conozco, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él*” (1 Jn 2, 4). “*Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él.*” (1 Jn 4, 7-8).

Como consecuencia de la crisis económica son miles las familias de Salamanca, en las cuales todos los miembros carecen de empleo y de prestación económica. Los que, en esta celebración del Nacimiento del Hijo de Dios en carne humana, confesamos haber conocido el amor de Dios y creer en él, tenemos que acreditar la verdad de nuestro conocimiento de Dios con la ayuda generosa y organizada a las familias que están en tan dramática situación de necesidad. E igualmente con el testimonio de la fe y del amor ante quienes todavía no han reconocido que “*la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo*”(Jn 1, 17).

DECRETOS

OBISPO DE SALAMANCA

Carlos López Hernández, Obispo de Salamanca

DECRETO

Concesión de Indulgencias durante el Año de la fe

Con las Indulgencias, la Iglesia abre a los fieles el tesoro de los méritos de Cristo y de los santos para obtener del Padre de la misericordia la remisión de las penas temporales debidas por sus pecados y hacerles partícipes en mayor medida de los frutos de la redención de Cristo.

“Pena temporal” es el ejercicio de oración, penitencia, misericordia, caridad y padecimiento con Cristo que el pecador debe hacer en esta vida para liberarse de los apegos desordenados a las criaturas, despojarse plenamente del “hombre viejo” y revestirse del “hombre nuevo”. Una conversión que proceda de una perfecta caridad puede llegar a la total purificación del pecador, de modo que no subsistiría en él ninguna pena temporal. Cuando esta purificación no se realiza en esta vida, debe realizarse después de la muerte en el purgatorio. (Catecismo de la Iglesia Católica 1471-1479)

El día 14 de septiembre de 2012, la Penitenciaría Apostólica publicó un Decreto por el cual la Iglesia promueve la santidad de vida de los fieles durante el Año de la Fe, ofreciendo el gran don de las Indulgencias a quienes cumplan las siguientes condiciones.

I.—Durante el Año de la fe, desde el 11 de octubre de 2012 hasta el 24 de noviembre de 2013, podrán alcanzar la Indulgencia plenaria de la pena temporal debida por los propios pecados, aplicable en sufragio de las almas de los fieles difuntos, todos los fieles verdaderamente arrepentidos, que se hayan confesado debidamente, que hayan comulgado sacramentalmente y que oren según las intenciones del Sumo Pontífice:

- a. cada vez que participen en al menos tres momentos de predicación durante las Sagradas Misiones o al menos en tres lecciones sobre la enseñanza del Concilio Vaticano II y del Catecismo de la Iglesia Católica en cualquier iglesia o lugar idóneo;
- b. cada vez que visiten en peregrinación una Basílica Papal, una catacumba cristiana, una Iglesia Catedral, un lugar sagrado designado por el Ordinario del lugar para el Año de la fe, en nuestro caso: la iglesia parroquial de El Carmen, en donde se ofrece de forma continua a lo largo del día, todos los martes y viernes, la reconciliación sacramental en el Año de la fe; la Iglesia de San Juan de Sahagún; la Iglesia del sepulcro de Santa Teresa, en Alba de Tormes; el santuario del Cristo de Cabrera; el santuario de María Auxiliadora; el santuario de la Virgen de la Peña de Francia; las iglesias donde se hallan los sepulcros de San Juan de Mata, Santa Cándida María de Jesús y Santa Bonifacia Rodríguez de Castro; y allí participen en alguna celebración sagrada o, al menos, se mantengan un tiempo en recogimiento y meditación espiritual, concluyendo con el rezo del Padre Nuestro, el Credo y, según el caso, la invocación a la Santísima Virgen María o a los santos;
- c. cada vez que, en los días determinados por el Ordinario del lugar para el Año de la fe, en nuestro caso: durante el triduo Pascual, en la Ascensión del Señor, Pentecostés, Santísima Trinidad, Cuerpo y Sangre de Cristo, Cristo Rey, Asunción de

la Virgen María, Natividad de la Virgen María (Virgen de la Vega), Fiestas de San Juan de Sahagún y de Santa Teresa de Jesús; participen en cualquier lugar sagrado en una solemne celebración eucarística o en la liturgia de las horas, añadiendo la Profesión de Fe;

- d. un día libremente elegido, durante el Año de la fe, para la piadosa visita del bautisterio u otro lugar donde recibieron el sacramento del Bautismo, si renuevan las promesas bautismales en cualquier forma legítima.

II.—Los obispos diocesanos, en los días oportunos de este Año de la fe, podrán impartir la Bendición Papal con Indulgencia plenaria a todos los fieles que la reciban con devoción. En nuestro caso, la impartiremos, Dios mediante: En la Vigilia Pascual y en la Eucaristía del día de Pascua, en la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo, en la fiesta de San Juan de Sahagún, en la fiesta de la Virgen de la Vega, en la fiesta de Santa Teresa de Jesús y en la Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, clausura del Año de la fe;

III.—Los fieles verdaderamente arrepentidos que no puedan participar en las solemnes celebraciones por graves motivos, tales como todas las monjas que viven en los monasterios de clausura perpetua, los anacoretas y los ermitaños, los encarcelados, los ancianos, los enfermos, así como quienes, en hospitales u otros lugares de cuidados, prestan servicio continuo a los enfermos, alcanzarán la Indulgencia plenaria, con las mismas condiciones, si, unidos con el espíritu y el pensamiento a los fieles presentes, particularmente en los momentos en que las palabras del Sumo Pontífice o de los obispos diocesanos se transmitan por televisión y radio, recitan en su propia casa o allí donde el impedimento les retiene —por ejemplo, en la capilla del monasterio, del hospital, de la estructura sanitaria, de la cárcel—, el Padrenuestro, la Profesión de Fe, y otras oraciones conforme a las finalidades del Año de la fe, ofreciendo los sufrimientos de la propia vida.

IV.—Para que el acceso al sacramento de la Penitencia y a la consecución del perdón divino a través del poder de la Llaves se facilite pastoralmente, los Ordinarios del lugar están invitados a conceder, y en

nuestro caso concedemos, a los canónigos y a los sacerdotes que, en las Catedrales y en las Iglesias designadas para el Año de la fe, puedan oír las confesiones de los fieles, la facultad de absolver en el fuero interno sacramental de las censuras *latae sententiae* no declaradas, ni reservadas a la Santa Sede, que el can. 508, S 1 del CIC reconoce al canónigo penitenciario. Estos confesores, tras advertir a los fieles de la gravedad de los pecados a los que se vincula una censura, impondrán penitencias sacramentales apropiadas para conducir a los penitentes lo más posible a una contrición estable y, según la naturaleza de los casos, para la querida reparación de eventuales escándalos y daños.

Además, el día 25 de enero de 2013, la Penitenciaría Apostólica ha publicado un Decreto por el que Benedicto XVI concede en el Año de la fe Indulgencias con ocasión de la Jornada mundial del enfermo, del 7 al 11 de febrero, para que esta Jornada sea una catequesis sobre el sentido salvador del sufrimiento como participación en el sufrimiento redentor del Señor y sensibilice más a cuantos están comprometidos al servicio de quienes sufren en el alma y en el cuerpo. Se concede:

- a. Indulgencia plenaria, que los fieles, con ánimo verdaderamente arrepentido y contrito, podrán alcanzar una vez al día con las condiciones acostumbradas (confesión sacramental, comunión eucarística y oración según las intenciones del Santo Padre) y podrán también aplicar en sufragio de las almas de los fieles difuntos, cada vez que, del 7 al 11 de febrero, en cualquier lugar establecido por la autoridad eclesiástica, en nuestro caso: en la Iglesia parroquial de Nuestra Señora de Lourdes y en la Iglesia parroquial de El Carmen, participen con devoción en una celebración para obtener de Dios los objetivos de la Jornada mundial del enfermo y recen el Padre Nuestro, el Credo y una invocación piadosa a la Santísima Virgen María.

Los fieles que, como el Buen Samaritano, asisten caritativamente a los enfermos en los hospitales públicos o en cualquier casa privada, y, por razón de su servicio, no pueden participar en las celebraciones referidas, obtendrán el mismo don de la Indulgencia plenaria si en esos días prestan generosamente al

menos por alguna hora su asistencia caritativa como si lo hicieran al mismo Cristo Señor (cf. Mt 25, 40) y rezan el Padre Nuestro, el Credo y una invocación piadosa a la Santísima Virgen María, teniendo el ánimo desprendido de cualquier pecado y el propósito de cumplir, lo antes posible, las condiciones requeridas para recibir la Indulgencia plenaria.

Finalmente, los fieles que por enfermedad, por edad avanzada o por otra razón similar estén impedidos para participar personalmente en las celebraciones indicadas, recibirán la gracia de la Indulgencia plenaria con tal de que, teniendo el ánimo desprendido de cualquier pecado y proponiéndose cumplir lo antes posible las condiciones acostumbradas, participen espiritualmente en esas celebraciones en los días determinados, particularmente mientras se transmitan por televisión y por radio las celebraciones litúrgicas y el Mensaje del Sumo Pontífice, recen con devoción por todos los enfermos y ofrezcan a Dios, por medio de la Virgen María sus sufrimientos físicos y espirituales.

- b. Indulgencia parcial a todos los fieles cada vez que en los días 7 al 11 de febrero de 2013 dirijan a Dios, con corazón contrito, oraciones devotas en ayuda de los enfermos en el espíritu del presente Año de la fe.

Dado en Salamanca, el día 6 de febrero de 2013.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ, *Obispo de Salamanca*

Doy fe

JESÚS TERRADILLOS GARCÍA, *Canciller Secretario General*

Decreto: Directorio diocesano para las celebraciones dominicales en ausencia de presbítero

La despoblación de las parroquias rurales y la disminución del número de sacerdotes han hecho necesario en nuestra Diócesis el Plan de Unidades de Pastoral. La aplicación de este Plan lleva consigo el aumento del número de comunidades a las que debe atender cada sacerdote. Así nos encontramos con la dificultad, incluso física, de celebrar la eucaristía en cada parroquia o anejo durante el sábado por la tarde y el domingo. Pero, además, hay que tener en cuenta la dificultad moral del sacerdote para garantizar la calidad litúrgica de tantas celebraciones y su propia salud espiritual y pastoral.

Según el “Directorio para las Celebraciones dominicales en Ausencia de Presbíteros”, publicado por la Congregación para el Culto Divino el día 2 de junio de 1988, “**competé al Obispo diocesano, oído el parecer del Consejo presbiteral, establecer si en la propia diócesis debe haber regularmente reuniones dominicales sin la celebración de la Eucaristía, y dar normas generales y particulares para ello**, teniendo en cuenta las circunstancias de las personas y de los lugares.” (DCDAP 24).

En consecuencia, recibido el parecer favorable del Consejo Presbiteral, por este DECRETO **aprobamos el “Directorio diocesano para las Celebraciones dominicales en Ausencia de Presbítero”**, cuyo texto auténtico se encuentra en nueve folios sellados por el Canciller Secretario.

En Salamanca, el día 5 de agosto de 2013.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ, *Obispo de Salamanca*

Doy fe

JESÚS TERRADILLOS GARCÍA, *Canciller Secretario*

Decreto de Instauración del Catecumenado de Adultos

La Constitución “Sacrosanctum Concilium” del Concilio Vaticano II sobre la Sagrada Liturgia ordenó la restauración del catecumenado de adultos, con diversas etapas de instrucción de los catecúmenos y de celebración de sagrados ritos, y dejó su puesta en práctica al juicio del Ordinario del lugar (SC n. 64). Igualmente ordenó la revisión de los ritos simple y solemne de la celebración del bautismo de adultos, teniendo en cuenta la restauración del catecumenado (SC n. 66).

En cumplimiento de estas disposiciones conciliares, la Sagrada Congregación para el Culto Divino promulgó el día 6 de enero de 1972 la edición típica latina del nuevo Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos, cuya versión en castellano, aprobada por la Conferencia Episcopal Española y confirmada por la Sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino, fue promulgada el día 18 de abril de 1976.¹

El Código de Derecho Canónico de 1983 reguló el estatuto jurídico de los catecúmenos en el c. 788² y estableció en el c. 852.1.: “Las

¹ En la presentación de la traducción castellana, el Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia escribía: “Aunque nuestra práctica bautismal sea casi exclusivamente con niños recién nacidos y el bautismo de adultos apenas tenga lugar en nuestra pastoral, sin embargo no será inútil el nuevo Ritual de la Iniciación cristiana de los adultos que ahora aparece en castellano.

Porque este Ritual no es exclusivamente para bautizar adultos. Nos enseña cuáles son las exigencias de la iniciación cristiana que ha de cumplir tanto el adulto que quiere bautizarse como el niño que recibió el bautismo a los pocos días de nacer, y que... accede, por primera vez, a la eucaristía... Los catequistas y párrocos, tienen en este ritual un buen instrumento para su misión a la hora de preparar a los niños para la Primera Comunión.

Además será útil para cuantos quieran ahondar en su vida cristiana, bien individualmente o por medio de reuniones periódicas en las que, a modo de neocatecumenados, se replantean los compromisos de su fe y de su bautismo.”

² En virtud de las facultades concedidas en el c. 788.3., la Conferencia Episcopal Española determinó el estatuto canónico de los catecúmenos en el “**Segundo Decreto General sobre las normas complementarias al Código de Derecho Canónico**”, en vigor

disposiciones de los cánones sobre el bautismo de adultos se aplican a todos aquellos que han pasado de la infancia y tienen uso de razón.” Según el canon 97.2. han pasado de la infancia los que han cumplido siete años. En consecuencia, el bautismo de los niños en la edad de la discreción y de la catequesis habría de realizarse según el rito previsto en el capítulo V del Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos, que incluye la administración del sacramento de la confirmación. Con esta práctica de la disciplina canónica universal tendríamos en nuestra pastoral ordinaria unos pocos niños que siguiendo el proceso común de la catequesis de primera comunión serían confirmados antes de recibir la eucaristía mientras la mayoría de los compañeros de catequesis serían confirmados años más tarde. Esta situación, no exenta de dificultad pastoral, viene resuelta por la posibilidad de una disciplina excepcional que contempla el canon 891 en estos términos: “El sacramento de la confirmación se ha de administrar a los fieles en torno a la edad de la discreción, a no ser que la Conferencia Episcopal determine otra edad, o exista peligro de muerte o, a juicio del ministro, una causa grave aconseje otra cosa”.

desde el 25 de agosto de 1985. La norma se halla en el “**Art. 3.** Los catecúmenos, a saber, aquellos que se preparan para la recepción fructuosa de los sacramentos de la iniciación cristiana en el momento oportuno, a quienes la Iglesia acoge ya como suyos por la vida de fe, esperanza y caridad que llevan, gozan de un estatuto jurídico peculiar, en el que entran al menos las siguientes obligaciones y prerrogativas:

1. *Obligaciones:* supuesta su inscripción en el catecumenado a tenor del Ritual de la iniciación cristiana de adultos, seguirán los pasos sucesivos de la iniciación cristiana en él señalados; participarán en la liturgia de la Palabra semanal, sea con la comunidad cristiana, sea en actos peculiares; y llevarán una vida evangélica propia de su condición.

2. *Prerrogativas:* pueden impartírseles sacramentales, a tenor del c. 1170; a cada uno acompañará en su itinerario catecumenal un padrino, es decir, un varón o una mujer que le conozca, le ayude y sea testigo de sus costumbres, de su fe y de su voluntad; pueden y aun deben participar en la actividad apostólica de la Iglesia; si contraen matrimonio, la comunidad cristiana los acompañará con una peculiar celebración religiosa, cumplidas las condiciones que determine el Ordinario del lugar; están equiparados a los fieles en materias de exequias.” BOCEE 6(1985)62.

La Conferencia Episcopal Española, en su “Decreto General sobre las Normas Complementarias al nuevo Código de Derecho Canónico, en vigor desde el 7 de julio de 1984, determinó en el **art. 10**: “En uso de las facultades reconocidas en el c. 891, se establece como edad para recibir el sacramento de la confirmación la situada en torno a los 14 años, salvo el derecho del Obispo diocesano a seguir la edad de la discreción a la que hace referencia el canon”. BOCEE 3(1984)102.

Así pues, la disciplina particular reconocida a la Iglesia en España reconoce al Obispo diocesano la facultad de decidir si la confirmación se administra a la edad de la discreción o en torno a los 14 años. En ejercicio de esta facultad podemos armonizar la norma del c. 852.1. con la del c. 891 y determinar que el Catecumenado de Adultos a instaurar en nuestra Diócesis de Salamanca se aplicará a todos los que soliciten el bautismo una vez cumplidos los doce años. Quienes inicien con esta edad mínima el catecumenado de adultos recibirán los tres sacramentos de la iniciación cristiana a los catorce años.

Por otra parte, el c. 775. 1. determina que “Observadas las prescripciones de la Sede Apostólica, corresponde al Obispo diocesano dictar normas sobre la catequesis y procurar que se disponga de instrumentos adecuados para la misma”.

En la Diócesis de Salamanca han ido en aumento en los últimos años los casos de personas no bautizadas en la infancia que han solicitado el bautismo. Para proveer mejor a su iniciación cristiana consideramos llegado el momento de instaurar el Catecumenado de Adultos. Y para su efectiva instauración la Vicaría de Pastoral ha elaborado unas “**Orientaciones pastorales para el Catecumenado de Adultos**” que han sido sometidas a la consideración del presbiterio diocesano, el cual se ha manifestado a favor de la instauración del catecumenado de adultos y de la puesta en vigor de las referidas Orientaciones que lo regulan, en la sesión plenaria del Consejo Presbiteral celebrada el día 12 de marzo de 2013.

En consecuencia de todo lo expuesto y en ejercicio de las facultades que el Derecho Canónico reconoce en esta materia al Obispo Diocesano, por el presente DECRETO:

1. Instauramos en la Diócesis de Salamanca el Catecumenado de Adultos para la iniciación cristiana de las personas que soliciten el bautismo después de haber cumplido los doce años de edad.

2. Aprobamos las “Orientaciones pastorales para el Catecumenado de Adultos”, cuyo texto auténtico se encuentra en trece hojas firmadas y selladas por el Secretario Canciller.

3. Constituimos el “Servicio Diocesano para el Catecumenado” y, dentro de él, el oficio canónico de “**Delegado Diocesano para el Catecumenado**” con las funciones determinadas en las Orientaciones pastorales para el Catecumenado de Adultos.

Todas estas disposiciones entrarán en vigor en el día de la fecha de este Decreto.

Dado en Salamanca, el día 18 de mayo de 2013, en la vigilia de la Solemnidad de Pentecostés.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ, *Obispo de Salamanca*

Doy fe

JESÚS TERRADILLOS GARCÍA, *Canciller Secretario General*

Decreto

En orden a promover la mejor atención a los presbíteros y diáconos en todos los aspectos de su vida y ministerio, una vez oído el parecer favorable del Consejo Presbiteral y habiendo asumido sus sugerencias, por el presente Decreto apruebo el Reglamento de la Delegación para el Clero de la Diócesis de Salamanca, cuyo texto auténtico, que consta de una introducción y 27 artículos, se contiene en cinco folios firmados y sellados por el Canciller Secretario General de la Curia Diocesana.

Dado en Salamanca, el día 14 de enero de 2013.

CARLOS LÓPEZ HEMÁNDEZ, *Obispo de Salamanca*

Doy fe

JESUS TERRADILLOS GARCÍA, *Canciller Secretario General*

Reglamento de la Delegación para el Clero de la Diócesis de Salamanca

Los presbíteros diocesanos son los principales e insustituibles colaboradores del ministerio del Obispo en razón de la participación sacramental “del mismo y Único sacerdocio y ministerio de Cristo” (PO 2a), del que el Obispo participa en plenitud. De esta comunión sacramental y ministerial ha de surgir una relación entre el Obispo y sus presbíteros inspirada por la fe y la caridad y vivida en el afecto paternal, fraterno y de amistad.

El Obispo tiene el deber de conocer personalmente a los presbíteros diocesanos y de facilitar, en clima de confianza y familiaridad, el diálogo sobre cuanto sea de interés para los sacerdotes (Directorio para el ministerio pastoral de los obispos, 77). “El Obispo ha de tratar de comportarse siempre con sus sacerdotes como padre y hermano que

los quiere, escucha. acoge, corrige, conforta, pide su colaboración y hace todo lo posible por su bienestar humano, espiritual, ministerial y económico. El afecto especial del obispo por sus sacerdotes se manifiesta como acompañamiento paternal y fraterno en las etapas fundamentales de su vida ministerial. comenzado ya en los primeros pasos de su ministerio pastoral[“ (Pastores gregis, 47b.c).

Uno de los principales deberes del Obispo diocesano es la atención espiritual a su presbiterio. Los Obispos, según sus fuerzas, han de llevar en su corazón la solicitud por el bien, tanto material como especialmente espiritual de los presbíteros; “porque sobre ellos de manera principal recae el grave peso de la santidad de sus sacerdotes” (PO 7a). Esta responsabilidad puede verse significada ya en el rito de la ordenación presbiteral cuando el nuevo sacerdote pone sus manos entre las manos del obispo y le promete respeto y obediencia filial. Este gesto compromete a ambos. El sacerdote se encomienda al Obispo y el Obispo se compromete a custodiar esas manos. (cf. Pastores gregis 47d).

En particular, los Obispos han de tener “el máximo cuidado de la continua formación de sus sacerdotes. (PO 730). “Es fundamental la formación permanente de los presbíteros... puesto que, con la variedad y complementariedad de los aspectos que abarca, tiende a ayudarles a ser y actuar como sacerdotes al estilo de Jesús” (Pastores gregis 47c).

Por su parte, todos los presbíteros, en cuanto partícipes del único sacerdocio de Cristo y llamados a cooperar en la misma misión, “se unen entre sí en íntima fraternidad, que debe manifestarse en espontánea y gustosa ayuda mutua, tanto espiritual como material, tanto pastoral como personal, en las reuniones. en la comunión de vida, de trabajo y de caridad” (LG 28c).

Y una forma eminente de ejercicio de esta fraternidad es la colaboración con el Obispo en el cumplimiento de su ineludible y gozosa misión de conocer, acompañar y cuidar solícitamente a los presbíteros en todos los aspectos de su vida y ministerio. El presente **Reglamento de la Delegación para el Clero** orienta sobre la forma de llevar a cabo esta colaboración, ciertamente necesaria.

I.–NATURALEZA DE LA DELEGACIÓN

Art. 1. La Delegación Diocesana para el Clero es un organismo pastoral de la Curia Diocesana constituido por el Obispo, a tenor del canon 469 del CIC en forma de comisión de carácter estable y colegial, con facultad delegada (cf c. 140.2), para cuidar, promover y coordinar todo lo referente a la vida, a la formación y al acompañamiento espiritual de los presbíteros y diáconos. La Delegación favorece la relación personal del Obispo con el Clero.

La actividad de la Delegación Diocesana para el Clero está integrada en el Título VII del Estatuto de la Curia Diocesana, que trata “De la especial dirección de la actividad pastoral”. Según el artículo 44 de ese Estatuto, “al Vicario Episcopal de Pastoral está encomendado por el Obispo el trabajo de coordinación, animación y potenciación de la actividad pastoral de todas las Delegaciones Diocesanas”.

II.–MIEMBROS

Art. 2. La Delegación Diocesana para el Clero está integrada por los siguientes miembros:

1. El Delegado para el Clero.
2. El Vicedelegado para el Clero.
3. Un sacerdote designado entre los sacerdotes menores de 45 años.
4. Un sacerdote designado entre los religiosos con cargo pastoral en la Diócesis.

Art. 3. Los miembros de la Delegación son designados por el Obispo, que se asesorará para ello de la forma que estime pertinente.

Art. 4. La duración de este servicio y responsabilidad será de cinco años, desde la fecha de nombramiento, no siendo precisa la toma de posesión.

Art. 5. Si las circunstancias lo aconsejan, se podrá contar con otros colaboradores para las tareas puntuales que el Obispo les encomiende.

III. FINES

Art. 6. Son fines propios de la Delegación para el Clero:

1. Conocer, con el debido asesoramiento, la situación personal y los problemas que afectan a los presbíteros y diáconos en nuestro ámbito social y cultural. A este propósito es oportuno oír el parecer de los arciprestes.
2. Impulsar y dar cauce a todo aquello que fomente la vida evangélica y el celo apostólico de los presbíteros y diáconos.
3. Promover la comunión y la fraternidad entre los que, por el orden sagrado, están unidos al servicio de la Diócesis.
4. Garantizar a los presbíteros y diáconos los medios de formación permanente necesarios para el mejor ejercicio de su misión pastoral en la Diócesis y adaptados a las necesidades y posibilidades de cada uno.
5. Prestar la atención adecuada a cualquier tipo de necesidad que pueda presentarse a los miembros del clero diocesano.
6. Programar las acciones que se llevarán a cabo en las distintas áreas de la formación y acompañamiento espiritual, teniendo en cuentas las acciones y prioridades que se marcan cada año en el Programa Pastoral Diocesano, y establecer un calendario para su realización. Todo ello será presentado en tiempo oportuno al Vicario de Pastoral, según determina el art. 49, párrafos 1 y 2, del Estatuto de la Curia Diocesana.
7. Integrar, en lo posible, las actividades de la Delegación dentro de los objetivos que eventualmente se establezcan por parte de la Conferencia Episcopal, o por los Obispos de la Región o Provincia Eclesiástica; para ello deberá asegurarse su participación en las reuniones nacionales y regionales.

IV.-MODO DE ACTUACIÓN

Art. 7. La Delegación se reunirá al menos una vez cada trimestre. Las fechas deberán aparecer en el calendario pastoral de la Diócesis.

Art. 8. De entre los miembros de la Delegación se elegirá un Secretario que, de acuerdo con el Delegado, convocará las reuniones y levantará acta de las mismas.

Art. 9. Cada miembro de la Delegación deberá estar atento a las necesidades y esperanzas de los presbíteros y diáconos, y está legitimado para presentar a la deliberación común las propuestas que estime oportunas.

Art. 10. La Delegación para el Clero deberá revisar y evaluar periódicamente sus actividades en todos los ámbitos, contando para ello con la colaboración de los arcepresbiteros.

Art. 11. La actuación colegial de la Delegación se realizará de acuerdo con el procedimiento establecido en el canon 119 del Código de Derecho Canónico, si bien se procurará el mayor grado posible de acuerdo. Las decisiones colegiales de la Delegación tienen el carácter de propuestas a presentar, según corresponda, a la aprobación del Vicario de Pastoral, del Vicario General o del Obispo.

Art. 12. La Delegación dará su visto bueno al presupuesto de gastos anuales y al resultado de su realización, elaborados por el Secretario, para presentado al Vicario General y al Ecónomo diocesano, en cumplimiento del art. 49 & 3 del Estatuto de la Curia Diocesana..

V.-EL DELEGADO DIOCESANO PARA EL CLERO

Art. 13. Al frente de la Delegación Diocesana para el Clero el Obispo nombrará a un Delegado. que tendrá las siguientes funciones:

1. Presidir. orientar, moderar y llevar a cabo la actividad de la Delegación en orden al cumplimiento de sus fines.
2. Velar para que la actuación de la Delegación y su relación con el conjunto de los organismos pastorales diocesanos se lleve a cabo en coordinación con la Vicaría de Pastoral y de acuerdo con el Plan de Pastoral Diocesano.

Art. 14. El Vicedelegado es el responsable inmediato de la formación permanente intelectual y pastoral y colabora con el Delegado

en el ejercicio de sus funciones y le suple en caso de estar impedido o ausente.

VI.-LA ATENCIÓN INTEGRAL AL CLERO

ATENCIÓN A LA DIMENSIÓN HUMANA

Art. 15. La atención humana al clero, a su salud, condiciones de vida y de ejercicio del ministerio y tiempos de descanso, debe considerarse como una preocupación prioritaria, ya que ellos son los primeros servidores de la Iglesia diocesana, a la que han consagrado sus vidas.

Art. 16. Los sacerdotes mayores y los enfermos o impedidos ocuparán el primer lugar en esta atención. El Delegado para el Clero informará al Obispo sobre las situaciones de enfermedad o de cualquier otra necesidad de los presbíteros y diáconos y le presentará las propuestas de atención que la Delegación haya estimado oportunas en cada caso.

Art. 17. El Delegado para el Clero puede desempeñar también el oficio de Delegado de la Diócesis de la Mutualidad del Clero Español. Quien ocupe este oficio, procurará desempeñarlo en coordinación con la Delegación para el Clero.

ATENCIÓN A LA DIMENSIÓN ESPIRITUAL

Art. 18. La Delegación Diocesana para el Clero debe fomentar y cultivar entre los presbíteros la espiritualidad propia del sacerdote secular, de manera que todos encuentren en la propia Iglesia particular los medios necesarios para vivir su vocación a la santidad y reavivar el carisma que se les ha dado. En la medida que les pueda afectar, lo mismo se hará con los diáconos.

Art. 19. La práctica anual de los Ejercicios Espirituales es un medio privilegiado de encuentro con el Señor en un ambiente intenso y exclusivo de retiro y oración. Por eso, la Delegación Diocesana para el Clero organizará cada año las tandas de Ejercicios necesarias para facilitar la participación de todos los sacerdotes y diáconos.

Art. 20. En los tiempos de Adviento, Cuaresma y Pascua tendrán lugar los retiros espirituales organizados por la Delegación para el Clero. Todos los miembros del clero diocesano están invitados a participar en estos días de retiro.

Art. 21. La Delegación para el Clero cuidará de que en cada arceprestazgo se organice un retiro mensual para el clero, ofreciendo, si fuese necesaria, su ayuda o la de algún otro organismo diocesano.

ATENCIÓN A LA DIMENSIÓN INTELECTUAL

Art. 22. El arceprestazgo es el lugar ordinario para promover la vida de fe, el estudio y formación, la fraternidad y la coordinación de la acción pastoral. La programación que cada año ofrece la Delegación para la formación permanente debe ser llevada a cabo con diligencia por los arceprestazgos, participando en ella los presbíteros y diáconos. Corresponde al Vicedelegado para el Clero acompañar a los arceprestazgos en la adecuada puesta en práctica del programa de formación permanente y en la evaluación de sus resultados.

Art. 23. La Delegación para el Clero continuará organizando las Jornadas Diocesanas de formación Permanente en las vísperas del Miércoles de Ceniza y las Jornadas de Convivencia y Formación al final del curso, así como otras Jornadas Diocesanas de Formación Permanente que el Obispo pueda establecer para todo el clero diocesano.

Art. 24. La Delegación para el Clero informará a los sacerdotes y diáconos sobre los cursos de formación permanente de carácter general o especializado, que se organizan por la Conferencia Episcopal, la Universidad Pontificia de Salamanca, el Colegio Español de Roma y otras instituciones eclesiales, y alentará la participación en aquellas que a su juicio sean de más interés para el clero diocesano o para algunos de sus miembros.

Art. 25. Para favorecer el estudio personal y la puesta al día de los presbíteros y diáconos, la Delegación para el Clero ofrecerá también información sobre las posibilidades de formación permanente a distancia, que hoy facilitan en gran manera las técnicas de comunicación.

ATENCIÓN A LA DIMENSIÓN PASTORAL

Art. 26. Aunque todo lo que se refiere a la actividad pastoral del clero es competencia de la Vicaría de Pastoral, a la Delegación corresponde promover la formación pastoral y la actualización del clero para el más eficaz desempeño de su ministerio.

Art. 27. La Delegación para el Clero promueve esta formación pastoral a través de su programación de la formación permanente en los arciprestazgos y en las Jornadas Diocesanas. Esta programación requiere el visto bueno del Vicario de Pastoral y la aprobación definitiva del Obispo.

Curia Diocesana

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- 1. Ejercicio Económico**

- 2. Nombramientos**

- 3. Ordenaciones**

- 4. Sacerdotes fallecidos**



Información sobre el ejercicio económico 2012

Diócesis de Salamanca

1. Resultados del año 2012

Ingresos 5.760.418,03€ – Gastos 5.217.623,82€= 542.794,21€ (Saldo positivo).

Nota: Los gastos incluyen 418.947,70€ de amortizaciones

2. Cartera de valores a 31/12/2012: 6.915.748,33 €

Renta Variable Nacional:	1.428.697,65 € (en 2011: 944.669,25€)
Renta Variable Internacional:	39.725,69 € (en 2011: 28.274,57€)
Renta Fija:	4.393.320,08 € (en 2011: 5.043.827,23€)
Depósitos Estructurados:	444.480,00 € (en 2011: 446.160,00€)
Carteras Institucionales:	609.524,91 € (en 2011: 606.985,92€)
Total de las carteras	6.915.748,33€ (en 2011: 7.069.916,97€)
Tesorería	359.326,57 €
Total	7.275.074,90 €

3. Fondo de sustentación del clero a 31/12/2012:3.021.925,97€

En el año 2012 hubo aportaciones de 28 sacerdotes por valor de 28.819,16€. En 2011 hubo 31 aportaciones por valor de 34.579,88€

4. Depósitos de varias personas: 847.134,81€

5. Depósitos de fundaciones:971.046,12€

6. Créditos: a parroquias 602.425,46€; a sacerdotes 97.625,98 €

7. Resultados por centros de coste

Todos los centros de coste reflejan resultados negativos porque los ingresos van contabilizados a favor de la administración central y a los centros se les imputa una parte proporcional en los gastos generales. Destacan los déficits relativos a la Residencia Diocesana (-348.475); Auditorio (-83.828); Comedor (-79.685) y Santuario de Valdejimena (-54.992)

8. Ingresos más significativos

Residencia, Comedor, Seminario, Transeúntes, Notaría, etc.	936.579 €
Aportaciones de Parroquias (8% y otras)	229.098 €
Conferencia Episcopal	2.643.492 €
Colectas Iglesia Diocesana, Seminario y donativos	86.098 €
Subvenciones	248.059 €
Alquileres (Iscar Peyra, Cementerio y otros)	764.549 €
Ingresos Financieros	780.259 €

9. Gastos más significativos

Comestibles	186.726 €
Aportaciones a Entidades de la Iglesia	1.057.041€
Conservación de templos	212.194€
Convenio Diputación	609.048€
Conservación C. Parroquiales	95.479 €
Aportación a CEE	93.774€
Conservación de Templos y Casas Parroquiales	963.267 €
Delegaciones y reuniones	41.746 €
Limpieza y reparaciones	200.926 €
Servicios profesionales	116.758 €
Boletines, Comunidad, publicaciones y propaganda	58.306 €
Agua, Gas, Electricidad	209.487 €
Correo, Teléfono, Mat. Oficina y gratificaciones	161.807 €
Sueldos y Salarios	789.745 €
Seguros Sociales	236.951 €
Honorarios y Haberes del Clero	1.519.258 €
Amortizaciones	418.948 €

10. Presupuesto para el 2013

Esperamos unos ingresos de 5.149.530€ destacando la aportación de la Conferencia Episcopal 2.621.947€, el alquiler de Iscar Peyra 627.635€, la subvención de la Diputación 150.000, el alquiler del Cementerio 104.248€, la aportación de las parroquias a obras y el 8% I.B. 120.000€ ya efectuado y el legado de D. Antonio Calvo 114.000€. Respecto a los gastos preveemos 4.369.649€ sin contar con las amortizaciones (418.948€). Con lo cual nos daría un balance positivo de 360.933€

11.

NOMBRAMIENTOS 2013							
Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos Nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
14/01/2013	Amable	García Rodríguez	Miembro de la Delegación para el Clero	Miembro	Nuevo		Gujuelo
14/01/2013	Domingo	Martín Vicente	Delegado Diocesano para el Clero	Delegado Diocesano para el Clero		Fernando García Herrero	Salamanca
14/01/2013	Gonzalo	Escamilla Romero	Vicedelegado Diocesano para el Clero	Vicedelegado Diocesano para el Clero	Nuevo		Alba de Tormes
14/01/2013	José Luis	Bartolomé Madrid, C.S.S.R.	Miembro de la Delegación para el Clero	Miembro	Nuevo		Salamanca
06/03/2013	Juan Pedro	Melgar Borrego	Arzobispo del Arzobispado nº 9. Calvarrasa-Las Villas	Arzobispo		Pedro M. Díez de Ulzurrun Cenoz	San Morales
06/03/2013	María Dolores	Muñoz Sánchez	Directora General del Instituto Reparador por el período de seis años	Directora General			Salamanca
06/03/2013	Rodolfo	Pérez García	Capellán de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Flagelado	Capellán			Santa Marta
13/03/2013	Alfredo	Fernández Giménez	Capellán de la Hermandad de Penitencia de Ntro. Padre Jesús Despojado de sus Vestiduras y María Santísima de la Caridad y del Consuelo	Capellán		Jesús García Rodríguez	Salamanca
17/03/2013	Miguel Ángel	García Sánchez	Comisario de la Cofradía del Santísimo Cristo de los Milagros	Comisario			Salamanca
25/03/2013	Pascual	Avila Pacheco	Presidente de la Cofradía de "Oración en el Huerto de los Olivos"	Presidente	Renovado		Salamanca
25/04/2013	José Ángel	Madrid Gómez	Confesor Ordinario del Monasterio Santa María de la Vega de HH. Oblatas de	Confesor Ordinario		Santiago Manso Pérez	Salamanca

NOMBRAMIENTOS 2013							
Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos Nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
16/05/2013	Antonio	Martín Olivera	Salamanca Presidente de la Junta Electoral de la Hermandad del Cristo del Amor y de la Paz	Presidente Electoral			Salamanca
28/05/2013	Domingo	Montero Carrión, OFM Cap.	Consiliario de la Comunidad de Curules de Salamanca	Consiliario			Salamanca
05/06/2013	José de Jesús	Nieto Benito	Presidente de la Cofradía del Santísimo Cristo de los Milagros (vulgo Santa Ana)	Presidente		Miguel Ángel García Sánchez, comisario	Salamanca
24/06/2013	Fernán	Ospina Castro	Capellán de la Residencia Montevideo, en la ciudad de Salamanca, hasta septiembre del presente año	Capellán		P. Carlomán Molina Echeverri, cmf	Salamanca
29/06/2013	José Luis	Bartolomé Madrid	Capellán de la Residencia Cibeles, en Villamayor de Arnuña	Capellán			Salamanca
01/07/2013	Alejandro	Martín Encinas	Presidente de la Hermandad del Cristo del Amor y de la Paz, en Salamanca	Presidente			Salamanca
01/08/2013	Alfredo	Fernández Giménez	Párroco de La Alberca, Nava de Francia, El Cabaco, Sotoserrano, Monforte de la Sierra, Madroñal, Hergujuela de la Sierra y Rebollosa, por el tiempo de seis años	Párroco		D. Leonildo Ramos Sierra	Salamanca
01/08/2013	Anibal	Hernández Montes	Párroco de Pelabravo, por el tiempo de seis años	Párroco		D. Manuel Muñños Amoso	Salamanca
01/08/2013	Antonio	Matilla Matilla	Párroco de San Martín, con su filial San Julián, y San Sebastián, por el tiempo de seis años	Párroco		D. José Andrés Mato, D. José Manuel Hernández Sánchez y a D.	Salamanca

NOMBRAMIENTOS 2013							
Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos Nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
01/08/2013	Emilio José	Hernández Martín, SCJ	Párroco moderador de forma solidaria de Villagonzalo de Tormes, Carpio Bernardo y Nuevo Francos, por el tiempo de seis años	Párroco Solidario		Fructuoso Mangas Ramos D. Julio Fernando Andrés Calvo y a D. Anibal Hernández Montes	Salamanca
01/08/2013	Fernando	García Gutiérrez	Párroco de Peñaranda de Bracamonte de forma solidaria, por el tiempo de seis años	Párroco Solidario			Tordillos
01/08/2013	Isidoro	Criado Lázaro	Párroco de Nitra. Sra. de Fátima, por el tiempo de seis años	Párroco		D. Miguel Ruano Vacas y D. Matías Prieto Espinosa	
01/08/2013	Isidro	Núñez Gómez, SCJ	Párroco de forma solidaria de Villagonzalo de Tormes, Carpio Bernardo y Nuevo Francos, por el tiempo de seis años	Párroco Solidario		D. Julio Fernando Andrés Calvo y a D. Anibal Hernández Montes	Salamanca
01/08/2013	Jesús	Vivanco Galindo, SDB	Párroco de María Auxiliadora de Salamanca, por el tiempo de seis años	Párroco		D. Manuel Rueda Fraile, SDB	Salamanca
01/08/2013	José Manuel	Hernández Sánchez	Delegado Diocesano para el Catecumenado	Delegado Diocesano	Nuevo		Salamanca
01/08/2013	Manuel	Muifos Amoedo	Párroco de Cilloruelo, por el tiempo de seis años	Párroco		D. Emilio-José Hernández Martín, S.C.J.	Santa María de Tormes
01/08/2013	Matías	Espinosa	Párroco de Nitra. Sra. de Lourdes, por el tiempo de seis años	Párroco		D. Jesús Vicente Sánchez	Salamanca
01/08/2013	Pablo	Veiga Fernández, SJ	Párroco de El Milagro de San José de Salamanca, por el tiempo de seis años	Párroco		D. Alberto José Plaza Escribano	Salamanca
01/08/2013	Rafael	Bianco	Delegado Diocesano de	Delegado		D. Antonio Matilla	San Cristóbal

NOMBRAMIENTOS 2013							
Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos Nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
01/08/2013	Rafael	Blanco Morales	Enseñanza Párroco solidario de Cabrerizos, por seis años	Diocesano Párroco Solidario		Matilla D. Isidoro Criado Lázaro	de la Cuesta San Cristóbal de la Cuesta
01/08/2013	Roberto	Ruano Estévez	Párroco solidario de Cabrerizos, por seis años	Párroco Solidario		D. Isidoro Criado Lázaro	Villares de la Reina Salamanca
01/08/2013	Vicente	Grupeli Gardel, SDB	Vicario Parroquial de María Auxiliadora de Salamanca	Vicario Parroquial	Nuevo		Salamanca
27/09/2013	Antonio	Ruano Gómez	Párroco de Golpejas	Párroco		Juan Francisco Borrego García	San Pedro del Valle
27/09/2013	José Carlos	López Alejo	Párroco de Mata de Armuña y Carbajosa de Armuña	Párroco		Rafael Blanco Morales y a Roberto Ruano Estévez	Salamanca
27/09/2013	José Luis	Sánchez Moyano	Párroco de San Pedro Apóstol	Párroco			Salamanca
27/09/2013	José María	Yagüe Cuadrado	Adscrito a la Parroquia de San Mateo	Adscrito			Salamanca
27/09/2013	Marcos Teófilo	Trujillo Reaño	Párroco de Horcajo de Montemayor, Colmenar de Montemayor, Pinedas, Adeacipreste, Valbuena y Valdehijaderos	Párroco		Alfredo Fernández Giménez	Linares
27/09/2013	Pablo	Marco Medel, O. D.	Vicario Parroquial de la Parroquia de San Pablo en la ciudad de Salamanca	Vicario Parroquial		Willy Dibala Matembo, O.D.	Salamanca
04/10/2013	Encarnación	Polo Holgado	Presidenta de la Cofradía del Santísimo Sacramento de la Parroquia de San Silvestre de Villares de la Reina	Presidenta			Villares de la Reina
15/10/2013	José María	Yagüe Cuadrado	Capellán del Monasterio de San José, de Carmelitas Descalzas de Cabrerizos	Capellán		Isidoro Criado Lázaro	Salamanca

NOMBRAMIENTOS 2013									
Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos Nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en		
17/10/2013	José Joaquín	Tapia Pérez	Arcipreste del Arciprestazgo nº 3 "Nuestra Señora de la Vega"	Arcipreste		Miguel Ruano Vacas	Salamanca		
21/10/2013	Andrés	González Buenadicha	Arcipreste del Arciprestazgo nº 10 "Guijuelo"	Arcipreste		Gregorio Ramos Martín	Guijuelo		
21/10/2013	Tomás Jesús	Gil Rodrigo	Arcipreste del Arciprestazgo nº 11 "Penaranda"	Arcipreste	Renovación por cinco años		Cantalapiedra		
29/10/2013	José	Sánchez Gómez	Arcipreste del Arciprestazgo nº 4 "San Pedro Apóstol"	Arcipreste		Antonio Matilla Matilla	Carbajosa de la Sagrada		
30/10/2013	Ana	Iglesias Gómez	Presidenta de la Hermandad del Silencio de Salamanca	Presidenta		María Isabel Martín Ayuso	Salamanca		
07/11/2013	Leandro	Lozano Escribano	Confesor Ordinario del Convento "Madre de Dios" Franciscanas de la Tercera Orden, en Salamanca	Confesor Ordinario			Salamanca		
08/11/2013	Casimiro	Muñoz Martín	Canónigo Archivero de la Santa Iglesia Basílica Catedral de Salamanca	Canónigo Archivero		José Sánchez Vaquero (Ya fallecido)	Salamanca		
28/11/2013	Andrés	Pinto Barbero	Arcipreste de "Santa Teresa de Jesús", de Alba de Tormes	Arcipreste	Renovación por cinco años		Valdecarros		
28/11/2013	Ángel	Galindo García	Canónigo de la Santa Iglesia Basílica Catedral de Salamanca	Canónigo			Salamanca		
29/11/2013	Eloy	Marqués Rodríguez	Miembro de la Delegación Diocesana de Enseñanza	Miembro	Por el tiempo de cinco años		Salamanca		
29/11/2013	Justo	Mira de Cabo	Miembro de la Delegación Diocesana de Enseñanza	Miembro	Por el tiempo de cinco años		Salamanca		
29/11/2013	María Luisa	Mateos Corbella	Miembro de la Delegación Diocesana de Enseñanza	Miembro	Por el tiempo de cinco años		Salamanca		

NOMBRAMIENTOS 2013							
Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos Nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
29/11/2013	Mercedes	Conde Muro	Miembro de la Delegación Diocesana de Enseñanza	Miembro	por el tiempo de cinco años		Salamanca

Ordenaciones 2013

Fecha	Nombre	Apellidos	Ordenación	Diocesano o no	Obispo ordenante	Lugar	Hora	Certificado	Avisos	Observaciones
25/05/2013	Ignacio	Monco Colmenar, C.M.	Diaconado	Padres Paulés	D. Carlos López Hernández	PP. Paulés, Santa Marta	12 h	Si		

Sacerdotes fallecidos 2013				
Fecha	Nombre	Apellidos	Lugar de fallecimiento	Observaciones
25/12/2012	Dionisio	Castillo Caballero	Salamanca	Consiliario Diocesano de Cursos de Cristiandad
27/01/2013	Lorenzo	Sánchez Alonso	Salamanca	Párroco de Villarmayor de Ledesma y La Mata de Ledesma
26/05/2013	Juan	Trujillano González	Armenteros	Director del Colegio de la Inmaculada de Armenteros
09/06/2013	José	Sánchez Vaquero	Salamanca	Canónigo Archivero de la S.I.B. Catedral de Salamanca (21/05/88) Director del Archivo Catedralicio

VICARÍA DE PASTORAL

1. Reglamento de la Delegación de Enseñanza de la Diócesis de Salamanca

I.–NATURALEZA DE LA DELEGACIÓN

Art. 1. La Delegación Diocesana de Enseñanza es un organismo pastoral de la Curia Diocesana constituido por el Obispo, a tenor del canon 469 del CIC, en forma de comisión de carácter estable y colegial, con facultad delegada (cf c. 140, 2), para cuidar, promover y coordinar todo lo referente a la enseñanza y formación católica de los alumnos en los centros de educación infantil, primaria, secundaria obligatoria, bachillerato y formación profesional de titularidad pública y de iniciativa social.

La actividad de la Delegación Diocesana de Enseñanza está integrada en el Título VII del Estatuto de la Curia Diocesana, que trata “De la especial dirección de la actividad pastoral”. Según el artículo 44 de ese Estatuto, “al Vicario Episcopal de Pastoral está encomendado por el Obispo el trabajo de coordinación, animación y potenciación de la actividad pastoral de todas las Delegaciones Diocesanas”.

II.–MIEMBROS

Art. 2. La Delegación Diocesana de Enseñanza está integrada por los siguientes miembros:

1. El Delegado de Enseñanza.
2. Un director o directora de un centro católico.
3. Un profesor de religión en un centro estatal.
4. Un padre o madre de alumno de un centro católico.
5. Un responsable de pastoral de un centro católico.

Art. 3. Los miembros de la Delegación son designados por el Obispo, que se asesorará para ello de la forma que estime pertinente.

Art. 4. La duración de este servicio y responsabilidad será de cinco años, desde la fecha de nombramiento, no siendo precisa la toma de posesión.

Art. 5. Si las circunstancias lo aconsejan, se podrá contar con otros colaboradores para las tareas puntuales que el Obispo les encomiende.

III.–FINES

Art. 6. Son fines propios de la Delegación de Enseñanza:

1. Conocer la situación de la enseñanza y educación católica de los alumnos y las circunstancias que afectan a los profesores de religión en los diversos centros y niveles de enseñanza.

2. Cuidar especialmente la relación con los centros católicos y dar cauce a su colaboración con las actividades de la Delegación.

3. Promover, programar y dirigir la formación permanente de los profesores de religión.

4. Ofrecer cauces de formación y acompañamiento de los profesores católicos.

5. Orientar a los centros y a los profesores en lo relativo a la elección de libros de texto y materiales didácticos para la enseñanza de la religión.

6. Analizar las necesidades de cambios de destino y la incorporación de nuevos profesores de religión y colaborar con el Delegado de Enseñanza en la selección y propuesta de candidatos idóneos a la obtención de la misión canónica, que otorga el Ordinario diocesano, teniendo en cuenta su recta doctrina, el testimonio de su vida cristiana y su aptitud pedagógica (cf. canon 804. 2).

7. Promover la colaboración entre los profesores de religión y los párrocos correspondientes, en orden a la mejor colaboración de la escuela, la familia y la parroquia en el proceso educativo católico de los alumnos.

8. Integrar, en lo posible, las actividades de la Delegación dentro de los objetivos que eventualmente se establezcan por parte de la Comisión Episcopal de Enseñanza, o por los Obispos de la Región o Provincia Eclesiástica.

IV.–MODO DE ACTUACIÓN

Art. 7. La Delegación se reunirá al menos una vez cada trimestre. Las fechas deberán aparecer en el calendario pastoral de la diócesis.

Art. 8. De entre los miembros de la Delegación se elegirá un Secretario que, de acuerdo con el Delegado, convocará las reuniones y levantará acta de las mismas.

Art. 9. Cada miembro de la Delegación deberá estar atento a las necesidades de la formación y educación religiosa de los alumnos especialmente en el ámbito de su dedicación inmediata, y está legitimado para presentar a la deliberación común las propuestas que estime oportunas.

Art. 10. La Delegación de Enseñanza deberá programar cada año, revisar y evaluar las actividades necesarias para el logro de sus fines, contando para ello con la colaboración de los centros y profesores más directamente implicados.

Art. 11. La actuación colegial de la Delegación se realizará de acuerdo con el procedimiento establecido en el canon 119 del Código

de Derecho Canónico, si bien se procurará el mayor grado posible de acuerdo. Las decisiones colegiales de la Delegación sobre la programación anual de actividades, el plan de formación de los profesores, los nombramientos y el presupuesto económico tienen el carácter de propuestas a presentar, según corresponda, a la aprobación del Vicario de Pastoral, del Vicario General o del Obispo.

Art. 12. La Delegación dará su visto bueno al presupuesto de gastos anuales y al resultado de su realización, elaborados por el Secretario, para presentarlo al Vicario General y al Ecónomo diocesano, en cumplimiento del art. 49 & 3 del Estatuto de la Curia Diocesana..

V.-EL DELEGADO DIOCESANO DE ENSEÑANZA

Art. 13. Al frente de la Delegación Diocesana de Enseñanza el Obispo nombrará a un Delegado, que tendrá las siguientes funciones:

1. Presidir, orientar, moderar y llevar a cabo la actividad de la Delegación en orden al cumplimiento de sus fines.

2. Velar para que la actuación de la Delegación y su relación con el conjunto de los organismos pastorales diocesanos se lleve a cabo en coordinación con la Vicaría de Pastoral y de acuerdo con el Plan de Pastoral Diocesano.

VI.-ÁMBITOS Y CRITERIOS DE ACTUACIÓN

Art. 14. Como ayuda para conocer la situación de la enseñanza y educación católica de los alumnos y las circunstancias que afectan a los profesores de religión, a lo que se refiere el art. 6.1. de este Reglamento, la Delegación tendrá en cuenta las orientaciones dadas por la Conferencia Episcopal Española en su Asamblea Plenaria de abril de 2001, en documento titulado “**Principios y criterios para la inspección del área y el seguimiento de los profesores de religión católica**”, que adjuntamos como Anexo I.

Art. 15. En orden al adecuado cumplimiento de su misión de cuidar la relación con los centros católicos, que le asigna el art. 6.2. de este Reglamento, la Delegación actuará de acuerdo con las “**Orientaciones para la formación religiosa en los centros católicos**”, que constituyen el Anexo II.

Art. 16. Para orientar a los centros y a los profesores en la elección de libros de texto y materiales didácticos para la enseñanza de la religión, en cumplimiento del fin asignado en el art. 6.5. de este Reglamento, la Delegación seguirá lo establecido por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis en noviembre de 1995 en el documento titulado “**Intervención de la Jerarquía para el dictamen y aprobación de los proyectos editoriales y libros de texto del área de religión y moral católica**”, que incluimos en el Anexo III.

Art. 17. En el ejercicio de su facultad de proponer al Ordinario los candidatos idóneos a la misión canónica para la enseñanza de la religión y moral católica, que le reconoce el art. 6.6. de este Reglamento, la Delegación:

1. Tendrá en cuenta los “**Criterios para la selección y permanencia de profesores de religión y moral católica**”, aprobados por la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en noviembre de 1995, que se contienen en el Anexo IV.

2. Observará el “**Acuerdo sobre la regulación de la Declaración Eclesiástica de Idoneidad para la designación de profesores de religión católica**”, tomado por la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en abril de 2007, transcrito en el Anexo V.

3. Se ajustará a lo determinado por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis el día 29 de febrero de 2012 respecto de “**Nuevas titulaciones y requisitos para obtener la Declaración Eclesiástica de Competencia Académica /DECA), conforme al R.D. 1818/2011**”, que se halla en el Anexo VI.

Art. 18. En orden a promover la colaboración entre los profesores de religión y los párrocos, así como entre la escuela, la familia y la parroquia, para llevar a cabo la finalidad encomendada en el art.

6.7. de este Reglamento, la Delegación puede encontrar orientación y estímulo en el documento de la Conferencia Episcopal Española: **“La escuela católica: oferta de la Iglesia en España para la educación en el siglo XX!”**, aprobado por la Asamblea Plenaria de abril de 2007 y publicado en el BOCEE 79(2007)21-39.

Art. 19. La Delegación podrá manifestar oportunamente al Obispo diocesano su parecer respecto de la creación de un Consejo Diocesano de la Educación Católica, a la luz de lo propuesto por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis en el documento: **“Orientaciones para la pastoral educativa escolar en las diócesis”**, cuyo apartado correspondiente incluimos en el Anexo VII.

ANEXOS

ANEXO I.–Conferencia Episcopal Española: “Principios y criterios para la inspección del área y el seguimiento de los profesores de religión católica” (Aprobados por la Asamblea Plenaria de abril de 2001). BOCEE 66(2001)61-63.

El fundamento primero de la presencia y tratamiento adecuado de la formación religiosa en la escuela está en el artículo 27.3 de la Constitución Española: “Los poderes públicos garantizan el derecho que asiste a los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones”. El Estado debe instrumentar los medios para que este derecho pueda ser ejercido por los padres y la Iglesia Católica debe también poner los medios para garantizar la formación religiosa y moral católica que responda a la opción libre que han hecho los padres de los alumnos. Dichas garantías están formuladas básicamente en el “Acuerdo entre el Estado Español y la Santa Sede de 3 de Enero de 1979 sobre Enseñanza y Asuntos Culturales” y, en concreto, en cuanto aquí nos atañe, en el artículo VI referido a la identidad católica del área y el artículo III a la idoneidad católica del profesor.

En cuanto a la identidad católica del área, el mencionado “Acuerdo” dice que “a la Jerarquía Eclesiástica corresponde señalar los con-

tenidos de la enseñanza y formación religiosa católica, así como proponer los libros de texto y material didáctico relativos a dicha enseñanza y formación”. Para su debido desarrollo añade que “la Jerarquía eclesiástica y los órganos del Estado en el ámbito de sus respectivas competencias velarán para que esta enseñanza y formación sean impartidas adecuadamente, quedando sometido el profesorado al régimen general disciplinario de los centros”. Dichos contenidos están establecidos en el currículo preceptivo del área de Religión y Moral Católica para cada etapa.

Con referencia a la idoneidad del profesor de religión es necesario tener en cuenta su peculiar perfil actual y su doble vinculación, a la Administración con la que mantiene una relación laboral y a la diócesis con la que se vincula por su fe, por la aceptación de la misión encomendada y por la normativa canónica. Todo ello obliga a clarificar las distintas competencias que generan ambas vinculaciones en cuanto al seguimiento e inspección del área y sus consecuencias académicas y laborales.

Por una parte, en cuanto que el profesor de Religión Católica posee una relación laboral con la Administración Pública (Art. 93 de la “Ley de medidas fiscales, administrativas y de orden social” de 31-12-98 y el “Convenio sobre el régimen económico laboral de las personas que, no perteneciendo a los Cuerpos de Funcionarios Docentes, están encargadas de la enseñanza de la religión católica en los centros públicos de Educación Infantil, de Educación Primaria y de Educación Secundaria”, de 26 de Febrero de 1999) los órganos competentes del Estado velarán por el cumplimiento de los derechos y deberes inherentes a dicha relación laboral (LOPEG. Art. 35).

Compete a la Administración del Estado velar por el cumplimiento de los derechos y deberes del profesor de religión como trabajador a cargo de la Administración y miembro del claustro de profesores a todos los efectos.

Por otra parte, el profesor de religión está vinculado con la Iglesia no solo como creyente católico sino también en cuanto profesor propuesto por el Ordinario diocesano como idóneo para impartir esta

enseñanza. En el artículo III del Acuerdo se establece que esta enseñanza “será impartida por las personas que para cada año escolar sean designadas por la autoridad académica entre aquellas que el ordinario diocesano proponga para ejercer esta enseñanza”.

En consecuencia, la Jerarquía Eclesiástica es competente para ejercer el seguimiento de los aspectos referidos a la presentación del contenido, a los resultados en la formación del alumno y a los compromisos y deberes del profesor de Religión y Moral Católica, que dicen relación a estos aspectos.

Dicha competencia afecta a los profesores de los centros públicos y a los profesores de Religión y Moral Católica que propongan los directores de los centros confesionalmente católicos y no confesionales. Cf. CIC.c.804.

A continuación se establecen aquellos principios y criterios que regulan las competencias de la Iglesia en referencia al área y a los profesores de Religión y Moral Católica.

NATURALEZA Y FINES DE LA INSPECCIÓN DEL ÁREA DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA

1. La inspección del área de Religión y Moral Católica es un instrumento que la autoridad de la Iglesia utiliza para velar por el debido desarrollo de los contenidos del área de Religión y Moral católica, así como para velar por la recta doctrina, testimonio de vida cristiana y aptitud pedagógica de los profesores de religión católica. Cf. CIC. c.804.

2. Compete a la Conferencia Episcopal dar normas generales sobre esta actividad y al Obispo diocesano organizarla y ejercer vigilancia sobre la misma, tanto en los centros públicos como en los centros privados confesionales y no confesionales. Cf. CIC.c.804.1.

3. El desarrollo adecuado del área de religión católica y su integración curricular, así como el seguimiento de sus profesores se realiza conforme a las normas generales emanadas de la Conferencia Epis-

copal que pretenden mejorar la calidad de la enseñanza, ayudar en la resolución de los problemas y detectar las necesidades de formación intelectual, pastoral y espiritual del profesor de religión católica.

ESTRUCTURA Y FUNCIONAMIENTO

4. Los elementos básicos objeto de vigilancia, cuidado y seguimiento son el currículo preceptivo y su desarrollo didáctico en su especificidad católica, la identidad y misión del profesor en su perfil académico y eclesial y en consecuencia su testimonio de vida cristiana. El Estado reconoce la competencia de la Iglesia respecto a la vigilancia sobre los contenidos de la enseñanza católica en la escuela así como el derecho del Ordinario diocesano a proponer a los profesores idóneos. Dicha idoneidad se garantiza con la Declaración Eclesiástica de Idoneidad, requisitos básicos establecidos por la Conferencia Episcopal Española, en cuanto a sus garantías académicas y con la «missio canónica» en cuanto a su identidad católica. Ambos aspectos deben ser objeto de cuidado y seguimiento. Cf. C.I.C.c.805.

5. El desarrollo adecuado del currículo de Religión y Moral Católica se realiza teniendo en cuenta los objetivos, contenidos, métodos y criterios de evaluación propios, elementos que constituyen el contenido básico del área y que serán objeto de atención, detección de problemas y coordinación debida.

6. Otros instrumentos que facilitan el cuidado y detección de problemas en el debido desarrollo de la enseñanza religiosa son los instrumentos de desarrollo curricular que el profesor debe realizar para cada año escolar: La aportación del área de Religión al proyecto curricular de etapa, la programación anual, el cumplimiento de los criterios de evaluación en los resultados finales de los alumnos, las actividades extraescolares. Son instrumentos que necesitan del asesoramiento de expertos para su mejora y resolución de los problemas que se generen.

7. La Idoneidad Eclesiástica implica el conocimiento de la Doctrina y Moral Católica y su desarrollo concreto en el currículo preceptivo en cada etapa, así como el conocimiento de la didáctica específica del

área de Religión Católica, adecuada a la edad de los alumnos. La “misión canónica” establece las garantías necesarias como profesor católico ante la comunidad educativa. Esta identidad católica del profesor de religión supone un compromiso que se manifiesta en la comunión con la Iglesia y sus Pastores, (C.I.C.c.209), en la integridad de la fe y de las costumbres y en el testimonio de su vida cristiana. Cf. C.I.C. c. 804, 205. Esta vinculación eclesial se va concretando a través de: La participación en los cursos de formación de profesores de religión, la integración en los grupos de formación permanente, la asistencia a las jornadas de convivencia y celebración de la fe y su compromiso y servicio en otras tareas apostólicas. Velar por el cumplimiento de estos compromisos, detectar los problemas que el profesor tiene para el desarrollo adecuado del área y coordinar los distintos servicios y necesidades de los profesores en estos aspectos es también misión de la inspección de la Iglesia.

8. Para el logro de estos fines y desarrollo de sus contenidos cada diócesis necesita disponer de un departamento o servicio de inspección del área y seguimiento de los profesores de religión. Compete al Obispo diocesano la creación de dicho departamento y la provisión de las personas más idóneas, conocedoras de los aspectos propios de la enseñanza.

9. Son objetivos del departamento o servicio de inspección de la enseñanza religiosa los siguientes:

- Velar, detectar problemas y coordinar necesidades y acciones en aquellos aspectos esenciales enumerados en los artículos precedentes sobre el currículo de religión y su desarrollo, y sobre la identidad e idoneidad del profesor.
- Asesorar, orientar e informar a los profesores en sus necesidades educativas, pastorales y espirituales.
- Coordinar a los distintos inspectores del área.
- Proporcionar los medios y métodos adecuados para llevar a cabo dicha inspección.
- Informar al ordinario diocesano sobre los resultados de la inspección.

- Coordinar los servicios de inspección de la Iglesia con los servicios de inspección de la Administración pública.

10. Para hacer efectivo el seguimiento y orientación del área de Religión Católica el ordinario diocesano comunicará a las Administraciones educativas respectivas las personas idóneas con dedicación plena o parcial que fueran necesarias para llevar a cabo dicha inspección.

11. Para facilitar la coordinación de los servicios de inspección de la Iglesia y los servicios de inspección de la Administración se ha de buscar la mutua información y cooperación en aquellos aspectos que pudieran facilitar el desarrollo de los objetivos en el ámbito de las respectivas competencias.

12. La Conferencia Episcopal Española propondrá a la Dirección General de la Alta Inspección del Estado la elaboración de una normativa adecuada que, teniendo en cuenta las competencias educativas de las distintas comunidades autónomas en esta materia, facilite la debida inspección de la enseñanza religiosa católica, tanto en los centros públicos como privados confesionales y no confesionales, en aquellos aspectos propios del ámbito escolar.

ANEXO II.–Comisión Episcopal de Enseñanza: “Orientaciones para la formación religiosa en los centros católicos”. BOCEE 47(1995) 111-112.

La Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, consciente de las posibles dificultades que pudiera haber en la aplicación en los colegios católicos del Real Decreto que regula la enseñanza de la Religión Católica, cree conveniente actualizar los criterios elaborados por esta Comisión en 1979.

1. En los centros católicos, son los valores cristianos los que inspiren la enseñanza de todas las disciplinas y el conjunto de la acción educativa. Es necesario que cada centro actualice y formule estos principios en un ideario y en un proyecto educativo inspirados en las orientaciones de los documentos de la Sagrada Congregación para la

Educación Católica (cf. “La Escuela Católica”, n.33 y ss., 1977. “Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica”, 1988).

2. Toda la comunidad educativa, no sólo la entidad titular, y de modo primordial los profesores de estos centros, son especialmente responsables de la realización práctica del proyecto educativo cristiano.

3. La enseñanza de la Religión y Moral Católicas en Educación Infantil, Educación Primaria, Educación Secundaria y Bachillerato y las demás actividades de formación y asistencia pastoral se desarrollarán en los centros católicos, de acuerdo con las orientaciones de la Conferencia Episcopal Española, de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis y de los Obispos y Superiores Mayores respectivos.

4. De conformidad con los principios básicos que definen la actividad educativa de estos centros, la enseñanza de la Religión y Moral Católicas, como materia ordinaria para todos los alumnos, tendrá especial consideración en los proyectos curriculares de los mismos. Esta enseñanza religiosa deberá adaptarse pedagógicamente a los distintos niveles de fe y cultura religiosa de los alumnos.

5. Los centros católicos deben informar sobre el carácter propio de estos centros a quienes solicitan la admisión a fin de asegurar la libre elección de centro por parte de los padres y en su caso de los alumnos.

6. La solicitud de plaza en los centros católicos que han hecho público su carácter propio presupone la elección de las enseñanzas de Religión y Moral Católica que en ellos se imparte, pues “el ejercicio por el titular de su derecho a establecer el carácter propio del centro actúa necesariamente como límite de los derechos que ostentan los demás miembros de la comunidad escolar” y “también es obvio que la elección de centro docente sea un modo de elegir una determinada formación religiosa y moral” (S. 5/1981). Sin embargo en atención a circunstancias especiales, se dispensará de dicha clase a los alumnos cuyos padres lo soliciten al formalizar su inscripción al centro. Los alumnos dispensados serán atendidos, dentro de las posibilidades del centro, de forma que no se produzca discriminación para ellos ni perjuicio para el carácter propio del centro.

7. El ejercicio de la docencia de las enseñanzas de Religión y Moral Católica dependerá de la continuidad de la *missio canonica*. Antes de que se formalice el contrato los centros deberán poner en conocimiento de la autoridad diocesana la relación de profesores, para conferirles el *placet o la missio canonica* según proceda. Cuando se trate de sacerdotes diocesanos habrán de contar, además, con la autorización previa del Ordinario.

8. Para el nombramiento de profesores de religión en centros católicos, se exigirán las mismas condiciones que para los demás centros públicos o privados establecidas por la Conferencia Episcopal.

9. El profesor que toma a su cargo la atención global del alumnado de un curso de Educación Infantil o Educación Primaria asumirá ordinariamente la formación religiosa del mismo, si posee la preparación específica adecuada y no tiene razones graves en contra.

10. Salvo el derecho peculiar de los religiosos que trabajan en centros de la propia Institución, los profesores de religión gozarán de las mismas condiciones jurídicas, académicas y económicas que los demás profesores.

11. Además de la clase de religión y moral católica, la actividad formativa religiosa de estos centros deberá desarrollarse con diversas actividades pastorales adaptadas a las características culturales y al nivel religioso de los distintos grupos de alumnos.

Los responsables de dichas actividades deben coordinar su acción con los organismos diocesanos correspondientes y orientarla a la plena integración de los alumnos en la Iglesia local.

12. La enseñanza de la religión y moral católicas y las actividades de formación de carácter pastoral están sujetas a las orientaciones y supervisión de la jerarquía eclesiástica. Para realizar de manera efectiva esa función es conveniente que los distintos órganos de la escuela católica estén representados en los consejos diocesanos implicados en la educación. Es conveniente que en cada diócesis se establezcan los servicios comunes adecuados que permitan llevar de manera sistemática la orientación y el seguimiento de la actividad formativa de los centros. (26 de mayo de 1995).

ANEXO III.–Comisión Episcopal de Enseñanza: “Intervención de la jerarquía para el dictamen y aprobación de los proyectos editoriales y libros de texto del área de religión y moral católica”. 24 de noviembre de 1995. BOCEE 49(1996)59-60.

En virtud de la competencia de la jerarquía de la Iglesia Católica sobre los textos de enseñanza religiosa católica (cf. cc. 823, 824 y 830 del Código de Derecho Canónico), reconocida en el Acuerdo entre el Estado Español y la Santa Sede sobre enseñanza, art. VI, y desarrollada en el Real Decreto 388/1992, art. 2, 7, es obligado mantener el dictamen y aprobación de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis sobre los libros de texto y materiales curriculares referidos al Área de Religión y Moral Católica.

I. NORMATIVA VIGENTE HASTA 1995¹

La XIX Asamblea Plenaria del Episcopado (noviembre 1973) adoptó unos criterios que hacen referencia a la responsabilidad de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis en cuanto a los libros de texto, su dictamen y aprobación y a la relación de dicho dictamen con el *nihil obstat* diocesano. La Comisión Episcopal de Enseñanza ha venido actuando de acuerdo con estos criterios que ahora se transcriben literalmente:

1. La Comisión Episcopal de Enseñanza debe emitir dictamen sobre los libros de texto y material didáctico destinados a la formación religiosa escolar.

¹ Este epígrafe puede dar lugar a dudas de interpretación. Aclaremos que no se trata de normas vigentes hasta 1995 que hayan quedado sin vigencia desde ese año. Son normas vigentes desde 1973, a las cuales se añadieron en 1995 por decisión de la Asamblea Plenaria unas normas complementarias sobre la competencia en los ámbitos nacional, de las comunidades autónomas y diocesano. Todas las normas contenidas en los sucesivos apartados de este ANEXO III son vigentes; también las dadas en el año 1992.

2. El dictamen debe ser previo a la edición y publicación de los textos. No debe reducirse a un mero servicio informativo posterior.

3. El dictamen de la Comisión Episcopal debe ser elemento o requisito orientador, que debe ser previamente tomado en cuenta por el Ordinario diocesano al que corresponda otorgar la oportuna censura eclesiástica.

Las obras que no cuenten con el dictamen favorable previo de la Comisión Episcopal no son legalmente libros de texto, por carecer de los requisitos exigidos por la Asamblea Plenaria del Episcopado y las competencias que le otorga la Ley. Pero el solo dictamen no basta.

Nunca se ha excluido la posibilidad y conveniencia de que la autoridad diocesana indique qué textos resultan más idóneos para la situación sociocultural y religiosa del alumnado concreto de su demarcación.

La Comisión Episcopal, convencida de que su actuación no termina aceptando o rechazando determinados textos escolares de religión, deberá insistir en la tarea de información y orientación a diócesis, centros, profesores, padres, para que se proceda con acierto a la elección del texto más adecuado para los alumnos concretos.

La inspección de Enseñanza Religiosa habrá de vigilar en las diócesis la más escrupulosa exigencia de que no sean adoptados textos que carezcan de aprobación eclesiástica y legal.

En virtud de las competencias recibidas, la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, en su reunión ordinaria del día 15 de septiembre de 1992, tomó una serie de medidas para adoptar la normativa a las exigencias de la Reforma educativa de 1991 (Cf. Anexo).

II. NORMAS SOBRE COMPETENCIAS A NIVEL NACIONAL Y AUTONÓMICO

La Conferencia Episcopal en la reunión Plenaria de 24 de noviembre de 1995 ha aprobado los puntos siguientes:

A) Los libros de nivel nacional serán dictaminados y en su caso aprobados por la Conferencia Episcopal, según la normativa vigente (Cf. Anexo).

B) Compete a los obispos en cada comunidad autónoma el dictamen sobre el desarrollo y la correspondiente aprobación de lo que es peculiar en cada una de ellas como publicación complementaria.

C) En las comunidades autónomas que posean un currículo propio, adaptado del de la Conferencia Episcopal Española, les corresponde a los obispos el derecho a dictaminar el desarrollo de su propio currículo con sus peculiaridades en una misma publicación y la correspondiente aprobación de las mismas.

Anexo: Normas sobre la aprobación de materiales curriculares para el área de religión y moral católica en los centros de reforma. 15 de septiembre de 1992.

1. La Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis examinará y autorizará en su caso los proyectos editoriales del Área de Religión y Moral Católica en sus proyectos de etapa y materiales curriculares de la Educación Infantil, Educación Primaria y Educación Secundaria, Bachillerato y Formación Profesional.

2. Los proyectos de etapa, ciclo o curso para los que van a ser destinados se ajustarán a las líneas básicas del currículo de este área conforme a la Orden Ministerial del 20 de febrero de 1992 en Educación Primaria y Secundaria y en referencia a las publicaciones de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis en las restantes etapas de Educación Infantil, Bachillerato y Formación Profesional.

3. Los proyectos editoriales indicarán explícitamente la distribución de los objetivos, contenidos y criterios de evaluación durante toda la etapa. Asimismo el tratamiento de los contenidos atenderá a su triple distinción en conceptos, procedimientos y actitudes.

Los criterios de evaluación y la distribución de los contenidos en cada ciclo estarán presentes en sus mínimos según la normativa publicada por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis en 1991 a este respecto en el anexo correspondiente.

4. Los materiales para el alumno desarrollarán los proyectos de etapa y ciclo. Dichos materiales atenderán especialmente al desarrollo específico de los contenidos del currículo del Área de Religión y Moral Católica cuidando especialmente la presencia de la doctrina católica, la Palabra de Dios en la Biblia y los valores morales, con los criterios pedagógicos adecuados.

5. Los proyectos editoriales tendrán en cuenta la diversidad del alumnado, proponiendo actividades de refuerzo y ampliación que faciliten las distintas adaptaciones para los alumnos.

6. Además de los contenidos específicos del Área de Religión y Moral Católica deben incluirse aquellos que son transversales al currículo, según el R.D. 1344/ 1991 art. 52 y 1345/1991, art. 62. Asimismo estarán presentes los principios que se establecen en el art. 22 de la LOGSE.

7. Los autores o editores presentarán a la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis tres ejemplares del proyecto editorial y los materiales para los alumnos.

8. Los centros docentes, al elegir los materiales que consideran más idóneos a sus proyectos curriculares comprobarán previamente si dichos materiales han sido aprobados por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis.

ANEXO IV.- Conferencia Episcopal Española: “Criterios para la selección y permanencia de profesores de religión y moral católica”.
Aprobados por la Asamblea Plenaria el 24 de noviembre de 1995.
BOCEE 49(1996) 60-61

Ante las dificultades que surgen para la selección y permanencia de los profesores de Religión y Moral Católica, tanto en Educación Primaria como en Secundaria, es necesario establecer unos criterios generales que eviten agravios comparativos y que faciliten la elección de los profesores más idóneos, no sólo como profesionales de la enseñanza sino como evangelizadores enviados por el obispo en nombre de la Iglesia.

A éstos se unen los problemas de índole laboral y social que aparecen como consecuencia de las expectativas económicas creadas por el desarrollo del Convenio económico que equipara a los profesores de Primaria con los interinos. Lo que antes era una acción casi gratuita se ha convertido en un puesto de trabajo.

A propuesta de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis la Asamblea Plenaria refrenda y recomienda estos criterios:

Criterios para la selección y permanencia de profesores de Religión:

1. Requisitos previos indispensables

- a) Ser católico practicante.
- b) Estar en posesión de la Declaración Eclesiástica de Idoneidad, según los estudios correspondientes a las diversas etapas educativas en conformidad con los Requisitos básicos, (EGB, BUP/FP o Educación Infantil, Primaria y Secundaria) (Titulaciones eclesásticas y civil).

2. Formación permanente y actualización

- a) Relación activa con la Delegación Diocesana y colaboración en las orientaciones que dimanen del Episcopado.
- b) Asistencia a las reuniones de profesores de Religión convocadas por la Delegación Diocesana.
- c) Cursos de actualización teológica y pedagógica (por horas realizadas).
- d) Participación en grupos o seminarios del CEP

3. Compromiso eclesial

- a) Participación activa en la pastoral eclesial, parroquial o diocesana.
- b) Inserción en movimientos de profesores cristianos.

4. Otros criterios circunstanciales (para casos de igualdad de condiciones)

- a) Antigüedad.
- b) Cercanía al Centro.

- c) Precariedad económica.
- d) Necesidades familiares.

Medios de verificación

- a) Currículum vitae del interesado y documentación.
- b) Entrevista personal para conocer las motivaciones y actitudes pedagógicas del profesor.
- c) Establecimiento de un baremo, según las circunstancias de cada diócesis, para objetivar los datos referentes a los apartados 1, 2 y 3 por separado, y fijando el porcentaje de cada apartado (por ejemplo 30 por 100, 30 por 100, 40 por 100).
- d) Informes del párroco y otros superiores o entidades en orden a los apartados 2 y 3.
- e) Cuando se trata de elegir para permanecer en el Centro: Añadir a los criterios anteriores una evaluación de su integración en el mismo (grado de aceptación por parte de los alumnos y de los demás profesores).

ANEXO V.- Conferencia Episcopal Española: “Acuerdo sobre la regulación de la Declaración Eclesiástica de Idoneidad para la designación de los profesores de religión católica”. Aprobado por la Asamblea Plenaria el 27 de Abril de 2007. BOCEE 79(2007)20-21.

De acuerdo con la normativa concordataria y canónica, la Ley Orgánica 2/2006, de 3 de mayo, de Educación y el Real Decreto 696/2007, de 1 de junio, por el que se regula la relación laboral de los Profesores de Religión, para ser designado profesor de religión católica por la Administración Educativa correspondiente, se deberán reunir los siguientes requisitos y condiciones:

A) Por Acuerdo de la LXXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española de 27 de abril de 2007, es necesario haber obtenido la **Declaración Eclesiástica de Competencia Académica**

(DECA), expedida por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis.

Para obtener la Declaración Eclesiástica de Competencia Académica, el solicitante debe estar en posesión de las titulaciones académicas correspondientes, y además reunir los siguientes requisitos:

1. Partida de Bautismo.
2. Para Educación Infantil y Educación Primaria, 300 horas lectivas mínimas. Los contenidos de las horas que se incrementan con relación a la regulación anterior (120), serán cubiertos por el programa de los tres cursos actuales de Formación Complementaria.

La Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis podrá establecer las convalidaciones oportunas.

La **Declaración Eclesiástica de Idoneidad**, hasta ahora vigente, otorgada a los profesores de religión católica, se entiende como **Declaración Eclesiástica de Competencia Académica**.

Este Acuerdo de la Conferencia Episcopal entrará en vigor al comienzo del curso escolar 2007/08.

B) Declaración Eclesiástica de Idoneidad (DEI), expedida por el Ordinario diocesano de la localidad donde se pretenda impartir clase de religión. Como requisito previo hay que estar en posesión de la Declaración Eclesiástica de Competencia Académica.

La expedición de la DEI supone recta doctrina y testimonio de vida cristiana. Está basada en consideraciones de índole moral y religiosa, criterios cuya definición corresponde al Obispo diocesano.

La DEI puede ser *revocada por el Ordinario diocesano* cuando deje de cumplirse alguna de las consideraciones por las que se concedió, y no tendrá validez en otras diócesis.

C) Propuesta del Ordinario diocesano (*missio canonica*), a la Administración Educativa, del profesor que considere competente e idóneo para un centro escolar concreto. Supone que está en posesión de la DECA y de la DEI.

La propuesta será para cada año escolar, conforme con el art. III del Acuerdo sobre Enseñanza y Asuntos Culturales.

La propuesta del Ordinario diocesano a la Administración educativa equivale a la DEI y a la *missio canonica*.

ANEXO VI.- Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis: “Nuevas titulaciones y requisitos para obtener la Declaración Eclesiástica de Competencia Académica (DECA), conforme al R.D. 1818/2011”.
29 de febrero de 2012. BOCEE 89(2012)99-100.

Los títulos superiores eclesiásticos han sido equiparados a los títulos civiles correspondientes por el Real Decreto 1619/2011 del 14 noviembre (B.O.E. 276. 16-11-2011). En consecuencia, es necesario adaptar los **Requisitos básicos para la obtención de la Declaración Eclesiástica de Competencia Académica**, a las nuevas titulaciones vigentes en España: Graduado, Máster y Doctor.

La Santa Sede ha mantenido los títulos de Bacalaureatus en Ciencias Religiosas, Licenciatus, y Doctor. El título de Bacalaureatus en Ciencias Religiosas se adquiere en tres cursos (180 créditos ECTS).

El R.D. 1619/2011 homologa los títulos superiores eclesiásticos a Graduados con un mínimo de 240 créditos ECTS. No obstante, los Licenciados o Graduados civiles, cuya titulación les faculta para enseñar en la ESO, podrán acceder a la Declaración Eclesiástica de Competencia Académica con el título de Bacalaureatus en Ciencias Religiosas de tres años, por ser la Declaración Eclesiástica de Competencia Académica una titulación que regula la Conferencia Episcopal Española.

I REQUISITOS PARA LA DOCENCIA EN EDUCACIÓN INFANTIL Y EDUCACIÓN PRIMARIA

Se especifican las siguientes modalidades, según la titulación básica de los candidatos, por las cuales se podrá acceder a la Declaración Eclesiástica de Competencia Académica:

A. Estudios teológicos

a) Graduados en Estudios Eclesiásticos

b) Graduados en Ciencias Religiosas

Nota: En todos estos casos, si no se ha cursado en su correspondiente plan de estudios, se deberá cursar las materias de Fe-cultura y Didáctica de la religión católica.

B. Magisterio

Graduados en Educación Infantil y Primaria, así como los títulos equivalentes en Grado (art. 93 de 1 la LOE).

Estas titulaciones de Grado que dan acceso a la enseñanza en Educación Infantil y Primaria deberán cursar 24 créditos ECTS conforme a los programas establecidos por la Conferencia Episcopal Española.

II. REQUISITOS PARA LA DOCENCIA EN EDUCACIÓN SECUNDARIA OBLIGATORIA, BACHILLERATO Y FORMACIÓN PROFESIONAL DE GRADO MEDIO

Se especifican las siguientes modalidades según la titulación básica de los candidatos, por las cuales se podrá acceder a la docencia en el Área de Religión y Moral Católica en estas etapas:

a) Graduados en Teología y Graduados en Ciencias Religiosas.

b) Graduados civiles con Bacalaureatus en Ciencias Religiosas (tres cursos).

En todos estos casos habrán de hacer un curso de Capacitación didáctica de la Religión, si no lo hubieran realizado en su plan de estudios, de un año de duración (18 créditos ECTS).

Disposiciones transitorias

1. Los profesores en ejercicio podrán continuar, sin perjuicio de las exigencias que se establezcan en cuanto a la actualización y perfeccionamiento.

2. La presente normativa entrará en vigor en el curso académico 2012-13.

3. La incorporación al nuevo plan de los alumnos que ya han comenzado sus estudios se hará sin perjuicio de los ya realizados y de los niveles de docencia para los que estos capacitan.

ANEXO VII.–Comisión Episcopal de Enseñanza: “Orientaciones para la pastoral educativa escolar en las diócesis”. Noviembre de 1992. BOCEE 38(1993)101-109.

De este documento copiamos el apartado referido a las

C. Instituciones diocesanas

Son instituciones diocesanas docentes las que existan y sean reconocidas en este ámbito, como las asociaciones o federaciones de padres, de profesores, alumnos, etc. Pero ahora nos referimos especialmente a éstas que siguen, de carácter general e integrador:

Consejo Diocesano de la Educación Católica

Funciones principales

16. Es el órgano ejecutivo y de programación de la acción pastoral educativa. Sus funciones principales son:

- Estimular la presencia evangelizadora de la Iglesia en el campo escolar al servicio de la formación integral de los alumnos, ofreciendo cauces, materiales y métodos.
- Estimular y servir a los distintos ámbitos y agentes responsables de la formación cristiana en la escuela:

a) El Área de Religión y Moral Católica.

- Cuidar su presencia en la escuela, junto a las restantes áreas, con el debido rigor académico, evaluación, materiales, inspección, servicio de asesoramiento teológico y didáctico...

b) Cuidar la necesaria provisión del profesorado de Religión y Moral Católica y su formación permanente.

-Formación inicial y específica para la adquisición de la Declaración Eclesiástica de Idoneidad (D. E. 1.). Actualización teológica y pedagógica. Formación permanente.

c) Acompañar y estimular a los profesores de las distintas áreas.

– Creación o potenciación de asociaciones de profesores cristianos. Servicio y coordinación de las asociaciones o grupos de profesores en parroquias y arciprestazgos.

d) Atender a los padres de alumnos mediante la:

- Colaboración con las asociaciones de padres en la escuela.
- Promoción y creación de nuevas asociaciones.

e) Intentar una organización sectorial según las diversas responsabilidades y campos de competencia:

- Elaboración de materiales al servicio de profesores, padres y alumnos.
- Coordinación de la acción educativa en la Iglesia en relación a la Administración Pública.
- Coordinación y servicio de los colegios e instituciones educativas de la Iglesia.

Naturaleza del Consejo Diocesano

17. En las diócesis en que se pueda constituir, o al menos en las provincias eclesiológicas, sería conveniente crear este Consejo como órgano de concurrencia de las distintas instituciones educativas, para mutuo enriquecimiento de experiencias y propósitos, y para ofrecer orientaciones y consejos a la pastoral diocesana, además de estimular ciertas acciones conjuntas, teniendo en cuenta que el principio de unidad en la Iglesia particular es el obispo diocesano.

Miembros del Consejo Diocesano

En este Consejo se integran todas las instituciones, asociaciones, grupos y agentes de la acción educativa cristiana. -Instituciones, asociaciones, grupos, padres, profesores y alumnos se integran como Iglesia diocesana al servicio de la educación presididos por su pastor.

Fines del Consejo Diocesano

– Los Consejos diocesanos participan y están representados en el Consejo General de la Educación Católica. Vinculados a éste, sus fines son similares:

1. Promover en cada lugar la concepción cristiana de la educación.
2. Contribuir a la construcción de una sociedad más fraterna y más humana mediante el desarrollo de una pedagogía inspirada en el concepto cristiano del hombre.
3. Profundizar en el estudio, difusión, defensa y aplicación pedagógica y pastoral del pensamiento de la Iglesia sobre la educación, la formación cristiana de la misma a todos los sectores de la sociedad.
4. Promover la enseñanza religiosa en todas las escuelas públicas y privadas.
5. Interesar a la opinión pública en general y particularmente a los católicos en cuanto concierne a la educación escolar.
6. Promover asociaciones de padres de alumnos, de profesores, de alumnos, de antiguos alumnos y de otras personas relacionadas con la educación cristiana.
7. Promover y organizar encuentros, jornadas de estudio, convivencias, congresos, cursos, etc., con las comunidades educativas.

Función coordinadora

La función coordinadora del Consejo está al servicio de la comunión eclesial en el campo de la educación, en relación con la Delegación Diocesana de Enseñanza.

Autonomía de las entidades y asociaciones

El sistema de trabajo es el de una coordinación por objetivos comunes, en la que hay que garantizar expresamente la autonomía de las entidades y asociaciones representadas en el Consejo.

Monseñor Carlos López hace Memoria del Año de la Fe en la Diócesis de Salamanca

Al final del año pastoral 2012-2013, coincidente con la mayor parte del Año de la Fe, que se extiende desde el 11 de octubre de 2012 hasta el 24 de noviembre de 2013, puede ser oportuno esbozar una breve memoria que nos ayude a situarnos en el proceso de la tarea pastoral diocesana.

La homilía de la fiesta de San Juan de Sahagún nos ofreció la ocasión de presentar oficialmente en la Catedral una breve síntesis de la Carta Apostólica *Porta Fidei*, con la que el Papa Benedicto XVI convocaba el Año de la Fe. Y la fiesta de la Virgen de la Vega nos permitió presentar en el mismo marco litúrgico las grandes líneas de la acción pastoral proyectada para dar vida en nuestra diócesis al referido tiempo de gracia, propuesto a toda la Iglesia como “exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo”.

El Año de la Fe, convocado al cumplirse los cincuenta años del comienzo del Concilio Vaticano II, venía enmarcado en el proceso de la Nueva Evangelización, que Juan Pablo II y Benedicto XVI han venido impulsando con especial empeño, como una urgente llamada a la renovación interna de la Iglesia en la fidelidad al Evangelio, en orden al mejor cumplimiento de su misión esencial de anunciar a todos los hombres, en las nuevas circunstancias de nuestro tiempo, el mismo Evangelio de salvación gozosamente vivido por ella. Este proceso del anuncio del Evangelio concretado en la convocatoria de la Asamblea del Sínodo de los Obispos, celebrado en Roma desde el 7 al 28 de octubre de 2012, que trató de la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana. En este horizonte de la misión, el Año de la Fe nos llamaba a una renovada conversión al Señor Jesús, para ser sus testigos de forma más gozosa y convincente.

En este clima espiritual y apostólico nos introducía ya la Semana de Pastoral, celebrada desde el 17 hasta el 21 de septiembre de 2012. Tratamos en ella de situarnos en el horizonte eclesial de la Evangeliza-

ción en tiempos nuevos y de buscar los caminos y formas más adecuados para llevarla a término. A este fin se orientaron las reflexiones sobre “La primera evangelización en la era apostólica”, “El primer anuncio” y el proceso seguido “Del Vaticano II a la nueva Evangelización”. Igualmente las comunicaciones en relación con los nuevos escenarios en los que se juega la evangelización y sobre algunas experiencias realizadas para una nueva Evangelización.

El día 11 de octubre de 2012, a las siete de la tarde, tenía lugar en la Catedral Nueva la solemne celebración de Apertura del Año de la Fe, en la cual una amplia representación de la comunidad diocesana confesaba gozosamente su fe en Jesucristo junto con su Obispo y en comunión con el Sucesor de Pedro y con la Iglesia universal. En la misma celebración se entregó a los fieles la Carta Pastoral del Obispo sobre “El Año de la Fe en la Iglesia Diocesana de Salamanca”. En ella se trata de la Fe como experiencia de conversión y salvación en el encuentro personal con Cristo en la Iglesia y como adhesión a los contenidos de la fe profesada por la Iglesia; y se explicita el significado de la vida de la fe en el testimonio de la caridad, especialmente referido a nuestro tiempo de crisis. Después se expuso el significado actual del Concilio Vaticano y del Catecismo de la Iglesia Católica y se presentó el programa pastoral para el Año de la Fe.

Las Acciones Pastorales para el Año de la Fe señalaban como acentos prioritarios la primacía de la gracia del Señor y de la escucha de su palabra, que habrían de reflejarse en el mayor cultivo de la oración, en todas sus formas, y en la celebración del Sacramento de la Reconciliación. Además, exhortaban a impulsar en todos los ámbitos pastorales la formación en la fe, el cuidado de las celebraciones litúrgicas, las peregrinaciones a los lugares de de los santos, la cercanía a las familias en los procesos de iniciación de sus hijos en la fe, el catecumenado para los adultos, el diálogo con la cultura, el anuncio de la fe a los que buscan respuesta a los interrogantes del hombre de hoy, y el testimonio de la caridad y la justicia.

La realización de las acciones encaminadas a alcanzar estos fines ha sido diversa y con logros difícilmente evaluables. No obstante, sí que podemos apreciar que gran número de fieles han tenido conocimiento

suficiente de la finalidad del Año de la Fe y que han participado con interés en las peregrinaciones de los arciprestazgos a la Catedral para profesar la fe junto con sus presbíteros y con el Obispo. Y tiene especial relevancia la organización de amplios horarios en varios días de la semana para la celebración personal del Sacramento de la Penitencia en la Parroquia de El Carmen, con el compromiso de un nutrido grupo de sacerdotes confesores.

Los presbíteros han seguido su plan de formación permanente sobre el Concilio Vaticano II, centrado en el estudio de las Constituciones sobre la Iglesia, sobre la Revelación Divina y sobre la Liturgia, llevado a cabo en sesiones de ámbito diocesano y en cada arciprestazgo.

Han tenido especial relevancia pública las Conferencias “Fe y ateísmo en el siglo XXI”, celebradas con gran participación en el Teatro Liceo; el “Vía Crucis de la Fe” y el “Vía Lucis”, organizados por la Junta de Cofradías; la Jornadas Nacionales de Teología de la Caridad, celebradas en nuestra ciudad por Cáritas Nacional y Diocesana del 26 al 28 de abril; y los actos conmemorativos del V Centenario de la Catedral Nueva, a saber, el Congreso Internacional sobre la Catedral y, sobre todo, la gran fiesta diocesana de acción de gracias, culminada con la celebración de la Eucaristía el día 12 de mayo, con la participación de numerosos fieles, presbíteros y de nuestro arzobispo metropolitano y obispos de las diócesis cercanas.

También son relevantes las actividades realizadas en el ámbito de la pastoral de la cultura, que han culminado con la celebración de la primera Jornada sobre la presencia de los “Cristianos en la Universidad y la Cultura”, celebrada en la Casa de la Iglesia el día 8 de junio con gran participación de profesores universitarios y profesionales de la cultura de las artes. Confiamos que esta actividad conduzca muy pronto a la creación de una Delegación diocesana para la Cultura.

La actividad del Consejo Presbiteral, con el trabajo previo de los sacerdotes en los arciprestazgos, ha tenido como frutos importantes la aprobación de unas “Orientaciones pastorales para el Catecuménado de Adultos”, con las cuales se hace oficial un camino nuevo en la práctica de la iniciación cristiana en nuestra diócesis, así como la

determinación de los criterios por los que han de regirse las futuras “Celebraciones dominicales en Ausencia de Presbíteros”. Sobre ambos asuntos escribiré en Comunidad con más detalle al inicio del próximo curso, si Dios quiere.

El asiduo trabajo del Consejo Diocesano de Pastoral ha encontrado su reflejo en la redacción de un Borrador de Plan Diocesano de Pastoral, ambientado en clima espiritual de la parábola del Padre misericordioso y de sus dos hijos, y centrado en los cinco objetivos siguientes: 1. Un encuentro con Jesucristo, mediante una fe vivida, anunciada, celebrada y testimoniada en la caridad; 2. Revitalizar las comunidades para lograr nuevos modos de ser Iglesia; 3. Organizar la iniciación cristiana como parte de un proceso evangelizador; 4. Salir al encuentro de los nuevos escenarios de evangelización; 5. Ejercer proféticamente la caridad con los pobres.

Los objetivos de este futuro Plan Diocesano de Pastoral centrarán el estudio de la próxima Semana de Pastoral, que se celebrará desde el 16 al 21 de septiembre, y cuyas ponencias principales versarán sobre: 1. Cristo, mirada central de toda pastoral; 2. Un nuevo modo de ser Iglesia: la conversión de nuestras comunidades; 3. La misión de la Iglesia hacia fuera: diálogo fe-cultura, fe-justicia. Nuevos escenarios; 4. La iniciación cristiana: hacia un paradigma catecumenal; 5. Promover las vocaciones, prioridad inaplazable.

Durante el Año de la Fe se ha hecho realidad el comienzo de la renovación de las Delegaciones diocesanas, con una nueva reglamentación para una forma de trabajo más comunitaria. En concreto se ha puesto en marcha el nuevo equipo de Delegación para el Clero y está terminado el nuevo reglamento de la Delegación de Enseñanza, que se aplicará ya al comienzo del nuevo curso.

Nuestra pastoral juvenil recibió un nuevo impulso con la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid y la acogida de tres mil jóvenes en Salamanca en los días previos. Un nuevo y amplio equipo de la correspondiente Delegación está abriendo nuevos caminos de evangelización de los adolescentes y jóvenes, que terminaron en el curso pasado con una original peregrinación diocesana a Lourdes,

y, en el próximo verano tendrán su resultado en un encuentro de adolescentes y jóvenes en Corconte (Cantabria), desde el 9 al 14 de julio, al cual se podrá llegar también caminando por varias rutas desde el 5 al 9 de julio.

No podemos terminar esta Memoria del Año de la Fe sin resaltar la gran significación de la renuncia de Benedicto XVI a la Sede de Pedro y el nombramiento del nuevo Papa Francisco. La comunidad diocesana despidió con veneración y respeto al Papa Benedicto con una Eucaristía de acción de gracias por su ministerio, celebrada en la Catedral, el día 2 de marzo de 2013; y dio de nuevo gracias a Dios con gozosa esperanza por el inicio del pontificado del Papa Francisco en la Eucaristía celebrada en la misma Catedral el día 23 de marzo. Ambos Papas han dado su impronta y orientación a nuestra vivencia espiritual de este memorable Año de la Fe.

+ CARLOS LÓPEZ,
Obispo de Salamanca

3. Eucaristía en Fresno Alhándiga

REPARACIÓN Y ADORACIÓN DEL SANTÍSIMO DESPUÉS DEL ROBO EN LA IGLESIA Y PROFANACIÓN DEL SAGRARIO

En la Última Cena, Jesús anticipó el sacrificio de la cruz y se entregó como alimento de nuestra vida en los signos del pan y el vino convertidos en su Cuerpo entregado y su Sangre derramada para el perdón de los pecados. Siguiendo el mandato de Jesús, hacemos presente este mismo misterio en cada Eucaristía celebrada en memoria suya. La Eucaristía es el mayor tesoro dejado por Jesucristo a su Iglesia: es la fuente de donde brota toda su vida y la meta a la que se orienta toda su actividad misionera y pastoral. La Eucaristía es el sacramento del amor de Jesús hasta el extremo de dar la vida por nosotros. Por ello, la profanación de la Eucaristía es un gravísimo agravio al Señor mismo y a quienes reconocemos y adoramos en ella la presencia real de su Cuerpo y su Sangre. Pero nuestra actitud ante este agravio debe ser la misma de Jesús ante aquellos que le llevaron a la muerte en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Jesús hace presente en cada eucaristía su sacrificio de la cruz también para el perdón de los pecados de aquellos que desconocen o no reconocen o incluso profanan su presencia en el Santísimo Sacramento. En esta celebración, por tanto, pedimos al Señor que nos aumente la fe en la Eucaristía, que nos conceda la gracia de amar y adorar su presencia en el Sacramento del pan de la vida, y que conceda el perdón y la conversión a la fe a quienes han profanado su templo y su sagrario. En nuestro corazón sólo ha de haber amor, también a los que, por el motivo que fuere, nos hacen daño. Sobre su responsabilidad moral sólo puede juzgar el Señor mismo, que es el único que conoce la mente y los corazones.

Las lecturas de la Palabra de Dios centran nuestra atención en el misterio eucarístico. De la *Primera Carta a los Corintios* (cf. 11, 23-26) está tomado el pasaje fundamental, en el que san Pablo recuerda

a la comunidad el significado y el valor de la “Cena del Señor”, que el Apóstol había transmitido y enseñado.

En la Eucaristía tiene lugar la conversión de los dones de esta tierra, el pan y el vino, con el fin de transformar nuestra vida e inaugurar de esta forma la transformación del mundo. En la Última Cena, Jesús, con el poder de su amor, transformó el sentido de la muerte hacia la cual se dirigía y convirtió la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo y su Sangre. De su oración eucarística brota la fuerza que transforma la realidad en sus dimensiones: la naturaleza, el hombre y la historia. Esta transformación es posible gracias a una comunión más fuerte que la división: la comunión con Dios mismo. Cuando en la Eucaristía recibimos la comunión entramos en comunión con la vida misma de Jesús, que se entrega por nosotros y se nos da a nosotros. El cáliz que bendecimos es comunión de la sangre de Cristo, y el pan que partimos es comunión del cuerpo de Cristo. Y, “porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan” (1 Co 10, 16-17).

El alimento corporal ordinario es asimilado por nuestro organismo y contribuye a su sustento; en la Eucaristía ocurre algo muy diferente: no somos nosotros quienes asimilamos a Cristo, sino que él nos asimila a sí, para llegar a ser una sola cosa con él y miembros de su cuerpo. En el encuentro que tiene lugar en la comunión eucarística, Cristo nos transforma en Él, abre nuestra individualidad, la libera de su egocentrismo y la inserta en su misma Persona. De este modo, la Eucaristía nos abre también a los demás, nos hace miembros los unos de los otros: ya no estamos divididos, sino que somos uno en él.

La comunión eucarística nos une a cada uno a la persona que tenemos a nuestro lado, y con la cual tal vez ni siquiera tenemos una buena relación, y también a los hermanos lejanos, en todas las partes del mundo. De la Eucaristía deriva el sentido profundo de la presencia social de la Iglesia. Quien reconoce a Jesús en la Hostia santa, lo reconoce en el hermano que sufre, que tiene hambre y sed, que es extranjero, que está desnudo, enfermo o en la cárcel; y está atento a cada persona, se compromete, de forma concreta, en favor de todos aquellos que padecen necesidad. Del don de amor de Cristo proviene, por tanto,

nuestra responsabilidad especial de cristianos en la construcción de una sociedad justa y fraterna; nuestra tarea es procurar que las relaciones sociales y económicas no se construyan sin Dios, es decir, sin el amor verdadero, que supera el individualismo y evita los atropellos de todos contra todos. El Evangelio y la Eucaristía nos abren los ojos para reconocernos como miembros del mismo cuerpo de Cristo y para aprender a compartir el amor, que en el Sacramento del altar recibimos.

En el Evangelio de la multiplicación de los panes y los peces dice Jesús a sus discípulos: “Dadles vosotros de comer”. El relato nos indica a quienes los apóstoles han de dar de comer: a la gente a la que Jesús acoge, habla, cura y le muestra la misericordia de Dios; a la gente que escucha a Jesús y lo sigue con alegría porque habla y actúa con verdad y con la autoridad de quien es auténtico y coherente, y revela el rostro de un Dios que es amor.

Esta tarde somos nosotros quienes seguimos a Jesús para escucharlo y entrar en comunión con Él en la Eucaristía. Y es oportuno que nos preguntemos: ¿Cómo sigo yo a Jesús? Él habla en el silencio de la Eucaristía y nos recuerda que seguirlo quiere decir salir de nosotros mismos y hacer de nuestra vida un don para Él y para los demás.

Jesús ordena a los discípulos dar de comer a la multitud porque están en descampado y se hace tarde; y, además, porque ha visto que la preocupación de los discípulos es despedir a la gente para que vayan a los pueblos cercanos a buscar comida y alojamiento. Es muy significativa la distinta actitud de los discípulos y de Jesús ante la necesidad de la gente: la respuesta de los discípulos es despedirlos y que cada uno piense en si mismo y se busque su solución como pueda. Y los cristianos hacemos muchas veces lo mismo: no nos hacemos cargo de la necesidad de los otros. En cambio, la actuación de Jesús va en una dirección que sorprende a los discípulos: Dadles vosotros de comer. Pero los discípulos no pueden dar de comer a una multitud con solo cinco panes y dos peces. Ellos sólo distribuyen el alimento que Jesús multiplica para saciar a la multitud.

Esta tarde estamos nosotros en torno a la mesa del Señor, en la cual Él nos da una vez más su Cuerpo y hace presente el sacrificio de la

Cruz. Y al escuchar su Palabra y alimentarnos con su Cuerpo y Sangre nos hace pasar de ser una multitud informe a ser una comunidad, nos lleva del anonimato a la comunión fraterna. La Eucaristía es el sacramento de la comunión que nos hace salir del individualismo para vivir juntos el seguimiento de Jesús. Por ello, nos preguntamos de nuevo cada uno: ¿Cómo vivo yo la Eucaristía? ¿La vivo de modo anónimo o como verdadera comunión con el Señor y con todos los hermanos que comparten la misma mesa?

La multiplicación de los panes y los peces nace del poder de Jesús y del compartir los discípulos lo poco que tienen. Estos escasos alimentos en las manos de Jesús sacian el hambre de una multitud. Es por ello necesario poner a disposición de Jesús lo que somos y tenemos, confiados en su Palabra. Y no debemos tener miedo a la solidaridad, porque sólo en el compartir y en el don, nuestra vida será fecunda y dará fruto. Lo poco que somos y tenemos se convierte en riqueza cuando lo compartimos, porque el poder del amor de Dios transforma nuestra pobreza.

Esta tarde nos distribuye el Señor una vez más el pan que es su Cuerpo, para hacernos uno con Él. Con gratitud y humildad nos preguntamos: ¿Me dejo transformar por Él? ¿Dejo que el Señor me guíe a salir cada vez más de mi pequeño recinto y a no tener miedo de dar, de compartir, de amarle a Él y a los otros?

Una circunstancia negativa y extraordinaria nos invita a vivir hoy una nueva experiencia de fe y adoración del Santísimo Sacramento. La celebración de la Eucaristía expresa su pleno significado y valor si va precedida, acompañada y seguida de esta actitud interior de fe y de adoración. El encuentro con Jesús en la Eucaristía se realiza verdadera y plenamente cuando la comunidad es capaz de reconocer que Él, en el Sacramento, habita como en su propia casa, y nos espera, nos invita a su mesa, y luego, tras disolverse la asamblea, permanece con nosotros, con su presencia discreta y silenciosa, y nos acompaña con su intercesión, recogiendo nuestros sacrificios espirituales y ofreciéndolos al Padre.

La adoración que al final vamos a vivir pretende ofrecernos un espacio de silencio para sentir en el corazón el amor vivo y la alegría del encuentro con Cristo en la celebración de la Eucaristía. La comunión y la adoración no se pueden separar; para comulgar verdaderamente con otra persona debo conocerla, saber estar en silencio cerca de ella, escucharla, mirarla con amor. El verdadero amor y la verdadera amistad viven siempre de esta reciprocidad de miradas, de silencios intensos, elocuentes, llenos de respeto y veneración, de manera que el encuentro se viva profundamente, de modo personal e íntimo. Con esta fe en un renovado encuentro personal con el Señor celebramos hoy la Eucaristía y la adoramos como centro de nuestra vida y corazón del mundo.

4. V Centenario (Catedral Nueva)

Salamanca, a 2 de mayo de 2013

A la comunidad diocesana

Queridos hermanos en el Señor:

Estamos celebrando el V Centenario del comienzo de la edificación de nuestra Catedral Nueva, cuya primera piedra se puso el día 12 de mayo de 1513.

Con este motivo, de acuerdo con la programación realizada por el Cabildo de la Catedral, tenemos ante nosotros la celebración de una solemne **Eucaristía de acción de gracias de toda la comunidad diocesana en nuestra Catedral Nueva, el día 12 de mayo, domingo de la Ascensión del Señor, a las 6 de la tarde.**

En el marco de las celebraciones del Año de la Fe, como complemento de las peregrinaciones arciprestales a la Catedral para confesar el Credo con el Obispo, la participación en esta Eucaristía del centenario y del aniversario de la dedicación de nuestra Catedral, es una nueva ocasión de gracia para fortalecer el sentido comunitario y diocesano de nuestra fe. Todos conocéis el significado de la Catedral como Iglesia madre de la Diócesis, en la cual el Pastor diocesano convoca a la porción del Pueblo de Dios que le está encomendada para su edificación en el Espíritu como Cuerpo y Templo de Cristo, mediante la Palabra y la Eucaristía. La Catedral es signo visible de la Iglesia diocesana, en la que está presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica. A través de este signo nos acercamos a Cristo, la piedra desechada por los constructores, pero elegida por Dios como piedra angular y preciosa ante él; así todos nosotros, como piedras vivas nos integramos en la construcción de un edificio espiritual, formando un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por medio de Jesucristo (cf. 1 Pe 2, 4-6).

A todos los miembros de la Iglesia diocesana, que os sentís piedras vivas del Templo espiritual de Cristo, os invito y os animo encarecidamente a tomar parte en esta Eucaristía: a los presbíteros y diáconos; a

los fieles laicos, religiosos y seculares; a las parroquias y comunidades religiosas y apostólicas; a los movimientos, cofradías y demás asociaciones; a los colegios, residencias y centros universitarios católicos. Y agradezco a los párrocos y responsables de las mencionadas instituciones su colaboración para hacer llegar a todos esta invitación y ruego. Soy consciente de la dificultad que representa el día tan señalado de la Ascensión, con la celebración de primeras comuniones en algunas parroquias. Por ello precisamente os pido a todos la participación necesaria, para que nuestra Eucaristía del V Centenario de la Catedral sea un signo elocuente de nuestra fe viva y de nuestro testimonio del Evangelio.

Muy agradecido, os saludo fraternalmente en el Señor.

+ CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ, *Obispo de Salamanca*

Conferencia Episcopal Española

ASAMBLEA PLENARIA

Documento íntegro de la CEE sobre las Vocaciones Sacerdotales

Este es el documento íntegro de la Conferencia Episcopal Española (CEE), en su XCIX Asamblea Plenaria:

Vocaciones Sacerdotales para el siglo XXI. Hacia una renovada pastoral de las vocaciones al sacerdocio ministerial

INTRODUCCIÓN

La Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Madrid del 16 al 21 de agosto de 2011 fue un momento especial de gracia y amor de Dios para nuestras diócesis. El Santo Padre Benedicto XVI nos ofreció un conjunto de enseñanzas en relación a la pastoral con los jóvenes. También nos dejó orientaciones para la formación de los futuros sacerdotes, especialmente en la homilía de la santa Misa con los seminaristas celebrada en la catedral de Santa María la Real de la Almudena. Asimismo, en diferentes momentos se ha referido al tema de la vocación.

El domingo 21 de agosto mantuvo un encuentro con los voluntarios de la JMJ en el que les planteó con toda claridad la cuestión de la vocación: «Es posible que en muchos de vosotros se haya despertado tímida o poderosamente una pregunta muy sencilla: ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en la misión de anunciar al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio? Si ha surgido esa inquietud, dejaos llevar por el Señor y ofreos como voluntarios al servicio de Aquel que “no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por la multitud” (Mc 10, 45)»[1].

La noche anterior, en la vigilia de oración con los jóvenes, en el aeródromo de Cuatro Vientos, les había dicho: «En esta vigilia de oración, os invito a pedir a Dios que os ayude a descubrir vuestra vocación en la sociedad y en la Iglesia y a perseverar en ella con alegría y fidelidad. Vale la pena acoger en nuestro interior la llamada de Cristo y seguir con valentía y generosidad el camino que él nos proponga. A muchos, el Señor los llama al matrimonio (...). A otros, en cambio, Cristo los llama a seguirlo más de cerca en el sacerdocio o en la vida consagrada. Qué hermoso es saber que Jesús te busca, se fija en ti y con su voz inconfundible te dice también a ti: “¡Sígueme!” (cf. Mc 2, 14)»[2].

Tenemos presente también que el día 4 de noviembre de 2011 se cumplieron los setenta años del motu proprio *Cum nobis*, con el que el venerable papa Pío XII instituyó la Pontificia Obra para las Vocaciones Sacerdotales. Con ocasión de este aniversario, tuvo lugar en Roma un Congreso internacional en el que se compartieron las iniciativas vocacionales más significativas y se subrayó la conveniencia de presentar con mayor claridad la figura del sacerdocio ministerial[3]. Asimismo, la Congregación para la Educación Católica ha publicado el 25 de marzo del 2012 un documento titulado *Orientaciones pastorales para la promoción de las vocaciones al ministerio sacerdotal*[4].

Así pues, en continuidad con el impulso renovador que supuso el Año Sacerdotal[5] en nuestros presbiterios, teniendo en cuenta las aportaciones de los recientes documentos y congresos sobre pastoral

vocacional, a partir de la dinamización que la JMJ ha producido en la pastoral juvenil de nuestras diócesis, y con ocasión del doctorado de san Juan de Ávila, los obispos de las Iglesias que peregrinan en España ofrecen al pueblo cristiano este documento con la finalidad de propiciar la oración por las vocaciones, reflexionar sobre el trabajo de promoción vocacional, compartir tanto las dificultades como las esperanzas de quienes trabajan en el ámbito de la pastoral vocacional, y, finalmente, ofrecer algunas propuestas pastorales.

Nos mueve a ello la preocupación que causa tanto a los pastores como a las comunidades eclesiales el descenso progresivo de las vocaciones sacerdotales que tiene lugar en Occidente en las últimas décadas. Por ello, no podemos eludir algunas preguntas que están presentes en el ambiente: ¿nos hallamos en un «invierno vocacional» del todo irrecuperable en Occidente? ¿El descenso vocacional es un «signo de los tiempos»? ¿Falta coordinación con la pastoral familiar y la pastoral juvenil? ¿Nos falta pericia en la pastoral vocacional? ¿Nos falta oración y confianza en Dios?

A este respecto, evocando la parábola del sembrador, el papa Benedicto XVI afirmaba que la tierra donde se debe sembrar la semilla de la vocación es principalmente el corazón de todo hombre, pero en modo particular de los jóvenes, a los que se presta servicio de escucha y acompañamiento. El corazón de estos jóvenes, añadía el Santo Padre, es «un corazón a menudo confuso y desorientado y, sin embargo, capaz de contener en sí mismo impensables energías de donación; dispuesto a abrirse en las yemas de una vida gastada por amor a Jesús, capaz de seguirlo con la totalidad y la certeza que viene del haber encontrado el mayor tesoro de la existencia»[6].

¿Cuáles son las causas de esta confusión o desorientación que pueden afectar a un joven de hoy? Y, al mismo tiempo, ¿cómo podemos despertar en él esas energías de donación que posee en sí mismo y la capacidad de seguir con totalidad y certeza a Jesús? Sin duda, aquí reside el núcleo de la cuestión que nos ocupa. Nuestra reflexión constará de tres partes: en primer lugar analizaremos algunos rasgos característicos del contexto socio-cultural y también consideraremos cómo se debe preparar la tierra para que pueda dar fruto; en segundo lugar,

trataremos de la llamada al sacerdocio; por último, reflexionaremos sobre los lugares y ámbitos de llamada y algunas propuestas de pastoral vocacional.

1. EL ENCUENTRO CON CRISTO

En este primer capítulo analizaremos algunas características del contexto socio-cultural; después presentaremos el objetivo fundamental de la pastoral juvenil, que no es otro que propiciar el encuentro con Cristo; seguidamente, nos centraremos en los dos grandes criterios de acción propuestos especialmente por el Santo Padre Benedicto XVI para acercar a los jóvenes a Dios y para enseñarles la amistad con Jesucristo.

1.1. CONTEXTO SOCIOCULTURAL ACTUAL

En líneas generales podemos afirmar que nos encontramos inmersos en un proceso de secularización aparentemente imparable y en un contexto cultural y social condicionado por fuertes corrientes de pensamiento laicista que pretenden excluir a Dios de la vida de las personas y de los pueblos, e intentan que la fe y la práctica de la religión se consideren como un hecho meramente privado, sin relevancia alguna en la vida social. Por otra parte, en nuestra sociedad no pocas personas tienen una idea de Dios equivocada y confusa, y una concepción incompleta sobre el ser humano y su relación con Dios. La consecuencia es que se pueden acabar imponiendo planteamientos desviados y falsos sobre la verdadera naturaleza de la vocación, que dificultan enormemente su acogida y su comprensión[7].

Dicho proceso de *secularización*, unido al fenómeno de la *globalización*, ha producido una serie de cambios profundos en los diversos campos de nuestra sociedad. Actualmente constatamos una crisis en la transmisión de cultura, tradiciones, valores, etc., y también en la transmisión de la fe. Esta crisis va asociada a los cambios que se han producido en la *institución familiar*. La aparición de una cultura consumista, secularizada y materialista, que erosiona los cimientos tradicionales de

la familia y desprecia muchos de los valores que hasta ahora habían sostenido las relaciones entre los pueblos y las sociedades. La familia, institución que ayuda al sujeto en su correcto proceso de inserción en la sociedad, se encuentra hoy con serias dificultades para mantener vivo uno de sus roles principales: la transmisión de valores y tradiciones.

El presente *cambio cultural* va logrando que se desvanezca la concepción integral del ser humano, es decir, su relación con el mundo, con los demás seres humanos y con Dios. El resultado es «un hombre débil, sin fuerza de voluntad para comprometerse, celoso de su independencia, pero que considera difíciles las relaciones humanas básicas como la amistad, la confianza, la fidelidad a los vínculos personales»[8]. Un hombre falto de consistencia, fragmentado y «líquido». En este sentido, somos testigos de la primacía de la subjetividad y del individualismo, que desembocan frecuentemente en la despreocupación por el bien común para dar paso a la realización inmediata de los deseos de los individuos, a la creación de nuevos y, muchas veces, arbitrarios derechos individuales[9].

En consecuencia, podemos decir que la capacidad de corresponder a la llamada de Dios queda en cierta medida debilitada por ciertas corrientes de la cultura actual que propugnan la libertad sin compromiso, el afecto sin amor y la autonomía sin responsabilidad. De esta forma, los jóvenes pueden vivir eternamente indecisos ante la disparidad de ofertas y quedar sumidos en la indiferencia ante la cantidad de informaciones que les llegan, sin una formación adecuada para que puedan ser procesadas. Son los verdaderos espejismos de nuestra sociedad que reducen la felicidad al instinto, las virtudes a habilidades, los valores a estrategias, y que dificultan enormemente escuchar la voz de Dios.

Nuevas oportunidades

Pero no todo es negativo. También podemos reseñar aspectos positivos de la sociedad en general y del mundo juvenil en particular. Por encima de todo, es preciso que sepamos descubrir los puntos de encuentro con los jóvenes actuales, detectar sus aspiraciones más

profundas para poder aprovechar todas las oportunidades, todas las posibilidades de activar la generosidad de sus corazones[10]. Se pueden enumerar algunos elementos que servirán de ayuda para revitalizar nuestra pastoral juvenil y vocacional.

Como punto de partida, se debe tener muy presente que la juventud «es la edad en la que la vida se desvela a la persona con toda la riqueza y plenitud de sus potencialidades, impulsando la búsqueda de metas más altas que den sentido a la misma»[11]. Es la riqueza de contener el proyecto completo de la vida futura, de descubrir, de programar, de elegir, de prever y de tomar las primeras decisiones, que tendrán importancia para el futuro tanto en lo personal como en la dimensión social. Esa riqueza inherente a la juventud no tiene por qué alejar al hombre de Cristo. Al contrario, debe conducir al joven hasta Jesús para formularle las preguntas fundamentales sobre la vida y su sentido, sobre el proyecto de vida y la vida eterna, como hace el joven rico del Evangelio (cf. *Lc* 18, 18-23). La juventud es una riqueza que se manifiesta en estas preguntas que se hace todo ser humano, sobre todo en su etapa de juventud[12].

En segundo lugar, podemos afirmar que en la actualidad se da un mayor respeto a la persona humana y a su dignidad, y en líneas generales tiene lugar una mayor sensibilidad por la promoción de los derechos humanos, aunque se den dolorosas excepciones en temas fundamentales que afectan a la vida y a la familia. Este hecho permite nuevas posibilidades de evangelización porque facilita una propuesta antropológica, teológica y espiritual que la Iglesia está llamada a poner al servicio de nuestra sociedad y de la cultura, y, más en concreto, al servicio de nuestra pastoral con los jóvenes. La Iglesia propone unos principios que se fundamentan en el amor a Dios y el respeto absoluto a la persona y a la vida humana. Este respeto incondicional a la persona se convierte en un testimonio nuevo y eficaz, que es capaz de crear una cultura de la vida. Este camino, a su vez, nos permite entrar en el diálogo sobre la cuestión de la conciencia y de la experiencia del ser humano, de su búsqueda del sentido de la vida y de su capacidad de abrirse a la trascendencia.

Otra oportunidad que podemos señalar es el deseo de libertad personal propio de la condición juvenil. Los jóvenes tienen como un sentido innato de la verdad, y la verdad debe servir para la libertad. A la vez, los jóvenes tienen también un espontáneo anhelo de libertad. Pero es preciso recordarles que ser verdaderamente libres es saber usar la propia libertad en la verdad. Ser verdaderamente libres no significa hacer todo aquello que me gusta o tengo ganas de hacer, porque la libertad contiene en sí el criterio de la verdad, más aún, la disciplina de la verdad. Ser verdaderamente libres, en definitiva, significa usar la propia libertad para lo que es un bien verdadero[13]. El mensaje del Evangelio, la Palabra de Dios, posee una fuerza infinita de liberación porque es portador de la verdad.

En cuarto lugar, reparemos en el valor que los jóvenes dan a la coherencia de vida, al testimonio, componente esencial en la auténtica vivencia de la fe. Aquí encontramos posibilidades de incidir en una sociedad que está saturada de mensajes, pero a la vez está ávida de testimonios creíbles. Las doctrinas se transmiten a través de mensajes que expresan verdades, pero el testimonio de vida es el mejor medio para transmitir formas de conducta, valores y actitudes. Un testimonio de vida personal y también comunitario auténticamente cristiano será el camino mejor para tender puentes con los jóvenes de hoy, que valoran especialmente la autenticidad y la sinceridad.

Por último, vale la pena tener en cuenta también la experiencia del voluntariado, tan extendida hoy entre el mundo juvenil, que se manifiesta en múltiples campañas de ayuda al Tercer y Cuarto Mundo. También se va generalizando en los jóvenes la participación en iniciativas de defensa de la naturaleza y el medio ambiente. Crece entre ellos la conciencia de que la sostenibilidad es responsabilidad de todos y que la conservación del planeta se convierte en una cuestión cada vez más urgente. El mismo papa Benedicto XVI ha valorado de forma muy positiva el fenómeno del voluntariado como camino de un compromiso asumido según los criterios de una ética cristiana. Según él, es «una escuela de vida para los jóvenes, que educa a la solidaridad y a estar disponibles para dar no solo algo, sino a sí mismos. De este modo, frente a la anticultura de la muerte, que se manifiesta por ejemplo en la

droga, se contrapone el amor, que no se busca a sí mismo, sino que (...) se manifiesta como cultura de la vida»[14].

1.2. LLAMADOS AL ENCUENTRO CON CRISTO

Según el relato del Génesis, «al principio creó Dios el cielo y la tierra» (*Gén* 1, 1), llamando a las criaturas para que del no-ser, vinieran a la existencia. También el hombre fue creado de esta manera: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (*Gén* 1, 26). Por tanto, podemos afirmar que la primera vocación es la llamada a la existencia, a la vida. Ahora bien, el ser humano será objeto de una vocación especial: dialogar con el Creador, colaborar con él, poner nombre a las cosas creadas, vivir en una profunda y amistosa relación con Dios. En definitiva, es llamado a vivir en comunión con Dios.

El deseo natural de Dios está inscrito en el corazón del hombre por la sencilla razón de que este ha sido creado por Dios y para Dios. Por eso, solo en Dios puede apagar su sed de trascendencia, solo en Dios puede encontrar la verdad, el bien, la felicidad y el sosiego que anhela su corazón. La constitución pastoral *Gaudium et spes* del concilio Vaticano II lo expresa bellamente: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y solo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador»[15].

Esta referencia, este deseo, se halla en lo profundo del corazón humano. Dios crea por amor y el sentido de la vida del ser humano consiste en ser amado por Dios y por los demás, y en corresponder a ese amor amando a Dios y a los demás. Esta es la gran verdad de la vida, la que llena de sentido, de felicidad y plenitud toda existencia[16]. De ahí la inquietud de buscar a Dios, el anhelo interior que conduce hasta el encuentro del Señor. De ahí que solo en el Señor se pueda hallar el descanso y la paz. San Agustín resumirá magistralmente ese camino de búsqueda y encuentro, de inquietud y de hallazgo: «Nos has

hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti»[17].

El amor de Dios ha sido manifestado a lo largo de la Historia de la Salvación, y al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envía a su Hijo porque quiere salvar a todos los hombres y hacerlos hijos suyos por adopción (cf. *Gál* 4, 4-5). El Hijo eterno del Padre se ha encarnado, ha asumido la naturaleza humana haciéndose en todo igual a nosotros, excepto en el pecado. El ser humano es elevado a la dignidad de hijo de Dios por Cristo y en Cristo. Él es el centro del cosmos y de la historia, el Redentor del hombre y del mundo, de todo el género humano y de cada persona[18]. Cada persona es objeto de la entrega y del amor de Cristo, a todos los ha reconciliado con el Padre.

El comienzo de la vida cristiana

La persona de Jesucristo es el centro de la vida y de la misión de la Iglesia, es la esencia del cristianismo. La vida cristiana comienza después de un encuentro personal con Él. El papa Benedicto XVI, en la introducción de su encíclica *Dios es amor*, lo resume magistralmente: «No se empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»[19]. Cristo sale al encuentro de todo ser humano para presentarse como Camino, Verdad y Vida, para saciar su sed de felicidad, para llenar de sentido su existencia.

Los destinatarios de la pastoral juvenil son los jóvenes concretos en su situación concreta, y la finalidad de dicha pastoral es que lleguen a vivir la vida nueva en Cristo[20]. Por eso hemos de propiciar el encuentro con Cristo que les cambie el corazón, la experiencia profunda de fe que renueve radicalmente sus vidas y les lleve a un compromiso de totalidad. Este, en definitiva, es el plan de Dios para todos sus hijos, aunque aquí nos referimos más concretamente al ámbito de los jóvenes.

Para poder evangelizar al joven de hoy es preciso conocer su realidad personal y la situación en que se encuentra en relación a la fe y la religión. Actualmente nos encontramos con una gran diversidad

de personas y de situaciones que exige a su vez una gran variedad de itinerarios y de pedagogía. Solo así podremos ofrecer una propuesta personalizada y con sentido. Entre el punto de partida y el de llegada está el acompañamiento personal para discernir en cada momento según los ritmos de maduración y los procesos concretos, conscientes de que todos son llamados a vivir la madurez de la fe y a la participación en la comunidad cristiana. También es necesario conocer la realidad de la sociedad en que vive el joven y cómo condiciona su vida. Es lo que hemos intentado hacer en el apartado precedente.

1.3. ALENTAR LA ESPERANZA EN LOS JÓVENES

La cuestión de la esperanza es un elemento antropológico fundamental de la pastoral juvenil y vocacional porque está en el centro de la vida humana y porque en la actualidad ha adquirido una particular relevancia. Sin duda constituye uno de los ejes doctrinales y pastorales del pontificado de Benedicto XVI. Su segunda encíclica, *Spe salvi*[21], está dedicada al tema de la esperanza, apuntando a lo esencial del corazón humano, en una época marcada entre otras cosas por una manifiesta crisis de esperanza debido a las dificultades acuciantes del momento presente, y después de constatar que no se han cumplido las expectativas forjadas a partir de los avances de la ciencia y de la técnica o de las grandes revoluciones de la historia reciente.

Estos tiempos de desesperanza afectan particularmente a la edad juvenil. Un importante número de jóvenes vive en la sospecha y desconfianza ante los que rigen la sociedad y sus instituciones y a la vez en la desesperanza respecto a los cambios que necesita la sociedad, sumergida en crisis políticas, económicas, financieras, y también de valores. En algunos casos el descontento se canaliza a través de protestas no exentas de violencia. En otros casos cabe el peligro de desembocar en una especie de letargo colectivo, de que se instalen en la evasión consumista al comprobar que las expectativas de futuro se desvanecen por la imposibilidad de encontrar un empleo estable, de formar una familia, de llevar a término proyectos personales, etc. En ambos casos se renun-

ciaría a la insatisfacción e inconformismo creativos tan propios de la condición juvenil y que mantienen la tensión de los más altos ideales.

En esta tesitura, el *Mensaje* que el Santo Padre ofreció a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXIV Jornada Mundial de la Juventud[22], el año 2009, recordando el encuentro de Sydney y en camino hacia el de Madrid, está centrado en el tema de la esperanza y contiene unas pistas muy iluminadoras a partir de una cita de la primera carta de san Pablo a Timoteo: «Hemos puesto la esperanza en el Dios vivo» (1 *Tim* 4, 10). Podemos señalar cuatro jalones de un itinerario para reavivar la esperanza en los jóvenes. Como punto de partida, la consideración de que la juventud es tiempo de esperanza; seguidamente, la búsqueda y encuentro de una gran esperanza que llene la vida: Cristo; en tercer lugar, el aprendizaje, el ejercicio y el crecimiento de la esperanza; por último, la llamada a ser testigos de esperanza en el mundo.

En primer lugar, por tanto, la cuestión de la esperanza está en el centro de la vida humana. *El ser humano tiene necesidad de esperanza*, pero no de cualquier esperanza pasajera, sino de una esperanza creíble y duradera, que resista el embate de las dificultades. La juventud es tiempo de esperanzas, porque mira hacia el futuro con expectativas y porque tiene toda una vida por delante. La juventud es el tiempo en que se formulan las grandes preguntas sobre el sentido de la vida; es el tiempo en el que se van fraguando y se toman las decisiones que serán determinantes para el resto de la vida. Ahora bien, ¿dónde encontrar la llama de la esperanza y cómo mantenerla viva en el corazón?[23]

El ser humano, en busca de esperanza

El ser humano busca constantemente la esperanza y se pregunta dónde la podrá hallar, quién se la puede ofrecer. Según el Santo Padre, la ciencia, la técnica, la política, la economía o cualquier otro recurso material por sí solos no son capaces de ofrecer la gran esperanza a la que todo ser humano aspira. Por otra parte, la experiencia humana en general nos enseña que muchas esperanzas que se conciben a lo largo de la vida, cuando llega el momento de verse cumplidas, no acaban de saciar la sed de sentido y de felicidad del corazón. Eso sucede porque la

gran esperanza solo puede estar en Dios. La gran esperanza no es una idea, o un sentimiento o un valor, es una persona viva: Jesucristo[24].

La vida cristiana es un camino, una peregrinación y también una escuela de aprendizaje y de ejercitación de la esperanza. La oración, el encuentro con Dios, el diálogo con Él, la conciencia de que Él siempre escucha, siempre comprende, siempre ayuda, es la primera fuente de esperanza. También la esperanza se nutre de la Palabra de Dios y de la participación frecuente en los sacramentos. El actuar y el sufrir son asimismo lugares de aprendizaje. Porque la esperanza cristiana es activa, transformadora del mundo, bajo la mirada amorosa de Dios. Y lo mismo el sufrir, el aceptar la realidad de la vida en lo que tiene de doloroso. La esperanza se nutre del saber sufrir y del sufrir por los demás[25].

La consecuencia lógica de la vida en Cristo que va aprendiendo, ejercitando y creciendo en la esperanza, es que el joven se convierte en un testigo de esperanza en medio del mundo. Si el Señor Jesús se ha convertido en el fundamento de su existencia, si ha colmado sus expectativas vitales, no es extraño que proponga «con coraje y humildad el valor universal de Cristo, como salvador de todos los hombres y fuente de esperanza para nuestra vida»[26], tal como el Papa señalaba a los jóvenes en la memorable vigilia de oración en el aeródromo de Cuatro Vientos.

Por tanto, para reavivar la esperanza de los jóvenes, es preciso que la pastoral juvenil y vocacional se dirija a todos ellos, a los más próximos y a los que están alejados, y se oriente a devolverles el entusiasmo por encontrar el verdadero sentido de su vida, por desarrollar todas sus potencialidades, por mirar hacia el futuro y trabajar con un proyecto de vida centrado en Cristo. De esta forma podrán llegar a fructificar las inmensas energías de donación que sin duda están presentes en lo profundo de sus corazones.

Reanimar la esperanza en los jóvenes significa también abrirles a un futuro lleno de promesas y posibilidades y especialmente ayudarles a superar el miedo a las decisiones definitivas. El futuro se comienza a construir mediante las elecciones que se hacen en el presente. Es preciso que elijan aquellas promesas y opciones que abren realmente

al futuro, incluso cuando estas acarrearán renunciaciones. Si el camino que lleva hacia el futuro se hace sin Dios, lleva a la oscuridad, al gran vacío existencial. Por eso, la opción fundamental del joven debe construirse sobre el fundamento firme que es nuestro Señor Jesucristo[27].

La fuerza del Espíritu que Dios ha puesto en cada persona, en cada joven, proyecta hacia el futuro y ayuda a vencer el miedo a tomar grandes decisiones. El Dios que nos ha amado y nos sigue amando es la gran esperanza, la gran fuerza del hombre, que resiste a pesar de todas las desilusiones[28]. Es muy importante que se sepa presentar a las nuevas generaciones la certeza de esta promesa como algo por lo que vale la pena gastar la propia vida. Nuestro acompañamiento y nuestro testimonio vivo de esperanza serán los instrumentos que les ayuden a ver que la Iglesia no les deja solos ante los desafíos de la vida, ni ante sus decisiones absolutas.

1.4. EDUCAR A LOS JÓVENES EN LA FE

La segunda propuesta de acción del papa Benedicto XVI para la pastoral juvenil se relaciona con la *educación en la fe*. Es una cuestión que le preocupa vivamente, hasta el punto de hablar de «emergencia educativa» o de calificar dicha educación como una tarea cada vez más difícil[29]. Ahora bien, se trata de una prioridad pastoral de la Iglesia y además es un elemento imprescindible para conocer a Dios, conocerse a sí mismo, conocer el ambiente que rodea al joven, profundizar en la fe para poder dar razón de la propia fe y de la esperanza. Esta formación ha de estar en conexión con el joven y con su compromiso apostólico y en ella han de estar presentes los elementos más genuinos de la fe y de la tradición cristiana[30].

Es una tarea particularmente difícil en la actualidad por diferentes razones, todas ellas consecuencia de las corrientes de pensamiento laicista que transcurren en nuestra cultura secularizada. Desde el agnosticismo, que se propone apagar el sentido religioso inscrito en lo profundo del ser humano, hasta el relativismo, que erosiona las certezas más hondas[31]. Las dificultades son un desafío y un estímulo para los jóvenes, que han de aplicarse en una formación amplia y profunda

que les sirva para respuesta a las interpelaciones que reciban. Por otra parte, la educación en la fe tiene una finalidad en sí misma: crecer en conocimiento y amor de Cristo. No se puede amar, no se puede entrar en amistad con alguien a quien no se conoce.

El joven está llamado a construir la propia vida sobre Cristo, como recordaba el lema de la JMJ de Madrid, a edificar la vida sobre el cimiento firme que es Cristo. Él es el Redentor de todo el género humano y de cada persona concreta de la historia. En Él y por Él Dios se ha revelado plenamente a la humanidad; por Él y en Él hemos sido elevados a la dignidad de hijos de Dios. Él ha abierto para nosotros el camino hacia Dios, para que podamos alcanzar la vida plena. Cristo es la roca firme sobre la que edificar la vida. Al edificar la vida sobre Cristo, se proyecta su luz sobre la humanidad, porque la vida se fundamenta en la verdad[32].

La cuestión de la verdad ha de ocupar un lugar central en la tarea de educación de la fe de los jóvenes. Como señalaba el beato Juan Pablo II, «la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo»[33]. Actualmente, no pocos jóvenes encuentran dificultades para discernir la verdad. Hoy día se repite con frecuencia la pregunta del escéptico Pilato: «¿Qué es la verdad?» (*Jn* 18, 38). Pues bien, en definitiva, la verdad no es un misterio inescrutable, la verdad es una persona: Jesucristo[34].

Cristo es el Señor de la creación y de la historia, todo fue creado por Él y para Él y todo se mantiene en Él (cf. *Col* 1, 16-17). Por eso, si el diálogo entre la fe y la razón se realiza con rigor y honestidad, brinda la posibilidad de percibir el carácter razonable de la fe en Dios y de descubrir que la realización de las aspiraciones humanas se encuentra en Cristo. En consecuencia, en la tarea de educación en la fe no se debe tener miedo de confrontar la fe con los avances del conocimiento humano, al contrario, es preciso promover una «pastoral de la inteligencia», de la cultura, de la persona, que responda a todos los interrogantes.

Los jóvenes, por su parte, han de avanzar con decisión y confianza en su camino de búsqueda de la verdad[35].

Fundamentos de la educación en la fe

La formación de los jóvenes requiere una sólida base doctrinal y espiritual para crecer auténticamente en el conocimiento de la Verdad-Cristo y en la coherencia de la fe. Se fundamenta en el contacto vivo con la Palabra de Dios y en las indicaciones de la Iglesia, que orienta en el discernimiento de la verdad de Cristo, por medio de la Tradición viva y el Magisterio[36]. La importancia de esta educación en la fe se hace cada vez más urgente en una época marcada por un horizonte relativista, caracterizado por la orfandad de referencias, en el que se hace cada vez más difícil hablar de convicciones y certezas. En esta situación, hay que mantener como objetivos generales en la educación: la búsqueda de la verdad y el bien, del sentido de las cosas y de la vida, así como la aspiración a la excelencia.

La educación en la fe no consiste en un simple adoctrinamiento intelectual. En este sentido, no puede prescindir ni de la vida espiritual, ni tampoco sería completa sin la acción apostólica. La vida espiritual busca la unión con Cristo a través de la oración, como encuentro y diálogo personal en la fe con Dios; a la luz de la meditación de la Palabra de Dios, que ilumina, interpela y transforma. La Iglesia vive y celebra el encuentro entre Cristo resucitado y los hombres a través de los sacramentos, que son acontecimientos en los que la gracia llega al corazón de la persona y a la historia por medio de palabras y gestos realizados según dispuso el Señor. Los siete sacramentos acompañan la vida humana desde el inicio hasta el tránsito a la vida eterna. En este camino, la Eucaristía es fuente y culminación de toda la vida cristiana y de toda la vida de la Iglesia[37].

La educación en la fe comporta también la acción apostólica, que es consecuencia del Bautismo y la Confirmación, consecuencia del envío misionero de Jesús. Una acción que ha de estar orientada a colaborar en la construcción del Reino de Dios y a ser fermento evangélico en los diferentes ambientes reconociendo y sirviendo al Señor en los

pobres y enfermos, en toda persona necesitada. Una acción que se lleva a cabo a través del testimonio de una palabra convencida y convincente y de una vida coherente que convierte al joven en un testigo fiel, en un mensajero de la Buena Nueva que manifiesta, en toda su existencia, una vivencia gozosa y esperanzada.

El Santo Padre Benedicto XVI en la carta apostólica *Porta fidei* invita a los creyentes de todas las edades a reflexionar sobre la fe, a re-descubrir sus contenidos, a vivirla como experiencia de un amor que se recibe y se comunica, a transmitirla mediante un testimonio coherente[38]. Es un proceso de vida cristiana en el que el joven va madurando en la formación, la vivencia de la fe y el testimonio de vida. A la vez, en ese proceso de crecimiento de la vida de fe, ha de ir descubriendo y viviendo la propia vocación y misión. Uno de los objetivos de la formación de los jóvenes es ayudarles a descubrir la propia vocación desde una actitud de disponibilidad y también ayudarles a realizar la misión encomendada[39].

2. LA LLAMADA AL SACERDOCIO

Como decíamos en el capítulo anterior, el objetivo fundamental de la pastoral de juventud consiste en propiciar en el joven un encuentro con Cristo que transforme su vida, que le haga descubrir en Cristo la plenitud de sentido de su existencia. Por otra parte, la pastoral de juventud tiene que ayudar a cada joven a plantear la vida como vocación, a descubrir su vocación concreta y a responder a la llamada de Dios con generosidad. En este capítulo trataremos de la universal y común vocación a la santidad y al apostolado que brotan del Bautismo y de la Confirmación. Después, sin olvidar que dicha vocación se especifica en diversas vocaciones laicales y de especial consagración, nos centraremos en la llamada al ministerio sacerdotal.

2.1. LA LLAMADA A LA VIDA EN CRISTO

La llamada a la vida en Cristo es personal y está inscrita en un proyecto que Dios tiene para cada ser humano. Todo comienza con

una iniciativa y una llamada de Cristo a la puerta del corazón del hombre: «Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3, 20). Es la manifestación en el tiempo de un designio eterno. Es una llamada a realizar la propia vida en comunión con el Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, y, en consecuencia, la suprema realización personal y comunitaria del ser humano. La mediación ordinaria de esta llamada es el Bautismo.

La vida cristiana comienza en el sacramento del Bautismo. Por el Bautismo somos incorporados al Pueblo de Dios, somos constituidos hijos del Padre, miembros del Cuerpo de Cristo, templos del Espíritu Santo: miembros de la Iglesia «congregada en virtud de la unidad del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo»[40]. El Bautismo produce en nosotros una nueva vida y nos hace partícipes de la misión del Señor. La vocación que el cristiano recibe en el Bautismo consiste en vivir plenamente su condición de hijo de Dios y en ser testigo de Jesucristo. Todas las vocaciones específicas a las que el Señor llama tienen su origen en esta vocación bautismal.

El concilio Vaticano II, al recordar al Pueblo de Dios la universal vocación a la santidad, la fundamenta en la consagración bautismal: «Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el Bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron»[41].

El beato Juan Pablo II afirma en la exhortación postsinodal *Christifideles laici* que «la vocación a la santidad hunde sus raíces en el Bautismo y se pone de nuevo ante nuestros ojos en los demás sacramentos, principalmente en la Eucaristía»[42], y destaca, además, que la vocación a la santidad «constituye un componente esencial e inseparable de la nueva vida bautismal»[43].

Mediante los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, el fiel es ungido, consagrado, constituido en templo espiritual y puede repetir de alguna manera las palabras de Jesús: «El Espíritu del Señor está sobre mí; por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, y a proclamar el año de gracia del Señor» (*Lc* 4, 18-19; cf. *Is* 61, 1-2)[44]. Desde el momento del Bautismo se empieza a participar de la misión del Pueblo de Dios. Esta dimensión apostólica del Bautismo se manifiesta de manera más plena en la Confirmación, por la cual los cristianos «se comprometen mucho más, como auténticos testigos de Cristo, a extender y defender la fe con sus palabras y sus obras»[45].

Todos los miembros del Pueblo de Dios están llamados a la santidad y al apostolado: los sacerdotes, los diáconos, los miembros de la vida consagrada y los fieles laicos; a su vez, todos participan en la misión de la Iglesia con carismas y ministerios diversos y complementarios. Los diferentes estados de vida están relacionados entre sí y ordenados mutuamente. El sacerdocio ministerial representa la garantía de la presencia sacramental de Cristo Redentor a lo largo de la historia. El diaconado hace presente a Cristo como el servidor de la comunidad de los creyentes. Los miembros de la vida consagrada testifican en el mundo la índole escatológica de la Iglesia y ponen de manifiesto la primacía de Dios y de los valores evangélicos. Los laicos contribuyen a la transformación del mundo desde dentro, como el fermento, mediante el ejercicio de sus propias tareas, manifestando a Cristo con su palabra y testimonio. El matrimonio es la vocación del mayor número de fieles laicos, que están llamados a ser testigos del amor de Cristo en el mundo[46].

De esta forma, el cristianismo aparece como la comunicación del amor que viene de Dios a los hombres y mujeres de este mundo. No en vano Jesús, después del discurso de despedida a los Apóstoles, concluyó así su oración por los suyos: «Les he dado a conocer y les dará a conocer tu nombre, para que el amor que me tenías esté en ellos, y yo en ellos» (*Jn* 17, 26).

Dimensión eclesial y comunitaria

La llamada de Dios es personal. Dios llama a cada uno por su nombre, pero quiere salvar y santificar a todos y cada uno no de forma aislada, sino constituyendo una comunidad de llamados, un pueblo[47]. La Iglesia es el pueblo que Dios reúne en el mundo entero. La Iglesia de Dios existe y se realiza en las comunidades locales como asamblea litúrgica, sobre todo en la celebración de la Eucaristía. Su origen no está en la voluntad humana, sino en un designio nacido en el corazón del Padre.

La Iglesia es preparada en la Antigua Alianza e instituida por Cristo Jesús y manifestada por el Espíritu Santo[48]. Al Hijo es a quien corresponde realizar el plan de salvación del Padre, en la plenitud de los tiempos. Para cumplir la voluntad del Padre, Cristo inauguró el Reino de los cielos en la tierra. El germen y el comienzo del Reino son el «pequeño rebaño» que Jesús convoca en torno suyo. El Señor la dotará de una estructura con la elección de los Doce y de Pedro como su Primado. Ellos y los demás discípulos participan en la misión de Cristo.

La Iglesia es santa, y todos sus miembros están llamados a la santidad. En el marco de esa llamada universal, el Señor elige luego a personas que a través del ministerio sacerdotal cuiden de su pueblo y que ejerzan una función paterna, cuya raíz está en la paternidad misma de Dios[49]. Toda vocación nace, se alimenta y se desarrolla en la Iglesia y a ella está vinculada también por el destino y la misión. La pastoral juvenil tiene como finalidad última ayudar a que los jóvenes entren por el camino de la vida de oración y del diálogo personal y profundo con el Señor que les ha de ayudar a escuchar su llamada y a tomar decisiones en las que queda afectada toda la existencia. La dimensión vocacional es parte integrante de la pastoral juvenil, más aún, podemos decir que el espacio natural y vital de la pastoral vocacional es la pastoral juvenil, y que la pastoral juvenil solo es completa si incorpora en su proyecto la pastoral vocacional[50].

Por esta razón las comunidades diocesanas y parroquiales están llamadas a reforzar el compromiso en favor de las vocaciones al sacer-

docio ministerial[51]. Solo las comunidades cristianas vivas saben acoger con prontitud las vocaciones y después acompañarlas en su desarrollo. En definitiva, «la pastoral vocacional tiene como sujeto activo, como protagonista, a la comunidad eclesial como tal, en sus diversas expresiones: desde la Iglesia universal a la Iglesia particular y, análogamente, desde esta a la parroquia y a todos los estamentos del Pueblo de Dios»[52]. La comunidad cristiana será el ámbito que facilitará el encuentro del joven con Jesús, que acompañará el proceso educativo de su respuesta, que le ayudará a corresponder a la llamada de Dios. La parroquia tradicionalmente es el lugar por excelencia de experiencia comunitaria y de anuncio del evangelio de la vocación. También los diferentes movimientos y nuevas realidades eclesiales constituyen un ámbito privilegiado para la experiencia de comunidad cristiana.

2.2. LA VOCACIÓN SACERDOTAL

La vocación al sacerdocio ministerial comienza por un encuentro con el Señor, que llama a dejarlo todo y a seguirle, que quiere que su llamada se prolongue en una vida de amistad con él y una participación en su misión que compromete toda la existencia. La vocación es un misterio que afecta a la vida de todo cristiano, pero que se manifiesta con mayor relieve en los que Cristo invita a dejarlo todo para seguirle compartiendo vida y misión. Como expresaba el Santo Padre Benedicto XVI, «la vocación no es fruto de ningún proyecto humano o de una hábil estrategia organizativa. En su realidad más honda, es un don de Dios, una iniciativa misteriosa e inefable del Señor, que entra en la vida de una persona cautivándola con la belleza de su amor, y suscitando consiguientemente una entrega total y definitiva a ese amor divino (cf. *Jn* 15, 9.16)»[53].

El significado de la vocación lo encontramos en la respuesta que Jesús da a Juan y Andrés, discípulos de Juan el Bautista, cuando le preguntan dónde vivía. «Venid y veréis» (*Jn* 1, 39), les responde el Maestro. Dios es quien tiene la iniciativa, quien llama; y toda vocación cristiana es un don suyo que tiene lugar en la Iglesia y mediante la Iglesia, que es el lugar en que las vocaciones se generan y educan. La vocación cristia-

na en todas sus formas es un don destinado al crecimiento del Reino de Dios en el mundo, a la edificación de la Iglesia. La vocación sacerdotal se ordena a estos fines de un modo específico, a través del sacramento del Orden, con una configuración peculiar con Jesucristo[54].

La historia de toda vocación sacerdotal comienza con un diálogo en el que la iniciativa parte de Dios y la respuesta corresponde al hombre. El don gratuito de Dios y la libertad responsable del hombre son los dos elementos fundamentales de la vocación. Así lo encontramos siempre en las escenas vocacionales descritas en la Sagrada Escritura. Y así continúa a lo largo de la historia de la Iglesia en todas las vocaciones. Las palabras de Jesús a los Apóstoles, «no sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido» (*Jn* 15, 16), reflejan esa primacía de la gracia de la vocación, de la elección eterna en Cristo (cf. *Ef* 1, 4-5)[55].

Es imposible describir las fases y los episodios de cada vocación, porque la vocación es personal, diversa e intransferible en cada persona. Dios llama a cada uno según su voluntad de amor y con un gran respeto por la libertad que tiene el sujeto para abrir la puerta al Señor a fin de que se adentre en el interior del que es llamado. Los caminos del Señor pueden tomar la forma de descabalar súbitamente a Pablo del caballo que le conducía por la vida, o tomar la forma de una suave y persistente inclinación en el ánimo que experimenta el llamado desde su infancia. En todo caso, las biografías de los sacerdotes santos pueden ilustrarnos acerca de los momentos decisivos de su vocación.

Lo que sí podemos es fijar nuestra mirada en las vocaciones de los apóstoles narradas por los evangelios. Según narra el evangelio de san Marcos (3, 13-15), «Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios». San Lucas, por su parte, subraya la oración previa de Jesús: «En aquellos días, Jesús salió al monte a orar y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió de entre ellos a doce, a los que también nombró Apóstoles» (*Lc* 6, 12-13).

El papa Benedicto XVI, en su libro *Jesús de Nazaret*, subraya que «la elección de los discípulos es un acontecimiento de oración; ellos son, por así decirlo, engendrados en la oración, en la familiaridad con el Padre. Así, la llamada de los Doce tiene, muy por encima de cualquier otro aspecto funcional, un profundo sentido teológico: su elección nace del diálogo del Hijo con el Padre y está anclada en él. También se debe partir de ahí para entender las palabras de Jesús: «Rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (*Mt* 9, 38): a quienes trabajan en la cosecha de Dios no se les puede escoger simplemente como un patrón busca a sus obreros; siempre deben ser pedidos a Dios y elegidos por Él mismo para este servicio»[56].

Jesús les llama a estar con Él, a ser sus compañeros, a formar con Él una comunidad de vida. Estar con Jesús equivale a seguirle ya que Él tiene palabras de Vida eterna; escucharle en todas y cada una de sus palabras; imitarle, con la inspiración y la interpretación que da el Espíritu al seguimiento de la Palabra que es Jesús mismo. Estar con Él para que lo puedan conocer, para que puedan penetrar el misterio de su vida, de su unión con el Padre. Por eso les procura una formación más amplia y profunda que al resto de los discípulos, comparte con ellos la vida diaria y están siempre presentes en los momentos más trascendentales, les enseña a rezar, responde a sus interrogantes, y los va preparando para que sean partícipes de su misión.

El objetivo de la llamada es doble: la comunión con Él y la participación en su misión. Por eso los enviará a predicar con poder para arrojar los demonios «y curar toda enfermedad y toda dolencia» (*Mt* 10, 1). Los envía a anunciar el Evangelio, a llevar su mensaje por todo el mundo, a ser testigos suyos ante los hombres. No son meros repetidores de una doctrina aprendida, sino comunicadores de su palabra, de los misterios del Reino, de Cristo mismo. Los envía para que den testimonio ante los hombres de lo que han visto y oído, de lo que han experimentado. Los envía a llevar la salvación a los confines de la tierra.

Tal como relata san Marcos, Jesús «llamó a los que quiso». La llamada es una decisión del Señor. Se trata ante todo de un don, de una gracia de Dios. No es un derecho del hombre, ni el resultado de un proyecto personal. Por eso no cabe ningún tipo de manipulaciones que

podieran inclinar la balanza de la decisión en una dirección concreta. También debe quedar excluido todo planteamiento del sacerdocio como posible camino de promoción social o de *modus vivendi*. El sacerdocio es un don de Dios que ha de producir una respuesta de gratitud y confianza por parte de la persona llamada, y una esperanza firme en la fidelidad de Dios[57].

La gracia de la llamada y la libertad en la respuesta no se oponen ni se contradicen. No se podría considerar una respuesta positiva como válida si no se da desde la libertad, que es una condición esencial para la vocación. Vemos en los relatos evangélicos que hay ocasiones en que se da una respuesta negativa a la llamada de Jesús, como en el caso significativo del joven rico, debido a las exigencias que comporta el seguimiento (cf. *Mt* 19, 16-26). En este caso es debido a las ataduras de la riqueza. En otros casos puede ser debido a condicionamientos sociales y culturales[58].

También puede darse el caso de personas que tienen buena voluntad y quieren seguir ese camino, pero no es esa la voluntad de Dios, que tiene dispuesto un camino diferente para ellas. En el Evangelio encontramos un caso típico de esta situación en el endemoniado que es curado por Jesús en el territorio de los gerasenos (cf. *Mt* 5, 1-20). Pide al Maestro formar parte de aquel grupo de los que estaban más próximos a Él, pero Jesús le encomienda una misión diferente: volver a casa con los suyos y anunciarles que el Señor ha tenido misericordia de él y le ha curado.

Cuando entran en conjunción las dos voluntades se realiza el ideal. La voluntad de Dios que llama y la del hombre que responde positivamente desde su libertad. Este es el modelo, el ejemplo que encontramos en la llamada de los cuatro primeros discípulos (cf. *Mt* 4, 18-21). La respuesta de Pedro, Andrés, Santiago y Juan será inmediata: dejando redes, barcas y familia, siguen a Jesús. Esa es la respuesta que antes dieron los profetas y todos los llamados a alguna misión en el Antiguo Testamento, después los apóstoles y discípulos en el Nuevo Testamento y también es la respuesta que se da en el tiempo de la historia de la Iglesia hasta la consumación de los siglos.

2.3. EL CAMINO DE LAS MEDIACIONES

La vocación sacerdotal es una relación que se establece entre Dios y el hombre en lo interior de la conciencia, en lo profundo del corazón, a partir de una llamada que provoca una respuesta. Es un misterio inefable que se realiza en la Iglesia, que está presente y operante en toda vocación. El camino habitual en toda vocación es que el Señor se sirva de la mediación de la Iglesia a través de personas que suscitan, acompañan en el proceso y ayudan al candidato en el discernimiento[59].

El beato Juan Pablo II nos ofrece en *Pastores dabo vobis* un criterio orientador al poner como ejemplo a Andrés, uno de los dos primeros discípulos que siguieron a Jesús, que después de encontrarse con el Maestro explica a su hermano Simón lo que le había sucedido y más tarde lo lleva junto a Jesús. Posteriormente el Señor llamará a Simón diciéndole: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro)» (*Jn* 1, 42). La iniciativa de la llamada es de Jesús, que llama a Simón e incluso le da un nuevo nombre. Ahora bien, Andrés ha aportado su colaboración, ha propiciado el encuentro de su hermano con el Maestro[60].

El núcleo de la pastoral vocacional de la Iglesia, la clave, el método a seguir, encuentra su inspiración en esta acción que lleva a cabo Andrés con su hermano Pedro de «llevarlo a Jesús». Esta es la forma con la que la Iglesia cuida del nacimiento y crecimiento de las vocaciones ejerciendo las responsabilidades propias de su ministerio. La Iglesia tiene el derecho y el deber de promover el nacimiento de las vocaciones sacerdotales y de discernir la autenticidad de las mismas, y después, de acompañarlas en el proceso de maduración a través de la oración y la vida sacramental; a través del anuncio de la Palabra y la educación en la fe, con la guía y el testimonio de la caridad.

En la tarea de la pastoral vocacional todos somos responsables[61]. La responsabilidad recae en la comunidad eclesial, en todos los estamentos y ámbitos del Pueblo de Dios. El primer responsable es el obispo, que está llamado a promover y coordinar las iniciativas pertinentes. Los presbíteros han de colaborar con entrega, con un testimonio explícito de su sacerdocio y con celo evangelizador. Los miembros

de la vida consagrada aportarán un testimonio de vida que pone de manifiesto la primacía de Dios a través de la vivencia de los consejos evangélicos. Los fieles laicos tienen una gran importancia, especialmente los catequistas, los profesores, los educadores, los animadores de la pastoral juvenil. También hay que implicar a los numerosos grupos, movimientos y asociaciones de fieles laicos. Por último, es preciso promover grupos vocacionales cuyos miembros ofrezcan la oración y la cruz de cada día, así como el apoyo moral y los recursos materiales.

La familia cristiana tiene confiada una responsabilidad particular, puesto que constituye como un «primer Seminario»[62]. Actualmente la institución familiar atraviesa no pocas dificultades, pero la Iglesia sigue confiando en su capacidad educativa y de transmitir aquellos valores que capacitan al sujeto para plantear su existencia desde la relación con Dios. El futuro de las vocaciones se forja, en primer lugar, en la familia. Para ello es una condición imprescindible que la familia cristiana esté abierta a la vida, cumpliendo generosamente el servicio a la vida que le corresponde y aplicándose con dedicación y esmero en la tarea de educar a los hijos en la fe. La presencia y cercanía del sacerdote en este proceso será de gran ayuda y a la vez será un referente en el ámbito vocacional.

El discernimiento vocacional

El discernimiento es necesario para descubrir la voluntad de Dios a través de los signos presentes en el camino de la vida. Hay que analizarlos a partir de la oración y la reflexión compartida, en un contexto comunitario-eclesial, desde la plena libertad personal, y desde la recta intención por parte de todos. Para que esta mediación sea realmente eficaz se debe superar la posible tentación de presionar a la persona para que siga nuestra voluntad en lugar de ayudarle a descubrir la voluntad de Dios. A la vez, es preciso evitar el peligro del extremo opuesto, el de excluir cualquier tipo de propuesta vocacional por miedo a condicionar su libertad.

A lo largo del proceso de discernimiento no hay que esperar manifestaciones extraordinarias o acontecimientos espectaculares, más

bien hay que estar atentos a los signos de vocación que tienen lugar en medio de la vida cotidiana para percibir el designio divino. La voz del Señor se suele expresar de dos modos, uno interior y otro exterior. El modo interior es el de la gracia, el del Espíritu Santo, el del Señor que llama en la profundidad insondable del alma humana, que atrae en lo más hondo del corazón. El modo exterior es el visible, el comunitario, el eclesial, el de las mediaciones humanas que el Señor ha querido y ha instituido en la Iglesia[63].

3. LUGARES DE LLAMADA Y PROPUESTAS PARA LA ACCIÓN PASTORAL

En la Vigilia de oración con los sacerdotes, durante los actos de clausura del Año Sacerdotal, el papa Benedicto XVI afirmaba: «En el mundo de hoy casi parece excluido que madure una vocación sacerdotal; los jóvenes necesitan ambientes en los que se viva la fe, en los que se muestre la belleza de la fe, en los que se vea que este es un modelo de vida, ‘el’ modelo de vida y, por tanto, ayudarles a encontrar movimientos, o la parroquia u otros contextos, donde realmente estén rodeados de fe, de amor a Dios, y así puedan estar abiertos a fin de que la vocación de Dios llegue y les ayude»[64]. Ciertamente, la situación es muy difícil, pero el Espíritu sopla donde quiere y no se puede apagar su voz. Nuestra tarea consistirá en colaborar humildemente a través de la promoción y del acompañamiento de las vocaciones. En este capítulo presentaremos en primer lugar algunos lugares de llamada y después también concretaremos diferentes propuestas de pastoral vocacional. Finalmente, subrayaremos la fuerza y la importancia del testimonio sacerdotal.

3.1. LUGARES Y AMBIENTES PROPICIOS PARA LA LLAMADA

En primer lugar enumeraremos algunos lugares y ambientes que tradicionalmente se han considerado fundamentales para la promoción de las vocaciones. A la vez, será preciso hacer gala de creatividad evangélica para descubrir nuevas posibilidades que nos permitan propuestas nuevas en un tema tan vital para la vida de la Iglesia.

3.1.1. Parroquia y comunidades cristianas

La celebración litúrgica y la vida de oración

La celebración litúrgica tiene una función muy importante en la pastoral vocacional. Es la fuente de donde mana toda la fuerza de la Iglesia y la cumbre a la cual tiende toda su actividad. Impulsa a los fieles a vivir con intensidad su fe, a actuar con la caridad de Cristo y a buscar su voluntad. Por eso es una gran escuela de la respuesta a la llamada de Dios. Las celebraciones litúrgicas, especialmente las eucarísticas, sitúan al creyente en comunicación con el misterio de la Pascua, descubren el verdadero rostro de Dios, y también manifiestan el rostro de la Iglesia. La grandeza del misterio celebrado, su fuerza y su capacidad transformadora, son lugar de encuentro y de llamada. Por eso es tan importante celebrar con dignidad y esmero, y ayudar a los jóvenes a vivir las celebraciones con profundidad en el seno de la comunidad cristiana[65].

La oración personal, en especial la meditación de la Palabra de Dios, constituye asimismo un espacio privilegiado para que el joven pueda descubrir el sentido profundo de su vida, la verdad de su ser y la voluntad de Dios. «Por eso es necesario educar, especialmente a los muchachos y a los jóvenes, para que sean fieles a la oración y meditación de la Palabra de Dios. En el silencio y en la escucha podrán percibir la llamada del Señor al sacerdocio y seguirla con prontitud y generosidad»[66]. Por otra parte, la primera y fundamental actividad de pastoral vocacional es justamente la oración por las vocaciones. De ahí que toda la Iglesia diocesana ha de rezar incesantemente por las vocaciones, particularmente las comunidades de vida contemplativa y los enfermos[67].

La predicación y la enseñanza

La Iglesia debe llevar a cabo un anuncio claro y directo sobre el misterio de la vocación en general, fomentando una cultura de la vocación, de modo que todos los jóvenes lleguen a plantearse la propia vida como una vocación. También le corresponde anunciar la grandeza y la

belleza del sacerdocio ministerial, su necesidad para el Pueblo de Dios y para el mundo de hoy, así como para el futuro de la nueva evangelización. Por eso se hace necesaria en el ámbito del ejercicio de su misión profética y de educación de la fe una presentación de la importancia del ministerio sacerdotal explícita y sin ambigüedades.

Si se silencia el evangelio de la vocación, no se anuncia la Buena Nueva completa, porque la vocación forma parte del contenido de la evangelización. La invitación al seguimiento y el envío misionero son parte integrante de la Palabra de Dios que es dirigida a los hombres. Y en este sentido, además de la Palabra anunciada a todos, entra en juego la palabra dirigida a cada uno en particular. Jesús llamó a todos a la conversión y a la salvación, y también llamó a algunos a un seguimiento en radicalidad y totalidad. Es, pues, necesario el anuncio expreso, personal y comunitario, de la Palabra, de la que forma parte el evangelio de la vocación.

Si la fe nace de la escucha de la Palabra de Dios (cf. *Rom 10, 17*), lo mismo se puede decir de la vocación. Por eso, las personas que intervienen a lo largo del proceso educativo, especialmente los sacerdotes, han de proponer con toda normalidad la vocación al presbiterado a aquellos jóvenes en los que se aprecian los dones y las cualidades necesarias. Ha de ser una propuesta clara y concreta, que si se hace con la palabra adecuada y en el momento oportuno, puede llegar a ser determinante, y a provocar en ellos una respuesta generosa y comprometida. También es muy importante que la propuesta vaya acompañada por un testimonio sacerdotal de gozo y entrega, capaz de generar interrogantes y de conducir a decisiones definitivas[68].

La acción caritativa y social

La Iglesia es una comunidad de amor, de caridad. La caridad de la Iglesia es una manifestación del amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. El amor hacia los necesitados y las acciones consecuentes para remediar sus males constituyen una tarea esencial para la Iglesia, forman parte de su naturaleza más profunda, porque la actividad de la Iglesia en todos sus miembros ha de ser expresión del amor de Dios. Un

amor recibido, compartido, que busca el bien propio y el de la comunidad cristiana y que se proyecta buscando el bien de todo ser humano necesitado. Este ámbito de la acción caritativa y social de la Iglesia es, ciertamente, un lugar propicio para el encuentro con el Señor, para escuchar su llamada y para que florezcan auténticas vocaciones.

En esta dimensión esencial de la pastoral de la Iglesia, encontramos un punto de convergencia con el mundo del voluntariado. Como ya hemos dicho previamente, al hablar de las posibilidades que el contexto actual presenta a la pastoral vocacional, los jóvenes de hoy muestran una particular sensibilidad respecto a las personas que padecen cualquier tipo de necesidad y pobreza en los países del Tercer Mundo, así como en las diferentes exclusiones y pobreza que se padecen también en el Cuarto Mundo. Muchos de ellos se comprometen en tareas de servicio a través de diferentes voluntariados.

En una sociedad que se caracteriza por el materialismo y el consumismo, en la que casi todo se puede conseguir con dinero, el hecho de que los jóvenes entren por la vía del servicio desinteresado, que vivan la pedagogía de la gratuidad, es un motivo de esperanza y un camino adecuado para el encuentro con Cristo a través de los pobres, de los necesitados, de los que sufren. Muchos jóvenes han encontrado por este camino sentido a sus vidas, y se han encontrado consigo mismos, con los demás y con Dios. El servicio desinteresado a través del voluntariado, motivado evangélicamente y alimentado desde la oración, ofrece enormes posibilidades para que el joven descubra el servicio de la caridad y se abra a un compromiso de especial consagración.

Grupos, asociaciones y movimientos

Dirigiéndose a los seminaristas, el papa Benedicto XVI les decía que la vocación sacerdotal «a menudo surge en las comunidades, especialmente en los movimientos, que propician un encuentro comunitario con Cristo y con su Iglesia, una experiencia espiritual y la alegría en el servicio de la fe»[69]. El Papa no duda en afirmar, por ello, que «los movimientos son una cosa magnífica». Al mismo tiempo, siempre en relación a ellos, continúa diciendo que «se han de valorar según su

apertura a la común realidad católica, a la vida de la única y común Iglesia de Cristo, que en su diversidad es, en definitiva, una sola»[70].

De las palabras del Santo Padre es fácil entender el aprecio y el interés que la pastoral vocacional ha de tener hacia las diversas asociaciones y movimientos de la Iglesia, por ser «un campo particularmente fértil para el nacimiento de vocaciones consagradas y ambientes propicios de oferta y crecimiento espiritual»[71]. Ellos han ejercido una influencia decisiva en la opción vocacional de muchos jóvenes y, por tanto, «deben ser sentidos y vividos como un regalo del espíritu que anima la institución eclesial y está a su servicio»[72].

Este último punto es del todo imprescindible. Los agentes de la pastoral vocacional deben contar con todas las asociaciones y movimientos juveniles de la Iglesia, sin ningún tipo de restricciones. No sería lícito cerrar las puertas de un proceso vocacional a un joven por la única razón de pertenecer a uno de estos movimientos o asociaciones, ni tampoco apartarlos o invitarles a cortar con «el ambiente que ha contribuido a su decisión vocacional»[73]. Aunque sí que es necesario advertir que tales asociaciones y movimientos deben trabajar en común respeto y colaboración sincera al servicio de la Iglesia universal y diocesana, y confiar en los cauces que ofrecen las diócesis para el fomento de las vocaciones y la formación de los futuros sacerdotes.

La dirección espiritual

La dirección o acompañamiento espiritual ocupa un «lugar» indispensable en la pastoral vocacional. Se trata, ante todo, de un diálogo en la fe, un diálogo espiritual, en el seno de la Iglesia, para descubrir la voluntad de Dios y seguirla, y para crecer incesantemente en el proceso de santificación personal. También es muy importante para descubrir la vocación específica. Por eso es necesario seguir recuperando la gran tradición del acompañamiento espiritual individual por parte de los sacerdotes, en el ámbito de la pastoral juvenil y vocacional. Una tarea nada fácil pero que ha dado siempre frutos preciosos en la vida de la Iglesia, y que es especialmente importante en el campo vocacional[74].

En este camino de acompañamiento tiene lugar una relación interpersonal de las dos personas que intervienen en el proceso, más la relación de ambas con Dios, que ilumina y está presente a lo largo de todo el camino. Se trata de ayudar al sujeto a eliminar los obstáculos, facilitar la vivencia de su relación de fe en Dios y ayudarle a descubrir su vocación específica. Como destacaba el cardenal Montini, «es medio pedagógico muy delicado, pero de grandísimo valor; es arte pedagógico y psicológico de grave responsabilidad en quien la ejerce; es ejercicio espiritual de humildad y de confianza en quien la recibe»[75].

Recientemente el Santo Padre Benedicto XVI ha vuelto a recordar la importancia de esta práctica para todo cristiano, y especialmente para los que han recibido la llamada a una especial consagración[76]. La dirección espiritual es un ámbito propicio y una ayuda conveniente para llevar a cabo la tarea de discernimiento que con tanta frecuencia se debe realizar a lo largo de la vida, en primer lugar, para tomar decisiones menores en la vida corriente, y especialmente para las grandes decisiones en el camino de la vida cristiana y de la vocación personal específica.

3.1.2. *La familia*

Es necesario cuidar el *ámbito familiar* del joven, con el fin de recuperarlo como su primer lugar de educación en la fe. El trabajo por las familias y con las familias favorece el nacimiento y la consolidación de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. En este sentido, el papa Benedicto XVI explicaba cómo los padres pueden ser generadores de vocaciones: «cuando se dedican generosamente a la educación de los hijos, guiándoles y orientándoles en el descubrimiento del plan de amor de Dios, preparan ese fértil terreno espiritual en el que florecen y maduran las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada»[77].

Actualmente nos encontramos con unas dificultades nuevas que están presentes en el interior mismo de las familias cristianas. No es fácil que broten vocaciones al sacerdocio en un ambiente de secularización y consumismo como el nuestro. Por eso, la primera tarea consiste en ayudar a los padres a superar los condicionamientos y presiones de

la cultura dominante. En una sociedad que ha perdido en buena parte el sentido religioso, resulta un tanto extraño el hecho de la vocación sacerdotal, que implica la realidad de un Dios que llama y de una persona que responde con un compromiso definitivo. La influencia negativa de la secularización afecta a la misma concepción del matrimonio y de la familia. Si la vocación matrimonial se resiente, también lo hace la familia como lugar de educación vocacional.

Una característica de nuestro tiempo es el descenso alarmante de la natalidad, que amenaza el futuro mismo de nuestras sociedades europeas y que influye lógicamente en el descenso de vocaciones. También se ha de tener en cuenta que la valoración social del ministerio sacerdotal no es la misma que en otras épocas, y este factor no deja de influir en las mismas familias y en el apoyo que estas han de ofrecer a los candidatos, que queda bastante debilitado. Ahora bien, estas dificultades han de ser asumidas con realismo y esperanza, de tal modo que se conviertan en oportunidades para el trabajo de pastoral vocacional, y, sin duda, servirán para también purificar la intención de los candidatos y asegurar una mayor autenticidad.

La familia es el ámbito primero y natural de la pastoral vocacional. La llamada de un hijo al sacerdocio es signo de la fecundidad espiritual con que Dios bendice la familia cristiana. Es preciso potenciar la cultura de la vida y la cultura de la vocación para que vayan impregnando el ámbito familiar, para que los matrimonios acojan generosamente el don de la vida y valoren la vocación sacerdotal de un hijo como el mayor regalo de Dios. Así sucede cuando la familia mantiene su identidad, es ella misma, es auténticamente una Iglesia doméstica. Los padres están llamados a educar a sus hijos en la fe y en la disponibilidad y seguimiento de la llamada de Dios. De esta forma, la familia se convierte en el primer seminario donde pueden germinar las semillas de vocación[78].

3.1.3. Instituciones de educación y ámbitos formativos

El seminario mayor

El seminario mayor es una comunidad educativa, un ámbito espiritual que favorece y asegura un proceso formativo, de manera que

los candidatos puedan llegar a ser, con el sacramento del Orden, una imagen viva de Jesucristo[79]. Su identidad profunda y su sentido es continuar en la Iglesia la experiencia de formación que el Señor realizó con los doce Apóstoles. La vida en el seminario es una escuela de seguimiento de Cristo, un tiempo privilegiado para dejarse educar por Él con la finalidad de aprender a dar la vida por Dios y por los hermanos. En dicha comunidad ha de reinar la amistad, el clima de familia, la caridad que alimenta el sentido de comunión con el obispo y con la Iglesia.

El significado original y específico de la formación de los candidatos al sacerdocio es vivir en el seguimiento de Cristo, dejarse educar por Él para el servicio del Padre y de los hombres, bajo la guía del Espíritu Santo; dejarse configurar con Cristo, Buen Pastor. En definitiva, formarse para el sacerdocio es aprender a dar una respuesta que compromete toda la existencia a la pregunta de Cristo: «¿Me amas?» (*Jn* 21, 15). Una respuesta que no es otra que la entrega total de la vida. El fundamento de la vocación sacerdotal es el diálogo de amor, la mirada de amor que tiene lugar entre el Señor y la persona que recibe su llamada[80].

Los seminaristas tienen un lugar muy importante en la promoción vocacional por la fuerza que tiene su testimonio de seguimiento de la llamada del Señor ante los otros jóvenes. El seminario ha de convertirse en el corazón de la pastoral vocacional mediante contactos, invitaciones, cursillos, días de puertas abiertas u otras actividades en las que puedan participar los candidatos y aquellos que manifiesten inquietud vocacional. De este modo, se convierte en un verdadero estímulo y ofrece la oportunidad de un conocimiento más cercano del mundo vocacional a la juventud, de manera que pueda ofrecer un testimonio significativo en el ámbito de la pastoral juvenil, y una colaboración eficaz en la pastoral vocacional[81].

El seminario menor y otras formas de acompañamiento

La primera manifestación de la vocación nace normalmente en la pre-adolescencia o en los primeros años de la juventud. A través del

seminario menor, la Iglesia toma bajo su cuidado los primeros brotes de vocación sacerdotal sembrados en los corazones de los niños y adolescentes. Actualmente estos seminarios continúan desarrollando una preciosa labor educativa en muchas diócesis, favoreciendo su formación humana y espiritual y acompañando su proceso vocacional hasta el seminario mayor[82]. En este sentido, es necesario que se conceda al seminario menor la importancia que merece en la vida de la diócesis, en la que debe estar insertado vitalmente[83].

El concilio Vaticano II, en el Decreto conciliar *Optatam totius*, sobre la formación sacerdotal señala que: «En los seminarios menores, erigidos para cultivar los gérmenes de la vocación, los alumnos se han de preparar por una formación religiosa peculiar, sobre todo por una dirección espiritual conveniente, para seguir a Cristo Redentor con generosidad de alma y pureza de corazón. Su género de vida, bajo la dirección paternal de los superiores con la oportuna cooperación de los padres, sea la que conviene a la edad, espíritu y evolución de los adolescentes y conforme en su totalidad a las normas de la sana psicología, sin olvidar la adecuada experiencia segura de las cosas humanas y la relación con la propia familia»[84].

Donde no cabe posibilidad de establecer el seminario menor en sentido estricto se pueden contemplar otras posibilidades para el acompañamiento de los primeros brotes de vocación sacerdotal a través de grupos vocacionales, que pueden ofrecer un ambiente comunitario y una guía sistemática en el crecimiento y maduración de la vocación[85].

Los colegios diocesanos y las escuelas católicas

Los colegios diocesanos y las escuelas católicas constituyen otro de los ambientes en donde puede crecer la semilla vocacional.

Es de gran importancia que los proyectos educativos sean equilibrados y completos y que los educadores cristianos sepan valorar el crecimiento espiritual, integrar la fe en la vida y orientar a los niños y los jóvenes en su opción de vida. Los educadores, además de competencia y preparación, deben tener un firme sentido de pertenencia eclesial. El cuidado especial de las clases de religión y de otras actividades de

carácter religioso, así como un programa de actividades extraescolares, en donde se promueva la dimensión vocacional, pueden ser momentos verdaderamente oportunos y fecundos.

Es muy importante la presencia del sacerdote en los colegios, con la clase de religión, en las actividades lúdicas de los jóvenes, etc. Es necesario que cada escuela católica tenga al menos un director espiritual, y asimismo sería de gran valor incorporar la figura del promotor vocacional. Su función debería estar coordinada con los sacerdotes de las parroquias cercanas, o con los delegados de la pastoral vocacional diocesana.

Otros ambientes

Finalmente, vemos la necesidad de mencionar otros ambientes donde la pastoral vocacional puede encontrar un buen terreno para la siembra del evangelio de la vocación. Clubes infantiles y juveniles donde desarrollar actividades lúdicas y deportivas en conexión con aquellas más formativas en la fe y en la vocación. Se trata de ambientes que suponen un auténtico desafío para el trabajo vocacional y que se deben abordar con audacia y convicción. En todos ellos ha estado siempre muy presente la acción pastoral y evangelizadora de la Iglesia.

Nos referimos también al ámbito universitario y al mundo de la cultura. La evangelización de la cultura y la inculturación de la fe implican un diálogo de búsqueda de la verdad. El beato Juan Pablo II señalaba que «la síntesis entre cultura y fe no es solo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, completamente pensada o fielmente vivida»[86]. En el encuentro del papa Benedicto XVI con profesores universitarios jóvenes les recordó que «la Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana»[87]. Este es el mejor camino para una pastoral universitaria seria e integral, en una clave que se conecta muy fácilmente con la pastoral vocacional.

3.1.4. Eventos diocesanos, nacionales e internacionales

Las múltiples actividades pastorales que tienen como protagonista principal el mundo de los jóvenes se pueden convertir en una excelente oportunidad para sembrar la semilla de la vocación.

Desde los eventos organizados a nivel diocesano, como son las peregrinaciones, campamentos y encuentros, hasta aquellos de mayor magnitud, como pueden ser las Jornadas Mundiales de la Juventud, son momentos que suscitan en el joven una apertura sincera a los valores trascendentes, crece en ellos el deseo de una relación intensa con el Señor y también el sentido de pertenencia a la Iglesia. Se experimenta, comunitaria y personalmente, la alegría de ser discípulo de Cristo y miembro de su Cuerpo, la Iglesia. La celebración de la reciente JMJ en Madrid lo ha vuelto a poner de manifiesto.

La existencia de una revista vocacional, o de una publicación periódica que informe a toda la diócesis sobre la vida del seminario, podría ser un buen instrumento, no solo para que la vocación al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada estuviera presente en el resto de pastorales de la diócesis –ofreciendo, por ejemplo, algunos materiales para trabajar en los diversos campos de la pastoral–, sino también para que sean conocidas las actividades específicas y aquellos eventos más importantes relacionados con la pastoral de las vocaciones.

3.2. ALGUNAS PROPUESTAS PASTORALES

Aunque hemos ido ofreciendo diferentes pautas pastorales al hablar de los ambientes y lugares propicios para sembrar la semilla de la vocación, nos proponemos ahora enumerar algunos consejos prácticos y líneas de acción que, a la luz de cuanto hemos ido exponiendo, pueden ayudar a renovar nuestra pastoral juvenil y vocacional.

Oración

La principal actividad de la pastoral vocacional de la Iglesia es la oración, que reconoce que las vocaciones son don de Dios y como

tal se lo pide. La Iglesia pide al Dueño de la mies que envíe obreros a los sembrados. Cuando en 1963 el papa Pablo VI instituyó la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, y no simplemente la «Jornada de las Vocaciones», subrayó, precisamente, que la Iglesia no es la fuente de las vocaciones, sino que su tarea fundamental es orar por las vocaciones, como don de Dios que son. En la oración se manifiesta fundamentalmente la solicitud del Pueblo de Dios por las vocaciones. Se ha de alentar a los fieles a tener la humildad, la confianza, la valentía de rezar con insistencia por las vocaciones, de llamar al corazón de Dios para que nos dé sacerdotes[88].

Tiene especial importancia la celebración del Día del Seminario, en la fiesta de San José o en una fecha próxima a esta fiesta. Esta celebración tiene una gran importancia en orden a la sensibilización vocacional de cada diócesis. Es recomendable que el obispo pueda, en una carta o en una comunicación pastoral, exponer a su comunidad diocesana la realidad y las necesidades vocacionales, de su seminario, etc. También son recomendables iniciativas que acerquen la comunidad diocesana al seminario. En este sentido, diversas iniciativas pueden concretar esta solicitud:

- Jueves vocacionales en las parroquias.
- Grupos de oración por las vocaciones.
- Introducir una petición vocacional en las preces parroquiales cada domingo.
- Cadena de oración por las vocaciones.
- Actividades varias y encuentros de oración en el seminario abiertos a los alumnos de las escuelas católicas: Vísperas y exposición del Santísimo los domingos, etc.

Vigilias mensuales, semanas vocacionales, festival de la canción vocacional, promoción del mensaje del Santo Padre con ocasión de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, convivencias, Día del Buen Pastor...

Palabra de Dios

En el marco de la pastoral vocacional, desde el diálogo con Dios, que ha tenido a bien revelarse por Cristo, Palabra hecha carne, resulta imprescindible el recurso frecuente a la Palabra de Dios, ya que «mediante la fuerza y la eficacia de la Palabra [Dios] genera un camino de esperanza hacia la plenitud de la vida [...]; puede trazar una senda que pasa por Jesús, “camino” y “puerta”, a través de su cruz, que es plenitud de amor»[89]. En este punto podría ser muy válido para la pastoral juvenil y vocacional la elaboración de materiales que presenten pasajes y personajes bíblicos en clave vocacional.

En la exhortación apostólica *Verbum Domini* el Santo Padre destaca que Cristo, Palabra de Dios entre nosotros, «llama a cada uno personalmente, manifestando así que la vida misma es vocación en relación con Dios. Esto quiere decir que, cuanto más ahondemos en nuestra relación personal con el Señor Jesús, tanto más nos daremos cuenta de que Él nos llama a la santidad mediante opciones definitivas, con las cuales nuestra vida corresponde a su amor, asumiendo tareas y ministerios para edificar la Iglesia. En esta perspectiva, se entiende la invitación del Sínodo a todos los cristianos para que profundicen su relación con la Palabra de Dios en cuanto bautizados, pero también en cuanto llamados a vivir según los diversos estados de vida»[90].

Vida sacramental

La participación activa en la vida sacramental, como verdadero baño de gracia que recibe el cristiano, es otro de los pilares para una adecuada pastoral juvenil y vocacional.

Los sacramentos alimentan la vida de fe en sus diferentes etapas, pues a través de ellos Cristo Salvador se hace presente de manera eficaz en todos los momentos y situaciones de nuestra vida. Los sacramentos fortalecen la fe, la esperanza y el amor, están ordenados a la santificación de las personas y a la edificación de la Iglesia. Los siete sacramentos acompañan la vida humana desde el inicio hasta el tránsito final. En este camino, la Eucaristía es fuente y culminación de toda la vida cristiana y de toda la vida de la Iglesia.

Resulta significativo comprobar la importancia que tanto Juan Pablo II como Benedicto XVI han otorgado al sacramento de la Reconciliación entre los jóvenes. Lo plantean en estrecha conexión con la necesidad de la conversión, para renovar los corazones y las conciencias, si se quiere vivir la vida en Cristo. Esto implica la presencia de sacerdotes preparados y disponibles para esta tarea, como pedía Juan Pablo II: «Ante la pérdida tan extendida del sentido del pecado y la creciente mentalidad caracterizada por el relativismo y el subjetivismo en campo moral, es preciso que en cada comunidad eclesial se imparta una seria formación de las conciencias»[91].

Catequesis

Debemos subrayar la importancia de la catequesis y del camino de los mandamientos, para recibir el bien y seguir el impulso interior de la gracia[92]. En este punto se aprecia la necesaria colaboración que debe existir entre la pastoral catequética, la pastoral infantil y juvenil y la pastoral vocacional. Es preciso introducir y desarrollar la cuestión de la vocación en los temarios de las catequesis de las distintas edades, particularmente en la catequesis de Confirmación. Podemos afirmar que, en cierto modo, la pastoral vocacional o es mistagógica o no es tal pastoral. Ha de tener la capacidad de mostrar y ofrecer la «mística» que acompaña y alumbra el vivir cotidiano de la fe, en ese dinamismo que es propio del verdadero camino de perfección.

Por otro lado, el ritmo de la catequesis sacramental ayuda a madurar en la relación con Cristo y a crecer en amistad con Él de acuerdo a la edad. Es preciso iniciar a los niños y adolescentes en la vida de oración, en la relación personal con el Señor, a través de elementos mistagógicos, con la pedagogía apropiada para cada edad. En el itinerario catequético es muy importante la presencia del sacerdote, el acompañamiento que ofrece en el proceso de maduración de la fe, su contacto con las familias y los niños, su testimonio personal.

En el ámbito educativo, además de intensificar la pastoral vocacional, resulta conveniente definir cada vez mejor la propuesta formativa general, de modo que se garantice una preparación humana,

intelectual y espiritual que esté a la altura de los nuevos desafíos que la situación actual plantea a la Iglesia, en general, y a la respuesta de cada sujeto a la llamada de Dios, en particular[93]. Esta propuesta formativa ha de ser llevada a cabo desde la comunión eclesial y desde una efectiva coordinación que propicie en las personas y en los ambientes una nueva cultura vocacional.

Perspectiva de la pastoral con jóvenes: llamada a la santidad

La llamada a la santidad debe ser el punto de partida y el objetivo prioritario de toda pastoral con los jóvenes. Los jóvenes necesitan un ideal de altura que comprometa toda su existencia. No hay que tener miedo a los planteamientos de exigencia en la vida espiritual, en la formación y en el compromiso. Con ese objetivo se debe trabajar la oración personal, lugar donde se expresa continuamente por parte de Dios esta llamada y su concreción en la vocación particular, la contemplación y el silencio. Sobre todo, se recomienda enseñar la forma común de oración de la Iglesia, es decir, la liturgia. Hemos de buscar que nuestras comunidades se conviertan en «escuelas de oración», con presencia y participación activa de los jóvenes.

En esta misma línea, destacamos la importancia de presentar el testimonio histórico de los santos como estímulo para identificarse con unos valores que no coinciden con los «héroes» ni los «triunfadores» de la cultura dominante. Los santos son un testimonio real de que es posible vivir centrado solo en Cristo, y que Cristo es capaz de dar sentido y fundamento radical a nuestra vida.

Ellos son la verdadera interpretación de la Escritura, ya que han verificado, en la experiencia de la vida, la verdad del Evangelio.

Plantear la vida como vocación

La pastoral vocacional es un elemento unificador de la pastoral en general, en el sentido de que ayuda a cada persona a descubrir la llamada de Dios, a dar una respuesta, y, en consecuencia, a encontrar su lugar en la Iglesia y en el mundo. En consecuencia, debe estar en relación con todas las demás dimensiones de la pastoral, sobre todo

con la pastoral de la infancia y juventud y con la familiar. Por eso es necesaria una fecunda colaboración pastoral con el ámbito juvenil y con las familias, de tal manera que los padres sean los primeros educadores vocacionales[94]. Es necesario implicar a todas las realidades de la diócesis: parroquias, comunidades, delegaciones, grupos, movimientos y todos los miembros de la comunidad diocesana.

Para llevar a cabo todo este apasionante trabajo de sembrar en los jóvenes la pasión por la persona de Jesucristo y por los grandes ideales del Evangelio es de vital importancia la asistencia de sacerdotes que promuevan la formación espiritual y el apostolado entre los jóvenes. A la vez, es necesario que se acompañe personalmente y en grupos vocacionales a los niños y jóvenes que muestren brotes de vocación. Preseminarios que ofrezcan reflexión, formación, convivencia, que sean un espacio y un tiempo adecuado para el discernimiento.

Es necesario también trabajar a fondo el sentido de pertenencia cordial a la Iglesia y el amor a la Iglesia, que es la familia de Cristo. No pueden surgir vocaciones allí donde no se vive un espíritu auténticamente eclesial. De esta forma, se debe intentar integrar a los jóvenes en la parroquia, en los movimientos y en la vida de la diócesis, promoviendo todo tipo de actividades de apostolado juvenil y asociaciones de jóvenes.

Monaguillos

Una auténtica pastoral vocacional no puede prescindir del trabajo con los monaguillos. Por ello, en colaboración con el seminario, se recomienda la organización de encuentros y jornadas de convivencia en las que se vaya preparando el terreno para la posible respuesta vocacional. Los niños que se dedican al servicio del altar ya están mostrando de hecho una inclinación a las cosas sagradas y al servicio del templo. Es preciso ayudarles a superar el peligro de caer en la rutina, en la superficialidad. Es importante ayudarles a entrar en el misterio, a familiarizarse con las cosas santas, a vivir las celebraciones con recogimiento y devoción, a avanzar por el camino de una auténtica amistad con el Señor.

El beato Juan Pablo II, en la carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo del año 2004, ofrece unas recomendaciones que apuntan a lo esencial: «El grupo de acólitos, atendidos por vosotros dentro de la comunidad parroquial, puede seguir un itinerario valioso de crecimiento cristiano, formando como una especie de pre-seminario (...). Vuestro testimonio cuenta más que cualquier otro medio o subsidio. En la regularidad de las celebraciones dominicales y diarias, los acólitos se encuentran con vosotros, en vuestras manos ven “realizarse” la Eucaristía, en vuestro rostro leen el reflejo del Misterio, en vuestro corazón intuyen la llamada de un amor más grande. Sed para ellos padres, maestros y testigos de piedad eucarística y santidad de vida»[95].

Actividades lúdico-deportivas

La organización de actividades de orden lúdico-deportivas que estimulen las relaciones sanas, la convivencia, el respeto mutuo, el sacrificio, etc., en armonía con momentos de reflexión sobre las cuestiones de la fe y la vida espiritual, pueden dar origen a momentos propicios para la siembra vocacional.

En este mismo orden, pueden ser sugerentes aquellas actividades que a través del mundo de la cultura (cine-fóruns, visitas a museos, conciertos de música, literatura, conferencias, etc...) buscan despertar la sensibilidad por la belleza y educan a no medir la realidad según criterios utilitaristas.

Delegación de pastoral vocacional

El primer responsable de la pastoral vocacional en la diócesis es el obispo, que habitualmente nombra un delegado para que atienda más directamente este ámbito pastoral. Ahora bien, si, como hemos visto, la pastoral vocacional es un elemento transversal de toda la pastoral, si viene a ser como un elemento unificador de la misma[96], no puede quedar relegada a una tarea de interés menor, o en la que reparamos cuando somos acuciados por las urgencias del momento. Es preciso que se le otorgue la relevancia que le corresponde por sí misma, que se dediquen los recursos humanos y materiales necesarios, que implique-

mos en ella a toda la comunidad diocesana, y sobre todo, que ocupe un lugar preferente de interés por parte de los Pastores.

A la delegación de pastoral vocacional le corresponde promover la oración personal y comunitaria por las vocaciones, concienciar a todos los fieles y comunidades, potenciar las acciones pastorales, formar agentes de pastoral vocacional, elaborar materiales formativos, coordinarse con otras delegaciones diocesanas, así como con los responsables de la pastoral vocacional de los Institutos de vida religiosa, consagrada y misionera, presentes en la diócesis. También ha de promover la dimensión vocacional y la cultura vocacional en las familias, parroquias y comunidades, movimientos y asociaciones de Iglesia, a través de encuentros, retiros, y todo tipo de actividades[97]. Todo ello desde la vivencia de una profunda comunión eclesial.

Plan Diocesano de pastoral vocacional

En cada diócesis se debe elaborar y aplicar un Plan Diocesano de pastoral vocacional (PDPV) que promueva las vocaciones sacerdotales y religiosas a todos los niveles: en la diócesis, en la parroquia, en la familia, en las escuelas católicas y demás organizaciones de la Iglesia, como pueden ser las universidades católicas y otros centros formativos. No se trata únicamente de que cada creyente descubra y asuma su propia responsabilidad en la Iglesia, sino también de que hay algunos que dedican su vida a la Iglesia. En efecto, dicho PDVD deberá mostrar a las familias y a las comunidades cristianas la belleza de una vida totalmente dedicada a Cristo y a la Iglesia.

El PDPV ha de reflejar la realidad sociocultural de cada momento y los desafíos que presenta; los principios de la teología de la vocación como marco y fundamento doctrinal; los campos de acción, las acciones pastorales, la organización, los objetivos y los medios para alcanzarlos, las líneas de acción y la estrategia. Por otra parte, ha de definir con claridad quiénes son los agentes de animación vocacional y sus cometidos, así como los itinerarios formativos y el acompañamiento necesario de los candidatos. También ha de servir para difundir la cultura de la vocación y para la organización de eventos vocacionales y la participación en eventos de otros ámbitos pastorales.

Centro Diocesano de pastoral vocacional

El Centro Diocesano de pastoral vocacional (CDPV) es el espacio propio de dinamización de la pastoral vocacional en cada diócesis, integrado normalmente en la delegación diocesana de pastoral vocacional. Anima, coordina y promueve las actividades de orientación vocacional bajo la guía y responsabilidad del obispo. Ha de ser un organismo de comunión y coordinación, y en consecuencia, alberga en su interior todas las especificidades vocacionales: ministerios ordenados, vida consagrada, laicado, laicos consagrados y nuevas formas de vida religiosa. Asimismo, en su estructura y funcionamiento es conveniente que integre una representación de los diferentes ámbitos diocesanos territoriales y sectoriales y que mantenga con ellos una fluida colaboración.

Entre sus principales objetivos cabe señalar: la orientación vocacional en general, que consta de acogida de los candidatos, acompañamiento en los procesos y discernimiento para la elección; también debe ofrecer encuentros de oración, de reflexión y de formación; por otra parte, ha de trabajar para que la pastoral vocacional vaya convirtiéndose en la perspectiva unitaria de la pastoral en general; del mismo modo, le corresponde fomentar la cultura vocacional y difundirla a través de publicaciones y de los diferentes medios posibles; finalmente, debe atender la formación de los agentes de pastoral vocacional, proveerlos de los convenientes instrumentos de trabajo y coordinar su tarea.

Centro Nacional de pastoral vocacional

Es muy importante y conveniente la creación de un Centro Nacional de pastoral vocacional, un lugar específico de servicio de la Conferencia Episcopal Española a la animación de la pastoral de las vocaciones sacerdotales y de especial consagración. Podría llegar a ser un lugar privilegiado de estudio y reflexión sobre la teología de la vocación, sobre los documentos específicos del Magisterio y las aplicaciones pastorales correspondientes. También sería un espacio de reflexión sobre la situación sociocultural de cada momento y sobre los «signos

de los tiempos», de forma que se convirtiera en un auténtico «laboratorio de la vocación» en que se pusieran en común las aportaciones y experiencias más fructíferas de las distintas diócesis y ámbitos. A la vez, sería el organismo principal para coordinar los centros diocesanos vocacionales, y otras organizaciones vocacionales, ya sean de las congregaciones religiosas, institutos seculares y misioneros, u otras instituciones eclesiales.

3.3. LA FUERZA DEL TESTIMONIO

Jesús resucitado encargó a los Apóstoles «predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos» (*Hch* 10, 42). Los Apóstoles aparecen en el libro de los Hechos como los testigos de la vida, Pasión, muerte y Resurrección de Jesucristo. Este anuncio, realizado por testigos, consiste en proclamar la salvación de Dios, que penetra y renueva el corazón, que transforma la historia personal y la historia de la humanidad. Una proclamación que se lleva a cabo a través de un testimonio de palabra y de vida.

Importancia del testimonio en el anuncio del Evangelio

El siervo de Dios Pablo VI destacará con rotundidad la importancia del testimonio de vida en la evangelización: «Para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites»[98]. En la Audiencia General del miércoles dos de octubre de 1974 ya avanzó una idea que mantiene toda su vigencia: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros; o si escucha a los maestros, es por lo que tienen de testigos»[99].

El beato Juan Pablo II reforzará la misma idea al señalar que el testimonio es la primera forma de evangelización. La vida misma del evangelizador, del sacerdote, del consagrado, de la familia cristiana, de la comunidad cristiana, a través de la sencillez, de la coherencia, de la caridad con los que sufren, con los más pobres y necesitados, desde el

seguimiento y la imitación de Cristo, se convierte en la mayor acción evangelizadora y en el mensaje más directo. Porque el hombre de hoy cree mucho más en los hechos de vida que en las teorías, y entiende mejor las experiencias que las doctrinas[100].

La pastoral vocacional es responsabilidad de todos y todos nos hemos de aplicar en el descubrimiento de los lugares y ambientes propicios para la llamada, así como en la eficacia de las propuestas y en la creatividad para abrir nuevos caminos. Ahora bien, es preciso subrayar la importancia de la figura del sacerdote como un elemento transversal en este trabajo vocacional. No en vano el Santo Padre Benedicto XVI quiso dedicar el *Mensaje* para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones del año 2010 al tema del testimonio, en el marco de la celebración del Año Sacerdotal y subrayando que la fecundidad de la pastoral vocacional depende fundamentalmente de la gracia de Dios, pero también es de gran valor el testimonio de vida de los sacerdotes[101].

El valor del testimonio en el evangelio de la vocación

Para llevar a cabo una renovada pastoral de las vocaciones sacerdotales es fundamental que los sacerdotes vivan con radicalidad su ministerio, ofreciendo un testimonio que exprese las actitudes profundas de quien vive configurado con Cristo y que también se haga visible a través de aquellos signos que manifiestan su identidad. De esta manera podrán suscitar en los jóvenes el deseo de entregar su vida al Señor y a los hermanos[102].

1. Sacerdotes enamorados de Jesucristo, que viven la *configuración* con él como el centro que unifica todo su ministerio y toda su existencia. Hombres de Dios, oyentes de la Palabra, que se entregan a la oración y que son maestros de oración. Que viven la centralidad de la *Eucaristía* en su vida y en su acción pastoral. Que en la celebración eucarística expresan su unión con Cristo e intensifican dicha unión, ofrecen su vida al Padre y reciben la gracia para renovar e impulsar su ministerio, se encuentran con los hermanos y alimentan su caridad pastoral para entregarse a todos, especialmente a los más pobres y pequeños, a los más desfavorecidos.

2. Sacerdotes *fieles a su misión*. Conscientes de la predilección que el Señor ha mostrado con ellos. Que han respondido generosamente a su llamada, han seguido su voz y han empeñado su vida en el sagrado ministerio, en ser prolongadores de la misión que Cristo recibió del Padre y de la cual les ha hecho partícipes[103]. Sacerdotes que son un «grano de trigo», que renuncian a sí mismos para hacer la voluntad del Padre, que saben vivir ocultos entre el clamor y el ruido, que renuncian a la búsqueda de aquella visibilidad y grandeza de imagen que a menudo se convierten en criterio e incluso en objetivo de vida de tantas personas del mundo de hoy y que fascinan a muchos jóvenes[104].

3. Sacerdotes que hacen de su existencia una *ofrenda* agradable al Padre, un *don total* de sí mismos a Dios y a los hermanos, siguiendo el ejemplo de Jesús, que cumple la voluntad del Padre dando su vida en la cruz para la salvación del mundo, que «no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por la multitud» (Mc 10, 45). Los sacerdotes viven en medio de la sociedad haciendo del servicio a Dios y a los demás el eje central de su existencia, viven la actitud de servicio aceptando la voluntad de Dios, ofreciendo su vida en totalidad, gastándose y desgastándose por los hermanos, especialmente por los más pobres y pequeños.

4. Sacerdotes que sean verdaderos *hombres de comunión*, que vivan el misterio de la unión con Dios y con los hermanos como un don divino, fruto del misterio pascual, desde la *diversidad* de carismas que supone un enriquecimiento y una complementariedad dentro de una *unidad* en la que todos los dones del Espíritu son importantes para la vitalidad de la Iglesia; pero asimismo desde el convencimiento de que la unidad es la condición indispensable para ser creíbles en la presentación del mensaje cristiano, en el anuncio del Evangelio de Jesucristo. Por eso procuran curar las heridas, tender puentes de diálogo, promover el perdón en las relaciones humanas, hacer de cada parroquia, de cada comunidad cristiana, una casa y escuela de comunión.

5. Sacerdotes llenos de *celo por la evangelización* del mundo. Celo por la gloria de Dios y por la salvación de las personas que les han sido encomendadas, que impregne toda su existencia hasta llegar a olvidarse de sí mismos. Que estrenan cada día el don de su sacerdocio y

fundamentan su trabajo pastoral en la fe y en la esperanza como único planteamiento válido y realista de verdad, más allá de las dificultades constatadas o de la cruda realidad. Que vivan una actitud de insatisfacción sincera, de inconformismo esperanzado, que no se abandonan jamás a la inercia o a la rutina, convencidos de que la sacudida de la gracia es capaz de transformar la existencia de sus coetáneos.

6. Sacerdotes que vivan en *radicalidad evangélica*, como apóstoles de Cristo y servidores de los hombres y en *relación amorosa con el tiempo, el lugar y las personas* a las que han sido enviados. Conscientes de que es preciso vivir el momento presente, sin nostalgias de pasado o de futuro, porque Dios da en cada tiempo la gracia para superar las dificultades y para poder cumplir la misión encomendada. Conscientes asimismo de que están llamados a dar un fruto abundante y duradero desde una vida configurada a la cruz del Señor[105].

7. Sacerdotes que contemplan con temor y temblor y a la vez experimenten confiadamente la *grandeza y la belleza del ministerio sacerdotal*. Conscientes de que no detentan un oficio más, sino que, a pesar de ser vasijas de barro, son portadores del ministerio más grande: cambiar la situación de la vida de las personas pronunciando en nombre de Cristo las palabras de la absolución; hacer presente al Señor mismo al pronunciar sus palabras de acción de gracias sobre las ofrendas del pan y el vino; imitar al Señor en su amor para con todos hasta el extremo, desde la verdad y el bien, en disponibilidad, austeridad y obediencia, como la expresión más grande del amor a Jesucristo, como la forma más bella de realizar la vida humana[106].

8. Sacerdotes que sean *hombres de alegría y esperanza*, que transmiten el gozo de una vida plena, la felicidad del servicio a Dios y a los hermanos. La historia de cada vocación suele ir unida al testimonio de un sacerdote que vive con alegría su vocación y es capaz con su palabra y su ejemplo de despertar interrogantes y suscitar decisiones que se convertirán en compromisos definitivos[107]. Un sacerdocio que ocupa las veinticuatro horas del día, que llena todos los espacios vitales, y que desde la profunda vivencia interior se manifiesta también externamente a través de los signos que la Iglesia propone. Así lo vivieron el santo Cura de Ars y san Juan de Ávila, y tantos otros sacerdotes santos que

cambiaron el corazón de la gente no tanto por sus dotes humanas, ni por una estrategia de su voluntad, sino por el contagio, por la comunicación, por el testimonio de su amistad con Cristo, de un amor apasionado que llenaba totalmente sus vidas.

Final: una llamada a la esperanza

Jesús llamó a los Doce «para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar» (Mc 3, 14-15). A lo largo de la historia sigue llamando a hombres concretos para que participen de su sagrada misión. Él es el Señor de la mies y el Señor de las vocaciones. En la tarea de pastoral vocacional será preciso reavivar el don del sacerdocio que hemos recibido, renovar la gracia de la llamada del Señor, la fascinación por su palabra, por sus gestos, por su persona. Nuestra aspiración será colaborar con Jesús en la difusión del Reino de Dios, llevar al mundo el mensaje del Evangelio, administrar los misterios de la salvación como humildes servidores que buscan el bien del Pueblo de Dios[108].

Nos hallamos en un tiempo apasionante para vivir el sacerdocio y para trabajar en la promoción de las vocaciones sacerdotales. Para ello es necesario mantener clara y manifiesta la identidad sacerdotal y ofrecer a nuestros contemporáneos el testimonio de que somos hombres de Dios, amigos del Señor Jesús, que aman a la Iglesia, que se entregan hasta dar la vida por la salvación de los hombres. Maestros de oración que dan respuesta a los interrogantes del hombre de hoy, aspirando siempre a la santidad y ofreciendo un testimonio de una alegría incesante.

Constatamos que en buena parte de nuestra sociedad se ha perdido el sentido de Dios y tiene lugar una especie de sequía vocacional progresiva y aparentemente irremediable. Pero más allá de las apariencias tenemos una certeza clara: la iniciativa es de Dios, que continúa llamando, y la Iglesia tiene capacidad de suscitar, acompañar y ayudar a discernir en la respuesta. En nuestras Iglesias locales, «especialmente en nuestro tiempo en el que la voz del Señor parece ahogada por “otras voces” y la propuesta de seguirlo, entregando la propia vida, puede parecer demasiado difícil, toda comunidad cristiana, todo fiel, debería

de asumir conscientemente el compromiso de promover las vocaciones»[109].

Para ello hay que salir al encuentro de los niños y de los jóvenes, responder a sus expectativas, a sus problemas e inseguridades, dialogar con ellos proponiéndoles un ideal de altura que comprometa toda la existencia, una elección que comprometa toda su vida. Nuestra tarea consistirá en sembrar, en anunciar el evangelio de la vocación. Una siembra oportuna y confiada, abonada con la oración personal y con la oración de toda la Iglesia. Después vendrá el acompañamiento lleno de paciencia y de respeto. Por último, ayudar a discernir, a descubrir la voluntad de Dios en la vida de la persona concreta, de tal manera que dé una respuesta positiva a la llamada de Dios.

Es la hora de la fe, la hora de la confianza en el Señor que nos envía mar adentro a seguir echando las redes en la tarea ineludible de la pastoral vocacional. Pidamos que los jóvenes estén abiertos al proyecto que Dios tiene para ellos y sean receptivos a su llamada. María, Madre de gracia, de amor y de misericordia, Madre de los sacerdotes, nos guiará en el camino. Ella será siempre consuelo, esperanza y causa de nuestra alegría. A su intercesión maternal nos acogemos.

NOTAS

[1] Benedicto XVI, *Discurso del Santo Padre a los voluntarios de la XXVI JMJ*, Pabellón 9 de la Feria de Madrid-IFEMA; Madrid, 21 de agosto de 2011.

[2] Benedicto XVI, *Discurso del Santo Padre a los jóvenes en la Vigilia de Oración*, aeródromo de Cuatro Vientos; Madrid, 20 de agosto de 2011.

[3] Así lo había indicado el Santo Padre Benedicto XVI en el discurso que pronunció a la Plenaria de la Congregación para la Educación Católica el 7 de febrero de 2011.

[4] Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones pastorales para la promoción de las vocaciones al ministerio sacerdotal*, Ciudad del Vaticano, 25 de marzo de 2012.

[5] Convocado por el Santo Padre Benedicto XVI con ocasión del CL aniversario de la muerte del santo Cura de Ars y celebrado del 19 de junio de 2009 al 11 de junio de 2010.

[6] Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en el Convenio Europeo sobre la pastoral vocacional con el tema: "Sembradores del evangelio de la vocación: una Palabra que llama y envía"*, Roma, 4 de julio de 2009.

[7] Cf. Benedicto XVI, *Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011*, n. 3; Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 37.

[8] Conferencia Episcopal Española, *La familia, santuario de la vida*, n. 25.

[9] Cf. *ibid.*, nn. 22, 26.

[10] Cf. Benedicto XVI, *Luz del mundo*, Barcelona 2010, p. 75; cf. Conferencia Episcopal Española, *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo en el tercer milenio (Proyecto Marco de Pastoral de Juventud)*, Madrid 2007, pp. 34-35.

[11] Benedicto XVI, *Discurso del Santo Padre en la visita a la Fundación Instituto San José*; Madrid, 20 de agosto de 2011.

[12] Cf. Carta Apostólica del papa Juan Pablo II a los jóvenes y a las jóvenes del mundo con ocasión del Año Internacional de la Juventud, n. 3; 31 de marzo de 1985.

[13] Cf. Carta Apostólica del papa Juan Pablo II a los jóvenes y a las jóvenes del mundo con ocasión del Año Internacional de la Juventud, n. 13.

[14] Benedicto XVI, encíclica *Deus caritas est*, n. 30.

[15] Concilio Vaticano II, constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 19a.

[16] Cf. Benedicto XVI, *Discurso del Santo Padre a los jóvenes en la Vigilia de Oración*, aeródromo de Cuatro Vientos; Madrid, 20 de agosto de 2011.

[17] San Agustín, *Confesiones* I, 1.

[18] Cf. Juan Pablo II, encíclica *Redemptor hominis*, Roma 1979, n. 11.

[19] Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n. 1.

[20] Cf. Conferencia Episcopal Española, *Orientaciones sobre Pastoral de Juventud*, nn. 28-32; *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo en el tercer milenio (Proyecto Marco de Pastoral de Juventud)*, Madrid 2007, pp. 37-44.

[21] Benedicto XVI, carta encíclica *Spe salvi*, 30 de noviembre del 2007.

[22] Cf. Benedicto XVI, *Mensaje a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXIV Jornada Mundial de la Juventud 2009*, 22 de febrero de 2009.

[23] Cf. Benedicto XVI, *Mensaje a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXIV Jornada Mundial de la Juventud 2009*, 22 de febrero de 2009.

[24] Cf. Benedicto XVI, *Mensaje a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXIV Jornada Mundial de la Juventud 2009*, 22 de febrero de 2009.

[25] Cf. Benedicto XVI, *Spe salvi*, nn. 32-40.

[26] Benedicto XVI, *Discurso en la Vigilia de Oración con los jóvenes*, aeródromo de Cuatro Vientos; Madrid, 20 de agosto de 2011.

[27] Cf. Benedicto XVI, *Discurso en la Fiesta de acogida de los jóvenes*, Madrid, 18 de agosto de 2011; *Discurso en ocasión del encuentro con los jóvenes en Génova*, 18 de mayo de 2008.

[28] Cf. Benedicto XVI, *Spe salvi*, n. 27.

[29] Cf. Benedicto XVI, *Discurso a la diócesis de Roma durante la entrega de la Carta sobre la tarea urgente de la educación*, Roma, 23 de febrero de 2008.

[30] Cf. Conferencia Episcopal Española, *Orientaciones sobre Pastoral de Juventud*, n. 25; *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo en el tercer milenio (Proyecto Marco de Pastoral de Juventud)*, Madrid 2007, pp. 60-62.

[31] Cf. Benedicto XVI, *Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011*, n. 3; *Discurso a los participantes en la Asamblea Eclesial de la Diócesis de Roma*, Roma, 5 de junio de 2006.

[32] Cf. Benedicto XVI, *Discurso del Santo Padre Benedicto XVI en la Fiesta de Acogida de los Jóvenes*, Madrid, 18 de agosto de 2011.

[33] Juan Pablo II, *Fides et ratio*, preámbulo.

[34] Cf. Benedicto XVI, *Discurso durante el encuentro con los jóvenes ante la basílica de Santa María de los Ángeles*, Asís, 17 de junio de 2007.

[35] Cf. Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma*, Roma, 5 de junio de 2006.

[36] Cf. Benedicto XVI, *Mensaje a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXI Jornada Mundial de la Juventud 2006*, 22 de febrero de 2006.

[37] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1324-1385.

[38] Cf. Benedicto XVI, *Porta fidei*, nn. 7.9.15, Roma, 11 de octubre de 2011.

[39] Cf. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, nn. 57-58.

[40] Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 4.

[41] *Ibid.*, n. 40.

[42] Juan Pablo II, *Christifideles laici*, n. 16.

[43] *Ibid.*, n. 17.

[44] *Ibid.*, n. 13.

[45] Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 11.

[46] Cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 52.

[47] Cf. *ibid.*, n. 9; *Ad gentes*, n. 2.

[48] Cf. Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 2.

[49] Cf. Benedicto XVI, *Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la XLIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, 7 de mayo de 2006.

[50] Cf. Juan Pablo II, *Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II para la XXXII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, 18 de octubre de 1994.

[51] Cf. Juan Pablo II, *Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II para la XXXIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones* 15 de agosto de 1995.

[52] Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 41.

[53] Benedicto XVI, *Mensaje a los participantes en el II Congreso Latinoamericano sobre Vocaciones*, 1 de febrero de 2011.

[54] Cf. Concilio Vaticano II, Decreto *Apostolicam actuositatem* n. 3; Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, nn. 34-35.

[55] Cf. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 36.

[56] Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 208.

[57] Cf. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 36.

[58] Cf. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, nn. 36-37.

[59] Cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 16; Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 38.

[60] Cf. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 38.

[61] Cf. Concilio Vaticano II, Decreto *Optatam totius* n. 2; Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 41.

[62] Cf. Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 11 y Decreto *Optatam Totius*, n. 2; Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades de la Conferencia Episcopal Española, “*Habla, Señor*”, *Valor actual del Seminario Menor*, Madrid 1998, pp. 33-35; Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, Roma 1992, n. 41.

[63] Cf. Concilio Vaticano II, Decreto *Presbyterorum Ordinis* n. 11; Pablo VI, *Alocución en la Audiencia General*, 5 de mayo de 1965.

[64] Benedicto XVI, *Homilía en la Vigilia de Oración*, Roma, 10 de junio de 2010.

[65] Cf. Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, n. 10; Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 38. Ver también, Pontificia Obra para las Vocaciones Eclesiásticas, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, Roma 1997, n. 27.

[66] Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 38.

[67] Cf. Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones pastorales para la promoción de las vocaciones al ministerio sacerdotal*, Ciudad del Vaticano 2012, nn. 11.17.

[68] Cf. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 39. Ver también, Pontificia Obra para las Vocaciones Eclesiásticas, *op. cit.*, pp. 103-105.

[69] Benedicto XVI, *Carta a los seminaristas*, Roma, 18 de octubre de 2010, n. 7.

[70] *Ibid.*

[71] Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 41.

[72] *Ibid.*, n. 68.

[73] Cf. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 68.

[74] Cf. *ibid.*, n. 40.

[75] J. B. Montini, carta pastoral *Sobre el sentido moral*, 1961.

[76] Cf. Benedicto XVI, *Discurso a la Comunidad de la Facultad Teológica Pontificia Teresianum*, 19 de mayo de 2011.

[77] Benedicto XVI, *Ángelus*, 30 de agosto de 2009.

[78] Cf. concilio Vaticano II, Decreto *Optatam totius* n. 2; Juan Pablo II, *Mensaje para la XXXI Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, Roma, 26 de diciembre de 1993.

[79] Cf. concilio Vaticano II, Decreto *Optatam totius* nn. 4-7; Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, nn. 42. 60-61.

[80] Cf. Mensaje de los Padres sinodales al Pueblo de Dios (28 octubre 1990), III: *L'Osservatore Romano*, 29-30 octubre 1990.

[81] Cf. Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones pastorales para la promoción de las vocaciones al ministerio sacerdotal*, Ciudad del Vaticano 2012, n. 15.

[82] Cf. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 63.

[83] Cf. Congregación para la Educación Católica, *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, n. 12; Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades de la Conferencia Episcopal Española, “*Habla, Señor*”, *Valor actual del Seminario Menor*, Madrid 1998, n. IV, 7.

[84] Concilio Vaticano II, Decreto *Optatam totius*, n. 3.

[85] Cf. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 64.

[86] Juan Pablo II, Carta autógrafa por la que se instituye el Consejo Pontificio de la Cultura, de 20 de mayo de 1982: *Acta Apostolicae Sedis* 74 (1982), 685. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, 9-7-1982.

[87] Benedicto XVI, *Discurso en el Encuentro con profesores universitarios jóvenes*, El Escorial, 19 de agosto de 2011.

[88] Cf. Benedicto XVI, *Vigilia con los sacerdotes, Clausura del Año Sacerdotal*, 10 de junio de 2010.

[89] Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en el Congreso Europeo de Pastoral Vocacional*, 4 de julio de 2009.

[90] Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 77.

[91] Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, n. 76.

[92] Cf. Benedicto XVI, *Discurso durante el encuentro con los jóvenes en Pacaembu*, 2007.

[93] Cf. Benedicto XVI, *Mensaje a los obispos italianos reunidos en Asís para celebrar su 55.ª Asamblea General*, 10 de noviembre de 2005. También los fieles son llamados a colaborar al florecimiento de las vocaciones mediante sus oraciones al Dueño de la mies (cf. *ibid.*).

[94] Cf. Pontificia Obra para las Vocaciones Eclesiásticas, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, n. 26.

[95] Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo*, 2004, n. 6.

[96] Cf. Pontificia Obra para las Vocaciones Eclesiásticas, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, n. 26.

[97] Cf. Conferencia Episcopal Española, *Pastoral vocacional de la Iglesia en España. Instrumento de trabajo*, Madrid 1988, pp. 25-26.

[98] Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 41, 8 de diciembre de 1975.

[99] Pablo VI, *Discurso en la Audiencia General*, 2 de octubre de 1974.

[100] Cf. Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, n. 42, 7 de diciembre de 1990.

[101] Cf. Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, Roma, 13 de noviembre de 2009.

[102] Cf. Cf. Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones pastorales para la promoción de las vocaciones al ministerio sacerdotal*, Ciudad del Vaticano 2012, n. 3.

[103] Cf. Benedicto XVI, *Homilía en la santa Misa con los seminaristas en la catedral de Santa María la Real de la Almudena*, Madrid, 20 de agosto de 2011.

[104] Cf. Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en el Convenio Europeo sobre pastoral vocacional*, 4 de julio de 2009.

[105] Cf. Benedicto XVI, *Homilía en la santa Misa con los seminaristas en la catedral de Santa María la Real de la Almudena*, Madrid, 20 de agosto de 2011.

^[106] Cf. Benedicto XVI, *Homilía en la santa Misa con los seminaristas en la catedral de Santa María la Real de la Almudena*, Madrid, 20 de agosto de 2011; *Homilía de la santa Misa de clausura del Año Sacerdotal*, Roma, 11 de junio de 2010.

^[107] Cf. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 39.

^[108] Cf. Benedicto XVI, *Homilía en la celebración de las Vísperas por el inicio del Año Académico de las Pontificias Universidades Romanas*, Roma, 4 de noviembre de 2011. En esta celebración participaron los asistentes al Congreso por el 70º aniversario de Pontificia Obra por las Vocaciones Sacerdotales.

^[109] Benedicto XVI, *Mensaje para la XLVIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, 15 de mayo de 2011.

Carta de felicitación del Comité Ejecutivo de la CEE al Papa Francisco

Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española (CEE), reunido por primera vez después de la elección del Papa Francisco, ha enviado una carta de felicitación a Su Santidad.

En ella los obispos le hacen llegar al Santo Padre “la seguridad de su comunión plena al servicio del Pueblo de Dios” y agradecen al Señor “el tiempo de gracia que está suponiendo este tiempo de significativos acontecimientos eclesiales”. “Después del admirable gesto del Papa Benedicto, al renunciar al ministerio petrino –se puede leer en el texto–, la elección de Vuestra Santidad ha llenado de alegría a toda la Iglesia y aun al mundo entero”.

Los obispos españoles se congratulan de modo especial de que el Espíritu Santo haya encomendado el gobierno de la Iglesia a “un pastor tan cercano a nosotros por espiritualidad, historia y cultura, como sabemos también por los Ejercicios Espirituales que tuvo la generosidad de dirigirnos en enero de 2006. Esto nos obliga especialmente –concluye la carta– a estar en todo junto a Vuestra Santidad, con colaboración diligente, obediencia plena y oración ardiente. Así lo hará también el pueblo católico de España”.

Madrid, 11 de abril de 2013

Santa Sede

1. Declaración de Renuncia de Benedicto XVI como Obispo de Roma

Fratres carissimi

Non solum propter tres canonizationes ad hoc Consistorium vos convocavi, sed etiam ut vobis decisionem magni momenti pro Ecclesiae vita communicem. Conscientia mea iterum atque iterum coram Deo explorata ad cognitionem certam perveni vires meas ingravescente aetate non iam aptas esse ad munus Petrinum aequè administrandum.

Bene conscius sum hoc munus secundum suam essentiam spiritualem non solum agendo et loquendo exsequi debere, sed non minus patiendo et orando. Attamen in mundo nostri temporis rapidis mutationibus subiecto et quaestionibus magni ponderis pro vita fidei perturbato ad navem Sancti Petri gubernandam et ad annuntiandum Evangelium etiam vigor quidam corporis et animae necessarius est, qui ultimis mensibus in me modo tali minuitur, ut incapacitatem meam ad ministerium mihi commissum bene administrandum agnoscere debeam. Quapropter bene conscius ponderis huius actus plena libertate declaro me ministerio Episcopi Romae, Successoris Sancti Petri, mihi per manus Cardinalium die 19 aprilis MMV commissum renuntiare ita

ut a die 28 februarii MMXIII, hora 20, sedes Romae, sedes Sancti Petri vacet et Conclave ad eligendum novum Summum Pontificem ab his quibus competit convocandum esse.

Fratres carissimi, ex toto corde gratias ago vobis pro omni amore et labore, quo mecum pondus ministerii mei portastis et veniam peto pro omnibus defectibus meis. Nunc autem Sanctam Dei Ecclesiam curae Summi eius Pastoris, Domini nostri Iesu Christi confidimus sanctamque eius Matrem Mariam imploramus, ut patribus Cardinalibus in eligendo novo Summo Pontifice materna sua bonitate assistat. Quod ad me attinet etiam in futuro vita orationi dedicata Sanctae Ecclesiae Dei toto ex corde servire velim.

Ex Aedibus Vaticanis, die 10 mensis februarii MMXIII

BENEDICTUS PP. XVI

Queridísimos hermanos: Os he convocado a este Consistorio, no solo para las tres causas de canonización, sino también para comunicar una decisión de gran importancia para la vida de la Iglesia. Después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia, he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino.

Soy muy consciente de que este ministerio, por su naturaleza espiritual, debe ser llevado a cabo no únicamente con obras y palabras, sino también y en no menor grado sufriendo y rezando. Sin embargo, en el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de san Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado.

Por esto, siendo muy consciente de la seriedad de este acto, con plena libertad, declaro que renuncio al ministerio de Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro, que me fue confiado por medio de los Cardenales el 19 de abril de 2005, de forma que, desde el 28 de febrero de 2013,

a las 20.00 horas, la sede de Roma, la sede de San Pedro, quedará vacante y deberá ser convocado, por medio de quien tiene competencias, el cónclave para la elección del nuevo Sumo Pontífice.

Queridísimos hermanos, os doy las gracias de corazón por todo el amor y el trabajo con que habéis llevado junto a mí el peso de mi ministerio, y pido perdón por todos mis defectos. Ahora, confiamos la Iglesia al cuidado de su Sumo Pastor, Nuestro Señor Jesucristo, y suplicamos a María, su Santa Madre, que asista con su materna bondad a los Padres Cardenales al elegir el nuevo Sumo Pontífice. Por lo que a mí respecta, también en el futuro, quisiera servir de todo corazón a la Santa Iglesia de Dios con una vida dedicada a la plegaria.

Vaticano, 10 de febrero 2013.

BENEDICTUS PP. XVI

2. Audiencia General

Sala Pablo VI

Miércoles 13 de febrero de 2013

Queridos hermanos y hermanas

Como sabéis –gracias por vuestra simpatía–, al ministerio que el Señor me ha confiado el 19 de abril de 2005. Lo he hecho con plena libertad por el bien de la Iglesia, tras haber orado durante mucho tiempo y haber examinado mi conciencia ante Dios, muy consciente de la importancia de este acto, pero consciente al mismo tiempo de no estar ya en condiciones de desempeñar el ministerio petrino con la fuerza que éste requiere. Me sostiene y me ilumina la certeza de que la Iglesia es de Cristo, que no dejará de guiarla y cuidarla. Agradezco a todos el amor y la plegaria con que me habéis acompañado. Gracias. En estos días nada fáciles para mí, he sentido casi físicamente la fuerza que me da la oración, el amor de la Iglesia, vuestra oración. Seguid rezando por mí, por la Iglesia, por el próximo Papa. El Señor nos guiará.

3. Elenco degli EM.MI Cardinali che entrano in Conclave secondo il loro rispettivo ordine e precedenza (vescovi, presbiteri, diaconi)

ORDINE DEI VESCOVI

RE Card. Giovanni Battista
BERTONE Card. Tarcisio, S.D.B.
Cardinali Patriarchi di Rito Orientale
NAGUIB Card. Antonios
RAĪ Card. Béchara Boutros, O.M.M.

ORDINE DEI PRESBITERI

DANNEELS Card. Godfried
MEISNER Card. Joachim
LÓPEZ RODRÍGUEZ Card. Nicolas de Jesús
MAHONY Card. Roger Michael
ORTEGA Y ALAMINO Card. Jaime Lucas
TURCOTTE Card. Jean-Claude
PULJIĆ Card. Vinko
SANDOVAL ÍÑIGUEZ Card. Juan
ROUCO VARELA Card. Antonio María
TETTAMANZI Card. Dionigi
PENGO Card. Polycarp
SCHÖNBORN Card. Christoph, O.P.
RIVERA CARRERA Card. Norberto
GEORGE Card. Francis Eugene, O.M.I.
GROCHOLEWSKI Card. Zenon
SEPE Card. Crescenzo
KASPER Card. Walter
DIAS Card. Ivan
AGNELO Card. Geraldo Majella
BAČKIS Card. Audrys Juozas

ERRÁZURRIZ OSSA Card. Francisco Javier
TERRAZAS SANDOVAL Card. Julio, C.SS.R.
NAPIER Card. Wilfrid Fox, O.F.M.
RODRÍGUEZ MARADIAGA Card. Óscar Andrés, S.D.B.
CIPRIANI THORNE Card. Juan Luis
HUMMES Card. Cláudio, O.F.M.
BERGOGLIO Card. Jorge Mario, S.I.
POLICARPO Card. José da CRUZ
POLETTO Card. Severino
LEHMANN Card. Karl
SCOLA Card. Angelo
OKOGIE Card. Anthony Olubunmi
ZUBEIR WAKO Card. Gabriel
AMIGO VALLEJO Card. Carlos, O.F.M.
RIGALI Card. Justin Francis
ANTONELLI Card. Ennio
TURKSON Card. Peter Kodwo Appiah
TOPPO Card. Telesphore Placidus
PELL Card. George
BOZANIĆ Card. Josip
PHAM MINH MÂN Card. Jean-Baptiste
BARBARIN Card. Philippe
ERDŐ Card. Péter
OUELLET Card. Marc, P.S.S.
VALLINI Card. Agostino
UROSA SAVINO Card. Jorge Liberato
RICARD Card. Jean-Pierre
CAÑIZARES LLOVERA Card. Antonio
O'MALLEY Card. Sean Patrick, O.F.M. Cap.
DZIWISZ Card. Stanisław
CAFFARRA Card. Carlo
BRADY Card. Seán Baptist
MARTÍNEZ SISTACH Card. Lluís
VINGT-TROIS Card. André
BAGNASCO Card. Angelo
SARR Card. Théodore-Adrien

GRACIAS Card. Oswald
ROBLES ORTEGA Card. Francisco
DiNARDO Card. Daniel N.
SCHERER Card. Odilo Pedro
NJUE Card. John
VELA CHIRIBOGA Card. Raúl Eduardo
MONSENGWO PASINYA Card. Laurent
ROMEIO Card. Paolo
WUERL Card. Donald William
ASSIS Card. Raymundo DAMASCENO
NYCZ Card. Kazimierz
PATABENDIGE DON Card. Albert Malcolm Ranjith
MARX Card. Reinhard
ALENCHERRY Card. George
COLLINS Card. Thomas Christopher
DUKA Card. Dominik, O.P.
EIJK Card. Willem Jacobus
BETORI Card. Giuseppe
DOLAN Card. Timothy Michael
WOELKI Card. Rainer Maria
TONG HON Card. John
THOTTUNKAL Card. Baselios Cleemis
ONAIYEKAN Card. John Olorunfemi
SALAZAR GÓMEZ Card. Rubén
TAGLE Card. Luis Antonio

ORDINE DEI DIACONI

TAURAN Card. Jean-Louis
NICORA Card. Attilio
LEVADA Card. William Joseph
RODÉ Card. Franc, C.M.
SANDRI Card. Leonardo
LAJOLO Card. Giovanni
CORDES Card. Paul Josef

COMASTRI Card. Angelo
RYŁKO Card. Stanisław
FARINA Card. Raffaele, S.D.B.
AMATO Card. Angelo, S.D.B.
SARAH Card. Robert
MONTERISI Card. Francesco
BURKE Card. Raymond Leo
KOCH Card. Kurt
SARDI Card. Paolo
PIACENZA Card. Mauro
DE PAOLIS Card. Velasio, C.S.
RAVASI Card. Gianfranco
FILONI Card. Fernando
MONTEIRO de CASTRO Card. Manuel
ABRIL y CASTELLÓ Card. Santos
VEGLIÒ Card. Antonio Maria
BERTELLO Card. Giuseppe
COCCOPALMERIO Card. Francesco
AVIZ Card. João BRAZ de
O'BRIEN Card. Edwin Frederick
CALCAGNO Card. Domenico
VERSALDI Card. Giuseppe
HARVEY Card. James Michael

4. La homilía del Papa Francisco durante la misa de Inauguración de su Pontificado ha dejado diez frases a destacar:

1.-Dios no quiere una casa construida por el hombre, sino la fidelidad a su palabra, a su designio; y es Dios mismo quien construye la casa, pero de piedras vivas marcadas por su Espíritu.

2.-Por desgracia, en todas las épocas de la historia existen «Herodes» que traman planes de muerte, destruyen y desfiguran el rostro del hombre y de la mujer.

3.-Quisiera pedir a todos los que ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad: seamos «custodios» de la creación.

4.-El odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida.

5.-No debemos tener miedo a la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura.

6.-La ternura no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario: denota fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor.

7.-Nunca olvidemos que el verdadero poder es el servicio.

8.-Solo el que sirve con amor sabe custodiar.

9.-También hoy, ante tantos cúmulos de cielo gris, hemos de ver la luz de la esperanza y dar nosotros mismos esperanza.

10.-El Papa, para ejercer el poder, debe poner sus ojos en el servicio humilde, concreto, rico de fe, de san José, como él, abrir los brazos para custodiar a todo el Pueblo de Dios.

5. Encuentro entre el Papa Francisco y Benedicto XVI Castelgandolfo (Italia)

En un hecho histórico y sin precedentes en la historia moderna, el **papa Francisco** se dirigió este mediodía al Palacio apostólico de Castelgandolfo, a 25 kilómetros al sur de Roma, para visitar y almorzar con su antecesor, **Benedicto XVI**, quien se aloja allí desde que renunció. El Papa se trasladó en el mismo helicóptero que usó Benedicto XVI cuando salió del Vaticano el pasado 28 de febrero.

En el helipuerto de Castelgandolfo, el Santo Padre fue recibido por Benedicto XVI, el obispo de Albano, monseñor Marcello Semeraro, y por el director de las Villas Pontificias, Saverio Petrillo.

Desde el helipuerto, construido donde terminan los jardines de la residencia, se trasladaron al Palacio Pontificio, donde mantuvieron un encuentro privado en la biblioteca. Después, almorzaron juntos, informó la sala de prensa.

Esta es la primera vez que se ven desde que el cardenal argentino Jorge Mario Bergoglio, de 76 años, fue elegido Papa el 13 de marzo, aunque ya hablaron por teléfono en varias ocasiones en estos días.

Francisco le llamó por teléfono justo después de ser elegido por los cardenales en el cónclave y también el pasado día 19, festividad de San José, para saludar a Benedicto XVI con motivo de su santo.

Benedicto XVI, de casi 86 años –los cumplirá el próximo 16 de abril–, se encuentra viviendo en la palacio apostólico de Castelgandolfo en espera de que se terminen las obras de reestructuración del monasterio en el interior de los Jardines vaticanos donde vivirá tras su renuncia.

6. Decreto con el que se añade el nombre de san José en las Plegarias eucarísticas II, III y IV del Misal Romano

En el paterno cuidado de Jesús, que San José de Nazaret desempeñó, colocado como cabeza de la Familia del Señor, respondió generosamente a la gracia, cumpliendo la misión recibida en la economía de la salvación y, uniéndose plenamente a los comienzos de los misterios de la salvación humana, se ha convertido en modelo ejemplar de la entrega humilde llevada a la perfección en la vida cristiana, y testimonio de las virtudes corrientes, sencillas y humanas, necesarias para que los hombres sean honestos y verdaderos seguidores de Cristo. Este hombre Justo, que ha cuidado amorosamente de la Madre de Dios y se ha dedicado con alegría a la educación de Jesucristo, se ha convertido en el custodio del tesoro más precioso de Dios Padre, y ha sido constantemente venerado por el pueblo de Dios, a lo largo de los siglos, como protector del cuerpo místico, que es la Iglesia.

En la Iglesia católica, los fieles han manifestado siempre una devoción ininterrumpida hacia San José y han honrado de manera constante y solemne la memoria del castísimo Esposo de la Madre de Dios, Patrono celestial de toda la Iglesia, hasta tal punto que el ya Beato Juan XXIII, durante el Sagrado Concilio Ecuménico Vaticano II, decretó que se añadiera su nombre en el antiquísimo Canon Romano. El Sumo Pontífice Benedicto XVI ha querido acoger y aprobar benévolamente los piadosos deseos que han llegado desde muchos lugares y que ahora, el Sumo Pontífice Francisco ha confirmado, considerando la plenitud de la comunión de los santos que, habiendo peregrinado un tiempo a nuestro lado, en el mundo, nos conducen a Cristo y nos unen a Él. Por lo tanto, teniendo en cuenta todo esto, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, en virtud de las facultades concedidas por el Sumo Pontífice Francisco, gustosamente decreta que el nombre de San

José, Esposo de la Bienaventurada Virgen María, se añade de ahora en adelante en las Plegarias Eucarísticas II, III y IV de la tercera edición típica del Misal Romano, colocándose después del nombre de la Bienaventurada Virgen

María, como sigue: en la

Plegaria eucarística II: «*ut cum beáta Dei Genetríce Virgine María, beáto Ioseph, eius Sponso, cum beátis Apóstolis*»; en la Plegaria eucarística III: «*cum beatíssima Virgine, Dei Genetríce, María, cum beáto Ioseph, eius Sponso, cum beátis Apóstolis*»; en la Plegaria eucarística IV: «*cum beáta Virgine, Dei Genetríce, María, cum beáto Ioseph, eius Sponso, cum Apóstolis*».

Por lo que se refiere a los textos redactados en lengua latina, se deben utilizar las fórmulas que ahora se declaran típicas. La misma Congregación se ocupará de proveer, a continuación, la traducción en las lenguas occidentales de mayor difusión; la redacción en otras lenguas deberá ser preparada, conforme a las normas del derecho, por la correspondiente Conferencia de Obispos y confirmada por la Sede Apostólica, a través de este Dicasterio.

No obstante cualquier cosa en contrario.

Dado en la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, el día 1 de mayo del 2013, memoria de San José Obrero.

Antonio, Card. Cañizares Llovera

Prefecto + Arturo Roche
Arzobispo Secretario

Noticias

9,1 millones de declarantes asignaron a favor de la Iglesia

Lunes, 18 de Febrero de 2013 11:31 | Oficina de Información

DECLARACIÓN DE LA RENTA 2012 (IRPF 2011)

En la última declaración de la Renta, correspondiente al IRPF 2011 (Campaña de la Renta 2012) un total de 7.357.037 declaraciones han sido a favor de la Iglesia Católica, lo que supone que la cantidad total recaudada por Asignación Tributaria es de 247,1 millones de euros. Teniendo en cuenta que el 23,24% de las declaraciones son conjuntas, se puede estimar que en torno a 9,1 millones de declarantes asignaron a favor de la Iglesia, un millón más de los que asignaban en el año 2007.

En estas cifras no se incluyen aquellos contribuyentes que, obteniendo rentas sujetas a IRPF, no están obligados a hacer declaración y que según los últimos datos de Hacienda publicados, ascienden a 6,7 millones de contribuyentes.

El actual sistema de asignación tributaria entró en vigor el 1º de enero de 2007. Se incrementó el coeficiente al 0,7% y la Iglesia renunció a la exención del IVA vigente en algunas operaciones, lo que significaba

desde esa fecha para las instituciones de la Iglesia un gasto añadido de unos 30 millones de euros (este gasto se ha incrementado en un 31% con la subida del tipo general de IVA del 16% al 21%). Además, con el nuevo sistema, el Estado no garantiza ya ningún mínimo para el sostenimiento básico de la Iglesia. Ha dejado de existir el llamado “complemento presupuestario”, de modo que la Iglesia, para su sostenimiento, sólo recibe lo que resulta de la asignación voluntaria de los contribuyentes y nada de los Presupuestos Generales del Estado

DATOS COMPARADOS CON AÑOS ANTERIORES

Si comparamos los datos de la última Declaración de la Renta con los de la campaña inmediatamente anterior, el número total de declaraciones a favor de la Iglesia ha disminuido en 97.786, aunque se mantiene por encima del año 2009 en casi 100.000. La cantidad total asignada baja 1,2 millones de euros (0,49%), cifra que, teniendo en cuenta la coyuntura económica, puede juzgarse satisfactoria. Por su parte, el porcentaje de declaraciones queda en el 34, 83%, inferior al obtenido en 2010 (35,71%), aunque superior al obtenido en 2009 y años anteriores del nuevo sistema.

Para analizar estos datos, hay que tener en cuenta que el año anterior se había producido el mayor incremento de asignantes en 10 años. El leve descenso supone ahora exactamente la mitad del crecimiento del año anterior.

Desde 2007, se ha producido un aumento de casi 900.000 declaraciones a favor de la Iglesia Católica, exactamente de 873.857. No obstante, ya desde el año pasado, a pesar de aumentar el número de declarantes, ha descendido la cantidad total recaudada, como consecuencia de la situación de crisis.

VALORACIÓN MODERADAMENTE POSITIVA

En general, la valoración sobre los datos de la asignación tributaria de 2011 a favor de la Iglesia es moderadamente positiva, pues, aún con

el lógico descenso de la cantidad global, puede considerarse un buen dato en estos momentos de grave crisis económica.

La Conferencia Episcopal Española (CEE) tiene la intención de seguir trabajando para informar acerca de la labor de la Iglesia y para animar a que cada vez sean más los que marquen la X en su Declaración a favor de la Iglesia. Marcar la casilla no cuesta nada y, sin embargo, rinde mucho.

El Tribunal E.D.H. Presencia de crucifijos en las aulas

El Tribunal Europeo de Derechos Humanos declaró hoy la presencia de los crucifijos en las aulas “una violación de los derechos de los padres a educar a sus hijos según sus convicciones” y de “la libertad de religión de los alumnos”. La sentencia responde al **recurso presentado por Soile Lautsi, una ciudadana italiana de origen finlandés, que en 2002 había pedido al instituto estatal italiano en el que estudiaban sus dos hijos que quitara los crucifijos de las clases.**

Después de numerosos intentos fallidos ante los tribunales italianos, la mujer decidió recurrir al Tribunal de Estrasburgo, que esta mañana le dio la razón y declaró la costumbre italiana de exponer **un crucifijo en las aulas de las escuelas públicas una violación de los derechos fundamentales.**

Ahora, **el Gobierno italiano deberá pagar a Lautsi una indemnización de 5.000 euros por los daños morales sufridos.** Además, se trata de la primera sentencia que el Tribunal, que depende del Consejo de Europa, emite en materia de exposición de símbolos religiosos en las aulas. Sin embargo, el Ejecutivo que dirige Silvio Berlusconi no parece dispuesto a bajar la cabeza en este asunto y ya ha anunciado que recurrirá la sentencia, según hizo saber el juez Nicola Lettieri, que defiende al país transalpino ante el Tribunal de Estrasburgo.

Además, numerosos exponentes del Ejecutivo de centroderecha criticaron la sentencia, tales como la ministra de Educación, Mariastella Gelmini, quien aseguró que el crucifijo es un “símbolo” de la tradición y su exposición en las aulas no implica “adhesión al catolicismo”. El ministro de Políticas Agrícolas, Alimentarias y Forestales, Luca Zaia, fue más severo y aseguró que **la decisión de los jueces europeos es “fingidamente democrática” y ofende a muchas personas, ya sean cristianas o no.** “Quien ofende los sentimientos de los pueblos europeos nacidos del cristianismo es sin lugar a dudas la Corte de Estrasburgo. Sin identidad, no existen los pueblos y sin cristianismo no existiría Europa”, aseguró Zaia, agregando que quienes han emitido la sentencia deberían “avergonzarse”.

La izquierda italiana, también se opone a la sentencia El líder del principal partido de centroizquierda, Pier Luigi Bersani, también se mostró contrario a la decisión ya que “una antigua tradición como la del crucifijo no puede ser considerada ofensiva por nadie”. Además, “en cuestiones tan delicadas como esta, algunas veces, el sentido común acaba siendo víctima del derecho”, añadió.

Por parte de la Iglesia italiana habló el presidente de la comisión para el Ecumenismo y el Diálogo de la Conferencia Episcopal italiana (CEI), monseñor Vincenzo Paglia, quien calificó la sentencia de **“irresponsable” y “miope”**. “Frente al vacío ético, moral que a menudo vemos en nuestros jóvenes, pensar que se les ayuda haciendo ‘tabula rasa’ con todo me parece verdaderamente miope”, consideró en declaraciones a Radio Vaticana. A su juicio, detrás del crucifijo “hay una dimensión cultural y educativa que sería verdaderamente irresponsable intentar eliminar”.

Según el obispo, la concepción que ha llevado a los jueces de Estrasburgo a tomar esta decisión se **basa en la idea de que “una cultura es libre sólo en la medida en que no tiene nada o tiene únicamente lo que queda desarraigado de toda historia, tradición y patrimonio”**. El crucifijo, en cambio, debe entenderse como el “recuerdo de lo que sucede al hombre cuando no se respeta la justicia”, así como del “valor de la gratuidad” que demostró Jesucristo con su vida, esa “gratuidad de la que todos tenemos necesidad independientemente de la fe a la que pertenezcamos”, agregó.

El Vaticano, “reflexionará antes de comentar”. El Vaticano, en cambio, prefirió mostrar una posición más cauta, y, por el momento, no ha querido comentar la noticia, al menos hasta que sean publicadas las motivaciones de la sentencia. “Creo que es necesario reflexionar antes de comentar”, explicó el director de la sala de prensa del Vaticano, Federico Lombardi. Por su parte, el presidente del Consejo Pontificio de la Pastoral para los inmigrantes, monseñor Antonio Maria Vegli, tampoco quiso valorar la decisión de la Corte europea aunque admitió que estos temas le “molestan mucho”.

En cambio, la Unión de Ateos y Agnósticos Racionalistas de Italia (UAAR), que fue la que impulsó el recurso ante el Tribunal de Derechos Humanos, sí expresó su satisfacción asegurando que se trata de “una victoria para el laicismo” del Estado italiano, según declaró su secretario general, Raffaele Carcano. “Hoy es un gran día para el laicismo italiano. Hemos tenido que recurrir a Europa para que nos dieran la razón, pero finalmente, el laicismo del Estado italiano, afirmada por todos con la palabra, se confirma en una sentencia histórica”, aseguró.

